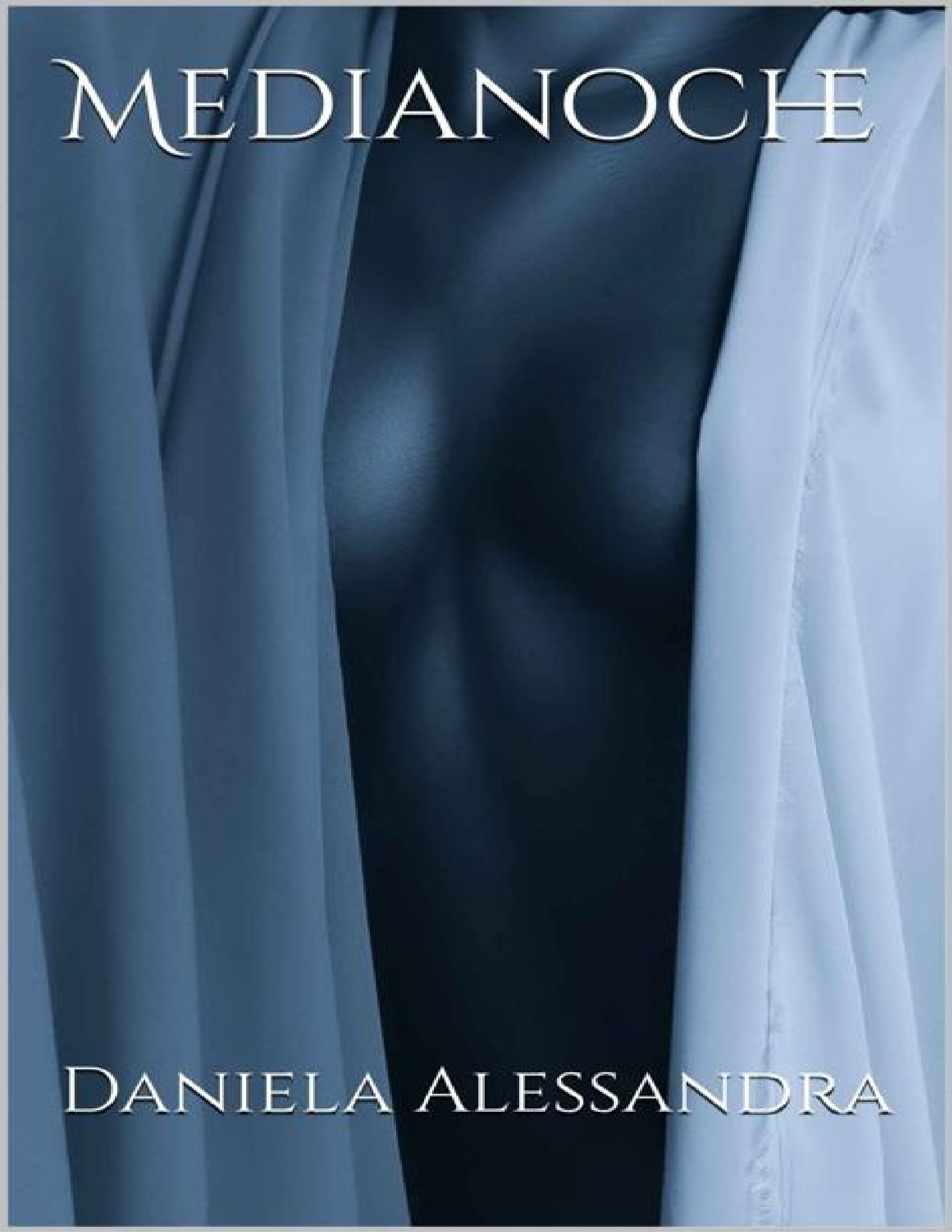

MEDIANOCHE
DANIELA ALESSANDRA

MEDIANOCHE

Daniela Alessandra

Capítulos

Prólogo
1 Andrés.
2 Anabelle.
3 Andrés.
4 Anabelle.
5 Andrés.
6 Anabelle.
7 Andrés.
8 Anabelle.
9 Andrés.
10 Anabelle.
11 Andrés.
12 Anabelle.
13 Andrés.
14 Anabelle.
15 Andrés.
16 Anabelle.
17 Andrés.
18 Anabelle.
19 Anabelle
20 Andrés.
21 Anabelle.
22 Andrés.
23 Anabelle.

24 Andrés.
25 Anabelle.
26 Andrés
27 Anabelle
28 Andrés
29 Anabelle
30 Anabelle.
31 Andrés
32 Anabelle.
33 Andrés
34 Andrés.
35 Anabelle
36 Anabelle.
37 Andrés
38 Anabelle
39 Andrés.
40 Anabelle.
41 Anabelle.
42 Anabelle.
Epílogo.

Prólogo

Las personas se casan con la convicción de que esa relación será para siempre. Con el amor asegurándoles que esa persona es la correcta y, aunque en algunos casos es así, en otros, el matrimonio se convierte en un recuerdo de lo estúpido que puedes llegar a ser cuando estás enamorado.

*****

Terminé de llenar la maleta con mis últimas pertenencias mientras me repetía una y otra vez que eso era lo mejor. Aunque el dolor que apretaba mi corazón me hacía pensar lo contrario, la decisión estaba tomada y yo nunca daba un paso atrás.

Esas paredes que fueron mi hogar durante casi cinco años habían sido testigos de muchos momentos felices, de muchos logros personales y profesionales, de muchos sueños que alimenté en los últimos años y que sabía, no iban a hacerse realidad.

Abrí la puerta de la habitación que hacía unos meses habíamos empezado a decorar para ese bebé que jamás llegó y al hacerlo el dolor en mi pecho aumentó.

Sus paredes pintadas de blanco y la cuna que había comprado seguían allí recordándome lo despiadado que había sido mi aún esposo al darme esperanzas cuando sabía que jamás llenaríamos ese dormitorio.

El sonido de unas llaves me advirtió que había llegado más temprano de lo que esperaba, sequé las lágrimas que habían humedecido mis mejillas y cerré la puerta de la habitación con fuerza.

Tomé la manija de mi maleta y tiré de ella con la intención de marcharme.

David, ese hombre del que me sentí tan enamorada hasta hace unos días y que en ese momento solo me producía un dolor horrible en el alma, estaba de pie junto a la mesa del salón.

Aun cuando estaba segura de que yo lucía igual de mal, una parte de mí, esa que seguramente aún lo amaba, se sintió triste al ver en sus ojos cuánto estaba sufriendo, pero la otra parte, la que se sentía engañada y burlada, lo odió con más fuerza.

—**¿Podemos hablar un momento?** —preguntó con temor.

—**No hay nada de qué hablar.**

Arrastré mi equipaje y continué hasta la entrada, pero me detuve y dejé el juego de llaves en ese colgante que habíamos comprado en Roma el día que decidimos casarnos.

—**Annie…, por favor escúchame, cariño.**

Era increíble la forma en la que las malas acciones convertían hasta las palabras dulces en espinas que atravesaban tu alma para hacerte más daño.

Durante muchos años la forma en la que me llamaba siempre me hizo sentir amada, protegida, pero en ese instante solo me sentía burlada.

—**¡No puedes mandar a la mierda nuestro matrimonio de este modo!** —gritó desesperado.

Furiosa por lo fácil que le resultaba culparme de nuestra separación, giré a mirarlo y le regalé todo mi desprecio.

—**¿Yo mandé a la mierda nuestro matrimonio?** —grité—. **¡No puedes ser tan gilipollas, tío!**

—**¡Vale! Vale, es mi culpa** —admitió el cretino—. **Es mi error, pero podemos solucionarlo… Solo escúchame.**

Y aunque no quería hacerlo, me quedé allí, esperando que hablara.

—**Tenía miedo, cariño** —empezó—, **me asustó la idea de que dejáramos de ser solos tú y yo. Sentí que era muy pronto para nosotros, pensé que si en estos años no había sucedido era porque Dios no quería que fuéramos padres.**

No pude evitar burlarme de sus palabras porque mi aún esposo era todo menos creyente, el muy imbécil estaba usando a Dios para restarse culpabilidad.

—**Yo creí que con el tiempo desistirías de la idea, pensé que con tanto intento fallido ibas a renunciar a la idea y…**

—**¿Y no me daría cuenta de que la razón por la que no me embarazaba era porque el imbécil de mi esposo se había hecho la vasectomía?**

Él no respondió y supe que en verdad esperaba eso.

—**Durante más de un año estuviste alimentando ese deseo** —gruñí—. **Compraste una cuna, pintaste una habitación para el bebé que sabías jamás llegaría, ¿cómo pudiste ser tan cretino?**

Él no dijo nada, solo me miró avergonzado.

—**¿No era más fácil decirme la verdad?** —No respondió—. **Me hiciste creer que yo era el problema. ¡Que estarías dispuesto a renunciar a la paternidad por mí!**

Las lágrimas volvieron a rodar por mis mejillas y él secó las suyas.

—**Me has visto llorar cada vez que esa prueba salía negativa** —le recordé—. **Me has consolado y has fingido que sufrías igual que yo.**

—**Lo siento** —susurró—, **no pensé que era tan importante para ti.**

Respiré profundo y limpié mi rostro mientras intentaba calmarme.

—**Cometí un error** —admitió—, **pero puedo arreglarlo…** —Dio un paso para acercarse, yo retrocedí—. **Puedo revertir mi operación…**

—**¿Qué?**

—**He hablado con mi doctor** —empezó a explicar—. **Dijo que no es permanente, puedo revertirlo y sin problemas podemos ser padres.**

Su sonrisa me hizo saber que él en verdad no era consciente de la situación. Él pensaba que nuestro único problema era no ser padres.

—**Annie, podemos hacerlo… Puedo arreglar mi error.**

—**¿Qué te hace pensar que yo aceptaría?** —La sorpresa cubrió su rostro—. **¿Crees que embarazándome se solucionará todo?** —Frunció el ceño y me miró preocupado—. **¡Me mentiste, te burlaste de mí, jugaste con mis sentimientos día tras día!**

—**Cariño…**

—**¡No tendría un hijo contigo ni aunque fueras el último hombre sobre la faz de la tierra!** —Su rostro se descompuso al oírme—. **¡Vamos a divorciarnos!** —sentencié furiosa—. **¡Irás el lunes al juzgado, firmarás el puto divorcio y no te cruzarás en mi camino nunca más en tu vida!**

—**¡Joder, Anabelle! No hagas esto. ¡Yo te amo!**

—**¿Me amas?** —pregunté indignada—. **Lo que hiciste conmigo está lejos de llamarse amor.**

—**¡Cometí un error!** —gritó acercándose a mí, me tomó por los brazos y me abrazó aunque luché porque me liberara—. **Por favor, cariño… Por favor, no hagas esto con nosotros, nos amamos.**

—**¡Suéltame!** —grité empujándolo con todas mis fuerzas—. **Yo no te amo más.** —David me miró asustado, sorprendido.

—**Me amas** —susurró con una voz temblorosa—, **así como te amo yo a ti, cariño.**

—**Nadie merece un amor como el que dices tenerme** —me quejé.

Esperé que replicara, pero se mantuvo en silencio y continué:

—**Amaba a ese hombre sincero y amoroso con el que me casé. Amaba su buen corazón, su franqueza, lo transparente que era… Y ese ya no está más… Ese no eres tú.**

—**Anabelle…**

—**Me enamoré de ti ciegamente, pero he abierto los ojos.** —Las lágrimas empezaron a humedecer sus mejillas mientras me escuchaba—. **Ahora veo con claridad quién eres y no te quiero más en mi vida.**

Agarré con fuerza mi maleta y caminé hacia el elevador sin volverme, sin darle la oportunidad de seguir mintiéndome, sin dejar que el recuerdo de todo lo que vivimos fuera más fuerte que mi amor propio.

—**Anabelle... Por favor.**

El elevador se abrió, entré sin mirarlo y marqué el primer piso.

—**¿Qué puedo hacer para que me perdones?** —preguntó al detenerse frente al elevador—. **¿Qué quieres de mí?**

Levanté la mirada y lo miré con firmeza.

—**Quiero que firmes el divorcio.** —Su rostro volvió a mostrar dolor—. **No quiero nada más de ti.**

Las puertas empezaron a cerrarse y dejé que unas pocas lágrimas volvieran a escapar en honor a esos años que vivimos juntos.

Dolía, dejar de amar dolía. Abrir los ojos y darte cuenta de que el hombre con el que deseabas vivir el resto de tu vida había sido un espejismo que se había desvanecido frente a tus ojos, dolía.

Dolía imaginar un futuro sin él, dolía borrar todos los planes, los sueños y empezar de cero, pero era lo que tendía que hacer.

Sabía que no sería fácil, que se vendrían días duros, pero no estaba dispuesta a desperdiciar un día más de mi vida con ese hombre despiadado que me golpeaba con sus mentiras y me consolaba con su falso amor.

*****

Trabajar siempre fue mi forma de escapar de mis problemas. Si mi mente estaba ocupada, mi corazón no era capaz de sufrir por nada, así que durante los días siguientes me ocupé de todo el trabajo que teníamos en camino.

Sin Amelia en la ciudad, todo era más difícil, pero era perfecto para mí. Pasaba todo el día en la editorial organizando los próximos lanzamientos y llegaba tan tarde a casa que no tenía tiempo de llorar más.

—**¿Has hablado con Ame?** —preguntó Pamela al entrar en mi oficina.

Negué mientras enviaba el correo confirmando nuestra participación en la feria del libro de Málaga.

—**¿Crees que todo haya salido bien con Sebastián?**

Cerré mi computador y me tomé el tiempo de pensar en ellos.

Amelia, mi mano derecha durante más de un año, había regresado a su país con la firme intención de recuperar a Sebastián, el hombre del que estaba enamorada y de quien se alejó por cabrona.

Él estaba enfadado y sabíamos que no iba a ser fácil que la perdonara, pero yo tenía la esperanza de que esa joven y terca mujer hiciera de una vez por todas las cosas bien.

—**La llamaré** —anuncié tomando mi móvil—. **Su silencio solo puede significar dos cosas…**

—**¿Que su visita al club haya sido todo un éxito?** —Se atrevió a creer Pamela.

—**O que Sebastián la haya rechazado y quizá ella esté ya en un avión de regreso** —rebatí yo.

Pamela hizo una mueca de pesar y yo en silencio les rogué a todos los dioses que las cosas no hayan salido tan mal.

—**¡Anna, estoy furiosa!** —gritó Amelia.

Su rostro en mi móvil me confirmó que lo estaba pensando y Pamela frente a mí, lució más preocupada.

—**¡Jo, tía, pero tú vives furiosa!** —intenté bromear.

Sin poder evitarlo, mi atención se la llevó el hombre que estaba detrás de ella.

Su rostro delgado y varonil me deslumbró de tal manera que me sentí incómoda.

—**¿Y ese quién es?** —pregunté.

¿Pero qué demonios?

Incluso yo estaba sorprendida de haberlo preguntando.

Apenas me había separado y el interés que despertó ese desconocido en mí, me incomodó.

Amelia movió su móvil dejando al sujeto más visible para mi deleite.

Era alto, delgado, llevaba la camisa casi abierta dejando al descubierto su pecho firme y esos vellos dorados que brillaban gracias a la luz del sol. Tenía una frondosa barba que lo hacía lucir rebelde y muy sensual.

¡Joder, pero qué bueno está!

—**¿De quién hablas?** —preguntó Pamela caminando hacia mí—. **Ah, es Andrés** —susurró mordiéndose los labios.

¿Andrés?

Ella sonrió sin dejar de mirarlo.

—**El amigo de Sebastián** —me aclaró.

—**¿El que se folló Amelia?** —pregunté.

—**Sí** —susurró Pamela—. **Y no la podemos culpar, ¿verdad?**

¡Joder, no! Para nada…

Amelia se avergonzó al escucharnos y se mantuvo en silencio.

—**¿Quién es?** —Le escuché preguntar a él con voz varonil.

—**Mi jefa** —respondió Amelia.

Él se acercó a ella y mi estómago reaccionó de forma inusual al ver lo guapo que era el mejor amigo de Sebastián.

—**Dios, Amelia hueles a sexo.** —Le oí decir—. **Mi aroma favorito** —agregó mirándome de forma seductora.

Todo dentro de mí convulsionó y me sentí acalorada a causa de su voz ronca y varonil, de esos labios carnosos que parecían seducirme sin ningún esfuerzo y esa mirada verdosa que me

tenía atrapada.

—**Vaya… Tu jefa es hermosa** —susurró sin dejar de mirarme—. **¿Vive en Madrid?** —No oí una respuesta de Amelia—. **Creo que tendré que visitar a mis padres muy pronto y conocer a tu jefa.**

Si no me hubiera sentido tan afectada por él, quizá le hubiera coqueteado sin remordimiento, pero la forma como me hizo sentir no era algo que me agradara, así que me aferré a mi orgullo femenino y traté de disimular todo lo que estaba causando en mí.

—**Puedo oírte** —me quejé.

—**Lo sé, hermosa…** —susurró con una voz aún más seductora.

—**Me llamo Anabelle, no hermosa** —le corregí.

Él achinó sus ojos y sin tomarse un segundo, le quitó el móvil a Amelia y me sonrió.

—**Me llamo Andrés** —se presentó—, **pero tú puedes llamarme *«mi amor.»***

Pamela soltó una carcajada que solo aumentó mi mal humor.

¿Y este tío qué se cree?

—**Ese título ya lo tiene otro** —respondí, él sonrió con suficiencia—, **has llegado tarde, tío.**

—**Yo nunca llego tarde** —rebatió mirándome a los ojos—. **El problema lo tienes tú por perder el tiempo con el hombre equivocado.**

Lo miré incrédula y su sonrisa se amplió un poco más

—**Pero ahora que sabes donde encontrarme ya tienes un motivo para venir a San Francisco.**

—**Ya tengo un motivo y no eres tú.**

Él sonrió de lado y solo en ese momento dejó de mirarme.

—**¿Vendrá?** —Lo escuché preguntar.

—**Posiblemente en dos semanas** —respondió Amelia.

—**¡Amelia!** —regañé molesta.

El arrogante hombre volvió a sonreírme y estuve por terminar la llamada, pero Amelia recuperó su móvil y me libró de su atrapante mirada.

—**Escúchame** —dijo él con una voz más seria—: **Tienes toda la razón en estar enfadada, pero no dudes del amor que ese idiota siente por ti.**

Pamela pasó de lucir divertida a parecer embobada al oírlo defender a Sebastián y yo apagué el micrófono para que ellos no pudieran escucharnos.

—**Aún no la perdona** —susurró Pam.

—**Y no lo podemos culpar... ¿O sí?**

Ella se sentó frente a mí y respiró profundo.

—**Amelia tiene que ser fuerte y firme** —medité—, **si actúa de nuevo por impulso…**

La llamada se pausó por un largo momento y solo nos quedamos esperando saber lo que había sucedido entre ellos.

Admito que esperé que las cosas no fueran tan complicadas para ella. Confiaba en que Sebastián la perdonara por sus errores, pero las cosas no estaban resultando de ese modo.

La llamada volvió a activarse y Amelia apareció de nuevo en la pantalla de mi móvil.

—**No pelees con él** —escuché decir a esa voz varonil que tenía el creído amigo de Sebastián —. **Sé inteligente y no te dejes llevar por el mal humor… ¿De acuerdo?**

Amelia no respondió, pero lo vi cuando se acercó a ella y le dio un sonoro beso. Por unos segundos Andrés puso su atención de nuevo sobre mí y me regaló otra de sus sonrisas seductoras.

—**Me encanta tu jefa** —le oí decir.

Su voz pastosa logró erizarme la piel, logró hacerme sentir de un modo que hacía muchos años no experimentaba y aunque no quería admitirlo, saber que ese sujeto había logrado afectarme de ese modo, me asustó también.

Me parecía increíble poder volver a experimentar algo tan placentero, sobre todo porque aún sentía el dolor que dejó en mi corazón mi fracaso matrimonial.

Pamela saltó de su asiento y me miró con la emoción brillando en los ojos.

—**¡Si haces algún comentario, te despediré!** —la amenacé.

Ella se sorprendió y empezó a reírse.

—**Solo diré una cosa** —susurró con cautela—. **En unas semanas estarás en mi país y me sentiré muy decepcionada si no aprovechas su interés en ti…**

—**¡Ay, por favor! ¿Cuál interés? Me acaba de conocer.**

—**¡Y le encantas!** —exclamó, giré los ojos y ella sonrió—. **Solo creo que Andrés es todo lo que cualquier mujer desearía tener en su cama.**

—**Puedo conseguir hombres menos arrogantes para follar.**

—**Seguro que sí, pero ¿por qué conformarte con cualquier hombre si puedes tener al más famoso de *Despertar*?**

La mención del club del cual Sebastián era dueño atrapó mi interés de inmediato porque si de algo disfrutaba sin remordimiento era del sexo libre que un club *swinger* me podía brindar.

—**Si yo fuera tú, no desperdiciaría la oportunidad de follarme a semejante hombre** —continuó Pam.

De nuevo giré los ojos.

—**La fama de buen sexo que tiene Andrés no se la han regalado, cariño… Sino, pregúntale a Ame…**

Escuchamos el sonido de una puerta cerrarse y Amelia movió su móvil para prestarnos atención.

—**¿Preguntarme qué?** —preguntó del otro lado de la línea.

—**¡Nada! No le hagas caso. Mejor cuéntanos qué ha pasado con Sebastián.**

Amelia suspiró y empezó a contarnos todo lo que había sucedido logrando distraer por completo a Pamela, algo que agradecía porque ya había visto la emoción que le causaba el mejor amigo de Sebastián cuando aparecía en las conversaciones, pero no la podía culpar, no después de conocerlo.

A pesar de que su actitud me molestaba, no podía negar que Andrés era el hombre al que cualquier mujer desearía follar. No solo era guapo y sexy, sino que lucía muy seguro de sí mismo, y eso sin duda cautivaba a cualquier mujer…, incluyéndome.

¡Basta, Anabelle! No seas ridícula.

Me regañó mi conciencia.

Quizá estaba pasando por el peor momento de mi vida y tener un buen rato con un hombre como Andrés ayudaría a mejorar el caos, pero no iba a ser parte de esa lista de mujeres que seguramente morían por echar un polvo con ese engreído hombre.

Así como él, había muchos, incluso en mi país.

Solo tenía que darme la oportunidad de disfrutar de mi nueva soltería.

Solo tenía que aceptar que yo era una mujer libre y volver al *Medianoche*, mi club *swinger* favorito.

Eso es, solo necesitas sexo y diversión… ¡Solo eso Anabelle!

Me aferré a ese pensamiento.

1 Andrés.

Uno de los momentos más difíciles que nos toca vivir es la separación. Tomar la decisión correcta resulta tan doloroso que a veces, cometemos el error de prolongar la agonía. A veces, el camino más sano es el que más nos cuesta tomar porque resulta aterrador enfrentar el mundo sin esa persona que pensaste, tomaría tu mano para siempre.

Siendo joven solo deseé gozar de mi libertad para follar a cuanta mujer se cruzara en mi camino. Aprendí a disfrutar del sexo de un modo que muchos juzgan, pero con el que yo me sentía satisfecho, hasta que apareció *ella* y me sentí perdido.

Conocí el amor cuando apenas estaba a mitad de mis treinta y el matrimonio no se veía tan malo. No lo fue durante los primeros años, podría incluso decir que era perfecto. Ella lo era, mi vida, mi hogar, el sexo…, todo era perfecto, pero quise más, incluso sintiéndome completo, yo quería más y ella me lo dio.

Entonces creí que era la mujer ideal, esa que me dejaba ser libre, esa que formaba parte de mis fantasías, esa que siempre quería hacerlas realidad… Pero olvidé que la vida siempre te cobraba por no valorar lo que tenías y a mí, me lo cobró con creces.

*****

El *Audi* negro que renté se movía sobre el pavimento a toda velocidad. Habían pasado casi dos años desde la última vez que estuve en España.

Solía visitar a mis padres con frecuencia, pero después de mi divorcio inventé mil excusas para no hacerlo, necesitaba recuperar el control de mi vida y cuando lo logré, el trabajo me impidió volver.

En esa oportunidad mi hermana menor me había dado la mejor excusa para regresar, ella y su drama amoroso me hicieron tomar el primer vuelo de regreso a la capital española.

Fernanda se había enamorado de un hijo de puta cuando tenía quince años y por más que lo intentaba, no lograba entender la razón por la que después de tantos años ella seguía perdiendo el tiempo con él.

Quería creer que en esa oportunidad en verdad todo terminaría, pero con ella nunca podía dar por sentado nada, así que solo intenté ser un buen hermano, sin opinar demasiado porque terminaría diciéndole cosas que sabía, iban a dolerle.

Aproveché que mis padres ocuparían su fin de semana en consolar a mi complicada hermana, tomé el auto y conduje hasta Madrid. Necesitaba un poco de paz, de diversión, y solo conocía un lugar donde lo encontraría.

Eran casi las diez de la noche cuando entré al estacionamiento del club *Medianoche*, mi favorito de la ciudad.

Su modernidad me encantaba, la elegancia de su decoración era admirable. Las paredes blancas con cristales altos en la fachada te hacían pensar que se trataba de un lujoso club del montón, pero nada se alejaba más de la realidad.

Medianoche era, a mi parece, el mejor club *swinger* del país. Conocía varios, pero en este había algo que lo hacía especial, interesante...

Quizá el hecho de usar antifaces era la razón por la que me gustaba tanto. El anonimato siempre había representado un plus para el placer.

Las personas se sentían más confiadas de no mostrar sus rostros y era agradable poder pasar un buen rato con alguien a quien a la mañana siguiente no reconocerías.

Bajé del auto y me acomodé el antifaz mientras me dirigía hacia la entrada. Me detuve a esperar mi turno para registrarme y me distraje mirando a las personas que llegaban.

Hombres y mujeres con los antifaces cubriendo sus rostros bajaban de sus autos delatando en sus sonrisas el placer que les causaba ir allí.

Estaba por volver mi atención a la joven de la entrada, pero el rostro descubierto de una mujer obtuvo mi atención. Estaba seguro que la había visto antes, pero no recordaba de quién se trataba hasta que su acompañante apareció frente a mis ojos.

Entonces, mi memoria la recordó.

Por un instante, una milésima de segundos, todo a mi alrededor pareció detenerse y solo pude escuchar el palpitar de mi corazón.

Fue extraño, irreal por decirlo menos.

Su cabello oscuro y brillante se agitaba a causa de la brisa nocturna.

La observé lentamente mientras ella se hacía más visible gracias a luz del estacionamiento. Su cuerpo era tan perfecto que, de haberlo visto en aquella videollamada, seguramente hubiera estado más interesado.

Anabelle, la jefa de Amelia, estaba allí casi frente a mí y la sonrisa en mis labios delataba lo complacido que me sentía con esa sorpresiva causalidad.

Puta causalidad.

La otra joven a la que no pude reconocer al principio era Pamela, la mejor amiga de Amelia. Llevaba un tiempo viviendo en la ciudad y esa era la razón por la que me costó identificarla.

Ambas acomodaron sus antifaces y yo me tomé ese momento para admirar las peligrosas curvas del cuerpo bien formado de Anabelle, ese que yo sin problema recorrería.

Mi interés, sin darme cuenta, creció como la espuma conforme la miraba y mentalmente planeé la manera en la que esa noche, ella y yo íbamos a conocernos.

Cuando estuvieron casi a mi lado, me volví, y sin poder dejar de sonreír a causa de lo que estaba sucediendo, planeé cuidadosamente mi próximo movimiento.

Escuché el sonido de los tacones al detenerse detrás de mí y aunque tuve la intención de saludar, decidí dejar que el misterio de nuestras máscaras cumpliera su objetivo.

—**¿Lo has pensado bien?** —susurró una de ellas—. **Es decir, Anna…, entiendo tu molestia, pero ¿no pueden solucionarlo?**

—**No hay nada que solucionar, Pam** —dijo esa voz firme que reconocí de inmediato—. **El lunes firmaremos el divorcio y todo esto se acabará.**

La palabra divorcio estaba relacionada, para mí, con el sufrimiento y la decepción. Al escucharlas hablando de ello una extraña sensación me invadió. Hubiera preferido no oírlas, hubiera deseado no saber algo tan personal sobre la mujer a la que deseaba follar esa noche.

A pesar de que en un club como *Medianoche* su estado civil no sería un problema, saber que Anabelle estaba a punto de divorciarse no me hizo sentir cómodo.

No, sabiendo lo difícil que era el proceso.

No, cuando conocía el dolor y el vacío que dejaba una ruptura como esa.

Me sentí fastidiado ante esa revelación porque a pesar de que deseaba manipular la situación para poder compartir con Anabelle algo más que nuestros nombres, supe que ese no era el mejor

momento.

—**Hola, buenas noches** —me saludó la joven de la entrada.

Resignado le regalé una mala sonrisa y caminé hacia ella para registrar mi visita. Tomé la llave de mi habitación cuando la joven me la entregó y entré al club dejando atrás a esa dos hermosas mujeres a las que evitaría esa noche.

Era agradable el lugar, las personas que llegaban allí también. Me resultaba fácil conseguir con quien divertirme. El hecho de no hablar fluidamente el español siempre llamaba la atención y me facilitaba todo, pero decidí tomarme mi tiempo antes de hacer la elección, porque con frecuencia era yo quien elegía y gracias a mi larga experiencia con mujeres, se me daba muy bien ligar.

Casi a medianoche, poco antes de que el baile se iniciara, tomé un lugar en la barra y pedí otra copa de mi vino favorito.

Mientras el *bartender* iba por mi orden, volví a lamentar no poder disfrutar de esa noche junto a Anabelle, pero sabía que no era el momento, no para ella, pero pronto tendría el gusto de conocerla en persona, por lo cual decidí no forzar nada y la alejé de mis pensamientos.

Una mujer rubia del otro lado de la barra obtuvo mi atención al elevar su copa y regalarme una magnífica sonrisa. Iba acompañada de un hombre fornido que besaba su mano de manera educada mientras ella hacía visible su interés en mí.

Quizá en otra oportunidad un trío me hubiera interesado, pero esa noche solo necesitaba conseguir a una mujer, si tenía un cabello oscuro que me permitiera fantasear con la jefa de Amelia, mejor.

Le regalé una simple sonrisa y cerré los ojos para disfrutar el maravilloso sonido del piano que envolvía todo el club.

—**Señor** —llamó el *bartender*.

Lo miré con la botella de vino en su mano y asentí.

—***Porrera vi de Vila del 2014*** —susurró el hombre nombrando la cosecha que había pedido.

—**Gracias** —respondí mientras él llenaba mi copa.

—**Vaya** —susurró una voz femenina detrás de mí—. **Excelente elección.**

Sorprendido giré en busca de la mujer que parecía ser conocedora de vinos y en ese preciso momento algo sucedió.

El sonido del piano se había detenido, incluso las voces de las personas se apagaron cuando me miré en esos hermosos y seductores ojos.

Anabelle, con antifaz de terciopelo borgoña estaba frente a mí, regalándome esa sonrisa que a través de una llamada no me dio.

¡Mierda! Parece que el destino pretende cumplir con su objetivo esta noche, hermosa... Pensé.

Ella amplió más su sonrisa coqueta y se movió de forma sensual hasta el banco que estaba libre a mi lado, subió en él sin dejar de mirarme.

Para ese momento mis ganas de alejarme de ella se habían ido a la mierda.

Soy un hijo de puta con suerte.

Aseguré en mis pensamientos.

Quise recordarme el motivo por el que había decidido alejarme esa noche de ella, pero su forma de mirarme hizo que olvidara hasta mi nombre.

—**¿Puedo ofrecerte una copa?** —pregunté.

Ella se mordió los labios en respuesta y el deseo aumentó dentro de mí. Levantó lentamente

su mirada y con esa sonrisa maravillosa, terminó asintiendo.

—**Pensaba irme a casa…** —admitió con voz suave.

—**¿Sin bailar?** —pregunté, ella volvió a sonreír.

Todo seguía en silencio, todo parecía haberse detenido y no entendía por qué me sentía de ese modo, porque con solo tenerla frente a mí todo lo demás perdía importancia.

—**Tu español es extraño** —dijo.

Su voz era mejor que cualquier melodía y siendo consciente de lo ridículo que todo parecía, empujé la cursilería lejos de mí y me permití regalarle la misma mirada seductora que ella me daba.

—**Soy americano** —admití con orgullo.

—**De los americanos que no hablan castellano…**

—**De los que hablamos inglés.**

El *bartender* llenó su copa y ella la tomó, giró el cristal para oler la bebida y sonrió aún más cuando volvió a mirarme.

—***Cheers*** —susurró inclinando su trago hacia mí.

—**Salud** —respondí comiéndomela con los ojos.

Anabelle llevó la bebida hasta sus carnosos labios y la saboreó sin dejar de mirarme. Había una mezcla de rebeldía y dulzura en su mirada que me encantaba, ella estaba seduciéndome y yo tenía ganas de decirle que con solo acercarse ya me tenía a sus pies.

Quería decirle que incluso su antipática forma de hablarme a través de una videollamada me había gustado y que deseaba conocer a esa mujer seductora que estaba frente a mí esa noche.

Sonrió como si me hubiera leído la mente, bebió de su copa y luego extendió la mano hacia mí.

—**Soy Anna** —susurró con una voz deliciosa.

Sonreí encantado y sostuve con suavidad sus dedos. Quise decirle que ya lo sabía, pero decidí dejar esa noche en manos del destino, ese que parecía tener planes interesantes para nosotros.

No le di mi nombre y ella parecía no necesitarlo, pero era normal, en un club *swinger* no hacían falta formalismos, lo único que importaba allí era que el deseo burbujeara entre dos personas y entre nosotros el deseo estaba a punto de ebullición.

Volvió a beber de su copa y mientras sus labios se humedecían con el vino, yo podía imaginar lo delicioso que sería morder esa boca, escucharla gritar mi nombre mientras le daba tanto placer como la noche nos lo permitiera.

Las luces se apagaron de pronto y la cálida iluminación proveniente del bar hizo lucir aún más hermosos sus ojos.

I hope de *Gabby Barret* retumbó en cada ambiente del club y los socios empezaron a caminar hacia el gran salón.

Anabelle bebió por completo el contenido de su copa, la dejó sobre la barra y extendió su mano hacia mí. Sonreí más que encantado y la tomé de inmediato.

Me haló para que la siguiera y mientras caminábamos contemplé como idiota el movimiento de sus caderas y la seguridad con la que se movía delante de mí. Su piel blanca resaltaba más con los mechones de cabello oscuro que caían por sus hombros.

Anabelle era hermosa, sexy y esa noche, sin planearlo, iba a ser mía.

Cuando llegamos al gran salón, este estaba abarrotado de personas, me llevó por un extremo que parecía menos congestionado, pero de igual modo fuimos obligados a acortar la distancia entre nosotros.

Con una sonrisa pícara, Anna levantó la mirada y colocó mi mano alrededor de su cintura logrando estremecernos cuando nuestros cuerpos se tocaron.

Sin dejar de mirarme a los ojos, empezó a moverse con sensualidad al ritmo de la música mientras yo fantaseaba con todo lo que iba a suceder entre nosotros cuando el baile terminara.

Ella giró de pronto dándome la espalda, movió sus caderas contra mí y su culo redondo rozó mi miembro duro. Un delicioso gemido escapó de su garganta haciéndome sonreír aún más satisfecho.

Pensé que mi notable necesidad iba a atemorizarla, pero no fue así.

Anna llevó mis manos sobre su vientre permitiéndome abrazarla y apoyó su cabeza sobre mi pecho sin dejar de moverse al ritmo de la pegajosa canción.

El deseo crecía con cada uno de sus movimientos, con la forma como su respiración empezaba a ser irregular cada vez que su trasero rozaba mi erección y yo no pude seguir controlando las ganas que tenía de apoderarme de esa mujer.

Mis manos se movieron sobre sus brazos hasta su cuello. Le aparté con suavidad el cabello y me incliné para aspirar el aroma de la piel femenina que el destino había puesto en mi camino.

Anabelle tembló cuando mi boca se presionó contra su cuello. Dejé una línea de besos inocentes que contrastaba con mis pensamientos, esos en los que la follaba de todas las formas posibles. Imaginaba el sonido de su voz al gritar mi nombre, al correrse gracias a mí.

Tomó una de mis manos y la subió hasta dejarla sobre uno de sus pechos. Su respiración se cortó cuando mi dedo hizo círculos sobre su pezón y regalándome una hermosa sonrisa giró su rostro hacia mí.

Sus provocativos labios rojos estaban a mi disposición, pero el movimiento de su trasero frotándose contra mí, me desconcentró por un segundo. Disfruté del placer que ese baile estaba causándome y sin poder contenerme un segundo más, me apoderé de su deliciosa boca.

El puto mundo se fue a la mierda en ese instante, todo dentro de mí explotó como una bomba causándome una descarga de calor y necesidad que no recordaba haber sentido en mucho tiempo.

Todo empeoró cuando su atrevida lengua me invadió la boca y me sujetó del cuello intentando dirigir la situación, pero el hombre machista que habitaba en mí no iba a permitírselo.

La giré hacia la pared que teníamos cerca de nosotros, le sostuve ambas manos llevándolas sobre su cabeza para evitar que pudiera moverse.

Por un segundo me regaló esa mirada dura que vi a través del teléfono de Amelia y eso hizo que mi deseo de enseñarle buenos modales aumentara peligrosamente.

Me acerqué a su cuello y acaricié con mi lengua su piel ganándome un temblor que delató el placer que estaba experimentando su cuerpo. Busqué otra vez esa deliciosa boca y aunque esperé que me la negará, no lo hizo, al contrario, ella volvió a besarme de ese modo que no recordaba a ninguna mujer haberme besado antes.

Anabelle no era tímida, ni temerosa, ella era ardiente, atrevida y controladora. Ella quería tener el control y me estaba costando mucho trabajo no rendirme y dejarla dominarme como parecía deseaba hacerlo.

Usando mi mano libre, llegué hasta el centro de sus piernas, hasta ese lugar húmedo y caliente que deseé saborear.

Anabelle gruñó de placer cuando mis dedos se colaron entre la tela de encaje. Estaba tan mojada, tan resbaladiza, tan lista para mí que mi erección creció todavía más dentro de mis pantalones.

Ella se movió intentando obtener más presión sobre su sexo, pero detuve el movimiento

ganándome otra de sus duras miradas.

Quise sonreír, quise decirle que follarla enfadada era una de las fantasías que tenía con ella, pero solo la observé midiendo sus reacciones, estudiando hasta qué punto ella iba a dejarme dominar la situación.

Esperé que terminara con su lucha interna y me incliné para besarla y sucumbió ante el deseo que yo había despertado.

De nuevo me besó con exigencia, con esa pasión que logró que mi necesidad llegara a un nivel incontrolable. Su boca se apoderaba de la mía con tal intensidad que la dureza entre mis piernas empezaba a ser dolorosa.

Sin poder resistirme más, la tomé de la cintura y la subí sobre mí para llevarla, finalmente, hasta el privado que me habían asignado esa noche.

Llegamos, empujé la puerta y la llevé hasta la hermosa cama en el centro de la habitación.

Anabelle no me liberó y continuó besándome de ese modo que en mi vida una mujer me había besado. Era dueña de mi boca, de mis besos, era suyo de un modo que me mortificó, pero estaba tan excitado que esa preocupación pasó a segundo plano.

Necesité de todo mi autocontrol para alejarme de ella, algo que visiblemente no le agradó porque provoqué que su ceño se frunciera recordándome a la rebelde mujer que había conocido a través de un móvil.

Me incliné de nuevo sobre ella, intentó alejarse, pero fui más rápido y presioné mi cuerpo contra el suyo para inmovilizarla.

—**Me encantas, Anna…** —susurré rozándole la nariz con la mía, ella respiraba con dificultad—. **Y te prometo que me tomaré el tiempo de satisfacer cada centímetro de tu cuerpo.** —Pasé mi lengua sobre sus labios logrando que se relajara otra vez—. **Pero necesito que me dejes tener el control esta noche.**

Una de mis manos bajó por su cintura y llegó hasta ese lugar húmedo entre sus piernas. Lamiéndole los labios, esperé que se rindiera a mi petición, pero no lo logré tan fácilmente.

Por un momento la vi retándome con la mirada, deseando, seguramente, mandarme a la mierda, pero el placer que estaba dándole, ganó la batalla.

Me sentí complacido cuando se dejó caer sobre la almohada en notable rendición y en recompensa volví a apoderarme de sus labios o mejor dicho, ella se apoderó de los míos y nos besamos durante un tiempo bastante largo.

Su lengua, danzaba dentro de mi boca como si no fuera la primera vez, como si conociera la forma en la que con besos pudiera tenerme a sus pies, porque de ese modo me sentí.

Sin poder conformarme solo con sus labios llevé mis atenciones a su cuello y continué bajando hasta sus pechos aún ocultos. Chupé uno de sus pezones, ella gimió en respuesta y yo sonreí.

—**¿Nos quitamos el antifaz?** —me preguntó con una voz ronca.

Sonreí y me senté para mirarla, para admirar lo fabulosa que lucía en la cama.

Su cabello oscuro estaba desordenado de forma perfecta sobre la almohada, sus labios lucían aún más carnosos, más apetecibles a causa del beso que nos habíamos dado y su cuerpo… ¡mierda! Su cuerpo era todo lo que deseaba poseer en ese momento.

Comiéndomela con los ojos llevé mi mano húmeda de ella a mi boca y disfruté del sabor de su necesidad, de las ganas que tenía de mí.

Por un instante deseé que supiera que era yo, deseé que viera mi rostro, que supiera mi nombre, que nunca olvidara al hombre que esa noche iba a darle el mejor sexo de su vida, pero

no estaba muy seguro de su reacción y no iba a arriesgar mi noche con ella por nada del mundo.

—**No…** —respondí a la pregunta que me había hecho—. **Quizá la próxima vez.**

Sonrió complacida cuando mis dedos se colaron entre las tiras de la diminuta prenda de encaje negro que cubría su sexo. Tiré de ella hacia abajo para desnudarla y volví a observarla sintiéndome complacido cuando me choqué con su mirada lujuriosa.

Anabelle mordió sus labios y pellizcó sus pechos aún ocultos en el vestido, dándome un espectáculo con el que no pude fantasear cuando la vi por primera vez.

Ella no era la mujer rebelde y odiosa de la llamada…

La mujer sobre la cama era caliente y descarada.

Era la mujer que cualquier hombre desearía poseer y a la cual este suertudo hombre iba a follar… duro.

2 Anabelle.

Cuando salí de aquella sala, mi corazón bombardeaba con fuerza, con una mezcla de sentimientos que no era capaz de describir. Mis pies se movieron con firmeza hacia la salida del juzgado donde habíamos firmado el divorcio.

Miré mi móvil y comprobé que el taxi que había pedido estaba a dos calles, levanté la mirada y acomodé mi vestido.

—**¿Ni siquiera te despedirás de mí?** —inquirió una voz varonil que conocía muy bien.

Respiré profundo y le di cara al hombre que había sido mi marido por cinco largos años.

—**¿No vas a decirme adiós?** —preguntó con seriedad.

Podía ver en sus ojos que estaba sufriendo, tenía ojeras que delataban la mala noche que había pasado, pero en ese momento mientras lo tenía frente a mí, me di cuenta de que ese amor que sentía por él se había convertido en decepción.

Verlo solo me hizo saber que había hecho lo correcto porque no había forma de que yo pudiera continuar al lado de una persona de la que me sentía tan decepcionada.

—**Adiós, David…** —Fue todo lo que le dije.

Aferrándome a ese sentimiento doloroso que él me causaba con solo estar frente a mí, caminé hacia el taxi y me dispuse a marcharme.

—**¡Tenía miedo de perderte!** —confesó con una voz dolorosa que me descolocó—. **No quería perderte, Annie.**

Aun cuando no quería, me giré y lo encaré de nuevo.

—**No te acerques más a mí, David. Sigue tu vida y déjame en paz.**

Me di media vuelta y subí al taxi sin siquiera darle una última mirada.

Cuando el coche empezó a moverse mis ojos se llenaron de lágrimas y traté con todas mis fuerzas de calmarme.

Todo pasará, vas a estar bien… Vas a estar bien.

Me repetía una y otra vez.

Limpie mis mejillas cuando las lágrimas rodaron por ellas y me sentí muy agradecida de que la casa donde sería la fiesta de graduación de Amelia estuviera lejos porque tuve la oportunidad de tranquilizarme.

Me forcé a recordar mi fin de semana en *Medianoche*, a recordar a ese desconocido hombre con el cual tuve el mejor sexo de mi vida. Estaba ebria cuando llegué a la barra, pero aún podía recordar sus ojos verdes y esa hermosa sonrisa que poseía.

Si hubiera estado en mis cinco sentidos le hubiera preguntado su nombre, pero no tenía nada y era una lástima porque una distracción como esa me ayudaría mucho a superar mi puta realidad.

…

Cuando el coche estacionó, me sentí mejor, incluso estaba un poco acalorada por el recuerdo que había invadido mi mente.

Pagué el servicio y bajé del coche, me acomodé el cabello, el vestido, y caminé hacia la entrada. Toqué el timbre y practiqué mi mejor sonrisa mientras esperaba que alguien me dejara

entrar.

La puerta principal se abrió y Pamela, mi nueva compañera de piso, sonrió al verme. Se acercó y me dio un abrazo sincero que sabía no era solo en saludo, sino, que intentaba animarme por lo del divorcio.

Lo que menos tenía eran ánimos para celebrar algo, pero le había tomado cariño a Amelia y no podía faltar a su fiesta.

Pamela se alejó y se hizo a un lado para dejarme entrar.

Solo di un paso hacia delante y la mirada intensa de alguien me hizo detener. Busqué al causante de esa extraña sensación y mi corazón se detuvo por una milésima de segundos cuando di con él.

Una verde y enigmática mirada masculina me observaba desde el otro lado del recinto y los recuerdos frescos del *Medianoche* me asaltaron haciéndome sentir aturdida.

La bulla en el salón parecía haberse disipado durante esos cortos segundos en los que él y yo nos miramos.

—**¿Terminaste con todo?** —preguntó Pamela.

Me sentí agradecida de su intervención porque pude despegar mi atención de ese hombre.

—**Sí** —respondí con nerviosismo—. **Mañana te explicaré todo.**

—**Vale** —respondió Pam y abrió más la puerta—. **¿Entras?**

Sonreí avergonzada al darme cuenta de que seguía de pie en el umbral. Respiré profundo y me moví sobre mis elegantes zapatos de tacón en dirección contraria del hombre que no dejaba de observarme.

Era ridícula la forma en la que los recuerdos de aquel desconocido con el que había follado volvieron a invadirme.

Había sido fabuloso, sí, pero no entendía por qué el sujeto que me miraba a lo lejos me lo recordaba tanto.

Durante unos minutos pude mantenerme alejada, minutos en los que pude explicarle a mi cuerpo que no se trataba de mismo sujeto, aunque mi memoria parecía estar confundiéndolos.

Sabiendo que no saludar a la festejada era una falta de educación decidí, aun cuando hubiera deseado no hacerlo, caminar hacia ellos.

Solo me bastó verla para contagiarme de su alegría, de ese brillo de felicidad que reflejaban sus ojos…

¿Y cómo no estarlo si después de tantos meses Amelia y el amor de su vida habían retomado su relación?

—**¡Joder, tía!** —exclamé mirándola—. **¡Qué guapa te ves!**

Amelia sonrió y se acercó para besar mis mejillas mientras su perfecto hombre me regalaba una sonrisa amable.

—**Bueno, los dos se ven muy bien…** —admití mirando al guapísimo Sebastián Bécquer.

Ese hombre que pensé no existía sobre la faz de la tierra pero que Amelia había tenido la suerte de enamorar. Ese hombre que ni siquiera estando separados dejó de cuidarla, de amarla…

Sí, yo era una romántica ridícula, pero jamás lo admitiría en voz alta.

Sebastián se acercó y besó mis mejillas, fue en ese momento en el que volví a ver esos ojos verdes que no pretendían dejar de observarme y que habían causado que mi corazón latiera con más fuerza de lo habitual.

¡Cálmate, joder! No eres una niña ridícula.

Me reprendí.

—**Anna…** —susurró Sebastián acercándome hacia el sujeto a su lado—. **Creo que no conoces a mi mejor amigo.**

Hasta ese momento había olvidado que gracias a una videollamada conocía al mencionado, pero decidí fingir que no lo recordaba.

Armándome de valor y ocultando la forma extraña en la que me alteraba, levanté la mirada hacia él y de nuevo mi cuerpo se estremeció, pero fiel a mi orgullo me mostré indiferente.

—**Perdona** —susurré sin ser sincera—, **es que no te había visto…**

Él esbozó una sonrisa divertida y extendió su mano para presentarse.

—**Soy Andrés Brasher** —dijo con una voz sensual.

Con ese tipo de voz que te derrite por dentro y te enciende en segundos.

¡Mierda, que voz tan maravillosa tiene!

—**Anabelle Mondedeu…** —le dije.

Tomé su mano y el placer recorrió mi cuerpo de un modo que no podía explicar. Lo miré intentando entender lo que estaba sucediéndome, intentando recordar que se trataba del mismo tío imbécil que había conocido a través del móvil de Amelia.

—**Un placer conocerte…** ***Hermosa*** —agregó él, sonriente.

En segundos el efecto extraño desapareció y esa antipatía que había experimentado al conocerlo tomó el control de mi cuerpo.

—**¡Oh, pero eres tú!** —agregué fingiendo sorpresa y liberándome de su mano—. **El gaznápiro de la videollamada**.

La mirada de Andrés pasó de ser ardiente a amenazadora en segundos y mi cuerpo se sintió perturbado al verlo enfadado.

—**Perdona, no te reconocí** —le dije—, **es que en persona luces mayor.**

La mirada mortal que me había ganado al insultarlo cambió y de pronto parecía divertirse. Sentí cómo mis emociones cambiaban al igual que la expresión del hombre y eso aumentó más mi molestia.

Obligándome a ignorar al presumido mejor amigo de Sebastián, me giré hacia Amelia y le sonreí.

—**Ame, ¿dónde está la música de esta fiesta, tía?**

Sebastián sonrió divertido y yo me alejé de ellos apenas me fue posible.

Fui directo hacia Pamela y mientras buscaba junto a ella la música para alegrar el ambiente de la reunión, sin tener la intención, choqué con la mirada verdosa de Andrés.

Él me sonrió de un modo que inevitablemente me llevó de regreso al *Medianoche* y el temor se apoderó de mí por unos segundos.

No es posible… No es él, Anna.

Esperaba estar confundida.

El muy idiota me lanzó un sonoro beso y después de decirle algo a Sebastián, desapareció de mi vista, algo que me hizo sentir mejor.

…

El tiempo pasó sin prisa, fue agradable para todos los que nos habíamos reunido. Sin duda íbamos a echar de menos a Amelia, pero verla tan feliz también nos hacía sentir felices.

En busca de bebidas, Pam y yo fuimos hacia la cocina y nos ocupamos de llenar las copas con vino tinto.

—**Andrés no dejaba de mirarte** —susurró cuando estuvimos solas.

Le regalé una mala mirada por hacer que me acordara de él.

—**¡Es un cabronazo!** —me quejé—. **Debe tener el ego más grande que la polla.**

Pamela me miró sorprendida y rió divertida.

—**Cuidado, jefa** —advirtió—. **Sabes lo que dicen: del odio al amor hay solo un pasito.**

Giré los ojos e ignoré su comentario.

Los silbidos desde el salón nos hicieron girar y vi a Sebastián abrazando a Amelia mientras bailaban una melodía romántica.

Sonreí al verlos, al ser testigo de ese tipo de amor que todos deberíamos tener, pero sin poder evitar que el recuerdo de David me invadiera y la tristeza me nublara el rostro.

Había llegado a pensar que él sería el hombre con el que pasaría el resto de mi vida, con quien formaría una familia, pero había estado equivocada y eso era lo que más me dolía.

Una de las chicas entró a la cocina y yo aproveché el momento para escapar por la puerta trasera y así evitar que los demás vieran lo mucho que me afectaba la situación.

La brisa fresca de la noche me ayudó a calmarme. Caminé hacia la hermosa piscina desde donde ni siquiera se escuchaba la música, las luces azules iluminaban el jardín y le daban una calidez agradable.

Decidí disfrutar del lugar acompañada de un cigarrillo. Busqué en mi bolso la caja de metal dorado donde guardaba el tabaco que a veces fumaba, pero, aunque intenté dar con el mechero, no tuve éxito y me sentí frustrada cuando recordé haberlo dejado en la oficina.

—**¿Quieres fuego?** —preguntó una voz varonil desde la oscuridad.

Salté asustada porque había pensado que estaba sola y todo empeoró cuando Andrés se hizo visible entre la oscuridad.

La poca luz iluminó su rostro, sus hermosos ojos… Lo vi caminar hacia mí con elegancia y lentitud, parecía un modelo en medio de un desfile.

Llevaba una camisa negra que se ajustaba de forma perfecta a sus brazos, dejando ver el resultado de la rutina de ejercicios que supuse, hacía con frecuencia. Tenía algunos botones abiertos que dejaban ver sus ensortijados vellos dorados y unos pantalones que se ajustaban de forma perfecta a sus largas piernas.

Su seguridad al caminar, su mirada intensa, y esa seriedad con la que me miraba, eran dignas de admirar.

Era guapo, más de lo que me gustaría.

Se detuvo frente a mí y cometí el error de mirarlo a los ojos.

De nuevo mi alocado corazón saltó con violencia ante esa mirada verdosa que me recordó a aquel desconocido del *Medianoche*.

—**Lo siento** —susurró con una voz tan varonil que me sentí embrujada—. **No quise asustarte.**

Con la poca cordura que me quedaba, me giré en mis zapatos de tacón con la intención de marcharme, pero él tomó mi mano empeorando los latidos descontrolados de mi corazón.

Descolocada por la forma como me estaba comportando, me liberé de su agarre.

—**Lo siento** —repitió levantando las manos—. **No quería molestarte.**

Incómoda, fastidiada y preocupada por la forma en la que me afectaba, volví a girar deseando alejarme de ese hombre.

—**¿Por qué huyes de mí?** —preguntó.

Me detuve y giré a mirarlo sorprendida por su pregunta.

Metió las manos dentro de los bolsillos de su pantalón y clavó su verde mirada en mí.

—**Mi madre suele decir que cuando una chica te odia sin razón es porque le gustas más de lo que puede admitir** —puntualizó.

No pude evitar burlarme por lo que había dicho. Aquella primera ocasión pude ver lo creído que era, pero en vivo era mucho peor.

Caminé hacia donde estaba y me detuve a su lado sin temor.

Yo no era una mujer tímida y nunca me había ido por las ramas con nada, ni siquiera con los hombres, porque cuando alguno me gustaba, no tenía problemas en dar el primer paso y dejarles saber mi interés, pero Andrés era diferente y eso lo tenía muy claro.

La forma en la que mi cuerpo deseaba rendirse ante él, era aterradora.

—**¿Crees que me gustas?** —pregunté usando un tono de voz burlón.

Él sonrió de lado y con la poca luz que había en esa parte de la casa, esa sonrisa fue aún más parecida a la del sujeto de *Medianoche*.

No es él… No puede ser él.

Seguía repitiéndome a mí misma.

—**Solo me gustaría saber por qué huyes de mí…** —dijo con tranquilidad—. **¿Hice algo que te ofendió?**

—**No me gustan los tíos creídos como tú.**

—**No me conoces…** —respondió con calma—. **No deberías juzgar a las personas sin conocerlas.**

De nuevo estaba mirándome de ese modo que parecía querer darme unas nalgadas por haber sido grosera, algo que empeoró la forma en la que me sentí.

—**¿Qué edad tienes?** —me preguntó.

—**Mucho menos que tú…** —respondí.

Él giró su rostro a un lado dejando que la luz cálida proveniente de la cocina iluminara sus ojos y mi corazón se detuvo porque en verdad sus ojos eran idénticos a los del sujeto del *Medianoche.*

¡Joder, dime que no eres tú, por favor!

Rogaba que fuera un error.

Andrés, sin que lo esperara, se acercó tanto a mí que el calor de su cuerpo me hizo estremecer.

—**Si sigues actuando así…** —me susurró con voz ronca, sensual—, **voy a creer que mi madre tiene razón.**

—**Las madres dicen todo lo que los hijos necesitan escuchar.** —Logré decir—. **La tuya no debió ser la excepción.**

Lo miré a los ojos y me negué a salir corriendo aun cuando mi loca memoria engañaba a mi cuerpo haciéndole creer que ese creído hombre era el mismo del club.

—**¿Sabes por qué actúas así conmigo?** —preguntó.

Porque estás jodidamente bueno, respondió mi estúpida conciencia.

—**¿Porque eres un gilipollas?**

Su mirada oscureció y supe que me había pasado de la raya. Su ceño se frunció y sin pensárselo un segundo llevó una de sus manos a mi espalda y me presionó contra la pared detrás de mí.

Temblé como una niña tonta y todo empeoró cuando su rostro estuvo muy cerca del mío y el aroma varonil de su perfume me nubló la mente.

—**No hagas eso** —ordenó con voz ronca—. **No me ataques porque solo aumentarás mis**

ganas de educar tu atrevida boca… Y no te imaginas todo lo que puedo hacer con ella… *Anna*.

Su voz, su amenaza y esa sensualidad hizo que mi cuerpo se calentara en segundos, pero lo que más me aturdió fue la forma en la que me llamó.

—**¿Desde cuando estás en la ciudad?** —me atreví a preguntar.

Él ni siquiera pestañeó, su verde mirada estaba clavada en la mía acelerando de forma vergonzosa los latidos de mi estúpido corazón.

¡Joder, Anna, aléjate de este tío!

Andrés, sin relajar su seriedad, inclinó un poco su rostro y rozó su nariz con la mía nublando por completo mi poca consciencia.

—**La vida no es justa** —susurró dejando que su cálido aliento acariciara mis labios—. **No deberías estar casada.**

Estaba sorprendida por lo que había dicho y aunque debí dejarlo en su error, no pude, ni quise fingir lo mucho que ese idiota me gustaba.

—**Ya no lo estoy** —admití mirándolo a los ojos.

Él me miró en silencio, manteniendo la seriedad en su rostro. No sabía qué estaba pensando, pero ninguno de los dos intentó alejarse del otro.

—**Tienes cinco segundos para alejarte** —me dijo—. **O haré que quieras quedarte siempre.**

Movió la mano que tenía apoyada en la pared dándome la oportunidad de marcharme, algo que sin duda no esperé.

Sabía que era lo mejor, pero me negué a comportarme como una niña cobarde e insegura.

No me moví y recuperando mi seguridad levanté la mirada hacia él.

Mi corazón se agitó cuando me vi en sus hermosos ojos y todo mi cuerpo se estremeció cuando supe lo que iba a hacer.

Dejando mi orgullo de lado y admitiendo que ese presumido hombre me gustaba más de lo que debería, me acerqué y sin pensármelo más, lo besé.

Mi cuerpo se estremeció con el solo roce de nuestros labios dejándome inmóvil. La mujer atrevida que solía ser se sintió intimidada.

No fui capaz de moverme, de besarlo como lo había imaginado, como lo deseaba.

Él tampoco se movió, por unos segundos no dijo ni hizo nada. Su mano aún sostenía mi cintura y con la otra sujetaba mi cuello con firmeza.

Andrés se alejó solo un poco y respiró profundo.

—**Si vamos a besarnos por primera vez**, **me aseguraré de que sea tan bueno que nadie pueda superarlo jamás** —susurró con una voz ronca jodidamente sensual.

No me dio tiempo de procesar lo que había dicho, tiró de mi cuello para presionarme contra él y apoderarse de forma posesiva de mi boca.

Mi corazón dejó de latir cuando su lengua se abrió paso entre mis dientes profundizando un beso que me dejó sin alma y todo se fue a la mierda cuando fui capaz de corresponderle.

La intensidad y firmeza con la que se apoderó de mi boca me hicieron sentir como una niña sin experiencia, el movimiento seguro de sus labios me hizo sentir que era él quien tenía el control.

Andrés me estaba dominando con ese beso casi pornográfico y no fui capaz de sentirme incómoda por ello, al contrario, todo dentro de mí se rindió ante él, ante ese hombre capaz de dominarme, de apoderarse de mí de un modo que jamás nadie lo había hecho.

Nuestras bocas se tocaban con desesperación, con una necesidad que no podía describir. Ni él ni yo parecíamos estar pensando. Solo nos dejábamos llevar por lo que estábamos sintiendo y, fue maravilloso.

Fue el mejor beso que había recibido en mucho tiempo.

¿No fue eso lo que sentí con el americano en Medianoche?

No, no es él… No puede ser él.

No dejaba de pensar en eso.

Mis pensamientos quedaron en blanco cuando se presionó más contra mi cuerpo y me hizo sentir el efecto que le causaban mis besos. Solté un gemido de placer que lo hizo sonreír, pero que no interrumpió nuestro momento.

Estábamos fuera de control, no pensaba con claridad. Lo único que tenía claro era cuánto deseaba a ese creído hombre, de eso que me hacía sentir y que nunca había experimentado en ninguno de mis encuentros casuales.

Una de mis manos finalmente pareció reaccionar y sin pensármelo, la llevé hasta esa magnífica erección que yo había provocado. Un gemido glorioso salió de su garganta cuando lo toqué y me sentí orgullosa de lo que había provocado en él.

Abrí los ojos y lo miré, él sonrió orgulloso, quizá con el mismo orgullo y placer que sentía yo. Sin dejar de mirarme bajó sus manos por mi espalda y recorrió mi trasero, siguió hasta mis muslos, tomó el dobladillo de mi vestido y lo levantó hasta mi cintura.

Para ese momento ninguno de los dos parecía querer detenerse, solo nos dejábamos llevar por el deseo que experimentábamos juntos.

Mis manos intentaron abrirle el pantalón mientras continuamos encendiéndonos con besos desesperados.

—**¡Anabelle!** —gritó Pamela desde algún lugar lejos de nosotros.

—**¡Mierda!** —exclamó Andrés.

Sin pensárselo ni un segundo, dio un paso hacia atrás para alejarse de mí, pero me regaló una mirada cargada de deseo, la lujuria brillaba en esa verde mirada que creía haber visto antes.

¡Es él! Es el hombre del club… Decía mi conciencia.

El sonido de unos tacones acercándose logró hacerme reaccionar y bajé mi vestido tratando de ocultar lo que había ocurrido.

Andrés se giró dándome la espalda y se acomodó la ropa.

Pamela apareció justo cuando intenté recuperar el orden en mi cabello enmarañado.

—**Anabe…**

Su voz no terminó de pronunciar mi nombre al vernos.

Yo intenté no sonreír.

—**Hemos pedido un taxi** —me informó mientras su mirada iba de Andrés a mí con descarada emoción—. **¿Vienes con nosotros?**

—**Sí** —respondí aún sin aliento.

Miré hacia Andrés esperando que me hiciera cambiar de opinión, pero se mantuvo en silencio y sin mirarme.

—**¿Quieres venir, Andrés?** —preguntó Pamela sorprendiéndome.

Reprimí una sonrisa de agradecimiento por invitarlo y lo miré esperando su respuesta.

Lo escuché respirar profundo antes de girar un poco para mirar a Pam.

—**Vamos a continuar la fiesta en un club** —explicó Pamela—. **Un club…, normal** —

agregó con una risita tonta.

Él sonrió de modo seductor.

—**Gracias…** —respondió con voz ronca y giró un poco más hacia mí.

Ya no estaba sonriendo, incluso parecía apenado por algo.

—**Me encantaría acompañarlas, pero ya tengo planes.**

Todo el placer que había sentido gracias a sus besos se fue a la mierda en segundos cuando rechazó, sin titubeos, la posibilidad de continuar lo que habíamos empezado.

Dejé de mirarlo y aferrándome a mi orgullo herido, me giré con la intención de marcharme sin regalarle un solo segundo de mi tiempo.

—**Iremos a Tabú** —le oí decir a Pamela—, **por si te animas luego.**

Ni siquiera le oí responder y tampoco esperé que lo hiciera.

—**¿Qué ha pasado?** —preguntó Pamela cuando ya estábamos cruzando la cocina.

—**Nada.**

—**¡Venga, no seas mentirosa!** —se quejó.

Intenté ignorarla, pero ella me tomó del brazo logrando que me detuviera. Estaba furiosa con el imbécil de Andrés y terminé regalándole una mala mirada a Pam, pero ella solo acomodó mi cabello.

—**Si no fuera porque estás vestida pensaría que echaron un polvo.**

El pensar en esa posibilidad y en el rechazo de la invitación, aumentó mi molestia.

Respiré profundo intentando olvidarlo, pero sucedió lo contrario, todo dentro de mí quería correr hacia ese idiota. Estaba tan excitada que lo único que deseaba era volver a disfrutar de su boca, de sus manos… de él.

¡Joder! ¡Él no quiere eso, no seas ridícula! Gruñó mi conciencia.

—**Venga, deja de decir tantas tonterías** —le pedí tomándola del brazo—. **Vayamos de marcha que hoy necesito alcohol y sexo para borrar el puto día que he tenido.**

Pamela rió mientras caminábamos al salón y nos unimos a los demás invitados ya despidiéndose de Amelia y Sebastián.

Mientras esperaba mi turno para decir adiós, miré hacia la piscina, en medio de esa oscuridad vi sus hermosos ojos verdes y mi corazón volvió a detenerse al pensar en la posibilidad, cada vez más creíble, de que ese idiota y yo hubiéramos follado en el club.

Dios mío, que no haya sido él, por favor… Ese idiota, no.

Rogaba una y otra vez.

Su rostro estaba serio, no lucía para nada feliz, pero me lanzó un beso que respondí mostrándole mi dedo medio antes de girarme y salir de la casa.

¡Creído de mierda!

Has calentado la comida, pero esta noche otro se la va a comer…

3 Andrés.

Una taza de café estaba frente a mi hermana y una de té frente a mí. Casi no había dormido debido a una entretenida noche de placer. Y por las ojeras de Fer supuse que ella la había pasado fatal.

—**¿Cómo te sientes hoy?** —pregunté aunque sabía la respuesta.

—**No voy a morir** —respondió dándole un sorbo a su bebida—. **Hoy veré a Gianella, me ayudará a buscar empleo aquí.**

—**¿Cómo está ella?** —pregunté recordando a la mejor amiga de mi hermana—. **Tiene una hija, ¿verdad?**

—**Sí, Ana** —la mención de ese nombre casi me hace sonreír, pero lo oculté bebiendo de mi té —. **Está preciosa. Ha crecido mucho y habla hasta por los codos.** —Sonreí al ver el buen humor de mi hermana al hablar de la pequeña—. **Giane quiere recomendarme con su hermana que trabaja para una editorial en Madrid.**

—**No olvides el ofrecimiento de Sebastián** —le recordé—. **Si quieres ir a Madrid, esa editorial podría ser una buena opción.**

—**Lo sé** —respondió tomando mi mano—, **pero me gustaría hacerme de un empleo sin la ayuda de ustedes.**

Me fue imposible no sentirme orgulloso al oírla, porque a pesar de que su vida sentimental era una mierda, laboralmente destacaba en lo suyo.

—**Solo no olvides que podemos ayudarte si lo necesitas.**

Mi móvil sobre la mesa se iluminó cuando una llamada de Sebastián entró. Me puse de pie para responder y besé la frente de mi hermana antes de salir al jardín.

—**Sebastián…**

—**Andrés, ¿dónde estás?**

—**En Salamanca.**

—**Necesito que vengas a Madrid** —dijo un poco apresurado—. **Adelantaron la graduación de Amelia y no podré asistir a la junta en la editorial… ¿Podrías ir en mi lugar?**

—**¿Quieres que vaya a una aburrida reunión de socios?**

—**Por favor** —suplicó mi amigo—. **Sabes que casi nunca estoy presente y aunque Anabelle se ha encargado de representarme, me gustaría que en esta oportunidad seas tú quien asista en mi lugar. Eres mi representante de todos modos.**

—**¿Anabelle estará en la reunión?**

Escuché una risa tonta escapar del otro lado de la línea.

—**Obviamente** —respondió Sebas.

—**Creí que iría a la graduación de Amelia.**

—**Sí, pero esta junta le ha jodido toda la agenda.**

La idea de estar en otra aburrida junta de una editorial no estaba en mis planes, pero tener un pretexto para volver a ver a Anabelle era algo que no iba a rechazar.

—**De acuerdo** —respondí fingiendo desagrado—. **Me debes una.**

—**Quizá me la deberás tú a mí** —respondió el cabrón—. **Te estoy dando una excusa para estar cerca de Anabelle.**

—**Es lo mínimo que puedes hacer después de que rechacé la posibilidad de estar con ella por ser parte de tu regalo de graduación para Amelia.**

Sebastián empezó a reírse y yo también lo hice.

—**¿A qué hora debo estar allí?**

—**A las tres y treinta.**

—**Está bien.**

—**Le avisaré a Anna que irás en mi lugar.**

—**No, no lo hagas. No quiero que prepare su mala cara para recibirme.**

—**Creo que su mala cara es exclusiva para ti** —se burló—. **Pero está bien, no le diré nada. Solo llega a tiempo.**

—**Siempre llego a tiempo** —le recordé—. **Ahora cuelga que necesito prepararme. Hablamos luego.**

Cuando la llamada terminó me di cuenta de lo entusiasmado que me sentía ante la posibilidad de volver a verla, pero es que no había tenido suficiente de ella y no estaba dispuesto a desperdiciar esa oportunidad.

…

La editorial en la que Sebastián había invertido solo por Amelia estaba ubicada en el centro de la ciudad. El edificio aparentemente antiguo era de tan solo tres pisos y eso me sorprendió mucho.

Cuando entré en él la modernidad y el buen gusto de la decoración me recibieron acompañado de la sonrisa coqueta de la recepcionista.

—**Hola, buenos días** —me saludó la joven de quizá unos veinticinco años.

Podrías ser mi hija, cariño. Se burló mi conciencia.

—**Buenos días** —respondí al llegar a ella—. **Vengo a…**

El elevador detrás del mostrador se abrió y la mujer que había ocupado mis pensamientos desde la noche anterior apareció frente a mí.

La expresión en el bello rostro de Anabelle cambió apenas me vio. Por un momento detuvo su caminar y al darse cuenta retomó su ritmo. Segura y guapísima continuó moviéndose hacia donde yo estaba.

—**¿Señor…?** —susurró la joven recepcionista.

Yo ni siquiera pude quitar mi atención de Anabelle y ese vestido ceñido que llevaba puesto, mucho menos de sus hermosos zapatos de tacón rojo que la hacían lucir tan sensual.

—**Yo me encargo, Lucy** —dijo Anabelle al llegar frente a mí y luego me extendió su mano —. **Señor Brasher…**

—**Señorita Mondedeu…**

Le acaricié los dedos al responder a su saludo y su mirada odiosa cayó sobre la mía. Por un tiempo, que no pude contabilizar, todo a mi alrededor se quedó en silencio.

¿Por qué me gustas tanto, hermosa? Era algo que me inquietaba.

—**Supongo que Sebastián te envió** —agregó liberándose de mi agarre, yo asentí—. **Sígueme, por favor…**

Le hice un ademán para que ella caminara delante de mí. Le sonreí a la jovencita de la recepción y seguí como un perro a su amo a la mujer que movía el culo de forma provocadora delante de mí.

Anabelle se detuvo frente al elevador y presionó el botón para llamarlo. Se giró hacia mí cruzando los brazos y me miró sin decir nada.

Me mantuve en silencio, mirando sus hermosos ojos, sus carnosos labios y tratando de no mirar de nuevo ese cuerpo del que ya había disfrutado, porque sentía que no iba a poder controlarme si lo hacía.

Las puertas metálicas del elevador se abrieron y Anabelle subió en él quedándose a un lado del marcador mientras yo me detuve frente a ella.

La vi marcar el tercer piso y poco después las puertas se cerraron dejándonos peligrosamente solos.

Ella levantó su mirada hacia mí y se mantuvo imperturbable mientras yo me sentía como un idiota niño de secundaria deseando follarse a la chica popular del salón.

—**¿Cuándo llegaste?** —me preguntó de pronto.

—**Acabo de llegar.**

—**No, a Madrid… ¿Desde cuándo estás aquí?**

Me sorprendió mucho su pregunta porque sonaba más casual de lo que estaba seguro, era.

—**¿Por qué lo preguntas?**

El elevador se detuvo en el segundo piso y dos mujeres subieron distrayéndola, yo no podía dejar de mirarla.

Cuando llegamos al tercer piso, las dos mujeres salieron primero. Anabelle las siguió dejándome otra vez deleitarme con el movimiento perfecto de su culo al caminar.

—**No has respondido a mi pregunta…** —dijo sin mirarme.

—**Ni tú la mía.**

Se detuvo de pronto haciéndome chocar con su cuerpo. La sostuve de la cintura con temor de que pudiera caerse por mi culpa y mi ridículo corazón se sintió tan afectado con su cercanía que empezó a latir con mucha fuerza dentro de mi pecho.

La vi respirar profundo y al hacerlo su cuerpo se estremeció. Sus hermosos ojos me miraron sorprendida, su ceño se frunció y no entendí la razón.

—**¿Conoces el club *Medianoche*?** —preguntó de pronto.

Admito haber sido un hijo de puta cuando decidí usar el mismo perfume que llevaba esa noche en el club con la intención de que ella pudiera reconocerme, sin estar seguro de que funcionaría.

No sonrías, Andrés… No sonrías.

Sí, cariño… Lo conozco y a ti desnuda también. Quise decirle.

—**Anna…** —llamó una voz femenina detrás de nosotros.

La innecesaria interrupción nos obligó a separarnos de inmediato. Anabelle se alisó el vestido sin dejar de mirarme, pero con la preocupación marcada en su rostro.

—**El señor Beltrán viene para acá** —anunció la persona que nos había interrumpido—. **Hola, Andrés…**

Giré a mirarla cuando me saludó con tanta familiaridad y me sorprendió no haber reconocido la voz de Pamela.

—**¿Cómo estás, Pamela?**

Sonrió y se acercó a mí para besarme las mejillas.

—**No has respondido mi pregunta…** —me recordó Anabelle.

La miré sabiendo que tarde o temprano debía confesar que era yo, el hombre con el que ella había follado en el club, pero sabía que ese no era el lugar y que incluso saberlo podría no

gustarle mucho.

—**Buenas tardes** —saludó una voz masculina.

Anabelle miró detrás de mí.

—**Buenas tardes, señor Beltrán.** —Extendió su mano hacia el socio de Sebastián.

El hombre que debía tener la edad de mi padre extendió su mano hacia mí y la tomé.

—**El señor es Andrés Brasher** —me presentó Anabelle con una voz formal—. **Es el representante legal del señor Bécquer** —explicó ella con seguridad—. **Señor Brasher, le presento al señor Jordi Beltrán.**

Agité con firmeza la mano del hombre.

—**Es un placer conocerlo, señor Brasher.**

—**El gusto es mío, señor Beltrán** —respondí.

—**Supongo que Sebastián tuvo algún inconveniente** —agregó el hombre mientras se giraba y abría la puerta que estaba a nuestra izquierda.

—**Cambiaron el horario de la ceremonia de graduación de Amelia** —respondió Anabelle.

Me miró para indicarme que entrara, pero le cedí el paso y ella siguió al hombre.

—**Me pidió que lo disculpara, fue cosa de último momento.**

—**No pasa nada…** —respondió el hombre al tomar su lugar a la cabeza de la mesa rectangular—. **Solo creí que podríamos aprovechar su visita para presentarle los balances** —dijo mirándome—, **pero supongo que el señor Brasher se encargará de informarle.**

—**Así es, soy quien lleva las finanzas en sus empresas** —acoté.

—**Vale…** —asintió el hombre y me invitó a sentarme—. **Entonces, empecemos, ya que sobre las seis de la tarde debo estar en casa o mi mujer va a matarme.**

Anabelle le sonrió y tomó un lugar frente a mí.

—**¿Es usted casado, señor Brasher?** —preguntó el hombre de pronto—. **¿Tiene hijos?**

—**No, no tengo** —respondí y miré a Anabelle—. **Estoy soltero.**

Ella bajó la mirada, pero una ligera sonrisa se asomó por la comisura de sus deliciosos labios.

—**Disfrútelo** —respondió el hombre con diversión.

Llegaron dos personas más y tomaron un lugar en la mesa.

—**¿Anabelle, estamos listos?** —preguntó Beltrán, ella asintió—. **Por favor, ilumínanos.**

Pamela nos entregó dos carpetas y Anabelle se puso de pie distrayéndome con las curvas de su sensual cuerpo, tanto, que necesité de todo mi profesionalismo para escuchar su informe y no recordar que esa hermosa mujer compartió una perfecta noche de sexo conmigo.

Durante poco más de una hora estuvieron explicándonos los resultados de las campañas publicitarias que había hecho para el lanzamiento de dos libros.

Pamela era la relacionista pública de la editorial y estaba encargada, junto a Anabelle, de todo el tema de los medios, algo que evidentemente manejaban a la perfección porque el señor Beltrán las elogió en varias oportunidades.

—**Solo tenemos en espera la campaña de Sálamo, pero en él toda inversión resulta necesaria y gratificante, así que básicamente tenemos todo en orden** —concluyó Anabelle.

—**Gracias, Anabelle** —respondió el señor Beltrán sonriéndole—. **¿Tiene alguna inquietud, señor Brasher?**

—**No, estoy familiarizado con estos informes** —acoté señalando las carpetas frente a mí—. **Creo que la señorita Mondedeu ha sido bastante clara en su presentación. Buen trabajo** —dije mirándola**.**

Ella asintió sin decir nada.

—**Anabelle es la mejor** —agregó el hombre—. **Confío ciegamente en sus ideas y decisiones, y supongo que Sebastián también, ya que me la robará por unas semanas.**

El comentario me tomó por sorpresa y no fui capaz de disimularlo.

—**Solo espero que no la convenza de trabajar con él, porque entonces tendremos un gran problema** —bromeó el hombre.

Sonreí mirando a Anabelle, pero ella se mantuvo imperturbable mientras el abogado y Pamela discutían sobre unos contratos.

—**Vale, entonces, ¿eso es todo, Anabelle?**

—**Sí, señor, eso fue todo.**

—**Muy bien** —respondió el señor Beltrán tomando sus documentos—. **¿Cuánto tiempo se quedará en la ciudad, señor Brasher?**

—**Unos días más.**

—**¿Es su primera vez aquí?** —preguntó con interés.

—**No, he visitado su país en muchas oportunidades.**

—**Ah, entonces ya debes conocer buenos lugares de la ciudad** —acotó poniéndose de pie —. **De todos modos, si quiere buenas recomendaciones Anabelle puede ayudarlo en eso también.**

—**¿En serio?** —pregunté mirándola.

Ella sonrió con cierta incomodidad.

—**Sí, me ha salvado en más de una oportunidad cuando he olvidado fechas especiales** —comentó el hombre.

La vi sonreír con más entusiasmo. El señor Beltrán se puso de pie y todos hicimos lo mismo.

—**Bueno, señor Brasher, ha sido un gusto conocerlo.**

—**El gusto ha sido mío** —respondí apretando su mano.

El abogado tomó sus cosas, me estrechó la mano y caminó hacia la puerta, Pamela lo siguió y continuaron su conversación.

Solo el economista de la editorial estaba acompañándonos. Él era un tipo rubio, más alto que yo y que no había dejado de mirar a Anabelle desde que llegó.

Lo había notado y aunque yo no era un hombre celoso, no me sentía cómodo con el interés que ella le despertaba.

—**¿Ya comiste?** —lo escuché preguntarle, Anna lo miró y negó—. **Yo tampoco, si quieres podemos hacerlo juntos.**

Anabelle me miró y al ver, supongo, mi seriedad, sonrió. Con esa misma diversión se giró hacia el sujeto y se acercó más de lo necesario a él. Le acomodó el cuello de la camisa y lo miró a los ojos.

—**¿Cuánto tiempo tenemos trabajando juntos?** —preguntó ella, él sonrió y no respondió —. **¿Cuántas veces te he dicho que los tíos que se ligan hasta las piedras no me van?**

Yo sonreí, quizá tanto como lo hizo el sujeto.

—**Pero si solo te he invitado a comer, ¿cuál es problema, guapa?**

—**El problema, Pablo** —susurró ella sin alejarse de él—, **es que te has follado hasta a la recepcionista que no tiene ni dos semanas aquí, tío… Y no estoy ni un poquito interesada en entrar en tu lista de ligues.**

Finalmente, ella se alejó y dejó de sonreír. Incluso parecía aburrida cuando tomó sus cosas y me miró.

—**¿Te muestro la salida?** —me preguntó, yo asentí.

Miré al sujeto de pie a su lado y moví mi cabeza en despedida.

—**Eres cruel** —susurré cuando salimos de la oficina, ella se burló de mí—. **Le has roto el corazón.**

—**Como si tuviera uno.** —Fue su respuesta.

Caminamos hasta los elevadores y se detuvo a la espera de que uno de ellos llegara por nosotros.

—**¿Necesitas un taxi?** —Quiso saber.

—**No, traigo auto.**

—**Vale** —respondió mirándome—. **Le envié una copia del informe a Sebastián, le expliqué todo con detenimiento.** —Yo asentí—. **¿Tú tienes alguna duda?**

—**Sí, la tengo** —respondí mirando sus hermosos ojos—. **¿Cenarías conmigo?**

Ella soltó una risa burlona al oírme y luego suspiró.

—**No he dejado de pensar en ti desde anoche** —confesé, ella volvió a burlarse de mí—. **¿No me crees?**

El elevador se abrió y dos sujetos salieron de allí. Anabelle miró a su alrededor y me sorprendió cuando cruzó las puertas de metal y se ubicó junto al tablero digital. Hice lo mismo y la vi marcar el primer piso.

Unos segundos después empezamos a descender.

—**¿Conoces el *Medianoche*?** —preguntó de pronto.

Sonreí sabiendo que eso era algo que aparentemente la mortificaba.

—**Sí, lo conozco** —admití.

Ella frunció el ceño y estuve seguro de que, de confirmar sus sospechas, se desmayaría.

—**¿Cuándo fue la última vez que estuviste allí?** —interrogó.

Me acerqué a ella, me quedé tan cerca que pude ver cómo su seguridad cayó notablemente, pero intentó disimularlo.

Apoyé una de mis manos contra el espejo y miré su boca con un deseo que sabía no iba a poder controlar por mucho tiempo.

—**Ayer, cuando me desocupé fui al club que Pamela mencionó…** —Me miró incrédula—. **No te encontré allí, así que me fui a *Medianoche*** —respondí inclinándome un poco más hasta que mi nariz y la suya se tocaron.

—**Mientes…** —dijo sin aliento.

—**No lo hago** —susurré casi saboreando su boca—. **Sé que Amelia conoció ese club gracias a ti y fui deseando encontrarte allí.**

Anabelle respiró profundo y levantó el rostro dejando que sus carnosos labios tocaran los míos con toda intención, necesité de todo mi autocontrol para no besarla.

—**¿Y qué hiciste cuando no me encontraste?** —preguntó.

El deseo brilló en sus ojos al preguntarlo y yo aspiré de su aliento con placer mientras que entre mis piernas mi mejor amigo daba señales de vida.

—**Encontré a alguien parecida a ti.** —Anna sonrió—. **Bailé y follé con ella deseando que fueras tú.**

Su sonrisa se amplió y miró mi boca antes de hablar.

—**¿Y te gustó?** —susurró dejando que sus labios y los míos volvieran a tocarse.

—**Me gustó más besarte en el jardín** —admití.

Estaba listo para besarla, pero ella se escabulló de mí y se movió hasta el otro extremo del elevador. Se cruzó de brazos y me miró con indiferencia mientras se acomodaba el vestido.

—**Yo ni siquiera me he acordado de ti.**

No pude evitar reírme de su comentario, por lo que me gané una de sus malas miradas que ya empezaba a echar de menos.

—**Mientes…** —susurré.

Ella bufó.

—**Tu ego te ciega** —comentó.

—**¿Qué tal si averiguamos quién tiene el ego más grande?**

Volvió a burlarse, pero me miró con interés.

Yo, seguro de que iba a perder, sonreí.

—**Mi ego no tiene ningún problema en admitir cuánto deseo besarte…** —Su sonrisa burlona cayó al escucharme—. **Ni que estoy fantaseando con la idea de ir hasta donde estás y comerte la boca como lo hice ayer.**

—**¿Y luego qué?** —preguntó con una voz un poco más hostil—. **¿Huirás?**

Ese reproche fue la luz de esperanza que necesitaba.

—**Tenía planes** —le aclaré—, **pero entiendo tu molestia…**

—**No estoy molesta** —su voz sonó más odiosa de lo necesario—. **Es solo que no estoy interesada en perder mi tiempo con tipos como tú.**

Anna con mala cara miró el tablero del elevador y yo hice lo mismo. En ese momento me di cuenta de que estábamos a punto de llegar y aún no había logrado nada con esa terca mujer.

Sin pensármelo ni un segundo, di un paso hacia al tablero digital y presioné el botón rojo. El descender cesó y ella me miró preocupada.

—**Pero, ¿qué has hecho?** —preguntó con una voz nerviosa—. **¿Te has vuelto loco, tío?**

—**Hay un poco de demencia en todo acto impulsivo** —admití mirándola a los ojos—. **Lamento no haber ido contigo anoche.**

—**Como si me importara** —respondió molesta.

Fue allí que entendí que definitivamente su ego era mayor al mío, porque no era capaz de admitir que al rechazar la invitación de Pamela, sin querer, la había ofendido.

—**Quería ir contigo** —aseguré acercándome a ella—. **Quería seguir besándote…**

Me incliné un poco más y disfruté de su aliento acariciando mi rostro.

—**No me dejas respirar** —se quejó presionando ambas manos sobre mi pecho, pero sin hacer el mínimo esfuerzo para alejarme.

Ella era muy orgullosa y sabía que con palabras yo no lograría nada.

Su boca estaba allí, a mi alcance, disponible para que me apoderara de esos labios que en dos oportunidades me habían dado el mejor beso de mi vida, pero no me atreví a hacer nada, no sin su consentimiento.

Como la noche anterior, me alejé un poco de ella y retiré una de mis manos para darle la opción de elegir.

—**Tienes cinco segundos para alejarte…** —susurré.

La cantidad de cosas que experimentó mi cuerpo debía ser preocupante, pero en ese momento lo ignoré. Su mano izquierda se movió sobre mi pecho y subió hasta mi cuello. Me estremecí cuando sentí sus uñas rozándome la piel.

—**Creo que no te has dado cuenta** —susurró sin moverse—, **pero a diferencia de ti…, yo nunca huyo.**

Respiró profundo y sin pensárselo ni un segundo se apoderó de mi boca con la misma pasión de la noche anterior.

Mi cuerpo se sacudió cuando su lengua aterciopelada me invadió. Cuando esa boca tomó la mía como si le perteneciera, pero es que era de ese modo como me sentía.

Me costó mucho retomar el control de mis emociones, pero lo logré y le rodeé la cintura con mis brazos, la presioné a mi cuerpo desesperado por volver a sentirla, a tenerla, y ella me besó con esa pasión que me dejaba saber lo mucho que me deseaba.

Estábamos fuera de control, nos besábamos como si durante mucho tiempo lo hubiéramos necesitado, como si hubiéramos pasado una eternidad el uno sin el otro.

Ella tenía el control y no me importó, porque ese beso era todo lo que yo necesitaba. Mi cuerpo se sentía pleno, era como si esa boca curara cualquier dolor, cualquier estúpido mal recuerdo haciéndome feliz.

Estábamos solos, dentro de un elevador, besándonos como chiquillos dominados por las hormonas y con la misma locura, llevé mi mano entre sus piernas y acaricié su sexo ya húmedo.

Anna soltó un gemido glorioso que aumentó mis ganas de follarla.

Pensé en esa posibilidad, imaginé lo perfecto que sería follarla allí.

La deseaba tanto que dolía, pero no podía permitirme que la primera vez que ella recordara fuera en un simple elevador.

Anabelle me sorprendió cuando tiró de mi camisa y metió sus manos por debajo de esta para tocarme. Me estremecí ante el contacto cálido de sus manos, de esas que ya había sentido y que deseaba volver a disfrutar.

Todo empeoró cuando llevó sus atenciones hacia mi dura necesidad y la apretó provocándome un doloroso placer que estaba a punto de hacerme perder el control.

—**¿Cuánto tiempo se tardan en ocuparse de los elevadores?** —pregunté entre besos.

—**No tardarán mucho.**

Mis dedos se colaron entre su ropa interior y acaricié su humedad.

—**Joder, tío** —gruñó al sentirme—. **No lo hagas** —suplicó aun cuando sabía que era lo que más deseaba—. **Vas a dejarme caliente y no podré trabajar en paz.**

Su voz era pastosa, delataba el placer que experimentaba y yo no podía marcharme sin darle a esa mujer el mejor orgasmo de su vida.

Sin pensármelo ni un segundo, le di un profundo beso y luego me dejé caer de rodillas frente a ella.

—**No lo hagas** —susurró sin ser convincente—. **Abrirán pronto…**

Me mordí los labios al imaginarme el momento, al pensar en la idea de que me vieran entre sus piernas.

—**Entonces no perdamos tiempo…**

Dejando la charla para otro momento, hice a un lado la tela de encaje que cubría su coño y sin dejar de mirarla deslicé mi lengua sobre su sexo.

—**¡Joder, tío!**

Sonreí orgulloso y sin darle descanso continué comiéndole el coño. Disfrutando del placer que veía en el hermoso rostro de la mujer que moría por follar, la misma que me miraba con el deseo de aquella primera noche.

Me sentía orgulloso de poder disfrutar de ella otra vez, de haberle ganado a su orgullo y estar de nuevo entre sus piernas disfrutándola.

Gracias al temblor de su cuerpo y a esos gemidos que no pretendía reprimir, supe que no iba a durar mucho y eso estaba bien porque estaba seguro de que pronto el elevador volvería a moverse y nuestro momento terminaría.

—**¿Eras tú?** —preguntó de pronto.

Hundí dos dedos dentro de ella logrando distraerla con el placer que le provoqué y sonreí sin responder a su pregunta.

Quise decirle que había sido yo, que conocía su cuerpo y todo lo que le gustaba, pero el elevador volvió a encenderse advirtiendo que el tiempo estaba acabándose.

—**Détente** —suplicó ella sin aliento—. **Andrés, détente…**

—**¡Córrete, Anna!** —le ordené.

Ella tiró de mi cabello y se estremeció al oírme. Hundí más mis dedos dentro de ella y acaricié su sexo con mi lengua mientras ella se estremecía sobre mi boca. Sin reprimirse más, Anabelle se dejó atrapar por ese orgasmo del cual me sentí orgulloso.

Continué saboreándola por un par de minutos más, disfrutando de su placer, de ese que veía en sus hermosos ojos, ese que saboreaba en su piel.

—**¡Dios mío!** —gimió cuando trató de alejarme—. **¡Joder, Andrés!**

Sonreí complacido al escucharla decir mi nombre con tanto placer y aunque lo que menos deseaba era liberarla, me vi obligado a hacerlo cuando el elevador empezó a detenerse.

Fui directo a su boca y ella me recibió del modo que esperaba. Me besó aún con el clímax recorriendo su cuerpo y el sabor de ese beso me puso aún más duro, pero sabía que no habría recompensa para mí, no en ese momento.

Anabelle sin aliento apoyó su cabeza en mi pecho y la vi respirar profundo un par de veces.

Cuando el elevador se detuvo le ayudé a acomodar su vestido.

—**¿Cenamos juntos?** —pregunté besándola con suavidad.

Ella aún sin aliento levantó la mirada y noté cierta preocupación.

—**¿Estuviste el sábado en el *Medianoche*?** —preguntó.

Sabía que tarde o temprano debía confesar la verdad, pero decidí aprovechar su interés.

—**¿Cenamos juntos?** —repetí.

Anabelle se sorprendió de mi respuesta, pero funcionó porque sonrió.

—**Estoy muy liada hoy** —susurró.

Me apoderé de nuevo de su boca, pero más rápido de lo que hubiera deseado, tuve que alejarme porque las puertas se estaban abriendo.

Acomodé mi pantalón y traté de ocultar mi notable erección. Anna sonrió mirándome y se mordió los labios al ver lo que me había provocado.

Tomé una tarjeta de mi billetera y la extendí cuando la luz del exterior nos iluminó. Ella la tomó y acaricié sus dedos sin liberarla.

Sabía que debía marcharme, aunque era lo que menos deseaba, pero me comporté como un hombre adulto y me moví con la intención de irme encontrando frente a nosotros a Pamela junto a la joven recepcionista.

—**Pamela…** —dije.

—**Andrés…** —respondió ella mordiéndose los labios.

Le sonreí un segundo y volví mi atención a la mujer que seguía en silencio a mi lado.

—**Estaré esperando tu llamada…** —le recordé.

Anabelle respiró profundo y se mordió los labios por unos segundos.

—**No sé si me desocupe temprano…**

Di un paso hacia ella logrando que temblara cuando presioné mis labios sobre sus mejillas.

—**A la hora que quieras, solo llámame** —le susurré al oído—. **No hemos terminado aquí.**

Anna se estaba mordiendo los labios cuando nos miramos y solo asintió. Le guiñé un ojo y

caminé fuera del elevador sintiéndome complacido con lo que había logrado.

Después de todo, ella había sido la razón por la que quería ir a ese lugar y aunque no podía estar seguro si nuestro encuentro bastaría para que esa orgullosa mujer me llamara, valía la pena el intento.

4 Anabelle.

Estaba frente a mi ordenador revisando las estadísticas de los nuevos lanzamientos literarios cuando Pamela golpeó la puerta sacándome de mi concentración.

Me froté la cara y la miré con cansancio.

—**Tenemos un problema…** —anunció al entrar—. **Pilar necesita tu ayuda.** —La sola mención de la representante de Javier me hizo imaginar lo que sucedía—. **Le han dicho que Javier lleva dos horas bebiendo solo en el hotel, no contesta el móvil. Ella pide tu intervención.**

—**¡Joder!** —protesté levantándome de mi asiento—. **Con los problemas de otros ni tiempo me ha dado de deprimirme por mi propio fracaso sentimental.**

—**Es que tú estás hecha de hierro** —dijo haciéndome sonreír mientras apagaba mi ordenador—. **Por cierto, Amelia quería hablar contigo.**

—**Sí, me llamó hace poco**.

—**Me dijo que Andrés sigue aquí** —soltó Pam.

Le regalé una mirada de advertencia que la hizo sonreír.

—**¿No vas a desistir?** —cuestioné, ella negó.

—**Es que no puedo creer que no lo hayas llamado aún…** —se quejó—. **Tienes su número… ¿Por qué no lo llamas?**

—**No lo vas a entender** —respondí—. **Iré a ver a Javier y luego iré a casa… ¿Aún no terminas?**

—**No** —respondió saliendo conmigo de la oficina—, **pero no me tardaré mucho… Seguro llego antes que tú.**

—**Vale, entonces nos vemos allá.**

Pamela se quedó de pie mirándome y subí al elevador sin darle importancia a su romanticismo decepcionado por mi decisión de no buscar a Andrés.

Ni siquiera eran las ocho de la noche cuando estacioné fuera del elegante hotel Real ubicado en la mejor zona de la ciudad. Tomé mis cosas y me moví con seguridad hasta el restaurante.

Cuando llegué a la entrada divisé a mi amigo sentado en un extremo del lugar y caminé hacia él.

Javier miraba su copa de vino totalmente ausente de la realidad y sabía que la razón de su dolor era ella…, Amelia.

Él y yo nos conocimos cuando publicó su primera historia y yo, apenas empezaba a trabajar en la editorial. Me hice cargo del lanzamiento y la publicidad de su libro.

Desde entonces somos buenos amigos, de esos que suelen tomarse un café o llamarse con frecuencia, por lo que verlo sufrir de ese modo también me afectaba.

Me detuve junto a la mesa y él levantó la mirada.

—**¿Me has pinchado el móvil?** —preguntó.

—**No tengo tan buenos contactos** —respondí inclinándome para besarle las mejillas—. **¿Puedo acompañarte?**

—**Solo si no vienes a reñirme.**

—**¿Reñirte yo?** —pregunté mientras me dejaba caer sobre el asiento de piel—. **Ni que me llamara Pilar y fuera tu representante** —bromeé.

Javier sonrió y le hizo señas a la camarera para que se aproximara.

—**¿Quieres beber algo?** —preguntó.

—**Lo mismo que bebes tú** —dije liberándome de mi chaqueta mientras él pedía una copa más—. **¿Qué haces aquí solo?**

—**Nací solo** —respondió él intentando sonreírme—. **Mi DNI dice que estoy solo.**

—**No, tu DNI dice que estás soltero y guapo.**

—**No dice guapo.**

—**Pues, vayamos a quejarnos** —animé—, **porque en mi documento dice divorciada y follable.**

Javier empezó a reírse y le sonreí con cariño al notar que de algún modo había mejorado su estado de ánimo.

Le extendí mi mano y él la tomó.

—**El mundo no se acaba porque alguien sale de tu vida** —le dije—, **por lo menos es lo que me repito siempre que pierdo a alguien.**

Javier, que conocía los motivos de mi divorcio, me miró con dulzura y besó mi mano.

—**Lo tuyo ha sido una gran putada** —dijo con molestia—, **y me alegro de que estés intentando no deprimirte por ese cabrón.**

La mesera regresó con la copa y Javier la llenó de vino.

—**Creo que cuando las personas que salen de tu vida no son las mejores, es más fácil superarlo** —susurró mirando su copa—. **Pero en mi caso… Ella era la mejor.**

Apreté su mano sin poder llevarle la contraria.

—**¿Sabes? Creí que me elegiría** —dijo con nostalgia—. **Creí que el amor que yo le daba podía hacerla feliz.**

—**Amelia fue feliz contigo** —aseguré—, **pero te dije que estaba enamorada de Sebastián.**

—**Me lo dijiste… Y lo entendí** —admitió sin problemas—. **Quería su felicidad, así fuese con él. Pero verla en su graduación fue duro.**

—**¿Fuiste?** —pregunté sorprendida.

Javier asintió y bebió de su copa.

—**Fue duro verla con él** —admitió perdido en sus recuerdos—. **Ella no me vio. Solo necesitaba estar allí, aplaudir orgulloso cuando recibiera su título… Necesitaba decirle adiós, aunque fuera de lejos** —Noté el dolor en su mirada—. **Nunca la vi tan feliz...**

—**Todo va a pasar… —**consolé.

—**Su sonrisa** —continuó Javier recordando a Amelia—. **La forma como lo miraba…** —Suspiró con dolor—. **Todos deberíamos amar de ese modo. Sobre todo, ser correspondidos.**

—**Más pronto de lo que esperas vas a encontrar a esa buena mujer que solo te amará a ti.**

—**¿Te dices eso también para animarte?** —me preguntó bebiendo de su copa, yo negué—. **¿Por qué yo sí, y tú no?**

—**Porque no soy una romántica que necesita de una cursi historia de amor** —admití—. **Yo solo necesito buen sexo de vez en cuando.**

Javier rió y volvió a besarme la mano.

—**Hasta las ninfómanas necesitan tener su historia de amor, cariño.**

—**Ya la tuve y no terminó de la mejor manera.**

—**David es una mierda** —gruñó Javier—. **Hay mejores que él.**

—**Ya, pero no necesito a nadie… No ahora.**

Esperé que Javier terminara su copa y levanté la mano para pedir la cuenta, él me miró y ni siquiera intentó protestar.

—**Mañana tienes una última sesión de fotos** —le recordé—. **Si sigues bebiendo ni el *Photoshop* podrá arreglar tu cara de despecho.**

Él sonrió, sacó su tarjeta de crédito y pagó cuando la camarera llegó. Me puse de pie y él se acercó a mí con mi chaqueta en la mano.

Me ayudó a ponérmela y luego me acomodó el cabello. Le acaricié el rostro deseando poder desaparecer el dolor que podía ver en los ojos de mi querido amigo.

—**Estarás bien** —prometí.

Javier fingió su mejor sonrisa y se inclinó para darme un beso, para mi sorpresa, él no giró el rostro y me besó en los labios.

Tuve que contener el impulso de empujarlo, pero gracias al cielo no necesité hacerlo porque más rápido de lo que duró mi sorpresa, Javier dio un paso atrás y me miró asustado.

—**¡Mierda, Anna!** —exclamó avergonzado—. **Perdóname, creo que he bebido mucho, cariño.**

—**Está bien** —respondí acariciándole la mejilla—. **No pasa nada**.

Miré con cierta incomodidad a mi alrededor y me sentí mejor cuando me di cuenta de que nadie nos miraba, excepto la camarera que sostenía la tarjeta de Javier y él ni siquiera se había dado cuenta.

La tomé por él y la puse en sus manos.

—**De verdad, lo siento.**

—**¡Jo tío, que no fue gran cosa!** —respondí tomándole del brazo y haciéndolo caminar hacia la salida.

—**Vale, pero no tienes que menospreciar mi beso de eso modo** —se quejó en broma—. **La mujer que amo me ha dejado por un tipo mayor y mi ego ya está bastante machacado sin tu ayuda.**

No pude evitar reírme mientras abandonábamos el restaurante y lo acompañaba hasta los elevadores.

—**No bebas más** —ordené muy seria, él asintió.

—**Lamento haberte besado** —repitió muy avergonzado.

—**No pasa nada** —respondí cuando el elevador se abrió—. **¿Nos vemos mañana?**

—**Vale…** —Besó mis mejillas y entró al elevador—. **Te quiero.**

—**Yo a ti.**

Me quedé de pie mirándolo hasta que el elevador se cerró y dejé libre mi preocupación por él. Sabía que no la pasaba bien, Javier se había enamorado como un chiquillo de Amelia y ella le había roto el corazón cuando volvió con Sebastián, pero no era su culpa, todos sabíamos que ella no amaba a Javier, no de la forma que a él le hubiera gustado.

Busqué entre mis cosas mi móvil y le envié un mensaje a Pilar. Ella respondió de inmediato y mientras leía su respuesta caminé hacia la salida del hotel. Me hice a un lado cuando alguien se cruzó en mi camino, pero la persona se movió en la misma dirección que yo, así que levanté la

mirada hacia quien me bloqueaba el paso.

Mi respiración se entrecortó cuando estuve frente al cuerpo varonil y muy bien vestido de Andrés, de ese hombre que agitaba mi corazón cada vez que lo veía y que en esa ocasión no era la excepción.

—**Hola** —saludé intentando ocultar la emoción que sentí al verlo.

—**¿Cómo estás?** —preguntó con frialdad.

—**Bien** —susurré—. **Eh…, no sabía que te hospedabas aquí.**

—**Imagino que no** —respondió de forma cortante.

Fruncí el ceño al darme cuenta de lo odioso que estaba siendo conmigo, al sentir la frialdad con la que me hablaba.

—**Vale** —susurré incómoda—, **veo que no estás de buen humor...** —Él no respondió—. **Bueno, cuídate.**

Me quité de su camino y me estremecí al sentir el aroma ya conocido del perfume que usaba. Giré los ojos ante mi tonta emoción y abandoné el hotel mientras buscaba en mi bolso las llaves del coche.

La emoción que experimenté al verlo se desvaneció gracias a su mala actitud y aunque había pensado en alguna buena excusa para justificarme por no haberlo llamado, Andrés no parecía estar interesado en escucharla.

Mosqueada por lo que había pasado, le quité el seguro al auto y lancé mi bolso dentro del asiento. Me quité la chaqueta y estuve a punto de subir cuando una mano tomó la mía y me hizo temblar.

Giré asustada y me sorprendí al verlo de nuevo frente a mí, aun con su cara de villano, pero estaba allí, y fue estúpida la manera en la que eso me hizo feliz.

Nos miramos en silencio y aunque tuve el impulso de liberarme, no lo hice porque pensé que quizá tenía razón al estar enfadado conmigo.

—**¿Quién es?** —preguntó de pronto y lo miré confundida—. **El hombre que te besó en el restaurante…**

Me sorprendió tanto su pregunta como su forma malhumorada de hablarme, pero él parecía no ser consciente de ello.

—**Es el exnovio de Amelia** —respondí intentando no sonreír ante la molestia que él reflejaba —. **Está ebrio** —expliqué—. **Somos amigos.**

¿Por qué le doy tantas explicaciones? Me reprendí internamente.

—**¿De los amigos que se besan?** —me reprochó.

—**Está ebrio** —repetí liberándome de su mano—. **Pero si fuésemos amigos de los que se besan… ¿Habría algún problema?**

Andrés me miró de mala gana y no respondió.

—**Es decir… Te has follado a Amelia, ¿no?** —le recordé—. **No deberías juzgar a dos amigos por darse un pico.**

Él endureció la mirada, aparentemente sorprendido con mis palabras.

—**Fue parte de un juego** —se defendió—. **En un club, no en un restaurante.**

Sonreí complacida al oír su explicación.

—**¿Por eso estás enfadado?** —Me atreví a preguntar.

Andrés no respondió, pero su ceño se frunció más y me miró con cierta preocupación.

—**Lo siento** —gruñó aún más enfadado—. **Conduce con cuidado.**

Estaba muy sorprendida por su actitud y solo me quedé allí contemplándolo alejarse de mí.

Lo vi detenerse cuando intentó cruzar la calle sin éxito debido a la gran cantidad de vehículos que iban y venían.

Lo miré en silencio, notando la tensión en sus hombros, en su mandíbula masculina y en ese ceño que no parecía relajarse ni un poco.

Él estaba actuando de forma irracional, pero lo peor de todo fue que eso me gustó. Andrés celoso era el hombre más sexy que había visto en mucho tiempo y solo deseaba pedirle que no se marchara.

Imaginé lo delicioso que debía ser besar a ese hombre estando tan cabreado. Imaginé sus manos firmes presionándome contra él y me sentí acalorada en segundos.

Presa del deseo que me atrapó, caminé hacia él y tomé su mano cuando estuvo a punto de cruzar la calle. Él giró hacia mí sorprendido, me miró con seriedad y yo sin darle demasiadas vueltas al asunto, me acerqué un poco más, lo tomé de la camisa y lo hice inclinarse para poder besarlo.

La sensación de placer que recorrió mi cuerpo cuando mis labios tocaron los suyos me abrumó de nuevo.

Andrés me rodeó la cintura con ambos brazos y me presionó a su cuerpo con exigencia. Tomó el control de la situación dándome el beso más posesivo y exigente que alguien me había dado nunca y lo disfruté con descaro.

Lo posesivo que fue ese beso me encantó y ni siquiera la feminista que vivía en mí pudo negarlo.

Nuestras bocas se devoraron como si se pertenecieran, como si necesitaran de ese beso para vivir y se sentía fabuloso. Me sentía en las nubes y mi cuerpo ardió de placer, del mismo modo que lo había hecho en el club aquella noche y mis dudas cayeron por completo.

Era él, tenía que ser él.

La bocina de un auto interrumpió aquel beso que empezaba a salirse de control. Sin aliento intenté alejarme, pero Andrés no me lo permitió, me mantuvo presionada a su cuerpo, algo que me dificultó recuperar la compostura.

Sentí mis mejillas arder y mis labios hinchados. Ni siquiera podía respirar con decencia y eso parecía agradarle porque lo vi sonreír.

—**Te doy medalla por este beso** —susurré.

La sonrisa de Andrés se hizo más visible al escucharme y su mal humor pareció aminorar.

—**Cabreado me gustas más** —confesé sin problema.

—**No siempre te gustaré.** —Estaba segura de ello—. **A veces, suelo ser más imbécil de lo que me gustaría cuando me cabreo.**

—**Ya, pero besas de lujo.**

Estaba alimentando su ya inflado ego, pero estaba tan satisfecha que no me importó hacerlo.

—**Y eres celoso…** —concluí.

Andrés me liberó, creo avergonzado, pero tomé su mano impidiendo que se alejara demasiado.

—**Pensé que al igual que Sebastián, tú…**

—**No soy Sebastián** —me interrumpió—. **No tengo su paciencia y se me da muy mal ocultar mi mal humor.**

—**Vale** —susurré acariciándole el pecho para calmarlo—. **No te estoy comparando con él, solo que pensé que los hombres como ustedes que deben tener mucho tiempo en el *swinger* no eran…, celosos.**

—**Yo sí lo soy** —admitió de nuevo enfadado—. **Quizá si estuviéramos dentro de un club no me importaría, pero ese idiota te besó en un restaurante, a la vista de todos y a ti no parecía molestarte.**

Al seguir enfadado y de mal humor, me contagió.

—**Tienes razón** —aseguré alejándome—. **A veces, eres más imbécil.**

Giré con la intención de volver a mi auto, pero Andrés me sostuvo de la cintura con uno de sus brazos, me presionó la espalda a su pecho y no me permitió moverme.

Cerré los ojos cuando olió mi cabello, cuando se movió por mi cuello y besó mi hombro.

—**No te vayas** —susurró con voz ronca, yo me estremecí—. **Estoy cabreado porque no puedo controlar los celos que sentí al verte con ese hombre.**

Respiré profundo y giré para mirarlo. Él no me permitió alejarme y de nuevo estuve a escasos centímetros de su deliciosa boca, esa que deseaba volver a saborear.

—**Es Javier Sálamo, el exnovio de Amelia** —le recordé intentando no caer en la tentación que eran sus labios cerca de mí—. **Está sufriendo.**

—**Y te ha besado…**

—**Eso ni siquiera fue un beso** —dije mirándole la boca—. **Beso es el que me diste hace un momento.**

—**Me lo diste tú.**

Sonreí orgullosa de ello.

—**Y me muero por darte otro** —confesé.

De nuevo sonrió y la tensión en sus hombros se relajó. Cerró los ojos y volvió a respirar profundo un par de veces más.

—**Lo siento** —susurró cuando volvió a mirarme.

—**Es increíble que *el señor ego inflado* sea celoso.**

—**Es tu culpa.**

—**¿Mi culpa?** —pregunté sorprendida—. **Si no hice nada, tío.**

—**Exacto, no hiciste nada cuando te besó.**

—**Somos amigos** —repetí por última vez—. **De los pocos que tengo y además, está sufriendo.**

—**¿Y se consuela contigo?**

Le golpeé el brazo obligándolo a dejar de actuar como un idiota.

Andrés de nuevo tomó una gran bocanada de aire y trató de calmar su actitud tonta.

—**¿Cómo es que te gusta el *swinger* si ver a otro besándome te ha puesto así?**

—**Ya te dije, no estás en un club. Hay una gran diferencia.**

—**Lo sé, pero…**

—**El problema es que aún no tengo todo lo que deseo de ti…** —confesó—, **y no quiero que otro me quite ese placer…**

Mi corazón se alteró al escucharlo y sabía que lo mejor era mantenerme alejada. Apenas había firmado el divorcio y no debía iniciar ningún romance, ni siquiera uno que durara dos noches, pero en ese momento pensé que una aventura fugaz no me haría daño.

—**¿Cenaste?** —preguntó sorprendiéndome, y negué—. **¿Me acompañas a cenar?**

Solo si tú eres el postre.

Me mordí el labio evitando sonreír ante los pensamientos calenturientos que invadían mi mente.

—**Salí del trabajo hace poco y no voy vestida de forma adecuada.**

—**Yo te veo fabulosa** —dijo con galantería, sonreí complacida—. **Pero si prefieres, puedo pedir servicio a la habitación.**

Mi estómago se revolvió al oír su voz ronca y sensual.

¡Su voz follable!

Me mordí los labios y lo miré sobre mis pestañas.

—**¿Servicio de habitación?** —pregunté, él asintió acariciándome la mano—. **¿Y qué incluye ese servicio?**

Andrés dio un paso más dejando casi inexistente la distancia entre nosotros, clavó su verde mirada en mí y susurró:

—**Lo que tú quieras…** —su voz seductora me estremeció—. **Una agradable cena entre amigos que puede incluir o no, postre.** —Me sentí complacida al imaginarlo—. **Depende de ti…**

—**¿Y cuál sería el postre?** —Me aventuré a preguntarle.

Se inclinó un poco para hablarme al oído, yo temblé.

—**Pueden ser fresas con crema** —susurró—, **que te daré de comer directamente de mi boca…** —Volví a estremecerme—. **Podríamos tomar una copa de vino, quizá me dejes tomarlo directo de tu ombligo…** —Casi jadeo sin darme cuenta a causa de su ofrecimiento—. **Depende de ti, Anabelle.**

Repitió chupándome el lóbulo unos segundos para luego mirarme con el deseo brillando en su verde mirada.

—**Todo lo que suceda entre nosotros, solo dependerá de ti.**

Sonreí complacida al oírlo, al saber que ese hombre que ya había confesado ser un mandón, me estaba dando el poder de controlar todo lo que sucediera entre nosotros esa noche.

Aprovechándome de ese momento, le sonreí y levanté mi rostro para rozarle la nariz.

—**Creo que la agradable cena estará bien** —respondí con una respiración que delataba mis emociones—. **Por ahora…**

—**Bien** —susurró Andrés—. **Entonces, ¿vamos?**

—**Vale… Cerraré el coche.**

Me liberé de ese efecto tonto que provocaba en mí y caminé hacia mi auto, tomé mi bolso y cerré la puerta. Activé la alarma y giré hacia él.

Su mirada me calentó hasta el alma, la forma como me comía con los ojos solo aumentó el deseo que no era capaz de ocultar y sonreí al pensar en lo que ocurriría esa noche, porque sabíamos que esa cena solo era un pretexto.

Lo que en verdad queríamos era poder estar solos para dar rienda suelta a ese deseo que ninguno de los dos intentaba ocultar.

Andrés me extendió su mano y sin dudarlo un instante, la tomé. Juntos caminamos de regreso al lujoso hotel donde esperaba ponerle fin a ese juego de seducción que, por el bien de todos, debía terminar esa noche.

5 Andrés.

Me sentía extraño llevándola de mi mano, hacía varios años que no vivía algo así y por más que me repetía que era un gran error, no pretendía evitarlo.

Me detuve en el lobby y pedí la carta de platillos, la recepcionista me la entregó con una sonrisa coqueta que me hizo gracia. Apreté más la mano de Anabelle y retomamos nuestra caminata hasta los elevadores.

—**Pamela tenía razón** —susurró ella, la miré esperando que terminara su comentario—. **Se te da bien ligar.**

Sonreí porque había llegado a pensar que no se había dado cuenta.

Uno de los elevadores se abrió cuando llegamos y la invité a subir primero, yo lo hice después y marqué el décimo piso antes de darle toda mi atención.

Ella estaba recostada contra el gran espejo, lejos de mí, decidí respetar la distancia que había marcado entre nosotros y me apoyé de las puertas, pero fantaseé con la idea de seducirla hasta hacerla perder la razón, del mismo modo que lo hice en la editorial.

—**¿Qué más te ha dicho Pamela de mí?** —pregunté.

—**No mucho, solo que eres famoso en tu club.**

—**¿Famoso?** —repetí sorprendido—. **Soy uno de los dueños. Supongo que por eso todos me conocen.**

—**Me refiero a famoso entre las mujeres asiduas al lugar.**

Entonces me sentí aún más sorprendido de que la amiga de Amelia estuviera al tanto de mi fama con las mujeres.

—**No lo sabía** —mentí, porque no iba a admitirlo, no con ella—. **¿Qué tal estuvo tu día?** —pregunté para cambiar el tema.

—**Estuve muy liada con la publicación del nuevo libro de Javier.**

No pude, aunque hubiera querido, evitar hacer una mueca al oír el nombre del escritor.

Anna levantó una de sus cejas y sonrió.

—**¿Lo has puesto en tu lista de personas no gratas?** —preguntó.

—**En mi top cinco, sin duda.**

Ella empezó a reírse de mi sinceridad.

—**¿Qué tal tú?** —preguntó aún divertida—. **¿Cómo la has pasado en mi país?**

Necesité de todo mi esfuerzo para no mostrar mi desagrado al recordarme contemplando el móvil a la espera de noticias suyas.

—**Estuve en Salamanca con mis padres.**

—**¿Salamanca?** —preguntó frunciendo el ceño.

—**Mis padres viven allí.**

—**Yo nací en Salamanca…** —susurró sin ninguna emoción.

La sorpresa me atrapó al saberlo, al pensar en todas las formas que el destino podría habernos juntado.

—**Qué pequeño es el mundo** —dije—. **Quizá si no nos conocíamos por Amelia, lo hacíamos en Salamanca.**

—**Lo dudo… Casi nunca voy.**

De nuevo estuve sorprendido y, aunque quise saber más sobre ese asunto, la luz que iluminó el décimo piso me distrajo.

La invité a salir cuando las puertas se abrieron y ella observó con admiración el lugar.

—**He estado varias veces en este hotel** —comentó cuando llegamos hasta mi suite—. **En el restaurante y los salones, pero jamás imaginé la elegancia que cubría también esta zona.**

Coloqué la tarjeta sobre el sensor de la puerta y la luz verde autorizó nuestra entrada.

—**¿Tu amigo nunca te invitó a su habitación?** —pregunté.

Segundos después fui consciente de la estupidez que había dicho y aunque quise arreglar mi ridículo comentario, ya me había ganado una mirada mortal de su parte.

Debí disculparme por actuar de ese modo, pero solo me hice a un lado para dejarla pasar antes de que me mandara a la mierda.

Nos hemos visto un par de veces y estoy actuando como si tuviera derechos para reclamarle algo…

¿Qué demonios me pasa? Me reprendí.

Anna me regaló una mirada asesina que sin duda, merecía. Lo pensó unos segundos, pero terminó entrando y me sentí un poco más tranquilo.

Sebastián sin duda me daría un discurso sobre respeto y tolerancia por mi actitud y luego me recordaría las reglas del juego, pero ese era el problema, ella y yo no estábamos dentro de un juego. Quizá era eso lo que me tenía confundido.

Después de auto reprochar mi actitud, cerré la puerta y la miré avergonzado.

—**Lo siento.** —Fue todo lo que pude decir.

Anabelle caminó hacia el balcón y se detuvo allí.

—**Estoy reprimiendo mis ganas de mandarte a la mierda.**

—**Lo sé, *hermosa*…**

—**No me llames así** —se quejó al girarse y clavó su dura mirada sobre mí—. **No me recuerdes al ególatra que conocí en la videollamada.**

—**¿Dejé de ser un gaznápiro y ahora soy un ególatra?**

—**Y un cabrón cuando estás celoso.**

No pude evitar recordar esa videollamada, la primera vez que discutimos y, sobre todo, esas ganas que sentí de educar su ligera boca; las mismas que me invadieron en ese momento.

Sabía que yo era culpable de su enfado, pero ni siquiera así dejaría pasar la oportunidad de educar su maravillosa boca.

Caminé hacia ella y la tomé de la cintura. Anna me miró desafiante aun cuando su cuerpo parecía estremecerse por mi cercanía.

—**Cuida la manera de hablarme** —le aconsejé—. **O voy a tener que educar tu deliciosa boca.**

Con el dedo pulgar le acaricié los labios imaginando las muchas formas en las que podría castigarla.

—**¿Y va a gustarme?** —inquirió mirándome a los ojos.

Estaba sorprendido, gratamente sorprendido con su respuesta. Ninguno de los dos parecía tener la intención de doblegarse y eso solo aumentaba el deseo que burbujeaba en mi cuerpo.

La erección entre mis piernas creció cuando ella atrapó mi dedo entre sus dientes y lo chupó sin dejar de mirarme a los ojos. El movimiento de su lengua estaba matándome, pero, aunque moría por caer en sus provocaciones, había decidido que en esa oportunidad sería ella la que

perdería el control y no yo.

Anna liberó mi mano cuando se dio cuenta de que no iba a dominarme y lamió sus labios provocándome un poco más.

Me encantaba su atrevimiento, su valentía. Me moría por besarla, por volver a apoderarme de su boca, por volver a perderme en las curvas de su cuerpo, pero tenía mejores planes para nosotros y si pretendía hacerlos realidad no debía dejar que esa joven mujer tomara el control.

—**Pórtate bien, *hermosa*** —susurré cuando pude hablar.

Sin saber cómo, logré alejarme de ella.

—**¿Te ofrezco algo de beber?**

No me respondió, pero estaba seguro de que me seguía con la mirada. Estaba seguro de que estaba deseándome con la misma desesperación que yo a ella, pero al igual que yo, se contuvo.

Llegué hasta el pequeño bar que había en la suite y tomé dos copas.

—**¿Estuviste el sábado en el *Medianoche*?** —preguntó de pronto.

Detuve lo que estaba haciendo y la miré. Contuve mis ganas de sonreír al saber que sus dudas sobre aquella noche seguían atormentándola y solo tomé la botella de vino que había comprado recordándola.

La dejé sobre la barra y hasta podría jurar que se estremeció al verla. Noté el cambió de emociones que reflejaba su rostro en ese momento, pero para mi sorpresa, Anna continuó en silencio.

Durante unos minutos, mientras abría la bebida y llenaba las copas, ella solo me miró y aunque tuve ganas de explicarle lo que había ocurrido aquella noche, no lo hice.

Dejé la botella a un lado y tomé las copas para luego caminar hacia ella. Le entregué una de las bebidas y Anna clavó su confundida mirada sobre mí.

—**Salud…**

—***Cheers*** —respondió como aquella noche.

Le regalé una sonrisa complacida al suponer que estaba recordando cómo empezó todo.

—**¿Cómo conoces este vino?** —me preguntó.

—**Un buen amigo me lo recomendó, es uno de los placeres que más disfruto cuando estoy en tu país.**

Sonrió y bebió de su copa antes de volver a hablar.

—**¿Qué otra cosa disfrutas de mi país?**

—**Ver a mis padres** —admití, ella sonrió con dulzura—. **Visitar *Medianoche*…**

Su mirada volvió a caer sobre la mía y me hubiera gustado leerle la mente para saber lo que estaba pensando en ese preciso momento.

Me apoyé de la mesa que tenía detrás de mí y bebí de mi copa sin dejar de contemplar a la mujer que había decidido no volver a ver, pero que al parecer el destino tenía planeando algo distinto.

Anabelle se movió un poco más cerca de mí y me hizo estremecer cuando llevó su mano sobre mi pecho. Sus dedos acariciaron la tela de mi camisa y se aventuró a soltar uno de los botones.

—**¿El menú no incluye besos pornográficos?** —preguntó.

Sonreí al escucharla, al saber que lo deseaba tanto como yo.

—**Incluye todo lo que tú pidas…**

Movió sus dedos por encima de los vellos de mi pecho y la dureza entre mis piernas aumentó.

Quería saltarle encima y acabar con ese juego, quería tomarla rápido y duro, pero pensé que

quizá eso era a lo que ella estaba acostumbrada y quise ser diferente, por lo menos por esa noche.

—**Así llevabas la camisa la primera vez que te vi** —susurró soltando otro botón, yo me sorprendí—. **Y pensé; con ese tío follaría sin pensármelo dos veces…**

—**No fue la impresión que me diste…**

Anna sonrió y empujó mis piernas para detenerse entre ellas. Llevó su mano izquierda hacia mi cuello y me acercó tanto que casi podía saborear sus deliciosos labios.

—**Sé que no…** —susurró rozándome la boca—, **pero es que cuando empezaste a hablar lo arruinaste todo.** —Sonreí al recordarnos en ese momento—. **Antes de que mostraras tu gran ego al hablar, pensé: ojalá me lo encuentre alguna vez en un club…**

¡Mierda, me encantas!

Anna miró mi boca y de nuevo mis ojos, logrando que mi corazón empezara a acelerarse de forma irregular.

—**Sin imaginar que la noche siguiente me concederían ese deseo.** —Anabelle inclinó un poco su rostro y rozó su nariz con la mía—. **Porque eras tú… ¿Cierto? Esa noche… Eras tú.**

Estuve encantado por su forma de seducirme, como me provocaba al rozar sus labios sobre los míos al hablar, como respiraba con dificultad.

Sin responder a su pregunta y sin poder contener más las ganas que le tenía, la sostuve del cuello y me apoderé de su deliciosa boca, otra vez.

Mi estómago experimentó esa sensación extraña que hacía muchos años no sentía y de nuevo éramos solo ella y yo.

El ruido de los autos, de las personas en la calle, todo había desaparecido y lo único que podía oír era el sonido de nuestras bocas, de los gemidos que inconscientemente dejábamos escapar.

Le quité la copa y la dejé sobre la mesa antes de subirla sobre mí. Quería sentirla, quería que notara lo listo que estaba para ella, pero me distraje de todos mis planes a causa de esa forma que tenía de besarme.

Caminé hacia el sofá y caímos sobre este sin separarnos ni un segundo. Estaba tan excitado que dolía, pero no quería que acabara rápido. Quería disfrutar de esas ridículas cosquillas en mi estómago, de ese deseo que solían sentir las personas cuando apenas se conocían, cuando estaban descubriéndose mutuamente.

Me alejé un poco para dejarla respirar cuando estaba jadeando y sonreí mientras yo intentaba recuperar el aliento.

—**No esperaba volver a verte…** —admití frotándome sobre ella—. **No supe nada de ti en dos días…** —Anna gimió al sentirme y yo llevé mis besos hasta su oreja—. **Pero parece que el destino tiene otros planes…**

Un gemido de placer escapó de su boca y sonreí.

—**¿Crees que estamos aquí por culpa del destino?** —me preguntó.

—**¿Prefieres llamarlo casualidad?**

No respondió y continué llenando de besos su cuello. Llevé una de mis manos sobre su pecho y volvió a estremecerse. Continué mi recorrido por su cuerpo hasta detenerme en el lazo que anudaba su pantalón y tiré de este con la intención de liberarla de tanta ropa.

Dejándome llevar por el deseo que me consumía, metí una de mis manos entre su ropa interior y acaricié su delicioso coño.

—**Joder, tío** —gimió Anabelle al sentirme—, **me encantas…**

De nuevo me besó mientras mis dedos que ya conocían esa parte de su cuerpo se resbalaban

por su deliciosa humedad.

—**Pero no pensabas buscarme** —me quejé mordiendo su labio—. **Te gusto y me deseas, pero no pensabas buscarme.**

Anna cerró los ojos cuando presioné con más fuerza su coño.

—**No, no pensaba hacerlo** —admitió cuando volvió a mirarme—. **No soy tonta** —susurró sin aliento—. **Solo necesitas hablar para hacerme perder el control y eso no es bueno para mí.**

Su respiración delataba el nivel de su excitación y sabía que llegado a ese punto ella no se negaría a nada conmigo.

—*Me iré en pocos días* —susurré—. *No seré un peligro para ti.…*

La humedad en mi mano me hizo saber que si continuaba tocándola iba a correrse, así que dejé de hacerlo, algo que no le agradó porque me frunció el ceño.

—**Ahora quiero que tomes una decisión…** —dije sobre su boca—. **No voy a dejar que te corras, otra vez, de forma tan aburrida… A menos que este sea solo el comienzo…**

Me miró confundida y yo acaricié sus labios con mi lengua.

—**No te dejaré ir sin escucharte decir mi nombre mientras te corres.** —Anna se estremeció al oírme y yo le sonreí complacido—. **Quiero follar contigo toda la noche** —susurré —. **Quiero ver cuánto placer puedo darte, cuántas veces puedo escuchar mi nombre saliendo de tu boca mientras te corres.**

Ella me miró en silencio, pero podía jurar que no se negaría.

—**Quédate…** —le pedí—. **Déjame darte el menú completo, Anna.**

Mordió sus labios y llevó una de sus manos por mi rostro, acarició mi barba y enredó sus dedos en mi cabello.

—*¡Vale!* —susurró finalmente—. *Tomaré el menú completo.*

Sonreí complacido y sin pensarlo demasiado me escurrí por su blusa y besé el centro de sus senos. Solté uno a uno sus botones hasta descubrir su pecho por completo.

Llevaba un conjunto de encaje negro que hacía lucir maravillosas sus redondas tetas y me permití por varios minutos disfrutar de ellas.

Anabelle, era todo lo que un hombre deseaba; su cuerpo era perfecto para cualquier gusto, sobre todo para el mío, pero lo que me volvía loco era su forma tan transparente de disfrutar del placer que recibía.

Sus gemidos y la forma como se estremecía solo aumentaban las ganas que sentía por ella y no fui capaz de seguir alargando esa necesidad.

Liberé sus deliciosos pechos y me puse de pie para empezar a desvestirme. Anna se hizo cargo de su pantalón mientras yo abría el mío sin dejar de mirarla, de imaginar todo lo que haría con ella esa noche.

Mi ego se sintió orgulloso cuando su mirada siguió el movimiento de mis manos al liberar mi erección.

—*Sin duda eras tú* —dijo.

Ella se arrodilló sobre el sofá y me estremecí cuando levantó la mano y tomó mi verga dura y necesitada entre sus manos.

—*¡Mierda, Anna!* —gruñí.

Sonrió y me regaló una mirada cargada de lujuria.

—*Te pregunté si nos quitábamos los antifaces…* —susurró.

Sus manos subían y bajaban con destreza por toda mi erección.

—*Te dije que quizá la próxima vez…* —respondí sin aliento.

Su sonrisa se amplió un poco más y sin tomarse ni un segundo, acarició con su lengua la punta de mi verga.

—¡Santa mierda! —gruñí otra vez y como si no fuera suficiente, ella usó sus labios para seguir torturándome—. Moriría en tu boca, Anabelle.

Sonrió y sin dejar de mirarme hundió mi erección dentro de su garganta tanto como le fue posible, logrando que mis piernas flaquearan y mi cuerpo se estremeciera ante semejante placer.

Tomé su cabello con una de mis manos y la sostuve con firmeza mientras me daba la mejor mamada de mi vida.

—¡Oh, mierda! —gruñí complacido—. Eres fantástica…

Ella ni siquiera parecía oírme, estaba concentrada en lo que hacía. Y yo en ese movimiento delicioso de su boca, de sus manos…

Anabelle era sin duda todo lo que un hombre necesitaba, sobre todo un hombre como yo que admiraba a una mujer cuando tomaba la iniciativa de la forma en que ella lo había hecho.

—Te doy una medalla por esto, pero necesito que te detengas…

Tomé su rostro entre mis manos y alejé su maravillosa boca. Le acaricié los labios con mi pulgar mientras ella con sus manos continuaba su tortura.

—Necesito que te detengas… —casi supliqué, Anna parecía no escucharme—. ¡Ahora! —ordené.

Anabelle sonrió orgullosa mientras yo trataba de calmarme.

—Planeaba follar contigo después de la cena —susurré aun sin aliento—. Por lo menos quería hacer el intento…

—No necesitas irte por las ramas conmigo —me aseguró.

Sin dejar de mirarme soltó el broche de su brasier y sus hermosas tetas quedaron expuestas frente a mí.

—Si quieres follar… —susurró tomando el elástico de la pequeña prenda que cubría su coño y la empujó hacia abajo—. Hagámoslo…

La vi desnudarse frente a mí con esa determinación que siempre la acompañaba, con esa seguridad que me encantaba y aunque quería parecer un caballero, sabía que no iba a ser capaz de aguantarme más.

Busqué un preservativo en mi billetera y lo rasgué con rapidez. Iba a ponérmelo cuando ella me lo arrebató y sonrió orgullosa cuando la miré.

Esperó que me acercara y cuando lo hice, se ocupó de nuestra protección de forma tan sensual que de nuevo estaba jadeando gracias a sus manos.

Cuando terminó su trabajo la tomé de la cintura y la puse sobre mis caderas. Me giré hacia la pared y con cuidado me acomodé entre sus piernas, en ese lugar que pretendía tomar por segunda vez.

Anna cerró los ojos cuando rocé su coño.

—Mírame —le ordené, ella obedeció de inmediato—. Esta vez quiero que veas mi rostro mientras te corres.

Anabelle sonrió y se abrazó a mi cuello. Presionó su frente con la mía y acarició mis labios con la punta de su lengua.

—No te muevas —le ordené cuando lo hizo—. No quiero lastimarte.

—Puedo contigo, guapo.

Quise decirle que lo sabía, pero el placer que experimenté cuando empecé a invadirla acabó conmigo.

Sin dejar de mirarla, la dejé caer con cuidado sobre mí y su cuerpo se estremeció al sentirme

dentro de ella.

—Eras tú… —susurró sin aliento.

Sonreí y la penetré un poco más, ella gimió sin dejar de mirarme. Esperé que se adaptara a mí, me empujé un poco más y luego otro poco hasta que el placer nubló mi mente.

—¡Joder, tío! —gruñó sobre mi boca cuando casi estaba por completo dentro de ella—. Eres muy grande.

—Y estoy dentro de ti —le dije cuando terminé de invadirla.

Anabelle soltó un gemido profundo que me recordó a nuestra primera noche, aquella bendita noche en la que el puto destino había unido nuestros caminos. Aquella noche en la que deseé quitarme el antifaz y dejarle saber quién era yo, pero la vida siempre daba segundas oportunidades y sin duda esa noche era la nuestra.

De nuevo quise alargar el momento, de nuevo deseé poder detener el tiempo para disfrutar del placer que ella me hacía sentir.

Sabía que no era solo sexo, había algo más y, entendía que si se lo permitía, la situación se saldría de control.

Sin embargo, la distancia que nos separaba era ese límite que necesitábamos para estar seguros. Me aferré a esa idea y me permití disfrutar sin temor de lo que ella me estaba dando.

Todo estaba bajo control. Solo sería sexo, solo placer, nada de sentimientos… O al menos fue lo que quise creer en ese momento.

6 Anabelle.

Los caminos se juntan de manera repentina y algunas veces el tuyo se une con el de una persona que, aunque te gustaría, sabes que no estará incluida en tu destino.

*****

Cuando abrí los ojos la habitación aún seguía oscura, pero me sentía tan descansada que estaba segura que no podía seguir siendo de noche.

Froté mis ojos y cuando miré a mi lado en la gran cama, me encontré sola. Supuse que se había marchado, lo cual no sería algo nuevo, es lo que suele suceder cuando tienes sexo improvisado, pero deseé que en esa ocasión fuera todo diferente.

Había sido tan perfecto que el hecho de que Andrés se hubiera marchado lo arruinaba todo.

Decepcionada, salí de la cama y caminé desnuda hacia el baño. No pude reprimir la sonrisa que apareció en mi rostro al darme cuenta de que sus artículos de aseo personal seguían allí. Un neceser negro de una costosa marca estaba abierto y dentro había una buena colección de productos para afeitar.

A un lado estaban dos perfumes, ambos de *Armani* y cuando tomé uno de ellos, mi estómago se estremeció al reconocer esa fragancia, la misma que había elegido usar aquella primera noche.

La felicidad que me invadió debió preocuparme, pero me dije que más adelante tendría tiempo para eso y me obligué a disfrutar del momento, de esa paz que pensé no tener en una crisis tan fuerte como la que llevaba semanas atravesando.

Dejé de husmear sus cosas y tomé un cepillo de dientes nuevo, rasgué el empaque y por unos minutos me ocupé de mi propio aseo.

Intenté arreglar mi cabello, pero era un desastre que solo una buena ducha podría mejorar. Pensé en tomarla en ese momento, pero su voz atravesó las paredes logrando que mi cuerpo se estremeciera.

Los recuerdos de la noche pasada invadieron mi memoria y mi sonrisa le hizo honor a la emoción que experimenté.

La idea de salir desnuda me tentó, pero no me sentía tan valiente esa mañana, así que decidí usar ropa, vi su camisa sobre la silla, la tomé sin pensármelo dos veces, me cubrí con la suave tela y abandoné la habitación.

Caminé descalza hasta el pequeño salón y de nuevo sufrí una sobrecarga de emociones al verlo.

Joder, tía… compórtate, me regañé.

Respiré profundo y me apoyé en la mesa que tenía detrás para contemplar lo guapo que lucía esa mañana.

Su cabello rizado mostraba destellos plateados que podían delatar su edad, pero su rostro perfecto confundiría a cualquiera. A pesar de estar vestido de modo casual, para mí la camisa blanca y el pantalón azul que llevaba esa mañana, lo hacían jodidamente sexy.

Andrés estaba frente al sofá con una portátil sobre la mesa de centro y estaba tan concentrado que no notó mi presencia.

—Listo —lo escuché decir—, te envié la autorización.

—Sí, ya la recibí —respondió una mujer.

Solo entonces me di cuenta de que tenía el móvil activado con una llamada.

—Me ocuparé de esto ahora mismo, no te preocupes.

—Gracias, cariño —dijo Andrés aún con la mirada fija en su portátil—. No olvides llamar a la aerolínea.

—Llamaré apenas terminemos de hablar, pero me prometes que no es por Fernanda por quien te quedas.

¿Quién es Fernanda? Quise saber.

—Fer está bien, mi hermanita es fuerte, no te preocupes.

Me sentí estúpida al darme cuenta de que me preocupó que hubiera alguien en su vida, porque fui una tonta al no preguntar antes. Tal vez dentro del club eso no tenía importancia, pero no estábamos en un club.

—Espero que pueda superar este mal momento —dijo la mujer con pesar—. Pero, ¿entonces por qué no regresarás aún?

Lo vi sonreír y yo también lo hice.

—Tengo cosas que hacer aquí.

—¿Cosas como cuáles? —Él no respondió—. Ojalá dijeras que has conocido a alguien normal, pero empiezo a perder la fe contigo.

Andrés empezó a reírse, se veía tan guapo.

—Te ríes porque tengo razón. Sé que no estás interesado en conocer a nadie del mundo real, que estás bastante satisfecho follando en el club, pero creo que, si Sebas pudo encontrar a alguien que llenara su solitaria vida, tú también podrías.

—Ya tuvimos esta conversación —respondió aún divertido.

—Sí y la tendremos por la eternidad. —Él volvió a reír—. Deberías intentar recordar lo que era ligar con chicas normales a las que puedas llevar a cenar, chicas que logren parar tu corazón y no solo tu pene.

Andrés soltó unas carcajadas y yo sentí que no debía estar escuchando esa conversación.

—Conocí a alguien… Casi normal… —Le escuché decir—. *Alguien capaz de hacer ambas cosas…*

Mi corazón saltó con fuerza dentro de mi pecho al sentir que estaba hablando de mí. Sin querer empujé la mesa que tenía detrás y terminé haciendo evidente mi presencia.

Andrés giró de inmediato y mi cuerpo se estremeció cuando me vi de nuevo reflejada en esa verde mirada.

—Ahora tienes mi interés —comentó la mujer—. No es casada, ¿verdad?

—Ya no —respondió Andrés levantándose del sofá.

Lo vi tomar el móvil y caminó con seguridad hasta donde yo estaba.

—¿Se han visto fuera del club?

—Sí… Varias veces.

—¡Ahora estoy emocionada! —exclamó la mujer.

Andrés amplió su hermosa sonrisa y levantó la mano para acomodar el cuello de la camisa que estaba cubriendo mi cuerpo.

—Tengo que colgar —informó él sin dejar de mirarme.

—¡No! No puedes decirme esto y luego colgar. ¡Tienes que contarme más!

—Por ahora no hay mucho que contar. Solo que estoy encantado con esa mujer.

Me mordí el labio sin darme cuenta y él con su pulgar me obligó a libarlo.

—¿Cómo se llama? —interrogó ella—. ¿Qué hace por la vida? ¿Cuántos años tiene?

—Son demasiadas preguntas, cariño.

—De acuerdo, pero dime su nombre.

Andrés llevó su mano a mi cuello y se acercó un poco más a mí.

—Anabelle… —susurró.

—¿Como la muñeca? —gritó ella.

Andrés volvió a reírse.

—Sí, pero es un poco más guapa…

Le golpeé el pecho y él me rodeó la cintura con uno de sus brazos. Me presionó a su cuerpo con firmeza y yo temblé como una niña cuando besó mi cuello.

—Carol, tengo que colgar —anunció Andrés.

—¡Espera! Responde a una última pregunta. —Él me llenó de besos haciéndome estremecer de placer—. ¿La llevarías a mi fiesta de cumpleaños?

Él detuvo el movimiento de sus labios y volvió a mirarme. Parecía pensar en su respuesta y no entendí la razón.

—Quizá ella no acepte acompañarme —respondió Andrés—, *pero sí, la llevaría a tu fiesta de cumpleaños.*

La mujer gritó emocionada y yo lo miré preocupada.

—Ahora voy a colgar, cariño.

—De acuerdo, pero no creas que esta conversación ha finalizado.

—Sé que no… Hablamos luego.

La llamada culminó y él sin que yo siquiera lo esperara se inclinó sobre mí y se apoderó de mi boca con exigencia.

Dejé de respirar cuando me invadió con su lengua y me sostuvo la cintura con ambas manos. Mi cuerpo se encendió con el mejor beso de buenos días que me habían dado en mi vida y todo empeoró cuando sus manos llegaron hasta mi culo desnudo.

Estaba lista para otra dosis de sexo con ese monumento de hombre, pero el timbre de mi móvil arruinó todo.

Mentalmente quise adivinar qué hora era, pero la luz que veía a través de las puertas del balcón no me dio ninguna pista.

Andrés me presionó contra su cuerpo y gemí al sentir su maravilloso miembro ya duro y listo para mí.

Otra vez el timbre de mi móvil interrumpió el momento y aunque no quise, me alejé un poco de él.

—¿Qué hora es? —pregunté.

Andrés se escurrió sobre mi cuello y lo besó aumentando mi deseo.

—Pasan de las dos…

—¿Qué? —grité asustada. Él dejó de besarme y me miró preocupado—. Dime que estás bromeando.

—No, son más de las dos de la tarde.

—¡Joder! —grité alejándome más de él.

Caminé hacia mi móvil aún sobre la mesa y comprobé que no mentía, eran las 2:10 de la tarde.

—¡Mierda! —gruñí sin saber qué hacer.

—¿Qué sucede?

—Tengo que trabajar —le expliqué caminando de regreso a la habitación—. ¡Mierda! —grité de nuevo—. Ni siquiera tendré tiempo de ir a casa a cambiarme de ropa.

Estaba por tomar la que había usado el día anterior, pero Andrés extendió mi bolso gris, el que solía llevar cuando se me antojaba hacer yoga y que definitivamente no tenía conmigo

anoche.

—Pamela lo trajo… —me explicó, yo me sorprendí más—. Llamó. Intenté despertarte, pero estabas profundamente dormida.

—¿Qué dijo?

—Preguntó por ti y creo que se alegró al saber que estabas conmigo… —Claro que sí—. Me dijo que te despertara a mediodía y te dijera que llevaría ropa para ti al hotel donde harían la sesión de fotos.

Asentí y tomé el bolso que extendía hacia mí.

—Mencionó este hotel, así que le dije que estábamos aquí y dijo que dejaría tus cosas en el lobby… Hace un par de horas uno de los empleados lo subió.

—¡Amo a esa mujer!

Andrés sonrió y caminó hacia el baño mientras yo abría el bolso.

—¿Estabas trabajando? —le pregunté.

—Sí, tenía una junta importante

—Debiste despertarme —me quejé.

Saqué el vestido y la ropa interior que Pam había elegido para mí y la dejé en la cama.

—Casi no te dejé dormir —dijo Andrés al detenerse frente a mí—. Me pareció justo dejarte descansar un poco más.

Sonreí recordando la razón por la que casi no dormí.

Él sin que me lo esperara me levantó en sus brazos y caminó conmigo hacia el baño. Me sentó sobre el lavabo y caminó hacia el hermoso jacuzzi.

—No me meteré allí contigo —le advertí sin pensarlo.

Andrés me dio una mirada divertida mientras vertía un líquido blanco sobre el agua y el aroma a vainilla inundó el cuarto de baño.

Fruncí el ceño al verlo encender algunas velas dándole un toque romántico al lugar y me moví con la intención de bajar, pero él giró un poco su rostro y me regaló una mirada de advertencia.

—Quédate allí —ordenó mientras encendía la última velita.

—No me des órdenes…

Andrés dejó el mechero en un estante y regresó a mi lado.

—No me meteré allí contigo —repetí.

—Es solo para ti, hermosa. —Admito que me sorprendió más escucharlo—. Unos minutos dentro del jacuzzi harán que empieces tu jornada laboral con mejor ánimo… Lo prometo.

Me sentí tan cautivada con sus atenciones que no supe qué decir.

Movió sus manos sobre los botones de la camisa y empezó a soltarlos uno a uno sin dejar de mirarme, sin dejar de aumentar el deseo que ya sentía por él.

Cuando terminó de desnudarme, volvió a tomarme entre sus brazos y me llevó hasta el jacuzzi que se llenaba con rapidez. Me dejó sobre mis pies y acarició mi mejilla con galantería.

—Quería invitarte a almorzar —me dijo—. Pero me preocupa que aceptes y luego desaparezcas.

Me mordí los labios para no sonreír, pero su seriedad me hizo saber que no bromeaba y tuve que tomar con la misma seriedad la conversación.

Me hubiera gustado marcharme sin tener que hablar de nada, tomar aquello como un encuentro casual que no iba a repetirse, pero sería hipócrita si dijera que no deseaba repetirlo.

—Andrés… —susurré mientras ordenaba las palabras en mi cabeza.

Él ni siquiera me dejó decir algo porque volvió a apoderarse de mis labios con un apasionado

beso que me dejó sin aliento y más aturdida de lo que ya estaba.

—No digas nada —me pidió entre besos—. Fue solo sexo, lo sé. —¿Lo fue?—. Sé que acabas de divorciarte y que no buscas nada más.

Me sentí incómoda cuando mencionó mi divorcio. Quise alejarme, pero no me lo permitió.

—Sé que es difícil —dijo besando la punta de mi nariz—, que debes echar de menos las cosas buenas que tenían y que soy solo el hombre con el que tratas de sentirte mejor…

*—Estoy bien —*mentí.

—No tienes que fingir conmigo —susurró con seriedad—. Quizá el motivo no sea el mismo, pero sé cuánto duele un divorcio.

Escucharlo me sorprendió aún más, porque siendo sincera, no me había permitido saber más de él de lo que Pamela me había contado sin que yo se lo preguntara. Mi orgullo me obligó a fingir que no estaba interesada y no estaba al tanto de que también se había divorciado.

Andrés tomó mi rostro entre sus manos y me miró de un modo que me hizo sentir bien, él no estaba preocupado por mí, él entendía lo que estaba viviendo y eso me cautivó aún más.

—Sé cuán rota puedes sentirte, pero te prometo que pasará…

Mis ojos se llenaron de lágrimas a causa de su mirada dulce y esas palabras con las que trataba de consolarme.

—Te tomará un tiempo, pero pasará. —Y quise creerle—. Me alegra ver que sigues adelante a pesar de todo y me alegra ser quien esté levantando tu ego hoy. —Andrés besó la punta de mi nariz y me hizo sonreír—. Por mí está bien —bromeó—, puedes hacerlo las veces que quieras.

Volví a sonreír y él acomodó mi cabello.

*—No estoy tratando de conquistarte —*aseguró.

Me pregunté cómo sería si lo hiciera si con lo que había hecho me tenía encantada.

—No estoy interesado en tener una relación estable con nadie… No en este momento… —aclaró—, pero creo que la hemos pasado bien… ¿O no?

—La he pasado muy bien contigo.

—Me alegra escucharlo —susurró regalándome otra de sus hermosas sonrisas—. Como dije, en unos días me marcharé y todo seguirá igual en nuestras vidas, pero ahora estoy aquí y me gustaría seguir viéndote.

Debí decirle que no, debí terminar eso como lo que tenía que ser, solo sexo de una noche, pero él me encantaba y no quise privarme del placer de estar a su lado unos días más.

—Por mí está bien.

—Fantástico. Tal vez podamos ser amigos…

¿Amigos?

Él sonrió de lado, creo que se burlaba de mí.

—Amigos de los que a veces duermen juntos —aclaró, no pude evitar reírme, pero dejé de hacerlo cuando acarició mi rostro y mi corazón se aceleró—. Me gustas mucho, Anabelle. —Y tú me gustas a mí—. Soy de los cree que el secreto está en no quedarse con las ganas… Y yo aún tengo ganas de ti.

—Creo que es evidente que me siento igual.

—Me alegra que así sea —agregó—. Incluso si vas a mi país, estaré encantado de hacerte un tour por mi club.

—Esa idea me gusta mucho.

*—A mí me gustas tú. —*Mi estómago volvió a revolverse al oírlo—. *Y estaré encantado de verte y de follar contigo siempre que quieras…*

Levanté la mano y le acaricié el rostro sin poder evitarlo.

—Me encantas —confesé—. Quizá más de lo que me gustaría admitir… —Sonrió complacido —. Sexualmente te acabo de dar una mellada de honor. —Soltó una risa tonta—. Pero ahora no quiero involucrarme sentimentalmente con nadie.

—Ni yo… Con lo único que quiero involucrarme y no de forma sentimental es con tu delicioso coño —agregó Andrés rompiendo la seriedad del momento—. Estoy encantado contigo y si te hubiera conocido en otra época, seguro que la historia sería diferente.

—Si nos hubiéramos conocido en otro momento —susurré acariciándole el cabello—, me hubieras conquistado con el primer beso que me robaste.

Sonreímos con cierto pesar, porque ciertamente la vida no era perfecta.

—Puto destino… —susurró.

—Puto cupido —agregué, él volvió a sonreírme—, pero ya que no podemos conquistarnos con canciones de amor o detalles románticos… Follando sí que lo hacemos bien.

El grifo del agua se detuvo y Andrés levantó su mano para acariciar mis senos. Yo temblé apenas tocó mi piel.

—Hermosa… —susurró.

Le golpeé el pecho cuando me llamó de ese modo y él sonrió divertido. Me dio un beso demasiado simple comparado con los que solíamos darnos, pero estaba bien porque sabía que no tendría fuerzas para reprimir las ganas que tenía por follar con él y ya estaba con el tiempo contado.

Andrés tomó mi mano y yo me senté dentro del jacuzzi.

—Gracias —susurré.

—Disfrútalo, hermosa. Tengo que hacer un par de llamadas.

—Vale.

Me guiñó el ojo y salió del baño dejándome sola.

Apoyé la cabeza en el jacuzzi y cerré los ojos para disfrutar de los masajes que el agua me daba al moverse mientras recordaba nuestra conversación y me sentía un poco más tranquila.

Saber que Andrés tampoco buscaba una relación me hizo sentir más confiada porque, de algún modo, eso me serviría para no hacerme películas tontas sobre nosotros y solo disfrutar de él sin esperar nada más.

Al final, eso era lo único que necesitábamos y buscábamos el uno en el otro: un poco de buen sexo y buena compañía. Sin ataduras, ni relaciones románticas que terminarían rompiéndonos el corazón otra vez.

Todo era perfecto, teníamos el plan perfecto… Nada podía salir mal.

7 Andrés.

Hacía muchos años que solo disfrutaba del sexo dentro de un club. Mucho tiempo buscando solo placer físico, a gran escala, pero sin sentir ese estremecimiento que Anabelle provocaba en mí.

Creo que tenía dieciséis años la primera y única vez que me sentí de ese modo. La chica había llegado de vacaciones al pueblo y todos estábamos interesados en ligarla, pero ella me eligió.

Recuerdo que quería presumirle lo que a mi corta edad había aprendido con otras, pero cuando nos besamos todo se fue a la mierda. Todo fue diferente y disfruté, sin prisa, de cada beso, de cada caricia.

Cuando me dijo que esa sería su primera vez, dudé en hacerlo. Sabía que no merecía ese privilegio, pero la deseaba y ella a mí, así que me permití disfrutarlo, y aunque no era mi primera vez, lo sentí así.

Nunca entendí por qué con ella fue diferente, no éramos novios, no nos amábamos y solo duró ese verano. Ella se marchó sin romper mi corazón y nunca más pensé en lo que vivimos hasta que Anabelle causó un efecto parecido en mí.

Estaba en problemas, lo sabía. Yo no era más un adolescente, tenía cuarenta y dos años y supe desde aquella primera noche que Anabelle tenía eso que no sabía definir pero que era peligroso para mí.

Quise ignorarlo, quise pensar que era mi ego herido alimentando el interés en ella, pero no fue así.

La segunda vez, frente a aquella piscina, ese beso fue tan abrumador, la forma en la que me sentí al probar sus labios, con ella sabiendo que era yo, fue de otro nivel y me asustó, por eso la dejé ir, aun cuando quería pedirle que se quedara.

Solo tienes ganas de ella, solo debes quitarte esas ganas, me dije.

Pero pasó por cuarta vez, la tuve en mi cama toda la noche y follé con ella más veces de las que me permitía con otras y aun así, no fue suficiente.

Llegado a ese punto no podía fingir que no me daba cuenta de lo que sucedía. Sabía que debía marcharme, debía poner distancia entre nosotros, pero me mentí diciéndome que unos días más calmarían todo.

Me negué a admitir que Anabelle en unos pocos días me había conquistado, porque aun cuando su carácter rebelde me desesperaba, ella tenía todo lo que yo buscaba en una mujer.

Era segura, atrevida, sexy, descarada… Además, la había visto trabajando y sabía que era responsable, inteligente, eficiente. Era todo lo que yo admiraba en una mujer, todo… Pero había un problema, un gran problema, sabía que en su corazón aún había alguien más y que si me proponía conquistarla, correría el riesgo de volver a sufrir y no estaba dispuesto a pasar por algo así, otra vez.

*****

Llevaba media hora mirando el computador frente a mí, pero no era capaz de concentrarme en los reportes que debía revisar. Mi mente con facilidad recordaba la noche que había pasado y planeaba una estrategia para lograr que se repitiera.

Miraba mi móvil una y otra vez, esperaba que ella me llamara, que cumpliera su palabra y llamara, pero muy en el fondo sabía que no iba a pasar, que ella de nuevo iba a alejarse y yo debía aceptarlo.

Eran las nueve de la noche cuando tomé las llaves del auto que había rentado y caminé fuera de la suite. Entré al elevador y esperé malhumorado llegar al primer piso.

Mi ego estaba echando fuego, ella no había llamado, ni siquiera había mandado un puto mensaje y eso, para alguien como yo, era una ofensa.

Miré el marcador mientras piso a piso iba descendiendo hasta que se detuvo. Me alejé de donde estaba apoyado y pensé en llamar a un viejo amigo con el que solía irme de fiesta cuando estábamos en la ciudad.

Decidido a pasármela bien sin ella, tomé mi móvil y busqué su nombre en la agenda mientras escuchaba la puerta abrirse.

—*¿Te vas?* —susurró una voz femenina que agitó mi corazón.

Mi ego herido enfureció por la forma ridícula en la que mi corazón actuaba y dejándome llevar por mi mal humor, levanté la mirada hacia ella.

Todo empeoró cuando la vi allí, frente a mí y a su lado, el escritor.

Anabelle me regaló una amplia sonrisa que yo no pude imitar. La sola presencia del sujeto a su lado arruinó por completo mi noche.

—Hola… —saludó como si no pasara nada.

—Hola —respondí notando que mi voz delataba mi mal humor.

Me moví para salir del elevador y ambos se hicieron a un lado, pero cuando tuve la intención de marcharme, Anna tomó mi mano.

Como si no se diera cuenta de mi mal humor, se impulsó hacia mí y besó una de mis mejillas tomándose el tiempo suficiente para respirar sobre mi piel y hacerme estremecer. Me miró a los ojos por unos segundos, se movió con lentitud rozando su nariz con la mía y besó mi otra mejilla.

—Dos besos —susurró cuando se alejó solo un poco de mí—. Aquí en mi país son dos. —Llevó su mano sobre mi rostro y lo limpió con cuidado—. Lo siento, se me hizo tarde.

Me burlé de la forma como lo dijo, de la calma con la que hablaba.

Se le había hecho tarde, exactamente cuatro horas tarde, pero para ella parecía que hubieran sido minutos.

—Dijiste que llamarías —me quejé—, pensé que no vendrías…

—Ella nunca llama —intervino el idiota del escritor—. Fue mi culpa. Estuvo conmigo hasta ahora.

Estoy seguro de que mi rostro reflejó lo mucho que me molestaba escucharlo porque la mano de Anabelle apretó la mía, supongo que intentando calmarme.

—*¡Oh, perdón!* —exclamó ella mirándonos—. *No los he presentado…* —Intenté liberarme de su agarre, pero no me lo permitió—. *Javier, te presento a Andrés Brasher… Andrés, él es Javier Sálamo.*

El escritor levantó su mano hacia mí y yo lo miré sin moverme, sin tener la intención de responder a su cortesía.

Anna de nuevo apretó mi mano así que supe, que otra vez, debía ser amable con el hijo de puta que la había besado la noche anterior.

Me giré hacia Anna y ella me regaló una sonrisa tonta.

—*¿Me dejas darle la mano?* —le pregunté.

Creo que ni siquiera se había dado cuenta de que no me había soltado porque sus mejillas tomaron un poco de color cuando lo hizo.

Me giré hacia Sálamo y respondí a su saludo mirándolo.

El hombre no debía ser mayor que Anabelle, parecía joven.

—Es un placer conocerte, Andrés —dijo el cabrón—. Lamento que se haya retrasado, pero las sesiones de fotos siempre parecen interminables.

—Fue tu culpa —la escuché decir—, si te quejaras menos…

—Si dejaran de llenarme de maquillaje y de hacerme tantas fotos, me quejaría menos… ¡Joder, soy escritor! No un puto modelo.

—Es tu culpa por ser guapo —respondió Anabelle alimentando mi mal humor—. *Pero es verdad, estuvimos trabajando hasta hace poco* —me explicó—. *Iba a llamar, pero se me pasó.*

—Como dije, ella nunca llama —repitió el escritor.

—¡Oye! —protestó Anna—. Que nadie te ha preguntado.

—Ya, pero para que sepa que no lo has hecho a propósito… Tú eres así, despistada.

—¡Vale, vete! —Lo echó tomándolo del brazo y empujándolo dentro del elevador—. ¡Buenas noches!

Él sonrió y levantó su mano para acariciarle la mejilla aumentando el odio que sentía por él y provocando que todo dentro de mí empezara a quemar a causa de los celos que sentí.

—Un gusto, Andrés. —Lo escuché decir, pero lo único que hice fue mover la cabeza en respuesta—. *Buenas noches, guapa* —dijo mirándola.

Sabía que si continuaba allí iba a actuar como un demente, así que me giré en mis zapatos y caminé hacia el lobby, le entregué la llave a la recepcionista y continué mi camino hacia el estacionamiento del lugar.

—¡Oye! —La escuché gritar, pero fingí que no lo había hecho—. ¡Andrés!

Aceleré el paso y giré a la izquierda para ir hacia el lugar donde había dejado el auto, pero ella me alcanzó y se cruzó en mi camino.

Presionó su mano sobre mi pecho y logró detenerme.

—¡Joder, tío! Voy en tacones y me haces correr —se quejó agitada

Di un paso hacia atrás cuando su pequeña mano me causó placer al acariciar mi pecho. Ella se mordió los labios para reprimir la sonrisa y yo me sentí aún más molesto.

—¿Adónde vas? —preguntó aún agitada.

—Tengo planes.

Me moví a un lado para continuar caminando, pero de nuevo tomó mi mano y me detuvo.

La miré aburrido.

—¿Qué quieres, Anabelle?

—Que no estés enfadado. —Le di una mala mirada y ella levantó su mano izquierda tratando de tocar mi rostro, pero me alejé—. Andrés, lo siento, ¿vale?

—¿Acaso crees que soy un niño con el que puedes jugar? —gruñí cuando de nuevo trató de tocarme—. Si crees eso, te has equivocado.

Me giré y caminé hacia el auto.

—¡Obvio que no creo eso! —exclamó—. Se me hizo tarde.

Abrí la puerta del auto, desabotoné mi chaqueta para subir, pero ella se interpuso en mi camino y con más fuerza de la que esperé me haló del cuello y sin dejarme adivinar que estaba haciendo, me besó.

Lo primero en lo que pensé, fue en alejarla, en demostrarle que no podía jugar conmigo, que no era un títere que se movía a su antojo, pero cuando su lengua se hundió en mi boca, todo se fue a la mierda.

Otra vez ese silencio, esa paz en el exterior y esa guerra dentro de mí, ese fuego

consumiéndome, las ganas de tomarla como si me perteneciera.

Furioso por la facilidad con la que podía dominarme, la tomé de la cintura y la presioné contra el auto para ser yo quien controlara la situación.

Anabelle gimió cuando sintió el efecto que su atrevimiento causaba en mí. Metió sus manos debajo de mi chaqueta y me haló más sobre ella.

Nos besamos como si el puto mundo fuera a acabarse, como si no existiera un mañana. Nos besamos de un modo que no debería estar permitido entre dos personas que dicen no querer nada serio.

No sé cuánto tiempo duró, pero solo nos detuvimos cuando un auto pitó cerca de nosotros. Estábamos jadeando, sin aliento después de semejante beso, pero sin duda ella había logrado su objetivo porque ya no me sentía tan cabreado.

Su mirada se posó sobre la mía y sus manos acariciaron mi espalda.

*—Voto porque este beso esté en el primer lugar de nuestra lista —*dijo.

Si hubiera estado de mejor humor seguro me hubiese reído de lo que dijo, pero solo la miré en silencio mientras intentaba recuperar la calma.

—Cabreado eres de otro nivel…

Respiré profundo tratando de alejar por completo mi mal humor, pero ella tomó mi rostro y con una de sus manos me obligó a mirarla.

—Lo siento, ¿vale? —susurró—. No lo hice con intención de cabrearte, estuve muy liada y se me fue la tarde. —Me mantuve en silencio mientras ella limpiaba mis labios con su pulgar—. Iba a llamarte cuando terminé de trabajar, pero el móvil se quedó sin pila.

*—Bien. —*Fue todo lo que dije.

Traté de alejarme, pero ella no me lo permitió.

—Estoy siendo sincera —aclaró—. Iba a llamarte cuando estuve lista, pero llegó Pamela con Javier y él se ofreció a traerme.

Me liberé de su brazo cuando mencionó al imbécil del escritor, pero ella me sostuvo de la chaqueta para obligarme a mirarla.

—No estés enfadado, no lo hice intención. —Y aunque no quería, le creí—. Javier tiene razón, se me da mal llamar.

—¿Puedes dejar de hablar de tu amigo?

Anabelle se quedó muda y yo retrocedí dos pasos para alejarme.

—Odio a la gente impuntual —le aclaré—, y me cuesta creer que no hayas podido enviar un puto mensaje.

*—Enviar mensajes también se me da mal —*susurró.

Me froté los ojos intentando calmarme, porque quería creerle.

—Si no quisiera verte, te lo hubiera dicho, pero sí quiero, por eso estoy aquí. Solo que en verdad, se me da mal llamar, escribir...

Y sí, le creí.

—Amelia tuvo que enseñarme a poner recordatorios en el móvil para que no olvidara mis pendientes.

—¡Pues, hazlo conmigo también! —ordené—. Porque si vuelves a dejarme esperando, te prometo que no habrá una próxima vez.

Me frunció el ceño y yo me preparé para continuar discutiendo, pero sorprendentemente después de respirar profundo, se calmó.

*—Vale —*susurró alejándose del auto.

Metió las manos en sus bolsillos y tomó su móvil. Buscó algo y poco después mi móvil vibró

dentro del saco.

—Ahora tienes mi número —anunció—. Cuando quieras, llámame. —Canceló la llamada y me sonrió—. Ahora sí te dejo ir. No quiero retrasar más tus planes.

Pensé que iba a marcharse, pero se acercó a mí y de nuevo besó mis mejillas tomándose el tiempo necesario para volver a alterarme.

—Nos vemos, guapo…

La vi caminar con calma hacia la puerta del estacionamiento y aunque quise detenerla, mi ego me obligó a no hacerlo.

Subí al auto decidido a mantener mis planes de divertirme sin ella.

Me tomé un momento para quitarme las insoportables ganas de ir tras ella y cuando me sentí más seguro, encendí el auto y salí del estacionamiento.

Esperé que la calle estuviera libre y decidí tomar el camino que pasaba frente al hotel con la intención de llegar más pronto a la autopista, pero lamenté mi decisión cuando la vi de pie en la entrada.

Anabelle tenía el móvil en la mano y parecía distraída.

¡Sigue tu camino! Gritó mi orgullo.

Pisé con suavidad el acelerador, pero, aunque pretendía seguir de largo, terminé frenando frente a ella.

Anna frunció el ceño mirando el auto, sabía que gracias a los vidrios oscuros no podía verme así que me lo pensé unos segundos más esperando que mi orgullo fuera más fuerte que yo, ese que me gritaba que esa noche la dejara ir, que le diera una lección, pero lo ignoré.

Bajé el vidrio del copiloto y Anabelle me miró sorprendida.

—Sube —le dije.

Ella levantó una ceja y se cruzó de brazos.

—Gracias, pero ya pedí un taxi.

Su voz no sonaba molesta, pero fue bastante arrogante.

—Sube —repetí—. Yo te llevo.

Giró los ojos y se acercó más a la ventana para hablarme.

—El taxi está a dos calles —me informó—, no te preocupes.

—Sube —ordené—, no me hagas enfadar de nuevo.

Me regaló una mala mirada que me recordó a la odiosa de la videollamada. Si ya la conocía un poco, sabía que ella no iba a aceptar mi ofrecimiento. Su orgullo no era menor que el mío, pero de nuevo me sorprendió.

Se alejó un poco de la puerta para abrirla y subió sin decir media palabra. No me miró, no me habló, estaba enfadada, pero intentaba disimularlo.

—El cinturón… —le recordé.

Ella tiró de la correa y la abrochó aún sin mirarme.

—No era necesario —dijo mientras continuaba mirando el móvil—, el taxi estaba a dos calles.

—Conseguirá a alguien más… —respondí tomando mi móvil y se lo ofrecí—. Coloca tu dirección.

Finalmente se giró y clavó su aburrida mirada sobre mí.

—Vas a liar tus planes por nada.

Al ver que no iba a desistir, tomó mi teléfono y empezó a anotar su dirección. El mapa sobre la pantalla cambió cuando terminó.

—Sabes bien que no tengo planes —agregué sin pensarlo.

Ella giró todo su cuerpo y se sentó mirándome.

—¿Entonces adónde ibas?

—Adonde sea que no estuvieras tú… —admití.

Se quedó en silencio por varios segundos y lamenté no poder despegar la mirada del camino porque me hubiera gustado ver su reacción.

—Creo que no funcionó tu plan —susurró—, porque aquí estoy.

*—Porque así lo quise —*le aclaré.

Mi voz dejó sentir el poco mal humor que me quedaba, pero estuvo bien para mí.

—No he dicho lo contrario… —respondió con tranquilidad.

La escuché respirar profundo y luego miró el auto.

—Tienes buen gusto con los coches… —Ahí estaba de nuevo, cambiando el tema en el momento indicado—. El esposo de mi hermana tiene uno así.

—¿Tienes una hermana?

Era increíble que teniendo amigos en común no hubiera averiguado un poco más sobre ella, pero lo cierto era que no esperaba que me interesara.

—Y una sobrina también —acotó con una voz más alegre—. Se llama Ana, tiene casi cinco años… ¡La amo!

Y con ese comentario tan sincero y alegre logró que mi mal humor se esfumara.

—Los sobrinos suelen causar ese efecto —añadí.

—¿Tienes sobrinos?

—Sí, solo una… La hija de Sebastián.

*—¿Antonieta? —*preguntó divertida, yo asentí*—. Creí que hablabas de una niña.*

—¿La conoces?

—Claro, vino con Sebastián cuando Javier publicó su último libro. —Y ahí estaba de nuevo mi mala leche por solo oír el nombre del escritor—. ¿Es tu única sobrina?

—Sí, es mi niña. Lo es para mí.

Me detuve en una esquina para dejar pasar a un transeúnte y la miré un segundo, ella parecía divertida.

—Casi tiene la edad de Amelia… —me recordó—. Y estoy segura de que te has follado a más de una de su edad.

No pude evitar burlarme de lo que lo estaba diciendo.

—Solo a una… —le aclaré—. Amelia.

—¿Amelia es la única chiquilla a la que te has follado?

Por su voz, realmente parecía sorprendida.

—Sí, la única hasta ahora —admití—. Nunca me gustaron las jovencitas, suelen tomarse las cosas muy personales y casi siempre te meten en problemas.

—Así que Amelia es tu excepción…

—Una excelente excepción…

De nuevo deseé mirarla para saber a qué se debía su silencio, pero estaba en medio de la autopista y no podía hacerlo.

—Ella tiene el mismo buen concepto de ti —agregó con una voz menos alegre—. Y no la puedo culpar…

Mi ego herido se sintió mejor con sus palabras.

—¿Y de qué edad las prefieres? —preguntó—. ¿Cuál es tu rango de edades?

Fue extraño que lo preguntara, nunca nadie me lo había preguntado y tuve que pensar antes de responderle, porque si bien era cierto que no iba por allí preguntando la edad de las mujeres

con las que tenía sexo, siempre me aseguré de que no fueran demasiado jóvenes.

Entonces me di cuenta de que no solo Amelia había sido una excepción, estaba seguro de que Anabelle también debía serlo.

—¿Qué edad tienes? —pregunté.

—¿No te han dicho que eso no se le pregunta a mujer?

—No creo que seas tan mayor para ocultarlo —respondí—. Además, eres tú la que está haciendo preguntas que no debería…

—Vale, tienes un punto —acotó divertida—. Tengo treinta y dos.

—Vaya, soy diez años mayor que tú.

—No es por darte ánimos, pero luces fabuloso.

Mi ego se sintió entusiasmado con sus palabras.

—Gracias —respondí—. Y bueno, respondiendo a tu pregunta, suelo relacionarme con personas de mi edad, así que… sacando a Amelia de la lista, tú serías la más joven del rango.

—¿En serio? —preguntó, yo la miré un segundo y asentí—. Pero dicen que cuando los hombres se van haciendo mayores les van gustando más las jóvenes, ¿eso no aplica contigo?

—Supongo que no.

—Vale, pero ¿estás hablando de relaciones estables o en general?

—En general.

—Ya, pero supongo que es decisión tuya. Es decir, ellas sí que deben intentar ligar contigo, ¿verdad?

—¿Ellas? ¿Quiénes?

—Mujeres de la edad de tu sobrina.

—¡No! —respondí de inmediato—. Nunca.

—¡Mientes! —exclamó, volví a mirarla sin entender su reacción—. ¡No me puedo creer que ninguna mujer de esa edad haya intentado ligar contigo!

—Pues créelo, no estoy mintiendo.

Por unos minutos conduje acompañado de un silencio extraño, ella se había quedado callada y yo no entendía su asombro. Tenía más de cuarenta años, ¿acaso no era normal que me relacionaran con personas cercanas a mi edad?

Además, exceptuando a Amelia, las chicas de su edad nunca me habían gustado. No tengo paciencia para aguantar berrinches, no soy un hombre paciente.

De pronto me di cuenta de que Anabelle tenía razón.

—Aunque… —empecé a decir.

—¿Aunque qué?

—Quizá haya olvidado a alguien…

—¿¡Ves que mentías!? —exclamó golpeándome el brazo con suavidad.

—No, no del todo —le aclaré—. Tú me preguntaste el rango de edad de las mujeres que me he follado y con ella no pasó.

—¿Qué edad tenía?

—No estoy seguro, menos de treinta quizá…

—¿Fue solo una cita y ya? —No pude evitar reírme de su pregunta—. ¿Qué?

—¿Sabes hace cuántos años que no tengo una cita? —La miré y ella negó—. Más de seis años.

Anna de nuevo se quedó en silencio, pensativa por un momento.

—¿Entonces cómo conociste a la mujer que has recordado?

—En el club. —Sonreí mentalmente al recordar a Ángela, aquella mujer que tuvo mi

atención durante varias semanas—. Ella acompañaba a un amigo, pero no tenía sexo con nadie.

—¿Se interesó en ti o fuiste tú?

—Fui yo —recordé—. Jack, el bartender del salón principal, me habló de ella, me dijo que solía ir todos los fines de semana, siempre usaba una pulsera amarilla y se sentaba a beber y mirar.

—¿No se relacionaba con nadie?

—Sexualmente no, pero se había hecho amiga de varios socios así que parecía pasarla bien. —Miré a Anna y ella parecía muy interesada en la historia así que continué—: Le invité un trago y conversamos un poco. Se me hacía extraño que si solo iba a socializar, lo hiciera en el salón rojo cuando usualmente la gente como ella usaba el amarillo, como su pulsera.

—¿Te dijo por qué elegía ese lugar?

—Sí, me dijo que en el amarillo llegaban hombres tontos que solo buscaban ligar y a ella no le interesaba. Supuestamente solo quería distraerse.

—¿Nadie le dijo que existían los cines? —preguntó Anna y yo me reí—. ¿Y entonces qué? ¿Tus encantos no lograron persuadirla?

Sonreí al oírla y negué.

—Esa misma noche mis manos le dieron el mejor orgasmo de su vida —respondí orgulloso, pero intenté no recordarlo porque no quería que se me notara lo bien que se sintió—. Y durante algunas semanas repetimos el evento, me dejaba tocarla, besarla…

—Pero no te dejó follarla. —Yo negué—. ¿Cuánto duró el juego?

—No era un juego, por lo menos para mí no, porque no me estaba divirtiendo —admití—. Me calentaba, me dejaba tocarla, besarla, pero cuando creía que iba a conseguirlo, ella salía corriendo.

—No sabe lo que se perdió…

Sonreí complacido con su acotación y la miré.

—Llevas todo el camino alimentando mi ego.

Anabelle rió.

—Solo digo la verdad, pero si con eso logro que tu ego deje de odiarme por ser distraída, genial.

La miré un segundo cuando me detuve en otro semáforo y ella sonrió con dulzura. Extendí mi mano y acaricié su rostro.

Anna cerró los ojos y cuando los abrió me miró con deseo, con el mismo que de nuevo estaba sintiendo por ella. La tomé del cuello y la halé hacia mí hasta tener sus labios a mi disposición.

Ella no se tomó ni un segundo en besarme, en hundir su maravillosa lengua dentro de mi boca y hacerme sentir que le pertenecía.

Cuando los autos empezaron a pitar, tuvimos que separarnos.

Acomodé el efecto que ella causó entre mis piernas y traté de ocultarlo con mi pantalón y continué conduciendo, pero su mano llegó hasta ese lugar y me hizo estremecer cuando empezó a amasarlo.

—No entiendo… —susurró— ¿Cómo una mujer puede negarse el placer de probar esta maravilla? —No pude evitar reírme al escucharla—. En serio, Andrés, no intento alimentar tu gran ego, pero una mujer que sabe lo que quiere y necesita, jamás se negaría la oportunidad de follar contigo.

Su mano continuó moviéndose sobre mi verga ya dura y yo me mantuve firme con la vista en el camino hasta que nos acercamos a la dirección que ella había anotado.

—¿Cenaste? —preguntó de pronto, yo negué—. Pues, te invito a cenar.

La idea de que ella fuera el plato fuerte me encantó y sonreí.

—Entra al estacionamiento —susurró sin dejar de mover su maravillosa mano—. Es tu noche de suerte —dijo—. No solo te invitaré a cenar, sino que yo misma la prepararé.

Me detuve en la entrada de un edificio y la miré. Anabelle se inclinó y se detuvo a escasos milímetros de mí.

—¿Te gusta la idea? —preguntó.

Volví a besarla y ella se soltó el cinturón para estar más cerca de mí. Le toqué los pechos a través del abrigo que tenía puesto y ella tembló.

—¿Estaremos solos? —pregunté

Volvió a besarme, pero más rápido de lo que esperé se alejó.

—En esta oportunidad, sí —respondió con dificultad—. Pamela viajó, estará un par de días en Mallorca.

—Entonces me gusta la idea.

Su sonrisa se amplió y de nuevo me besó. Un beso profundo, pero demasiado corto para que fuera suficiente.

—Entra al estacionamiento —repitió volviendo a su asiento—. A Pam se le rompería el corazón si sabe que te alegras de que no esté.

Moví el auto hasta el portón del estacionamiento y me detuve junto al lector de huella. Bajé el vidrio de mi puerta y ella se inclinó sobre mí.

Su bonito culo se quedó cerca de mi cara y mi mano se metió debajo de su abrigo buscando tocarla, pero me di con la sorpresa de que no llevaba ropa debajo o por lo menos no la toqué.

Cuando volvió a su lugar ella estaba sonriendo, parecía divertida.

—¿Qué estás usando debajo del abrigo? —pregunté.

Anna se mordió el labio y me señaló el portón cuando esté ya estaba abierto así que conduje hasta donde me indicó y aparqué el auto.

Soltó su cinturón y cuando iba a bajar la detuve.

—No me has respondido —le recordé.

—Sé que no, pero seguro tu imaginación te dará una respuesta.

La sola idea de que no llevara ropa debajo del abrigo aumentó, descaradamente la dureza entre mis piernas, algo que ella notó porque sonrió divertida cuando abandonó el auto.

—¡Venga tío, vamos! —exclamó cuando llegó a mi puerta.

La idea de meterla al auto y averiguar lo que deseaba, me tentó, pero pude comportarme como un hombre sensato y terminé saliendo del auto. Ella tomó mi mano sonreí ante ese agradable contacto.

Llegamos hasta los elevadores cuando uno de ellos abrió, esperamos que bajaran todos y luego subimos. Anna marcó su piso mientras yo seguía preguntándome si llevaba o no ropa debajo de ese abrigo.

Cuando las puertas se cerraron, la tomé de la cintura y la atraje hacia mí. Ella se giró sonriendo y de nuevo nos besamos con pasión.

Me sentía adicto a sus labios, a su boca atrevida que se apoderaba de mí con exigencia. A ese cuerpo del que aparentemente no había tenido suficiente porque continuaba deseándolo como la primera vez.

Una de sus manos llegó hasta el centro de mis piernas y se dedicó a torturarme mientras su boca terminaba con mi poca cordura.

Dejándome llevar por el deseo, tiré del cinturón de su abrigo y solté con rapidez cada uno de los botones.

Anna se alejó de mí justo cuando el elevador se detuvo. Se mordió el labio luciendo divertida y retrocedió cuando las puertas se abrieron.

—¿Crees que soy parte del menú? —me preguntó.

—No, pero dijiste que si quería follar contigo, solo lo hiciera.

Abrió la puerta que tenía detrás de ella y entró al apartamento sin dejar de mirarme.

—Lo recuerdo —respondió cuando se detuvo solo a unos pasos de mí—, y sigo pensando igual.

Cerré la puerta detrás de mí y me quedé donde estaba esperando saber qué pretendía hacer ella.

—Hice planes para nosotros… —susurró—. Quería recompensarte por la excelente noche que me hiciste pasar.

Acarició su abrigo y sin dejar de mirarme lo abrió.

Se me secó la garganta cuando vi que lo único que cubría su cuerpo era un hermoso conjunto de lencería verde.

—Me tardé pensando qué ropa usar… —susurró llevando sus manos por su vientre plano—. Quería deslumbrarte…

—Lo lograste.

Anna sonrió complacida y yo, sin poder continuar alejado, caminé hacia ella y empujé el abrigo por sus hombros para quitárselo.

—Hermosa… —susurré acariciando sus hombros, ella tembló—. ¿Qué planes tienes?

Llevé mi mano sobre uno de sus pechos y lo acaricié tomándome mi tiempo para disfrutar de semejante belleza.

—Iba a invitarte a cenar —respondió con una voz que dejó notar su excitación.

—¿Y luego? —pregunté llevando mis atenciones a su otro pecho.

—Luego te contaría que había conseguido una botella del vino que nos gusta y te invitaría a venir…

—¿Y luego? —susurré inclinándome hacia su hombro desnudo.

—Luego imaginé que nos besaríamos en el elevador.

Cuando besé su piel, ella tembló y yo me sentí encantado.

—¿Y el vino íbamos a beberlo antes o después de follar? —pregunté deteniéndome frente a esa boca que estaba a punto de devorar.

—Obviamente después.

Sonreí complacido de sus planes, de lo claro que tenía la situación, de lo extraño que parecía ser el destino, porque incluso cuando las cosas no salieron de la forma que ella lo pensó al principio, allí estábamos, en su apartamento, a punto de dejarnos llevar por esa pasión y ese deseo que invadían nuestros cuerpos cada vez que estábamos juntos.

Allí estaba yo, apoderándome de ella otra vez, disfrutando de esa mujer que conforme conocía me parecía aun más perfecta para mí, tan perfecta que empecé a replantearme la idea de no buscar nada serio con ella, porque lo cierto era que mientras más lo pensaba, más me gustaba tenerla en mi vida.

8 Anabelle.

Cuando las alarmas se encienden, normalmente las personas saben que algo malo está por venir, que algo peligroso va a ocurrir, pero cuando esas alarmas son del corazón, a veces solo las ignoramos o nos creemos tan inteligentes que pensamos que tenemos todo bajo control cuando no es así.

Hasta hacía unas semanas, mis noches estuvieron llenas de lágrimas, de impotencia, de decepción. Me pasé día a día llorando y lamentando mi mala suerte.

Me costaba imaginar una vida sin David, sin los planes que hicimos desde que decidimos casarnos. Era duro, empezar de nuevo, reescribir tu vida, tu historia, tus planes futuros… Era una mierda, pero a veces nos tocaba hacerlo, a veces no teníamos opciones.

Me negué a mirar más allá del presente. Me negué a replantearme mi vida sin David y pasé cada noche lamentando lo sucedido.

Hasta que Andrés apareció… Y como si fuera una tonta novela cursi, no volví a llorar por las noches, ni siquiera volví a lamentar que David no estuviera a mi lado.

Dejé de recordar mis planes futuros y me dediqué a vivir el presente de la mejor manera.

Era una locura, pero empezaba a creer que eso de que un clavo, saca a otro clavo, no estaba muy lejos de la realidad, porque algunas personas son ese bálsamo que nos hace falta para tomar el control y seguir adelante.

*****

Me moví sobre las sábanas y supe, por el silencio que había en mi habitación, que estaba sola, así que me permití tomarme unos segundos más antes de abrir los ojos.

No me apresuré a averiguar la hora porque me había liberado de todo lo urgente de ese día y había organizado todo para poder hacerme cargo de los pendientes desde casa.

El aroma de su perfume sobre mis sábanas me hizo sonreír. El recuerdo de lo sucedido la noche anterior me robó otra sonrisa y me abracé a la almohada que él había usado, disfrutando del aroma que había impregnado en ella.

No voy a lavarla nunca.

Me burlé de mis pensamientos cursis y terminé abriendo los ojos.

Mi corazón sufrió un ataque cuando me choqué con su verde mirada, con ese interés que dejaba notar a veces y todo empeoró cuando sonrió.

Estaba sentado sobre el sofá de piel que tenía en la esquina, llevaba una camiseta blanca que se le ajustada de manera perfecta al cuerpo y el pantalón de vestir que llevaba la noche anterior.

—*Buenos días* —susurró.

Sonreí en respuesta y él se puso de pie, con seguridad caminó hacia mi cama y se sentó a mí lado. Ordenó mi cabello enmarañado y se inclinó para darme un beso suave, lento… perfecto; tan perfecto que me dejó embobada y necesité unos segundos para reponerme cuando se alejó.

Su mano me acarició el rostro y yo sonreí como idiota.

—*Así que también sabes dar besos decentes* —bromeé intentando ocultar lo mucho que me había gustado.

—*Sé dar todo tipo de besos… hermosa.*

Le regalé una mala mirada cuando me llamó de ese modo.

Su sonrisa se amplió aparentemente complacido.

—Te he dicho que no me llames así.

Andrés volvió a inclinarse hacia mí y aunque pensé que me besaría de nuevo, no lo hizo. Solo se mantuvo a escasos centímetros de mí.

—¿Por qué no? —preguntó rozando mis labios al hablar—. Eres hermosa.

—Lo dices para molestarme —me quejé.

—¿Por qué te molesta?

—Porque suena a lo que le debes decir a todas y detesto a ese tipo de hombres.

Él parecía sorprendido con lo que le había dicho.

—Te digo hermosa porque lo eres —aclaró con calma—. Eres tan hermosa como la princesa de los cuentos.

Giré los ojos al escucharlo y me senté sobre la cama para aclararle ciertas cosas, que parecía no entender.

—Escucha —pedí cubriendo mi desnudez con la sábana—. Sé que apenas nos conocemos, pero déjame aclararte algo. —Me miró con atención y esperó que continuara—: No soy una princesa en busca de un príncipe, ni crecí creyendo en los cuentos de hadas. —Andrés solo me miró y yo continué—. Que me llames de ese modo me molesta porque sé que ustedes los hombres usan ese término para conquistar, pero conmigo tiene un efecto contrario.

Él seguía en silencio.

—No me veas como si fuera una muñeca de cristal porque no lo soy. —Sonrió y no entendí la razón—. Y mucho menos una princesa, porque estoy segura de que a ellas no les gusta el sexo duro como me gusta a mí.

Me di cuenta de que mis palabras habían causado efecto entre sus piernas y me sentí orgullosa de ello.

—¿Ves que no soy una princesa?

Andrés besó la punta de mi nariz y sonrió mirándome.

—Sí lo eres —insistió—. *Una princesa adicta al sexo… La princesa perfecta para mí.*

No pude evitar reírme de lo que decía.

—¿Y tú eres un príncipe? —me burlé.

—¿Un príncipe? —preguntó sorprendido—. No, cariño, yo soy más como el dragón de la historia. —Lo miré encantada al oírlo—. Ese que ama tener en cautiverio a las princesas.

—Me encantan los dragones —admití embobada—. Tienen fuego.

—Y a mí me encantan las princesas que les gusta el fuego.

Ambos nos reímos, nos besamos y de nuevo tuvimos sexo, de esa dosis que todos merecemos al despertar, de esa que te llena de energía, que te ayuda a empezar bien el día.

…

Eran casi las tres de la tarde cuando saqué la rúcula del frigorífico. Había comprado una fuente de paella en mi restaurante favorito y lo tuve congelado por unos días decidida a disfrutarlo cuando tuviera un momento libre y para suerte de Andrés, ese era el día.

Él estaba en el balcón con el móvil en la mano y hablaba con un tal Jack. Llevaba casi veinte minutos conversando con ese sujeto y una hora antes había tenido otra reunión con algún ingeniero.

La sonrisa que casi siempre tenía había desaparecido. Su rostro estaba tan serio que lo noté preocupado, pero lo cierto era que con la llamada anterior lucía igual, así que imaginé que esa era

su postura cuando trabajaba. Serio, seguro… sexy.

Sonreí y continué contemplándolo mientras me hacía cargo de nuestra ensalada y una melodía romántica acompañaba el momento.

«¿Para qué pensar si somos el capricho de lo que sentimos?

Cuando te despiertes y me veas sonriendo va a tener sentido, todo el tiempo ido que he desperdiciado antes de estar contigo [1]*»*

Pamela solía oír esas canciones románticas, a mí no me gustaban mucho, pero en ese momento, me parecían perfectas.

«Solo quiero que seas lo primero que vea cuando abra mis ojos.»

—Y si te quedas… ¿qué? —canté mirándolo justo cuando él se giró hacia mí.

Mis mejillas ardieron y fingí que continuaba cortando los tomates.

—¿Quién canta? —me preguntó al llegar junto a mí a la cocina.

—No sé. —No mentía—. Es la playlist de Pamela.

Me giré y dejé las verduras en la fuente mientras intentaba calmar mi vergüenza.

Su móvil volvió a timbrar, pero creo que rechazó la llamada.

—Tienes mucho trabajo —comenté cuando me atreví a mirarlo.

—Sí, los fines de mes son una mierda para mí.

Tomé una copa y la llené de vino para él, se la extendí y él sonrió complacido al tomarla.

—Gracias —dijo—. ¿Qué días del mes se complican para ti?

—No hay una fecha específica, pero cuando hay lanzamientos siempre quiero renunciar. —Él rió y yo también—. Ahora solo estamos con las promociones, pero hace un mes, quería morirme con el lanzamiento del libro de Javier.

—Tengo una idea de lo que hablas. Mi mejor amiga está haciéndose cargo de la editorial ahora que mi hermana renunció y no está nada feliz.

—¿Tu hermana estaba a cargo de la editorial? —pregunté sorprendida, él asintió—. Así que será su reemplazo el que ayudaré a encontrar… —Me miró confundido—. Para eso quiere Sebastián que yo vaya. Y también para ayudar con el lanzamiento del libro de Javier.

—¿Tu amigo irá a San Francisco?

—Sí, el próximo mes.

Bufó y no entendí la razón.

—Es un buen tipo —agregué.

—Creo que ya lo has dicho.

—Pero tú sigues con tu mala leche cuando lo menciono.

—Eso no cambiará —aseguró bebiendo de su vino.

—Creo que ni a Sebastián le cae tan mal como te cae a ti.

—Sebastián no es normal —agregó—. El molde con el que lo hicieron fue único y estoy seguro de que se rompió apenas nació.

No pude evitar reírme y él finalmente cambió su mala leche. Extendió su mano para acariciar mi rostro y yo lo disfruté en silencio.

—¿Desde cuándo son amigos? —pregunté para intentar distraerme.

—¿Sebastián y yo? —preguntó dudoso, yo asentí—. Desde los ocho años.

—Vaya, eso es mucho tiempo.

—Toda una vida —agregó sonriendo—. Sebastián nació en San Francisco, pero su padre era

de un pequeño pueblo cerca de allí. —Tomé mi copa y me senté en el taburete a su lado para oír la historia—. Cuando el abuelo de Sebastián enfermó, toda su familia se mudó con él para cuidarlo. Yo tuve la suerte de estar en el mismo salón que él.

Sonreí encantada al sentir el cariño en las palabras de Andrés.

—¿Y siempre fue así? —Andrés me miró esperando, supongo, que fuera más específica—. Tranquilo, respetuoso, amable...

—¡Siempre! Desde que lo conocí fue así, era el alumno perfecto, el chico bueno del salón.

—¿Y tú…? ¿Cómo eras?

—Yo era el que cada viernes tenía que quedarse en la dirección por mala conducta. —No puede evitar reírme al escucharlo—. No me suspendían porque era muy aplicado en las clases, pero en conducta siempre me reprobaron.

Y podía imaginar que era así, que siempre fue así.

—Estudiaba mucho y en matemáticas siempre fui el mejor, pero me la pasaba bromeando, molestando, coqueteando con las chicas…

—¿A los ocho años? —pregunté horrorizada, él empezó a reír.

—A esa edad besé por primera vez a una niña. A los doce ya había follado con algunas niñas mayores que yo. —Lo miré sorprendida y él sonrió—. Tengo este tamaño desde los once…

Sabía que hablaba de su estatura, pero me reí al pensar que podría estar hablando de su miembro.

—Lo que estás pensando también era grande en esa época —añadió el muy descarado y yo me reí con más ganas.

—¿Cómo pudiste tener sexo a los doce?

—No fue del todo mi culpa —se defendió—. La hermana mayor de una compañera de clases me sedujo.

—¡Ay, pobrecito!

Bajó del taburete y se inclinó hacia mí para besarme y con placer correspondí a ese beso.

—Y tú, ¿cuántos años tenías? —preguntó.

—Veinte años. —Andrés me miró incrédulo y yo sonreí—. No empecé tan joven como tú.

—¿En verdad esperaste tanto?

—Sí —respondí dándole otro beso y bajé del taburete—. En la adolescencia solo me dediqué a alimentar un rechazo irracional hacia el sexo opuesto.

Caminé hacia el horno y saqué la fuente que estaba calentando.

—¿Quién te hizo cambiar de opinión? —Quiso saber.

—Un amigo de la universidad —recordé sonriendo—. Era mi mejor amigo y se ofreció de voluntario para iniciarme.

—¡Qué sacrificado tu amigo!

No pude evitar reírme de su comentario, pero tenía razón.

—Yo también me hubiera ofrecido de voluntario —susurró cuando estuvo detrás de mí y besó mi cuello.

—¡Qué sacrificado!

—Sí —afirmó mientras tomaba las copas y las llenaba de vino—. Personalmente nunca me ha gustado ser el primero.

Admito que lo miré sorprendida y él volvió a sonreír.

—¿Qué te sorprende tanto? —preguntó.

—No es muy común que a un hombre no le guste ser el primero.

—No es agradable —dijo—. Lo he vivido solo dos veces y en verdad no lo disfruté ni un

poco. —Dejé la fuente en medio del mesón y lo miré—. Primero: porque no me sentía merecedor de ese privilegio. Segundo: porque estuve estresado cuidando todos mis movimientos para no lastimarlas más de lo normal, para que no les doliera demasiado… ¡Es una mierda!

Y ahí estaba yo, de nuevo encantada con él, con ese hombre que, aunque siempre parecía querer dominarte, admitía sin problemas no sentirse más hombre por haber sido el primero para una mujer. Un hombre que confesaba no haber disfrutado invadir un cuerpo virgen porque temía lastimarla más de la cuenta.

Sin poder contenerme, me acerqué a él y lo besé. Andrés pareció sorprendido porque se tardó unos segundos en rodearme la cintura y responder a ese beso que no se prolongó demasiado, pero que fue sincero.

—¿Qué te gustó? —preguntó, lo miré haciéndome la tonta—. Me besaste porque dije algo que te gustó, pero no sé qué…

—No eres machista, eso me gusta.

—¿Y apenas lo notas? —preguntó sorprendido.

Me encogí de hombros.

—Es que eres muy mandón.

—Cuando tenemos sexo —aseguró—. Eso no me hace machista.

—Ya, pero no lo tenía muy claro —admití, Andrés empezó a reírse—. Vamos a comer.

Me moví con la intención de ir a mi taburete, pero él me sostuvo de la cintura y de nuevo me presionó contra su cuerpo. Mi estómago se estremeció cuando me miró a los ojos y besó mi nariz.

—Eres una princesa muy rara —susurró el muy idiota.

—Y tú un dragón muy considerado.

Nos besamos otra vez y luego nos preparamos a disfrutar juntos de nuestro primer almuerzo. De ese momento que sin darnos cuenta era más íntimo y personal de lo que fuimos conscientes, pero lo disfrutamos, realmente la pasamos bien. Pudimos conocernos, descubrir cosas que teníamos en común y que no lo sabíamos.

Ese día, Andrés y yo olvidamos que la vida había sido una mierda con nosotros. Olvidamos que teníamos el corazón roto, que no queríamos volver a sufrir.

Ese día no fuimos conscientes de que estábamos entrando en la vida del otro, en esa en la que no había espacio para un nosotros.

Ese día solo lo disfrutamos, sin pensar que pronto todo ese momento mágico acabaría, que el espejismo de alegría y paz desaparecería frente a nuestros ojos y tendríamos que volver a la realidad el uno sin el otro.

9 Andrés.

Los caminos se juntan de manera repentina y algunas veces, se unen con el de una persona que, aunque te gustaría, sabes que no estará incluida en tu destino.

Después de mi divorcio me metí en la cabeza que el amor era una mierda que solo lastimaba y durante dos años disfruté del placer que el sexo sin compromisos me dio, pero Anabelle apareció para recordarme lo agradable que era tener a alguien con quien compartir el tiempo, alguien con quien hasta una conversación insignificante resultaba agradable, alguien a quien se le hizo muy fácil estar dando vueltas en mi cabeza incluso después de haber disfrutado de su cuerpo.

Por más que intenté creer que podía mantener todo como algo casual y sin importancia, no lo había logrado y fui consciente de ello cuando ninguno de los dos parecía querer poner distancia y olvidamos nuestra regla de no involucrarnos de forma sentimental, porque por lo menos yo, ya estaba involucrado.

Los cuatro días siguientes se los dediqué a ella, dormí dos veces en su casa y cuando volvió Pamela, ella se quedó conmigo en el hotel.

Fingimos que todo había pasado de forma inesperada, que no habíamos planeado nada, pero lo cierto era que hacíamos todo lo posible por vernos en las noches sabiendo que no íbamos a poder despedirnos hasta la mañana siguiente.

Desayunamos juntos la mayoría de las veces y aunque durante todo el día no sabía de ella, había cumplido su promesa: llamaba cuando salía del trabajo. Inventamos cualquier pretexto para vernos.

Había sucedido: nos involucramos, aunque ninguno se atrevía a admitirlo.

*****

Mi madre estaba en el jardín hablándole a sus rosas mientras las limpiaba con cuidado. Ella siempre fue así, siempre amó la naturaleza, los animales, el aire libre.

Siempre que estaba en casa con ella deseaba quedarme, no dejarla, pero yo había crecido y había dejado el nido, aunque me seguía haciendo falta su desmesurado amor.

Mi hermana apareció a mi lado y me tomé un momento para intentar ver a través de sus ojos qué tan mal la estaba pasando, pero con ella siempre fue difícil, Fernanda siempre supo ocultar sus malos momentos con ironías o burlas tontas.

—Estoy bien —susurró aun cuando no se lo pregunté—. No moriré.

—No valdría la pena morir por alguien tan insignificante.

Ella miró a nuestra madre y una suave sonrisa se dibujó en sus labios.

—No sé si te pasa —dijo—, pero cuando estoy aquí, nunca quiero irme…

—Es el efecto que causa un buen hogar —admití.

Fer se abrazó a mí y besó mi mejilla, le acomodé el cabello y en silencio le rogué a Dios para que ella pudiera dejar atrás al cabrón de su ex.

Se quedó mirándome por más tiempo de lo necesario y después de unos minutos achinó sus hermosos ojos.

—Hay algo raro en ti… —dijo de pronto, yo la miré sin entender—. Pareces feliz.

—También lo creo —coincidió mi madre.

Ni Fer ni yo habíamos notado que ella estaba junto a nosotros.

—¿Verdad que no estaba así cuando vinimos? —preguntó mi hermana, yo giré los ojos ante su tonto comentario—. No lo estabas.

—Debe ser porque estaba preocupado por mi hermana problemática… —respondí.

—No, es que es diferente… Hay algo diferente en ti.

Mi madre sonrió y caminó hacia la cocina, yo la seguí de cerca dejando atrás a mi alocada hermana.

—¿Quieres un té, cariño? —preguntó mi madre.

—Si te sientas a tomarlo conmigo —respondí.

Me sonrió y después de lavarse las manos, tomó dos tazas.

—Te quedaste más días de los que pensabas —comentó de espalda a mí—. Estuviste muy ocupado en Madrid.

Conocía a esa mujer desde hacía más de cuarenta años y podía reconocer por su forma de hablar que estaba intuyendo algo, y jamás había fallado.

—Sebastián me pidió que me ocupara de algunos asuntos.

Ella solo asintió y después de unos segundos se giró con la taza humeante de té de durazno en las manos. Se acercó a mí y lo dejó sobre la mesa. Besó mi frente y regresó a buscar su taza.

Mi móvil sobre la mesa se encendió y me sentí estúpido cuando sonreí ampliamente al recibir un mensaje.

El primer mensaje de Anabelle.

HERMOSA

(En Línea)

Dice Pamela que esta aplicación de mensajería está de moda, así que la he descargado solo para recordarte que estaré esperándote en el *Medianoche…*

¿La has descargado solo por mí?

Ya quisieras…

Jajaja

Estaré esperando en la barra, como la primera vez.

Intentaré no confundirte con otro… Hasta ahora.

Mi madre se había sentado frente a mí y solo me di cuenta cuando hizo ruido con su cucharita. Traté de ocultar la sonrisa que ese mensaje me había producido y bebí mi infusión.

—¿Cómo se llama? —preguntó mamá, la miré y fingí que no la entendía—. Cariño, te he visto sonreír desde que sonó tu móvil, aunque trates de no hacerlo ahora, tus ojos brillan, y como dijo Fer, te ves feliz.

Quería mentirle, quería decirle que eran ideas suyas, pero ella era mi madre, quizá la única mujer que me conocía en realidad y sabía que no iba a funcionar cualquier excusa que se me ocurriera inventar.

Si fuera Sebas, le diría que el buen sexo me tenía feliz, y no estaría mintiendo, pero a mi madre no le podía dar una respuesta como esa.

—¿Quizá ustedes causan esa felicidad? —Se me ocurrió decir.

—Está bien —dijo ella levantando su taza—. Supongo que cuando llegue el momento, la conoceré.

De nuevo me quedé en silencio y solo bebí de mi té como ella lo hizo.

—¿Cuándo volverás? —preguntó mamá—. Espero no tener que recordarte que tus ancianos padres estamos aquí.

—Volveré pronto —prometí—. Apenas tenga un momento libre, volveré… Lo prometo.

—Hazlo —pidió mamá—. Siempre te echamos de menos.

Tomé su mano sobre la mesa y la besé.

—¡Me voy! —exclamó mi hermana al entrar a la cocina—. Giane vino por mí.

Sonreí al recordar a su mejor amiga y me levanté para besar a mi complicada hermana. Ella me rodeó la cintura con sus delgados brazos y yo disfruté de ese instante con mi niña.

—Pórtate bien, ¿de acuerdo? —Fer sonrió y asintió—. Si cambias de opinión sobre el empleo en la editorial donde Sebas tiene acciones, avísanos.

—Vale, pero primero intentaré buscarme la vida sin su ayuda. —Sonreí de nuevo y volví a besarla—. Te echaré de menos.

—Yo a ti, cariño… Cuídate, por favor.

—Lo haré—. Me besó por última vez y retrocedió mirándome con alegría—. Me gusta —agregó ampliando su sonrisa—. Esa felicidad en tus ojos me gusta mucho.

Sonreí y ella lanzándonos besos se marchó.

—Estará bien —dijo mamá—. Estoy segura de ello.

Halé mi silla a su lado y la abracé para disfrutar de esos últimos momentos a su lado.

…

El puto tráfico arruinó mis ganas de ser puntual y aunque le envié un mensaje a Anna avisándole que estaría retrasado, ella no lo leyó.

Cerca de las diez de la noche estuve listo para marcharme, tomé mis cosas y subí al elevador

esperando tener alguna noticia de Anabelle, pero ella seguía sin leer mis mensajes.

Decidí llamarla, para justificar mi retraso, pero en ese momento la llamada de un viejo amigo entró y tuve que responder.

—Sergio, ¿cómo estás?

—Sorprendido de que estés en España y no hayas avisado.

—Lo siento, ha sido una semana un poco loca.

—Espero que no sea el Medianoche la razón de esa locura. —Me hizo gracia su comentario —. ¿Dónde estás? ¿Hasta cuándo te quedas?

—Estoy en el hotel de siempre. Me iré mañana.

—¡Jo, tío! Te la vives corriendo.

—Como si tú no vivieras igual —acusé—. Ni siquiera sabía que estabas aquí, pensé que estarías en Barcelona.

—He venido a encargarme de un asunto del señor Bosch.

—¿El señor Bosch papá o el puto?

Sergio se carcajeó justo cuando yo salía del elevador.

—Ya no es puto… Creo…. —bromeó.

—No sé… Los tipos como nosotros no cambiamos fácilmente.

Ambos nos reímos, dejé mi llave en la recepción y giré con la intención de ir al estacionamiento por el auto.

—¿Adónde vas?

—Tengo una cita —respondí y me detuve—. ¿Cómo sabes que voy a algún lado?

—Acabo de detenerme frente al hotel… Entregaste la llave. —Me giré buscando y sonreí cuando lo vi dentro de un auto negro—. ¿Te llevo?

Me lo pensé un momento y decidí aceptar.

—De acuerdo. —Fue lo último que dije.

Terminé la llamada y caminé hacia el vehículo, subí en el lugar del copiloto y le di la mano a Sergio.

—El perfume delata tus planes —bromeo cuando echó a andar el auto—. ¿Adónde te llevo?

—Medianoche…

Él rió como siempre que hablaba del club.

—¡Qué gusto verte! —exclamó Sergio.

—Igual, hermano. Hablé con Christian y no me dijo que estarías aquí, sino, te hubiera llamado.

—Creo que no lo sabe, su padre necesitaba que me ocupara de unos asuntos importantes.

—Entiendo —dije mirando mi móvil, Anna aún no me había leído—. Yo vine a acompañar a mi hermana y me distraje.

—¿Te distrajiste en tu club favorito?

—No es mi favorito, mi favorito es Despertar. —Sergio volvió a reír—. *Me distrajeron unas maravillosas piernas.*

Sergio volvió a reír y yo disfruté el trayecto hasta el club porque por lo menos había tenido tiempo para conversar un poco con él.

—¿La conociste en el Medianoche?

—No, tenemos una amiga en común.

—¡Muy bien! —exclamó sorprendido—. *Es bueno saber que aún puedes relacionarte con personas fuera de los clubes que visitas.*

—¡Cabrón! —exclamé.

Ambos reímos y durante el trayecto al club, Sergio me comentó sobre el trabajo que había estado haciendo en Madrid.

Él cruzó la calle principal donde estaba el club y mi sonrisa apareció apenas la vi.

—*¡Para!* —le pedí.

Anabelle estaba cruzando el gran portón del club con la atención puesta en su diminuto bolso en su mano.

Aún no te vayas, hermosa.

—Dime que no es Annie de quien hablabas… —dijo Sergio.

Lo miré sin entender mientras él observaba con atención a la mujer que se había apoderado de mi interés.

—¿Es Anabelle la razón por la que te has quedado más tiempo en Madrid? —preguntó al no obtener una respuesta.

—¿La conoces?

Sergio me miró sorprendido y asintió.

—Mi madre y su padre son hermanos —respondió.

¡No me jodan!

Me hubiera reído de lo extrañas que empezaban a ser todas esas coincidencias, pero cuando la miré otra vez, un hombre tomaba su mano.

—Olvídala —dijo mi amigo con voz amable—. Está casada.

—Se ha separado… —dije mirándola.

El hombre que había aparecido a su lado llevó la mano de Anna hasta su boca y le dio un beso.

Pensé que debía tratarse de algún socio del club, pero aunque fuera eso, el hecho de que estuvieran fuera del lugar, sin antifaz y luciendo tan cercanos, no ayudó en nada a sentirme tranquilo.

—Es su esposo —dijo Sergio, lo miré sorprendió—. Se llama David, es fotógrafo y llevan como cinco años juntos.

Me sentí tan celoso mientras los miraba, que el pecho se me oprimió.

Anabelle se alejó un poco de él cuando intentó besarla, pero no lo suficiente para dejar claro que no estaba interesada.

Durante un par de minutos hablaron y yo solo los miré esperando que ella se alejara, pero no sucedió, al contrario, él se acercó más a ella y cuando menos lo esperé, la besó.

Dejé de mirarlos porque presenciar eso dolió, dolió mucho.

¡Mierda!

—Vámonos —le pedí a Sergio.

Él puso el primer cambio para empezar a conducir, yo miré en otra dirección deseando que ella no pudiera verme.

—¿Están discutiendo? —preguntó Sergio.

Lo miré aburrido, pero él estacionó de nuevo, más cerca de ellos y se soltó el cinturón de seguridad.

—Creo que están discutiendo —insistió.

Cuando levanté la mirada vi a Anabelle doblando la calle y a su marido siguiéndola.

—Las parejas discuten —respondí aburrido.

—Vale —respondió abriendo la puerta—, pero me aseguraré de que esa discusión no se les salga de las manos. Si dices que están separados, entonces entiendo por qué ella parecía enfadada.

Ni siquiera noté que estuviera enfadada y aunque quise convencer a Sergio que los dejara en paz, él ya estaba caminando en la dirección que habían tomado.

Cuando llegamos a la esquina por la cual ellos habían desaparecido me arrepentí de haber seguido a Sergio porque lo que vi me llenó de rabia.

Él la tenía contra la pared y se besaban frente a mis ojos. Sin querer seguir viendo toda esa mierda, me giré y empecé a alejarme.

—*¡Suéltame!* —gritó Anna haciendo que me detuviera—. *¡Cabrón!*

Cuando volví a mirarla, la escena que había presenciado segundos antes, cambió. Vi como el hijo de puta estaba cubriéndole la boca con fuerza y con su cuerpo la inmovilizaba presionándola contra la pared.

Sergio corrió hacia ellos y yo lo hice detrás de él.

La rabia y el miedo se apoderaron de mí conforme me aproximé a ella, mientras más visible era para mí, más temor sentí por ella.

—¡Suéltala, cabrón! —gritó Sergio cuando lo tomó por la camisa y logró que liberara a Anna—. ¿Qué cojones estás haciendo? —gritó mi amigo justo cuando su mano izquierda golpeó con fuerza al idiota.

Quise unirme a él y golpear a ese imbécil, pero cuando miré a Anna su palidez me congeló la sangre. Había sangre en sus labios y sentí que estaba a punto de desplomarse, así que fui a ella y la sostuve para no dejarla caer.

—*¡Déjame!* —gritó Anabelle empujándome—. *¡Aléjate!*

Mi rabia creció al oír su voz temblorosa y mis ganas de golpear al hijo de puta, aumentaron, pero verla tan afectada me hizo mantenerme a su lado.

—Anna, mírame —susurré—. Mírame, hermosa.

Ella dejó de empujarme y cuando levantó la mirada sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Tranquila —susurré sosteniéndola con firmeza—. Estoy aquí, no dejaré que te lastime.

Ella, casi sin fuerzas se abrazó a mí y con temor de lastimarla presioné a mi pecho intentando calmar el temor que había visto en sus ojos.

Escuché la queja del hijo de puta cuando Sergio lo golpeó otra vez y logró que cayera a un lado de nosotros.

Furioso y preocupado, Sergio se acercó a nosotros.

—*¿Estás bien, Annie?* —le preguntó.

Anabelle se separó un poco de mí y lo miró sorprendida.

Él frunció más el ceño al verla.

—*Está sangrando* —dijo mi amigo con visible preocupación.

Observé mi brazo justo donde ella apoyaba su cabeza y el miedo me atravesó el pecho cuando vi que efectivamente, había sangre.

—*Llévala a un hospital* —pidió Sergio.

Ni siquiera me tomé un segundo en levantarla en mis brazos y caminé hacia la calle principal sin saber a dónde ir.

—*¡Taxi!* —gritó Sergio justo cuando un auto blanco pasaba.

Gracias al cielo este se detuvo y mi amigo corrió hacia el vehículo para abrir la puerta. La sostuvo para dejarme subir con Anna en mis brazos y lo cerró.

—Llévalos al hospital —pidió Sergio dándole un billete al chofer y luego giró hacia mí—. Diles que fue atacada por su esposo, pídeles que le hagan todos los exámenes de ley para presentar cargos contra este gilipollas… Yo esperaré a la policía.

Asentí y él golpeó la puerta indicándole al hombre que empezara a moverse.

Miré a la mujer que hacía pocas horas parecía invencible frente a mí y me sentí mal por ella, por lo que había sucedido.

—Anna —susurré al verla inmóvil en mis brazos—. Mírame, no te duermas.

Ella obedeció a mi petición casi de inmediato y me miró con tristeza.

—Tranquila —susurré acariciándole la mejilla—. *Todo estará bien*.

La mirada de la mujer rebelde que me tenía cautivado, en ese momento lucía tan triste, tan lastimada...

El remordimiento me invadió cuando pensé en lo que hubiera sucedido si Sergio me hubiera hecho caso cuando le sugerí que nos marcháramos.

—Llegamos —anunció el taxista alejándome de mis pensamientos.

El hombre me ayudó con la puerta y con cuidado salí del auto. Caminé hacia la entrada del hospital con Anna temblando en mis brazos y fui recibido por unas enfermeras que casi me obligaron a dejarla sobre la camilla.

Las vi alejando a Anabelle de mí y deseé pedirles que me dejaran ir con ellas para asegurarme de que estuviera bien, pero sabía que eso no sería posible.

Las siguientes horas di vueltas por la sala de espera deseando que alguien saliera y me dijera que Anna estaba bien, pero nadie apareció.

Mi reloj marcó las 03:45 de la mañana cuando una camilla apareció. Me acerqué a ellos cuando la vi inmóvil sobre las sábanas blancas que cubrían su cuerpo.

—¿Está bien? —pregunté a las personas a su alrededor.

—Le hemos puesto unos puntos en la cabeza… —informó el hombre vestido de blanco, lo miré preocupado—. Le dimos unos analgésicos, así que por ahora va a descansar.

—¿Pero está bien? —pregunté siguiéndolos, el médico asintió.

—Sí, el único daño visible es el de la cabeza. —La rabia burbujeó en mí—. Estaba asustada. Le administré un calmante para que pueda descansar. Le hará bien.

Una de las enfermeras abrió la puerta de la habitación y empujó la camilla donde Anabelle dormía aparentemente ajena a todo lo que sucedía a su alrededor.

—¿Puedo quedarme con ella? —pregunté mirando al hombre.

—Sí, pero déjela descansar —me pidió.

Asentí y le di la mano en agradecimiento mientras las enfermeras acomodaron la cama en su lugar y dejaron la habitación.

Con pesar me acerqué a ella y la miré con dolor.

Hermosa…

El rostro de Anabelle había sido lavado y no había quedado rastro alguno de maquillaje, incluso así, para mí lucía aún más hermosa, más joven, más ella, pero seguía sin poder olvidar el temor que vi en sus ojos.

¡Hijo de puta!

Mi móvil vibró dentro de mi bolsillo y yo abandoné la habitación para tomar la llamada.

—**Sergio…**

—Andrés —respondió mi amigo con voz preocupada—. ¿Cómo está Annie?

—Aparentemente está bien. Le han puesto puntos en la cabeza. Estaba asustada y le aplicaron un sedante, ahora duerme… ¿Cómo vas tú?

—Ya presenté la demanda —respondió—. El hijo de puta alega que era un juego entre su esposa y él.

—¿Por un juego le rompió la cabeza? —dije furioso—. La estaba asfixiando… ¿Qué clase de juego puede ser ese?

—Creo que puedes imaginarlo… Tú mejor que nadie sabes que existen personas que le van a ese tipo de juegos.

Obviamente lo sé.

—¿Tu prima entre ellas? —pregunté preocupado.

—Lo dudo —respondió Sergio—, pero tendremos que esperar hasta mañana para que ella preste su declaración.

—Anna me dijo que se habían separado. Además, ella pidió auxilio.

—Mañana averiguaremos todo lo que sucedió —agregó Sergio—. Voy a quedarme aquí asegurándome de que no vayan a liberarlo aún. No dejes sola a Annie, por favor.

—No me iré hasta que ella salga de aquí —prometí.

—Vale, gracias. Iré apenas me desocupe.

Eso fue todo lo que dijo antes de terminar la llamada.

La idea de que todo aquello hubiera sido un juego me provocó repulsión, porque, aunque en *Despertar* había visto a mujeres disfrutar del dolor, estaba casi seguro de que lo sucedido no era parte de un juego.

Regresé a la habitación y la miré preocupado. Me senté sobre el sillón y medité sobre lo que podría estar sucediendo, pero me costaba demasiado aceptar la posibilidad de que ella participara en eventos como esos.

Yo era un hombre que disfrutaba teniendo el control cuando follaba, me daba seguridad y placer poder tomar las riendas del momento, pero nunca había pasado de dar unas cuantas nalgadas mientras tenía sexo.

En mi vida cotidiana era un sujeto respetuoso y amable que jamás podría agredir a una mujer, por lo cual, la idea de que Anabelle pudiera disfrutar de tales cosas me revolvió el estómago.

—Estás sangrando… —susurró ella sorprendiéndome.

Giré a mirarla y al ver su preocupación, recordé que mi camisa blanca estaba manchada con su sangre. Intenté sonreírle para tranquilizarla y desabotoné la prenda para quitármela.

—No es mía —le dije—. ¿Cómo te sientes?

—Como si me ex me hubiera atacado —se quejó con voz ronca.

—Le ha dicho a la policía que estaban jugando —comenté, ella frunció el ceño—. Dijo que era un juego entre pareja, entre esposos.

La mirada de Anna cambio de aturdida a furiosa.

—¡Será cabrón! —protestó—. ¡No estábamos jugando una mierda!

Sentí un gran alivio al oírla, al saber que ella no permitiría algo así.

—Firmamos el divorcio. No tengo nada con él.

Me sentí aliviado al escuchar de su boca que no tenía nada que ver con ese demente, pero más aún de confirmar que ella no había mentido cuando dijo que se había separado.

Terminé de liberarme de la camisa quedándome con la camiseta que llevaba por dentro y me senté a su lado.

—Llegaste tarde… —se quejó.

—Te escribí y nunca lo leíste.

—Ya te dije, se me dan mal los mensajes.

Intentó sonreírme y no pude evitar inclinarme para besar su frente, para alejar de mi pecho ese temor que aún sentía después de lo ocurrido.

—Gracias —susurró cuando apoyé con cuidado mi frente contra la suya—. Te convertiste en un príncipe esta noche.

—Llegué con Sergio cuando salías del club —confesé—. Él me dijo que ese hijo de puta era

tu esposo, quise irme apenas lo supe, pero a él le pareció que estaban discutiendo.

Anna me miró en silencio y frunció el ceño conforme yo hablaba.

—Le sugerí que no se metiera en una discusión de pareja —admití con pesar—. Me alegra que no me haya hecho caso.

—¿De dónde conoces a Sergio? —Fue lo primero que preguntó.

—Es abogado de un buen amigo, lo conozco quizá hace unos doce años. —Ella se sorprendió —. Yo también me sorprendí cuando dijo que era tu primo. —Asintió y luego su ceño se frunció más.

—Te dije que había firmado el divorcio. —Yo me mantuve en silencio—. ¿Por qué ibas a marcharte si yo te estaba esperando?

—Creí que ustedes… —Ella giró los ojos—. Las parejas tienen recaídas… No serían ni la primera ni la última.

—¡Por favor! —se quejó—. Lo que más deseo es no saber más de él.

—Me alegra escucharlo —admití—. La idea de que estuvieras acostumbrada a esa mierda me asquea.

—Él nunca había actuado así. —No pude creerle—. Aún me parece que fue una pesadilla. Me cuesta creer que haya hecho esto.

—Quizá pensó que era un juego —dije con molestia.

Anabelle me regaló una de sus peores miradas.

—No hice nada para que pensara eso —se defendió ofendida—. Suelo visitar clubes como el tuyo, pero jamás he participado en algún juego en el que pudieran lastimarme.

Se ofendió y de nuevo pude ver a la mujer de carácter fuerte que me tenía embobado.

Sin poder evitarlo levanté mi mano y le acaricié la mejilla, pero ella se alejó y me regaló una mala mirada.

—No te enfades —le pedí.

Por unos segundos mantuvo su mala cara, pero luego se relajó.

De nuevo levanté mi mano y le acaricié el cabello. Nos miramos por unos segundos y sin que pudiera evitarlo me incliné y besé con cuidado sus labios, pero ella se quejó y me alejé de inmediato.

—¡Ese gilipollas! —gruñó—. *Me mordió.*

De nuevo las ganas de ir a él y golpearlo me invadieron, pero no estaba dispuesto a dejarla sola, así que intenté olvidar mis ganas de matarlo y me senté a su lado en la cama.

La abracé contra mi pecho y le besé la frente mientras la preocupación volvía a invadirme. Yo iba a marcharme, la dejaría sola y no me sentía nada confiado con ese demente cerca de Anna, pero tenía la confianza de que al denunciarlo se libraría de ese hijo de puta y esperaba que no tuviera que verlo nunca más en su vida.

10 Anabelle.

Mi cuerpo se sacudió con fuerza a causa de una pesadilla. Abrí los ojos sintiendo como mi corazón golpeaba con rapidez dentro de mi pecho y al recordar el horrible sueño que había tenido, me di cuenta de que solo había revivido el mal momento que había pasado con David.

Una enfermera sostuvo mi mano y me sonrió para tranquilizarme mientras que con la otra mano un aparato blanco emitía un suave sonido.

—*Estoy controlando su tensión arterial* —me explicó—. *¿Siente algún dolor?* —Negué aturdida y miré a mi alrededor.

Busqué a Andrés con la mirada, pero no estaba allí y por un momento pensé que su presencia había sido solo parte de un sueño, uno que deseé fuera real.

—*Le pedí que espere afuera un momento —dijo ella.*

—*¿A quién?* —pregunté.

—*A su novio… —respondió sorprendiéndome—. Creo que no ha dormido en toda la noche por cuidarla —comentó mirando el aparato en la mano—. He venido tres veces a revisar su herida y lo he encontrado contemplándola, cuidando sus sueños. —Sonreí sin poder evitarlo—. Tiene mucha suerte de tenerlo.*

Tengo suerte de que haya llegado en el momento indicado.

—*Todo está bien —aseguró la mujer liberándome—. La herida también se ve bien.*

—*¿Puedo irme a casa?* —pregunté.

—*Sobre las diez vendrá el doctor a revisarla, él podrá darle su alta. —Asentí en silencio—. La policía está esperándola afuera. ¿Se siente bien para dar su declaración?*

Volví a asentir y la mujer caminó hacia la puerta. Cuando la abrió reprimí la sonrisa que quiso asomarse en mi rostro cuando vi a Andrés de pie fuera de la habitación hablando con dos policías.

Me sorprendió verlo usando ropa limpia y admiré en silencio lo guapo que era. Andrés estaba vestido con un jean azul oscuro, una camiseta blanca con algún mensaje estampado y un blazer azul marino. Su cabello estaba húmedo y pensé que esa mañana lucía aún más guapo.

Lo vi asentir a los policías y luego caminó hacia la habitación, entró y cerró la puerta al pasar.

—*Buenos días* —saludó dejando una bolsa al final de la cama—. *¿Cómo te sientes?* —Se inclinó y me besó con suavidad la frente.

—*Mejor* —admití—. *¿Te marchaste?*

Andrés observó su cuerpo y luego asintió.

—*Solo veinte minutos —respondió mientras tomaba la bolsa que había puesto sobre la cama —. Compré ropa para ti.*

Admito que me sentí muy sorprendida cuando lo dijo.

—*Pensé en pedirle a Pamela que te trajera algo, pero no sabía si querrías contárselo. —Abrió la bolsa y sacó un vestido negro—. No tengo muy claro qué podría gustarte, pero supongo que para salir del hospital estará bien.*

Estaba encantada, gratamente sorprendida y solo le sonreí.

—*Gracias* —susurré intentando no dejarle notar mi emoción—. *Es perfecto.* —Me guiñó el ojo y yo observé con detenimiento lo guapo que lucía vistiendo de forma tan casual—. *Ese look te hace ver muy juvenil.*

Me miró divertido y se acercó un poco más a mí.

—¿Ya no luzco mayor? —preguntó.

Sonreí porque sabía a qué venía ese comentario.

—Sabes que solo lo dije por molestarte —admití divertida.

—¿Ah, sí? —preguntó acercándose un poco más mí—. ¿Entonces no te parece que luzco mayor?

El aroma de su perfume erizó mi piel y tuve que concentrarme en la pregunta para poder responder.

—Bueno, eres diez años mayor que yo —comenté, él sonrió—, pero en honor la verdad, luces mucho menor.

Y estás taaan bueno, tío…

Mordí mis labios intentando ocultar lo mucho que me gustaba.

—No te muerdas —ordenó acariciándome la barbilla—. Estás lastimada.

—Ya no me duele —comenté con dificultad cuando se inclinó sobre mí—. Creo que mis labios se han curado.

Andrés me acomodó el cabello y sonrió complacido al oírme.

—¿Ah, sí? —preguntó rozando su nariz con la mía—. ¿Quieres que lo averigüemos?

Su aliento fresco aceleró mi corazón y todo empeoró cuando de forma seductora se tomó un tiempo antes de besarme. Su respiración y la mía se mezclaban por la cercanía. El calor en mi cuerpo aumentó, levanté la mano para tomarlo del cuello y obligarlo a besarme, pero Andrés con suavidad entrelazó sus dedos a los míos y presionó mi mano sobre el colchón impidiéndome cumplir con mi objetivo.

—No seas impaciente —susurró acercándose un poco más—. El mayor placer se siente mientras esperas.

—Odio esperar —admití.

—Algo común entre los jóvenes —dijo rozando mis labios al hablar—. Cuando te tomas el tiempo de saborear cada segundo, logras disfrutar el doble al obtener lo que tanto deseas.

Su voz follable me tenía perdida y su respiración dejaba notar que no solo yo estaba ansiosa. El aroma del perfume varonil que desprendía su cuerpo de nuevo me llevó hasta esa primera noche.

—Me encantas —susurró mientras abría la boca y movía sus labios por encima de los míos *—. Me encantan tus labios* —dijo alejándose y acercándose—. *Y me encantaría saborearte en este instante.*

Él sostenía con firmeza mis manos y me hacía sentir vulnerable, pero en ese momento no tuve fuerzas para protestar, solo quería, de nuevo, disfrutar de la boca de ese hombre.

—Imagina lo delicioso que será cuando tu lengua y la mía se toquen. —Me revolví sobre el colchón delatando mi excitación—. Cuando te coma la boca y mi mano se meta entre tus piernas para comprobar con la humedad de tu coño que lo estás disfrutando tanto como yo.

—Joder —gemí sin aliento—, por favor…

Mi súplica fue escuchada y la boca de Andrés se apoderó de la mía con la misma exigencia y experiencia de siempre.

Como lo había prometido, llevó una de sus manos hasta mis muslos y tocó esa parte de mí que efectivamente necesitaba de sus atenciones.

—Oh, mierda —gruñó con placer—. Los policías esperan por ti —lamentó entre besos—. Lo que daría por comerte el coño —gruñó empeorando el deseo que sentía—, por hundirme en ti… Otra vez.

—¡Joder, tío!

Aunque ninguno de los dos lo deseaba, dejamos de besarnos porque si continuábamos así terminaríamos follando en esa habitación.

Besó mi nariz y se alejó un poco para acomodarse el pantalón.

Llevé mi mirada hacia lo que él trataba de ocultar y me mordí los labios al ver el bulto grande y grueso escondido entre sus pantalones. Sin dejar de mirar su notoria erección, extendí mi mano para que él se acercara, pero solo sonrió y negó deduciendo mis intenciones.

Volví a morderme los labios al recordar todo lo que había hecho con él, con esa parte de su cuerpo que cualquier mujer mataría por tener dentro de sí y que yo, había disfrutado durante toda la semana.

Se acercó a mí y me sostuvo el mentón para tirar con suavidad del labio que mordía.

—No te muerdas —ordenó separando las palabras al decirlas.

—**Eres muy mandón** —aseguré intentando tocarlo.

—Más de lo que podría gustarte —admitió mientras presionaba mi mano inquieta y se inclinaba para besarme de nuevo—. Pórtate bien. Si hubiera una mínima posibilidad de follarte aquí ya la hubiera aprovechado. —Me estremecí al oírlo—. Tendremos que esperar a que salgas de aquí. —Sin querer hice puchero y él sonrió ampliamente—. Vamos, pronto saldrás. Ahora solo concéntrate en los policías que esperan por ti desde muy temprano. —Suspiré y asentí.

Aunque pensé que se alejaría, regresó a mi boca y me dio otro de esos besos que solían dejarme sin fuerzas.

—¿Quieres vestirte primero o los dejo entrar?

Levantó la bolsa, pero seguí distraída con su maravillosa erección.

—¿Me escuchaste? —preguntó con diversión.

Me mordí de nuevo los labios sin intención y levanté la mirada.

—**No, tu polla me tiene distraída** —admití.

La sonrisa de él se amplió con orgullo y de nuevo me besó. Un beso que no duró lo que hubiera deseado porque el sonido de la puerta al abrirse nos interrumpió.

Con la bolsa que sostenía en una de sus manos, Andrés cubrió su descarada erección antes de mirar a quien había llegado.

La mujer rubia de unos sesenta años que estaba de pie mirándonos con molestia hizo que todo el ambiente se arruinara en segundos.

—**No entendía el motivo del repentino divorcio** —me dijo ella—. **¡Ahora lo tengo claro!** —gritó.

Respiré profundo y giré hacia Andrés.

—**¿Nos dejas un momento?** —le pedí.

Él con el ceño fruncido aceptó mi pedido y caminó hacia la puerta dejándome a solas con la madre de David.

—**Lo hubiera esperado de cualquier persona, menos de ti** —me dijo—. **¡Qué decepcionada me siento!**

—**Nina** —interrumpí—. **Te respeto y te aprecio, pero no te pases** —advertí furiosa—. **Tu hijo es la razón de nuestra separación.**

—**¿Y ese tío quién es?** —reclamó ella—. **No puedo creer que mientras mi hijo está en prisión tú estés aquí con otro hombre.**

—**¡Debe ser que esto es un hotel!** —respondí furiosa—. **¿Es que no te enteras?** —grité— **¡Estoy aquí porque tu hijo me agredió!**

La mujer se avergonzó y en segundos cambió su actitud agresiva.

—**Él no ha podido hacerte esto** —susurró.

—**Pues lo hizo** —aseguré—. **Me rompió la cabeza** —me quejé—. **Y si mi primo no hubiera aparecido me hubiera violado en un callejón.**

La mujer palideció al escucharme, al saber que no estaba mintiéndole.

—**Ha estado destrozado desde que lo dejaste** —dijo ella—. **Ha estado bebiendo mucho. Anabelle, mi hijo no la está pasando bien.**

—**Eso no justifica lo que me hizo, Nina.**

—**No, pero debes entenderlo** —exigió—. **Quizá para ti esta separación esté siendo agradable** —sabía que lo decía por Andrés—, **pero mi hijo está destrozado. Has destruido su vida al dejarlo.**

—**¡Ni siquiera sabes por qué lo dejé, así que no seas injusta!**

La mujer me regaló una mala mirada y limpió las lágrimas que había dejado caer. Se acercó más a mí y tomó mi mano.

—**No lo denuncies** —me suplicó—. **Si alguna vez lo amaste, no lo denuncies.** —Me sorprendí al oírla—. **Sabes que ahora la justicia es más firme cuando se trata de violencia familiar.**

—**Es lo adecuado** —concluí liberándome de ella.

—**Sí, y entiendo que estás enfadada, pero, por favor no arruines la vida de mi hijo**.

Nina se arrodilló frente a mí y me senté sobre la cama asombrada.

—**Joder, Nina, levántate, por favor.** —Ella no lo hizo.

—**Por favor, te lo suplico** —susurró con lágrimas rodando en sus mejillas—. **No lo denuncies, por favor… Si alguna vez lo amaste, te suplico que no lo denuncies, por favor.**

La puerta se abrió y Sergio apareció. Frunció el ceño al mirar a la madre de David y se acercó a ella.

—**Señora, levántese** —ordenó mi primo obligándola a ponerse de pie, luego se acercó a mí —. **¿Estás bien?**

Solo asentí y poco después los policías entraron también.

—**Señora, salga, por favor** —pidió uno de los uniformados a la madre de David.

—**Por favor** —suplicó Nina mirándome—. **¡Por favor, te lo suplico!**

Uno de los policías la hizo salir y Andrés entró en su lugar. Se acercó a mí y me miró preocupado.

—**¿Te hizo daño?** —me preguntó, yo negué—. **¿Quién era?**

Respiré profundo para tratar de calmar lo que estaba sintiendo.

—**La madre de David.**

El policía que había sacado a Nina regresó y cerró la puerta al entrar.

—**Buenos días** —dijo—. **Soy el inspector Diaz. Vengo a tomar su declaración sobre la agresión que sufrió a causa de su expareja.**

Andrés tomó mi mano mientras yo pensaba en Nina, en David y en lo que podría significar para él.

—**Por favor, cuéntenos lo sucedido** —pidió el oficial.

Lo miré en silencio y mientras pensaba en el imbécil de David, miles de recuerdos invadieron mi memoria, recuerdos de él y yo siendo felices, de él conmigo en mis momentos difíciles, de él comportándose de forma correcta siempre.

Aun cuando recordé el miedo que sentí cuando ni siquiera podía respirar a causa de su mano

cubriendo mi boca, recordar a Nina, su suplica, sus palabras, me hicieron tomar una decisión, aun cuando no quería hacerlo.

—**No presentaré cargos** —dije mirando al policía.

—**¿Qué?** —exclamó Sergio sorprendido—. **Annabelle** —susurró mi primo molesto, lo miré avergonzada—. **No sé qué te dijo esa mujer, pero no tengas miedo, ¿vale? Lo que te hizo ese hijo de puta merece un castigo.**

Tenía miedo de que David pudiera intentar hacerme daño otra vez, pero en ese momento solo me dejé llevar por la suplica de la mujer que fue mi suegra por varios años y confiando en que esa noche David había perdido el control y no tenía que volver a pasar, reafirmé mi decisión.

—**No presentaré cargos** —repetí.

Andrés soltó mi mano y se alejó totalmente molesto.

—**Señorita** —llamó el oficial—. **Lo que sufrió ayer lo sufren muchas mujeres a diario y al no denunciarlos no solo ponen en riesgo su vida sino, la de muchas otras mujeres.**

Me sentí furiosa conmigo misma, pero me mantuve firme.

—**No presentaré cargos** —repetí mirando al oficial.

El hombre de uniforme miró a Sergio y este se encogió de hombros.

—**Le daré unos minutos para que lo piense mejor** —dijo el poli.

Caminó junto a su compañero hacia la puerta y salieron.

Yo me recosté en la cama y traté de no sentirme peor.

—**Annie** —susurró Sergio—. **Cariño, tienes que denunciarlo.**

—**No puedo** —respondí con tristeza.

—**¿Por qué carajos no puedes?** —preguntó Andrés girándose furioso hacia mí—. **¿Acaso no te has dado cuenta de dónde estás?**

—**Andrés…** —llamó Sergio intentando calmarlo.

—**¡Te golpeó!** —me recordó Andrés con voz fría—. **Te estabas asfixiando y si no hubiéramos llegado seguramente te hubiera violado.** —Las lágrimas cayeron porque era muy consciente de ello—. **¿Acaso te das cuenta de que podrías estar muerta en este momento?**

—**Lo sé** —admití con vergüenza—. **Y sé que no entienden mi decisión, pero él nunca fue así… Nunca.** —Andrés me miró visiblemente decepcionado—. **Cometió un error, pero él no es una mala persona.**

—**¿Un hombre que te golpea y trata de abusar de ti no es una mala persona?** —preguntó Andrés molesto.

—**Estaba ebrio** —recordé—. **Nos divorciamos hace muy poco. Perdió el control.**

—**Anabelle** —susurró Sergio, lo miré—. **Entiendo que te cueste denunciarlo, pero si lo hizo una vez, puede hacerlo de nuevo.**

—**¿Puedes conseguir una orden de alejamiento?** —pregunté.

—**¡Denúncialo!** —exigió Andrés—. **Merece el castigo.**

—**¡No lo conoces!** —respondí molesta.

Andrés se burló de mí y me hizo sentir estúpida por defenderlo.

—**Es verdad, no lo conozco** —contestó con la rabia inyectada en sus ojos—, **y parece que tú tampoco.**

Me sentí triste porque sabía que tenía razón, pero lo había decidido.

—**No voy a presentar cargos** —repetí por última vez.

Andrés me miró con tanta decepción que me dolió el pecho. Furioso caminó hacia el sofá donde había dejado su ropa y la tomó.

—**Espero no te arrepientas** —gruñó sin siquiera mirarme.

Abrió la puerta y sin darme una última mirada salió de la habitación.

Quise pedirle que no se fuera, pero en ese momento me sentía tan avergonzada de mi decisión que no fui capaz.

Sabía que estaba cometiendo un error, pero en el fondo de mi corazón quise pensar que ese mal momento no volvería a ocurrir. Quise, en honor a todos esos años que vivimos juntos, darle una oportunidad a David, quizá me arrepentiría, quizá no, pero fue lo que deseé hacer en ese momento.

11 Andrés.

Cuando encuentras a esa persona que te acelera el corazón con solo sonreír, sientes que has hallado el cofre del tesoro al otro lado del arcoíris, pero cuando sabes que por más que parezca perfecta, no lo es, y tienes que tomar la difícil decisión de alejarte, duele.

Se siente como si tuvieras algún tipo de adicción y luchas cada día por no caer en ella, por no dejarte llevar por lo que deseas hacer y te aferras a tu orgullo para seguir firme un día más.

*****

Pasaron dos semanas desde que regresé de Madrid, desde que salí de aquella habitación de hospital y me marché sin decir nada más.

Los primeros días quise llamarla, quise saber si estaba bien, pero me mantuve fuerte y no caí en la tentación. Gracias al cielo pude, a través de Amelia, saber que Anna estaba mejor, que había regresado al trabajo y me quedé más tranquilo.

Confieso que esperé que escribiera, que intentara contactar conmigo, pero no lo hizo y aferrándome a mi orgullo, otra vez herido, tampoco lo hice. Pasaron dos semanas en las que fingí no echar de menos a esa loca mujer, en no mirar el único mensaje que envió para mí, y contemplaba como idiota su foto de perfil.

Estaba sentado en la esquina superior de una gran mesa de cedro brillante ocupando mi lugar en la importante Corporación Bécquer. A mi alrededor había unas ocho personas discutiendo sobre la producción de azúcar y alcohol de esa semana.

Después de examinar minuciosamente los reportes, me recosté en mi asiento y tomé mi humeante taza de té, era la tercera del día, pero después de cinco juntas no podía evitarlo.

—**El ingeniero Bécquer viajará el martes a inspeccionar las reparaciones** —intervino, Édgar, un hombre de unos cincuenta años que se ocupada de la producción—. **Cuando nos dé la autorización podremos iniciar la molienda.**

—**Bien** —agregué cuando terminé mi bebida caliente—. **Entonces nos reuniremos el miércoles para discutir sobre los nuevos equipos que vamos a comprar y la distribución que haremos.** —Tomé mis cosas y me puse de pie—. **Señores, buen día.**

Con los documentos en mano abandoné la sala de juntas sin decir nada más. Ese había sido un día bastante ajetreado y lo único que deseaba era volver a casa y descansar un poco.

Al doblar el pasillo caminé hacia la oficina de Sebastián y le sonreí a Carol, mi mejor amiga.

—**¿Todo bien?** —preguntó ella tomando los reportes que le entregué.

—**Sí, cuando empiece la nueva producción sabremos si el dinero invertido da sus frutos.** —Carol asintió—. **¿Y Sebas?**

—**Está en camino. Tiene una pequeña conferencia *online* y se marchará pronto.** —La escuché en silencio—. **La señorita Mondedeu llegará sobre las seis y me dijo que irá con Amelia a recogerla.**

Odié la forma como mi corazón se aceleró y sobre todo la forma como una sonrisa quiso aparecer en mi boca al saber que Anna estaría en la ciudad.

—**¿Anabelle llega hoy?** —pregunté intentando ser indiferente.

Joder, actuando soy un desastre.

—**Pensé que habías dicho que no pasaba nada con la española** —dijo mi amiga recordando la conversación que tuvimos cuando volví de Madrid—. **¿También te incluyo en la comitiva de bienvenida?**

—**No, yo paso.**

Carol me miró extrañada, pero gracias al cielo no preguntó nada.

—**¡Tío!** —gritó una voz dulce detrás de mí.

Giré y sonreí al ver a la hija de Sebastián acercándose.

Su cabello ondulado se batía conforme se aproximaba y la sonrisa en sus labios dejaba ver la alegría que le daba verme.

—**¡Qué bueno verte!** —exclamó poco antes de abrazarme y besar mi rostro como solía hacerlo con su padre—. **Te extrañé.**

—**Yo a ti, cariño… Me alegra mucho verte.**

Carol se acercó a Antonieta y también besó su mejilla antes de invitarnos a entrar en la oficina de mi mejor amigo.

—**¿Y mi papá?**

—**Está en camino** —respondí mientras nos sentábamos en el sofá.

—**¿Deseas café, cariño?** —preguntó Carol.

Antonieta asintió y Carol abandonó la oficina dejándonos solos.

—**¿Cómo has estado?** —pregunté acariciándole el cabello—. **¿Cómo vas con Luis?**

—**Nos va bien, es un gran chico.**

—**Más le vale** —advertí—, **porque quizá tu padre no sea de golpear a nadie, pero yo sí.**

Ella se inclinó y me besó las mejillas con amor.

—**¿Y con Amelia?** —pregunté recordando la tensión entre ellas.

—**Trabajamos juntas. Solo eso.**

—**Es la novia de tu papá** —le recordé—. **Y todos sabemos que él es feliz con ella.**

Antonieta suspiró y asintió.

—**Lo sé, puedo verlo** —admitió—. **Me hace feliz que sea feliz, pero me tomará un tiempo antes de perdonarla… La haré sufrir un poco más.**

Sonreí y le acuné la mejilla entre mis manos al escucharla.

—**¿Tú sigues solo?** —preguntó de pronto—. **Llevas un tiempo divorciado, espero que no pienses enamorarte en diez años.**

—**Ya tendría más de cincuenta.**

—**Pero estoy segura de que incluso cuando tengas ochenta seguirás siendo igual de guapo.**

Le besé la frente a la niña que había visto crecer, esa con la que volqué mi amor paternal y a la cual amaba con el alma.

—**Tío, ¿puedo hacerte una pregunta?**

Noté el repentino cambio de su voz, incluso de su rostro. Anto de pronto parecía preocupada y yo me sentí igual al no saber lo que ocurría.

—**Claro, ¿qué sucede?** —pregunté.

Anto me miró en silencio unos segundos y luego suspiró.

—**¿Has visto a la tía Luciana?** —Sorprendido, negué de inmediato—. **¿Desde cuándo?**

—**¿Por qué preguntas?**

Antonieta se alejó un poco y se lo pensó antes de hablar.

—**La vi la semana pasada cuando acompañé a mamá a sus exámenes anuales.** —Asentí y me mantuve en silencio esperando saber a dónde iría esa conversación—. **Creo que está enferma, tío… Está muy delgada, no se había maquillado y por primera vez en mi vida la vi sin tacones.**

Fruncí el ceño al oír lo que Anto estaba contándome, porque Luciana siempre había sido una mujer vanidosa, de esas que jamás salía de casa sin maquillarse ni vestirse bien, a menos que estuviera enferma.

—**Me dijo que estaba resfriada, pero creo que no me dijo toda la verdad** —agregó Anto —. **Sé qué ustedes ya no tienen una relación, pero quería contártelo porque me preocupé al verla así.**

—**Descuida** —dije para tranquilizarla, a pesar de que yo no me sentía de ese modo—. **Seguro está resfriada.**

Ella no le dio crédito a mis palabras, pero no dijo nada más.

—**Hola** —saludó Sebastián al abrir la puerta.

Antonieta volvió a sonreír al escuchar la voz de su padre y caminó hacia él para abrazarlo. Aproveché para tomar mi móvil y marqué al número de mi exmujer, esperé que respondiera, pero el contestador se hizo cargo de recibir mi llamada, algo que aumentó mi preocupación.

—**¿Todo bien?** —preguntó Sebastián mirándome.

Guardé mi móvil y caminé hacia mi amigo para estrecharle la mano.

—**Todo bien** —respondí—. **Le di a Carol los reportes. ¿Viajarás el martes a inspeccionar?**

—**Sí, un viaje de ida y vuelta** —respondió Sebastián.

—**¿Cómo está Amelia?**

—**Bien, con demasiado trabajo. Necesitamos conseguir el reemplazo de Fernanda** —se quejó Sebastián—. **Espero que con Anabelle aquí resulte más sencillo el trabajo.**

De nuevo ese palpitar ridículo de mi corazón apareció y fruncí el ceño al darme cuenta de lo fácil que le resultaba emocionarme.

Sebastián notó el cambio en mi expresión y me miró preocupado.

—**Quizá podrías ofrecerle el puesto a ella** —sugirió Antonieta.

—**No creo que esté interesada en mudarse aquí** —respondió Sebas y me miró—, **pero quizá su estadía podría hacerle cambiar de opinión.**

Quise decirle que no estaba interesado, pero frente a Anto no iba a tocar ese tema.

—**Me voy** —anuncié dándole la mano—. **Tengo un asunto que arreglar.** —Besé la mejilla de Antonieta y ella me abrazó.

—**Llevaremos a cenar a Anabelle. ¿Quieres venir?**

—**Ya tengo planes** —mentí—. **Nos vemos mañana.**

Salí de la oficina mientras intentaba dejar de sentirme tan ridículo al saber de ella, pero no tuve éxito alguno.

—**¿Te marchas?** —preguntó Carol detrás de mí.

—**Sí, debo arreglar un asunto** —respondí llamando al elevador.

—**¿Qué asunto?**

Respire profundo pensando si debía contárselo, pero sabía que Carol tarde o temprano lo sabría, así que decidí hacerlo en ese momento.

—**Antonieta se encontró con Luciana.** —Carol frunció el ceño de inmediato—. **Dice que iba con ropa deportiva y sin maquillaje.**

—**¿Y eso qué?**

—**La vio en un hospital y Anto cree que está enferma.**

—**¿Y eso qué?** —repitió Carol—. **Si está enferma ya lo resolverá.** —No le respondí—. **Ella no es asunto tuyo, Andrés… Ya no.**

—**Solo quiero asegurarme de que no sea gran cosa.**

—**¿Por qué te importa?** —No supe qué decir—. **Quizá solo lo exageró para que Anto te lo dijera.**

—**Quizá, pero me aseguraré de ello para estar tranquilo.**

Carol me giró los ojos.

—**No se lo digas a Sebastián.**

—**No lo haré** —prometió de mala gana—, **pero estoy segura de que hace todo esto para verte.**

No dije nada y solo besé su mejilla antes de entrar al elevador.

Cuando detuve el auto frente a la que fue mi casa, me pregunté qué demonios estaba haciendo yo allí. Hacía más de un año que no veía a Luciana y sabía que no era mi problema lo que sucediera con ella, pero me fue imposible no preocuparme ante la inquietud de Anto.

Bajé del auto decidido a salir de dudas y le envié un mensaje que nunca respondió. Opté por tocar el timbre y esperé en la entrada, pero tampoco recibí una respuesta así que, eligiendo mi última opción, busqué en la cajuela del auto el juego de las llaves que aún conservaba de esa casa y entré en la propiedad sin saber si era lo correcto.

Cuando llegué al salón no pude evitar sorprenderme al ver que, aunque habían transcurrido casi dos años, Luciana aún conservaba nuestras fotos en las paredes como si nada hubiera pasado.

—**¿Andrés?** —susurró su voz del otro lado del salón.

Giré a mirarla y apenas lo hice me di cuenta de que había hecho lo correcto en ir hasta allá porque al estar frente a ella comprobé que Anto no se había equivocado. Luciana estaba muy delgada y no llevaba maquillaje.

—**¿Qué haces aquí?** —me preguntó.

Noté sus labios resecos, las ojeras pronunciadas y su cabello lucía descuidado, algo que nunca sucedió mientras estuvimos juntos.

—**¿Estás enferma?** —Fue lo primero que quise saber.

Luciana frunció el ceño y por unos segundos me miró con amor, de ese modo que solía mirarme cuando estábamos casados y nos amábamos.

—**Estoy bien** —mintió y lo supe—. **¿Por qué estás aquí?**

Dejó caer el pequeño bolso que solía usar cuando hacía viajes cortos y se cruzó de brazos frente a mí.

—**¿Por qué estás aquí?** —repitió—. **¿Por qué aún tienes llaves de esta casa?**

—**Las tenía en el auto** —respondí con calma—. **Quería devolvértelas.** —Se me ocurrió decir, ella solo asintió—. **¿Estás enferma?**

—**Estoy bien, aunque no creo que te importe.**

Luciana caminó hacia la puerta y la abrió para mí.

—**No tenías que venir hasta aquí para entregármelas** —dijo con la mirada fija en el piso.

—**¿Qué sucede contigo?** —pregunté—. **Dime la verdad…**

—**Decirte la verdad me costó el divorcio, así que disculpa si no me siento cómoda siendo**

sincera contigo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y yo solo la miré en silencio.

—**¿Qué sucede contigo, Luciana?**

—**¡Por favor!** —exclamó—. **No te he importado en casi dos años** —me reprochó—. **¿Por qué ahora vienes fingiendo que te importo?**

Me mantuve en silencio intentando adivinar lo que estaba pasando.

—**¿Acaso la mujer que te engañó merece que te preocupes por ella?** —me cuestionó—. **¡Ah no! Es cierto… ¡Jamás te engañé!**

Unas lágrimas cayeron por sus mejillas y yo traté de no sentirme afectado, pero no estaba funcionando, verla así me preocupó.

—**Al contrario** —prosiguió—, **me castigaste por no mentirte. Mi único error fue aceptar ir al club contigo, mi error fue querer complacerte.**

No dije nada porque sabía que tenía razón.

—**Fui una buena esposa** —dijo sin dejar de llorar—. **Fui tu amiga. Te complací en todas tus fantasías y me echaste de tu vida cuando me sentí confundida… ¡Confundida!**

—**Luciana, basta.**

—**Vete, Andrés…** —suplicó con dolor.

—**Solo quiero saber si estás bien…**

—**¡No!** —gritó—. **¡No estoy bien!** —Las manos le empezaron a temblar y yo no supe qué hacer—. **Tengo un tumor.**

Sentí que la sangre dejó de correr por mis venas al escucharla, porque a pesar de todo ella había sido parte de mi vida y no podía ser indiferente ante lo que estaba viviendo.

—**Van a quitarme el útero y no podré tener hijos.**

¡Mierda!

—**Soñaba con tener una familia contigo** —dijo entre lágrimas—, **pero tú dijiste que primero deberíamos disfrutar de nuestra relación.**

—**Luciana…** —susurré con pesar.

—**¡Te amé como a nadie en este mundo!** —Las lágrimas cayeron en cascada por sus mejillas—. **Te complací en todo lo que deseabas. Incluso mi deseo de ser madre lo postergué por ti.**

Me mantuve inmóvil, en silencio sin saber qué decirle.

—**Vete, por favor, tenerte cerca siempre me hace daño** —suplicó limpiándose las mejillas —. **No necesito de tu lástima, no ahora.**

Sabía que debía irme así que dejé las llaves sobre la mesa y caminé hacia la puerta, pero me detuve frente a ella un segundo más.

—**Si necesitas algo…**

—**No necesito nada de ti** —respondió con dolor—. **Adiós, Andrés.**

Asentí a su pedido y salí de aquella casa sin decir nada más.

Cuando subí a mi auto el pecho se me oprimió y dejé que la culpa, los remordimientos y todos esos sentimientos que cargaba desde que ella me había confesado que sentía algo por Sebastián, se hicieran presentes.

Conduje con prisa y pocos minutos después estacioné en el club, bajé con la necesidad de apagar con alcohol toda esa mierda que de nuevo estaba sobre mí.

Llegué hacia el salón rojo y me senté frente a la barra, le hice señas a Jack para que me sirviera un trago y él me miró con preocupación.

—**¿Andrés?** —llamó.

—**Dame un trago.** —Fue lo único que pude decirle.

Él tomó una copa y la llenó de vino para mí, le bebí y esperé que el alcohol hiciera efecto en toda la mierda que estaba golpeándome, pero no funcionó, no con una copa.

—**¿Qué sucede?** —preguntó Jack.

—**Déjame la botella** —le pedí sin responder a su pregunta—. **Esta noche necesito más que una copa, Jack.**

Y no mentía, esa noche realmente necesitaba embriagarme para tratar de calmar la culpa que sentía por haber arruinado mi matrimonio, porque, aunque no lo admitiera en voz alta, sabía que Luciana tenía razón.

Fue mi culpa, yo la traje a este club aun cuando con ella lo tenía todo. Yo le pedí que iniciara con Sebastián… Así que sí, era mi culpa, aunque me dolía admitirlo, esa era mi puta culpa y cargaría con ella por el resto de mi vida.

12 Anabelle.

Desde que dejé la casa de mis padres me propuse ser todo lo contrario a mi madre, empezando por el mal sexo que suponía debía tener con mi padre, con ese machista que la follaba una vez a la semana y solo para su placer.

Creo que fue esa la razón por la que cuando inicié mi vida sexual me dediqué a disfrutarla como mejor podía y también la razón por la que el *Medianoche* siempre me pareció el lugar al que pertenecía.

La libertad que tenía para admitir sin vergüenza lo que deseaba era lo que más me gustaba, poder decidir cuándo, cómo y con quién hacer realidad mis fantasías era todo lo que necesitaba a mis veinticuatro años y fue con lo que viví desde entonces.

Pasaron dos meses desde que firmamos el divorcio y después del ataque de David, dejé de sentir pesar por esa ruptura, gracias a su violenta actitud acepté que mi destino no estaba a su lado.

Las primeras noches después del ataque tuve pesadillas, en todas revivía ese horrible acontecimiento, pero en ninguna aparecía Andrés, siempre me despertaba antes de poder verlo y era horrible.

Me obligué a llamar a Ethel, mi amiga psicóloga, y necesité de algunas sesiones para dejar de soñar con ese momento, pero el miedo que sentía cada vez que alguien, de algún modo, me inmovilizaba, era algo que tomaría más tiempo.

Al diablo mis ganas de jugar a la sumisa alguna vez.

*****

Habí llegado hacía dos días a la ciudad, había conocido la editorial y a muchas personas agradables, pero, aunque no iba a admitirlo, no saber de Andrés me causaba cierto pesar.

Organizaron una cena para recibirme a la cual también acudió la asistente de Sebastián, pero Andrés no apareció e imaginé que seguía enfadado.

Lo estuvo cuando no denuncié a David, lo entendía, aunque él a mí no, pero sentía que estaba haciendo todo lo posible por evitarme y no era agradable.

El sábado casi fui obligada a almorzar en la casa de Sebastián; era cumpleaños de Antonieta, su hija, y realmente aunque intenté encontrar una excusa para negarme, no lo logré.

Y allí estaba yo, sentada en su jardín, frente a su piscina mientras Carlos, el esposo de Carol, vigilaba la carne sobre la parrilla.

Sebastián apareció por la puerta de cristal con otra botella de vino y se inclinó hacia Amelia para besarla antes de volver a llenar nuestras copas.

—**¿Qué te ha parecido la editorial?** —me preguntó él—. **Me gustaría que nos aconsejaras sobre lo que nos podría estar haciendo falta.**

—**Lo sé** —respondí sonriéndole—. **Le dije a Carol que el lunes nos reuniríamos para sugerirle algunas modificaciones que creo podrían resultar beneficiosas.**

—**Gracias** —me dijo sonriendo.

Escuchamos el sonido del portón abrirse y mi corazón por segunda vez se aceleró ante la posibilidad de que fuera *él.*

—**¡Es mamá!** —gritó Antonieta desde el salón dentro de la casa.

Sebastián sonrió y se puso de pie, volvió a besar a Amelia y caminó por el jardín hacia la cochera.

Miré a Amelia preguntándome si sus celos naturales también alcanzaban a la madre de Antonieta, pero ella parecía muy relajada.

—**Patricio le pidió matrimonio** —susurró Carol.

No tenía idea de quién hablaba, pero Amelia sonrió emocionada.

—**Patricio es el novio de Marcela** —comentó Carol mirándome—. **La madre de Anto.**

—**Oh…** —Fue todo lo que pude decir.

La risa de Antonieta se escuchaba por toda la casa, era una chica muy agradable y alocada, me caía muy bien.

Una pareja apareció por el salón y caminó en nuestra dirección. Ella era hermosa, de cabello cobrizo ondulado, su rostro delgado y luminoso no me dejó adivinar qué edad tenía, pero supe de inmediato que era la ex de Sebastián, ya que Antonieta se parecía mucho a esa mujer.

Amelia se puso de pie y se acercó a la pareja. El hombre debía tener unos cincuenta años, pero Dios bendiga sus genes porque lucía muy bien. Era alto, mucho más que Sebastián, su cabello era casi plateado, sin duda era muy guapo.

—**Marce** —llamó Carol trayendo a la recién llegada hasta donde yo estaba—. **Ella es Anabelle, fue jefa de Amelia en España.** —Yo me puse de pie y extendí mi mano hacia la mujer—. **Anabelle, Marcela es la madre de Antonieta.**

—**Es un placer conocerte** —dijo Marcela con una voz bastante dulce—. **Anto me ha hablado de ti.**

—**Espero que bien** —intenté bromear—. **Es un gusto conocerte.**

También me presentaron a Patricio y tomaron un lugar en la mesa rectangular dispuesta en el hermoso jardín.

—**Quiero un poco de agua** —susurré mirando a Amelia, ella iba a levantarse, pero la detuve —. **Ya sé donde está la cocina, ya me encargo yo, permiso.**

Estaba bebiendo mucho vino y si quería salir en pie debía bajar el alcohol con agua. Caminé hacia la cocina y saludé a la mujer que preparaba una ensalada allí.

—**¿Me regala un poco de agua?** —le pedí sentándome sobre uno de los taburetes.

—**Claro que sí** —respondió la señora—. **¿Con gas o sin gas?**

—**Sin gas, por favor.**

La mujer se giró en busca de mi pedido y la risa de Antonieta acercándose más a donde estaba me hizo girar.

Me faltó el aire cuando lo vi y mi estúpido corazón se agitó con tanta fuerza que me costó mucho respirar.

Andrés apenas estaba entrando a la casa con Anto abrazada a él y aunque quise dejar de mirarlo me fue imposible no disfrutar de la masculinidad con la que ese hombre se desplazaba.

Llevaba unos anteojos de aviador que le quedaban maravillosos, su cabello aun estaba húmedo y sus rizos caían con suavidad sobre su frente. Se había vestido de negro otra vez y lucía tan guapo.

—**Aquí tiene, señorita** —anunció la mujer a mi lado.

Andrés giró en mi dirección y cuando me miró, todo a mi alrededor pareció quedarse en

silencio.

Joder, Anna, ¡qué cursi eres!

Me obligué a dejar de mirarlo y tomé la botella de agua.

—**Muchas gracias** —susurré mientras destapaba mi bebida.

—**Señor Andrés, qué gusto verlo** —saludó la señora.

—**Aurora, ¿cómo está?** —preguntó él con una voz sensual.

Bebí de mi agua y traté de calmar a mi ridículo corazón.

—**¡Anabelle!** —exclamó Antonieta más cerca de mí.

Tomando el valor para mirarlos, me giré en el taburete y les di la cara.

La verde mirada de Andrés cayó sobre mí y por la seriedad en su rostro no supe si sonreírle o ponerme a la defensiva.

—**Voy a presentarte al tío más guapo de la ciudad** —dijo la hija de Sebastián—. **Mi tío: Andrés Brasher.**

De nuevo él estaba sonriendo, pero no a mí, a ella por esa presentación tan llena de admiración y amor.

—**Tío, ella es Anabelle, trabaja en la editorial de España.**

Andrés relajó su gran sonrisa y besó de nuevo la mejilla de Antonieta.

—**Ya nos conocemos, cariño.** —Fue lo primero que dijo y luego extendió su mano hacia mí —. **¿Cómo estás, Anabelle?**

—**Bien, gracias** —dije al tomar su mano.

Él me liberó más rápido de lo que esperé y yo fingí estar entretenida con mi estúpida botella de agua.

—**Perdón, iré a saludar a los demás** —agregó Andrés.

Besó la frente de Antonieta y caminó hacia el jardín.

Antonieta empezó a hablar con la señora Aurora y yo solo observé al hombre que había pasado de mí con elegancia y era un encanto con todos en el jardín.

Me di cuenta de lo amoroso que era con la madre de Antonieta y ella sin duda parecía muy cercana a él. En realidad, todos eran cercanos allí, la única extraña debía ser yo.

—**¿Vamos al jardín?** —susurró Antonieta, la miré y le sonreí.

—**Voy a terminar mi agua y voy.**

—**Bien.**

Ella se fue casi saltando como una bailarina de ballet y cuando llegó al jardín todos le dieron la atención que merecía la cumpleañera.

Dejé de mirarlos y bebí de nuevo de mi botella esperando que con eso el alcohol que ya estaba sintiendo en mi sangre se suavizara.

—**¿Le ofrezco algo de comer?** —preguntó Aurora.

—**No, gracias, estoy bien con el agua.**

Ella terminó de colocar en una fuente pequeñas tartaletas y las tomó con ambas manos para llevarla al jardín.

—**¿Necesita alguna cosa, señor Andrés?** —preguntó la mujer mirando detrás de mí.

Mi corazón volvió a enloquecer.

—**Una copa, Aurora** —respondió esa voz que erizaba mi piel—, **pero no te preocupes, la tomaré yo mismo.**

La mujer sonrió y caminó fuera de la cocina mientras Andrés aparecía frente a mí dándome la espalda mientras abría uno de los armarios.

La tensión en el ambiente me hizo sentir incómoda, así que terminé de beber mi agua y salté del taburete con la intención de irme.

—**¿Cómo has estado?** —Le oí preguntar.

Me tomé un momento preguntándome si hablaba conmigo, pero éramos los únicos allí así que me atreví a mirarlo y comprobé que, aunque pareciera extraño, él realmente estaba hablando conmigo.

—**Bien** —respondí—. **¿Y tú?**

—**Muy bien.**

Aunque lo dijo con la misma seguridad de siempre, algo me hizo sentir que no estaba siendo del todo sincero. No supe si se debía a mi presencia allí o si algo pasaba con él, pero sentí que mentía.

Caminó hasta donde yo estaba y me hizo señas de que siguiera caminando, pero no me moví.

—**¿Vamos?** —me preguntó, no respondí—. **Te aseguro que, aunque seamos mayores, también podemos ser divertidos.**

Entonces una suave sonrisa apareció en sus labios y me sentí un poco mejor al saber que no me odiaba o por lo menos no me lo dejaba tan claro.

Sin decir nada caminé hacia el jardín con él siguiéndome y mi corazón saltando con fuerza en mi pecho.

—**¡Claro que lo recuerdo!** —gritó Carol—. **¡Fue Andrés!**

—**¿Yo qué?** —preguntó él cuando llegamos.

—**Al que casi expulsan en el último año.**

Andrés sonrió con picardía y caminó hacia los asientos libres en la mesa, retiró una de las sillas y me invitó a sentarme.

Lo miré sorprendida, pero me senté y él tomó un lugar a mi lado.

—**¿Por qué están recordando esas cosas?** —preguntó Andrés—. **Dejen que Anto siga teniendo un buen concepto de mí.**

—**Siempre sacabas cien en los exámenes** —aseguró Carol—, **pero en conducta siempre tenías problemas.**

—**Es verdad** —apoyó Marcela—. **Siempre estaban adelantándote cursos, pero conocías la oficina del director más que él mismo.**

Todos se carcajearon y él solo sonrió divertido.

—**Bueno, basta. Es el cumpleaños de Anto** —interrumpió Andrés con una voz divertida—. **Mejor recordemos las cosas vergonzosas que hacía ella cuando era pequeña.**

—**¡No!** —gritó la mencionada—. **¡Por favor, no! Y menos cuando llegue Luis… Tengan consideración de mí.**

Todos volvieron a reír y durante el resto de la tarde todo fue igual, recuerdos de ellos cuando eran jóvenes, de las travesuras que hacían.

Sin necesidad de que lo mencionaran, porque lo imaginaba, comprobé lo que me había contado, Andrés había sido un chico inteligente, pero muy rebelde, mientras que Sebastián siempre parecía haber respetado las reglas.

Disfruté mucho escuchando sus anécdotas, sus recuerdos fueron alegres y siempre unidos. Andrés, Carol, Marcela y Sebastián habían compartido muchos momentos juntos y parecían seguir igual de unidos.

Eran las ocho de la noche, pero el sol seguía en lo alto del cielo, por lo que la reunión se

prolongó, aunque ella se había marchado cerca de las seis con su novio. Marcela y Patricio se despidieron poco después y el grupo de personas se redujo.

Sebastián entró en la casa cuando recibió una llamada de trabajo. Andrés y Carlos hablaban de finanzas junto a la piscina.

De vez en cuando yo miraba en esa dirección y siempre me chocaba con la mirada seria de Andrés, lo que no dejaba que mi corazón volviera a la calma.

Carol, Amelia y yo habíamos prometido tomar esa última botella de vino y marcharnos, pero eso habíamos dicho dos botellas antes.

—**¿Conociste a Andrés en tu país?** —preguntó Carol de pronto.

—**En mi fiesta de graduación** —respondió Amelia por mí.

La prima de Sebastián miró en dirección del mencionado y de nuevo me miró, me hizo sentir incómoda y hasta avergonzada, algo que tampoco era usual en mí.

Deseando que todo el alcohol que tenía en la sangre no me hiciera perder la elegancia al caminar, me puse de pie.

—**Necesito ir al lavabo** —susurré mirando a Amelia.

—**¿Quieres que te acompañe?** —preguntó ella.

—**No, conozco el camino.**

Gracias al cielo y a toda el agua que bebí, pude desplazarme con decencia y caminé dentro de la casa. Seguí hasta el lavabo que estaba junto a la cocina y entré en él a pesar de que no necesitaba usarlo, pero me había servido para alejarme de la mirada verdosa de ese rencoroso hombre al que con cada copa deseaba besar.

—**¡Dragón odioso!** —exclamé pensando en él.

Abrí el grifo de agua y humedecí mis manos para refrescarme un poco antes de tomar el valor de seguir cerca de él sin caer en la tentación de seducirlo otra vez.

Unos minutos más tarde, cuando mi orgullo logró calmar mi debilidad por él, abrí la puerta y todo se fue a la mierda cuando lo encontré apoyado en la pared frente a mí.

Llevaba la camisa un poco abierta y los vellos dorados de su pecho me distrajeron por un momento. Mi memoria recordó la primera vez que lo vi a través del móvil de Amelia y como en aquel momento, Andrés me pareció el sujeto más sexy del planeta.

—**¿Estás bien?** —preguntó.

Logré dejar de mirar lo sensual que lucía y volví mi atención a sus ojos. Reproduje su pregunta mentalmente y me reí al entenderla.

—**¿Te das cuenta de que me lo has preguntado más de una vez hoy?** —Él no respondió —. **¿Acaso me veo mal?** —Movió la cabeza para negar y yo sonreí—. **Estoy bien… ¡Estoy fenomenal, Andrés Brasher!**

Me moví con la intención de alejarme, pero mi estúpido zapato de tacón se dobló y mi cuerpo se balanceó hacia un lado. Me imaginé cayendo al suelo frente a él y la vergüenza que viviría en ese momento, pero su brazo firme me sostuvo de la cintura e impidió el acontecimiento.

Una de mis manos lo tomó del cuello y la otra lo sujetó con fuerza del brazo. El calor de su cuerpo, el aroma de su perfume, todo me hizo temblar y aunque supe que él tenía que haberlo notado, no me importó. No cuando lo tuve tan cerca, cuando su rostro estaba a solo milímetros del mío.

—**¿Estás bien?** —preguntó preocupado y yo no pude evitar sonreír.

—**Ahora lo estoy** —respondí mirándole la boca.

¡Oh mierda, la borracha sincera!

La dureza de su mandíbula se relajó y finalmente una sonrisa se dibujó en sus rosados labios.

Me sentí tan embobada mientras lo miraba, mientras el calor de nuestros cuerpos se mezclaba, mientras su respiración acariciaba mi rostro y mentalmente solo me repetía una cosa:

¡Bésalo!

—**Tienes cinco segundos para alejarte…** —le advertí.

Andrés levantó una ceja y en cuestión de segundos me regaló una de sus miradas más ardientes, la mirada de dragón me encendió hasta el alma.

Dejándome llevar por el deseo que en esas semanas sin verlo no había disminuido ni un poco, me acerqué a su boca y lo besé como aquella primera vez, y para mi felicidad, él respondió con la misma exigencia de siempre.

Habían pasado tres semanas desde la ultima vez que lo vi, pero apenas nuestras bocas se tocaron todo parecía estar justo como lo dejamos aquella mañana cuando prometimos vernos en el club.

El deseo y la necesidad me invadieron después de tres semanas de lucha… En su boca me dejé ganar.

13 Andrés.

Tener el control de las cosas era mi deporte favorito, controlarlo todo, de forma correcta, era la forma como había aprendido a vivir. Incluso con el sexo, era organizado y siempre era yo quien planeaba lo que iba a suceder y con quién… Hasta que ella llegó.

Entonces por más que intenté hacer las cosas a mi modo, todo se salió del camino con unas simples palabras suyas y yo me convertí en un adicto de sus besos.

Después de la visita que le hice a Luciana me sentía tan miserable que no era capaz de dejarlo pasar. Dolía, la culpa era una hija de puta conmigo y no lograba dejarla ir, pero en el segundo en el que Anna me besó, de nuevo todo estuvo en calma, en paz.

Ella y sus labios de nuevo parecían ser el bálsamo que necesitaba.

*****

Nos besamos por tanto tiempo como nos fue posible. De nuevo lo que sucedía a nuestro alrededor dejó de importar porque lo único que deseaba era no dejarla ir, no de nuevo.

Estaba perdido, no había más dudas, quería a esa mujer para mí.

—**¡Veré si Anabelle está bien!** —escuché gritar a Amelia.

Y supongo que Anabelle también lo hizo porque dejó de besarme y trató de alejarse. La sostuve con fuerza de la cintura y solo la liberé cuando comprobé que no iba a caer.

Con la misma dificultad que tenía yo para respirar, se apoyó en la pared detrás de ella y trató de calmarse, pero cuando Amelia apareció creo que era muy evidente lo que había sucedido.

Anabelle miró mis labios y mordió los suyos antes de mirar a Amelia.

—**Quería ver si estabas bien** —dijo la novia de Sebastián.

—**Lo estoy** —respondió Anabelle aún agitada—, **pero estoy casada, ¿puedes pedirme un taxi?**

—**¿Te vas?** —preguntó Amelia. Anabelle asintió alejándose de la pared—. **El señor Augusto puede llevarte si quieres.**

—**Vale. Entonces iré a despedirme.**

Anabelle sin volver a mirarme caminó con Amelia hacia el jardín y yo me quedé mirando como se alejaba de mí y aunque quise decirle muchas cosas, no pronuncié palabra alguna.

Caminé hasta la cocina y me senté en uno de los bancos mientras intentaba entender lo que me estaba pasando, lo que ella estaba haciendo conmigo y mi poca cordura.

Sebastián me miró desde el jardín cuando Anabelle se acercó a ellos para despedirse y con discresión caminó hacia donde yo estaba.

—**¿Andrés?** —susurró mi amigo—. **¿Estás bien?**

Asentí aún con toda esa confusión dentro de mí, con todas mis dudas y temores, con todo eso que no sabía definir.

—**¿Habías contemplado la idea de tener una relación después de Marcela?** —pregunté sin pensármelo demasiado.

Sebastián me miró sorprendido y tomó un lugar junto a mí.

—**No. Nunca se me había cruzado por la cabeza** —respondió con calma—. **Hasta que Amelia apareció.**

—**¿Cuándo sucedió?** —Quise saber—. **¿Cuánto tiempo pasó?**

Mi mejor amigo sonrió.

—**Creo que fue en la primera noche que pasé con ella, después de que me quedara contemplándola dormir.**

—**¿Y te asustó?** —pregunté mirando de nuevo hacia el jardín.

—**Me asustó que ella no quisiera ser parte de esa relación.**

Me mantuve en silencio por unos segundos mientras analizaba sus respuestas.

—**¿Cómo es volver a enamorarse?** —pregunté con la mirada en Anna despidiéndose de Carol—. **¿Se siente igual? Es decir, si solo habías amado a Marcela, ¿cómo sabías que lo que sentías por Amelia era amor?**

—**No lo sabía, pero tuve las mismas dudas que estás sintiendo tú.**

Lo miré con ganas de aclararle que yo no me sentía de ese modo, pero no pude mentirle, no a él.

—**Solo lo sabes…** —continuó Sebas—. **Hay personas más especiales que otras, personas capaces de arreglar tu mundo con solo aparecer, o sonreír.**

Me burlé de lo cursi que había sonado y él sonrió.

—**Lo que vivimos dentro del club no es real, no es tu mujer a la que follas, no te ama quien te besa, quien se entrega a ti… Y es divertido, sí, pero termina.**

—**De eso se trata.**

—**Sí** —admitió Sebas—, **pero si puedes tener todo eso junto a alguien que le importas, que te ama, ¿por qué huir?**

—**¿Porque eres inteligente y no quieres volver a sufrir?** —pregunté—. **¿Porque sabes que no es el momento para ella, ni para ti?**

—**No hay un momento para amar, Andrés** —aseguró Sebastián mirándome—. **No será mejor en unos meses o años, no depende del tiempo sino, de la persona con la te arriesgas.**

—**¿Acaso no es estúpido arriesgarse con alguien que sabes que aún ama a otro?**

—**Eso no lo sabes.**

—**¿Se divorció hace cuánto? ¿Dos meses?**

—**Pueden ser dos meses o dos años** —respondió Sebas—. **El amor puede morir y nacer en una noche…, y lo sabes.** —Sí que lo sabía—. **Como dices siempre: el secreto está en no quedarse con las ganas, en intentarlo, en arriesgarse.**

Y como de costumbre Sebastián tenía razón.

—**¿Has hablado con ella?**

Negué de inmediato.

—**Me besó y ahora se va…**

Sebastián me miró sorprendido, luego miró hacia el jardín y fiel a su calma se tomó un momento antes de volver a hablar.

—**A veces, es abrumadora la forma en la que aparecen los sentimientos.** —Meditó Sebas —. **Un día es solo buen sexo y al siguiente tu corazón empieza acelerarse al verla y te sorprendes pensando en ella con frecuencia, recordando momentos agradables juntos.**

Sé de lo que hablas…

—**Pero del buen sexo no se huye** —agregó mi amigo—. **Se huye cuando hay sentimientos involucrados, cuando temes volver a equivocarte, volver a sufrir… Cuando sientes que hay**

más.

—**Es normal** —admití—. **Nadie quiere volver a sufrir.**

—**Para ganar hay que correr riesgos** —dijo y yo sonreí.

—**Siempre y cuando las probabilidades de ganar sean altas.**

—**Que te haya besado creo que aumenta esas probabilidades.**

—**Que se esté marchando las disminuye** —agregué.

—**No dejes que se marche** —aconsejó Sebastián apretando mi hombro—. **Puede que solo esté asustada.**

Mi orgullo era muy grande y casi siempre me costaba dejarlo de lado, más cuando ella parecía no estar del todo interesada.

—**¿Qué pasa contigo?** —gritó Carol al aparecer junto a nosotros—. **No has dejado de mirarla en toda la tarde, ¿y vas a dejarla ir?**

No pude evitar sonreírle a mi mejor amiga y su reclamo loco.

—**¿Quieres que me complique la vida con una mujer como ella?**

—**¡Sí, eso me gustaría mucho!** —me respondió—. **Estoy cansada de verte tan solo… Y la española me agrada.**

Miré a Sebastián esperando que le pidiera que no me presionara, pero él solo sonrió.

—**Augusto puede llevarlos a ambos…** —Fue todo lo que dijo.

Carol sonrió con emoción y aunque mi orgullo me gritaba que no lo hiciera, terminé poniéndome de pie y me despedí de ambos.

Sin tener claro lo que iba a hacer, porque con ella nunca podía planear nada, fui directo al garaje donde Augusto esperaba fuera del auto.

Le hice señas para que me diera un momento con Anabelle y él asintió alejándose un poco más del auto.

Respiré profundo, abrí la puerta y subí.

Anabelle parecía sorprendida y a la vez nerviosa al verme.

—**¿Estás huyendo de mí?** —cuestioné.

Ella frunció el ceño y en segundos tomó su postura rebelde y altanera.

—**¿Por qué crees eso?** —preguntó.

—**Porque me has besado y luego casi has salido corriendo.**

—**Aún estás enfadado conmigo.** —Fue todo lo que dijo.

Me miró esperando que respondiera y aunque deseé poder explicarle lo que había sucedido, preferí hacerlo en otro momento.

Miró por su ventana y respiró profundo antes de volver a hablarme.

—**Traté de inventar una excusa para no venir** —susurró.

—**¿No querías venir?** —pregunté sorprendido.

—**No quería verte** —admitió con sinceridad—. **Sabía que estabas evitándome y no quería incomodarte.**

—**Me ha gustado verte** —confesé, ella bufó.

—**Has evitado cruzarte conmigo todos estos días** —se quejó—. **No he sabido nada de ti en casi un mes.** —Estaba enfadada y no parecía intentar ocultarlo—. **Y hoy a duras penas me has hablado.**

—**Si querías saber de mí podías haber escrito o llamado.**

—**¡Te fuiste tirando la puerta, tío!** —gruñó sobre mí.

—**Estaba molesto contigo.**

—**¡Vale!** —gruñó de nuevo—. **Pero fui yo quien vivió ese duro momento y lo mínimo que esperaba era un poco de comprensión.**

Admito que me sorprendió su sinceridad, esperaba que fingiera que no le importaba no haber sabido de mí, pero ella estaba siendo muy transparente y merecía recibir lo mismo.

Levanté mi mano con la intención de tocarla, pero ella se alejó.

—**Sé que no lo entiendes, nadie lo hace** —se quejó mirándome—, **sé que piensan que soy una estúpida por no denunciarlo, pero…**

Sin pensármelo demasiado me acerqué a ella y le rodeé la cintura con mi brazo para poder abrazarla. Anabelle se tensó y la sentí temblar cuando su cuerpo se presionó a mi costado, pero no dijo nada y terminó abrazándose a mí con fuerza.

—**No pienso eso de ti** —susurré besándole la frente—. **Y sí, no lo entiendo, pero respeto tu decisión.** —Anabelle levantó la mirada y frunció el ceño—. **Más que enfadarme, me preocupaba el hecho de que ese imbécil pudiera hacerte daño de nuevo.**

Levanté mi mano y acaricié su mejilla dejándome llevar por esa necesidad que siempre tenía de ella.

—**Estaba asustado por ti** —confesé—. **Lamento haberme ido así.**

No estaba seguro si el alcohol causaba esa sensibilidad en ella, pero sus ojos se tornaron cristalinos a causa de las lágrimas que la invadieron y sin tener las fuerzas suficientes para controlarme, me incliné de nuevo sobre sus labios y los besé con pasión, con esas ganas de sentir cómo todo mi cuerpo se estremecía hasta con el simple contacto de nuestras bocas.

Ella me besó con la misma necesidad, con esa forma posesiva que tenía de besarme, de apoderarse de mi mundo y hacerlo suyo.

No sé cuánto tiempo estuvimos besándonos, ni ella ni yo parecíamos querer detenernos, pero Augusto seguía esperando, así que me obligué a comportarme como un hombre de más de cuarenta y no un chiquillo de dieciocho.

Me alejé un poco de su boca, pero ella no se movió ni un centímetro.

—**Esto no está bien** —susurró.

—**¿Que no está bien?** —pregunté besando sus labios.

—**Romper las reglas** —respondió sin aliento.

—**¿Qué reglas?**

—**Las de no involucrarnos sentimentalmente** —susurró.

Intenté no sonreír, pero no lo logré y ella se alejó un poco más de mí.

—**¿Acaso olvidaste nuestra conversación aquella noche?** —preguntó asustada—. **¿Has olvidado que apenas me he divorciado?**

Dejé de sonreír al escucharla mencionar su divorcio porque con eso me estaba recordando que su corazón aún lo ocupaba ese hijo de puta.

—**¿Te preocupa romperme el corazón?** —pregunté incómodo.

—**Me preocupa que nos hagamos daño sin querer** —susurró con visible preocupación—, **que uno de nosotros se involucre sentimentalmente cuando el otro no está interesado.**

—**Aclaremos mejor el panorama** —sugerí—. **En este momento, ¿quién crees que es el que se involucra y quién el que no está interesado?** —Ella no respondió—. **Según mi perspectiva, el que se involucra soy yo y tú la que no está interesada.**

Anabelle frunció el ceño y hasta parecía sorprendida.

—**¿Lo percibes igual?** —pregunté.

—**Me acabo de divorciar** —repitió.

—¿Es la razón por la que no estás interesada?

—No, es la razón por la que me asusta involucrarme… —me sentí mejor al escucharla—, **por la que no deberíamos romper las reglas.**

—No estamos en un club… No hay reglas aquí.

—Por eso creo que debo marcharme —susurró—. **Este no es un lugar neutral.**

—Tampoco lo fue tu apartamento —le recordé—. **Y dormí muchas noches allí… ¿Cuál es la diferencia ahora?**

Anabelle no respondió y yo aprovechándome de su estado aparentemente sensible, volví a rodearla con mis brazos y acaricié su nariz con la mía.

—La diferencia es que te asusta lo que estás sintiendo —susurré y ella tembló—. **Te asusta la forma en la que deseas estar conmigo.**

—Dijiste que estaríamos bien si no nos involucrábamos.

—Ya estamos involucrados, hermosa.

—Aún podemos evitar ir más allá, Andrés.

Sonreí porque ni su voz ni su mirada parecían apoyar lo que sus labios decían. Ella sentía lo mismo que yo, no había dudas.

—Anna, no tengo la más mínima intención de evitar nada contigo.

El miedo se dibujó en su mirada y a pesar de todo yo podía entenderla.

—Si quieres alejarte de mí porque te asusta lo que sientes, lo entiendo… Pero yo no haré lo mismo, no cuando lo que más deseo es volver a despertar contigo a mi lado.

De nuevo me incliné para besarla y ella correspondió dándome más razones para no rendirme.

—Te he extrañado —susurré sobre su boca—. **No he dejado de pensar en ti ni un solo día.**

—¡Joder! —exclamó sin alejarse—. **Esto es una locura.**

—Pero sabe muy bien en tu boca.

Un beso más y otro, y nunca era suficiente, nunca tenía suficiente.

—Necesito irme ahora —susurró entre besos.

—¿A qué le tienes miedo?

—Es muy pronto para mí.

Y lo sabía, tenía las cosas muy claras con ella, pero aun así me negaba a dejarla ir, a quedarme con las ganas… No quería quedarme con la curiosidad de saber qué hubiera pasado si lo intentaba.

—Lo único que quiero es que no huyas —susurré—. **Lo único que deseo es que las cosas sigan como las dejamos en Madrid.**

—Pero tenemos que establecer reglas.

No funcionará conmigo, hermosa.

—De acuerdo —mentí—. **Si eso te hará sentir más tranquila, está bien para mí.** —Me miró con desconfianza y yo sonreí—. **Vayamos a otro lugar y pongamos reglas.**

—¿Otro lugar cómo cuál?

—Tu hotel, mi casa… Igual que en Madrid.

Estaba moviendo mis fichas con cuidado porque sabía que si cometía un error ella iba a alejarse y no estaba dispuesto a permitirlo.

—Vale, pero pondremos reglas… —*No, no lo haremos*—. **¿Vale?**

—Vale —respondí imitando su acento y ella sonrió—. **¿Le puedo decir a Augusto que nos lleve?**

Se lo pensó un poco más, pero terminó asintiendo y yo le hice señal al chofer de Sebastián para que volviera.

Anabelle se movió alejándose de mí tanto como pudo y yo solo sonreí porque los diez minutos que nos tomaría llegar a mi casa era el tiempo que tendría para alejarse.

Después de eso, estaba seguro que ninguno de los dos a podríamos mantener una distancia decente entre nosotros, porque si algo nos sobraba era deseo y ganas de pertenecernos.

Y esa noche, después de casi cuatro semanas, nadie iba a impedirme que disfrutara, de nuevo, de esa rebelde mujer que me estaba volviendo loco.

14 Anabelle.

Mientras me miraba en el espejo me preguntaba cómo podía sentirme de ese modo si horas antes me sentí a la deriva… Todo dentro de mí parecía estar en paz, en orden, en calma. Había pasado las semanas sintiéndome vacía y refugiándome en el trabajo para no hundirme en la depresión *post separación,* pero mientras me miraba en el espejo, no podía sentir ese dolor, ese vacío, esa soledad.

Algo en mí se sentía tranquilo y sabía que eso lo estaba causando él. Ese hombre que me irritaba con facilidad y me dominaba sin problemas. Ese del que sabía debía alejarme, pero no tenía la voluntad para hacerlo.

Después de estar unos minutos en el lavabo, tomé el valor de salir.

La música clásica había invadido el gran salón de la hermosa casa de Andrés y una copa de vino descansaba junto a él mientras cortaba algunas frutas en su cocina.

Me detuve a un lado y lo contemplé mientras me preguntaba qué tenía ese hombre de especial para hacerme sentir tan tranquila cuando estaba a su lado, pero no encontré la respuesta.

Andrés se giró en busca de algo y se sorprendió al verme.

—**¿Estás bien?** —susurró sin moverse.

—**¿No me veo bien?**

—**Te ves fabulosa** —respondió guiñándome el ojo.

Abrió una de las puertas de los elegantes gabinetes de su cocina y la nevera apareció frente a mis ojos. Estaba llena de bebidas, agua y frutas ordenadas a la perfección.

Pam y yo no somos tan ordenadas…

Lo observé sacando unas manzanas y una botella del vino que a ambos nos gustaba. Sonreí encantada mientras él llenaba otra copa.

La música clásica terminó y en su lugar sonó aquella canción que bailamos en *Medianoche.* Me mordí los labios para no sonreír ante el recuerdo de aquel momento, pero cuando lo miré, él sí estaba sonriendo y parecía divertido.

Extendió su mano hacia mí y aunque me lo pensé un poco, terminé tomándola. Andrés me haló a su lado y me entregó la copa mientras me rodeaba la cintura con su brazo libre.

—***Cheers*** —susurré recordando nuestra primera vez.

—**Salud…** —respondió él como aquella noche.

Chocamos ligeramente las copas y bebimos sin dejar de mirarnos. Sin dejar de seguirle el ritmo a la canción, con los recuerdos maravillosos invadiendo mi memoria.

—**No te acercaste a mí** —dije, él pareció no entender—. **En *Medianoche* no intentaste acercarte a mí**

—**No** —respondió con tranquilidad—. **Sin querer te oí decirle a Pamela que firmarías el divorcio el lunes siguiente y si hubiera sido cualquier desconocida no me hubiera importado, pero eras tú y no me pareció correcto.**

Sonreí complacida por lo especial que me hizo sentir.

—**¿Pero querías?** —pregunté con curiosidad.

—***And I hope she cheats…*** —cantó evadiendo mi pregunta.

—***Like you did on me…***

Andrés sonrió y besó mis labios provocando un estremecimiento vergonzoso en mi cuerpo.

Intenté alejarme, pero con ambas manos me presionó a él.

—**No te imaginas las ideas que estudié para abordarte esa noche** —confesó—. **Ni siquiera podía creer que estuvieras allí, que hubiera llegado minutos antes que ustedes y las haya visto sin el antifaz.**

Sonreí imaginando la sorpresa que debió ser para él.

—**Era una suerte porque estoy seguro de que de haberme visto, tú, ni te hubieras acercado a mí.**

—**Definitivamente** —admití.

—**Así que pensé observarlas un poco y luego justo antes de medianoche iba a invitarte una copa de manera que, al momento del baile, estuviéramos juntos.**

—**¿Pensabas decirme que eras tú?**

Andrés terminó el contenido de su copa y la dejó sobre la mesa, volvió a abrazarme y me miró con intensidad.

—**No** —admitió—. **Me odiabas… Seguro que ni una copa me aceptabas…** —Sonreí porque no estaba equivocado—. **Planeé tener sexo contigo esa noche y al día siguiente en la fiesta de Amelia intentar ganarme tu simpatía, pero fuiste muy hostil conmigo.**

—**Me caías mal…**

—**No, *hermosa*** —susurró besándome la punta de la nariz—. **Te molestaba que te gustara tanto.**

—**Creído** —me quejé, él amplió su hermosa sonrisa—. **Pero es cierto…, aún me molesta.**

Me abrazó con fuerza mientras se reía de mí.

—**¿Entonces qué…?** —pregunté mirándolo de nuevo—. **¿Crees que el destino nos unió?**

—**Quizá, pero me gustaría preguntarle por qué se tardó tanto en hacerlo.**

Le sonreí aun cuando pensar en esa posibilidad me hizo sentir triste. La idea de que nos hubiéramos conocido años atrás, en esa época en la que ninguno de los dos estaba herido, en la que ninguno de los dos le tuviera tanto miedo al amor, me agradó mucho.

Cuando la canción terminó, Andrés besó mis labios y me llevó hasta uno de los bancos altos de la cocina. Me ayudó a subir y tomó las manzanas que había sacado de la nevera.

—**¿Qué haces?** —pregunté.

—**Una ensalada para nosotros…** —respondió—. **Cuando estoy en casa siempre intento comer sano.**

—**Yo hago lo mismo** —admití.

Él extendió su puño, lo choqué de inmediato, ambos nos reímos.

—**Me gusta cuando sonríes** —dijo sin mirarme—. **Te ves fabulosa cuando lo haces.**

Bebi del vino intentando que sus palabras no me ruborizaran.

—**¿Cómo has estado estas semanas?** —preguntó aún sin mirarme.

El recuerdo de lo mal que lo había pasado me hizo suspirar.

—**Es difícil sonreír en todo momento…**

—**No lo hagas** —respondió extendiendo su mano izquierda para acariciar mi mejilla—. **No siempre tenemos que ser fuertes.**

—**Me gusta ser fuerte** —admití—. **Independiente… Rebelde...**

—**Casi ni se nota** —bromeó haciéndome sonreír otra vez—. **Es que hasta puedo imaginrte en esas marchas feministas que hacen.**

Me carcajeé al imaginar que muchos deben imaginarme allí.

—**Iría, pero no me gustan los extremistas y de un tiempo para acá, esas marchas lo son.**

—**Ya, se les va la mano a algunas.**

Tomó dos platos hondos y puso las cosas que había cortado en ellos.

Verlo me hizo pensar en la diferencia que hay entre ciertos hombres.

Mientras algunos ni siquiera recogen el plato donde comen, como el machista de mi padre, a otros como Andrés no les importa atender a una mujer, eso sin duda le sumó puntos a ese guapísimo hombre.

—**Todo el mundo sabe que un divorcio es difícil** —comentó Andrés—. **Dejar a la persona que amas, es duro. No tienes que ser fuerte para nadie.**

Recordé la última noche en su hotel de Madrid, lo recordé hablándome de su divorcio y aunque en ese momento no quise hablar del mío, esa noche sentí capaz de contarlo sin quebrarme.

—**Él me engañó** —susurré con molestia.

Andrés detuvo el movimiento del cuchillo en sus manos y me miró.

—**No se puede esperar menos de ese imbécil** —dijo.

—**No me engañó con otra mujer… Él…**

La molestia que sentía afloró tan pronto como empecé a hablar de ello, pero, aunque fuera muy extraño para mí, con Andrés no me sentía incómoda de hacerlo.

—**No tienes que contármelo** —susurró él tomándome de la mano—. **No quiero que sufras por culpa de ese hijo de puta.**

Respiré profundo y me tomé unos segundos para ordenar mis pensamientos, intentaba que el vino me diera el valor de continuar.

—**Hace dos años tuve un retraso** —le conté, mi sonrisa apareció en medio de toda la tristeza que ese recuerdo me producía—. **Me asusté mucho, no lo habíamos planeado y yo estaba de viaje.**

Andrés dejó lo que estaba haciendo y se sentó en el banco frente a mí.

—**Dejé de beber y durante toda la semana estuve cuidándome, incluso sin saber si estaba embarazada.**

—**Amor maternal le dicen** —comentó, yo asentí.

—**Al volver a casa, compré la prueba. Preparé una cena especial, con velas y toda esa cursilería.**

Recordarme en ese momento me hizo sentir tonta.

—**Esperé que David llegara para ver el resultado de la prueba… Salió negativo…** —El recuerdo de ese momento me lastimó—. **Y fue horrible… Sin darme cuenta estaba emocionada con la idea.** —Bebí de mi copa y respiré profundo.

Andrés tomó mi mano y sonreí ante su gesto protector.

—**Él sugirió que tuviéramos un hijo. Creyó que era el momento y estuve de acuerdo.**

Él estaba frente a mí, mirándome con mucha atención, con un interés que no recordaba haber tenido de nadie, ni siquiera de David y eso me hizo sentir muy bien.

—**Pasaron casi dos años y nada sucedió, así que mi doctora nos pidió hacernos unos chequeos y descubrimos que yo tenía problemas de fertilidad.**

El odio que me invadía cada vez que recordaba su engaño volvía a quemarme el alma y me tomé un momento para calmarme.

—**Tranquila** —susurró él llevando mi mano hasta sus labios.

—La doctora dijo que debíamos llevar un tratamiento si queríamos ser padres, pero nada funcionó para nosotros.

Respiré profundo, él acomodó mi cabello, sabía que solo intentaba distraerme.

—David hacía planes para nosotros, para nuestros hijos… Pensaba en los nombres, en el color que usaríamos para la habitación…

Me tomé un momento para reprimir el nudo en mi garganta y bebí por completo de mi copa antes de continuar.

—Me sentía mal cada vez que hablaba de nuestros futuros hijos. Cada vez que llegaba con algo que compró para nuestro inexistente hijo, me sentía frustrada… Hace cuatro meses él tomó un trabajo en Barcelona y me quedé sola varias semanas. Un domingo sin nada que hacer, me puse a limpiar, a tirar lo que ya no servía… Y encontré un recibo entre sus cosas. Un recibo de casi dos mil euros que había pagado en una clínica y yo no tenía idea de ese gasto.

Bajé del banco y caminé dentro de la cocina mientras intentaba calmarme, mientras trataba de que no me siguiera afectando.

—Como el gasto se hizo de una cuenta mancomunada, pedí que me enviaran la información detallada, y lo hicieron.

Mis ojos se nublaron a causa de las lágrimas que se acumularon al recordar ese doloroso momento. Andrés se acercó a mí y tomó mi rostro entre sus manos.

—No me cuentes más… —susurró preocupado—. **Te estás haciendo daño, *hermosa*.**

Respiré profundo y me tragué mi dolor, mi molestia, mi decepción.

—David se había hecho la vasectomía.

—¿Qué? —preguntó Andrés confundido.

—Eso —gruñí—. **El hijo de puta se había operado en el mismo mes que yo empecé mi tratamiento.** —La mirada de Andrés se endureció—. **Él sabía que no íbamos a tener hijos y fue tan cruel que estuvo comiéndome la cabeza con sus planes durante casi dos años.**

—¡Qué hijo de puta! —gruñó consternado.

Limpié las lágrimas que cayeron sobre mis mejillas y Andrés incluso en contra de lo que deseaba que hiciera, me rodeó en sus brazos y me presionó contra su pecho con suavidad.

—No merece que llores por él —dijo besando mi cabello.

—No lloro por él —le aseguré—. **Lloro por mí, por lo estúpida que fui, por las mentiras… Por el tiempo que perdí.**

Intenté alejarme, pero no me lo permitió. Levantó mi rostro y con sus manos secó mis mejillas.

—Y lo mandaste a la mierda… —susurró mirándome, yo asentí orgullosa—. **Hiciste lo correcto.**

—Sí, lo sé… Pero aún duele.

—Es normal —aseguró él—. **Es muy pronto, pero pasará.**

Él tomó una servilleta y con cuidado me limpió las mejillas.

—¿Tú nunca has querido ser padre? —pregunté.

—Alguna vez lo pensé. Cuando estuve casado. Pero sentí que era muy pronto. Quería disfrutar de nuestro matrimonio y luego me divorcié, envejecí.

—Sabes que no estás viejo —susurré.

—No, pero la idea de tener un hijo y no poder darle una familia no me agrada.

—También he pensado en eso —admití—, **pero aún tengo esa ilusión… Aunque quizá**

sea un sueño que no podré cumplir.

Andrés volvió a abrazarme y dejé que su calor se llevara todo ese sentimiento doloroso que me invadía cada vez que recordaba la mentira de David. Cada vez que recordaba lo estúpida que fui.

Después de unos minutos, me llevó de regreso al banco y me ayudó a subir en él. Se giró para tomar el plato con frutas que había preparado y lo puso frente a nosotros.

Se sentó a mi lado y con el tenedor tomó un trozo de durazno para luego extenderlo hacia mí.

Esa parte de mí que aún se aferraba a la idea de que no necesitaba esos detalles se alteró, pero al ver cómo su mirada se endureció un poco, terminé abriendo la boca y saboreando el trozo de fruta.

—**¿Ese imbécil no tuvo estos detalles contigo?** —me preguntó.

Seguí comiendo sin responder y él solo sonrió.

—**¿Quieres salir corriendo?** —susurró con diversión, yo negué—. **Mientes, princesa.**

—**No, no lo hago** —aseguré—. **Pero tengo curiosidad** —admití mirando cómo sus labios se movían mientras comía una fresa—. **¿Este es tu *modus operandi*? ¿Así ligas chicas?**

—**¿Crees que tengo un *modus operandi* para ligar chicas?**

—**Le doy mi alma al diablo a que sí lo tienes.**

Él se carcajeó y yo lo miré encantada.

El sonido de su risa era tan sincera, tan hermosa.

—**Lo tengo** —admitió el muy descarado—, **pero créeme que traerlas a mi casa no está entre mis estrategias.**

—**¿Y ahora vas a decirme que soy especial?**

Andrés bajó del banco y se acercó más a mí, acomodó mi cabello y levantó mi rostro para mirarlo.

—**No creo que alguien como tú necesite que le digan que es especial.** —Sonreí sin responder—. **Lo eres y lo sabes, ¿verdad?**

—**Si te respondiera, me convertiría en alguien con un ego tan grande como el tuyo.**

—***Hermosa*, tu ego es más grande que el mío** —susurró.

Ni siquiera pude reírme porque sus labios se presionaron con suavidad sobre los míos y un profundo beso terminó nuestra conversación.

Todo estaba en paz, mientras sus labios tomaban los míos no había dolor, ni tristeza… Solo estábamos él y yo y ese deseo que parecía no tener fin entre nosotros.

Ni siquiera podía ocultar lo mucho que me gustaba estar con él, lo bien que me sentía cuando estaba cerca de su ego y esa seguridad que poseía y yo admiraba en silencio.

Andrés no solo era guapo, elegante e inteligente, también irradiaba una seguridad en sí mismo, admirable. Con un ego muy bien alimentado, Andrés era consciente de lo que tenía y lo que podía ofrecer y esa debía ser la razón por la que tenía tan buena fama dentro de su club.

—**Quédate** —susurró sorprendiéndome—. **Comparte esta noche conmigo…**

Los límites, debemos poner límites o estaré en problemas.

Sonrió como si pudiera leer mi mente, como si fuera consciente de la lucha interna que estaba enfrentando.

Miré hacia el reloj plateado que colgaba en un lado de la cocina y me sorprendí al ver que ya era medianoche.

Hora de irse, princesa…

Me puso de pie, me alejé un poco de él mientras me alisaba la falda.

—**Es medianoche** —susurré—. **Se acabó el hechizo.**

Andrés sonrió y tomándome de la cintura volvió a acercarme a él.

—**No hay un hechizo entre nosotros** —dijo—. **Si fuera así, yo sería el príncipe de tu cuento y no el dragón del que tratas de huir.**

Sonreí pensando que, con un dragón como él, a nadie le haría falta un príncipe y ante ese pensamiento me mordí los labios para no sonreír.

—**No hemos hablado de las reglas** —le recordé, él sonrió.

Su mirada de dragón lujurioso hizo su aparición y mi corazón se agitó con fuerza. Tomó otra fresa y la acercó a mi boca, la tomé sin dejar de mirarlo, sin dejar de seducir al dragón y al ver que no me resultaba tan difícil conseguirlo, me sentí maravillosa, segura, confiada.

—**Delicioso** —susurré.

—**Deliciosa tu boca** —respondió.

Los latidos de mi corazón estaban descontrolados y me costaba mucho mantener la calma porque de nuevo estaba deseándolo. Todo empeoró cuando se acercó más a mí y sin tomarse ni un segundo, se apoderó de mi boca otra vez.

Me colgué de su cuello deseando sentirlo más cerca de mí y él como si me leyera la mente, me presionó a su cuerpo, me sostuvo del culo y me subió sobre la encimera para tenerme a su altura y comerme la boca con exigencia.

Sus manos se colaron entre mi blusa y acariciaron mi piel mientras subía hasta detenerse en mis pechos.

—**Hermosa** —me susurró entre besos—. **Eres realmente hermosa, Anna. Me encantas…**

Quise decirle que él a mí, pero de nuevo tuve su boca, de nuevo sentí sus manos sobre mis pechos y lo disfruté.

Después de casi un mes sin tener sexo con nadie, mi cuerpo estaba tan sensible y necesitado que no le costó nada tenerme a su merced.

Estaba tan excitada y necesitada que fantaseé con el placer que él me daría y aunque sabía que era peligroso, en ese momento solo necesitaba sentirme viva y era con él con quien realmente me sentía de ese modo.

15 Andrés.

De nuevo estaba en mi cama, en mi vida, y aunque me negaba a admitirlo en voz alta, sabía que ella tenía todo con lo que yo podría ser feliz, otra vez.

Físicamente me encantaba, su cuerpo era de un tamaño promedio, de una contextura con la que me sentía cómodo, seguro de que no iba a lastimarla con tanta facilidad.

Su lengua ligera era tan buena para responder como para dar placer y la libertad con la que disfrutaba del sexo era el ingrediente principal por el cual yo estaba cautivado por esa mujer.

*****

No podía dormir, de nuevo estaba allí, mirándola y preguntándome cómo podría hacer para conquistarla, para no ser solo yo quien se sintiera del modo que me estaba sintiendo con ella.

Anna tenía miedo, quizá tanto como yo, pero además estaba lastimada y yo quería curarla, quería que olvidara los días grises que vivió, yo quería darle luz, paz, esa misma que lograba sentir gracias a ella.

—**No** —susurró aún con los ojos cerrados—. **Joder, suéltame** —suplicó Anna, yo fruncí el ceño—. **Déjame… por favor, David me lastimas.**

La sola mención de ese hijo de puta puso a hervir mi sangre, pero cuando su cuerpo empezó a moverse con violencia, me vi obligado a reaccionar y tomé su mano para despertarla.

—**Anabelle** —susurré.

—**Suéltame** —suplicó ella aun dormida— **¡Auxilio!**

—**¡Mierda! Anna, despierta.** —La moví desesperado por despertarla, por sacarla de esa pesadilla que evidentemente la hacía sufrir—. **¡Anna, despierta!**

—**Andrés…**

Su cuerpo empezó a calmarse y dejó de forcejear. La miré y me di cuenta de que no había despertado, algo que me sorprendió.

¿Sueñas conmigo?

—**Anna…** —susurré acariciándole el rostro—. **Anabelle…**

Abrió los ojos de golpe y su cuerpo se alejó de mí, tanto, que si no hubiera estado tomando su mano, ella hubiera caído.

—**Tranquila** —susurré acariciándole los dedos—. **Soy yo.**

Su mirada asustada, el miedo en su rostro y esa respiración agitada me recordaron a esa noche en la que ese hijo de puta la lastimó.

No quería liberarla, pero sentí que lo necesitaba. Asegurándome de que no fuese a caer, la solté y ella se abrazó a su cuerpo, confundida.

—**¿Estás bien?** —pregunté.

Anabelle, respiró profundo y solo asintió.

Salí de la cama y caminé hasta la mesa donde siempre dejaba una botella de agua. La abrí y se la extendí cuando estuve frente a ella.

Anna la tomó con manos temblorosas y bebió.

—**Tuviste una pesadilla** —susurré sentándome a su lado.

Anabelle dejó de beber y me miró con cierta incomodidad.

—**He soñado con esa noche muchas veces** —dijo, mis ganas de golpear al imbécil, crecieron—. **Y no entiendo por qué…**

—**Es normal** —susurré tomando su mano, ella me miró aun incómoda—. **Te atacó, no es algo que puedas superar tan pronto.**

—**Sí, eso dice mi psicóloga.** —Yo solo la miré en silencio—. **Ella cree que por mi carácter no me permito demostrar mis miedos y en mis sueños se liberan.**

Llevé su mano hasta mi boca y la besé.

—**No es para menos, Anna…**

—**No le tengo miedo** —respondió liberándose de mí y saliendo de la cama—, **pero recordar ese momento…**

Ella se detuvo frente a mi ventana y yo intenté ignorar lo hermosa que lucía con mi camiseta para concentrarme en sus problemas.

—**No podía respirar** —susurró obteniendo toda mi atención—. **No tenía fuerzas para liberarme de él… Creí que me mataría.** —*Mierda*—**. Creí que iba a violarme…**

Salté de la cama y fui casi corriendo a su lado. Sin que ella me lo pidiera, la rodeé en mis brazos esperando que ese sentimiento se alejara.

Anna se tensó y pensé que me empujaría, pero no lo hizo.

—**Hoy llegaste** —susurró al girarse para mirarme, no entendí sus palabras—. **En mis sueños pasados no aparecías, pero hoy sí llegaste.**

No supe que decir, ni cómo sentirme.

—**En mis sueños eres el príncipe que rescata a la princesa.**

Sonreí cuando ella también lo hizo, cuando se burló de sus palabras o quizá del hecho de que en sus sueños yo no era el dragón.

—**¿Y me veo bien siendo el príncipe?** —intenté bromear.

—**Muy bien** —respondió mirándome la boca—. **Tanto como de dragón.**

Anabelle se impulsó ligeramente hasta que rozó su nariz con la mía y logró hacerme olvidar las ganas de buscar a ese hijo de puta y hacerle pagar por lo que hizo.

Cuando sentí su respiración agitada, mi mente se nubló y el deseo se despertó violentamente dentro de mí cuando sus manos subieron sobre mi pecho desnudo hasta llegar a mi cuello y acarició la suave barba que ya me había crecido.

—**Pero el dragón es mi favorito** —susurró mirándome a los ojos.

Sin esperar un segundo más, su boca tomó la mía y me besó con una necesidad que me alteró de pies a cabeza.

La sostuve de la cintura y la subí sobre mí, ella gimió al sentirme, al ver lo fácil que le resultaba tenerme a su disposición, listo para ella.

La llevé de regreso a mi cama y caímos sobre ella sin dejar de besarnos, de rozarnos, de provocarnos.

Sin prisa y disfrutando de cada segundo, subí la camiseta que llevaba puesta y toqué sus pechos, su cintura, y llegué hasta ese centro húmedo que necesitaba de mis atenciones.

Abandoné su boca y bajé hasta sus pechos. Atrapé uno de sus pezones con mis dientes y los chupé con fuerza hasta arrancarle un gemido más profundo, uno que le hiciera olvidar ese mal sueño.

Para cuando llegué a su ombligo, ambos estábamos lo suficientemente excitados para no tomarnos mucho tiempo en correrno, pero fiel a mi costumbre, pretendía darle a ella tanto placer como su cuerpo admitiera.

El sonido del teléfono nos interrumpió y aunque me sorprendió que alguien estuviera llamando a las cinco de la mañana, lo ignoré y continué disfrutando de su hermoso cuerpo.

—***Hola, no puedo atenderte ahora*** —escuché mi voz al activarse mi contestador—. ***Déjame un mensaje y luego te llamo.***

Anna se distrajo por un segundo, pellizqué con más fuerza sus pezones y eso la hizo concentrarse de nuevo en mí.

—***Andrés*** —susurró una voz femenina al otro lado del teléfono—. ***¿Estás ahí?***

Sorprendido de escuchar su voz, me detuve y miré hacía el teléfono sobre mi mesa de noche sin poder creer que Luciana estuviera llamándome.

—***Lamento lo que te dije*** —dijo con una voz triste—. ***Todo esto es muy difícil… Lo que estoy viviendo es difícil.*** —La oí llorar—. ***Me han operado y desearía tanto que estuvieras aquí.***

Sus palabras retumbaron en mi mente sin que yo pudiera evitarlo y terminé sentándome.

—**¿Es tu esposa?** —preguntó Anabelle.

Quise corregirla y recordarle que ya no era mi esposa, pero la llamada me había dejado confundido y lo único que hice fue asentir en respuesta.

Por unos pocos segundos me pregunté por qué Luciana me había llamado, por qué si tenerme cerca le hacía daño deseaba que estuviera a su lado. Me pregunté si debía devolverle la llamada o como dijo Carol, dejar que ella supere sus problemas sin mí, al fin y al cabo, yo ya no era parte de su vida y no había razones para serlo de nuevo.

El golpe de la puerta al cerrarse me hizo abandonar mis pensamientos y en ese momento me di cuenta de que Anna no estaba a mi lado.

Al ser consciente de lo que estaba pasando, me puse de pie y salí de mi habitación, corrí hacia las escaleras y llegué al salón esperando verla allí, pero ni siquiera vi su bolso sobre el sofá.

—**¿Anabelle?** —llamé.

No obtuve respuesta y caminé fuera de la casa esperando verla en el jardín pero el sonido del motor de un auto en la entrada me advirtió de lo que estaba pasando.

Corrí hacia la puerta y llegué allí en el preciso momento en el que un taxi empezaba a moverse con ella dentro.

—**¡Anabelle, espera!** —grité.

Estaba seguro de que ella me había escuchado, pero ni siquiera se tomó un segundo para mirarme y el vehículo se alejó a toda velocidad.

—**¡Pero, qué mierda!** —grité al darme cuenta de la estupidez que había hecho—. **¡Carajo!**

La idea de subir a mi auto y seguirla me tentó, pero sabía que en ese momento lo mejor era dejarla sola.

—**¡Mierda!** —grité—. **¡Mierda!**

Furioso conmigo mismo, entré a mi casa y busqué mi móvil. Marqué al número de Anna, pero este me llevó directo al buzón.

Ni siquiera podía creer lo que estaba pasando, pero sabía que ese error iba a costarme muy caro. Sabía que quizá le había dado una buena razón para alejarse de mí y no iba a poder culparla, no después de esa noche.

16 Anabelle.

Sin querer él me había dado la mejor muestra del error que estaba a punto de cometer y en el fondo se lo agradecía porque me había aclarado el panorama.

Era jueves por la noche y Amelia me había invitado al club, Sebastián me aseguró que podría ir sin problemas y acepté.

Esa noche elegí usar un vestido negro que había comprado con la intención de lucirlo en *Medianoche*, pero que a causa de una discusión con David nunca pude estrenar. Lo había metido en mi equipaje prometiéndome usarlo cuando visitara *Despertar* y esa noche era el momento indicado.

La tela sintética se me ajustaba como guante al cuerpo resaltando con descaro mis curvas. Me había atado el cabello en una cola de caballo y había maquillado mi pálido rostro de manera adecuada. Mis ojos delineados de negros, mis labios pintados de rojo y unos tacones de aguja que me hacían sentir maravillosa.

Miré mi teléfono por milésima vez y aunque quise leer los diez mensajes que Andrés había enviado, me había prometido no hacerlo, no ese día.

Solo observé el texto que había enviado Amelia asegurándome que ya estaban en el club.

Mis manos se movían inquietas dejando relucir mi nerviosismo y aunque no iba a admitirlo, sabía que la razón era la idea de que Andrés estuviera esa noche en su club.

—**¡Que te den, tío!** —gruñí al pensar en él.

El taxista me miró por su retrovisor y avergonzada observé el recorrido del coche a través de la aplicación. Me di cuenta de que estaba a una calle de allí, cerré los ojos y respiré profundo por algunos minutos hasta que el auto se detuvo. Bajé el vidrio para sonreírle al hombre de la entrada y este nos dejó seguir.

Cuando el auto se detuvo, pagué el servicio y bajé. Mientras acomodaba mi vestido observé la entrada del club con cautela y mis nervios se calmaron un poco al no ver a Andrés.

La idea de que estuviera al tanto de mis intenciones de ir no era tan descabellada teniendo en cuenta que Amelia lo sabía, pero quizá él había entendido que no tenía ganas de escuchar sus tontas excusas.

Dispuesta a pasármela bien, llegué a la recepción y una mujer pequeña de cabello cobrizo me sonrió.

—**Hola…** —la saludé al estar frente a ella.

—**Buenas noches, mi nombre es Sil… Bienvenida a *Despertar*** —Sonreí ante su formalidad —. **¿Es su primera vez aquí?**

—**Sí, pero he sido invitada**.

—**De acuerdo, me dice su nombre, por favor.**

—**Anabelle Mondedeu.**

La pequeña mujer tecleó mi nombre en su ordenador y luego sonrió.

—**Sí, aquí está** —susurró entusiasmada—. **Deme un segundo, por favor.**

Ella se giró en busca de algo y la observé abriendo unos cajones, tomó un par de cosas y luego volvió frente a mí.

Sil abrió una pequeña caja negra y empujó hacia mí una tarjeta magnética con el nombre del club en color dorado.

—**El jefe me pidió que le entregara su tarjeta de socio V.I.P**

—**¿V. I. P?** —repetí tomando la tarjeta entre mis dedos.

—**Sí, formalmente es socia preferencial del club, señorita Modedeu… ¡Bienvenida!**

—**Vale, gracias** —respondí asombrada—, **pero llámame Anna, por favor.**

—**Bueno, si así se sentirá más cómoda…** —respondió la joven del otro lado de la recepción —. **¿Qué color de pulsera quiere usar?**

Sacó de una caja de joyería tres pulseras, todas del mismo diseño, pero en diferentes colores. Una amarilla, otra verde y la más hermosa una con piedras rojas que tomé en mis manos y observé con admiración.

Alguna vez había ido a clubes donde exigían usar las pulseras, pero nunca había visto unas tan elegantes y hermosas.

—**Supongo que tienen el mismo significado que en otros clubes, ¿verdad?** —pregunté.

—**Supongo que sí** —respondió Sil—. **Amarilla: sin sexo. Verde: consensuado y roja: acepta todo.**

Sonreí y aunque mi lado alocado quiso tomar la pulsera roja, me dije a mí misma que primero debía observar la dinámica del lugar y luego, otro día, podría tomar la roja.

—**Verde** —respondí tomando la pequeña joya—. **Pero puedo ir a cualquier lugar con esta, ¿cierto?**

—**Sí, a cualquier lugar** —respondió Sil pasando la tarjeta por el escáner para registrar mi ingreso—. **¿Le han dado un recorrido por el lugar?** —Yo negué—. **Oh, bueno, en el primer piso están los salones, se dividen por el color, como el de las pulseras. El que está cruzando la puerta es el amarillo, nada de sexo allí.**

Solo me limité a asentir.

—**Cruzando las cortinas podrás encontrar el salón verde…** —dijo—. **Todo es consensuado, pero la penetración no está permitida allí…** —Volví a asentir—. **Y luego está el salón rojo, el último, y es donde todo está permitido. Por ser socia VIP tiene reservado un privado y una habitación en el segundo piso.**

—**¿Un privado?**

—**Sí, son habitaciones provistas de todo lo necesario para divertirse. Las habitaciones del segundo piso son de corto tiempo… Máximo la puede tener por dos horas.**

Asentí mientras ella me devolvía la tarjeta.

—**¿También tiene áreas de Dominantes?**

—**Claro** —respondió Sil con más emoción—. **Tenemos la casa gótica, está al pasar todos los salones, detrás de la piscina.**

—**Genial.**

—**Usted no parece una sumisa** —susurró Sil.

Mi sonrisa se amplió.

—**No lo soy** —admití—, **pero siento curiosidad…**

—**Pues, hoy podría ser una buena noche para aprender.** —La miré sin entender—. **Los jueves y sábados dan clases para principiantes.**

—**¿Principiantes?**

—**Sí, personas que quieran aprender un poco sobre la dominación o sumisión.**

Mi sonrisa fue aún más descarada ante lo que estaba escuchando.

—**¿Quiénes dan las clases?**

—**Dos socios muy respetables, uno de ellos es mi esposo** —respondió con orgullo—. **Las clases empiezan sobre la medianoche** —agregó la joven sonriéndole a las personas que habían llegado—. **Mi esposo es muy cuidadoso, si quieres aprender un poco, él podría serle útil.**

—**Vale, me lo pensaré… Gracias, Sil.**

—**Disfruta tu noche, Anna.**

Le regalé una sonrisa sincera y emprendí mi camino hacia el salón amarillo. La idea de las clases en la casa gótica me emocionó al máximo y me prometí tomar por lo menos una antes de volver a Madrid.

Después de atravesar el salón verde, continué hasta el rojo y sonreí al ver a Sebastián de pie junto a la barra. El hombre esa noche había decidido vestir de negro, y sus rulos caían tan perfectos sobre su rostro cuadrado…

Pensé en lo afortunada que era Amelia por tener a un hombre así a su lado, por tener su amor y vivir esa bonita historia.

La pequeña afortunada, estaba sentada en uno de los bancos y esa noche había decidido llevar un corto vestido azul, el cabello suelto, y parecía alegre mientras bebía algo de una copa.

Sonreí cuando Sebastián se inclinó hacia ella y le besó la mejilla,

—**¡Hola!** —exclamé cuando estuve frente a la pareja.

Ambos giraron sonriéndome, pero la sorpresa que les causó el atuendo que había elegido esa noche se divisó en sus rostros.

Giré en mis tacones dejándoles verme por completo.

Sebastián me dio una mirada rápida digna de alguien tan educado como él, pero el guapo bartender se apoyó de la barra y se tomó el tiempo que quiso en mirarme de pies a cabeza.

—**¡Dios mío!** —exclamó Amelia—. **No era broma cuando dijiste que hoy ibas a divertirte.** —Me eché a reír—. **¡Te ves fabulosa!**

Amelia bajó del banco y me abrazó unos segundos, luego me tomó de la mano y me hizo girar para mirarme de nuevo.

—**Vas a matar a más de uno aquí** —susurró Sebastián al acercarse e inclinarse para besar mis mejillas—. **Bienvenida.**

—**Gracias** —respondí divertida—. **Y gracias por la membresía. En verdad no era necesaria, con una invitación me daba por bien servida.**

—**No lo hice yo** —respondió él con su típica voz calmada.

El corazón me saltó con fuerza dentro de mí pecho al oírlo.

—**¿Qué desea tomar, señorita?** —preguntó el hombre detrás de la barra.

Me sentí agradecida por su intervención y le sonreí al mirarlo.

El sujeto era un moreno de ojos oscuros achinados, con frondosa barba, nariz ancha y unos labios maravillosos.

¡Hasta el del bar es guapo, joder!

Dejé de comerlo con los ojos y subí sobre uno de los bancos junto al que estaba ocupando Amelia.

—**¿Qué me ofreces?** —pregunté sonriéndole al hombre.

Él se inclinó sobre la barra y clavó su intensa miranda sobre mí.

—**Creo que un *Bloody Mary* sería perfecto para ti** —respondió—. **Es una bebida ardiente, pero nada complicada y es recomendada para festejar triunfos, pero sobre todo para superar contratiempos desagradables.**

Sorprendida miré hacia Sebastián y este me sonrió.

—**¡Es bueno el tío!** —exclamé complacida y luego me volví hacia el moreno—. **Vale, tomaré uno de esos entonces.**

Él me guiñó el ojo y puso en marcha la elaboración de mi bebida.

Amelia tomó su copa de vino, pero la detuve tomando su mano para admirar la pulsera que llevaba esa noche.

—**Estás arriesgada hoy, tía** —le dije—. **Yo tomé la verde.**

Cuando Amelia vio mi pulsera giró de inmediato hacia Sebastián quien al mirar la joya solo atinó a sonreír.

Amelia le frunció el ceño a su novio y se giró sobre su banco con la intención de hablarme, pero la presencia de alguien detrás de mí, la distrajo.

—**Buenas noches** —saludó una voz que me agitó hasta el alma.

Me sentí furiosa cuando mi corazón cursi dio un salto al oír su voz. Miré sobre mis pestañas a Sebastián dándole la mano a su amigo y luego escuché el sonoro beso que supongo Andrés le dio a Amelia.

Intenté ignorarlo mirando al morenote del bar, ese con el cual no tendría ningún problema en divertirme.

Mi cuerpo se estremeció cuando Andrés se acercó haciéndose visible ante mí. El aroma de su perfume me recordó a los muchos encuentros que habíamos compartido y al maravilloso sexo que ese hombre podía dar.

Continué con la mirada fija en el moreno, pero siendo consciente de que Andrés se había acercado más de lo necesario, tanto que casi podía rozarme cuando extendió su mano hacia el bartender.

—**Hola, Jack…** —saludó Andrés con una voz melodiosa.

Jack… Me gusta el nombre.

—**Jefe…** —respondió el moreno mientras sostenía una botella de *Tabasco*—. **¿Tres o cinco gotas?** —me preguntó con su voz ruda.

—**Cinco** —respondí regalándole una sonrisa divertida.

—***Hermosa*** —susurró Andrés, lo ignoré—. **He tratado de hablar contigo** —dijo acercándose un poco más—. **Te he enviado varios mensajes.**

Sabiendo que no podía actuar como una loca celosa, giré mi asiento para darle cara al idiota y casi no pude respirar al tenerlo tan cerca.

Él y su mirada de dragón parecían estar de regreso. Nada comparado con el hombre que había entrado en shock a causa de la llamada que nos interrumpió.

Recordarlo de ese modo me ayudó a mantenerme firme en mi decisión de alejarme completamente de él.

—**¿Que no te haya respondido no te da una idea de lo interesada que estoy por oírte?** —pregunté mirándolo a los ojos.

—**Lo siento, *hermosa.***

—**Déjalo ya, ¿vale?** —pedí con firmeza y giré para mirar a Jack—. **¿Está listo?** —le pregunté.

El moreno empujó el vaso hacia mí y me observó cuando lo tomé. Le di un sorbo a la bebida, disfruté del sabor del vodka y las gotas de picante causaron una explosión en mi paladar. Era extraño para alguien que solo bebía vino, pero sentí que era lo que necesitaba en ese momento.

—**¡Me encanta!** —exclamé bebiendo un poco más—. **Gracias, Jack.**

—**De nada, señorita.**

—**Soy Anna** —dije extendiéndole mi mano.

Jack la tomó y por unos segundos lo vi mirar a Andrés, una mirada que sabía, encondía algo, pero no podía saber qué.

—**Soy Jack…** —se presentó el moreno—. **Estoy para servirte…**

—**Pues creo que hoy me servirás mucho** —respondí bajando del banco.

Sentí la mirada de Andrés recorriendo mi cuerpo, pero lo ignoré.

—**Una pregunta, Jack** —susurré mirándome en los ojos oscuros del hombre—. **Me dijo la chica de la recepción que en la casa gótica están dando clases para principiantes.** —Él se sorprendió—. **¿Sabes dónde puedo inscribirme para tomar una?**

Jack miró de nuevo la pulsera que tenía en mi muñeca y pensé que quizá mi elección evitaría que pudiera participar, pero cuando el moreno volvió a mirar Andrés, le fruncí el ceño.

Jack no había respondido a mi pregunta y parecía esperar que su jefe le autorizara a hablar.

Me giré hacia Andrés sin entender lo que estaba sucediendo.

—**¿Necesito permiso de los dueños para participar?** —pregunté.

Andrés me miró con frialdad.

—**No, no lo necesitas** —respondió aun cuando no parecía complacido con su respuesta.

—**Yo puedo inscribirte…** —respondió Jack finalmente.

—**¡Genial!** —gruñí mirando a Andrés porque sabía que había necesitado de su aprobación para que me aceptara en las putas clases—. **Sil me recomendó a su esposo… ¿Lo conoces?**

El moreno esbozó una suave sonrisa y asintió.

—**Soy su esposo…** —respondió con una voz que me encantó.

Siempre es una pena ver a un hombre tan guapo con dueña, pero ella era una chica tan encantadora que no sentí envidia y solo sonreí.

Jack no lucía como un *Dom* detrás de esa barra, pero la mirada intensa que tenía definitivamente era la de uno, y no pude evitar sentirme encantada con la idea de tener mi primera experiencia con un tipo como él.

—**Bien, supongo que nos veremos a la medianoche** —susurré.

—**Justo a esa hora** —respondió Jack.

Le guiñé el ojo y me giré hacia la pareja de enamorados que me observaba con cierta preocupación.

Le sonreí a Amelia porque estaba segura que la idea de que yo participara en algo así debía aterrarla.

—**Iré a darle un recorrido al lugar** —dije acomodándole el cabello—. **Aprovecharé mi tiempo antes de que empiecen mis clases.**

—**¿Estás segura?** —preguntó ella, amplié mi sonrisa.

—**Ya sabes, me encanta aprender cosas nuevas.** —Besé su mejilla y le sonreí—. **Nos vemos luego.**

Les lancé un beso a ambos y me giré en mis zapatos de tacón sin mirar ni un segundo a Andrés. Caminé hacia las puertas que supuse llevaban directo a la piscina buscando alejarme de él y de esa mirada que parecía calentarme en segundos, de esa voz que mi corazón había empezado a reconocer porque, aunque no quería admitirlo, sabía que él podía, si se lo proponía, hacerme cambiar de parecer respecto a mi idea de alejarlo de mí y no estaba dispuesta a darle la más mínima oportunidad.

17 Andrés.

La observé mientras se alejaba, mientras movía su culo como una gatita feliz. Una gatita que sabía, me arañaría si me acercaba en ese instante, así que decidí darle un poco de libertad para calmar su mal humor.

—**Ella lleva tu pulsera…** —susurró Jack.

—**¿Por qué ella lleva tu pulsera?** —me reclamó Amelia bajando de su banco—. **Ustedes no tienen una relación, no deberías darle una pulsera de exclusividad, y si lo haces deberías tener la delicadeza de decírselo.**

Fruncí el ceño y levanté la mirada unos segundos a Sebastián, el cabrón estaba sonriendo con visible diversión.

Sin pensármelo un segundo, tomé de la cintura a la novia de mi amigo y la senté sobre la barra. Amelia palideció apenas le regalé una mirada poco amable.

—**Parece que España te hizo valiente, mi querida Amelia** —gruñí sobre ella—, **pero cuida la forma en la que me hablas…**

Sebastián acercó su mano y tomó la de su chica, lo que la hizo recuperar su seguridad sabiendo que él la defendería de mí.

—**No he dicho nada que no sea cierto** —respondió ella aun cuando estaba nerviosa—. **No tienes derecho a pedir exclusividad a alguien que olvidas cada vez que tu mujer aparece.**

—**Amelia…** —susurró Sebastián.

Ni siquiera me sorprendió su reproche, pero estaba seguro de que sus palabras eran una copia de las que seguramente Anna había usado.

—**Creo que no sabes las reglas del club, ¿verdad, mi querida Amelia?** —pregunté sin quitar mi mala cara—. **¿Sebastián no te ha dicho que dentro de este salón tenemos reglas?**

—**No, no lo hice** —respondió mi amigo, Amelia lo miró preocupada.

—**Yo lo haré por ti, socio** —gruñí ganándome la atención de la pequeña mujer frente a mí —.

Si le faltas el respeto a cualquier persona de aquí, esa persona puede castigarte.

Amelia casi palideció al oírme, algo que casi me hace sonreír.

—**Teniendo en cuenta que no lo sabías, voy a perdonarte esta vez, pero repito: cuida la forma como me hablas porque la próxima vez tu bonito coño pagará por tu atrevimiento.**

—**¿Atrevimiento por qué?** —preguntó Amelia—. **¿Porque estoy de acuerdo con Anabelle o porque no me parece razonable que le pongas una pulsera de exclusividad cuando no das lo mismo?**

—**No es una pulsera de exclusividad** —le aclaré—. **Es una pulsera de cuidado, de precaución ante estúpidas decisiones.** —Amelia se sorprendió al escucharme—. **La primera vez que la usaste, Sebastián solo intentaba evitar que pasaras un mal momento; es el mismo motivo por el que Anabelle lleva una.**

—**Creo que no la conoces** —respondió Amelia empujándome—. **Anna lleva años visitando lugares como estos.**

—**Lo sé** —respondí—. **¿Pero, la has visto interesada en el sadomasoquismo o la**

sumisión?

Eso era algo que no sabía y esperé por la respuesta de Amelia. Ella se lo pensó un poco, pero al final no dijo nada al respecto, lo cual me hizo sentir más tranquilo.

—**Quizá Anabelle no sea tan temerosa como tú** —susurré—, **pero está furiosa conmigo y ustedes las mujeres tienen la mala costumbre de castigarnos haciendo tonterías.** —Amelia me regaló una mala mirada—. **No evitaré que participe en lo que decida. Solo voy a asegurarme de que no tome una mala decisión por mi culpa.**

Amelia dejó caer sus tensos hombros y cuando miré a mi amigo él estaba sonriendo. Dio un paso hacia su chica y yo me alejé.

—**Andrés** —susurró Jack llamando de nuevo mi atención—. **¿Cuáles son los límites permitidos?**

—**Nada de golpes** —sentencié con molestia—. **Es lo único que te estoy prohibiendo.** —Jack asintió—. **Ni tú ni nadie puede golpearla.**

La sola idea de que ella quisiera participar en una clase de esas me preocupaba, no es que no la creyera capaz de soportarlo, a decir verdad sabía que podía con ello, pero aún recordaba la conversación que habíamos tenido, recordaba sus miedos a causa del ataque de su exmarido y no estaba seguro que experimentar eso pudiera ser bueno para ella, sin embargo, no podía opinar al respecto.

Golpeé la barra con frustración y caminé en la misma dirección que Anabelle había tomado. Llegué al jardín y la encontré sentada en la barra.

Anabelle estaba observando a Brie dándole sexo oral a Josh, mientras él besaba con pasión a Lian, su novio.

Me acerqué a ella y la vi cerrando los ojos por un instante.

—**¿Tienes un minuto?** —pregunté al sentarme a su lado. Anabelle ni siquiera me miró, así que decidí hablar—. **Lamento lo que pasó ayer.**

Ella respiró profundo, pero no dijo nada. Continuó observando al trío ignorando por completo mis palabras.

—**¿Quién crees que se correrá primero?** —preguntó sorprendiéndome—. **¿Ella o él?**

Quise seguir disculpándome, pero pensé que quizá debía aceptar esa conversación como una tregua, miré hacia la piscina y observé a Brie y a Lian compartiendo la polla de Josh.

—**Ella** —respondí mirando la escena.

—**¿Por qué ella?** —preguntó mirándome—. **Él parece estar a punto de terminar.**

Sonreí y la miré.

—**No te dejes engañar, *hermosa*… Josh solo terminará cuando tenga sexo con su novio. En cambio ella podría correrse incluso chupándosela.**

La mirada que Anna me dio no ayudó a controlar el deseo que me producía tenerla en el club.

—**¿La conoces?** —preguntó.

Eché un vistazo al trio y asentí.

—**Creo que conozco al 80% de los que vienen aquí.**

—**¿Has follado con ella?** —preguntó, asentí sin problemas—. **¿Y te gustó follarla?**

Me humedecí los labios cuando ella miró mi boca, me deseaba, quizá tanto como yo a ella, pero era orgullosa y estaba seguro de que esa noche no me permitiría disfrutarla.

Aclaré mi mente, recordé su pregunta y asentí.

—**¿Y conmigo?**

—**¿Contigo qué?** —pregunté acercándome más a ella.

—**¿Te gustó follarme?**

Anna mordió sus labios y mi respiración se agitó.

—**Si necesitas que te responda** —susurré inclinándome hacia ella hasta rozar nuestras narices—, **creo que tendré que demostrártelo, otra vez.**

—**No sé si esté interesada** —susurró asegurándose de chocar sus labios ligeramente con los míos—. **Lo último que recuerdo es que estuve desnuda en tu cama y tú olvidaste que estaba allí cuando tu mujer llamó.**

—**¿Podemos hablar en otro lugar?**

—**Nunca me sentí tan humillada** —dijo mientras miraba mis labios—. **Y no estoy interesada en experimentar algo tan desagradable otra vez.**

Los gritos de placer invadieron el lugar, pero ni ella ni yo miramos a Brie corriéndose.

—**Bravo** —aplaudió Anabelle dando un paso hacia atrás para alejarse de mí—. **Conoces muy bien a tus amantes, te felicito.**

Acarició mi pecho y suspiró.

—**No estoy interesada en joderme la vida con alguien como tú** —susurró con pesar—. **Aléjate de mí… Mi vida ya tiene suficiente drama sin tu ayuda.**

Y con esas palabras ella se giró en sus zapatos y se alejó de mí.

Quise seguirla y disculparme.

Quise explicarle la situación con Luciana, dejarle claro mis sentimientos hacia ella, pero me obligué a no hacerlo y solo repetí mentalmente sus últimas palabras:

«Aléjate de mí…»

Y aunque era lo último que deseaba hacer, acepté en silencio su petición y caminé hacia el otro lado del club convencido de que alejarnos sería lo mejor para ambos, o eso quise pensar…

18 Anabelle.

Aquellos traumas que arrastras desde la infacia y no superas, siempre aparecen en situaciones que las sientes similares y te obligan a actuar a la defensiva. Te obligan a negarte a ser parte de una historia que no quieres representar y puedes, sin darte cuenta, cometer errores por temor a equivocarte.

*****

Jack debía medir más de uno noventa. Llevaba el cabello rebajado, pero aún se podían notar sus pequeños y sedosos rizos.

La primera impresión que tuve cuando lo vi no era ni de asomo como la que me dio en el preciso momento en que cruzó la puerta de la casa gótica. Tenía una seriedad glaciar, se movía con una seguridad envidiable.

Caminé con cierto nerviosismo hacia donde él estaba, pero mi ceño se frunció y mis pies se detuvieron cuando vi a varias mujeres arrodilladas frente a él y otro sujeto musculoso.

Ni de coña, yo no voy a arrodillarme.

Miré con molestia a Jack y este solo levantó dos dedos y me pidió que se acercara. Mirando con desagrado a las mujeres, caminé hasta donde el moreno esperaba por mí y me detuve frente a él levantando mi rostro lo suficiente para que le quedara clara mi postura.

—**Si no me equivoco** —susurré—, **tengo que decirte lo que no estoy dispuesta a hacer, ¿cierto?** —Jack se tardó unos segundos y luego asintió—. **Bueno, Jack, arrodillarme frente a ti, es algo que no estoy dispuesta a hacer.**

Él ni siquiera mostró una pizca de emoción al oírme, solo me contempló con seriedad, con una que empezó a ponerme nerviosa.

—**Si quieres jugar a tu modo, deberías regresar al otro lado del club** —dijo sorprendiéndome—. A**l cruzar esa puerta tienes dos opciones: ser la que toma el látigo o la que recibirá el azote.**

Dejé de respirar cuando su gran mano tomó mi rostro con firmeza.

—**Si quieres tomar esta clase, las reglas las pondré yo, cariño** —enfatizó con voz dura—. **Y una de ellas será no tutearme.**

Sentí la necesidad de salir corriendo, de tomar la opción de marcharme sin tener que inclinar la cabeza ante un hombre, pero una parte de mí, esa que sentía mucha curiosidad por ese tipo de juegos, me obligó a no moverme, así que muy a mi pesar, terminé asintiendo.

—**Sí, señor** —dijo Jack mirándome con intensidad—. **Es la respuesta que espero escuchar…**

Solo son dos palabras… No es tan difícil, Anna.

Admito que me resultaba difícil obdecer y mostrarme inferior a los hombres. Me daba vergüenza complacerlo y lucir como una mujer débil a la que cualquiera podría utilizar a su antojo.

Ni siquiera metalmente podía repetir esas dos palabras y entendí que quizá, aunque me sentía muy interesada sobre el tema, ese estilo no estaba hecho para mí.

Pensé en que lo mejor era marcharme, pero del otro lado del club estaba Andrés y necesitaba con desesperación, ser firme en mi decision de alejarme de ese hombre por el cual tenía

sentimientos que podrían romper mi corazon sin ningun esfuerzo.

Gracias al mal momento que pasé con Andrés, tomé el valor para decir esas dos palabras que Jack esperaba oír.

—**Sí, señor** —respondí.

Jack ni siquiera sonrió satisfecho de su logro, solo miró detrás de mí unos segundos y luego volvió su atención a mí.

—**Bien. No puedes hablar sin mi permiso.** —Lo miré con desagrado al oírlo—. **Y tampoco puedes mirarme a los ojos a menos que yo te lo pida.**

Iba a quejarme, pero quería tachar el sexo dominante de mi lista de cosas por hacer antes de morir y Jack me pareció el hombre perfecto para iniciarme, así que logré controlar mis ganas de mandarlo a la mierda y obedecí.

—**Arrodíllate** —ordenó Jack, lo miré con desagrado apenas lo oí—. **¿Me has escuchado?**

No, definitivamente yo no iba a arrodillarme.

—**Si no te inclinas, te azotaré** —me advirtió y le creí.

Su voz, su mirada, la rigidez de sus hombros, todo en él emanaba seguridad, poder, uno que no había visto mientras estuvo detrás de la barra.

La idea de inclinarme me perturbó más que la amenaza de los azotes que estaba segura podría soportar, sin embargo, mi orgullo machacado era algo que no estaba dispuesta a aceptar.

—**¿Prefieres los golpes que inclinarte?**

Asentí sin mirarlo y esperé valiente mi castigo.

—**Mírame** —ordenó Jack, tardé más tiempo del necesario en obedecer, pero lo hice—. **Ceder el control y recibir órdenes son las principales lecciones que debe aprender una sumisa, si no te inclinas, no podrás tomar esta clase.**

La lucha interior que tenía era tan fuerte como mis ganas de no lucir como una cobarde, así que, aferrándome a ello, accedí a su petición.

Él me ofreció su mano como si fuera un caballero, la tomé y bajé una rodilla, luego la otra y terminé en la misma posición que las otras mujeres.

La forma en la que Jack me acarició el cabello me hizo sentir aún más humillada, pero retuve el impulso de empujar su mano.

—**En la lección de hoy les daré una muestra de lo que es el *Romantic Bondage*** —explicó Jack con su maravillosa voz—. **Entiendo que no todas tengan la misma necesidad. Algunas de ustedes están aquí para aprender cómo ser una sumisa convencional, de tiempo completo… Otras solo quieren hacerlo durante el sexo y otras quieren aprender algo nuevo.**

Escuché con atención lo que decía Jack y aunque aún deseaba ponerme de pie, me di cuenta de que no era tan malo como lo había pensado.

—**El *Romantic Bondage* ayuda al enriquecimiento erótico del sexo vainilla, implementando nuevas herramientas y juegos que harán del sexo convencional algo más divertido.**

¿Sexo divertido? ¡Me gusta!

—**Hoy lo haremos a través de juegos con restricciones.** —La palabra restricción volvió a alterar mis nervios—. **Usaremos las cuerdas para ayudarlas a disfrutar de las sensaciones placenteras que produce el ceder el control a otra persona** —respiré profundo sabiendo que, si algo me superaba, podía detener todo esto—. **Quiero que me escuchen con atención porque necesito que entiendan lo que estoy diciendo…**

Quise levantar la mirada, pero no lo hice. Miré a mi costado y observé a la rubia de cabello largo junto a mí. Tenía la piel blanca como el papel, pero en ella tenía marcas rojas de visibles agresiones que me helaron la sangre.

—**Ninguna de ustedes se parece la otra** —aseguró Jack más cerca de mí—. **Un *Dom* debe tener la capacidad de saber lo que su *Sub* necesita. Si atan para causar dolor, será solo si su sumisa es capaz de disfrutar del sadomasoquismo, pueden atar para dominar o pueden querer solo inmovilizarlas y entonces estarán disfrutando del *Bondage*.**

Luces rojas se encendieron en mi cerebro y la palabra *Bondage* parpadeó en mi mente sabiendo que eso era lo único que podía permitirme experimentar, pero la idea de que Jack no pudiera saberlo me asustó.

Cuando su mano se extendió frente a mi rostro, me sorprendí y sin saber qué era lo que él deseaba, la tomé.

—**Levántate, dulzura** —ordenó Jack y con su ayuda, lo hice.

El moreno me sorprendió al acariciarme la mejilla con cuidado.

—**¿Estás bien?** —preguntó, asentí asombrada.

Su seriedad no se suavizó, pero su mirada fue cálida por unos segundos. Sentí sus manos alrededor de mi cintura y con cuidado me hizo girar.

Solo en ese momento me di cuenta de que junto a las mujeres que estaban arrodillas había cuatro hombres, ninguno parecía pasar los treinta, lucían muy jóvenes. Todos estaban vestidos con pantalones de piel negra ajustados, no llevaban camisa y la seriedad en sus rostros se parecía a la de Jack.

Mi momento se arruinó cuando vi a Andrés sentado a un lado de la barra y entre sus piernas una mujer le acariciaba el rostro con demasiada confianza. Lo odié por la forma ridícula como me hacía sentir, porque esa desagradable sensación que causan los celos creció dentro de mi pecho al ver las manos de ella acariciándolo.

No pierdas tu tiempo, él sigue enamorado de su exesposa, me recordé.

—**Cada una de ellas tiene una pulsera** —exclamó Jack levantando mi brazo para mostrar la mía—. **Cada color representa lo que ellas permiten: el rojo, significa que puedes hacerle lo que desees.** —Me sentí agradecida por mi elección esa noche—. **Si tiene una pulsera verde, como esta, tendrán que preguntarle cuáles son sus límites.**

Solo en ese momento observé las muñecas de las mujeres que seguían arrodilladas y mi ceño se frunció al darme cuenta de que las que ellas llevaban eran de plástico, con el nombre del club impreso, nada como las elegantes joyas que Amelia y yo usábamos esa noche.

Por un segundo recordé la expresión en el rostro de Ame al verme la pulsera y sin saber qué sucedía, llevé mi mirada furiosa hasta el bar donde estaba Andrés. Para mi sorpresa, él ya no estaba allí, se había ido.

Había llegado a pensar que estaba allí por mí, porque estaba preocupado por mí, porque quería cuidarme…

Qué ridícula eres, Anna…

—**¿Has hecho esto antes?** —me preguntó Jack, yo negué—. **¿Ni siquiera simple Bondage?** —Volví a negar—. **Puedes hablar, Anna** —ordenó levantando mi rostro para mirarlo—. **¿Te interesa esto?**

—**Siempre sentí un poco de curiosidad, pero no me sentía segura de querer participar… Tampoco sabía que podía tomar clases hasta que tu esposa lo mencionó.**

La mención de Sil provocó en él una tensión que rápidamente relajó.

—**Bien, ya que no tienes experiencia en esto y no te conozco lo suficiente como para suponer lo que buscas o necesitas, empezaremos con algo medianamente parecido al sexo vainilla.** —Asentí y él volvió a girar hacia los demás—. **Ahora voy a atarte… Elige una palabra de seguridad.**

Apenas estaba meditando en ello cuando Andrés volvió a aparecer frente a mí y a su lado, tomándole la mano estaba aquella mujer que sonrió de modo burlón al verme.

—**¡Cabrón!** —gruní mirándolo.

Andrés giró hacia mí con su estúpida mirada de dragón furioso.

—**¿Cabrón será tu palabra de seguridad o me has insultado?** —preguntó Jack a mi lado.

Ni siquiera lo miré porque toda mi atención y odio estaban sobre el hombre que presentía era el dueño de esa pulsera.

—**Anna** —la voz de Jack arrastró mi atención hacia él—. **No tienes permiso de mirar a nadie más que a mí.** —Respiré profundo pensando que luego podría ocuparme de Andrés y asentí—. **¿Cuál es tu palabra de seguridad?**

—**Cabrón** —repetí, Jack me regaló por primera vez una sonrisa.

—**Valiente** —susurró acariciándome la mejilla—. **Eres muy valiente.**

El guapo moreno se giró hacia los que supuse eran alumnos y empezó a explicar uno a uno los nudos que recomendaba hacer para los principiantes.

Aconsejando no atar el cuello, a menos que ya tengan suficiente experiencia. Además, recomendó llevar siempre una tijera y lámparas por si se iba la luz o necesitaban quitar las cuerdas en una emergencia.

Cuando su mirada oscura me atrapó mis nervios se dispararon imaginando que había llegado mi turno.

Jack acarició mis brazos y los llevó con cuidado hacia atrás. Pasó la cuerda por debajo de mis antebrazos ejerciendo una presión no dolorosa y siguió hasta mis codos donde la ajustó con más firmeza.

Para terminar, me rodeó las muñecas con un nudo que repitió varias veces.

Cuando se alejó de mí, traté de moverme, pero no lo logré y todo dentro de mi cuerpo se agitó. Estaba asustada porque me sentía vulnerable, incapaz de defenderme.

—**No te muevas o caerás** —me advirtió Jack alejándose.

Cerré los ojos y traté de calmarme, pero al estar inmovilizada mi mente se llenó de recuerdos de esa noche, de esa oscura calle donde David me había atacado.

—**¿Estás bien?** —la voz de Jack se escuchó como un susurro—. **Mírame** —ordenó y abrí los ojos—. **Estás pálida, ¿te sientes bien?**

No podía respirar con calma, mis nervios estaban disparados. Intenté recordar donde estaba y miré detrás de Jack buscando detallar cada espacio de la casa gótica, pero choqué con la mirada verde de Andrés, que me observaba con preocupación.

—**Anna** —llamó Jack, respiré profundo y lo miré.

—**Estoy bien** —mentí.

—**Si no te sientes bien, dímelo… Te soltaré ahora.**

—**Estoy bien…** —susurré—. **Quiero seguir.**

Jack me acarició la mejilla y sin que me lo esperara su boca se apoderó de la mía con exigencia. Mi espalda chocó con una pared mientras sus labios carnosos y su lengua ágil se apoderaban de mi boca.

Jack besaba con posesión, de una forma que nadie me había besado nunca… Era delicioso,

era posesivo, era ardiente.

Intenté moverme y al ser consciente de que no podía hacerlo, mi cuerpo empezó a temblar.

Jack se alejó de inmediato, pero yo seguía sin poder moverme y el miedo creció de forma abrumadora.

—**Anabelle** —susurró aquella voz que me hizo temblar con más fuerza—. **Anna, mírame.**

Sin poder dejar de temblar abrí los ojos y me encontré con esa mirada que ya conocía y que al igual que aquella noche, me hizo sentir a salvo.

Traté de respirar, de calmarme, mientras las manos de Andrés intentaban consolarme, protegerme.

—**Desátala** —ordenó Andrés a Jack.

Estoy en el club, estoy a salvo.

—**No** —susurré con una voz temblorosa—, **quiero continuar.**

—**Estás temblando** —gruñó Andrés preocupado—, **no puedes continuar.**

—**Sí puedo** —respondí con una voz débil.

Con Andrés frente a mí me fue más facil relajar mis temores y miré a Jack, lucía preocupado.

—**Voy a liberarte.** —Fue todo lo que dijo Jack.

—**No** —supliqué mirándome en sus oscuros ojos—, **por favor**.

—**Anabelle** —gruñó Andrés—. **No hagas esto, no es necesario.**

Intenté que la preocupación que sentía en su voz no me afectara y mantuve mi atención fija en Jack.

—**Quiero continuar** —agregué con seguridad.

Jack levantó su mano y acarició mi mejilla. Me miró con cierta preocupación y asintió.

—**De acuerdo, lo haremos en privado** —susurró, aún temblando asentí—. **Pero Andrés estará presente…**

—**¿Qué?** —pregunté confundida—. **¿Por qué?**

—**Al verlo te calmaste.**

Sabía que era cierto, pero eso no me ayudó a sentirme mejor, al contrario, me molestó que fuera así.

—**Necesito que él esté cerca para ayudarte si de nuevo te asustas.**

La idea de tener a Andrés cerca no me gustaba, pero no estaba dispuesta a detener lo que ya habia empezado, así que terminé asintiendo.

—**¿Puedes llevarla a la mazmorra tres?** —le preguntó Jack a Andrés—. **Voy a terminar con la clase y me reuniré contigo** —me dijo.

Andrés con mala cara sostuvo mi brazo y me llevó por un largo pasillo hasta que llegamos a una de las mazmorras.

Andrés empujó la pesada reja del lugar y me observó con el ceño fruncido. Esquivé su intensa mirada y me di la oportunidad de admirar el lugar.

Las paredes estaban revestidas de piedras, había un columpio y un pole a un extremo, a su lado un sillón tantra y frente a la cruz de San Andrés estaba un potro rojo. La cama enjaulada y con arneses estaba cubierta por sábanas rojas que combinaban a la perfección con el resto del mobiliario.

Andrés me llevó dentro del lugar y sin decir nada caminó hacia un extremo donde lo vi tomando vaso y lo llenó de agua.

—**Bebe** —ordenó cuando volvió conmigo.

Ni siquiera pensé en negarme, aun cuando su voz me dejaba saber que no estaba de buen

humor. Acercó el vaso a mi boca y tomé casi por completo el contenido, algo que me hizo sentir mejor.

—**Creo que es una locura** —dijo con su mirada de dragón furioso—, **que estés aquí aún asustada, es una locura.**

También lo creía, pero era tan orgullosa que no iba a admitirlo.

—**Deberías buscar un psicólogo y no un dominante** —gruñó.

—**Tengo edad para decidir cómo tratar mis traumas.**

Me dejé caer sobre el sillón rojo y me sorprendió cuando Andrés se arrodilló frente a mí.

—**Sé que estás molesta conmigo** —giré los ojos—, **sé que te hice sentir mal…**

—**¡Esto no se trata de ti!** —respondí—. **Esto se trata de mí, de mi cuerpo, de mi libertad para elegir con quién tengo sexo y con quién no.**

—**¡Bien! Lo entiendo** —gruñó él—, **pero esto te asusta y aun así estás aquí.**

La preocupación brilló en sus ojos y eso logró calmar mis ganas de mandarlo a la mierda. Él era el dueño de un club swinger, en el que había un área especial para el sadomasoquismo, pero no parecía para nada cómodo con el lugar.

—**Aún no has superado el mal momento que pasaste con tu ex y pretendes experimentar con alguien que disfruta golpeando a las mujeres/**

—**Supongo que no hablas de mí** —respondió Jack al aparecer frente a nosotros, Andrés no respondió—. **No todos usamos la sumisión para lastimar** —se defendió el hombre.

—**¿Podemos continuar?** —pregunté mirando al moreno.

Jack mostraba una serenidad envidiable, nada comparado con Andrés a quien su mirada se le oscurecía aún más al ver que no pensaba desistir.

—**Anabelle** —susurró Andrés con una voz más preocupada.

Por un segundo su voz y su mirada me hicieron sentir especial, pero tan pronto como dejé que ese sentimiento agradable me invadiera, el recuerdo de él conmocionado por la llamada de su exmujer me golpeó con tanta fuerza que mi mal humor volvió.

—**¡No estoy pidiendo tu opinión!** —respondí—. **Te pedí que te alejaras de mí.**

El ceño de Andrés se frunció aún más, yo me mantuve firme en mi decisión y creo que él lo entendió porque se puso de pie y se alejó de mí.

Pensé que iba a marcharse, esperaba que lo hiciera, pero no, solo se apoyó contra un espacio acolchado en la pared.

—**Mírame** —ordenó Jack, obedecí de inmediato—. **¿Cuál es tu palabra de seguridad?**

—**Cabrón** —respondí intentando no mirar a Andrés al decirlo.

—**Bien, si en algún momento algo de lo que hago te molesta, puedes decírmelo, ¿de acuerdo?**

Tomé una gran bocanada de aire y me preparé mentalmente para mi primera clase de sumisa.

—**Sí, señor** —respondí.

Jack se arrodilló frente a mí y me acarició la cara, acomodó mi cabello, bajó sus atenciones por mis brazos y se detuvo en el escote descarado de mi vestido.

—**Eres muy bonita, Anna** —susurró Jack, y con sus dedos empezó a presionar mis pezones —. **Quiero que me mires en todo momento, no quites tu mirada de mí.**

—**Sí, señor…**

La mirada oscura de Jack era capaz de controlar el mundo, la forma en la que irradiaba seguridad y sensualidad era admirable. Sus manos se movían por mis pechos y yo ya estaba húmeda.

Mis pezones se hincharon apenas Jack los pellizcó y tuve que morderme los labios para no delatar cuánto lo estaba disfrutando.

—**Llevas demasiada ropa** —se quejó—. **Levántate.**

Sostuvo mis brazos para ayudarme a ponerme de pie y sin querer miré hacia donde Andrés seguía en silencio.

—**¡Mírame a mí!** —gruñó Jack.

Volví mi atención a él y sin que lo esperara, el hombre me tomó del cuello y me besó con pasión, con una que me dejó sin aliento, sin fuerzas y encendió la humedad en mi sexo necesitado.

Jack bajó el cierre de mi vestido y este cayó con facilidad a mis pies. Sus grandes manos recorrieron mi espalda y siguió hasta mi trasero, el cual apretó con fuerza para presionarme a su cuerpo y dejarme sentir ese deseo que yo había provocado.

Andrés estaba allí, mirándonos, eso alimentó mi morbo, mi fantasía y además, me ayudó a sentirme a salvo.

Jack me empujó contra la pared y se presionó contra mí. Una de sus manos se coló dentro de mi ropa interior y presionó con fuerza.

Volví a mirar a Andrés y logré calmar los latidos desbordados de mi corazón.

—**No dejes de mirarme** —ordenó Jack tomándome del rostro—. **Incluso mientras te corres quiero que mantengas la vista en este lugar** —asentí en silencio—. **Si quieres, puedes mirarlo a él** —me susurró cuando mordió el lóbulo de mi oreja—. **Solo por esta vez voy a permitirlo.**

Jack llevó sus besos por mi rostro y se detuvo para mirarme.

—**Pero seré yo quien hará que te corras** —prometió—. **Será mi boca.** —Sus labios tocaron los míos con suavidad—. **Mis manos…**

De nuevo se coló entre mi ropa interior y presionó con fuerza, pero en ese momento no me asusté, en ese momento lo disfruté, porque su mirada oscura me hizo sentir segura.

Sus dedos se resbalaron sobre mi clítoris con destreza mientras llevaba su deliciosa boca hasta uno de mis pezones ya duros y los mordía logrando que gimiera con descaro, con libertad.

De nuevo estaba disfrutándolo, de nuevo mi cuerpo estaba ardiendo con las atenciones de un desconocido y eso me hizo sentir feliz.

Jack me tomó de la cintura y me llevó hasta el sofá, me hizo caer sobre este y separó mis piernas para dejar mi coño húmedo a la vista.

Ni siquiera supe de dónde sacó el vibrador que sostenía en sus manos, pero no me dio tiempo a preguntar porque lo empujó contra mi boca y me hizo chuparlo.

La mirada de Jack oscureció aun más y yo me sentí orgullosa al lograr que alguien como él se sintiera de ese modo conmigo.

—**Ahora entiendo porqué el jefe está cautivado por ti** —susurró, quise decir algo, pero hundió el consolador dentro de mi boca para hacerme callar—. **No tienes permiso para hablar.**

Aproveché el permiso que sí tenía y miré a Andrés, su mirada de dragón aumentó el deseo que ya sentía.

La boca de Jack volvió a tomar la mía haciéndose dueño de mis besos y de toda mi atención en segundos. Sus labios carnosos eran deliciosos, su lengua ágil se movía dentro de mi boca como si me conociera de toda la vida, como si no fuera la primera vez que me besaba y lo disfruté con sinceridad.

Mi cuerpo tembló cuando sentí el consolador rozando mi sexo, cuando lo hizo girar sobre mi

clítoris y todo empeoró cuando sin tomarse un segundo lo hundió dentro de mí.

Un gemido escapó de mi garganta y vi la sonrisa complacida que apareció en el rostro varonil de Jack justo cuando me besó el cuello y llevó sus atenciones a mis pezones. Esos que mordió y succionó sin piedad.

Estaba atada, dentro de una mazmorra, en mi primera clase de sumisa, junto a un Dominante que me penetraba con un enorme vibrador y para hacer todo más perfecto, Andrés estaba mirándonos.

Joder, tía, tacha esto de tu lista de deseos.

Miré hacia donde estaba Andrés mientras sentía como el orgasmo estaba a punto de atraparme, de consumirme.

La mano de Andrés estaba sobre su pantalón, sobre esa enorme polla que Dios le había dado y deseé que fuera él quien estuviera hundiéndose en mí, deseé que él estuviera en el lugar de Jack.

Andrés sonrió y yo me retorcí sobre el sillón cuando el orgasmo estuvo a punto de atraparme, pero Jack y su consolador se alejaron de mí.

Sin tomarse un segundo, ni decir nada, el hombre me puso de pie y me llevó hasta el lado alto del sillón. Me puso de espalda a él y me empujó sobre el sillón dejándome el culo levantado y disponible para lo que él deseara hacerme.

Sus dedos volvieron a recorrer mi sexo y sin que lo esperara, su boca tomó el lugar del vibrador y empezó a darme el placer que tanto necesitaba.

Sabía que no iba a poder aguantar tanto y solo giré mi rostro buscando a Andrés. Él me observaba con mirada de dragón queriendo comerse a la princesa y yo lo miré deseando que fuera él quien comía mi coño.

Cerré los ojos cuando el placer me atrapó, cuando los dedos de Jack me invadieron y unidos a su maravillosa lengua me empujaron hacia ese abismo en el que todos podríamos querer morir alguna vez.

Estaba atada, dentro de una mazmorra, follando con un extraño y Andrés nos observaba mientras yo me corría gracias a alguien más.

Sonreí complacida y grité de placer cuando me permití disfrutar de ese instante casi perfecto, de una fantasía que esa noche había hecho realidad.

19 Anabelle

A veces, se vive mejor sin ese latido acelerado en tu corazón, sin esa emoción que te causan ciertas personas, sin esa ilusión que sabes terminará en decepción.

A veces, es mejor repetir una y otra vez que todo está bien cuando no sientes nada, ni bueno ni malo, nada.

*****

Había pasado más de una semana, una larga y aburrida semana. El trabajo me ayudó a distraerme de mis pensamientos, de esos sentimientos que no quería admitir que tenía, pero que estaban allí y se materializaban en lágrimas por las noches.

Después de aquel día, Andrés había hecho todo lo posible por no ir las juntas en la editorial y le había asignado todo el trabajo a Luis, pero estaba bien, para mí estaba bien, era lo mejor.

Aquel restaurante de comida argentina era el favorito de todos y una vez a la semana nos pasamos por allí para disfrutar de su comida y del buen vino que tenían.

Amelia ese viernes estuvo sola y junto a Carol me convencieron para acompañarlas al pueblo donde Sebastián había crecido.

—Sebastián llegará el domingo —comentó Amelia mirando su copa—. Cuando vuelva de San Mateo se reunirá con nosotras.

No pude evitar sonreír al ver lo enamorada que estaba y lo fácil que le resultaba expresarlo frente a todos, pero su sonrisa cayó notablemente de pronto y frunció el ceño al mirar detrás de mí.

Sorprendida giré para buscar la razón de su desencanto y un ridículo dolor atravesó mi pecho al verlo.

Andrés, acompañado de una mujer muy guapa y elegante, apareció en la puerta del restaurante y nuestras miradas se cruzaron unos segundos, esos en los que me costó trabajo respirar… Y usando todo mi esfuerzo fui capaz de volver mi atención a las mujeres sentadas a mi lado.

Me sentí agradecida cuando Amelia pidió la cuenta y deseé con el alma que el mesero la trajera pronto para poder marcharnos antes de que Carol se diera cuenta de que él estaba allí.

—*¡Carol!* —gritó una voz femenina cerca de nosotras.

La mencionada giró y la sorpresa fue visible en su rostro en segundos.

—¡Ivonne! —exclamó Carol levantándose—. ¡No lo puedo creer!

Tomé de nuevo mi copa y bebí de ella cuando me di cuenta de que la mujer que había saludado era la misma que había llegado con Andrés.

—¿Cuándo volviste de España? —preguntó Carol mientras se abrazaban—. *No sabía que estabas en la ciudad…*

Andrés apareció frente a nosotras y lo vi besar la mejilla de Carol antes de girarse hacia Amelia y regalarle la mejor de sus sonrisas.

—Mi querida Amelia… —dijo con su típica voz varonil.

Amelia sonrió cuando él se acercó para besarle la mejilla.

—Hola, Anabelle… —me saludo con frialdad y sin moverse de donde estaba.

Me tomé mi tiempo para calmar mis nervios y lo miré.

—Hola —fue todo lo que dije.

Él, más rápido de lo que esperé dejó de mirarme y yo sin poder evitarlo, aproveché el momento para detallar lo guapo que lucía esa tarde.

La última vez que nos vimos fue en el club, en aquella mazmorra mientras me corría por primera vez gracias a Jack. Para cuando reaccioné de mi delicioso placer, Andres se había marchado y me obligué a continuar con mi primera leccion de sumisa sin pensar más en él.

Pero esa tarde Andres no iba de traje, usaba unos vaqueros ceñidos, una camisa blanca y un saco azul marino que lo hacía lucir maravilloso.

Estaba tan guapo que me costó mucho dejar de mirarlo, pero lo hice cuando él giró en mi dirección.

—¿Qué es esto? —Lo escuché preguntar—. *¿Recién almuerzan?*

—Sí —respondió Ame—, estuvimos ocupadas preparando todo para la feria del libro… Se nos fue el tiempo.

—¿Ya organizaste la bienvenida a tu ex? —preguntó él con diversión, Amelia le golpeó la pierna en respuesta—. Olvidé su nombre…

—Javier Sálamo —susurró ella.

—Finge que no lo recuerdas —aconsejó Andrés—, no es bueno recordar a los ex…

—Deberías ponerlo en práctica también —atacó Amelia.

Andrés parecía estar de tan buen humor que solo le acarició la mejilla con una gran sonrisa y se giró para mirar a su acompañante.

—No puedo creer que te hayas divorciado. —Escuché decir a Carol—. Lo siento…

—No pasa nada —respondió la desconocida—. Además, me enteré que los dos hombres más guapos del pueblo se habían divorciado también y me dije… ¡A por ellos!

Ella tenía un falso acento español del que me burlé apenas la oí.

Carol y Andrés se rieron del estúpido comentario, mientras que Amelia y yo, suponiendo a quiénes se refería, no intentamos ni siquiera fingir que nos parecía graciosa.

—Bueno, ya te dije que Sebastián no está libre —agregó Andrés.

—Sí, ya sé que sale con una cría…

Amelia respiró profundo y luego levantó la mano.

—Creo que soy la cría de la que hablas —anunció logrando que la tonta mujer dejara de sonreír.

—¡Oh, perdona! —exclamó la idiota—. Solo estaba bromeando.

Amelia le regaló una falsa sonrisa.

—Soy Ivonne, estudié con Sebastián, fui vecina de Carol y exnovia de este bombón —susurró colgándose del hombro de Andrés y mirándolo con cara de mujer enamorada.

Sin poder soportar más el espectáculo, me puse de pie y caminé hacia el mesero con el fin de pagar la cuenta para poder marcharnos.

Me quedé allí hasta que los oí despedirse y cometí el error de mirarlos cuando se alejaron tomados de la mano y sonriendo felices.

¡Dragón traidor!

Intenté controlar el dolor que sentía, como si alguien hubiese roceado ácido en mi estómago, y aunque intenté controlarlo, no funcionó.

Estaba celosa y solo en ese momento, mientras él caminaba de la mano de aquella mujer fui capaz de admitirlo.

El silencio de la noche, el sonido de la brisa golpeando las hojas de los árboles, la copa de

vino… Todo eso era lo que necesitaba para calmar esa molestia que no parecía querer desaparecer.

—¡Necesitaba esto! —exclamó Carol—. *Iba a volverme loca si pasaba un día más en la ciudad.*

—Opino lo mismo —susurré—. Y no es que no estuviera acostumbrada al tumulto de la ciudad, pero joder, este estrés prelanzamiento lo viví el mes pasado y no es divertido repetirlo.

—Juro que si no venías, renunciaba —agregó Carol con los ojos cerrados—. En momentos como estos, extraño a Fer… En verdad esa niña hacía muy buen trabajo aquí.

La mención de la hermana de Andrés me hizo pensar en él otra vez y con todo el vino que había bebido, me resultaba muy difícil disimular lo mal que llevaba ese momento y lo celosa que me sentía cada vez que lo recordaba con ese mujer.

—¿Estás bien? —me preguntó Amelia.

Fingí mi mejor sonrisa, sin saber si podría engañarla.

—Estás un poco pálida… —agregó Carol—. El sol de aquí te hará bien mañana…

—Creo que es eso lo que necesito —respondí llenando mi copa.

—Eso y arreglar las cosas con Andrés —susurró Amelia.

Giré los ojos cuando ella lo mencionó.

—No hay nada que arreglar —respondí—, lo mejor para ambos es dejar las cosas como están.

—Son tan tercos los dos —se quejó Ame—. *¿Tú que opinas de todo esto, Carol?* —preguntó mirando a la prima de Sebastián.

—Es complicado —susurró la mujer meditando antes de hablar—. No pienses que intento justificarlo —me dijo—, el tema con Luciana es algo de lo cual nadie puede defenderlo, pero él se siente culpable por lo que ella está pasando y Luciana se aprovecha de ello.

Ni siquiera quería escucharla, no quería quitar de mi cabeza la idea de que él aun amaba a esa mujer porque eso me ayudaba a ser firme en mi decisión de mantenerlo alejado de mí.

—¿Y tu amiga Ivonne? —susurró Amelia, le regalé una mala mirada que ella ignoró—. Ella y Andrés…

—No lo creo —respondió Carol de inmediato—. Ella se acaba de divorciar, él no se involucraría…

Me burlé cuando no terminó de hablar.

—Andrés no está interesado en ella —aseguró mirándome.

—Para no estarlo, parecían muy cercanos hoy.

El alcohol en mis venas no estaba ayudándome a fingir que él no me interesaba, pero estaba tan cansada de fingir.

—Solo está haciendo lo que le pediste —agregó Carol.

¿Le pedí que se ligara a otras mujeres?

—Lo vi sufrir cuando la idiota de Luciana le dijo que sentía algo por Sebas —recordó Carol con amargura—. *No ha sido fácil para él superar esa separación y estaba seguro de no querer volver a relacionarse con nadie, pero apareciste tú…*

Mi corazón se agitó al escucharla.

—Sé que Andrés puede actuar como un idiota cuando está enfadado —me dijo Carol—. Sé que no es paciente ni comprensivo y que tiene un ego insoportable —intentó bromear—, pero a su modo, Andrés podría ser el príncipe azul de cualquier mujer.

—Ella solo tiene miedo —susurró Amelia tomando mi mano.

Yo me mantuve en silencio temiendo decir más de lo que debía.

—Él también tiene miedo —susurró Carol—. Pero no podemos permitir que el miedo tome el control de nuestras vidas, no cuando tu felicidad está en juego.

Bebí el contenido completo de mi copa y me puse de pie con la intención de ir al lavabo y terminar con esa conversación, pero el sonido del piano a través del reproductor me oprimió el pecho.

Era una canción que había aparecido una de esas mañanas que él despertó a mi lado en Madrid y trajo a mi memoria momentos alegres que compartimos.

—Sé que estás cansada, que has tenido un día largo y quieres apagar el mundo —cantó Amelia—. Sé que todo el día he contado las horas para tenerte cerca…

La miré sorprendida de que se supiera la canción y ella solo sonrió.

—Pamela me contagió su romanticismo…—justificó Ame.

Solo sonreí y con esa mezcla de nostalgia y pesar me alejé de ellas, pero mi cuerpo se estremeció cuando llegué a la puerta del jardín y lo encontré apoyado del marco.

—¿Y si te quedas esta noche? —canté mirándolo a los ojos—. ¿Y si me abrazas en la cama?

Andrés relajó su seriedad, pero no se movió de donde estaba apoyado de forma despreocupada.

No sabía si avanzar o retroceder, pero al moverse sobre el césped mi zapato de tacón se hundió entre las piedras y mi cuerpo se balanceó.

Más pronto de lo que esperé Andrés me rodeó la cintura con sus brazos evitando, de nuevo, que cayera de forma vergonzosa frente a todos.

La dificultad que tenía para respirar aumentó cuando me presionó a su cuerpo cálido, cuando el aroma de su perfume me embriagó con más rapidez de lo que había logrado el vino que había bebido.

Me miró a los ojos, pero ni una sola sonrisa me regaló.

—¿Estás bien? —preguntó con voz ronca.

—Sí —respondí con dificultad.

—¿Puedes mantenerte en pie?

Asentí y él me liberó lentamente asegurándose de que no fuera a caer.

—Eres el príncipe malhumorado que siempre llega al rescate de la princesa… —bromeó Carol desde donde estaba.

—¿Cuánto han bebido? —preguntó Andrés mirando las dos botellas sobre la mesa—. No respondan, puedo verlo.

—Y falta la que bebimos en el restaurante —agregó Amelia.

—Sí falta esa —confirmé—, pero no la vio porque estaba distraído con su amiga…

¡Ay mierda! ¿No dije eso en voz alta o sí?

Me sentí avergonzada por dejar notar mis celos, pero él me ignoró.

—Creo que deben ir a descansar —agregó tomando la botella con el poco vino que quedaba en ella—. Hizo bien Sebastián en pedirme que viniera a verificar que estuvieran bien.

—¿Has conducido hasta aquí para ser nuestro niñero? —pregunté.

Andrés giró a mirarme y mi corazón se agitó con fuerza.

—Ya estaba en el pueblo… —respondió mirándome con frialdad— *vine con Ivonne.*

El ácido volvió a caer sobre mi estómago y lo odié con el alma.

—Sebastián estaba tratando de hablar contigo —agregó girándose hacia a Amelia—, pero tienes el móvil apagado.

—¡Maldición! —se quejó ella y corrió hacia la casa.

—Entren —ordenó Andrés mirando a Carol—. Vayan a descansar, ha sido suficiente vino

por hoy.

—Creo que podemos decidir cuándo ha sido suficiente —me quejé—. No somos unas niñas.

Me giré sin saber a dónde demonios ir, pero necesitaba alejarme de él.

Caminé hasta el borde de la piscina y me quité los tacones con la intención de meter los pies en el agua.

—¡No se te ocurra entrar allí! —gruñó Andrés detrás de mí.

Sonreí al escuchar su voz, al pensar en que si no hubiera dicho nada, ni siquiera se me hubiera ocurrido, pero yo era rebelde y estaba ebria.

Sabía que no debía hacerlo, nunca fui muy buena nadando, pero necesitaba aclarar mi mente, necesitaba dejar de actuar como una tonta adolescente y quizá el agua fría podía ayudarme.

Sin pensármelo más, tomé el borde de mi vestido y me deshice de él.

La brisa de la noche me hizo estremecer cuando me quedé vistiendo solo la ropa interior que llevaba esa noche.

—Anabelle —su voz aún más ronca me hizo temblar—. Estás ebria, es peligroso.

El corazón me latió a mil por hora y mi ego se sintió complacido cuando al mirarlo me di cuenta de cuánto le afectaba mi casi desnudez.

—Me gustan los dragones —respondí mordiéndome los labios—. *Eso significa que también el peligro.*

El ceño fruncido de Andrés se relajó solo un poco al oírme y la desagradable sensación que me causó saber que estaba en el pueblo con esa mujer disminuyó al verlo casi babeando mientras me miraba.

Andrés sin dejar de mirarme dio unos pasos en mi dirección y sabiendo que fácilmente podría convencerme de no hacerlo, me giré y salté dentro de la piscina.

—¡Mierda! —lo escuché gritar.

Sonreí orgullosa aun cuando sabía que estaba actuando como una adolescente rebelde, pero con todo le alcohol que tenía en la sangre y los celos que estaban matándome, no me importó.

Me sumergí en lo más profundo y dejé que el frío del agua calmara todos esos sentimientos que me invadían cuando él estaba cerca.

Cuando salí a la superficie no escuché ningún sonido e imaginé que él se había marchado.

Así que volví a sumergirme y nadé de un lado al otro intentando ahogar el dolor que invadía mi pecho, intentando olvidar que esa noche, como quizá todas las anteriores, Andrés iba a dormir con alguien más y yo tendría que aceptar las consecuencias de mis malas decisiones.

20 Andrés.

Incluso cuando no quieres tener más latidos hacia esa persona, tu corazón parece no entenderlo porque solo basta con escuchar su voz para agitarse con fuerza y hacerte saber que tu mente nunca estará en sintonía con tu corazón.

*****

La risa suave de Carol se escuchó detrás de mí mientras me debatía entre la idea de meterme al agua y sacar a Anabelle o marcharme dejándola hacer lo que le diera la gana.

Los brazos de mi mejor amiga me rodearon la cintura y yo respiré profundo.

—Ahora entiendo por qué te gusta tanto. —La miré furioso y ella sonrió—. Te encanta porque es igual a ti.

—¡Se puede ahogar! —gruñí molesto—. Es peligroso.

—No lo es... —La miré sin poder creer que estuviera diciendo eso—. Tú estás aquí y saltarías al agua si ella estuviera en peligro.

—¡No soy su niñero!

—No, cariño, solo eres el hombre que la quiere. —Sentí un sacudón fuerte al escucharla—. Contigo aquí ella no corre peligro, y lo sabe… Por eso no tiene miedo, porque incluso cuando te dijo que te alejaras, tú estás aquí.

—No estoy aquí por ella, no voy a rogarle… —gruñí—. *No voy a perder mi tiempo con alguien que no siente lo mismo por mí.*

—Tiene miedo —susurró Carol con pesar—. Y tiene razones para tener miedo… No te rindas tan pronto, cariño, no con ella.

Me besó la mejilla y volvió a mirar a Anna nadando.

—Me encanta esa mujer… Es perfecta para ti.

—Vete a dormir —ordené—. Has bebido demasiado.

—¡También te quiero! —respondió alejándose.

Furioso por no poder marcharme como deseaba, metí las manos a mis bolsillos y la contemplé mientras ella parecía estar practicando para las olimpiadas.

Quería irme, quería dejarla, pero no podía, no cuando las otras dos mujeres en la casa también estaban ebrias, no cuando de las tres, Anabelle parecía ser de la problemática incluso estando ebria, y aunque mi orgullo herido gritaba que me marchara, no lo hice.

—Me aseguraré de que no corras peligro y me marcharé —susurré mirándola—. No he venido a rogarte.

Había prometido no acercarme a ella, pero de nuevo el destino parecía querer unirnos, incluso cuando ninguno de los quería que sucediera.

No sé cuánto tiempo pasó, pero ella finalmente se detuvo a un lado.

—¿Te cansaste? —pregunté.

Anabelle giró asustada, parecía sorprendida al verme.

—Sal de allí —le ordené.

Ella parecía no escucharme y mi paciencia estaba por llegar a su fin, pero un gesto de incomodidad me advirtió que ella no estaba bien.

—¡Joder! —se quejó de pronto.

—¿Qué sucede? —pregunté preocupado—. ¿Estás bien?

Ella se cubrió la boca con una de sus manos y negó con la cabeza.

Sin pensármelo demasiado me incliné hacia ella para sacarla de allí.

—Toma mi mano —le ordené, ella me miró confundida—. Te ayudaré a salir.

Anabelle se lo pensó un segundo y luego sostuvo mi mano izquierda. La sujeté con firmeza y tiré de ella con fuerza haciendo que su cuerpo saliera del agua con rapidez y chocara con el mío humedeciendo mi ropa.

Anna me empujó tan pronto como estuvo a mi lado y yo estaba a punto de mandarla a la mierda.

—Voy a vomitar —advirtió mirándome a los ojos.

La vi girarse y correr hacia un lado del jardín. Se dejó caer sobre el césped y segundos después estaba devolviendo todo lo que había en su estómago.

Respiré profundo para no enfadarme más y tomé el pañuelo que tenía en mi bolsillo. Me acerqué a ella, alejé el cabello de su rostro y presioné la suave tela de mi pañuelo sobre su frente intentando relajar su malestar.

Unos minutos después, cuando parecía haber tenido suficiente, la ayudé a levantarse y la llevé hasta una de las sillas.

Ella ni siquiera me miró mientras limpiaba sus labios, parecía avergonzada y eso estaba bien.

—¿Estás mejor? —pregunté.

—No —respondió—, pero por lo menos ya no vomitaré frente a ti.

Si no hubiese estado tan enfadado, seguro que su comentario me hubiera hecho sonreír, pero lo estaba y mucho.

—Eso te servirá de lección para la próxima vez.

Anna levantó la mirada al oírme.

—Lo siento —susurró sorprendiéndome.

No le respondí y me acerqué con la intención de cargarla, algo que evidentemente ella no iba

a permitir porque empujó mis manos.

—¿Qué haces?

—Te llevaré a tu habitación —respondí.

—Puedo caminar —dijo sin sonar segura.

La vi sostener con fuerza la silla y con gran esfuerzo se puso de pie.

—Por favor, no te caigas —le oí decir en un susurró muy bajo.

Cuando liberó la silla una sonrisa maravillosa apareció en su rostro, una sonrisa de orgullo que me regaló con suficiencia.

—Gracias por tu ayuda —dijo moviéndose lentamente—. Lamento haber ocupado tu tiempo…

La vi caminar hacia el lugar contrario a la casa y no pude evitar sonreír ante lo graciosa que podía ser estando ebria.

—¿Adónde vas? —pregunté sin moverme.

—A dormir —respondió con la mirada fija en sus pies.

—¿Te han dado un lugar en las caballerizas?

Anna se detuvo y giró a mirarme. Parecía confundida, así que tuve que señalar la casa detrás de mí.

Ella se mordió los labios, perturbándome.

—La casa está detrás de ti —dijo con diversión, yo solo asentí—. ¿Este camino me lleva hacia los caballos?

—Ujum… y hacia mi casa también…

Ella dejó de sonreír y empezó a moverse hacia mí.

—Entonces, definitivamente no es el camino que deseo tomar —gruñó—. Estoy segura de que a tu amiga no le hará gracia verme allí.

De pronto se detuvo y me miró con interés.

—O quizá sí…—me dijo.

—¿Qué amiga? —pregunté sin entender.

Anabelle giró los ojos, molesta.

—Ivonne —respondió de mala gana.

Solo en ese momento comprendí su molestia.

—Vete… Vuelve con ella, no la hagas esperar. —Una nube de tristeza invadió su mirada, incluso su voz—. Prometo que no volveré a meterme a la piscina… ¿Vale?

La observé en silencio, intentando que la forma en la que ella estaba sufriendo, aparentemente por mi causa, no me hiciera flaquear, pero era tan difícil… Porque, aunque verla celosa avivaba mi estúpida esperanza, la idea de ser yo quien estuviera lastimándola no me hacía ni un poco feliz.

—Eres celosa… —dije más para mí que a ella.

—¡No lo soy! —se defendió molesta—. ¡Claro que no!

Orgullosa, rebelde, malcriada… Y lo peor es que me encantas.

—De acuerdo —respondí.

Tenerla casi desnuda frente a mí, con esa cara de cachorro herido solo aumentaba mis ganas de protegerla, de consolarla.

—Entra, para que pueda irme con ella…

Anna no se movió, aun cuando sabía que era lo que más deseaba.

Me miró con una mezcla de rabia y tristeza en sus ojos que sabía me harían caer a sus pies si no me largaba de allí.

—Bueno, entonces, me iré yo —anuncié usando la poca fuerza de voluntad que me quedaba —. Prometiste no volver a la piscina —le recordé alejándome—. Espero lo cumplas.

Anabelle no respondió, pero sabía que me había escuchado, así que crucé la piscina con la intención de marcharme.

—No te vayas… —susurró Anna con una voz rota.

Mis pies se detuvieron apenas lo pidió y mi corazón se emocionó de tal manera que me hizo sentir aún más molesto de lo que ya estaba.

¡No hagas lo que pide!

Pero, aunque lo que más deseaba era irme, dejarla, hacerle pagar por haberme rechazado… no pude hacerlo, y terminé girando para mirarla.

Sus ojos llenos de lágrimas acabaron conmigo apenas la vi.

—¿Por qué quieres que me quede? —pregunté, ella no respondió—. ¿No dijiste que no me acercara más a ti? —Anna bajó la mirada para ocultar sus lágrimas—. No entiendo que quieres de mí, Anabelle.

Ella no respondió y aunque tuve el impulso de largarme de allí, mis pies empezaron a moverse, pero en su dirección.

—¿Acaso no me pediste que me alejara de ti? —pregunté de nuevo.

—Pero duele —admitió finalmente—. Dejarte ir duele mucho.

Levantó la mirada y las lágrimas cayeron por sus mejillas. No quería consolarla, pero no fui capaz de verla así y no hacer nada.

Molesto por no tener las fuerzas para alejarme, respiré profundo y la tomé del brazo para acercarla a mí.

El corazón me golpeó el pecho cuando sentí su calor y el aroma de su cabello.

Anna movió las manos intentando alejarse, pero no se lo permití.

—Si te alejas, me iré —amenacé malhumorado—. Si me estoy tragando mi orgullo, hazlo tú también.

Por unos segundos ella se quedó inmóvil, pero terminó relajando sus hombros y se abrazó a mí con fuerza.

Y ahí estábamos ella y yo, después de que había aceptado la idea de que todo se había acabado, incluso antes de empezar, allí estábamos en medio del jardín de mi mejor amigo, abrazados sin saber qué mierda estábamos haciendo, pero sin tener la voluntad de evitarlo.

El tiempo parecía haberse detenido, como siempre que ella estaba conmigo. Deseé tener el poder de quedarnos así para siempre, pero el temblor de su cuerpo a causa del frío me obligó a romper el hechizo y la alejé para quitarme el saco.

—Entremos —ordené cuando la cubrí con mi abrigo—. ¿Puedes caminar?

Ella asintió, pero le rodeé el hombro con mi brazo para asegurarme de que no fuera a caer.

—Mañana tendrás una jaqueca de los mil demonios.

—No lo creo, bebo vino con frecuencia.

—¿En las mismas cantidades? —pregunté cuando llegamos al segundo piso, ella negó—. Bien, porque eres un desastre estando ebria.

—Lo soy igual estando sobria —admitió—, por lo menos ebria soy más valiente.

—No eres más valiente —respondí mientras abría la puerta de la habitación—. Solo te permites ser más sincera.

Junto a la cama había una maleta, supuse que era la suya, la invité a entrar y Anna se movió delante de mí meneando su trasero oculto pobremente por mi saco.

Necesité de un gran esfuerzo para dejar de mirarla y no sentirme más afectado por esa mujer que parecía ser dueña de todas mis emociones.

—Te prepararé la bañera —susurré alejándome.

Caminé hacia el baño y abrí el grifo de agua mientras intentaba controlar todos esos sentimientos que ella siempre alteraba.

Me apoyé de la pared para tomarme un momento y pensar bien en lo que estaba haciendo, pero poco después Anabelle entró al baño con un neceser transparente en las manos.

Me miró sobre sus pestañas mientras tomaba la crema dental y la vertía sobre su cepillo.

Se había quitado mi saco y de nuevo estaba usando solo ese diminuto conjunto de lencería que no ayudaba en nada a mantener mi mente clara.

—Te traeré un té —susurré alejándome de la bañera.

—No es necesario —dijo cuando terminó de asearse—. Si quieres irte, no hay problema, ya me siento mejor.

Me detuve y la observé por unos segundos.

—¿Quieres que me vaya? —pregunté.

—No, pero deben estar esperándote…

Su sinceridad al responder relajó un poco más mi mal humor.

—¿Estás celosa? —pregunté de nuevo.

Anna hizo una mueca apenas me escuchó y aunque estaba seguro no quería admitirlo, terminó asintiendo.

—No te haces una idea de cuánto… —confesó.

—Es bueno saber que no te soy tan indiferente.

Frunció el ceño de inmediato.

—No creo que pienses que me eres indiferente.

—No, sé que te gusta follar conmigo —admití—, pero los celos no deberían estar incluidos en el paquete sexual.

Ella se burló de lo que dije.

—No, esos están incluidos en el paquete sentimental… Ese que no quería tener por ti, pero aunque he intentado evitarlo, no he tenido éxito.

—Es extraño que digas eso cuando hace una semana me pediste que me alejara de ti.

—Tuviste la culpa de eso —sentenció.

—¡Me disculpé! —le recordé molesto—. Pero tú solo usaste lo sucedido como pretexto para alejarte de mí.

—Tenía miedo —confesó—. Aún tengo miedo.

—¿Crees que yo no? —Ella bajó la mirada—. ¿Crees que es fácil para mí estar aquí contigo después de que me echaste de tu vida sin pensártelo ni un segundo?

Anabelle me miró sobre sus pestañas sin decir nada.

—¿Crees que es fácil tragarme mi orgullo y no mandarte a la mierda del mismo modo que lo hiciste tú conmigo?

Anna se mantuvo en silencio y yo decidí no continuar con esa conversación. Caminé fuera del baño con la intención de alejarme.

—No te vayas… —pidió de nuevo.

Me detuve y me sentí estúpido por dejarla tener ese poder sobre mí.

—¿Por qué no quieres que me vaya? —pregunté al mirarla, ella no respondió—. *¿Por Ivonne?* —Ella hizo una mueca.

—No es por ella…

—¿Entonces, por qué?

Anabelle bajó la mirada y no respondió.

—¿Sabes por qué yo no quiero irme? —pregunté, ella volvió a mirarme y negó—. Porque aunque muchas veces no soporte tu puto carácter, te quiero...

Me sorprendí quizá tanto como ella al decirlo, al admitir en voz alta que quería a esa problemática mujer.

—¿Por qué quieres tú que me quede?

Me miró en silencio y me sentí un idiota al esperar escuchar que ella sentía lo mismo, cuando sabía que no era así.

—Descansa, Anabelle. —Fue lo ultimo que dije.

Giré con la intención de marcharme, pero ella corrió hacia la puerta y la cerró antes de que pudiera salir.

—¡Jo, tío! —gritó mirándome—. Estoy ebria. Me cuesta pensar con claridad.

La miré tan molesto, ella intentó tocarme, pero me alejé.

—Todo sigue dando vueltas en mi cabeza y tú me estás gritando tantas cosas a la vez.

—Hazte a un lado.

—¡No! —respondió cruzándose de brazos.

Se mordió los labios y sus manos parecían temblar.

—Te quiero —susurró finalmente con una voz temblorosa.

Mi corazón se agitó.

—Tambien te quiero, ¿vale? Pero estoy aterrada.

Las lágrimas invadieron de nuevo sus ojos mientras hablaba.

—Te quiero tanto que la idea de que te vayas con esa mujer está matándome.

La calma me invadió cuando ella fue capaz de confesar lo que estaba sintiendo por mí, lo que estaba sufriendo por la decisión que tomó.

—Te quiero… —repitió cuando sostuvo mi rostro entre sus manos—. Estoy aterrada y aun quiero salir corriendo, pero te quiero.

El dolor que oprimía mi pecho desde que ella me pidió que me alejara desapareció al escucharla, al ver en sus ojos el temor que yo también sentía. Y aunque mi ego seguía herido, no pude continuar alejado de ella.

Levanté mi mano, la tomé del cuello y la halé hacia mí para terminar la guerra que teníamos desde hacía más de una semana y calmar con un beso todo el dolor que había sentido al estar separados.

Cuando mi boca tocó la suya supe que no había escapatoria, aunque me aterraba ese sentimiento, no tenía las fuerzas necesarias para alejarme de Anabelle, no después de saber que ella sentía lo mismo por mí.

Todo era una locura, sabía que esa relación no tenía buen pronóstico, pero acepté que la quería y no estaba dispuesto a perderla, no cuando a su lado me sentía fuerte, valiente… no cuando con ella sentía que en verdad podía ser feliz.

21 Anabelle.

Mi cuerpo se sentía en paz, en armonía, era como si nada malo sucediera en mi vida y solo cuando abrí los ojos entendí la razón.

Él, mi sexy dragón.

Andrés estaba acostado a mi lado, su rostro lucía tan relajado como creo que nunca lo había visto. Dormía profundamente, pero podía notar la calma que lo envolvía.

Me acomodé sobre la almohada y lo contemplé en silencio.

Su cabello pintaba hermosas canas que solo lo hacían lucir aún más guapo, sus cejas pobladas, su nariz ancha, esa frondosa barba que rodeaba sus rosados labios. Todo en Andrés me gustaba, todo en él me parecía hermoso y sabía la razón: lo quería… No sabía cómo había pasado, pero lo quería y lo quería para mí.

Llegado a ese momento las razones por las que no debería estar con él habían quedado en segundo plano y traté de inventarme un camino en el que nuestra historia pudiera funcionar, pero aún no lo encontraba.

*****

El sol empezaba a colarse por las cortinas que cubrían el balcón, los pájaros parecían estar dando un concierto cerca de nosotros y mi memoria se llenó con los recuerdos de la perfecta noche que habíamos tenido.

Sin poder evitarlo, me acerqué un poco más hacía él, tan cerca que podía sentir su respiración sobre mi rostro, tan cerca que besar sus labios no representó ningún trabajo.

Respiré profundo cuando mi corazón se agitó al tocar su boca, al experimentar todo eso que él despertaba en mí con algo tan simple como el contacto de nuestros labios.

Era increíble la manera en la que me sentía a su lado, todo parecía nuevo, diferente… especial.

Andrés se movió sobre su costado y yo quise alejarme de inmediato, pero su brazo me rodeó con rapidez la cintura y me presionó a su cuerpo.

Abrió los ojos y el verde de su mirada aceleró aún más mi corazón.

¡Joder, que niñata soy!

—Te tengo —susurró con una voz ronca—. *De nuevo te tengo, princesa…*

Abrumada por lo bien que me sentía a su lado, me escondí en su pecho y disfruté del aroma varonil de su piel.

—¿Te sientes bien? —preguntó acomodándome el cabello.

—No sé cómo, pero cuando tú estás conmigo siempre estoy bien.

Andrés levantó mi rostro y besó mis labios.

—Es de ese modo que me siento siempre que estás a mi lado, hermosa. —Me miró de nuevo a los ojos y sonrió—. Creí que huirías…

Lo miré sorprendida y él amplió su sonrisa.

—Creí que al despertar ya no estarías aquí —susurró—, por lo menos no a mi lado.

—Pues, sigo aquí.

—Y no sabes cuán complacido estoy.

Una de mis manos volvió a acariciar su rostro mientras él me miraba de ese modo que cualquier mujer se sentiría halagada.

—No debería decirlo, porque sé que tu vanidad ya está suficientemente inflada, pero qué guapo eres.

Andrés rió y me presionó de nuevo sobre su pecho.

—Sigues ebria —bromeó, yo sonreí al oírlo—. ¿Te sientes bien?

—Sigo aterrada por tu culpa —confesé mirándolo.

Él acarició mi mejilla y besó la punta de mi nariz.

—Te quiero, hermosa.

Mi corazón se agitó con fuerza al oírlo, al escuchar esas palabras sin todo ese alcohol en mi sangre. Cerré los ojos y disfruté del efecto que causaron en mí, mientras intentaba recuperar la voz.

—También te quiero. Y me asusta tanto…

Andrés se inclinó y me besó.

—Esta semana ha sido horrible —confesé—. Sin ti, fue horrible.

—Solo hice lo que querías.

—No quería nada de eso —confesé—. Yo estaba celosa, la forma en la que te afectó la llamada de tu mujer… —Él me miró con dureza y supe la razón—. Tu exmujer…—corregí y me alejé para sentarme sobre la cama—. La idea de que sigas queriéndola…

—Te he dicho que no la quiero —repitió Andrés—. Te lo he repetido tantas veces y pareces no escuchar.

—Te escucho —le aseguro—, pero después de lo que pasó no puedes pretender que me lance a la piscina sin saber nadar, y contigo siento que no sé nadar.

Andrés se sentó a mi lado y me tomó de la cintura para acercarme a él.

—De acuerdo, lo entiendo —dijo besando mis labios—, pero no era justo que después de todo lo que habíamos hablado me mandaras a la mierda.

—¡Tenía miedo, joder! —me quejé—. Aún tengo miedo. Incluso ahora mientras hablo contigo me pregunto si no es una locura todo esto.

—¿Y crees que yo no tengo miedo? —cuestionó Andrés mirándome con dureza—. ¡Demonios, Anabelle! Siento que estoy en cuenta regresiva contigo. Siento que en unos días se me acaba el tiempo, que si cometo el mínimo error, te perderé.

—Pues, no parecías muy asustado cuando apareciste con Ivonne de la mano —gruñí recordando a esa mujer—. *Menos cuando llegaste aquí y me echaste en cara que habías venido con ella.*

Andrés se quedó en total silencio y eso no era lo que necesitaba.

—¿Crees que saber que trajiste a esa mujer a tu casa me hace sentir segura de ti? —reproché—. ¡Dices que me quieres y una semana después estás teniendo una cita, además, la llevas a tu casa!

—Nunca dije que la había llevado a mi casa. Te dije que había venido con Ivonne, pero ella se quedó en su casa, con su familia. Y yo estaba yendo a la mía cuando Sebastián me avisó que estaban aquí.

Quise creerle de inmediato, pero no me lo permití.

—Y no fue una cita —me aclaró—. La familia de Ivonne nos alquila los viñedos, fue una reunión de negocios.

—¿Y tomarla de la mano está incluido en el contrato? —reclamé.

Andrés volvió a acercarse y aunque quise empujarlo no pude hacerlo, porque sus manos me tenían prisionera.

—No, eso lo hice por joderte —confesó sin problema—. Quería que estuvieras celosa, que

sufrieras un poco lo que yo estaba sufriendo por tu culpa.

La esperanza me embargó al escucharlo, al creer en todo lo que estaba contándome.

—¡Pues, hiciste un excelente trabajo! He sentido que bebía ácido cuando te vi tomándola de la mano, cuando dijiste que habías venido con ella.

—Bien —susurró Andrés.

—¿Bien? —repetí—. ¿Te parece bien haberme lastimado?

—No, lo que me parece bien es la forma como estás diciéndome todo lo que sientes. —Levantó su mano y acomodó mi cabello con tranquilidad—. Lo que está bien es la forma como estás reclamándome por haberte lastimado. —Giré los ojos y él apoyó su frente contra la mía—. Lo que está bien es que estemos teniendo nuestra primera discusión de pareja.

Nuestra primera discusión…

¿Pareja? ¿Él dijo… pareja?

Haciendo un último intento por huir de lo que él había despertado en mi corazón, me levanté de la cama y me alejé de él.

Andrés apoyó sus codos sobre el colchón y sonrió.

—Me iré en tres semanas —le informé.

—Sí, ya me lo dijiste —respondió él con tranquilidad.

—No sé a ti, pero esto a mí… a mí esto no me gusta.

—¿Qué no te gusta?

—Estamos cometiendo un error.

Él me regaló una mirada aún más dulce, más tierna, más amorosa.

—Eso no lo sabes, solo tienes miedo… Yo ya no tengo miedo.

—No está bien.

—¿Qué no está bien, Anna?

—¡Esto! —exclamé señalando a su alrededor—. Tú y yo, actuando de este modo, olvidando que los cuentos de hadas no existen.

Andrés se puso de pie y con tres pasos estuvo frente a mí, apoyó sus manos a mis costados como lo hizo aquella noche en la fiesta de Amelia.

—No somos los protagonistas de una cursi historia de amor.

—No podríamos serlo —dijo Andrés—. No somos cursis… Pero, podríamos tener esa historia.

—Me iré en tres semanas.

—Podrías cambiar de opinión. —Negué de inmediato—. Podría ir detrás de ti.

Mi corazón tembló cuando lo dijo, cuando escuché eso que él no debía decir, porque al hacerlo, la ilusión creció en mi pecho empujando por completo el escudo con el que estaba intentando evadirlo, con el que intentaba resistir.

—La vida cambia en un segundo, Anna —dijo apoyando su frente con la mía—. Cambia con una mirada, con un abrazo… Con un beso que no sabe igual a todos.

—Dijiste que todo estaría bien si solo era sexo.

—Y ahora te digo que no me asusta la manera en la que mi mundo luce contigo en él.

Andrés tomó mi rostro y lo levanté para mirarlo a los ojos.

—Si lo que te asusta es la manera en la que tu corazón salta cuando estamos cerca, te aseguro que el mío salta igual y no me asusta, Anna.

—Ni siquiera se ha hecho oficial mi divorcio —le recordé—. No debería estar pensando en una nueva relación.

—Pero lo piensas y yo también —admitió Andrés—. Aunque sea una locura, aunque todo

grite que es un error.

—Me iré… —repetí sin fuerzas.

Andrés me acarició el rostro.

—Tenemos cinco horas juntos, sin ocultar lo que el uno causa en el otro, y nuestro mundo ya se puso de cabeza… —susurró inclinándose para oler mi cabello—. Imagínate lo que sucederá en tres semanas, hermosa.

—No quiero volver a sufrir —susurré sin aliento.

—Prometo que no seré yo quien te haga sufrir.

Andrés me miró a los ojos un segundo y yo suspiré resignada.

No podía luchar, no quería luchar, no cuando él me miraba de ese modo, cuando me endulzaba con palabras hermosas, cuando mi mundo no era tan complicado gracias a él.

Tenía miedo, pero estaba cansada de intentar ser fuerte.

En ese momento la debilidad tenía sabor a felicidad, a paz… a amor.

Ese que incluso asustándome tanto, me hacía sentir completa y valiente.

Andrés me besó y levantándome en sus brazos me llevó de nuevo a la cama, caímos en ella y continuamos besandomos un poco más.

—Estamos jugando con fuego —susurré, cuando me dejó respirar.

Él sonrió.

—Nunca pensé que quemarse se sentiría tan bien.

Sonreí y acaricié su rostro al ver lo hermoso que lucía.

—Sabes que estamos cometiendo un error, ¿verdad?

—No, no es un error —me corrigió—. Estamos corriendo un riesgo. Promete que no vas a huir —susurró.

Quise decirle todas esas razones por las que esa relación no iba a funcionar, pero ya no tenía fuerzas para negarme a lo que sentía por él.

—Vale —respondí sentándome en la cama—, no huiré, pero si en tres semanas esto no prospera, me marcharé y dejaremos todo esto en un buen recuerdo.

La idea de dejarlo no me hizo feliz y creo que se notó en mi rostro.

—¿Y qué pasa si sucede lo contrario? —preguntó, no le respondí—. ¿Qué pasará si en tres semanas cuando tengas que volver te das cuenta de que no puedes vivir sin mí?

Sonreí al oír la seguridad con la que planteaba esa opción.

—Me gusta mi país y supongo que a ti el tuyo —dije—. ¿Cómo crees que funcionaremos?

Él se inclinó sobre mi frente y se mantuvo en silencio. Busqué opciones que nos resultara a ambos, y no encontré nada.

—Podrías conseguir un empleo similar al que tienes aquí, en Sfera —dijo—. Sebastián te lo ha ofrecido.

—¿Estás sugiriendo que me mude aquí?

—¿Por qué no?

—Apenas estamos admitiendo que tenemos sentimientos el uno por el otro y ahora sugieres que me mude aquí.

—¿No te agrada la idea?

—Tengo una vida allá, Andrés… No es tan fácil como lo dices. Además, ¿por qué tendría que mudarme yo y no tú?

Me sostuvo de la cintura y me acercó más a él.

—Si vamos a hablar de nuestro futuro, prefiero sentirte cerca de mí —dijo besándome los labios—. Si no quieres dejar tu país, yo podría arreglármelas para mudarme a Madrid, pero no

este año.

Ni siquiera podía creer lo que estaba diciéndome, me sentí tan sorprendida que no supe qué decir al respecto.

—Tendría que darle tiempo a Sebastián para que consiga un reemplazo para mí —continuó —. Tendría que buscar un administrador para el club, para los viñedos… Eso tomaría su tiempo.

—¿Dejarías tu país, tu vida aquí, por mí? —pregunté emocionada—. ¿En verdad lo harías?

Andrés me miró con dulzura y sonrió.

—Te he dicho que te quiero, hermosa y eso no cambiará en tres semanas. Si tengo que mudarme para estar más cerca de ti, te prometo que lo haré.

—¡Estás loco! —exclamé abrazándome de su cuello—. Lo sabes, ¿verdad? —Sonrió y besó mis labios—. Ni siquiera hemos sido novios y ahora quieres que nos mudemos a la misma ciudad.

—Suena descabellado ahora —susurró, yo asentí—. ¿Qué te parece si en tres semanas volvemos a tener esta conversación?

—Vale…

Andrés me rodeó la cintura con ambas manos y me presionó contra su erección dando por terminada esa conversación para iniciar un momento que ambos estábamos deseando.

Tomó mi boca para sellar un trato del que aparentemente ambos estábamos de acuerdo y sosteniéndome con cuidado, me empujó sobre la cama y subió sobre mí.

—Espera —susurré al recordar que debíamos hablar de algo más importante—. Aún no hemos terminado.

—Cualquier otro requerimiento lo escucharé después de que tú y yo consumamos nuestra unión —bromeó Andrés haciéndome reír.

—Como si fuera la primera vez…

Andrés besó mi cuello y empezó a bajar hasta mis pechos, esos que empezó a torturar con su magnífica lengua.

—Estamos juntos —susurró mirándome mientras lamía mis pezones—. Oficialmente estamos juntos, haré valer mis derechos y te follaré duro.

Sentí un remolino de placer en mi estómago y me mordí los labios cuando él atrapó entre sus dientes la piel dura, logrando que el deseo me atrapara, tan pronto, que empecé a jadear.

Mi sexo estaba húmedo aun cuando apenas comenzábamos y empeoró cuando Andrés separó mis piernas y metió su mano entre ellas.

—¡Mierda, Anna! —exclamó con una voz pastosa que dejó notar su excitación—. Estás tan mojada…

La erección de Andrés se endureció al saber lo lista que estaba para él, para disfrutar del buen sexo que siempre teníamos y dejándonos llevar por esa necesidad que sentíamos el uno del otro.

Esa mañana empezamos a escribir una nueva historia en la que ya no teníamos que ocultar lo que sentíamos el uno por el otro y éramos libres de incluso planear un futuro juntos, un futuro en el que no cabía el miedo a volver a enamorarse, un futuro en que el quizá, siendo optimistas, Andrés y yo podríamos volver a ser felices.

22 Andrés.

El tiempo siempre parece correr más rápido cuando lo tienes contado. Cuando solo cuentas con poco menos de tres semanas para convencer a la mujer que quieres de quedarse a tu lado.

Sentía que cada día contaba, que, si no aprovechaba la oportunidad para demostrarle lo feliz que sería estando cerca de mí, ella iba a marcharse y la sola idea me aterraba.

Estaba dispuesto a mudarme a Madrid si era necesario y aunque no me atrevía a definir lo que me estaba pasando con ella, lo sabía, claro que lo sabía, y esa era otra de las razones por las que convencer a Anabelle de quedarse conmigo, se había convertido en mi prioridad.

*****

Todos hablaban a mi alrededor mientras yo seguía al teléfono escuchando las tontas excusas que tenían las personas para justificar la mierda que hacían sin consultar.

Era jueves y apenas había regresado de San Mateo. Llevaba dos días sin ver a Anabelle, eso me tenía de muy mal humor y el trabajo siempre se complicaba cuando menos lo necesitaba.

—Buenas tardes —escuché saludar a la pequeña mujer de Sebastián—. Disculpen el retraso, la imprenta nos lió un poco el trabajo.

—No hay problema, Amelia… Anabelle —dijo Carol—, aún no empezamos.

Aún al teléfono giré para mirar cuando mi mejor amiga anunció que Anna también estaba allí y mi mal humor se relajó notablemente al verla.

Ella estaba frente a mí, mirándome con una de esas sonrisas a las que empezaba a acostumbrarme.

—Pero podemos solucionarlo —concluyó el idiota del otro lado de la línea—. Solo necesito que…

—¡No me interesa lo que tú necesites! —gruñí regresando mi atención a la llamada—. *La compra la aprobaste tú y te harás responsable de todo este asunto* —amenacé.

—Está bien, señor Brasher. Si le parece, mañana podría ir a verlo.

—¡No, no estaré disponible mañana! —respondí molesto—. Te veo el lunes en las oficinas.

Furioso por los problemas que generaría esa irresponsable compra, terminé la llamada y giré hacia mi mejor amiga.

—Carol, el lunes a primera hora quiero ver a Rooter —ordené.

Ella asintió y aunque me hubiera gustado acercarme a Anna, había demasiada gente en el salón como para permitírmelo.

—Amelia… —susurré mirando a la pequeña mujer.

—Hola, Andrés —respondió mientras ocupaba un lugar en la mesa.

—Anna… —susurré dejando que mis sentimientos acariciaran cada letra de su nombre—. ¿Cómo estás?

—Muy bien, señor Brasher. —Ella mordió la parte interior de su labio y ocupó un lugar junto a Amelia—. ¿Mal día?

—Ya no —admití.

Anna me regaló de nuevo, una de sus mejores sonrisas y aunque me hubiera gustado ir hacia ella y besarla como estaba deseando, tuve que contener mis intenciones cuando mi mejor amigo tomó la palabra.

Concentrándome en las palabras del jefe, me recosté de mi sillón y durante dos horas escuché

con atención a cada uno de los presentes y el gasto que representarían para la editorial los próximos lanzamientos.

En esa ocasión, estuve de acuerdo en todo lo que se había planeado para el mes, así que solo aprobé los presupuestos presentados.

—Lo único que faltará será buscar al reemplazo de Fernanda —concluyó Carol dejando caer sus anteojos—. A menos que Anabelle esté interesada en el puesto…

Anna me miró de inmediato y creo que mi sorpresa le hizo saber que no había tenido nada que ver con lo que mi mejor amiga había dicho, aunque no podía negar que tuve ganas de besarla por sus palabras.

Intenté disimular lo mucho que me gustaba la idea de que ella se quedara en la ciudad y Anna le sonrió a Carol.

—Venga, es un honor que me consideres para el puesto —dijo mi chica con cierta sorpresa —, pero ya tengo un empleo en Madrid.

—Amelia también lo tenía… —agregué cerrando mi computador.

Anabelle sonrió sin mirarme.

—No la presionen —intervino Sebastián con su típica voz calmada—. Sé que tienes un buen cargo en Madrid —dijo mirando a Anna—, pero si consideraras la opción de trabajar con nosotros, estoy seguro de que podríamos llegar a un gran acuerdo. —Ella le regaló una amable sonrisa—. Solo tenlo en cuenta.

—Vale, muchas gracias.

El vibrar de su móvil sobre la mesa fue como el sonido de la campana al final de una mala clase. Sebastián agradeció a todos y se puso de pie mientras Anna se disculpó y caminó hacia un lado del salón para tomar su llamada.

—No olvides el cumpleaños de Jack —me recordó mi amigo—. No quiere una gran celebración, pero creo que podríamos reunirnos para que no se sienta tan solo.

—He hablado con un par de chicas de la casa gótica —comenté—. Ahora que se ha separado de Sil podría disfrutarlo mejor.

Sebastián sonriendo, me extendió su mano en despedida y luego junto a su pequeña mujer abandonaron la sala igual que todos los demás.

Me tomé más tiempo del necesario en guardar mis cosas con la sola intención de poder estar a solas con Anabelle.

—Vale —la escuché decir—, cuando regrese tomaré una cita contigo… Cuídate.

Contemplé lo hermosa que era y me sorprendí al notar una suave tristeza reflejada en rostro cuando terminó la llamada.

—¿Estás bien? —pregunté.

Ella cerró los ojos un par de segundos y luego giró hacia mí, fingió una mala sonrisa que me preocupó y decidí eliminar la distancia entre nosotros.

—Muy bien, tío… ¿Y tú?

Mentía, y aunque quise decirle que lo sabía, solo la tomé del cuello y sin tomarme más tiempo del que podía, me incliné hacia su boca y la besé.

De nuevo todo encontró la calma cuando toqué sus labios, cuando su atrevida lengua me invadió con la misma necesidad que sentía yo.

Sus dedos se enredaron entre mi cabello y nos besamos como si no hubiera un mañana.

Me apoyé de la mesa y la tomé de la cintura para subirla sobre mí, para poder sentirla e intentar calmar esa necesidad que tenía, la misma que parecía sentir ella por mí porque sus besos me lo hacían sentir.

Las voces fuera de la oficina nos recordaron dónde estábamos y aun cuando no deseaba liberarla, me obligué a controlarme.

Ella me besó por ultima vez y sonriendo se escondió entre mi cuello.

—¿Me extrañaste? —preguntó.

—Un poco —dije, ella rió y luego se alejó un poco para mirarme.

—Pareces cansado —dijo con cierta preocupación—. *¿No has dormido bien?*

—Muy poco —admití—. *Cuando no estoy en la ciudad descanso menos. Además, te extrañé.*

Sonreí cuando ella tomó mi boca y volvió a besarme.

—Me alegra que estés de vuelta —susurró entre besos—. Te he echado de menos.

Mi corazón saltó con fuerza dentro de mi pecho al oírla.

—Yo a ti, hermosa.

Admitirlo causaba una reacción extraña dentro de mí. Mi corazón se agitaba y podía sentir la felicidad invadiéndome.

¿Cómo puedes causar todo esto dentro de mí?

De nuevo las voces fuera del salón me recordaron donde estaba, así que aun cuando no quería tuve que ponerla sobre sus zapatos.

—De verdad luces cansado —dijo—. Deberías ir a descansar.

—No puedo, es el cumpleaños de Jack. —Anabelle se sorprendió—. Hoy necesito pasarme por el club.

—Cierto, Amelia me lo comentó. Espero que se diviertan.

Me dio un beso más y luego se alejó de mí para ir por sus cosas.

—¿Terminaste? —pregunté mientras tomaba mi maletín.

Ella asintió y cuando estuvo de nuevo a mi lado la tomé de la mano y aunque intento liberarse, no se lo permití y la llevé hasta la puerta.

—¿Puedes soltar mi mano? —me preguntó.

—No, no puedo.

Ni siquiera había terminado de hablar cuando Antonieta apareció y nos miró sorprendida.

—¡Mi vida! —exclamé liberando a Anabelle para abrazar a mi sobrina—. Mi niña hermosa.

Anto me abrazó con fuerza.

—¿Llegaste hoy? —preguntó mi niña.

—Sí, directo a la reunión con tu padre —dije con poco entusiasmo.

Anto sonrió divertida y besó de nuevo mis mejillas.

—Bueno, ve a descansar. —Me abrazó de nuevo y sonrió con dulzura para mí—. Te amo.

—Yo a ti, cariño.

La liberé y pensé que se marcharía, pero nos miró con interés.

—¿Ustedes…? —susurró con curiosidad.

—Somos amigos —respondió Anabelle de inmediato.

Debía sentirme ofendido por el título tan simple que me había dado, pero en lugar de eso me hizo gracia.

—Pues, eres la primera amiga a la que le he visto llevar de la mano —respondió mi sobrina.

—Es que no lo viste la semana pasada —dijo Anabelle—. Estaba de la mano de otra.

Sin decir nada más, besó las mejillas de mi sobrina y caminó hacia el elevador.

—Creo que estás en problemas…—susurró mi sobrina.

—Eso parece —admití con diversión—. *Nos vemos luego, cariño.*

Casi tuve que correr para alcanzar a Anna dentro del elevador. Me detuve a su lado cuando ella marcó el primer piso.

Esperé impaciente que las puertas se cerraran y cuando empezaron a hacerlo me acerqué a ella dejando ambas manos a sus costados para acorralarla como lo había hecho aquella primera vez.

Mi odiosa chica levantó la mirada con firmeza, retándome y aumentando de forma peligrosa las ganas que tenía de follarla.

—Los elevadores tienen un encanto especial gracias a ti —susurré.

—Tengo mejores recuerdos sin ti.

Ahí estaba de nuevo la mujer atrevida y grosera que había atrapado mi interés con su carácter de mierda.

Mi ego quiso recordarle lo mucho que había gemido gracias a mí, pero decidí actuar como el hombre adulto que era y solo me incliné hacia su cuello.

—¿Sabes cuánto me gustas enfadada? —pregunté—. ¿Sabes cuánto aumentan mis ganas de controlar ese puto carácter tuyo?

Mis manos bajaron por su pantalón hasta su redondo culo, la sostuve con fuerza y la subí sobre mi cadera, esperé que ella intentara alejarse, pero me sorprendió cuando no lo hizo.

Sin decir nada, ella se apoderó de mi boca y me besó con pasión, con esa forma única que tenía de apoderarse de mí razón y hacerme sentir que le pertenecía, que era suyo.

Nos besamos hasta que el sonido del elevador al detenerse me obligó a dejarla, de nuevo, sobre sus tacones.

Me sentí agradecido de que nadie estuviera esperando el elevador porque la erección entre mis piernas era bastante prominente. Anna se acomodó la ropa y la tomé de la mano llevándola conmigo hacia el parqueo.

Estaba por abrirle la puerta cuando ella me detuvo.

—Lo siento —susurró sorprendiéndome—, aún me molesta recordarte de la mano de esa mujer.

Quise decirle lo dulce que parecía cuando actuaba de ese modo, cuando estaba avergonzada o se sentía culpable, pero lo único que hice fue besarla de nuevo contra mi auto.

La idea de follarla en el asiento trasero vino a mi mente, pero sabía que no sería suficiente, no después de dos días sin ella.

—Te quiero, hermosa —susurré entre besos, ella sonrió—. *Salgamos de aquí, necesito estar de nuevo dentro de ti.*

El cuerpo de Anna se estremeció al oírme.

Un beso más y se hizo a un lado para dejarme abrir la puerta para ella. Me sonrió de modo tan hermoso que me di cuenta de que con ella podría permitirme ser mas arriesgado, con ella sentí que podía permitirme ir aun más rápido, así que sin pensármelo demasiado le pedí lo que deseaba.

—Quédate conmigo —susurré.

—Vale —respondió de inmediato—, pero necesito buscar ropa.

—No solo hoy —le aclaré, ella me miró confundida—. Deja el hotel y quédate conmigo.

Por un segundo el temor se reflejó en su mirada y noté la tensión que se apoderó de su cuerpo.

—No tiene sentido que sigas en el hotel si estamos juntos… —agregué, pero ella continuó en silencio—. Me gustaría que te quedaras conmigo, si quieres…

Me miró en silencio por unos segundos que se me hicieron eternos.

—Somos novios —dije—. Lo normal es que te quedes conmigo si estás en la ciudad… ¿No crees?

De pronto toda la tensión de sus hombros se relajó y una sonrisa divertida apareció en su rostro.

—*¿Somos novios?* —preguntó.

No podía creer que una sola palabra hubiera sido suficiente para alejar sus temores, pero así fue.

—Le dijiste a Anto que éramos amigos —me quejé—, pero creo que ese no es el título que debías usar.

—¿Y cuál sería? —cuestionó—. Porque no recuerdo que me hayas pedido que sea tu novia.

Sus ojos brillaron y la sonrisa que apareció en su rostro la conocía, estaba coqueteándome y me sentí tan cautivado.

La tomé de la cintura, la acerqué más a mí y casi besando sus labios susurré:

—¿Quieres ser mi novia?

Su sonrisa desapareció y por unos segundos me miró con seriedad. No estaba seguro de lo que pasaba por su mente, pero me sentí un poco nervioso mientras esperaba una respuesta que, aunque no necesitaba, deseaba escuchar.

—Me lo pensaré —respondió de pronto usando su tono de voz odioso—. Y también me pensaré lo de dejar el hotel.

—De acuerdo —acepté—. Solo espero que no respondas cuando estés en tu país.

Soltó una risa traviesa y después de darme un casto beso abrió la puerta de mi auto y entró en él.

Me hizo gracia que no respondiera, pero no dije nada. Subí al auto y la vi sonreír con suficiencia, parecía orgullosa por dejarme esperando por una tonta respuesta que no necesitaba recibir, pero decidí dejarla disfrutarlo.

Piensa todo lo que quieras, hermosa… Antes de la medianoche estarás en mi casa, en mi cama y tendrás claro que eres mía, con o sin títulos… Eres mía, princesa.

---

23 Anabelle.

Era increíble como en poco tiempo el corazón era capaz de curarse y de volver a latir con la misma fuerza que pensaste, no recuperaría jamás.

Solo habían pasado poco más de dos meses y de nuevo me sentía feliz, de nuevo estaba suspirando por un hombre que en muy poco tiempo se había adueñado, no solo de mi corazón, sino, de mi razón, esa que casi nunca nadie conquistó y que Andrés con facilidad cautivó.

*****

Irme a su casa me aterraba, aun cuando llevaba varios días durmiendo allí, la idea de llevar mi equipaje a su espacio no me parecía adecuada.

Quería hacerlo, sí, pero tenía miedo, no quería precipitar nada, no quería acelerar, más, lo que teníamos.

—Estás muy callada —dijo con la mirada fija en el camino—. No quiero pensar que mi propuesta te ha asustado, pero creo que es así.

—No —mentí—. *Pero no quiero cometer más errores*.

Andrés detuvo el auto a un lado del hotel y apagó el motor. Se liberó del cinturón y giró a mirarme con seriedad.

—¿Sientes que algo de lo que has hecho conmigo ha sido un error? —preguntó preocupado.

—No —admití de inmediato—. Por eso no quiero equivocarme al tomar una decisión precipitada.

—Estamos hablando de la propuesta de irte a mi casa, ¿verdad?

—Sí, de eso hablamos. ¿De qué más?

—De mi petición de ser novios.

No pude evitar reírme al escucharlo, al saber que tanto él como yo sabíamos que lo éramos, aunque debía admitir que escucharlo pedírmelo me hizo muy feliz.

Andrés acarició mi rostro con su mano izquierda y yo cerré los ojos para disfrutar de sus atenciones.

—Dormí en tu casa cuando estuve en Madrid —susurró—. Y no teníamos una relación. ¿Por qué te estresa tanto quedarte en la mía mientras estás en la ciudad?

Su dedo se movió sobre mis labios distrayéndome por completo y envuelta de nuevo en ese deseo que se apoderaba de mí siempre que lo tenía cerca, mi mente dejó de pensar.

—Solo quiero tenerte a mi lado —susurró—. Solo quiero que aprovechemos el mayor tiempo posible para estar juntos.

Y yo quería lo mismo, claro que sí, pero había algo que me impedía dar ese paso.

—Me lo pensaré… —respondí con voz agitada.

Acarició mi lóbulo con su lengua antes de alejarse y sonrió.

—De acuerdo —acordó besándome—. Quizá esta noche en la fiesta de Jack logre convencerte.

Lo miré sorprendida.

—¿Quieres que vaya a la fiesta de Jack? —pregunté.

Andrés me miró aún más sorprendido que yo.

—Si no tienes otros planes, sí.

—Creí que sería una fiesta de chicos.

Él frunció el ceño.

—¿Qué te hizo pensar eso? —Me encogí de hombros sin saber que decirle—. Una fiesta de chicos sin chicas no sería divertida.

—Ya, pero pensé que querrías divertirte con otras chicas.

Su ceño se frunció un poco más, pero no parecía enfadado, al contrario. Sonrió de lado y me regaló una de esas miradas pícaras que alteraban todo dentro de mí.

—Aún no he tenido el placer de disfrutar de ti en mi club —susurró acariciando mis labios con su dedo—. Y estoy deseando que llegue el momento.

¡Joder! Qué seductor es este hombre.

Sin poder contenerme, me solté el cinturón y me incliné hacia él para besarlo. Tomé su boca con desesperación y su mano izquierda apretó uno de mis senos aumentando de manera peligrosa las ganas que tenía de follar con él, de calmar el deseo que burbujeaba dentro de mí desde que lo vi sentado en esa mesa de juntas y fantaseé con la idea de follar sobre ella.

Quería invitarlo a subir a mi habitación, pero la idea de esperar para hacerlo dentro del club me ayudó a controlar las ganas que le tenía.

—Vale —susurré sin aliento—, entonces nos vemos en el club.

Aun contra mi voluntad, dejé de besarlo sabiendo que si continuábamos terminaríamos follando como dos adolescentes dentro del auto.

—¿A qué hora quieres que venga por ti? —preguntó.

Acomodé mi ropa y lo miré.

—Nos veremos en el club.

Andrés me miró sorprendido.

—¿No quieres que venga por ti?

Sonreí, me incliné y lamí sus labios con toda intención de tentarlo.

—No —respondí—. Si tienes suerte, bailaremos a medianoche —. Él sonrío—. Si llegas tarde me verás follando con otro, de nuevo.

—Eso no sucederá —respondió con seguridad—. *No hoy.*

Y allí estaba de nuevo, ese hombre mandón y dominante que me volvía loca.

—Entonces no llegues tarde o alguien más ocupará tu lugar…

—Eso no sucederá —repitió con firmeza.

—¿Qué no sucederá? —pregunté de nuevo lamiéndole la boca—. ¿Que llegues tarde o que otro ocupe tu lugar?

—Ninguna de las dos cosas —respondió mirándome a los ojos.

—¿Porque eres el dueño del club?

—Porque eres mía —respondió tomando mi rostro con una de sus manos y acariciando mis labios con su lengua—. Y porque solo jugarás con otros, si yo estoy de acuerdo…

Me alejé de él lista para aclararle que yo no era de su propiedad, pero el muy perro, volvió a sostenerme del cuello y antes de que pudiera decir media palabra, su boca tomó la mía. Me besó con tanta exigencia que me quedé sin aliento, sin pensamientos.

Su boca se apoderó de la mía de una forma tan posesiva que me sentí pequeña. Mientras él me besaba y me dejaba claro que yo le pertenecía, también me hacía saber con ese beso que podía hacer conmigo lo que le diera la gana y eso me asustó del mismo modo que me gustó.

Perdí la noción del tiempo de tal modo que cuando me liberó me sentí desorientada.

—Nos vemos a las ocho en el club… —susurró el muy perro.

Su voz era aun más ronca, más sexy y cuando lo miré, me di cuenta que de nuevo estaba frente al hombre vanidoso y posesivo que yo ya conocía. Ese que a primera vista me cayó tan mal y que cuando me permití conocer, me conquistó.

Mi lado feminista quiso empezar una pelea, pero decidí esperar a estar en el club para poner las reglas del juego.

—Vale.

Sostuvo mi mirada por varios segundos y luego bajó del auto.

Aproveché el momento para recuperar la cordura mientras lo veía caminando con seguridad hasta mi puerta.

La abrió y aparentando ser un caballero, extendió su mano para ayudarme a bajar. A regañadientes la sostuve y él sonrió divertido.

—¿Ya tienes una respuesta para mí? —preguntó el muy descarado.

—No creo que quieras que responda en este momento.

—¿Por qué no?

Podría pensar que estaba burlándose de mí, pero no parecía nada divertido.

—Tu pose de Christian Grey no funcionará conmigo.

—Creí que querías ser una sumisa… Jack aún pregunta por ti.

La sola mención de su amigo me recordó las muchas veces que me corrí gracias a sus atenciones.

Andrés sonrió y acomodó mi cabello.

—Si vas conmigo al club, las reglas las pondré yo.

—¿No me dejarás jugar si no estás de acuerdo? —pregunté citando sus palabras.

—Ni yo lo haré si tú no lo estás.

Vale, creo que estoy interesada.

—¿Por qué no? —pregunté.

—Porque soy celoso —admitió con el ceño fruncido—. Y que pidas mi opinión antes de relacionarte con alguien mantendrá mi estúpida inseguridad bajo control.

Sin darme cuenta me encontré sonriendo, satisfecha con su explicación y sintiendo que sus reglas funcionaban a la perfección para mí.

—¿Eso está bien para ti? —preguntó aún serio.

—Quizá… —respondí—. Veamos, ¿estás diciendo que mientras estemos juntos, tú no vas a relacionarte con ninguna mujer si no estoy presente y de acuerdo?

—Eso dije.

Me mordí los labios para no sonreír complacida.

—¿Está bien para ti?

—Quizá —repetí—. ¿Hay reglas para aceptar o negar a alguien?

—¿Quieres poner reglas?

—No, pero quiero saber si tú las tienes.

—No las tengo.

—Bien.

—Bien —repitió de nuevo sonriendo—. Elimina a Jack de tu lista.

La sonrisa que tenía en mis labios se borró apenas lo dijo.

No es que me gustara tanto el hombre, pero planeaba aprender más sobre el *bondage* y quería que fuera Jack quien me enseñara.

Andrés sonrió de pronto y me acarició la mejilla.

—Solo bromeaba —susurró besando mis labios por un segundo, le golpeé el brazo—. No tengo problemas con Jack.

—¿Y con Sebastián?

También estaba bromeando porque no me había permitido fantasear con él en ningún momento, pero tenía curiosidad de saber si lo sucedido con su exesposa era el motivo de esa inseguridad que mencionó.

—He follado con Amelia —me recordó—. ¿Qué te hace pensar que me negaría a que tú lo hicieras con él?

Solo me encogí de hombros sin querer decirle la razón.

—No, tampoco tengo ningún problema con Sebastián, pero creo que te costará mucho convencer a su pequeña mujer de compartirlo.

Sonreí sabiendo que tenía razón, de nuevo me besó con dulzura.

—¿Nos vemos a las ocho? —repitió.

—Vale.

Tomándome con ambas manos, me presionó contra él y me dio un beso profundo, pero se alejó demasiado rápido para poder disfrutarlo.

—Contaré las horas para tenerte de nuevo en el club.

Otro beso y me liberó.

—Entra ya.

Sonreí al escuchar su orden y me obligué a caminar hacia el hotel.

Mi rostro lucía una sonrisa que delataba lo feliz que me sentía.

Lo complacida que estaba con todo lo que sucedía con él.

Andrés no solo me hacía sentir en paz, sino que también me daba felicidad y hacia realidad

mis fantasías.

En la vida cotidiana me gustaba tener el control, pero en la intimidad siempre había deseado que intentaran dominarme, que no me dejaran siempre salirme con la mía y él lo hacía a la perfección.

Andrés era a quien necesitaba en mi vida y en ese momento sentí que había encontrado a mi hombre ideal.

Con la felicidad invadiendo mi pecho y el deseo aún burbujeando en mis venas, entré en el elevador con la intención de prepararme para volver a Despertar y por primera vez disfrutar de Andrés dentro de su club.

24 Andrés.

Existen tantas distintas formas de sentir el amor… Tantas maneras de manifestarse que, por un momento, puedes confundir el cariño con amor o pensar que es solo una atracción, pero cuando empiezas a girar en torno a alguien, a sus sonrisas, sus lágrimas, sus deseos… Entonces, no se deberían tener dudas, es amor, aunque a veces, te niegues a admitirlo.

*****

Llegué a mi oficina cuando en mi reloj apenas marcaba las siete de la tarde. El sol aún brillaba, pero dentro de *Despertar* la noche había empezado y los socios ya estaban disfrutando de las instalaciones.

Había llegado más temprano de lo planeado, no quería arriesgarme a que Anna lo hiciera antes que yo, así que decidí venir y revisar los documentos que sabía tendría sobre el escritorio.

Durante casi veinte minutos me concentré en revisar todos los gastos que habiamos tenido en la semana y firmar los cheques de pago. Separé los documentos que Sebastían debía firmar y me levanté de mi sillón.

Un golpe en la puerta me hizo caminar hacia la entrada para recibir a quien estuviera allí.

—**Señor, perdone la interrupción** —se disculpó Octavio—. **Hemos tenido un incidente.**

—**¿Qué sucedió?** —pregunté preocupado.

—**Mario, señor.** —Fue todo lo que respondió el hombre.

Ni siquiera pregunté qué habia sucedido porque podía imaginarlo.

—**¿Jack no ha llegado?** —pregunté saliendo de mi oficina.

—**No, señor.**

Bajamos las escaleras y tomamos la puerta principal para rodear el club y llegar más rapido hacia ese nuevo ambiente que habiamos construido.

La casa gótica fue terminada hace poco más de un año y es el lugar donde los Dominantes y Sumisos disfrutaban de nuestras instalaciones sin perturbar a los que no nos gustaba de ese tipo de juegos.

Las grandes puertas se abrieron cuando aparecimos y Octavio caminó delante de mí guiándome hacia donde suponía estaba el hijo de puta de Mario. Ese socio que en más de una oportunidad se le ha ido la mano con sus estúpidos y crueles juegos.

—**¿Ahora qué hizo?** —pregunté para prepararme.

—**Lo de siempre, amordazó a su sumisa y esta no pudo decir su palabra de seguridad.**

—**Lo de siempre** —gruñí furioso.

Giramos a la izquiera hasta llegar a la zona de las mazmorras y desde donde podia escuchar el sonido de las fustas azotando la piel de alguien.

Me molestaba mucho ese lugar, por más que a muchos les causara placer, a mí me resultaba incómodo ver o escuchar los gritos de las personas que eran golpeadas, con su consentimiento, por un *Dom.*

Le habia asignado a Jack la responsabilidad de vigilar que nadie rompiera las reglas, pero justo esa tarde él tenía el dia libre y yo debía ocuparme del trabajo sucio.

Dos de los chicos de seguridad estaban de pie en una de las mazmorras advirtiéndome que ese era el lugar donde encontraría a aquel hijo de puta. Ambos se hicieron a un lado cuando llegué y en cuestion de segundos vi a Mario apoyado de la pared con postura aburrida y mirando su reloj como si tuviera prisa.

Una joven de cabello castaño y piel muy blanca estaba sentada sobre uno de los sofás con los hombros hundidos y la cabeza tan inclinada que no pude reconocerla hasta que me aproximé a ella.

—**¡Finalmente llegas!** —exclamó Mario al verme.

Me arrodillé frente a la joven y solo allí pude reconocerla, era Bri, una de las más jóvenes sumisas que visitaba el club. Era tan bajita que me costaba mucho imaginarla sosportando ese tipo de situaciones por decisión propia, pero lo cierto era que llevaba años visitando mazmorras como esas.

—**Vas a tener que hablar con Jack para que entrene mejor a sus muchachos** —agregó el hijo de puta—. **Nos han interrumpido sin motivos.**

—**¡Cierra la boca!** —gruñí mirándolo furioso.

Parecía no ser tan idiota como lo imaginé porque guardó silencio y me dejó examinar a la mujer aún atada sentada frente a mí.

—**¿Estás bien?** —pregunté con molestia mientras le desataba las manos—. **Bri, mírame.**

Ella ni siquiera se movió y mi preocupación aumentó.

—**¡Obedece!** —ordenó Mario.

Mi molestia aumentó al oírlo y giré hacia él, con ganas de matarlo.

—**¡Si no cierras la puta boca voy a romperte la cara!** —grité—. **¡Estos errores los espero de principiantes, pero no de alguien como tú!**

—**Ella no dijo que no podía hablar** —respondió el imbécil.

Sin poder contenerme, me puse de pie y caminé hacia él.

—**¡Estoy cancelando tu puta membresía!** —anuncié.

—**Vamos, Andrés, no es para tanto** —dijo el hijo de puta con preocupación—. **Ella disfruta conmigo.**

—**Mario, estoy cancelando tu membresía** —repetí—. **No podrás volver más aquí.**

Esperé que dijera alguna estupidez que me diera motivos para romperle la cara, pero él solo me miró consternado.

Me giré y miré a uno de los chicos de seguridad

—**Acompáñalo a la salida** —ordené regresando hacia Bri—. **Diles que cancelé su membresía.**

—**Andrés** —susurró el hombre—, **piénsalo mejor… Yo…**

—**¡Mario, sal de mi club!** —grité girando hacia él—. **Vete antes de que te rompa la cara.**

—**Hablaré con Sebastián** —me amenazó.

Fuera de control regresé frente a él y lo sujeté con fuerza de la camisa.

—**¡Soy el puto dueño de este club!** —gruñí—. **Soy quien toma las decisiones aquí y estoy cancelando tu membresía por haber infringido una de nuestras reglas. ¡Ahora desaparece de mi vista, porque si dices alguna estupidez más, juro por Dios que voy a romperte la cara con mucho placer!**

Lo liberé aunque no quería hacerlo y él solo me dio una mirada furiosa antes de abandonar el lugar acompañado de los hombres de seguridad.

Le hice señas a una de las guardianas góticas encargadas de cuidar especialmente a las

mujeres y esta entró a la mazmorra justo cuando yo volví a inclinarme frente a Bri.

La liberé de la soga con la que el imbécil la habia atado y acaricié con pesar sus muñecas enrojecidas.

—**Quiero que vayas a la enfermería** —ordené intentando modular mi voz, ella asintió—. **Quiero que te examinen y no quiero verte aquí por lo menos hasta la próxima semana.**

Ella levantó su asustada mirada hacia mí y yo intenté sonreír.

—**¿Me echará también del club, señor?** —preguntó preocupada.

—**No, cariño** —dije acariciándole la mejilla—. **Solo quiero que te mejores.**

—**Gracias, señor** —susurró ella levantando de nuevo la mirada—. **No quería causar problemas.**

—**No fue tu culpa, él rompió una de las reglas, no tú.**

La ayudé a levantarse y la guardiana cubrió su cuerpo con un camisón, la sostuvo del brazo y se la llevó fuera de la mazmorra.

Observé con desagrado el lugar imaginando el mal momento que ella seguramente había pasado y salí de allí deseando mantenerme del lado del club donde el placer no era sinónimo de agresión física de ningún tipo.

—**Infórmale a Jack lo sucedido** —ordené cuando Octavio se acercó a mí—. **Dile que no quiero ver a ese imbécil otra vez aquí.**

—**Sí, señor.**

—**Gracias, Octavio.**

Él caminó por el extremo del club y yo entré al salón rojo usando la puerta del jardín. Me dirigí hasta la barra en busca de un trago que me ayudara a quitarme el mal humor y observé a Steven ocupándose de los pedidos de un grupo de cuatro damas sentadas en el extremo izquierdo.

Seguí mi camino hasta el bar, tomé uno de los asientos y estuve por perdir un trago cuando una de las meseras pasó frente a mí y sonrió con sensualidad al mirarme.

—**Señor…** —susurró en saludo.

—**Hola, Ruth** —respondí.

Ella era pequeña, pero tenía el cuerpo ideal para su estatura. Su culo redondo era demasiado grande para pasar desapercibido, su rostro era precioso. Ella era la única por la que, en ocasiones, cuestionaba esa puta regla que teníamos de no relacionarnos con los empleados, solo por ella la rompería sin remordimiento.

—**Es muy joven para ti** —susurró una voz femenina detrás de mí.

Sonreí y giré a mi derecha para encontrarme con Melissa, la doctora sexy.

—**Yo creo que es perfecta** —respondí.

—**Pero relacionarse con el personal está prohibido, ¿no?**

No le respondí y ella se movió delante de mí bloqueando por completo la buena vista que tenía de Ruth y su perfecto culo.

—**Llegaste temprano** —comenté.

—**Tú también** —rebatió respirando profundo—. **Hacía días que no te veía. ¿Estabas de viaje?**

Asentí y me incliné para besar su mejilla, ella movió el rostro y besó mis labios, como siempre, pero fue extraña la forma como algo tan común entre nosotros me hizo sentir incómodo, pero sabía la razón… *Anabelle.*

Y solo en ese instante me di cuenta de que el trato que hicimos de no relacionarnos con otros

sin tener nuestra aceptación, no iba a funcionar.

—**¿Dónde está Mike?** —pregunté mencionando a su esposo.

—**Tuvo una reunión** —respondió acariciando los botones de mi camisa—. **Llegará más tarde.**

La doctora empujó una de mis piernas y se detuvo entre ellas acortando más la distancia de nuestros cuerpos.

—**Tendremos una fiesta en honor a Jack** —dijo acariciando mi cuello—. **Supongo que te unirás…**

—**No lo sé, estoy cansado y pretendo marcharme temprano.**

Sus labios rojos se acercaron de forma peligrosa, quise disfrutar de ellos como siempre, sobre todo porque sabía que podrían mejorar el mal humor que el hijo de puta de Mario había despertado en mí.

—**Creo que unos masajes te vendrían bien.** —Movió su mano de mi cuello a mi pecho y se acercó un poco más a mí—. **¿Por qué no vamos a otro lugar para que yo me encargue de ti?**

Su boca se acercó tanto que tuve que moverme para evitar que volviera a besarme.

—**Hoy no** —dije sin sonar muy seguro—. **Ya tengo planes.**

Melissa sonrió y se acercó un poco más. Era buena seduciendo y yo estaba tan acostumbrado a caer en sus encantos que me resultaba muy difícil contenerme.

—**Pero todavía es temprano. ¿Podríamos tomar un privado?** —insistió acercándose tanto que casi sentía sus labios—. **Podríamos ser solo tú y yo…**

¡Mierda!

Si no hubiera tenido esa conversación con Anabelle aceptaría la invitación de la doctora sin dudármelo un segundo.

—**¡Buenas noches, jefe!** —exclamó Steven interrumpiéndonos.

Mentalmente le agradecí y sonreí mirándolo.

—**Dame lo de siempre** —pedí—. **¿Deseas algo?** —pregunté mirando a la doctora.

—**A ti** —respondió mordiéndose los labios.

Me encantaba lo atrevida que era esa mujer, razón por la cual siempre fue mi favorita del club. Era puro fuego y era delicioso quemarse con ella.

Intentando cumplir el trato que había hecho con Anna, traté de ignorar lo mucho que me gustaba la doctora y busqué a Ruth con la mirada para distraerme con ella, pero en medio de mi búsqueda me choqué con unos oscuros ojos mirándome con frialdad.

Bajo la luz tenue que cubría el salón, Anabelle estaba de pie muy cerca de nosotros y por la seriedad con la que me miró supe que llevaba allí más tiempo del que me hubiese gustado

—**¿Quién es?** —preguntó la doctora.

Ignoré su pregunta y la hice a un lado para acercarme a Anna.

—**Llegas temprano.** —Fue lo primero que se me ocurrió decirle.

Ella llevó un segundo su atención detrás de mí y luego me miró.

—**No tanto como tú** —respondió.

Era extraña esa incomodidad o preocupación que sentí al imaginar que podría estar enfadada. Esas ganas de querer explicarle un poco la situación para que no malinterpretara lo que había escuchado, para que no imaginara una situacion que no existía.

¿No existía?

Me burlé de mis pensamientos, de esos que corrieron hacia un camino que hacía mucho no tomaba. Quería justificarme por algo que no habia hecho y estaba olvidando que dentro de ese

lugar, todo estaba permitido.

Fruncí el ceño incómodo por la forma como me sentí, pero para mi sorpresa, Anna relajó su ceño y se mordió los labios.

—**¡Qué guapo estás!** —dijo acariciando mi camisa.

Una suave sonrisa se asomó por la comisura de sus labios poco antes de que tirara de mi ropa para acercarme a ella y acabar conmigo de la forma más sencilla que existía, apoderandose de mi boca a su antojo.

La calma volvió a mi cuerpo con la misma rapidez que el deseo me atrapó. La sostuve de la cintura y correspondí a ese beso con la misma necesidad que sentía en sus deliciosos labios.

Mi cuerpo lo disfrutó con descaro y fue en ese momento en el que fui consciente de que ese era nuestro primer beso en el club, *en mi club*.

—**¡Pidan un privado!** —escuché gritar cerca de nosotros.

Anna se alejó de mí lamiéndose los labios y aunque quise insultar a Jack por interrumpirnos, me quedé prendido de la mirada de esa mujer.

—**Bienvenida** —susurré presionándola contra mí de nuevo.

—**Gracias** —respondió limpiando el labial que estaba seguro había dejado mis labios—. **¿Abriste el club?** —bromeó.

Sonreí y aunque quise besarla de nuevo, la presencia de Jack nos interrumpió, otra vez, cuando se detuvo frente a nosotros.

—**¿Decidieron buscar un privado?** —bromeó él.

Anabelle hizo una mueca de desagrado que disimuló casi al instante.

Él le tomó la mano y la llevó a sus labios fingiendo ser un caballero.

—**Es bueno verte de regreso** —comentó el muy descarado dejando notar lo complacido que estaba al verla—. **¿Cómo has estado?**

—**Muy bien, guapo** —respondió ella con una sonrisa auténtica.

Estaba sorprendido de ver lo bien que lucía Jack esa noche, no es que esperase verlo llorar por los rincones, pero creí que la separación con Sil lo tendría más tiempo hundido en la tristeza, pero me alegraba de que no fuera ese el caso.

—**¿Quieren tomar algo?** —preguntó Jack saltando dentro de la barra—. **Steven parece estar ocupado.**

—**¿No es tu noche libre?** —pregunté.

Jack sonrió encogiéndose de hombros y tomó la botella de vino.

—**Hago tiempo extra** —respondió empujando un copa hacia mí—. **¿Qué te sirvo, guapa?** —preguntó mirando a Anabelle.

—**¿Puedo tomar lo mismo de la otra noche?** —preguntó mi chica.

Jack levantó una de sus cejas y ella se mordió los labios. Sabía que en ese momento ninguno estaba pensando en el trago y fue bueno darme cuenta de que por lo menos con él, mis celos irracionales no se activaron.

—**Hola…**

La voz de la doctora nos interrumpió y aunque no quise ser grosero ignorándola, había olvidado por completo que estaba allí.

Anna cambió su sonrisa por una mirada fría y giró hacia la doctora.

—**Soy Mell** —se presentó mirandola con seriedad y sin ofrecerle su mano—. **Eres nueva aquí.**

—**Así parece…** —respondió Anna con frialdad.

Se apoyó con ambos codos sobre la barra y fingió una mala sonrisa.

El ceño de Mell se frunció y fui consciente de que la pulsera en la muñeca de Anabelle era la razón.

No me había dado cuenta de que esa noche llevaba puesta mi pulsera, pero me sentí complacido al ver que había decidido usarla.

—**No olvides nuestra fiesta… privada** —susurró Mell llevando toda su atención sobre mí —. **Estaremos esperándote.**

Sin tomarse más tiempo del necesario, la doctora se inclinó sobre mí y besó la comisura de mis labios sin darme tiempo para intentar alejarla.

Me limpié donde me había besado y miré a Anna de nuevo sintiéndome incómodo.

Ella me regaló una mala mirada y cuando estuve a punto de explicarle quién era la doctora, se observó la muñeca con mala gana.

—**¿Qué de especial tiene esta pulsera?** —preguntó de pronto.

Miré la joya en su mano y tuve que pensar bien antes de responder.

—**La primera vez que estuve aquí…** —continuó Anna con visible molestia—**… Amelia se sorprendió mucho cuando me vio usándola y ahora tu… *amiga*, actua igual. ¿Por qué?**

—**Es mía** —admití con tranquilidad.

—**¿Tuya?**

—**Sí** —dije acercándome a ella—. **Solo Sebastián y yo las tenemos. Son las que usamos en algún evento especial aquí.**

Anabelle giró hacia un grupo de mujeres del otro lado de la barra para observar las pulseras plásticas que ellas llevaban.

—**¿Qué diferencia representa para mí usarla?**

Quise decirle que ninguna, pero no estaría siendo del todo sincero.

—**Oficialmente, ninguna, pero cuando Amelia usó la de Sebastián los demás socios evitaron acercarse a ella.**

Anna frunció más el ceño y pensé bien en las palabras que debía usar.

—**Nadie ha dicho que sean especiales o que tengan algún significado, pero al verla en la muñeca de Amelia asumieron que ella era alguien especial para Sebastián.**

—**¿Alguien especial o alguien de su exclusividad?**

—**No somos responsables por los que otros asuman** —le aclaré.

Anna se alejó de la barra con visible molestia. No tenía idea de lo que pasaba por su mente, pero estaba seguro de que no era nada bueno, porque cuando miró hacia donde Jack preparaba su bebida, su mala cara empeoró.

—**¿Por eso Jack esperó que le autorizaras para hablarme sobre las clases de *bondage* la otra noche?** —preguntó con más molestia.

—**Supongo que sí.**

—**¡Qué cabrón!** —gruñó enfadada.

Sin pensárselo ni un segundo soltó el broche de la pulsera y la dejó sobre la barra. Aprovechando su cercanía, la sostuve de la cintura y aunque intentó alejarse, no lo logró.

—**No lo hice para evitar que los demás se te acercaran** —le aclaré.

Ella me miró furiosa.

—**¿Entonces por qué cojones lo hiciste?**

—**Porque quería que usaras algo mío** —admití, pero ella no relajó su molestia—. **Había deseado tenerte aquí y estabas enfadada conmigo.**

—**¡Pero sabías que nadie iba a acercarse a mí!** —gritó.

—**Pero no era esa mi intención** —le expliqué intentando no ponerme de mal humor a causa de sus gritos—. **Ni siquiera iba a impedirte que participaras en las clases de *bondage*.**

—**¡No tenías derecho a impedirme nada!**

—**Deja de gritar** —le pedí.

—**¡No puedes ponerme una pulsera de exclusividad como si te perteneciera!**

Sí puedo, hermosa.…

—**¡No soy de tu propiedad, tío!**

—**Deja de gritarme, Anabelle** —le pedí por última vez.

—**¡Entonces no tomes decisiones sobre mí sin pedir mi opinión!**

No debería sorprenderme que estuviera tan enfadada, Amelia tuvo la misma actitud, en Anabelle había algo más, pero no sabía qué.

—**¡Un *Bloody Mary* muy picante!** —exclamó Jack.

Aun cuando no quería, me alejé un poco de ella para dejarla tomar su bebida con la esperanza de que el alcohol se llevara su mal humor.

Furiosa, tomó el vaso y bebió de su trago sin mirarme.

Jack miró la pulsera en la barra y me observó confundido.

—**¿Hoy también hay clases?** —preguntó Anna mirándolo.

Él se sorprendió, no sé si por su pregunta o por la molestia en su voz y volvió a mirarme, parecía confundido.

—**¿Por qué lo estás mirando?** —le gritó Anabelle.

El ceño de Jack se frunció y giró hacia ella de mala gana.

—**¿Acaso tengo un letrero con su nombre en mi frente?** —gruñó Anna—. **¿O necesitas de su permiso para hablar conmigo?**

La mandíbula de Jack se tensó a causa de la mala actitud con la que Anabelle le hablaba. Quise intervenir y advertirle que, aunque él parecía de lo más inofensivo, era uno de los *Dom* más estrictos y respetados que teníamos en *Despertar*.

—**Daré clases a un grupo hoy** —respondió con frialdad—, **pero te aconsejo buscar a alguien más.** —Su voz amenazadora apareció y ella relajó un poco su mala cara—. **Porque si me das la oportunidad, con mucho placer voy a castigarte por levantarme la voz.**

Anabelle lo miró sorprendida y su rebeldía cayó un poco, pero no lo suficiente para mantenerse callada.

—**No me asustas** —dijo con rebeldía.

Se giró hacia mí y me dejó ver cuán enfadada estaba conmigo.

—**Supongo que sin tu estúpida pulsera, él no necesita de tu autorizacion para dejarme participar… ¿O sí?**

—**Sí la necesito** —respondió Jack por mí—. **Sobre todo porque no pretendo ser amable contigo si te unes a mi clase.**

Ella clavó su mirada envenenada en él y bebió por completo el contenido de su vaso.

No tenía ni puta idea de cuán al tanto estaba Anabelle de los castigos que podría recibir de Jack, pero en ese momento no iba a escuchar mi opinión ni mis consejos, así que no dije nada al respecto.

—**¿Vas a dejarme castigar a tu mujer?** —me preguntó él.

—**¡No soy su mujer!** —gritó Anna de nuevo aún más enfadada.

Terminé el contenido de mi copa y salté de mi banco. Me acerqué a ella y le regalé una

mirada de advertencia.

Anabelle cuadró los hombros y me envenenó con su mirada recordándome a la mujer que conocí a través del teléfono de Amelia. Las mismas ganas de castigarla que tuve aquella primera vez me invadieron.

—**Cálmate** —gruñí, ella mantuvo su postura desafiante—. **Estás gritándome y mi paciencia se está acabando.**

Sin relajar ni un poco su postura se aproximó tanto a mí que su aliento al hablar acarició mi rostro.

—**Ya te lo dije** —gruñó—: **Tu pose de *Christian Grey* no me asusta.**

Era consciente de que más de uno estaba mirándonos, los gritos de Anna sobre mí se podían oir por todo el salón.

Aunque tenía mejores planes para ella esa noche, decidí darle la lección que le tenía reservada desde la primera vez que la vi.

Levanté mi mano señalándole a Jack las cadenas que colgaban del techo de la barra. Él sonrió complacido y sin tomarse más de tres segundos las sostuvo.

—**Discúlpate** —le ordené, ella me miró confundida.

—**¿Y por qué cojones me disculparía? El que me ha puesto una pulsera de exclusividad, como si le perteneciera, eres tú.**

—**Es porque me perteneces.**

Anabelle soltó una carcajada burlona que desentonaba con la mirada rabiosa que mantenía mientras me miraba.

—**¡En tus sueños, cabrón!** —gruñó ella.

Le había dado la oportunidad, hice un último intento por evitarle la vergüenza, pero ella ni siquiera fue consciente de ello.

Molesto por lo fácil que le resultaba insultarme cuando estaba enfadada, me acerqué más ella y aunque intentó alejarme, no tuvo éxito.

La tomé de ambas manos y las levanté sobre su cabeza. Intentó liberarse, pero Jack ya había cerrado uno de los grilletes alrededor de su muñeca derecha y continuó con la izquierda.

—**¿Qué cojones haces, tío?** —gritó mirándolo.

Ella empezó a forcejear intentando liberarse, pero ya era muy tarde.

—**¡Suéltame, joder!** —gritó de nuevo.

Jack saltó de la barra y sonrió complacido. Estaba seguro que nadie más que él estaba disfrutando de lo que estaba sucediendo.

—**¡Suéltame!** —gruñó de nuevo mirándome—. **¿Quién coño te crees?**

La hice girar para tener su bonito culo a mi disposición y con más placer del que pensé sentir, le azoté el culo con fuerza.

Ella gritó y Jack sonrió más que complacido.

—**Soy el dueño de este lugar** —le recordé—. **A quien has gritado a tu antojo y por eso tengo el derecho de castigarte.**

—**¡Que te den, tío!**

Sonreí y volví a azotarla con fuerza, pero en esa oportunidad ella se mantuvo en silencio y la necesidad entre mis piernas lo disfrutó.

Le rodeé la cintura con uno de mis brazos y la presioné contra mí para que pudiera sentir lo que su atrevimiento había provocado en mí.

Ella me regaló todo su odio cuando me miró y yo le sostuve el rostro. Aunque luchó para

liberarse, no lo logró. Me incliné más hacia ella, hacia esa boca ligera que tenía y sentí como su cuerpo se estremeció por mi cercanía.

Su mirada desafiante no parecía relajarse con nada y mis ganas de hacerle pagar por sus gritos, tampoco.

—**¡Suéltame!** —gruñó y sus labios tocaron los míos.

—**Discúlpate.**

—**¿Por qué cojones tengo que disculparme?** —gritó—. **¡Me diste una pulsera de exclusividad!**

—**No es de exclusividad** —repetí—. **Y no te pedí que la usaras hoy, pero me encantó verla en tu mano** —admití sin problema.

—**¡Porque eres un machista de mierda que no solo pide exclusividad en un club swinger, sino que además, marca reglas que no piensa seguir!**

Y finalmente lo entendí, aunque ella trató de disimular, encontrarme con Melissa le había molestado, pero su orgullo no le permitió decirlo en voz alta.

Estás celosa, princesa.

Pensé en todo lo que podía decirle para sacarla de su error, pero sabía que estando tan enojada no iba a escucharme, así que decidí hacer lo único que pensé podría tranquilizarla.

Sin pensarmelo demasiado la sostuve del cuello y sin tomarme un segundo más, me apoderé de esa boca rebelde que tenía.

Anabelle luchó por alejarse, forcejeó por unos segundos hasta que mi lengua invadio su boca y su cuerpo finalmente se rindió.

Aun estando furiosa, Anabelle me besó con esa pasión que desde el primer día me había regalado, con esa intensidad que me derretía y me hacía sentir vivo.

Su boca y la mía se comían sin vergüenza, su molestia y la mía estaban presentes en ese beso y quizá fue eso lo que lo hizo tan intenso. Ella aun cuando estaba atada, quería dominarme, y yo me negué a complacerla, porque dentro de ese club, yo tenía el control incluso de ella.

No sé por cuánto tiempo nos besamos, pero cuando dejamos de hacerlo, ella ya no parecía querer matarme. Seguía molesta, lo veía en su mirada, pero había dejado de gritar, algo que en silencio agradecí.

—**Libérame…** —susurró sin aliento.

—**Disculpaté** —repetí, ella volvió a fruncirme el ceño.

—**¿Por qué cojones quieres que me disculpe? ¡Eres tú quien debería hacerlo!**

Al ver que de nuevo estaba gritando, volví a apoderarme de su boca, de esos labios que encendían mi alma sin ningun esfuerzo. Ella de nuevo intentó alejarse, pero su voluntad cayó cuando mi lengua encontró la suya.

Mis manos acariciaron sus piernas desnudas y se escabulleron debajo de la tela de su sensual vestido. Anna tembló y yo traté de no sonreir para no aumentar su mal humor. Mi mano izquierda llegó hasta la humedad entre sus piernas y ella tembló cuando acarcié la tela de su ropa interior.

Estaba tan húmeda, tan excitada, que tuve que darle la razón a Jack. Él lo había comentado, la mujer que me tiene loco disfrutaba a lo grande cuando intentaban dominarla, comprobarlo fue interesante.

Moví mis dedos por su resbaladizo coño mientras le comía la boca con la esperanza de calmar a la fiera que habitaba en ella.

La idea de follarla allí, sobre la barra frente a todos, me tentó, pero eso sería un premio y yo intentaba castigarla.

Cuando sus gemidos y la humedad en mis dedos me hicieron saber cuán excitada estaba, me detuve y ella protestó sobre mis labios.

Abrió los ojos y su mirada ardiente me atrapó.

—**Discúlpate** —susurré mordiéndole el labio inferior.

—**Discúlpate tú por arruinar la noche.**

—**La noche apenas empieza** —susurré lamiéndole la boca—, **y no puedo disculparme por darte mi pulsera porque amo verla en tu muñeca.**

De nuevo la besé y ella aun cuando estoy seguro hubiera prefeido rechazarme, no lo hizo.

—**Me hace sentir que eres parte de mi vida y quiero que todos lo sepan.** —Ella relajó su mala mirada un poco mientras me escuchaba—. **Pero eres libre de decidir con quién te diviertes aquí.**

De nuevo me regaló una mala mirada.

—**Solo porque necesitas tener la misma libertad** —gruñó—, **sino, no podrías ir a un privado con tu… *amiga*.**

No sonrías, Andrés, no se te ocurra sonreir.

—**A la única que quiero llevar a un privado es a ti, *hermosa***.

Me regaló otra mala mirada y yo volví a besarla. Le comí la boca deseando que en algún momento su mal humor se alejara, pero incluso cuando me besaba podía sentir lo enfadada que estaba.

—**Suéltame** —susurró mordiéndome los labios.

—**Discúlpate** —repetí.

—**Discúlpate tú** —gruñó—. **Tú rompiste tus propias reglas.**

Quería preguntarle a qué reglas se refería para tener más claro el asunto, pero estaba seguro que se refería a la doctora y su cercanía.

—**Lo lamento** —susurré.

Anna me miró sin decir media palabra, pero parecía sorprendida.

—**Si lo que viste te molestó, lo lamento** —agregué.

Finalmente el odio en su mirada desapareció, pero continuó enfadada.

De nuevo la besé, de nuevo me comió la boca a su antojo y otra vez estaba deseando follarla allí mismo. Había estado dos días fuera de la ciudad, sin verla, y mis ganas de poseerla estaban en su nivel más alto.

Ella tiró con fuerza de sus manos para intentar abrazarme, pero las cadenas impidieron que cumpliera su objetivo.

—**¿Puedes soltarme?** —preguntó girándome los ojos.

—**No puede** —respondió Jack detrás de ella.

Anabelle giró para mirarlo con toda su molestía.

—**Las reglas del club dicen que quien es castigado por mala conducta tiene que soportar el castigo como mínimo una hora** —explicó Jack con suficiencia—. **Los grilletes no se abrirán antes, son digitales.**

—**¿Estás jodiéndome?** —gruñó Anna, él negó.

La mirada de ella volvió a mí esperando que dijera algo, pero me mantuve en silencio.

—**¡Vale!** —gritó sobre mí—. **¡Lamento haberte gritado!**

—**Yo te dejaría atada** —intervino Jack ganándose de nuevo una de sus malas miradas—. **No**

eres sincera al disculparte.

Ella resopló y volvió la mirada hacía mí.

—**Lamento haberte gritado** —repitió con una voz más calmada—. **¿Ahora puedes liberarme? Ya me duelen los brazos.**

—**No puedo. Los grilletes no se abrirán hasta denro de una hora.**

—**¡No creo que no exista la forma de abrirlos antes!** —exclamó ella.

—**Existe** —aseguró Jack ganando su atención—. **En caso de alguna emergencia tenemos una clave para poder abrirla, pero no hay emergencia.**

Anabelle volvió a resoplar.

—**¡No me jodas, Andrés!** —se quejó mirándome—. **Eres el dueño y puedes hacer lo que quieras.**

—**El dueño debe dar el buen ejemplo** —agregó Jack.

Anabelle se giró hacia él regalándole otra de sus malas miradas.

—**¿No tienes algo mejor que hacer?** —preguntó ella.

—**No, guapa. Es mi noche libre.**

Ella giró los ojos y volvió su atención a mí.

—**¿Sabes la clave para liberarme?** —preguntó con cansancio.

—**No, solo la sabe el jefe de seguridad.**

—**Bien, entonces solo llámalo.**

—**Está de pie detrás de ti** —dije mirando a Jack.

Anabelle cerró los ojos y resopló antes de girar hacia él.

—**Y supongo que no vas a liberarme.**

Jack sonrió con suficiencia y subió sobre la barra para estar más cerca de ella. Se inclinó para sostenerla y tiró de ella hasta dejarla sentada delante de él, entre sus piernas.

Anabelle tembló y Jack sonrió, le apartó el cabello oscuro dejando su hombro desnudo y le dio un beso.

—**Quizá tengas una oportunidad** —susurró él.

Anabelle me miró confundida.

—**¿Me dejas tocarla, jefe?** —me preguntó mientras le olía el cabello.

Ella me miró con un brillo distinto en los ojos y aunque esperé que ella volviera a decir que yo no era su dueño, se mantuvo en silencio a la espera de mi respuesta igual que él.

Jack nunca pedía permiso para tocar a una mujer, menos si había elegido una pulsera roja, sabía que su pregunta era más para molestarla, pero no cumplió su cometido, así que solo asentí.

Las manos de él llegaron hasta las de ella y fue bajando por sus brazos con suavidad, acariciando su piel con lentitud mientras seguía oliéndole el cabello.

El cuerpo de Anna se estremeció y su mirada se cargó de deseo.

—**Tienes una sola oportunidad.** —Escuché decir a Jack cuando besó su cuello—. **Si te incomoda estar atada, voy a liberarte.**

—**Vale…**

—**Pero tengo la impresión** —interrumpió Jack—, **de que lo disfrutas más de lo que te permites admitir.** —Ella frunció el ceño y yo sonreí—. **Así que vamos a ver…**

Las manos de Jack bajaron por su cintura y se movieron hasta sus pechos ocultos por ese sensual vestido que Anna había elegido para esa noche. Ella tembló de nuevo y él sonrió satisfecho.

—**Si estás húmeda** —susurró Jack mordiéndole el lóbulo de la oreja—, **como supongo lo**

estás, significaría que estás disfrutándolo y no te liberaré. —Le apretó los pechos y sonrió mirándome—. **Ayúdame a comprobarlo, jefe.**

Anabelle volvió a temblar y yo sonreí mientras mis manos acariciaban sus muslos. La respiración de ella nos hizo saber cuánto estaba disfrutando de ese momento y tanto Jack como yo, nos sentimos más que complacidos de saberlo.

Metí mi mano entre sus piernas y la llevé hasta su centro, ese que sabía estaba empapado y caliente, ese que delataba el placer que Anna estaba sintiendo.

Empujé la tela de su ropa interior y humedecí mis dedos, ella se estremeció y Jack amplió su sonrisa.

—**Apuesto mi vida a que estás muy húmeda** —le susurró.

Los ojos de Anna brillaron y yo sonreí cuando levanté mi mano.

Mis dedos brillaron bajo la luz de la barra y Jack sonrió con orgullo.

—**No me decepcionas, guapa** —susurró él besandole el cuello—. **Parece que vas a embellecer mi barra por un rato más.**

Ella respiró profundo y dejó caer los hombros en visible rendición.

—**Pero no te vayas** —susurró Anabelle mirándome.

Tiré de sus caderas para acercarla más y acaricié su nariz con la mía.

—**No iré a ningun lugar sin ti, *hermosa.***

Besé sus labios y ella correspondió a ese beso con intensidad, con ese mismo deseo que corría por mi cuerpo y me hacía sentir tan necesitado de ella, de su cuerpo, de sus besos, de esa pasión con la que solía entregarse.

—**No te muevas** —ordenó Jack.

Anabelle se quedó inmóvil y él empujó sus piernas a cada lado para dejar a la vista todo su coño húmedo.

La mirada de Anna oscureció cuando adivinó mis intenciones y el placer brilló en sus ojos cuando las manos de Jack empezaron a pellizcarle los pezones.

Amaba mirar a otros teniendo sexo, me excitaba mucho ver el placer que otros experimentaban, pero verla a ella, por segunda vez disfrutar en las manos de otro, me volvía loco.

No tenía muy claro lo que haríamos con ella, pero lo que sí estaba seguro es que iba a escucharla gritar de placer, de un placer que yo iba a darle. Iba a follarla delante de todos y le haría entender que aunque se negara a aceptarlo… ella era mía.

El dragón se apoderó de la princesa y no pensaba dejarla ir… Nunca.

25 Anabelle.

Mis manos estaban encadenadas al techo de la barra. Mis piernas abiertas de lado a lado y entre ellas Andrés me daba el mejor sexo oral de mi vida. Incluso uno mejor que el que me dio en el elevador de la editorial.

Mi cuerpo había estado a punto de convulsionar un par de veces y él había abandonado su tortura para impedir que me corriera y cuando lograba calmarme empezaba de nuevo.

Como si eso fuera poco, sentado detrás de mí estaba Jack, sus manos acunaban mis tetas con fuerza y su voz me decía cosas deliciosas que solo aumentaban mi placer, ese que necesitaba liberar con desesperación.

—**Por favor…** —supliqué.

—**Eres todo un encanto cuando suplicas** —susurró Jack chupandome la oreja—. **Nadie creería que hace unos minutos estabas gritándonos.**

Él sí que me torturaba, me besaba el cuello y se acercaba a mi boca, pero nunca me besaba como yo lo deseaba, solo se limitaba a calentarme con su voz, con esa voz varonil que Dios le dio.

Sabía que no iba a follar con él nunca, me había dicho aquella primera vez que su polla solo era de su esposa y, aunque fantaseé con sentirlo dentro de mí, tuve que conformarme con su boca y todas esas maravillas que hacía con las manos.

—**Te lo dije, jefe, ella disfrutará más en mi lado del club que en el tuyo**— comentó Jack lamiendo mi cuello

Y quizá decía la verdad, porque aquella primera vez a su lado fue fabulosa. Ceder el control por un momento me hizo sentir liberada y comprendí, por un instante, porque las sumisas disfrutaban tanto.

La lengua de Andrés abandonó mi sexo, pero tomaron su lugar sus maravillosos dedos. Se acercó a mi boca y me besó dejándome sentir el sabor de mi propio placer.

—**¿Es verdad?** —me preguntó con la mirada de dragón encendida—. **¿Me harás tomar clases para complacerte?**

Succioné su labio inferior y sonreí.

—**No creo que necesites tomar ninguna clase para complacerme, lo haces de maravilla** —confesé disfrutando de su boca y de sus dedos.

—**Tienes el poder de controlarme sin que sea consciente de ello… Y me encanta, aunque intente negarlo, me encanta.**

Su sonrisa perfecta apareció dejándome ver su ego complacido por mis palabras y aunque lo que dije parecía haberlo hecho feliz, Andrés volvió a castigarme cuando sus dedos abandonaron mi sexo.

Quise quejarme, pero él volvió a besarme y a tocarme. Me torturaba y era tan buena su crueldad.

Tiré de las cadenas deseando tocarlo, abrazarlo, pero no cedieron ni un poco. Jack subió sus manos por mis brazos y los acarició con suavidad, incluso algo tan simple era excitante viniendo de ese hombre.

—**Te diré un secreto** —susurró mordiéndome la oreja y haciéndome temblar con su hablar

—: **esas cadenas son como los cinturones de seguridad.**

Con lo excitada que estaba no logré entender lo que trataba de decir.

—**Si tiras con fuerza, se bloquea, pero si lo haces con suavidad** —Sus dedos rodearon mis muñecas y tiraron de estas con ligereza logrando que cedieran finalmente—, **te complacerán.**

Quise insultarlo por no haberlo mencionado antes, pero estaba tan aliviada cuando pude descanzar mis brazos que no me quejé.

Andrés sonrió al ver mi asombro y yo solo aproveché mi limitada libertad para llevar mis manos hasta su cuello y halarlo de nuevo hasta tener su boca disponible para mí.

El placer volvió a atraparme cuando los dedos de Andrés acariciaron mi sexo y un gemido descarado escapó de mi garganta.

Era demasiado perfecto, el momento, el lugar, el modo… Todo era perfecto y yo estaba disfrutandolo con el mayor de los descaros.

No solo tenía a Andrés ocupándose de mi necesidad, también podía sentir la dura erección de Jack detrás de mí mientras sus manos continuaban pellizcando mis pezones adoloridos y su boca seguía en mi cuello sumándose a lo perfecto que era todo.

La idea de un trío con ese par destelló con más fuerza dentro de mis fantasías y lamenté terriblemente que Jack no tuviera sexo real con nadie más que con su mujer… Su afortunada mujer. Esa que lo tenía completo y excluvisamente para ella. Esa que debía disfrutar a lo grande de todas las maravillas que ese hombre podía hacer.

Inconscientemente, me empujé hacia atrás deseando sentirlo más y él soltó un gemido profundo que me hizo sentir orgullosa.

Andrés se separó de mi boca y lo vi sonreír mirando a su amigo.

—**¿Puedo pedirla como regalo de cumpleaños?** —gruñó Jack contra mi oreja, Andrés amplió más su sonrisa.

Me froté con más fuerza contra él y lo disfruté con descaro.

—**Haz que se corra** —gruñó Jack mordiéndome el lóbulo—. **O lo haré yo.**

—**A ella le encantaría que lo hicieras tú** —comentó mi dragón con diversión y yo me mordí los labios de solo imaginarlo.

—**Algún día** —prometió Jack haciendome girar para mirarlo—. **Algún día volverás a correrte gracias a mí.**

—**Espero que sea contigo dentro de mí** —logré decir.

La mirada de Jack oscureció y sin que me lo esperase, su boca tomó la mía y me besó con esa intensidad con la que me había besado aquella primera vez.

Me derretí en su boca, con el movimiendo de sus manos por mi cuerpo, todo empeoró cuando la lengua de Andrés regresó a mi coño necesitado de atención.

—**Por favor** —supliqué entre besos cuando el orgasmo estaba a punto de consumirme—. **¡Por favor!**

La lengua de Jack se hundió con más fuerza dentro de mi boca y se la chupé con el mayor de los placeres. Los dedos de Andrés me invadieron aumentando de forma peligrosa el calor que recorría mi cuerpo y Jack empezó a juguetear con mi lengua, a chuparla, lamerla y a meterla de nuevo en su boca una y otra vez.

¡Joder, esto es la gloria!

Estaba en la cima, en lo más alto que recordaba haber estado nunca. El placer que invadía mi cuerpo no podía describirse, pero los gemidos que escapaban de mi boca podían dar una idea de lo mucho que disfrutaba.

—**¡Córrete, *hermosa!*** —ordenó Andrés.

Como si mi cuerpo funcionara a su órden, segundos después empecé a convulsionar al ser atrapada por ese orgasmo que deseaba con desesperación alcanzar.

Grité y me retorcí sin vergüenza, sin importarme nada más que mi propio disfrute, sin pensar en cuántas personas podían estar mirándome, porque en ese instante solo estabamos él y yo… y Jack.

La visión de un trío con esos dos hombres me pareció perfecta. De esas cosas que desería experimentar antes de marcharme. Al recordar la promesa de Jack sonreí con satifacción.

Por un momento, que no logré contabilizar, me sumergí en ese estado post orgamos donde la mente se queda en blanco y solo puedes disfrutar del placer que sigue recorriendo tu cuerpo.

Solo volví a la realidad cuando las manos de Andrés me alejaron del pecho firme de Jack y me abrazó a su cuerpo con dulzura.

Mi dragón perfecto.

Protesté cuando intenté rodearle el cuerpo también y las cadenas no me dieron tanta libertad. Miré hacia Jack con la intención de quejarme, pero su hermosa sonrisa echó por la borda mis ganas de reñirle.

—**¿Estás bien?** —susurró Andrés.

—**Fenomenal** —respondí aún sin aliento.

—**Creo que en lugar de castigarte te he premiado.**

—**También lo creo, jefe…** —agregó Jack y yo hice una nueca—. **Debería preocuparte el hecho de que más adelante empiece a portarse mal solo por recibir tantas atenciones a cambio.**

No pude evitar reírme, porque sin duda lo haría de nuevo si a cambio tendría a esos dos hombres torturándome de la forma más deliciosa que existe.

Jack sonrió ante mi silencio y se arrodilló sobre la barra. Lo vi tomar las cadenas y sin que se lo pidiera me liberó de los grilletes.

Me sentí agradecida por su liberación y le sonreí.

—**Gracias** —susurré con sinceridad.

Jack me guiñó el ojo y saltó de la barra, se acomodó el pantalón y se alejó de nosotros con esa seguridad admirable que emanaba al andar.

—**Es casado** —me recordó Andrés recuperando mi atención.

—**¡Cabrón!** —respondí golpeándole el pecho.

—**¿Te gusta?**

Lo miré sin saber si mi respuesta podría o no molestarlo, pero tenía que ser sincera, como siempre.

—**Mucho** —admití—, **pero para follar** —le aclaré—. **Es una lástima que solo Sil disfrute de él. Un trío con él y contigo debe ser ¡la bomba!**

Andrés se carcajeó sabiendo, supongo, que esa sería una fantasía que no iba a cumplir.

—**¿De qué te ríes?**

—**De tu boca sincera** —respondió acariciándome el cabello—. **De que no deberías decirle esas cosas al hombre que ha compartido su cama contigo.**

—**El hombre que ha compartido su cama conmigo sabe que solo es una fantasía, en cambió él, es real.**

Estaba tan satisfecha que mi humor había mejorado notablemente.

—**Te quiero** —susurró besando mis labios con suavidad.

Me colgué de su cuello y él me subió sobre su cintura. Lo rodeé con las piernas y temblé cuando sentí su maravillosa erección. Mi dragón estaba tan duro que la idea de arrodillarme frente a él y devolverle el placer, me tentó.

Cerré los ojos y me moví sobre su dureza para sentirla.

—**Joder** —gemí—. **Siempre estás listo.**

—**Siempre para ti** —respondió él con orgullo.

Sonreí complacida y pasé mis uñas por su cuello.

—**Te llevo ventaja** —susurré sin dejar de moverme sobre él.

—**Y me encanta que así sea.**

Andrés sostuvo mi cuello con fuerza para evitar que me alejara y tomó mi boca con exigencia y desesperación.

—**¿Quieres que vayamos al otro lado del club** —preguntó sorprendiéndome—. **Nunca he querido experimentar en ese lugar** —admitió—, **pero lo haría por ti.**

¡Joder! Él es perfecto para mí.

—**Quiero volver allí contigo** —confesé pasándole la lengua sobre los labios—. **Pero no ahora… Ahora quiero darte placer.**

La dureza entre sus piernas se hizo más grande y yo me sentí gloriosa.

—**¿Me deseas?** —pregunté.

—**Sabes que sí** —gruñó mordiéndome los labios—. **Siempre.**

—**¿Cuánto me deseas?**

Seguí moviéndome, sintiéndolo, disfrutándolo y viendo como él experimentaba lo mismo que yo.

—**Si sigues, voy a correrme, Anna** —gruñó—. **Así que decide si quieres volver a la casa del dolor o te follaré aquí mismo.**

Estaba derretita, encantada, excitada.

La forma en la que lo deseaba era abrumadora y me encantaba.

—**Quiero otra cosa** —susurré lamiéndole los labios como si fuera un helado.

—**Te daré lo que quieras, *hermosa*** —ofreció.

La idea que pasó por mi cabeza me excitó a tal punto que decidí no perder más el tiempo.

—**Quiero verte follando a otra…** —solté sin rodeos.

La mirada de dragón apareció apenas escuchó mi deseo y yo sonreí al darme cuenta que lo habia sorprendido.

—**Quiero verte tomar el cuerpo de otra mientras deseas el mío** —aclaré mientras seguía moviéndome sobre él—. **Quiero que me mires mientras te corres con otra.**

Andrés me miró de modo extraño. No tenía idea de lo que estaba pasando por su cabeza, pero por el brillo de su mirada supe que le habia encantado mi petición.

—**¿Dónde estuviste todos estos años, *hermosa*?**

Sonreí ante la respuesta que recibí y lo besé sin decir nada más.

Lo quería, con una fuerza que no pensé volver a sentir y menos en tan corto tiempo, pero era la realidad, lo quería.

—**Elige con quién** —susurré cuando liberé sus labios.

Andrés me dio un último beso y volvió a ponerse sobre la barra para girarse y empezar su búsqueda.

Me abracé de su espalda y apoyé mi cabeza sobre su hombro mientras él buscaba a la suertuda que esa noche iba a disfrutar de mi hombre.

Mi hombre… ¡Qué bien suena eso!

Andrés observó a todas las mujeres cerca a nosotros y me di cuenta de que la idiota que lo había besado cuando llegué, estaba a la vista.

—**Ella no** —sentencié sin saber si él estaba mirándola.

Andrés giró su rostro y la idea de que la quisiera a ella me molestó.

—**¿Por qué no?**

—**Porque te gusta mucho** —respondí—. **Y no quiero que folles a alguien que te gusta más que yo.**

Andrés sonrió y me besó con exigencia por algunos segundos.

—**Nadie me gusta más que tú, *princesa.***

—**Dragón mentiroso.**

—**Nadie en este lugar puede gustarme más que tú.**

Y aunque me sentí una tonta, le creí.

—**A nadie aquí deseo más que a ti. Si quieres puedo demostrártelo de nuevo.**

Me sentí complacida con sus palabras y le besé los labios con cariño.

—**Sigue buscando.**

Andrés sonrió y continuó su búsqueda.

Me incliné sobre su espalda y observé a las mujeres.

—**¿Qué cualidades les buscas?**

—**Ninguna, solo que lleven la pulsera roja.**

Miré mi muñeca, esa donde había llevado su estúpida pulsera y sin poder evitarlo le golpeé la espalda.

Andrés sorprendido se giró a mirarme.

—**Eres un cabrón** —le insulté.

—**Lo soy** —admitió el muy descarado—. **Pero ya hemos tenido esta discusión. ¿Podemos continuarla en otro momento?**

—**Vale, pero el follón que te espera…** —le amenacé.

Él sonrió con descaro y volvió a girar.

—**¿Te has follado a la pelirroja?** —pregunté mirando a una guapa mujer, Andrés asintió—. **¿Y a la rubia bajita?** —Volvió a asentir—. **¿La bajita de cabello rizado?**

Andrés amplió más su sonrisa y giró la cara para mirarme.

—**Me he follado a todas las mujeres que ves aquí** —admitió.

—**¡Jo tío!** —exclamé sorprendida.

Andrés me besó y volvió a su búsqueda al igual que yo.

No debería estar sorprendida de que se haya follado a todas esas mujeres, pero lo estaba.

Una pequeña camarera pasó frente a nosotros con una bandeja en las manos y él le dedicó unos segundos de su atención. Ella se ruborizó y se mordió los labios dejando notar lo encantada que estaba de tener su interés.

—**¿A las camareras también?** —pregunté por curiosidad.

Andres sonrió y siguió con la mirada a la pequeña mujer.

—**No, a ellas no. Es una regla del club.**

—**¿Cuál es la regla?** —pregunté interesada.

La muejer se detuvo del otro lado de la barra, pero no dejó de mirarlo y yo estaba segura de que él era consciente de ello.

—**¿Te gusta ella?** —le pregunté, Andrés sonrió.

—**No puedo intimar con los empleados.** —Fue la respuesta que dio.

—**No fue eso lo que pregunté.** —Él se giró para mirarme—. **Y no creo que no hayas roto las reglas alguna vez.**

Andrés se lo pensó un poco, más tiempo del que hubiera imaginado y giró hacia donde estaba la mujer. La miró por varios segundos y volvió su atención a mí.

—*Me gusta mucho* —admitió.

—*Entonces elígela.*

Andres me miró por otros pocos segundos y terminó sonriendo.

Me sostuvo con ambas manos del culo y me subió sobre él.

—*Eres una mala influencia —se quejó el muy descarado y luego sonrió—. ¡Ruth! —llamó Andrés girando ligeramente hacia ella—. Llévanos una botella de vino tinto al privado 69, por favor. —La joven asintió de inmediato—. Ahora.*

Ella giró hacia el hombre que esa noche ocupaba el lugar de Jack en la barra y Andrés caminó conmigo encima hasta el extremo izquierdo del salón.

Cuando nos acercamos a donde estaba aquella estúpida mujer con la que lo encontré cuando llegué, me apoderé de su boca y lo besé con pasión para que ni siquiera pudiera darle una simple mirada.

No la conocía de nada, pero la forma en la que se comportó frente a mí, hizo que la colocara en la cabeza de esa lista de mujeres con las que él no debía relacionarse… La única de la lista, por ahora.

Cuando abrí los ojos me di cuenta que estábamos cruzando el salón verde y dejamos de besarnos solo cuando llegamos al privado de Andrés.

Él me apoyó contra la pared cerca de la puerta y frotó contra mí su deliciosa erección.

—*Voy a saltarme una regla por ti —dijo entre besos—, pero tengo una condición…*

Lo vi levantando una tarjeta dorada y la pasó por la ranura de la puerta logrando que la luz verde autorizara nuestro ingreso.

—*Quiero una respuesta…*

Lo miré sorprendida de que sacara ese tema en ese momento.

—*¿Cuál es la pregunta?* —susurré haciéndome la tonta.

Me gané una mirada de advertencia que solo aumentó el deseo que sentía por él.

—*¡Lo de ser novios!* —exclamé haciéndome la tonta—. *Vale, acepto.*

Él se burló de mí apenas me escuchó.

—*¿Crees que necesitaba una respuesta para esa pregunta?* —cuestionó.

Yo me mordí los labios para no reírme.

—*Quiero que te quedes conmigo. Quiero que mientras estés en la ciudad, te quedes en mi casa… En mi cama. —Mi corazón se aceleró—. Quiero aprovechar cada segundo tuyo, en mi país.*

—*¿Y vas a follarme a diario?* —pregunté mordiéndole los labios.

—*Tantas veces que vas a suplicar que te deje descansar.*

Me mordí los labios y aunque me asustaba la idea de dar ese gran paso, decidí que por una vez en mi vida me dejaría llevar por lo que sentia y no por lo que pensaba.

—*Vale… —Él me miró aun esperando algo—. Acepto.*

Andrés sonrió con orgullo y volvió a apoderarse de mi boca. Se presionó contra mí dejándome disfrutar de su polla deliciosamente dura, de eso que esperaba disfrutar incansablemente ahora que me iría a su casa.

—*Señor…*

La voz de la chica nos interrumpió, pero antes pude ver cómo su polla crecía un poco más al escucharla.

Sonreí complacida al saber que al igual que yo, él iba a disfrutar de una dosis magnífica de sexo.

—Entra —ordenó Andrés empujando la puerta—. Déjalo sobre la barra, por favor.

La chica, visiblemente acalorada por la escena que había presenciado entró al privado y yo miré con el fuego del deseo quemándome los ojos.

—Dame un minuto con ella —me pidió.

Asentí dándole un último beso cuando me dejó sobre mis pies.

Me detuve en la entrada mientras él caminaba con seguridad dentro de la suite y se detenía detrás de ella.

No pude verla, pero la proximidad de Andrés era casi nula.

—Hueles delicioso —lo escuché decirle.

Entré un poco más y gracias a un excelente espejo situado casi en toda la pared pude ver como ella tembló, pero se giró para mirarlo quedando tan cerca de Andrés que podía besarlo si así se atreviera.

—¿Desea algo más, señor? —preguntó ella sin aliento.

—Deseo mucho más, Ruth —respondió Andrés inclinándose de nuevo para oler su cabello—. Lo deseo desde que llegaste aquí.

Él apoyó su mano sobre la pequeña barra y la dejó acorralada.

Sonreí al darme cuenta que ese era su modo de seducir y que le resultaba muy bien.

—Deseo mucho de ti, Ruth —dijo sobre el oído de la mujer, ella cerró los ojos—. ¿Qué deseas tú?

—Señor… —la escuche gemir.

—No me digas señor —la voz de Andrés era maravillosamente sensual—. No sabes lo que causas en mí cada vez que me llamas así.

Me apoyé en la puerta sonriendo ante la escena que estaba presenciando. Sabía que él era todo un maestro de la seducción, pero verlo en acción fue aún mejor.

Lo vi acercarse demasiado a su boca y ella se mantuvo inmóvil.

—Me haré a un lado —le susurró Andrés—. Dejaré que te marches, aunque no quiero que lo hagas.

Ella lo miró embobada, pero no podia culparla, seguro yo lucía igual aquella primera vez frente a la piscina.

Andrés bajó uno de sus brazos, pero ella tampoco se movió.

—Si no te vas romperé una regla del club.

—Y yo perderé el trabajo —agregó Ruth.

—Eso no sucederá —prometió Andrés—. No dejaré que mi falta de voluntad te perjudique.

Él estaba tan cerca de su boca que no entendía cómo ella seguia resistiéndose.

—Pero si quieres marcharte…

—No quiero, señor.

Él sonrió complacido y sin esperar más se inclinó hacia ella y la besó.

Vi como la hizo temblar con el solo contacto de sus labios y recordé lo maravilloso que era besando, lo deliciosa que era su lengua cuando invadía mi boca.

Andrés la sostuvo de la cintura y la subió sobre él del mismo mudo que me tuvo a mí minutos antes y la movió sobre su erección arrancando un gemido de ella.

Las voces fuera de la suite me hicieron darme cuenta que la puerta aún estaba abierta. La

cerré con cuidado, pero ninguno de los dos parecía haberlo notado. Solo se escuchaban sus bocas chocando en un beso salvaje, los gemidos de ella y mi respiración entre cortada.

Andrés subió a Ruth sobre la pequeña barra y le levantó la falda.

Ella se asustó al verme y yo sonreí para tranquilizarla. Andrés giró hacia mí y me regaló una mirada ardiente antes de volver su atención a ella. La tomó del cuello y volvió a besarla logrando que ella se olvidara de mí.

Caminé hacia el sofá de piel que habia frente a la cama y me senté alli para disfrutar del espectáculo, para dejarme atrapar de nuevo por eso deseo que recorria mi cuerpo gracias a él.

Andrés abrió las piernas de Ruth del mismo modo que lo hizo conmigo en el salón. Ella se apoyó en sus codos y se retoció cuando la boca de Andres llegó a su sexo.

El recuerdo de lo que yo había sentido minutos antes también gracias a él, aumentó mis ganas de volver a correrme y sin reprimirme de ese deseo, llevé mi mano izquierda entre mis piernas y acaricié mi sexo ya húmedo.

Me fue imposible no extrañar las manos de Jack sobre mis pechos, ni su lengua recorriendo mi cuello, pero pensar en él elevó aún más mi placer.

Las manos fuertes de Andrés sostuvieron a la pequeña mujer de las caderas sin apartarse ni un segundo de su sexo y la llevó hasta la cama.

Él levantó la mirada y yo abrí más las piernas. La mirada de dragón se encendió un poco más al verme y yo cerré los ojos para disfrutarlo.

—Mírame —ordenó con su voz follable, obedecí de inmediato—. ¿Te gusta?

—Sí, señor —respondió ella.

Él le regaló un segundo su atención y luego volvió a mí.

—Voy a lamer tu humedad —susurró Andrés inclinándose de nuevo entre las piernas de Ruth, pero sin dejar de mirarme—. Voy a saborearte, pero no puedes correrte aún… ¿De acuerdo?

—Sí, señor —repitió ella, perdida en su propia excitación.

Yo asentí en respuesta a su petición.

Andrés sin dejar de mirarme pasó su lengua sobre el sexo de Ruth y mis manos se ocuparon de imitar sus movimientos, de arriba abajo, resbalando sobre la humedad, sobre mi necesidad, sobre esas ganas de sentirlo, de tenerlo otra vez para mí.

Estaba perdida en esas emociones que experimentaba al tener su mirada, su atención y, saber que Andrés quería ser quien me diera placer, solo me hacía volar, porque incluso sin tocarme lo sentí más mío.

Si habia llegado a tener dudas respecto a su presencia en mi vida, en ese momento entendí que Andrés era el hombre que yo necesitaba.

Él era todo lo que yo habia buscado y a mis treinta y tres años encontré. En medio de una crisis emocional, cuando pensé que mi corazón nunca iba a volver a latir de ese modo, apareció él y me di cuenta de que lo quería todo a su lado… Todo.

26 Andrés

El trabajo siempre consumía mis días, hacerme cargo de tres empresas demandaba mucho tiempo y trabajo, pero siempre me las apañaba para conseguir tiempo para mí, para ir al club y relajarme un poco.

Encontrar a alguien con quien follar solía ayudarme a dormir satisfecho, sin embargo, ahora tenía a alguien en casa y debía admitir que se sentía fenomal.

*****

—**Hemos instalado el nuevo sistema de seguridad, jefe** —anunció Jack al entrar a mi oficina—. **Con extra-seguridad en la casa gótica.**

Me hizo una mueca al sentarse frente a mí y yo le sonreí.

—**Hablé con Octavio** —comentó con una voz más seria mientras yo firmaba su cheque—. **Me tomaré unos días libres.**

—**¿Vacaciones?** —pregunté mirándolo, él hizo una mueca burlona y soltó el aire que parecía haber estado conteniendo—. **¿Problemas?**

—**Iré a Denver.** —Su mirada se enfrió un poco más—. **Firmaremos el divorcio el viernes.**

Dejé caer el bolígrafo que estaba sosteniendo y puse toda mi atención.

—**¿Tan pronto?** —pregunté, él se encogió de hombros—. **Pensé que se estaban dando un tiempo.**

—**Han pasado dos semanas. No quiero darle más largas al asunto.**

Jack se levantó del asiento y miró a través de los cristales hacia el salón rojo.

—**Aquel hijo de puta la lastimó tanto que ha sido imposible curarla en todos estos años.**

—**Ella es feliz contigo.**

—**No es feliz consigo misma** —agregó Jack—. **Es obediente, receptiva, amable, amorosa… Es la mujer que cualquier hombre desearía tener, pero ella no es feliz.**

Se nuevo soltó el aliento y me miró.

—**Me enamoré de esa forma pura que tiene para entregarse, pero no consigo que sea feliz, que tenga voz propia, pensamientos, ideas… Se mueve al son que le toco y, mierda, me agota.**

—**¿No es eso lo que les gusta a ustedes los *Doms*?**

—**No a mí** —respondió con seriedad—. **Me gusta dominar en el sexo, pero controlar a alguien las 24 horas al día, los siete días de la semana es agotador, Andrés.**

—**Ya lo creo.**

—**Al inicio fue bueno. Mi ego se sintió encantado, tener el control de todo es algo a lo que me acostumbré, pero después de unos años, ya no es tan divertido y menos si ella no es feliz.**

Ni siquiera podía imaginar una relación de ese tipo. Es verdad que yo también era mandón, pero tener a una mujer a la que podía controlar como si fuera una muñeca, definitivamente no me parecía para nada divertido.

—**Vaya mierda.** —Fue todo lo que pude decir.

—**Sí, es una mierda** —admitió—, **pero bueno, creo que separarnos será lo mejor para ambos, sobre todo para ella.**

—**Lo lamento mucho.** —Sonrió sin mucha emoción—. **¿Cuántos días te irás?**

—Solo tres, firmaré el divorcio y el sábado estaré de regreso.

—Bien.

—Octavio estará al tanto de la casa gótica. —Me sentí agradecido de saberlo—. **La doctora preguntó ayer por ti, te echa de menos.**

—Ya conseguirá a alguien más —respondí extendiéndole el cheque—. **A Anna no le agrada, así que intentaré no meterme en líos con esa problemática mujer.**

Jack soltó una carcajada.

—No me lo puedo creer, ni Luciana tuvo tanto éxito cuando intentó alejarte de la doctora.

Era verdad, ella había intentando evitar que me relacionara con Melissa, pero cuando peleábamos, aprovechaba el momento para disfrutar de la doctora.

El móvil sobre el escritorio se encendió y el rostro de la mujer que tenía todo mi interés apareció en la pantalla.

—Creo que nos escuchó hablando de ella —agregó Jack riéndose.

Admito que estaba sorprendido y hasta preocupado porque ella nunca llamaba. Ya era bastante raro cuando se dignaba a enviarme un mensaje.

Tomé el movil y respondí la llamada activando el altavoz.

—Hola, guapo —saludó con voz alegre del otro lado de la línea.

—¿Estás bien? —pregunté preocupado—. **No has mantado a alguien, ¿verdad?**

—¿Qué? ¡No! Obvio no. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque jamás llamas por teléfono.

—¡Cabrón! —La oi escuché reirse y no pude evitar imitarla—. ***Siéntete bendecido de tener a alguien como yo que no te acosa todo el día.***

—Me siento bendecido*, hermosa.*

—Vale, no me distraigas que se me olvida por qué te llamé —se queja—. ***El viaje de Javier se retrasó, llegará el lunes por la mañana, así que si aún quieres salir de la ciudad como lo sugeriste…***

No pude evitar sonreir al saber que el escritor no llegaría.

—Es la mejor noticia que me has dado. —Ella empezó a reír—. **¿A qué hora te liberas?**

—Casi estoy libre. Iré a la imprenta a verificar que todo esté como lo pedimos y ya está.

—De acuerdo —dije mirando la hora en mi móvil—. **¿Te parece si paso por ti en una hora?**

—Vale, entonces te espero aquí.

—Hasta pronto*, princesa.*

—Hasta ahora… *dragón*.

La llamada terminó y yo me quedé con una gran sonrisa.

—Lo veo y no me lo puedo creer —comentó Jack.

Había olvidado que seguía frente a mí.

—¿Qué no puedes creer?

—Estás enamorado de la española. —Sonreí porque ni siquiera yo podía creérmelo—. **¿Se lo has dicho?**

—Ni siquiera soy capaz de aceptarlo en voz alta.

—¿Por qué no? —Jack se sentó de nuevo frente a mí—. **Están juntos.**

—Sí, pero aún no siento que ella esté en la misma página que yo. —Él me miró con más interés—. **No sé si es porque hace pocos meses se divorció o porque tiene miedo.**

—**Ambas razones son válidas, Andrés, pero lo que debe importarte es que ella quiera estar contigo, que haya dejado su hotel y se haya ido a tu casa debería significar algo para ti.**

Él tenía razón, pero auú sentía que estaba contra el reloj, deseando desesperadamente encontrar la forma de convencerla de no marcharse.

—**Creo que lo primero que debes hacer es hablarle de tus sentimientos** —agregó Jack—. **Aclárale el panorama y espera a ver qué sucede.**

—**Cumpliste treinta y cinco años**, **y aún así, suenas como un viejo de cincuenta.**

—**La madurez no se basa en la edad, jefe** —respondió sonriéndome. Extendió su mano hacia mí y la tomé—. **Nos vemos el sábado, supongo.**

—**Espero que todo salga bien en Denver.**

—**No sé si firmar un divorcio entre en el término *bien*, pero sé que es lo correcto** —aseguró otra vez con seriedad—. **No me gusta darles largas a los finales y está historia ya debe terminar.**

—**Lo siento. Si necesitas hablar o embriagarte, sabes donde vivo.**

Jack sonrió y asintió.

—**Lo tendré en cuenta, jefe.**

Me despedí de él y me quedé pensando en su situación.

A diferencia de mí, Jack no estaba celebrando su anticipada soltería, aunque en su fiesta de cumpleaños intentamos animarlo a participar, él parecía mantenerse firme en su decision de solo follar a su esposa, y eso era algo que yo podía admirar.

Alejé mi preocupación por él y decidí marcharme para preparar todo para Anabelle y para mí, para nuestro primer viaje, juntos. Me hubiera gustado llevarla a una gran ciudad del país, pero en dos dias no lo disfrutaríamos, así que lo único que tuve en mente fue llevarla al pequeño pueblo donde nací y crecí.

No me tardé más de treinta minutos en ir a casa, empacar un poco de ropa para ambos y cambiarme por algo más adecuado para la zona.

Abandoné mi casa a tiempo y conduje con calma hacia la editorial. Elegí una cancion agradable para acompañarme y envié un mensaje a Anna avisándole que estaba en camino.

Cuando estaba cerca de la editorial la música se detuvo y sonreí pensando que ella estaba llamándome, pero para mi sorpresa, el nombre que apareció en la pantalla del auto era el de mi exmujer.

Luciana estaba llamando, por tercera vez desde aquella madrugada y, aunque no quería responderle, pensé que lo mejor era terminar con ese asunto de una vez pot todas, así que active la llamada.

—*Luciana…*

—*Andrés* —sollozó.

—*¿Estás bien?* —pregunté tratando de ignorar el hecho de que por su voz sabía que no lo estaba.

—*Me siento mal* —dijo—. *La enfermera dice que pronto me traerán los resultados de la biopsia y tengo miedo.*

Respiré profundo mientras la escuché llorar.

—*Sé que no tienes ninguna obligación conmigo, y que no debería llamarte, pero dijiste que lo hiciera si necesitaba algo…*

—*Dime qué puedo hacer por ti.*

—Ven —me suplicó—. Tengo miedo… Mucho miedo.

Detuve el auto al llegar a la esquina de la editorial y me lo pensé un momento. Por un lado, sentía pena por lo que ella estaba pasando, pero por otro tenía claro que no debía involucrarme en nada relacionado con ella.

—Ven, Andrés —suplicó Luciana de nuevo—. Si alguna vez me amaste, ven.…

Miré hacia el pequeño edificio donde Anabelle estaría esperándome y me bastó pensar en ella para que las cosas se aclararan en mi mente, en mi vida y terminé tomando la decisión correcta.

—Siento mucho lo que te está pasando —aseguré—. De corazón espero que los resultados sean favorables, pero no quiero hacerte daño estando cerca de ti.

La escuché llorar del otro lado de la línea, pero continué:

—Lo mejor es que sigamos como hemos estado estos años.

—Andrés —sollozó Luciana.

—Adiós, Luciana.

Terminé la llamada sin dejarla decir nada más.

No habia nada más que hablar, cometí un error en ir a verla cuando Anto me comentó su preocupación, cometí un error al ofrecerle mi ayuda como si fuéramos amigos, porque no lo somos y no lo seremos nunca.

Me sentí más aliviado de estar arreglando mi error, de estar cerrando una puerta que sin querer abrí. De nuevo estaba sacando a Luciana de mi vida, pero en ese momento supe que era definitivo.

Tomé mi móvil y busqué su número. Pensé en borrarlo, pero hice lo que debía hacer hace más de dos años; la bloqueé.

Volví a poner en movimiento mi auto y me di cuenta que me sentía liberado, como si me hubiera quitado un gran peso de encima.

No le deseaba ningun mal a Luciana, pero no iba a ser parte de ese momento de su vida, ni de ningún otro.

Estacioné fuera de la editorial y estaba por enviarle un mensaje a Anna para avisarle que había llegado cuando ella apareció por la puerta y me regaló una de sus mejores sonrisas confirmando que había tomado la decisión correcta al elegir ver hacia mi futuro sin voltear a mirar el pasado.

Estaba enamorado de esa rebelde mujer y aunque parecía imposible, ya no sentía miedo.

Anna caminó con sensualidad hacia mi auto, abrió la puerta y amplió más su sonrisa al sentarse junto a mí.

—Estás preciosa —susurré.

—Estaba así cuando salí de tu casa esta mañana.

Sonreí ante su intento de restarle importancia a mis palabras y besé sus labios cuando ella se inclinó hacia mí.

La contemplé como idiota, admirando a esa mujer que lucía radiante, a esa mujer que había llegado a llenar mi solitaria vida.

—¿Qué? —me preguntó.

La sostuve del cuello y la besé con pasión, ella se estremeció y yo me sentí orgulloso de poder desestabilizarla de ese modo.

—Eres hermosa —susurré cuando me alejé un poco de ella.

Anna giró los ojos y yo sonreí.

Le besé la nariz y dejé que su aroma invadiera mis sentidos.

Moví la palanca de cambio y puse en marcha mi auto.

—Si quieres puedes elegir la música —le dije—. Nos tomará una hora llegar.

—Vale… —respondió, pero no se movió—. ¿Cómo se llama el lugar?

—Has estado allí, no te dijeron el nombre. —Ella negó—. Sonoma, es un condado, productor de vino.

—¿Vino? —preguntó sorprendida—. ¿Creciste rodeado de viñedos?

—Nací en uno —admití sonriendo—. Mi familia y la de Sebastián estuvieron en el rubro durante años, hasta que el padre de Sebastián prefirió emprender el negocio de la azucarera y el mío quiso ser abogado.

Anna se acomodó en el asiento y me escuchó con atención la historia sobre mi familia. Durante casi la mitad del camino le conté un poco más sobre mí y ella me dedicó toda su atención.

—No entiendo cómo tienes tiempo para tanto —comentó Anna—. Te haces cargo de la empresa de Sebastián, del club, de las tierras… ¡No tienes vida, tío!

—Si no recuerdo mal, pensaste que solo vivía del club.

—Pamela no me dio tanta información —bromeó.

—Te dije que mejor me preguntaras a mí.

—Ya tío, pero me caías pesado —respondió ella.

—Mientes, hermosa… Te gustaba, pero no querías admitirlo.

—Me caíste pesado, tío —repitió ella—. ¡Si me dijiste que eras el amor de mi vida! —No pude evitar reírme al recordarlo—. ¡Creído!

—Actué así porque te hiciste la interesante —admití—. Si hubieras actuado de forma amable, no hubiera sido tan idiota.

—Si no hubieras sido un idiota, hubiera sido amable.

Me reí de su rebeldía y solo tomé su mano para llevarla a mis labios y besarla.

Ella se liberó de mi agarre apenas entramos al *Golden Gate* y a toda prisa tomó su móvil, bajó el vidrio de su ventana y se preparó para hacer algunas fotografías.

Estaba tan encantada que decidí detenerme para que pudiera disfrutarlo un poco más.

—Vamos, te haré una foto —le ofrecí saliendo del auto.

Ella abrió su puerta antes de que yo llegara y le ofrecí mi mano para ayudarla a bajar.

Puso un pie fuera y di cuenta de que aún iba en tacones, así que sin pesarmelo demasiado la sostuve con ambas manos y la cargué.

—¿Qué haces?

—Evito que caigas —respondí.

Su ceño fruncido se relajó y una mirada dulce apareció en sus hermosos ojos. Sin que lo esperase, ella besó mi mejilla.

—El dragón actuando como un príncipe —susurró.

No pude evitar reírme y continué hasta un lado del punte donde los turistas solían sacar las mejores fotos del icónico puente de San Francisco.

La dejé sobre sus pies para esperar nuestro turno para fotografiarla, pero no la solté por miedo a que pudiera caer.

—No vayas a caminar, tus tacones me ponen nervioso —confesé acomodándole el cabello—. Cuando llegue nuestro turno te dejaré allá y te haré las fotos.

—¿Crees que no sé caminar con tacones en zonas rústicas? —preguntó—. Espera y verás.

Intentó liberarse de mí, pero no se lo permití.

—Puedes mostrarme en cualquier otro momento, hermosa, pero no aquí. Si caes al agua arruinarás tu vestido y nuestro primer viaje juntos.

Anabelle volvió a regalarme una mirada dulce y sonrió encantada.

Las dos jóvenes que se hacían fotografías, abandonaron el lugar y yo tomé a Anna de nuevo en mis brazos para llevarla hasta allí.

—Si quieren puedo hacerles las fotos —ofreció una de las chicas.

Iba decirle que ya tenía suficientes fotografías en ese lugar, pero la idea de tener una con Anabelle me hizo cambiar de opinión y acepté.

Le entregué mi móvil y caminé hasta el montículo donde sabía saldría el puente entero y la dejé sobre sus pies.

Me situé detrás de Anna, tomándola de la cintura y me incliné hacia su cuello.

—Finge que me amas —bromeó Anabelle—. *Ella cree que somos novios*.

—Somos novios, hermosa.

Anna giró a mirarme y sonrió ampliamente.

—Aún no he te he dicho que sí —me recordó divertida.

Me acerqué a su boca y la besé.

Su rebeldía era incleíble pero estaba encantado con ella.

—¡Salieron hermosos! —exclamó la joven.

Anna y yo nos sorprendimos y solo sonreímos.

Recibí mi movil de regreso y le agradecí por su ayuda.

Anna y yo miramos las fotografías que nos habia hecho y no pude negar lo bien que habían quedado.

—¡Quedaron hermosas! —exclamó Anna—. ¿Puedes enviármelas?

—Con gusto —respondí alejándome de ella—. Ahora te haré una a ti sola —le avisé—. Vamos, posa para mí, hermosa.

Anna sonrió con el rubor cubriendo sus mejillas mientras yo hacía tantas capturas del momento como pude.

Quería conservar algunas como recuerdo de nuestro primer viaje.

El primero de muchos…

Regresé a su lado con la intención de llevarla de regreso al auto, pero ella me sorprendió cuando se abrazó de mi cuello.

—Una selfie —me susurró.

Sonreí cuando ella extendió su mano y la miré disfrutando de esa sonrisa auténtica, de esa felicidad que creo no había visto antes en ella.

—¿No vas a mirar? —me preguntó.

—Lo que veo en este momento es aún más hermoso —susurré.

Ella me regaló otro de esos besos decentes que sabía dar.

—Te quiero, Anna —susurré acariciándole la mejilla con mi nariz—. **El *dragón* se niega a liberar a la *princesa.***

Ella clavó su oscura mirada sobre mí y sonrió con un brillo distinto.

—La princesa tampoco quiere que el dragón la libere.

Sin siquiera intentar detener el deseo que tenía de besarla, me incliné sobre sus labios y la besé con calma, disfrutando de ese instante, de ese momento especial que teníamos.

Todo en mi interiór vibró, se desordenó y aun así sentí que el mundo tenía más sentido que nunca. Sin aliento, sin consciencia, sumergido en una necesidad que me abrumaba, supe que estaba perdido, que aun cuando lo intentara no había forma de escapar de ese sentimiento que

invadía mi alma gracías a ella.

Estaba enamorado de Anabelle y no había vuelta atrás.

Cuando fuimos capaces de detener el beso, nos dimos cuenta de que una familia había llegado al lugar, algo que hizo ruborizar a Anna.

Sin tomar más tiempo, la sostuve de nuevo en mis brazos y la llevé de regreso a mi auto.

—¡Qué vergüenza, tío! —exclamó Anna escondiendo su rostro contra mi pecho—. ¡La que hemos liado!

Le besé la frente, y estuve encantado con su auténtica reacción.

La puse sobre sus pies y abrí la puerta para ella.

—Gracias, en verdad puedes ser un encanto.

—Puedo ser todo lo que tú necesites, hermosa.

Le guiñé el ojo y le indiqué que entrara. La dejé sobre el asiento y yo caminé hacia mi lado en el auto.

Cuando estuve dentro me di cuenta que su sonrisa había desaparecido.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—Nada —mentía y lo sabía—. ¿Puedes poner música?

Me sonrió pero no era sincera. Algo había sucedido y solo pude pensar que de nuevo estaba asustada por lo que estábamos viviendo o sintiendo, pero decidí hablar de ello cuando hubiéramos llegado.

Le di mi móvil para que eligiera la música que deseaba escuchar y retomé el camino que nos llevaría hasta el lugar donde había nacido y donde planeaba decirle a Anna que estaba enamorado de ella.

Anna no dejó de hacer fotografías, estaba encantada con lo que veía y su fascinación aumentó cuando atravesé un arco de ladrillos y entré a la propiedad que durante décadas había sido de mi familia.

La tarde estaba cayendo y la vista que teníamos del sol ocultándose, era insuperable. El naranja radiante del sol caía sobre el verde de los árboles, del pasto, de todo lo que nos rodeaba creando un espectáculo mágico.

Cuando apagué el motor, Anna casi saltó del auto y caminó hacia el borde de la colina donde se quedó admirando nuestra maravillosa vista.

Salí de mi auto y me acerqué lentamente a ella. Intentando no distraerla, pero me detuve y tomé mi móvil para fotografiarla junto al maravilloso atardecer.

—¡Joder! ¡Qué hermoso es esto, Andrés!

—Muy hermoso —respondí cautivado por su belleza.

Anna giró hacia mí y de nuevo se ruborizó supongo al saber que me refería a ella.

Caminé hasta donde estaba y le rodeé la cintura con mis brazos. Ella reposó su cabeza contra mi pecho y en silencio disfrutamos de ese maravilloso momento.

Mientras contemplamos el sol escondiéndose, pude visualizar un futuro a su lado. Pude imaginarla siendo parte de mi vida, de mis días, y me di cuenta de lo feliz que me hacía ese futuro.

—Gracias —susurró ella alejándome de mis pensamientos.

Se giró y clavó su hermosa mirada sobre mí.

—Por traerme aquí —susurró acercándose más a mi boca.

—Gracias a ti por acompañarme.

—¡Qué dices, tio! Me encanta este lugar. —Y a mí me encantas tú—. Si yo tuviera un lugar así, no podría vivir en otro. Esto es insuperable.

—Lo es —admití abrazándola—. Tenerte aquí lo hace aún mejor.

Por un segundo algún pensamiento la distrajo y dejó de sonreír.

—¿Qué te molesta? —pregunté.

Ella intentó disimular de inmediato y tratando de escapar de mi pregunta, se inclinó y se apoderó de mi boca… y de mi razón.

Me besó con la misma intensidad de siempre, con esa pasión que me encendía el alma y me llenaba de esa paz que me hacía falta.

Todo era perfecto, el lugar, el clima… ella. Esa mujer rebelde que se había apoderado de mi razón desde aquella vez en el *Medianoche,* la que me hacía desear con frecuencia haber aparecido antes en su vida para ser el único dueño de su corazón.

Sabía que era pronto, para ella lo era, pero quería conquistarla, quería que se enamorara de mí del mismo modo que me enamoré de ella. Quería conocerla mejor que nadie, queria ser ese hombre con el que se sentiría siempre a salvo.

Quería ser un principe, por ella quería dejar de ser un dragón.

Los pasos de alguien aproximándose la distrajo y terminó separándose ligeramente de mí.

Rose, la mujer que había crecido en la haciendo y que desde hacía unos años se hacía cargo del mantenimiento del lugar, apareció y miró sorprendida a Anna.

—Bienvenidos —dijo sonriéndonos.

—Hola Rose —saludé en respuesta—. Te presento a Anabelle, mi novia.

La sorpresa se hizo mayor ante mi presentación, pero trató de disimularlo y extendió su mano hacia ella.

—Bienvenida —dijo de nuevo—, es un placer conocerla.

—El placer es mío.

Su voz sonó extraña y cuando la miré me di cuenta que de nuevo se había ruborizado, algo que no le pasaba con frecuencia.

—¿Tiene equipaje? —preguntó Rose—. ¿Necesita que llame a los muchachos?

—No, yo me encargo, no te preocupes.

—Bueno, entonces iré a la cocina a terminar la cena. En unos veinte minutos estará todo listo.

—Gracias Rose.

Ella me sonrió y regreso por donde había venido.

Anabelle me golpeó el hombro y la miré sorprendido.

—¿Por qué me has presentado como tu novia? —se quejó.

—Porque lo eres.

Ella se quedó mirandome como si fuera a refutar lo que había dicho, pero desistió.

—Ella se sorprendió demasiado. —Fue lo único que agregó.

—Eres la única novia que le he presentado. —Anna estaba aún más sorprendida—. A Luciana la conoció ya siendo mi esposa.

Hizo una mueca cuando mencioné a mi ex y se alejó de mí caminando hacia el auto. Se detuvo delante del maletero y lo abrí para ella.

Me apresuré para quitarle su equipaje, pero ella tiró con fuerza de este y lo sacó sin problemas, lo puso en el suelo empedrado y tiró de la manija para hacerlo correr sobre sus ruedas.

Caminó delante de mi, pero la sostuve de la cintura para detenerla.

Ella me hizo a un lado y me miró con el ceño fruncido.

—*¿Qué sucede?* —pregunté de nuevo.

Por un instante pensé que mencionar a Luciana había encendido sus celos, pero ella no solía actuar de forma tan irracional.

Anabelle se lo pensó un poco y despues de respirar profundamente respondió:

—Vi su llamada cuando quise poner música en tu coche.

¡Mierda!

—No quiero parecer una demente —me aclaró—, pero saber que aún mantienes contacto con ella arruina por completo todos estos detalles que tienes conmigo.

—No mantengo contacto con ella. Me ha llamado varias veces, pero no le he respondido.

Ella me regaló una mala mirada y se giró en sus zapatos con la clara intención de alejarse de nuevo de mí.

—Vale, si vas a mentir, mejor no digas nada.

—No estoy mintiendo —aseguré cuando la tomé de la cintura y la hice detenerse.

—¡La llamada duró varios minutos! —gruñó.

—Hoy le respondí —admití, ella me miró aun más enfadada—. *Llamó cuando estaba llegando a la editorial.*

Anna se alejó de mí y se cruzó de brazos.

—Quería que fuera a verla. Me dijo que le darían los resultados de sus pruebas y quería que estuviera a su lado.

—¿Qué clase de divorcio tienen? ¿Cómo es que ella te llama para que estés a su lado como si aún fueran pareja?

—Es mi culpa —admití—. Fui a verla cuando supe que estaba enferma, le dije que si necesitaba algo me lo hiciera saber.

—¡Oh, pero qué maravilla! —gruñó Anabelle molesta.

—Me sentía culpable.

—¡Ay, por favor! —Se burló ella—. ¡Deja de perder el tiempo con otras mujeres si aún la amas!

—Te lo he dicho varias veces: no la amo.

Con temor de que pudiera rechazarme, la sostuve de la cintura y la acerqué a mí. Anna solo me regaló una dura mirada, pero no se alejó.

—Créeme —susurré—. No siento nada por ella.

—Me cuesta creerte cuando ella sigue siendo parte de tu vida.

—No es parte de mi vida —susurré mirandola a los ojos—. Le dije que no iría, que no llamara más.

Gracias al cielo ella relajó un poco su ceño.

—No siento nada por ella —repetí—. *Ella es parte de mi pasado nada más… ¿Puedes creerme?*

Me miró en silencio por algunos segundos y yo esperé con impaciencia su respuesta.

—¡Vale! —resopló—. Supongo que no tengo más opción.

Intentó alejarse de mí, pero no se lo permití y la miré fijo a los ojos.

—He sido sincero contigo desde el primer día que nos conocimos —le recordé—. Fui sincero al decirte que no estaba interesado en relacionerme de forma sentimental con nadie y soy sincero hoy cuando te digo que la única mujer que quiero y necesito eres tú.

Los hombros de Anabelle se relajaron notablemente al escucharme.

—Te quiero y quiero que creas en mí, en esto que siento por ti y que cada día se hace más fuerte, más sólido. —Le acomodé el cabello detrás de su oreja y ella suspiró—. Te quiero, hermosa.

—*¡Joder!* —exclamó de pronto.

Sin decir nada más, Anna me rodeó el cuello con sus brazos y se apoderó de mi boca con la misma facilidad que lo hizo de mi corazón.

Me besó y yo sentí que todo estaba en orden, en perfecta armonia.

Me besó y yo deseé detener el tiempo para poder disfrutar eternamente de ese sentimiento capaz de arreglar hasta el más dificil de mis días. Ese sentimiento que a mis casi cuarenta y tres años, se ha apoderado otra vez de mí y me hace sentir dichoso por haberla encontrado, por tenerla en mi vida y poder planear un futuro a su lado.

27 Anabelle

Los dias son más bonitos cuando estás junto a la persona que amas. Es como la luz que entra cada día por tu ventana, como el canto de las aves, como si la vida te sonriera después de tantas decepciones, pero incluso en los días más soleados, aparecen las nubes que intentan opacar esa alegría a la que te quieres aferrar aunque sabes que no durará.

*****

La casa de Andrés era una propiedad de casi media hectárea construida con paredes de ladrillos rojos pulidos, muebles de madera oscura y grandes ventanales que dejaban ver desde cualquier rincón la maravillosa vista hacia los viñedos.

En medio del salón se podía escuchar el sonido de un violín, que acompañado de las luces cálidas que desprendían las grandes lámparas colgadas en el techo, hacía de todo ese recinto el más acogedor.

Él estaba sirviendo vino para ambos mientras yo intentaba no asustarme con todo lo que estaba sintiendo. Con ese sentimiento que parecía crecer día a día.

Lo vi caminar en mi dirección y contemplé con admiración lo guapo que era. Esa belleza masculina que debía robar miradas al pasar, porque era imposible ver a alguien como él y no mojarse las bragas.

Me mordí los labios cuando se detuvo frente a mí y me entregó una copa de vino. La tomé y bebí intentando no alimentar más su ego.

Miré a mi alrededor para disimular el efecto que tenía en mí y volví a admirar la magia que tenía ese lugar.

—¿Cómo te acostumbras a vivir en una ciudad tan ruidosa cuando has crecido en un lugar tan maravilloso? —pregunté.

—No lo hago.

—¿Cuántos años llevas viviendo fuera de aquí?

—Veinte —respondió—. La mitad de mi vida la he pasado en San Francisco, pero siempre quiero volver, y cuando estoy aquí no quiero marcharme.

—Nadie querría marcharse —admití—. Esto es fabuloso.

La mujer que trabajaba en su casa regresó y sonrió al mirarme.

—La cena está lista —anunció.

—Gracias, Rose —respondió Andrés.

Como si fuera un caballero, me ofreció su brazo y lo tomé. Juntos caminamos a través del salón, pasamos por el comedor y llegamos hasta la parte trasera de la casa.

Dos puertas grandes de madera oscura estaban abiertas, una cadena de luces recorría el arco de la entrada, grandes lámparas de bambú iluminaban el jardín en donde una mesa con mantel blanco y velas rojas nos esperaba.

Había copas anchas, platos amplios, servilletas rojas, y detrás de todo, una cascada de luces que brillaba sobre el cielo oscuro que nos acompañaba.

Lo miré sorprendida, encantada, y él sonrió mientras seguía caminando hacia la mesa. Retiró la silla para mí y tomó un lugar a mi lado.

—Esto es hermoso —susurré.

—Hermosa eres tú, Anna. —Sonreí encantada—. Gracias por venir.

—Gracias por traerme —respondí inclinando mi copa hacia la suya—. Estoy enamorada de tu casa.

—Vaya, pensé que dirías que estabas enamorada de mí —protestó.

Sonreí al sentir los latidos acelerados de mi corazón, ese que delataba con frecuencia mis verdaderos sentimientos.

Junto a nosotros había un carrito con tres bandejas plateadas que Andrés abrió dejando a la vista unos cortes de carne humeantes.

—Me perdí la cena de bienvenida —dijo él—. Así que quise compensarlo con lo más delicioso de la región.

Ni siquiera pude hacer algún comentario odioso sobre aquella cena, porque estaba complacida con él, así que solo sonreí agradecida.

Durante la cena, continuó contándome historias sobre sus dias de juventud y yo estaba encantada de escucharlo, de imaginarlo de veinte años.

—Solia sentarme a mirar el atardecer mientras planeaba mi vida de adulto.

—¿Cuáles de esos planes se hicieron realidad? —le pregunté.

—Varios —admitió—. Nunca pensé en mí a esta edad, pero a los treinta me imaginaba dirigiendo una empresa o siendo mi propio jefe. Imaginé que tendría una casa tan grande como esta, pero en la ciudad. Y follando a todas las mujeres que pudiera.

No pude evitar reírme al escuchar lo último.

—Creo que has cumplido gran parte de tus planes.

—Sí, también lo creo —admitió con diversión—. ¿Qué hay de ti?

Suspiré recordando con amargura mis años de juventud.

—Mis planes cambiaron en varias oportunidades —confesé—. Antes de los quince años quería casarme, tener cinco hijos y ser abogada como mi padre.

Una mueca de desagrado se me escapó al pensar en mi progenitor.

—Después de los quince, decidí que no me casaría ni tendría hijos y que estudiaría literatura. —Recordar el motivo de mi cambio de planes me hizo fruncir más el ceño—. *Y que me follaria a todos los tíos que aparecieran en mi vida.*

Lo miré y me di cuenta que parecía preocupado, no entendí por qué.

—Pero te casaste. —Fue lo único que dijo.

—Tomé malas decisiones.

Bebí de mi copa para alejar todos esos malos recuerdos y puse mi atención de nuevo a él.

—¿Te queda algún sueño por cumplir? —pregunté.

—Sueños de juventud, ninguno —respondió—. Económica y profesionalmente no me hace falta nada.

—¿Y personal? —Quise saber—. ¿No tienes sueños personales por cumplir?

Él por primera vez no parecía muy seguro y se encogió de hombros.

—Creo que no, todos los deseché después del divorcio —admitió con seriedad—. Estoy satifecho con todo lo que tengo.

—¿No tuviste hijos? —Me atreví a preguntar, él se sorprendió—. Es decir, sé que con tu ex no los tuvieron, pero, ¿con alguien más?

—No —respondió de inmediato—. No se me hubiera ocurrido tener hijos sin estar casado. —Ahora la sorprendida era yo—. Me refiero a que, a mi parecer, los niños deben nacer dentro de una hogar, una familia.

—Estoy de acuerdo.

—Pero estando casados quisimos esperar un poco para tener hijos y luego nos divorciamos,

así que deseché por completo la idea de ser padre.

Intenté no dejar que sus palabras me afectaran más de lo necesario, pero lo cierto era que saberlo no me hizo nada feliz.

—¿Qué hay de ti? —preguntó—. ¿Aún quieres tener hijos?

Pensé en mentirle, en no hacer sólida esa buena razón por la que realmente podríamos no funcionar, pero era un tema tan importante para mí que tenía que ser sincera.

—Sí… —respondí con cierto pesar—. Es lo que más deseo.

La preocupación lo atrapó apenas me escuchó y entendí la razón.

—No soy tan optimista sobre el tema porque tengo serios problemas de fertilidad —lamenté —. Pero, sí, aún sueño con ser madre.

Andrés bebió de su copa sin hacer ningún comentario y dejé de mirarlo porque en ese momento me fue imposible verlo en mi futuro. No pude ver un mañana con él y tuve ganas de llorar.

Sentí su mano tomar la mía y lo miré de nuevo.

Él no intentó sonreír.

—No te mortifiques ahora —susurró—. Lo resolveremos.

Sonreí falsamente ante su intento de no darle tanta importancia al asunto y quise fingir, como él, que esto no iba a separarnos, pero no pude.

—¿Qué resolveremos? —pregunté—. Es evidente que tenemos un problema mucho peor del que ya existe al vivir en distintos continentes.

—Lo sé —admitió con preocupación—, pero lo resolveremos.

—¿Cómo lo haremos? —Él se mantuvo en silencio—. Acabas de decirme que has decechado por completo la idea de tener hijos y yo por el contrario deseo con el alma ser madre. ¿Cómo crees que vamos a resolverlo?

Él no tuvo una respuesta y el nudo en mi garganta empeoró mi estado.

Me liberé de su agarre y me puse de pie intentando huír de su doloroso silencio. De esa realidad que nos estaba golpeando la cara y nos hacía ver con claridad las cosas.

Sus manos me rodearon la cintura y me abrazó por la espalda. Cerré los ojos mientras las ganas de llorar aumentaban a cada segundo.

*—No sé cómo —*dijo y luego me giró para que yo lo mirase*—. Pero lo resolveremos. Encontraremos el modo de que funcione.*

Me abrazó con fuerza y quise creer que en verdad podríamos resolverlo, quise creer aun sin esperanza que tendríamos una oportunidad.

—Te quiero, Anabelle.

Mi corazón sufrió un fuerte sacudón cuando lo escuché decirlo con tanta determinación.

Levanté mi rostro y él clavó esa verde y atrapante mirada sobre mí.

—Sé que parece una locura, pero te quiero como nunca pensé volver a querer a alguien. —¡Joder!—. Y quiero estar contigo.

—Yo también quiero estar contigo. —Logré decir—. Pero…

Él cubrió mis labios con sus dedos y trató de sonreír.

—Dejemos que el tiempo siga —susurró—. Dejemos que nuestros sentimientos se fortalezcan, que nuestra relación avance, y cuando llegue el momento de tomar una decisión, lo hablaremos.

Quise recordarle que ya me hacía mayor y no podía esperar demasiado, pero decidí aceptar su petición de hablarlo en otro momento.

*—Vale… —*acepté.

Intentamos sonreír, pero ninguno pudo hacerlo con sinceridad. Sabía que al igual que a mí, ese tema le había dejado ver el gran problema que que teníamos, pero decidí fingir que todo estaba bien.

Decidí, en ese momento, disfrutar de la felicidad que tenía a su lado y no preocuparme de nada más.

—Te quiero, princesa.

Sin dejarme responder, tomó mi boca y se apoderó de ella con pasión. Con esa necesidad que también sentí de olvidar con sus besos el asunto, que tarde o temprano nos representaría un problema grande.

Lo besé y me aferré a esa deliciosa boca que me llenaba de vida, de esperanza y paz, esa boca que equilibraba mi mundo y me hacía creer que juntos podíamos resolver todo.

Con ambas manos me levantó sobre su cadera y se me olvidó hasta mi nombre cuando sentí su maravillosa erección.

—¿Qué tal si te muestro más de la casa?

—¿Más? —pregunté mordiendo sus labios—. ¿Qué más puedes mostrarme?

—Mi habitación.

No pude evitar reírme, pero él de nuevo me comió la boca y sin decir nada más me llevó a ese lugar que aún no había conocido.

Cuando Andrés abrió la puerta de su habitación y me dejó sobre su cama supe que aunque me asustara aceptarlo, lo que teníamos era real, era único y lo supe por la forma como me miró, por ese brillo en sus ojos, por la sorpresa que reflejaba su verde mirada.

Él se acostó a mi lado y me besó con más calma, sin prisa, como si quisiera que ese momento durara para siempre. Sus labios rozaron los míos y no solo mi cuerpo estaba encendido, tambien mi corazón.

Ese que había sido lastimado, pero que en ese momento parecía estar curado gracias a él.

En se momento sentí que la vida me estaba dando una segunda oportunidad.

Sentí que él, Andrés, era mi perfecta segunda oportunidad.

Me moví sobre la cama y sonreí cuando escuché el sonido de los pájaros cantando muy cerca. Abrí los ojos aun cuando deseé permanecer más tiempo disfrutando de ese perfecto despertar y solo en ese momento fui consciente de que estaba sola.

La habitación estaba en silencio, las cortinas estabas cerradas, pero podía oír voces a lo lejos, podía escuchar también la brisa sacudiendo los árboles y los pájaros cantando para mí.

No tenía ni idea de qué hora era y me senté sobre la cama intentando aclarar mi mente, pero al hacerlo, recordé la noche anterior. Mi estómago se estremeció al recordarlo, al pensar en él y no pude evitar excitarme a causa de esos momentos que volvían a mi memoria arrancándome una sonrisa de placer y felicidad.

—¡Jo tío, no sé qué me haces!

La puerta de la habitación se abrió de pronto y él apareció luciendo como un modelo de revista country. Vestido con jean, camiseta blanca y botas vaqueras.

Se me secó la garganta de inmediato y la humedad que habían provocado aquellos recuerdos amentó peligrosamente cuando lo vi con las mejillas coloradas como si se hubiera ejercitado, estaba sudando y aun así mantenía su aspecto sensual, ardiente, provocador

Me mordí los labios y él sonrió.

—Buen día, hermosa —saludó—. ¿Dormiste bien?

Solo atiné a asentir porque él entró, cerró la puerta y tiró de su camiseta para sacarla por su cabeza y quedarse con el torso desnudo frente a mí, dejándome aún más embelesada por su belleza masculina.

Andrés sonrió y se acercó, se inclinó sobre la cama y me dio un corto besó, pero esos cortos segundos fueron suficientes para dejarme sin aliento.

—Despertaste silenciosa —bromeó.

Tirando de su correa se la quitó y la dejó sobre un pequeño sofá, mientras yo seguía admirándolo en cada movimiento.

—¿Necesitas algo o solo estás mirando? —preguntó él divertido.

—¿De dónde vienes?

—Fui a saludar a la gente de los viñedos. Hay un sol maravilloso, creo que podríamos disfrutar de la piscina hoy.

—Me gusta —respondí mientras él soltaba el botón de su pantalón—. Mucho.

La mirada de Andrés se oscureció al darse cuenta de que yo no hablaba de la piscina, sino de él, y tomó su postura de dragón a punto de cazar.

—Arrodíllate —ordenó con voz ronca y mi cuerpo vibró—. Sobre la cama, arrodíllate.

Su voz hizo temblar mi estómago y dejándome llevar por el placer que me había atrapado desde que él entró a la habitación, obedecí.

Vestida solo con la camisa que Andrés había usado la noche anterior me arrodillé como lo había pedido y lo miré con el deseo quemándome.

Como un cazador, Andrés dio dos pasos hacia mí y con una de sus manos soltó el primer botón de la camisa. Mi respiración se entre cortó cuando él liberó el segundo, dejando mis senos a la vista.

Sin dejar de mirarme, su mano se movió sobre la montaña de mi pecho, se coló entre la suave tela y me acarició mis pezones ya duros.

Temblé y mi respiración se hizo más profunda.

—¿Siempre te levantas así? —preguntó pellizcando la piel dura de mi seno izquierdo, reprimí un gemido—. ¿O soy yo?

—Es tu gran polla —respondí mirándole el bulto entre las piernas.

Andrés sonrió complacido ante la respuesta que había obtenido.

—Me rompes el corazón —susurró acercándose más a mí y me besó el cuello—. ¿Estás mojada?

No le respondí deseando que él quisiera averiguarlo por su cuenta.

Andrés soltó el último botón que tenía abrochado y una ola de calor me invadió cuando él bajó la mirada hasta el centro de mis piernas y se lamió los labios con evidente deseo.

—¿Quieres jugar? —me preguntó, me mordí los labios complacida.

—Quiero…

—Bien —susurró hablando casi sobre mis labios—. *No te muevas.*

Me dio un profundo, pero corto beso, y caminó hacia un lado de la habitación donde desapareció por unos segundos mientras yo obediente me mantuvo inmóvil.

Más rápido de lo que esperé, Andrés volvió con un estuche blanco en las manos y mi curiosidad se despertó.

—Acuéstate sobre la almohada —ordenó con esa voz que me derretía.

—Follable —susurré. Andrés me miró sin entender—. *Tu voz cuando eres mandón, cuando tomas el control, es follable.*

Andrés sonrió complacido.

—*Tú eres follable, hermosa* —susurró dejando el estuche blanco sobre la cama—. *Acuéstate* —repitió.

Suspiré cuando el placer recorrió mi cuerpo a causa de su orden y dejé caer mi cabeza sobre la almohada.

La camisa que llevaba puesta se arrugó en mi espalda mostrando mi desnudez para él. Quise acomodarla, pero me sostuvo ambos tobillos y tiró de ellos para llevarme al filo de la cama.

—*No te muevas* —ordenó, temblé otra vez—. *Es justo así como quiero tenerte.*

Mordí mis labios cuando empezó a desnudarse. Me acomodó sobre la almohada y lo miré con el deseo quemándome el alma.

Se quitó las botas, abrió su pantalón y lo dejó caer al piso, para solo quedarse con un bóxer negro que le quedaba divino.

—*Abre las piernas…* —me ordenó.

Me tomé un momento para moverlas como lo había pedido.

Se arrodilló entre mis muslos y se inclinó para soplar sobre mi sensible piel causándome un hormigueo delicioso.

—*¿Estás mojada?* —preguntó.

Sonreí orgullosa.

—*Mucho.*

Sin despegar la mirada de mí, recorrió con ambas manos mis piernas hasta llegar a mis muslos y seguir hasta el lugar que necesitaba con desesperación sus atenciones.

—*Eres hermosa* —*me susurró*—. *Tenerse desnuda y dispuesta es más de lo que un hombre sueña tener.*

Me retorcí sobre el colchón cuando sus dedos me tocaron con suavidad, con lentitud, solo provocándome sin darme lo que deseaba.

—*Hermosa* —*gruñó él*—, *estás tan mojada* —*temblé al escucharlo*—. *Tan lista para mí.*

Me moví buscando sentir sus manos con más presión sobre mi necesidad, pero a cambió, Andrés se inclinó y con su boca me dio lo que tanto quería.

Con su lengua aterciopelada recorrió la piel suave de mi coño, moviéndose con calma, sin prisa, saboreándome, disfrutándome.

—*¡Joder!* —*gruñí retorciéndome*—*Andrés.*

Él sonrío al escuchar su nombre siendo pronunciado con tanto deseo y lujuria.

Para aumentar mi placer, hundió dos de sus dedos dentro mí.

—*Madre santa* —*gemí cuando empujó sus dedos con más fuerza*—. *¡Joder! Te quiero a ti* —*dije sin aliento*—. *A ti dentro de mí.*

Me retorcí sobre el colchón y él lo disfrutaba, lo veía en sus ojos mientras me comía el coño como un profesional y solo se detuvo cuando estuve a punto de correrme.

Lo miré con decepción y él sonrío.

—*Calma, hermosa, apenas estamos empezando.*

Lo vi tomar el estuche que había dejado en la cama y sacó un pequeño dispositivo que miré con asombro.

—*¿Has usado uno de estos?* —me preguntó, negué sin aliento—. *Te va a encantar* —prometió con una sonrisa retorcida.

De nuevo me torturó con el movimiento perfecto de su boca en mi coño y cuando de nuevo me sumergió en su placer, sentí el pequeño dispositivo sobre mi humedad.

Él sonrió complacido.

—*Lo compré para ti* —*dijo mientras movía el vibrador sobre mi humedad*—. *Pensando en ti.*

—Temblé a causa de su voz—. Pensé en lo hermosa que te verías cuando te corrieras con él y conmigo.

Lo miré extasiada, complacida, excitada. Nunca había tenido a un amante como él, que se preocupara tanto por mi placer, que lo disfrutara como veía que él disfrutaba.

Sin tomar un segundo más, Andrés pasó el pequeño dispositivo por mis pliegues vaginales y lo movió unos segundos por mi clítoris causando temblores más profundos, más intensos.

—¿Te gusta? —me preguntó.

—Me encanta —confesé.

Él parecía complacido con mi respuesta y después de sonreír, acomodó el vibrador. Un extremo dentro de mí y el otro rozándome el clítoris. Me quedé sin aliento con la placentera invasión, pero todo empeoró, o mejoró, cuando Andrés sacó del estuche un diminuto mando y puso en marcha el atrevido juguete.

—¡Joder! —grité abrumada—. ¡Dios qué bueno es!

Andrés se acostó junto a mí y tomó mi boca con exigencia, de forma tan posesiva que me hizo flotar de placer.

—¿Te gusta? —preguntó entre besos, ni siquiera pude responder—. *Se usa en pareja* —susurró mordiéndome el lóbulo—. *Pero me he quedado sin preservativos en la habitación, así que estás vez tendrás que ser solo tú,*

Iba a decirle que no me importaba follar sin protección, pero la velocidad del consolador aumentó.

—¡Andrés! —grité.

Él sonrió con orgullo y volvió a besarme mientras yo intentaba tocarlo. Llegué hasta el centro de sus piernas donde su erección delataba su necesidad.

—Hermosa, no seas cruel —susurró chupándome los labios.

—¡Joder! Estás tan duro —exclamé mientras mis manos lo tocaban.

—¡Anna! —gruñó Andrés.

—Te quiero dentro de mí —susurré lamiéndole los labios.

—No tengo preservativos… Córrete, hermosa.

—Contigo —dije sin aliento—. Fóllame así —supliqué besándolo con desesperación, él negó sin parecer muy seguro—. No soy fértil, no pasa nada. —La seguridad en Andrés decayó otro poco al escucharme, al sentir el movimiento de mi mano por toda su erección—. Quiero sentirte dentro de mí —susurré mirándolo a los ojos—. Quiero que te corras dentro de mí. —Lamí su boca provocándolo, animándolo—. Quiero ser tuya, Andrés… Por favor.

—¡Mierda, Anna! —gruñó y supe que había ganado—. *Tú suplicando por sexo eres la criatura más deliciosa que he visto en mi vida.*

Sonreí complacida pero mi cuerpo se derrutió cuando me besó con pasión, cuando me invadió la boca con su lengua. Enredé mis dedos entre los rizos de su cabello mientras él se deshacía de su ropa interior y tomaba lugar entre mis piernas.

—¡Dios, Andrés! —gemí sin aliento—. Bájale a esa cosa o voy a correrme.

—¡Ni se te ocurra! —gruño mordiéndome el labio con fuerza—. No sin tenerme dentro de ti.

Pensé que el placer que sentía era de otro nivel, de esos que no había experimentado antes, pero cuando él empezó a invadirme, así, sin protección, todo empeoró.

—¡Santa mierda! —gruño Andrés cuando empezó a hundirse en mí.

No podía creer que existiera algo tan placentero como eso, ni siquiera podía describir todo lo que mi cuerpo estaba sintiendo mientras el consolador continuaba vibrando y Andres se unía a él dentro de mi cuerpo.

Él me besó de nuevo y mi mundo se desestabilizó. Nuestras lenguas danzaban a un ritmo sofocante, excitante, que se mezclaba con el vibrar del consolador y me tenía en una nube de la cual no iba a querer bajarme nunca.

Estaba en ese lugar perfecto que alcanzas cuando estás a punto de correrte, pero que, gracias a él, pude disfrutar por más tiempo.

—Me encantas, Anna —susurró Andrés cuando el vibrar del consolador nos empujó más cerca de clímax, lo miré sin fuerzas para soportarlo más—. Córrete para mí —gruñó empujándose con fuerza.

No necesité que lo dijera dos veces, sosteniéndolo del cuello y mirándolo a los ojos me dejé atrapar por el que sin duda alguna sería el mejor orgasmo de mi vida.

Andrés gruñó la sentirme venir y me moví contra él deseando que experimentara ese placer que me había atrapado.

Sonreí cuando sentí su liberación, cuando por primera vez me llenó con su placer, ese placer que cuando estaba a su lado parecía ser infinito, insuperable. Ese placer que deseaba sentir por el resto de mi vida.

28 Andrés

Llegamos a San Francisco el mismo lunes por la mañana y dejé a Anna en la editorial aun cuando no deseaba hacerlo. Javier Sálamo llegaría antes del mediodia y no podía negar que me molestaba mucho saber que estaría cerca de ella, pero no podía hacer nada al respecto.

La mañana fue más agitada que de constumbre, demasiados temas que evaluar, demasiados gastos por aprobar o rechazar, pero estaba de tan buen humor que no me sentí ni un poco estresado y terminé todo lo pendiente con la misma sonrisa que llegué.

Con todos los documentos, caminé hacia la oficina de Carol para entregárselos, pero el vibrar de mi móvil me detuvo en medio del pasillo.

—¿Hola? —dije sin verificar quién llamaba.

—Andrés, soy Mike —saludó el marido de la doctora—. *Todo está listo.*

Sonreí satisfecho cuando escuché la buena noticia que me dio mi arquitecto de confianza.

—¿Tan pronto terminaron? —pregunté retomando mi camino hacia la oficina de mi mejor amiga—. ¿Cómo lo haces?

—Tengo un personal muy eficiente —admitió el hombre—. Incluso a mí me ha encantado. Voy a sugerirle a Mell que pongamos uno en casa.

—Estoy seguro de que le encantaría la idea.

—Yo también, pero no estoy muy emocionado con la idea de que pueda ser ella la que tome el control —bromeó—. En fin, el trabajo está hecho.

—Gracias, Mike —respondí al entrar a la oficina de Carol—. Te dejaré el cheque en el club.

Mi mejor amiga me miró con curiosidad.

—Está bien, espero te guste como quedó todo.

—Siempre he quedado satisfecho con tu trabajo —admití—. Estoy seguro de que esta no será la excepción. Muchas gracias por todo.

—Por nada, amigo. Nos vemos.

—Adiós, nos vemos.

Terminé la llamada y me dejé caer sobre la silla frente a Carol.

—¿Qué nuevos cambios le hacen al club? —me preguntó.

Le entregué los documentos y ella los tomó.

—Ninguno para el club. En realidad fue para mi casa. —Carol se sorprendió con la respuesta—. Anna y yo hoy cumplimos dos meses conociéndonos.

Carol sonrió encantada.

—Toda una vida… —bromeó y yo no pude evitar reír.

—Sí, es poco tiempo, pero he planeado una celebración.

—¿Una celebración? —me preguntó—. ¿Necesitas sugerencias?

—No, ya tengo todo planeado.

—¿Y vas a contarme? —preguntó mi mejor amiga.

—Tengo planeada una cena en la terraza de la casa —le expliqué.

Carol se apoyó sobre el espaldar de su sillón y sonrió con emoción.

—Te has enamorado… —soltó de pronto—. ¿Le has dicho?

—Le he dicho que la quiero.

—¡No, no! —exclamó Carol inclinándose hacia mí—. Mi pregunta es, ¿le has dicho:

Anabelle, te amo?

—No —respondí con sinceridad—. Salió corriendo cuando le dije que la quería.

—¿Y te asusta que lo haga de nuevo si le dices que la amas? —No respondí—. Estás planeando una vida junto a ella, ¿no crees que si le dices que la amas le dará más confianza?

—Es muy pronto.

*—¿Para ella o para ti? —*preguntó Carol, pero de nuevo me mantuve en silencio.

—¿Sabes qué creo? Creo que no decirlo es tu forma de protegerte.

Ni siquiera pudo defenderme, porque pensé que quizá tenía razon.

*—¿Te asusta que se vaya? —*preguntó Carol.

—Un poco.

—Pues yo creo que te quiere. Creo que los dos están sintiendo lo mismo… Pero ambos están asustados.

También lo sabía, lo sentía, así que no dije nada al respecto.

Carol se puso de pie y tomó un lugar en la silla junto a mí, tomó mis manos y me miró con amor.

—Los sentimientos son un enigma para todos. Nunca sabes a ciencia cierta si esa persona realmente te ama o si se quedará para siempre contigo, pero no dejes que el miedo te impida vivir los días felices que la vida te está ofreciendo.

—Quiero un para siempre con esa mujer —confesé—. No sé cómo pasó, pero estoy enamorado de ella… Y puede parecer cliché, pero nunca me había sentido de este modo.

—Nunca te había visto de este modo —admitió Carol—. Con Luciana te lo pensaste más, te tomaste tu tiempo para formalizar… Algo que parece no suceder con Anna.

—Con Anna quiero todo y lo quiero ya.

Carol levantó su mano y me acarició la mejilla con amor.

—Pues tómalo todo —susurró ella—. Eres Andrés Brasher, el hombre que siempre ha hecho lo que sea necesario para alcanzar sus metas… Estoy segura de que lograr que ella te ame del modo que tú la amas, no te será tan difícil.

—Te quiero —dije inclinándome hacia ella y besándole la frente—. Eres la mejor amiga del mundo.

—Lo soy —admitió ella riéndose—. Y como tu mejor amiga espero ser la madrina de tu segundo matrimonio.

Me reí de su alocado comentario.

*—Lo estoy diciendo en serio —*aseguró Carol.

—Ella ni siquiera tiene el divorcio y tú estás pensando en una boda.

—¿No lo has pensado tú?

—No —respondí poniéndome de pie cuando ella también lo hizo—. Ella aún no tiene el certificado de divorcio.

—Pero lo tendrá. ¿Has pensado en casarte de nuevo?

*—No —*respondí con sinceridad*—. No creo que sea necesario y no sé si Anna lo necesite, pero yo no.*

Carol tomó sus cosas y abrió la puerta para salir.

—¿A dónde vas?

—A Sfera, Sálamo llegó hace una hora y tenemos mucho trabajo.

La seguí hasta el elevador mientras intentaba que el nombre de ese sujeto no arruinara mi buen humor.

—¿Y cómo está Sebastián? —pregunté.

El elevador se abrió y ambos entraron.

—Sebastián 'calma y control'Bécquer, está muy bien. ¿Qué esperabas?

—Lo admiro, en serio. —Y no bromeaba.

—Sí, yo también. Siempre nos sorprende su educación y serenidad.

Ambos reímos al pensar en él.

—Te llevaré —anuncié cuando el elevador empezó a descender.

—Si lo has olvidado, tengo auto.

—No lo he olvidado —respondí al llegar al primer piso—. Pero si te llevo tengo una excusa para ver a mi loca española.

—Y así no pareces un novio acosador —agregó ella.

—¡Qué inteligente eres! —bromeé mientras caminábamos hacia mi auto—. Además, quiero saludar a Sálamo…

Carol me miró sorprendida, pero me giré para abrirle la puerta e intentar ocultar mi mala sangre.

—Noto un tono extraño cuando mencionas a Sálamo.

Carol subió y yo caminé hacia mi lugar.

—No sé de qué hablas —dije mientras encendía el auto.

Carol se giró por completo y se cruzó de brazos mientras me miraba.

—Anabelle y él son muy amigos —comenté, Carol siguió esperando escuchar la razón de mi antipatía a ese idiota—. En mi última noche en Madrid, ella y yo nos encontramos por causalidad, yo iba a irme de fiesta, pero la encontré en el restaurante de mi hotel con Sálamo.

—Entonces, ya lo conoces.

—Sí —admití con molestia—. Lo conocí mientras besaba a Anna.

—¿Qué? —gritó Carol sorprendida—. ¿A Anabelle?

Recordarlo no ayudó en nada a disminuir mi molestía.

—Ella dijo que estaba ebrio… Fue la justificación que me dio.

—¿Le cuestionaste por ese beso? —preguntó Carol aún más sorprendida—. ¿En serio lo hiciste?

—Quería matarlo —confesé con amargura—. Supuestamente estaba sufriendo porque Amelia lo había mandado a la mierda y besó a Anna.

—¿Y su justificación fue estar ebrio? —Asentí—. Y tú no le crees…

—No, y como no soy Sebastián 'seguridad' Bécquer, iré a saludar.

—¡Muy bien! —exclamó Carol—. *Es mejor conocer al enemigo.* —No pude evitar reírme—. *Pero bueno, sigue contándome sobre la cena de esta noche…*

El camino hacia el editorial no era largo, pero tenía tantas ganas de verla que en ese momento se me hizo eterno. Gracias a Carol y sus preguntas pude soportar y distraer los celos que me causaba pensar que ese idiota estaba en la ciudad, y lo que es peor, muy cerca de Anna.

Fuera del edificio me sorprendió ver a un grupo de personas con carteles de bienvenida que casi bloqueaban el paso hacia el estacionamiento.

—Vaya —susurró Carol—. Fer no mentía cuando dijo que él tenía admiradoras en todo el mundo.

—¿Es por él? —pregunté sorprendido.

—¿Por quién más?

Detuve mi auto dentro del estacionamiento y bajé junto a Carol mientras los gritos de las personas en la entrada aumentaban mi sorpresa.

—Él debe estar abajo —comentó mi amiga—, por eso tanto escándalo.

Cuando giramos hacia la entrada del estacionamiento, el poco buen humor que me quedaba se evaporó al verlos.

El idiota del escritor, como lo había intuído Carol, estaba allí, y Anabelle estaba a su lado acariciándole la mejilla.

—Cariño, sé que es pronto, pero debes olvidarte de Amelia. —Oí decir a Anna.

El idiota le tomó la mano y la llevó hasta su boca para besarla.

Mi cuerpo se movió con la intención de golpearlo, pero Carol sostuvo mi brazo con fuerza.

—No cometas ninguna estupidez —me advirtió.

Con los celos quemándome el alma, continuamos caminando hasta detenernos casi frente a ellos.

—Buenas tardes —saludé furioso.

Anna giró hacia mí visiblemente sorprendida.

Yo solo miré la mano de ambos aún tomadas.

Ella se dio cuenta casi de inmediato y se liberó del idiota escritor.

—Hola —susurró ella finalmente—. ¿Qué haces aquí?

—Vino a traerme —respondió Carol—. Mi auto se descompuso y Andrés se ofreció a traerme.

Mintió mi mejor amiga

—Javier Sálamo —dijo ella mirándolo—. Soy Carol Roott, por el momento la jefe de redacción.

—Es un placer conocerte —respondió el escritor tomándole la mano y luego giró hacia mí extendiendo su mano—.

—¿Cómo estás? Qué sorpresa verte aquí.

De nuevo tuve ganas de dejar su mano etendida, pero decidí actuar de modo razonable.

—Hola —respondí.

—¿Son esposos? —preguntó Javier mirando a Carol y a mí.

—¡No! —exclamó Anna con diversión, yo no pude quitar mi mala cara—. Andrés y Carol son amigos.

Finalmente ella caminó hacia donde estaba y tomó mi mano. La miré sin ninguna alegría y ella me regaló una de sus más hermosas sonrisas.

Hermosa e inteligente, pensé cuando entrelazó sus dedos con los míos. El escritor frunció el ceño de inmediato, aparentemente sorprendido de ver la cercanía entre nosotros.

—¿Pero de que van? —preguntó una mujer baajita al aparecer por la entrada del estacionamiento—. Estoy esperándolos en el elevador.

La mirada de ella se fue sobre mí y sonrió de modo coqueto.

—Hola… —me saludó con visible emoción.

—¡Oh, lo siento! —exclamó Anna moviendo nuestras manos tomadas y la recién llegada llevó su atención a ellas—. Pilar, te presento a Carol Root, la jefa de redacción.

La mujer extendió la mano y tomó la de Carol.

—Encantada —dijo Pilar—. *¿Y tu amigo quién es?* —preguntó aún coqueteándome.

—Andrés Brasher —respondí soltándome de Anna para saludarla.

—Es mi novio —agregó Anabelle logrando que todos, incluyéndome, nos sorprendiéramos.

—¿Tu novio? —preguntó el escritor con el ceño fruncido—. ¿Desde cuándo?

—¡Ay, qué importa, tío! —exclamó Pilar extendiéndome la mano—. Estoy encantada de conocerte, Andrés.

Su sincera alegría casi logra que mi mal humor disminuyera un poco, pero ver la sorprensa y

molestia en el escritor me alteró.

—Bueno, ¿entramos? —propuso Carol.

—¿Trabajas aquí, Andrés? —preguntó Pilar.

—Sí, llevo las finanzas de la editorial —respondí con firmeza—. Y la de todas las empresas de mi amigo Sebastián Bécquer.

Javier volvió a mirarme, parecía sorprendido al saber que era amigo de Sebastián.

—Pero solo viene aquí cuando hay reuniones importantes —agregó Carol—. Hoy solo vino a traerme.

Ella se giró hacia mí y besó mi mejilla.

—Respira… —susurró antes de alejarse—. Gracias por traerme.

Le sonreí sin ninguna emoción.

—Ha sido un gusto conocerte, Andrés —dijo Pilar—. Estoy encantada de saber que Anna se ha echado un novio tan guapo.

—Entremos —sugirió Javier mirando a su representante—. Quiero saludar a mis seguidores —agregó, pero me miró de nuevo y aunque estaba seguro que no quería, me extendió la mano en despedida—. Hasta luego.

—Adiós —respondí secamente.

Pilar y Javier se marcharon junto a Carol y Anna se giró a mirarme con el ceño fruncido.

—¿Estás enfadado? —susurró acariciándome la mano.

La miré para que pudiera notar cuán molesto estaba y ella se acercó hasta rodearme el cuello con las manos.

Poniéndose de puntitas intentó besarme, pero no me moví.

—¿No me darás un beso? —me preguntó ella, no respondí—. Vamos, que te he presentado como mi novio por primera vez.

—A tu amigo no le hizo feliz la noticia.

—Solo le sorprendió —justificó Anna—. A cualquier persona de mi entorno le sorprendería.

—Sí, entiendo la sorpresa, como la de Pilar, pero no la molestia que mostró tu amigo.

—Javier —agregó recordándome su nombre—. Y no me importa si le parece bien o no.

—¿No te importa? —pregunté sin moverse.

—No.

—Pues cuando llegué tuve la impresión de que él te importa mucho —gruñí—. La forma como lo tocabas y como él besaba tu mano me hizo pensar que eran más…, cercanos.

Anna sonrió y yo le fruncí más el ceño.

—¿Estás celoso de Javier otra vez?

—¿De ese enano?

Anna rompió en risa y aunque quería seguir enojado, el sonido de su risa fue capaz de calmarme de inmediato.

Sin poder contenerme, la sostuvé de la cintura y la besé.

Ella siendo muy inteligente, me dejó tomar el control de la situación y me permitió darle el beso más pornográfico de todos, ese beso que en segundos nos encendió y deseé tener el tiempo para satisfacer el deseo que estaba quemándome, pero sabía que sería imposible, por lo menos en ese momento.

Dejándola sin aliento y esperando que también muy mojada, me alejé de ella y le sonreí complacido.

—¿Podemos ir a tu auto un momento? —me preguntó.

—¿Puedes? —pregunté mirando al escritor en la entrada—. Creo que te están esperando.

Anna suspiró con pesar y se abrazó a mí. La rodeé con mis brazos y disfruté del aroma de su cabello, mientras seguía mirando al escritor con molestia.

—Te quiero —susurró logrando que mi corazón saltara.

—Yo te quiero más, hermosa.

Anna levantó la mirada y me dio un suave beso en los labios.

Carol y Pilar giraron a mirarnos y ambas sonrieron al vernos.

—Creo que debes irte —susurré besando su frente—. Todos nos miran.

—No me importa si nos miran —aseguró dándome otro beso—. Pero sí, debo ir con ellos.

—Ve entonces —dije acariciando su mejilla—. ¿Trabajarás hasta tarde hoy?

—No creo, la mayoría de las cosas las tenemos listas.

—¿Entonces puedo invitarte a cenar?

Anna sonrió ampliamente en respuesta.

—Me encanta la idea. —De nuevo se colgó de mi cuello y mordió mis labios—. Intentaré llegar temprano, pero supongo que puedes reservar para las ocho.

—Ocho entonces.

La abracé con fuerza contra mi cuerpo para dejarle sentir lo que sus besos provocaban en mí y ella soltó un gemido de placer que mejoró notablemente mi humor.

—Eres cruel —se quejó ella.

—No es mi culpa que estés tan ocupada. —Ella hizo un gesto de tristeza que me hizo sonreír —. Prometo que en la noche te compensaré.

—¿Lo prometes? —Asentí y ella sonrió complacida.

—No llegues tarde, te tengo una sorpresa.

Los ojos de Anna se encendieron al escucharme.

—¿Qué sorpresa?

—Si te lo digo ya no sería sorpresa, hermosa.

—¡Ya, tío! Pero me dejarás con la curiosidad toda la tarde.

—Eso te hará volver más rápido.

Anna se colgó de mi cuello y me mordió los labios con suavidad.

—Dame una pista —pidió.

Sonreí con diversión y me incliné hacia su cuello, besé su clavícula y fui hasta su lóbulo, lo mordí con suavidad y le susurré:

—Esta noche serás mi prisionera…

—Tu prisionera… —repitió con una dificultad para respirar que delataba su excitación—. ¿El dragón va a tomarme otra vez?

—El dragón está deseándolo con locura, princesa.

—¡Joder! —gruñó ella—. Es que me pido la tarde libre.

—¡No! —respondí riéndome con gusto—. Tengo una reunión en una hora. —Ella puso cara de enfado, volví a reírme—. Aún necesito tiempo para organizarlo todo. Después de la cena, nos divertiremos.

—Falta mucho.

—Estarás tan ocupada con el enano que se pasará rápido.

Ella volvió a reírse del apodo que le había puesto al escritor, pero al recordarlo recuperé mi mala cara.

—No quiero que vuelvas a tocarlo del modo que lo hacías cuando llegué —ordené—. *No quiero que te toque del modo que lo vi tocarte. ¿De acuerdo?* —gruñí

Anna a pesar de que siempre se había quejado cuando le daba órdenes, en ese momento no

dijo nada y solo la vi morderse los labios.

—*Anna* —gruñí de nuevo.

Ella no respondió, pero me sorprendió al colgarse de nuevo de mi cuello y tomar mi boca para darme un apasionado, pero rápido beso.

—*Vale* —*respondió entre besos—. Pero no me hables de ese modo que estoy excitada y tú siendo un mandón me pone mucho.*

De nuevo mi mal humor se fue a la mierda por su culpa y me preocupó lo fácil que se le daba cambiar mi estado de ánimo con una sonrisa, un beso y peor aún con unas palabras calientes que aumentaban mis ganas de subirla al auto y llevármela a casa.

—*Anabelle… —llamó Carol desde la entrada del estacionamiento, ambos la miramos—. Te esperamos arriba.*

—*¡No! —respondió ella—. Ahora voy.*

Carol, junto al escritor y su representante desaparecieron de nuestra vista y Anna por última vez me besó.

—*Si vuelvo a besarte valdrá mierda todo, porque voy a marcharme contigo a casa —susurró ella con dificultad*

No pude ocultar la alegría que me causó oírla.

—*A casa* —repití.

—*Tu casa* —corrigió ella.

La tomé de nuevo de la cintura y la presioné contra mi cuerpo, le acomodé el cabello y miré sus hermosos ojos oscuros.

—*Ya no es solo mi casa —le aclaré, ella me sonrió con dulzura—. Mi mundo y yo te pertenecemos también, hermosa.*

Anna me abrazó con fuerza y yo sonreí complacido.

—*Te quiero, Anna.*

—*Yo te quiero más —respondió dándome un casto beso en los labios—. Mucho más.*

Presioné mis labios sobre los suyos por unos segundos y después de darle otro abrazo la liberé.

—*Ve, te están esperando. —Asintió y se alejó lentamente sin soltar mi mano—. A las ocho…*

—*Siete menos cuarto estaré lista —prometió soltando mi mano—. Te quiero, dragón…*

—*Yo más, princesa…*

Anna entró al edificio y se detuvo cuando pensé que desaparecería. Me regaló una de sus más hermosas sonrisas y me lanzó un sonoro beso que recibí con felicidad.

Me guiñó el ojo y luego se marchó.

Con ese último gesto que me llenó de alegría, regresé a mi auto y subí pensando en la noche que tenía preparada, en lo especial que sería y lo bien que se la pasaríamos… eso esperaba.

29 Anabelle

Carol estaba terminando de guardar los documentos y hablaba con Pilar a un lado del gran salón mientras yo guardaba mis cosas, lista para marcharme.

—*¿En serio estás con ese tío?* —preguntó Javier detrás de mí.

—*No sé por qué te sorprende tanto, nos viste juntos en Madrid.*

—*Dijiste que eran amigos.* —Me recordó, yo solo sonreí—. *¿Pero qué pasa con las mujeres, les gustan los viejos o qué?*

—*Entiendo tu molestia, o intento entenderlo, pero no te pases.*

—*¿Pero estoy mintiendo? —preguntó Javier—. ¿Qué edad tiene? Si es amigo de Sebastián debe tener su edad, ¿verdad? Es decir, unos diez o doce años mayor que tú.*

—*¡Vale, me voy! —dije mientras tomaba mis cosas de la mesa—. ¡Hasta mañana, señoras! —Ambas levantaron la mano en despedida y giré hacia Javier—. Y tú, búscate a alguien con quien follar a ver si dejas de echarle mierda a la gente que intenta ser feliz.*

Dicho esto, salí de la sala de juntas y me detuve para llamar el elevador mientras sacaba mi móvil para pedir un taxi.

—*Lo siento* —susurró Javier apareciendo a mi lado.

Me hice la que no lo escuché y continué pidiendo mi taxi.

Creo que palidecí cuando fui consciente de que casi eran las diez de la noche.

—*¡Mierda!* —gruñí al ver la hora y encontrar unas cinco llamadas perdidas de Andrés—. *¡Mierda!* —repetí molesta.

—*¿Anna?* —susurró Javier justo cuando el elevador se abrió.

—*Hablamos mañana, Javier.*

Marqué el primer piso y revisé los dos mensajes que él había enviado.

Dragón

¿Dónde estás, hermosa? ¿Quieres que vaya por ti?

¿Anabelle, olvidaste la cena?

Por lo menos me hubieras avisado que no llegarías para no esperarte como idiota…

¡Joder! ¿Cómo se me ha podido ir el tiempo así?

Tuve la intención de responder, pero decidí llamarlo, marqué su numero y él no respondió.

Me sentí molesta por ser tan despistada, por nunca estar pendiente del móvil, por haber arruinado nuestro primer día en su casa.

Durante el trayecto que le tomó al taxi llevarme hasta la casa de Andrés, traté de comunicarse con él, pero ni siquiera leyó el mensaje que envié.

Cuando estuve frente a su puerta contemplé la idea de tocar y no usar la llave que él me había dado, pero no quise hacerlo enfadar más, así que entré y me preparé para aguantar su razonable mal humor.

El silencio que me recibió me hizo suponer dos cosas: o estaba dormido o no estaba en su casa.

—*¿Andrés?* —llamé sin obtener respuesta.

Dejé mis cosas sobre la mesa y seguí hasta la cocina, donde tampoco lo encontré. Subí por las escaleras hasta el segundo piso y al llegar a su habitación me di cuenta que él no estaba allí.

Sin saber que hacer, lo único que se me ocurrió fue mandarle un mensaje a Carol y pedirle que averiguara dónde estaba Andrés.

Mientras esperaba una respuesta, me metí en la ducha y tomé un rápido baño para intentar pensar bien en lo que iba a hacer.

Estaba caminando hacia su vestidor esperando encontrar mi maleta allí, pero la sorpresa me atrapó cuando encontré toda una sección de este ocupado por mis cosas.

Sonreí como tonta al sentirme parte de su vida con un hecho tan simple, pero que para mí significaba mucho.

Tomé uno de mis vestidos y estaba casi lista cuando mi móvil anunció que tenía un mensaje.

Dragón

No te preocupes, estoy bien… Descansa y no me esperes.

—*¿Cómo que no te espere?* —gruñí al leer su frío mensaje.

Marqué su número para hablar con él, pero el teléfono de Andrés ya estaba apagado y el mal humor burbujeó en mi pecho.

La llamada de Carol me ayudó a calmarme un poco.

—*Carol…*

—*¡Demonios, Anna! —lamentó la mujer—. No puedo creer que se nos haya ido el tiempo de este modo.*

—*Te juro que no fui consciente de ello. Ahora él se ha ido y solo me envió un mensaje diciéndome que no lo espere.*

—*¡Mierda! —exclamó Carol del otro lado de la línea—. Ay, Anna, debe estar furioso… Estuvo planeando algo especial para celebrar los dos meses que llevan conociéndose…*

Ni siquiera pude decir nada porque la sorpresa me atrapó en segundos. Pensé en la fecha actual y me di cuenta que ni siquiera había sido consciente de que ya habían pasado dos meses desde que lo conocí.

Me sentí aun peor por haberlo dejado plantado.

—*¿Puedes averiguar dónde está?* —pregunté con tristeza.

—*Sí, dame unos minutos y te digo.*

—*Vale, voy a terminar de vestirme… Gracias, Carol.*

Con remordimiento caminé de regreso a su closet y terminé de prepararme mientras pensaba en la forma de lograr que él me perdonara.

Sonreí al mirar un extenso espacio donde el vanidoso hombre tenía una colección de camisas elegantes. Las toqué con tristeza y continué mirando todo su closet hasta que llegué a la última puerta, esa que me arrepentí de abrir.

Mi corazón se detuvo cuando dentro del área donde tenía sus pantalones había un pequeño globo de helio con el número dos grabado y, sentados sobre este, un dragón junto a una princesa.

—*¡Joder!* —gruñí lamentando haber olvidado la fecha y aún más la cena.

Mi móvil se encendió y aunque deseé que fuera él, era Carol quien llamaba.

—¿Carol?

—Está en el club.

La idea no me hizo feliz, pero la culpa nome permitió enojarme.

—Vale, gracias.

—Suerte.

La llamada terminó y yo respiré profundo. Tomé el globo, lo llevé hasta mi lado de la cama, lo puse sobre la mesa de noche y salí de la habitación con la clara intención de ir por él.

La seguridad me abandonó cuando estuve en la entrada del club. Por primera vez me asustaba cuán enojado podiera estar conmigo, pero yo había provocado esa molestia y yo debía arreglarlo.

Me sorprendí al no ver a Sil en la entrada, la chic que me había atendido la última vez me había dicho que estaba de viaje, pero de eso ya hacía bastante.

Decidí no distraerme de mi objetivo y registré mi entrada, tomé su pulsera y me abrí paso entre las personas que ya estaban disfrutando del salón amarillo.

Crucé el verde y cuando llegué hasta el rojo observé con dificultad a traves de la baja luz, pero no lo encontré, así que fui directo a la barra donde Jack atendía a un grupo de personas.

—¡Hola, guapo! —grité para que me escuchara.

Jack giró y me regaló una de sus sexis sonrisas. Me pidió que esperara un momento y mientras lo hacía volví a mirar a mi alrededor.

—Hola, guapa —exclamó Jack detrás de mí.

Me giré y él volvió a sonreírme.

—¿Lo mismo de siempre? —me preguntó.

—No, aún no. —Me miró confundido—. ¿Has visto a Andrés?

Jack borró su sonrisa de los labios y le dio una barrida rápida al salón.

—Espera —me dijo saltando de la barra—, le diré que estás aquí.

—¡No! —exclamé tomándolo de la mano, él se detuvo—. No le adviertas que estoy aquí… Quizá se vaya por otra puerta.

Jack frunció un poco el ceño.

—Eres quién lo ha hecho enojar —concluyó mirándome.

—¿Está muy enojado? —Él asintió—. No importa. Dime donde está, iré a hablar con él.

—Mejor espera aquí —insistió, le fruncí el ceño.

—¿Por qué no quieres que vaya por él? —Jack no respondió—. *Si está con una mujer no me importa.*

Él me miró con duda.

—¿Con quién está? ¿La conozco?

Jack tardó más tiempo del necesario en responder.

—La doctora está con él.

¿La doctora?

Aunque quise recordar a alguien con ese título, no lo logré.

—Está bien, no la conozco. ¿Dónde está?

—Es Melissa… Creo que la conoces.

La sola mención de su nombre hizo que los celos quemaran mi estómago.

—¿Dónde están? —pregunté molesta.

—Déjame ir a buscarlo por ti.

—¿Están en un privado?

La idea me molestó tanto que sentí mi rostro deformarse.

—No. —El alma volvió a mi cuerpo—. Están en los boxes privados.

Caminé en la dirección que él señaló, pero Jack me tomó de la mano para detenerme. Le regalé una mirada molesta.

—Déjame darte un consejo —dijo, yo quise mandarlo a la mierda, pero me mordí la lengua —: Si eres la responsable del mal humor que carga, lo mejor es que guardes tus celos y tus gritos para otra ocasión porque Andrés cabreado no es amable, Anabelle.

—¿Quién es amable cuando se cabrea? —pregunté girando los ojos.

—Sebastián…

Su respuesta me hizo reír, incluso en medio de mis celos y la rabia que me quemaban por dentro, pero es que no mentía… Sebastián debía ser el único ser humano que sigue siendo amable incluso estando cabreado.

—Vale —respondí finalmente—. Te haré caso y me guardaré mis gritos para otro día

—Además de hermosa, inteligente —susurró Jack tomando mi rostro entre su mano—. Espero verte pronto del otro lado del club.

—Si tu jefe no cancela mi membresía, espero volver pronto.

Jack se rió y yo sin darle más largas a ese amargo momento que seguro iba a presenciar, caminé hacia el lado izquierdo del salón, donde hermosos sofás de piel y pequeñas mesas eran ocupados por los socios V.I.P.

Iba a mostrar mi tarjeta de socio, pero el de seguridad solo miró la pulsera en mi muñeca y me abrió el paso con una sonrisa amable.

Después de todo no es tan malo usar esta pulsera.

Intenté ver a Andrés, pero no estaba al inicio del lugar, así que continué caminando, consciente de que la mayoria miraba la pulsera en mi muñeca y solo sonreían con amabilidad.

Cuando llegué a la esquina me detuve y sin buscarlo más, lo encontré.

Andrés tenía los pies sobre la mesita y sobre él, sentada a horcajadas, la idiota mujer.

Furiosa caminé hacia ellos y me detuve a una distancia prudente.

—¿Estás bien, cariño? —la escuché preguntarle.

Él solo asintió y ella tomó sus manos libres para llevarlas sobre sus grandes pechos, pero Andrés no parecía prestarle atención, su mirada estaba sobre dos chicas desnudas bailando cerca de él, algo que definitivamente, disminuyó un poco mis celos.

—¿Quién te ha enfadado? —preguntó la idiota.

—¡Yo! —respondí por él.

Ella se giró a mirarme sin moverse de donde estaba y sonrió mientras continuaba frotándose sobre él.

Andrés solo frunció el ceño, pero ni siquiera me dedicó un segundo de su atención.

—Oh, ¿los amigos han peleado? —preguntó la idiota mujer acercando su boca a la de él—. Por eso estás tan enfadado.

Sentí el impulso de ir hasta ella y obligarla a alejarse de Andrés, de exigirle que no lo tocara, pero no me atreví a hacerlo, no con él tan enfadado.

—Hola —susurró una voz masculina detrás de mí.

Giré y miré al hombre que sostenía dos copas en sus manos.

—¿Eres Anna? —Asentí un poco confundida— *Soy Mike, esposo de Mell.*

Miré de nuevo a la doctora, había dejado de frotarse contra Andrés y solo miraba de forma aburrida en nuestra dirección.

—¿Cómo estás? —pregunté fingiendo una mala sonrisa.

—He querido conocerte —dijo el hombre—. Andrés me ha hablado de ti.

—¿Y dijo cosas buenas o malas? —Intenté bromear.

—Solo cosas buenas —respondió el sujeto— *Qué gusto verte aquí* —agregó—. *¿Vienes a divertirte?*

—No, vine por Andrés.

Volví a mirarlo y finalmente tenía su atención.

La mirada envenenada de Andrés me hizo temblar.

—Lo amigos se han peleado —susurró la idiota.

—No es mi amiga —dijo Andrés.

Ambos lo miraron muy sorprendidos, sobre todo Melissa.

—Es mi novia —aclaró Andrés con visible mal humor.

El ceño de la idiota se frunció tanto que mi sonrisa se amplió. Quise abrazarlo, pero la idiota aún seguía sentada sobre él.

La doctora no pudo ocultar su sorpresa, aunque el desagrado que le provocó la noticia sí lo ocultó de inmediato.

—¡Te he ganado, amor! —exclamó Mike con visible felicidad, todos lo miramos—. Cuando supimos de ti, le dije a Mel que esperaba que Andrés encontrara una buena chica como lo hizo Seb… Y aquí estás.

Le sonreí con sinceridad al hombre y más cuando le extendió la mano a su idiota mujer.

—¡Felicidades! —exclamó él mirando a Andrés—. Vamos, amor, dejemos a la pareja reconciliarse.

Ella hizo lo que su esposo le había pedido y se puso de pie.

—Espero que no seas como la novia de Sebastián y tú si compartas a tu novio —me dijo ella.

—Ya veremos —respondí controlando mis ganas de arrancarle los pelos.

Cuando la pareja se alejó, Andrés volvió su atención a las mujeres que estaban frente a él. Ambas ahora estaban sentadas sobre un sofá besándose y tocándose.

Me hice la valiente y caminé hacia él, Andrés ni siquiera me miró.

—Lo siento —susurré.

Él levantó su mirada furiosa un segundo y luego continuó mirando a las mujeres como si yo no estuviera allí.

Respiré profundo y aun sin saber cómo reaccionaría, me senté sobre él del mismo modo que la idiota lo había hecho.

Aun cuando sabía que él no quería mirarme, no le di más opción.

—Lo siento —repetí con pesar, él ni se movió—. Estuvimos organizando todo para la feria y se nos fue el tiempo.

Volvió a girar hacia las mujeres que para ese momento ya estaban dándose sexo oral la una a la otra.

—¿Te pone verlas? —pregunté rozándole los labios al hablar.

—Mucho —respondió con una voz dura.

Me moví sobre él buscando sentir su necesidad y sonreí al notar que apenas estaba excitándose.

—Pues no parece —susurré mirándole los labios—. Creo que mi dragón se emociona más conmigo que con ellas.

Me moví de atrás para adelante rozando mi sexo contra la erección que empezaba a endurecerse gracias a mis provocaciones y sonreí complacida cuando a Andrés se le dificultó respirar.

Me impulsé para ponerle los pechos contra la cara y volví a sonreír cuando su erección creció

descaradamente, pero él me sostuvo las caderas con ambas manos presionándome contra sus piernas y me inmovilizó.

—¿Crees que de este modo voy a olvidar que me dejaste plantado por estar con tu amigo? —gruñó contra mí—. ¿Realmente lo crees?

—No lo sé —respondí con sinceridad—. Aún no te conozco bien —admití usando un tono de voz suave y sensual—. Solo estoy descartando opciones.

Andrés me miró sin expresión alguna y sin decir nada volvió su mirada hacia las mujeres, de nuevo ignorándome.

Sabía que quería alterarme, pero no iba a lograrlo.

Me moví para girarme y quedarme de espalda a él. Me recosté sobre su pecho y lo obligué a abrazarme.

—¿Son pareja? —pregunté mirando a las mujeres.

—No —respondió con voz pastosa.

Sonreí complacida cuando respondió y retomé el movimiento de mi cuerpo sobre el suyo, la dureza entre sus piernas creció un poco más.

Al ver que aún no tenía su atención, tomé una de sus manos y la llevé sobre mi pecho derecho y la presioné para hacer que me tocara.

—¿Has follado con ellas? —pregunté.

—Con ambas —respondió con orgullo.

—¿Y cuál te gustó más?

Andrés no me respondió, pero la forma agitada que tenía para respirar me hizo sentir satifecha.

Giré para mirarlo y mi boca quedó muy cerca de la suya.

Él me regaló una de esas mirada de dragón que me encendía.

—¿No tienes una favorita?

No respondió, pero miró mis labios y con eso delató las ganas que tenía de besarme.

Sabía que solo tenía que ser paciente, aprovechando el momento me moví un poco más hasta que mi boca y la suya casi se tocaron.

—Lo siento —susurré con sinceridad—, perdí la noción del tiempo.

La rabia y los celos volvieron a inviadir la mirada de Andrés.

—¿Tanto te gusta pasar tiempo con tu amigo? —gruñó dejando notar sus celos—. ¿Qué hizo para que perdieras la noción del tiempo?

Sentí ganas de golpearlo, pero me controlé y lo único que hice fue interar levantarme, pero el brazo de Andrés me inmovilizó.

—Suéltame…

Andrés no me liberó y antes de empezar a gritar, decidí darle una oportunidad, giré furiosa y lo miré.

—Tienes dos segundos para disculparte —gruñí—. Sino, te puedes ir a la mierda en este momento.

—Lo siento —dijo de inmediato.

Admito que me sorprendió, esperé que se aferrara un poco más a su mal humor, pero darme cuenta de que era consciente de las estupideces que decía aun estando enfadado me hizo sentir mejor.

—Suéltame —exigí de igual modo, él no lo hizo—. *Si no me sueltas voy a golpearte* —lo amenacé.

Él me miró tan furioso como lo estaba yo, y aunque no parecía querer liberarme, me

sorprendió y aflojó el agarre de su brazo.

Me puso de pie y acomodé mi ropa antes de envenenarlo con mi mirada.

—Estuve trabajando con Carol y Pilar, puedes llamar a tu amiga si no me crees —gruñí sobre él—. Entiendo que estés enfadado, ¡pero ni de coña voy a dejar que me ofendas! —Andrés ni siquiera respondió—. Javier estuvo distraído en su computador desde que llegó, no follando conmigo… ¡Cabrón!

Me giré en mis zapatos de tacón y me alejé de él. Caminé hacia la salida de la zona privada, pero las manos de Andrés me rodearon la cintura cuando estuve a punto de cruzarla.

Mi corazon se agitó con fuerza cuando él me presionó contra su pecho.

—Lo siento —repitió él contra mi oído—. Lo odio desde que lo vi besarte en Madrid. —Cerré los ojos para tratar de calmarme—. Mis celos se alteraron desde que los vi esta mañana.

Andrés me hizo girar y lo miré con toda mi molestia.

—Soy un hijo de puta cuando estoy enojado, pero me disculpo por lo que dije.

Empujé sus manos y de nuevo acomodé mi vestido.

—¿Te vas, Anna? —preguntó la idiota mujer cuando apareció detrás de Andrés, no le respondí y ella sonriendo giró hacia él—. Mike quería que te avisara que iremos a la piscina a jugar.

Intenté no explotar a causa de esa mujer, pero cuando la vi levantando la mano para tocarlo, mi autocontrol se fue a la mierda.

—¡No lo toques! —gruñí empujándole la mano lejos de él.

Ella me miró sorprendida, quizá tanto como lo estuvo Andrés.

—¿Qué te pasa? —preguntó la idiota—. ¿Acaso sabes dónde estás?

Di un paso para acercarme a ella, pero Andrés me sostuvo de nuevo de la cintura y me inmovilizó.

—Estamos en un club swinger, cariño —agregó la idiota hablándole como si fuera una niña —. Un club donde puedes tener sexo con quien te dé la gana. Quizá seas nueva aquí, quizá no estés acostumbrada a esto, pero Andrés y yo…

—Andrés y tú, ¡una mierda! —grité.

La idiota se rió de mí y quise golpearla.

—Parece que tienes un patrón —dijo la idiota mirándolo—. Tu nueva novia actúa igual que Luciana.

Cuando mencionó a la exmujer de Andrés deseé con todas mis fuerzas callarla de una bofetada.

—Quizá Luciana también notó como babeas por él —gruñí.

—Anna —susurró Andrés tratando de calmarme.

—No babeo por él. —Se defendió la idiota bajando la voz—. Que ustedes sean unas inseguras no es culpa mía.

—¡Melissa! —gruñó Andrés sorprendiéndola.

—¿Te vas a enfadar conmigo? —preguntó ella sin creerlo—. No es mi culpa que tu novia no entienda las reglas de este lugar.

—¡Claro que las entiendo! —grité—. Y no tengo problema en que él se folle a todas las mujeres de este lugar, pero no a ti.

El rostro de Melissa se descompuso. Miró a Andrés esperando que dijera algo, pero él se mantuvo en silencio, sorprendido, pero en silencio.

—Andrés puede follar a cada mujer de este lugar, desde la que está en la entrada hasta la que limpia las mesas, pero a ti no —le aclaré, ella estaba en shock escuchándome—. ¿Sabes por

qué? —No me respondió—. ¡Porque a mí, no me da la gana! Porque me molesta tu descaro, esa forma que tienes de mirarlo, de hablar, de tocarlo como si tuvieras derecho a hacerlo… ¿Acaso no tienes un esposo?

—¡Mi esposo sabe que todo esto es un juego!

—¿Y sabe que estabas casi suplicándole a Andrés que se fuera a un privado contigo? —Ella casi palideció—. ¿Lo sabe?

Melissa miró a Andrés con preocupación.

—¡Ah, ahí viene Mike! —grité—. Voy a preguntárselo.

La idiota palideció y su estado empeoró cuando la mano de Mike le rodeó la cintura.

Sonreí complacida de haber echado por la borda su seguridad.

—¿Todo bien? —preguntó Mike sonriéndome.

La mano de Andrés se apretó con más firmeza en mi cuerpo, temiendo, supongo, que hiciera lo que prometí.

La idiota había palidecido y yo disfruté cada segundo de ese momento, de esa reacción que tuvo la mujer que desde que conocí, odié.

—Todo bien —respondí mirando al hombre—. Melissa nos invitó a unirnos a su grupo —dije colocando las manos de Andrés sobre mi vientre—. Pero esta noche seremos solo él y yo.

—Se lo dije —respondió Mike sonriendo—, pero ella pensó que querrías conocer a nuestro grupo.

«¡Zorra!» quise gritar, pero me controlé.

—Quizá otro día —respondí empujando las manos de Andrés para liberarme—. Diviértanse.

Casi echando fuego por la boca, abandoné la zona privada y continué hacia la puerta trasera del salón rojo.

Me sentí mejor cuando la brisa de la noche golpeó mi rostro calmando, un poco, la rabia que sentía.

—Anabelle… —llamó Andrés.

Giré furiosa a mirarlo cuando me llamó de ese modo, porque sabía que iba a reclamarle por lo que había pasado. Sin embargo, él no parecía estar molesto… No tanto.

—¡No quiero a esa mujer cerca de ti! —grité apenas se detuvo frente a mí—. No me importa lo que digas, no la quiero cerca de ti.

—Bien… —respondió sorprendiéndome..

—¿Bien? —pregunté, él asintió—. Lo aceptas sin protestar porque sabes que tengo razón.

—No, lo acepto sin protestar porque eres mi novia y tienes derecho a pedirme esto.

Mi corazón saltó feliz al escuchar su respuesta, pero me negaba a dejar pasar la rabía que sentía por culpa de esa mujer. Me giré y caminé hasta las camas que estaban situadas al final de la piscina.

—¡Zorra! —gruñí pensando en esa idiota—. Fue idea suya y no de Mike invitarnos… ¡Perra!

Sentía que no se me iba a pasar la rabia que estaba sintiendo y cubrí mi rostro para tratar de calmarme, aunque no lograba hacerlo.

Me tomé un par de minutos y luego miré buscando a Andrés.

Lo vi hablándole a una de las chicas que llevaba una bandeja en las manos, no pude oír lo que le dijo, solo la vi asentir antes de marcharse.

De nuevo cerré los ojos y me tomé un momento más para calmarme, para liberar toda la rabía que tenía acumulada desde el primer día que vi a esa idiota cerca de Andrés.

Intenté dejar de pensar en ella y de nuevo miré a Andrés quien seguia apoyado de un árbol y me observaba en silencio.

Jack apareció frente a él con un vaso en la mano y se lo entregó. Solo entonces se aproximó a mí.

Me extendió la bebida y le regalé una mala cara.

—Bébelo —ordenó Andrés con una voz firme.

Quise mandarlo a la mierda, pero terminé tomando el vaso y lo bebí sin protestar.

—Te respeta. —Le escuché decir a Jack en voz alta—. Quiere mandarte a la mierda, pero no lo hace… Eso es respeto.

La mirada dura de Andrés volvió sobre mí y aunque continué mirándolo furiosa, no pude hacerlo mucho y continué bebiendo de mi vaso.

—Sabe que me ha jodido la noche —respondió Andrés mirándome.

—No olvides la clase pasada —dijo Jack—. Cuando se portan mal, merecen un castigo.

¡Cabrones!

Ambos me miraban y aunque quise mandarlos a la mierda, pude controlarme.

—Esta es mi parte favorita —admitió Jack levantando la mano hacia mí y tomando con firmeza mi rostro—. Valoro mucho cuando una mujer contiene su mal humor. Cuando te mira como una fiera, pero actúa como un gatito.

—¿Entonces ya no merece el castigo? —preguntó Andrés.

Jack deslizó su pulgar sobre mis labios y sonrió.

—No dejes que se corra —respondió el cretino—. Alarga su agonía. Ese será suficiente castigo.

Jack se inclinó hacia mí. Me sorprendió cuando besó con suavidad mis labios unos segundos y luego se giró en sus botas pesadas y palmeó el brazo de Andrés.

—Sé un buen alumno, jefe —susurró a su paso—. Disfrútalo.

Lo vi alejarse de nosotros y luego volví mi atención hacia Andrés.

Cuando terminé por completo mi bebida, él tomó el vaso y lo dejó sobre la cama, luego tomó mi mano y sin decir media palabra me llevó por el jardín y terminamos en el estacionamiento.

La decepción me invadió cuando él abrió la puerta de su auto para mí.

—¿Nos vamos? —pregunté.

—Sí —respondió con frialdad.

Me ofreció su mano para ayudarme a subir, pero no acepté y lo hice sola. Abroché el cinturón de seguridad y me crucé de brazos mientras él caminaba hacia su lugar en el auto.

Encendió el motor y nos sacó a toda velocidad del club.

—Ya me disculpé —susurré—. Te expliqué lo que sucedió y te perdoné por la estupidez que dijiste. Si quieres seguir enfadado, ¡me importa una mierda!

Andrés no me respondió y siguió conduciendo a toda velocidad por la autopista principal de la ciudad.

Cuando llegó a su casa, tomó un lugar en su estacionamiento y yo sin esperarlo abrí la puerta y bajé. Lamenté no haber bajado mi bolso del auto porque tuve que esperar por él para que abriera la puta puerta principal.

Él con toda su paciencia y calma llegó a mi lado y me invitó a entrar cuando abrió la puerta. Caminé furiosa hacia las escaleras con la firme intención de irme a dormir y no ver su mala cara de nuevo, pero él me sorprendió cuando me sostuvo de la cintura y me levantó en peso.

—¿Qué haces, tío? —grité sorprendida mientras intentaba liberarme.

Andrés caminó a un lado del salón, cruzó el estudio y llegó a la última puerta mientras intentaba liberarme sin tener éxito.

—¡Bájame, joder! —grité.

Andrés abrió la puerta y en ese segundo me quedé inmóvil.

Observé con asombró la reja pesada frente a nosotros. Lo miré cuando tomó de su saco una llave de color bronce y la metió en la ranura para quitar el seguro.

Empujó el pesado metal y cuando dio un paso dentro, las luces rojas iluminaron el lugar dejándome con la boca abierta.

Las lámparas que colgaban del techo disparaban luces sobre las paredes cubiertas por piel negra y bordes rojos. Una gran cama de hierro envejecido cubierta por un edredón de seda negro y almohadones rojos ocupaban el extremo superior de la habitación.

Un sofá tantra frente a una cruz de San Andrés estaban ubicados a la derecha y a la izquierda un columpio colgaba del techo cubierto por espejos de punta a punta.

Estuve sin aliento mientras observé el lugar, ese que se parecía tanto a las mazmorras de la casa gótica del club, pero todo empeoró cuando miré a Andrés y mi corazón sufrió una sacudida.

—*Desnúdate* —ordenó con voz amenazadora.

Me derretí ante la firmeza de su voz y la intensidad de su mirada. Miré de nuevo hacia la mazmorra privada y terminé bajando la mirada como me había enseñado Jack que debía actuar.

Sin pensármelo ni un segundo empecé a desvestirme obedeciendo la órden que había recibido de Andrés, de ese hombre que en ese momento adoptó la postura de un *Dom* y yo totalmente sumergida en mis fantasías, decidí, por esa noche, ser su sumisa.

30 Anabelle.

Mis muñecas estaban atrapadas por dos pequeñas correas de piel suave. Detrás de mi espalda una banda me servía de soporte y otra pasaba por debajo de mis muslos. Ambos tobillos estaban sostenidos del mismo modo que mis muñecas, pero las correas me mantenían con las piernas abiertas, algo que le resultaba perfecto a Andrés que de nuevo estaba arrodillado entre ellas, torturándome.

—*Por favor* —supliqué—. *Por favor…*

Andrés de nuevo se alejó cuando estuvo a punto de correrme y quise llorar de frustración.

—*Suéltame* —*exigí molesta*—. *Suéltame.*

Sacudí brazos y piernas deseando poder liberarme, me moví con fuerza, con tanta, que terminé despertando.

Abrí los ojos aturdida y me di cuenta que estaba en la habitación de Andrés, en su cama, pero él no estaba a mi lado.

Yo estaba desnuda y me di cuenta de que la pesadilla se debió a lo cruel que fue Andrés la noche anterior. Había usado cada uno de los objetos con los que había equipado la mazmorra privada y siguiendo los consejos de Jack, no me permitió correrme hasta que a él se le antojó.

No podía negar que había sido una de las mejores noche de mi vida, pero a causa de la frustración que sentí, había tenido esa pesadilla.

Sonreí y cubrí mi rostro para olvidar el mal sueño y solo recordar la perfecta realidad que estaba viviendo.

—*¿Andrés?* —llamé levantándome de la cama.

Caminé hacia el baño y estaba vacío.

Salí de la habitación y bajé las escaleras con temor de que él pudiera estar acompañado, pero el silencio me hizo saber que él no estaba en casa.

Intenté no enfadarme suponiendo que tenía mucho trabajo hoy y tomé mi móvil de la mesa del salón.

Me sorprendí cuando fui consciente de que apenas eran las ocho de la mañana y él ya se había marchado, pero dejé de darle vueltas al asunto y marqué su número mientras caminaba hacia el lugar de la mazmorra, pero al intentar abrir la puerta la encontré cerrada.

—*Anabelle…* —respondió Andrés del otro lado de la línea.

—*Buenos días* —*saludé intentando no enfadarme por la frialdad con la que me saludó*—. *Te fuiste temprano.*

—*Sí, tengo muchas reuniones. Hablamos después.*

La llamada terminó incluso antes de que pudiera responderle y la sonrisa que intentaba conservar se fue al diablo.

Después de tener sexo, me había quedado dormida y ni siquiera pudimos conversar sobre lo que había pasado, por lo que asumí que aún seguía enfadado conmigo.

Cuando mi teléfono recibió un mensaje de Amelia preguntándome dónde estaba, me di cuenta de que estaba retrasada y salí corriendo hacia la habitación para prepararme.

Durante toda la mañana y parte de la tarde, no pude ocultar el desgano a causa de la situación

con Andrés, por lo distante que se había mostrado durante todo el día y aunque parecía estúpido, empezaba a sentirme enferma. Todo empeoró cuando la luz en mi teléfono se iluminó mostrando el nombre de mi hermana en la pantalla.

—¡Joder, ahora no!

Giré los ojos cuando me di cuenta de que no iba a desistir, así que lo tomé sin ninguna emoción.

—Hola, Gianella —saludé al responder.

—Joder, tía. Que te he llamado todo el fin de semana y no me has cogido el móvil. —Volví a girar los ojos—. Ana me ha tenido loca queriendo hablar contigo… ¿De qué vas, tía?

—He estado ocupada. —Fue lo único que respondí mientras guardaba las hojas de vida que había estado revisando—. ¿Cómo vas?

—Bueno, tu sobrina cumplirá cinco años y ya te imaginas el lío que me cargo. —Sonreí al pensar en la pequeña Ana—. Pensaba ir a Madrid a comprar todo para la fiesta y esperaba verte, pero no he tenido noticias tuyas.

—No estoy en Madrid.

—Qué raro que no estés —dijomi hermanita—. Tú si no estás de viaje, te inventas uno para no vernos.

—¿Has llamado para colmar mi paciencia?

—No tía, que te estoy diciendo que tu sobrina estaba volviéndome loca porque me escuchó decir que iríamos a Madrid y obviamente quiere verte.

Al menos alguien de mi familia quiere verme…

—No estaré en Madrid en las próximas tres semanas.

—¡Jo tía! —lamentó ella—. Entonces qué, ¿no te veremos?

—Intentaré ir cuando…

—¡Vale, vale! No necesitas mentir. Tengo casi un año sin verte.

Me recosté en el asiento y no dije nada.

—¿David sí está en Madrid? —Cerré los ojos apenas lo mencionó—. Es que quería preguntarle si podría ocuparse de las fotos para la fiesta.

—Gianella…

—¡Ya sé! Sé que no es un fotógrafo de cumples, pero la última vez él se hizo cargo y podría hacerlo de nuevo… ¿O crees que no quiera? —respiré profundo y no respondí—. Puedo escribirle y preguntarle, a ver si con él no olvidas visitarnos.

—Me divorcié —solté de pronto.

—¿Qué? —gritó mi hermana—. ¿Jo, tía pero qué ha pasado?

—Eso, que nos hemos divorciado.

—¡No puedo creerlo! —gritó Gianella—. ¿Qué hiciste Annabelle? Porque estoy segura de que la responsable eres tú y tu estúpido feminismo.

Ni siquiera me di el trabajo de defenderme, estaba acostumbrada a que mi hermana siempre hablara de ese modo. Tristemente Gianella había copiado los pensamientos y acciones sumisos de mi madre y, para ella, las mujeres debíamos soportar todo de los esposos, y en situaciones como las mías estaba segura que ella y mi madre siempre pensaban que las mujeres eran las culpables de una separación.

—Me tengo que ir —concluí.

—¿Estás en Barcelona? ¿Podrías venir al cumpleaños de papá?

—Estoy en América, regresaré en tres semanas.

—¿América? —gritó de nuevo.

—Sí, me tengo que ir. Cuídate.

Ni siquiera esperé que respondiera y terminé la llamada sintiendo esa molestia que siempre me producía mi familia, ese sabor desagradable que sentía cuando me dejaban saber que nunca podría contar con ellos, ni siquiera en un momento como ese.

Un golpecito en la puerta me hizo levantarme y traté de apartar la tristeza que me había causado esa llamada.

La puerta se abrió y Amelia apareció con varios documentos en las manos.

—¿Estás bien? —preguntó apenas me vio, negué con sinceridad.

—No, me siento enferma. Quiero irme a descansar.

Se acercó y acarició mi frente.

—Creo que tienes fiebre…

—Sí, también lo creo, pero se me pasará descansando.

—Déjame llamar a Andrés y…

—¡No! Por su culpa estoy así. —Amelia me miró confundida—. Sigue molesto conmigo. Cuando desperté ya no estaba, lo llamé y dijo que estaba ocupado, colgó y no he sabido nada de él en todo el día.

Amelia se sentó frente a mí y sonrió.

—Sebastián dice que Andrés es muy malgenioso.

—Pues que se vaya a la mierda él y su mal genio —dije tomando mis cosas—. Me llevaré esto para revisarlo cuando me sienta mejor, ¿vale?

—¿Vas a estar bien? —preguntó Amelia con preocupación.

Me acerqué a ella y le besé ambas mejillas.

—Lo estaré cuando duerma un poco. Necesito descansar.

—Vale, si necesitas algo me llamas.

—Vale, Ame… Nos vemos mañana.

Salí de la oficina, caminé hacia el elevador y pedí un taxi de aplicación.

El tráfico de esa hora era insoportable, un trayecto de quince minutos tomaba cerca de cuarenta cuando era hora pico y justo había decidido marcharme a descansar en ese momento.

Cuando finalmente el auto se detuvo, mi estado de ánimo empeoró y empecé a sentir como el calor corporal aumentaba. El sonido de mi móvil me advirtió que el causante de mi malestar estaba llamando.

Ignoré su llamada y caminé hacia la entrada, pero al ver que Andrés no pensaba desistir, tomé mi móvil y respondí.

—¿Qué pasa? —gruñí.

—¿Anabelle, dónde demonios estás?

—¿Qué? —pregunté confundida.

—¿Dónde estás?

—¿Por qué quieres saber?

—Amelia me llamó. Me dijo que te sentiste mal y viniste a casa a descansar, pero llegué y no estás.

—Le dije que me iría a descansar, pero nunca dije adonde.

—¿Dónde estás? —repitió él con una voz que me dejó saber que estaba perdiendo la paciencia—. Deje una reunión importante por venir a verte y tú ni siquiera has llegado.

—Nadie te pidió que dejarás nada —rebatí deteniéndome frente al lobby del hotel—. Vuelve a tu reunión y no te preocupes por mí.

—¡Anabelle, dime dónde demonios estás ahora! —gruñó.

—¡A ver, tío! —grité—. El papel de macho alfa lo guardas para cuando estés dentro de tu mazmorra. Fuera de ella controla la forma en la que me hablas, ¿vale?

Andrés se quedó en silencio por unos segundos y lo escuché respirar profundo.

—¿A dónde has ido, Anabelle?

—¡A la mierda, tío! —respondí molesta—. Te enviaré una postal desde aquí… ¿Vale? Adiós.

Terminé la llamada y le sonreí a la recepcionista.

—Lo lamento —susurré avergonzada—. ¿Me das una habitación?

Ya había estado en ese hotel así que mi nombre estaba en los registros y todo fue más rápido.

Con la tarjeta en la mano, subí al elevador y esperé llegar al quinto piso para correr a la cama y dormir el resto del día. No había comido nada, pero me sentía tan mal que no tenía gans de hacerlo.

Cuando finalmente estuve en mi suite, dejé los documentos en la mesa del pequeño salón y entré a la habitación. Me quité la ropa y aunque no quería, sabía que debía darme un baño de agua fría para quitarme la calentura.

Mientras el agua caía sobre mí, recordé la noche anterior, lo mucho que me había gustado experimentar cosas nuevas con Andrés, lo natural que le resultaba tomar el papel de un *Dom*, porque, aunque no le iba lo sádico, lo mandón lo tenía en las venas.

Ni siquiera entendí por qué había empezado a llorar, pero me sentía triste de que él siguiera enfadado, estaba molesta por su tonta actitud y aun así sentía que lo necesitaba, que lo quería a mi lado con desesperación.

También estaba llorando por lo que había dicho mi hermana, por esa falta de empatía que siempre mostraba conmigo.

Eran muchas cosas las que estaban abrumándome.

Ese sentimiento que había nacido en mi corazón cuando sentía que aún no era el momento.

Esa decepción que todavía sentía por la forma que había terminado mi matrimonio.

Mi deseo de ser madre…

Todos esos sentimientos me atraparon y lloré todo lo que necesitaba llorar.

Cuando estuve más calmada y el calor en mi cuerpo disminuyó, me envolví en la salida de baño y caminé hacia la cama.

El móvil sobre la mesita de noche se encendió y el rostro varonil de Andrés apareció acelerándome el corazón.

Me senté y observé la llamada sin responder.

—¡Jódete, tío! —gruñí.

Pero muy en el fondo, aunque no lo admitía, saber que estaba preocupado por mí, me hizo sentir un poco mejor.

La llamada cesó y de nuevo me sentí triste porque quería responderle, quería escuchar su voz, aunque fuera malhumorada.

—¡No, él te colgó la llamada! —me dije a mí misma.

Mi corazón se aceleró cuando volvió a llamar.

—Ten dignidad —me regañé, pero aunque no quería, le atendí—. ¿Qué quieres, tío?

—Abre la puerta —ordenó él con voz dura.

—¿Qué?

—Estoy en la puerta, ábrela. —No supe qué responder—. ¿Anabelle?

—Vete —le pedí. Aunque saber que estaba allí me había hecho feliz—. Si vine aquí es para

no verte. Quiero estar sola.

—Abre la puerta —repitió dejando notar que estaba a punto de perder la paciencia—. Así como logré que me dejaran subir sin tu invitación, puedo hacer que abran esta puerta. Sin embargo, puedes ahorrarme el trabajo de volver a coquetearle a la joven de la recepción.

Giré los ojos al oírlo.

—Vete —repetí sin sonar muy segura.

Andrés hizo silencio por un momento tan largo que llegué a pensar que había colgado.

—Anna, abre la puerta. —Me estremeció el cambio de su voz—. Por favor.

Terminé la llamada y salí de la habitación.

Me detuve frente a la puerta y me impulsé para ver a través de la mirilla. Andrés estaba apoyado en la puerta con el rostro tan cerca que pude notar su mala cara de inmediato.

—Abre —ordenó él desde el otro lado.

Me alejé. Intenté calmar a mi estúpido corazón y cuando me sentí más fuerte, abrí.

Él me miró con preocupacion por unos segundos y luego respiró profundo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó dando un paso dentro de la suite—. ¿Por qué no has ido a casa?

Lo miré molesta y me giré dándole la espalda.

—Porque no quería ver tu mala cara.

—¿Y no irás a casa cada vez que discutamos? —preguntó dejando su móvil sobre la mesa.

—Es tu casa, no la mía —dije mirándolo de nuevo—. No es cómodo ir allí cuando tú ni siquiera quieres escuchar mi voz.

Andrés volvió a mirarme enojado, se aproximó a mí y levantó la mano para tocar mi frente.

Retrocedí alejándome de él.

—No sé por que estás aquí —dije, él se mantuvo inmóvil—. Evidentemente, no querías saber de mí, ya que ni siquiera respondiste el mensaje que te dejé. No entiendo para qué viniste.

—Amelia me dijo que estabas enferma —respondió tratando de controlar su molestia—. Dejé una reunión importante por ir a casa a verte y tú estás aquí.

—No te pedí que dejaras nada. Estoy bien, puedes volver a tu reunión, a tu casa, a tu vida, ¿vale? —Andrés solo me miró—. Vete, quiero estar sola.

Me giré y caminé hacia la habitación.

—¿Por qué estás tan enojada? —preguntó siguiéndome—. Sé porqué estoy molesto, pero no entiendo porqué lo estás tú.

Giré tan molesta que Andrés se detuvo y dio un paso hacia atrás.

—¡No te sigo, tío! Te vas a sin despedirte, me cortas la llamada, no respondes mis mensajes y luego apareces aquí, preguntando por qué estoy molesta… ¿Se supone que debo sonreírte cual payaso hasta que se te pase el enojo?

No respondió y tuve ganas de llorar.

—Me disculpé ayer —le recordé—. No esperes que lo haga toda la semana. —Mi voz se quebró y giré dándole la espalda para que no me viera así—. Vete, necesito descansar.

Mis ganas de llorar aumentaron cuando Andrés salió de la habitación haciendo lo que le pedí. Sin poder contenerme subí a la cama, abracé la almohada y lloré en silencio hasta que me quedé dormida.

Había perdido la noción del tiempo cuando desperté. La habitación estaba en total oscuridad y las cortinas, que no recordé haber cerrado, ocultaban la hermosa vista que antes había notado allí.

El calor de mi cuerpo había aumentado y estaba empapada en sudor. Salí de la cama y caminé fuera de la habitación.

No me gustaba usar medicamentos, pero cuando la fiebre subía no tenía más opción. Caminé hacia el pequeño salón donde había dejado mis cosas, pero mis pies se detuvieron de inmediato cuando lo vi.

—Está bien, los revisaré en un momento —dijo Andrés al teléfono—. Envíame todas las cotizaciones.

Él se había cambiado de ropa, el traje elegante con el que llegó lo cambió por un pantalón azul marino y una camisa blanca ajustada. Tenía su computador sobre la mesa y muchos papeles desordenados, por lo que supuse, llevaba mucho tiempo allí.

—Está bien, Carol —dijo mirándome—. Te llamaré apenas lo revise… Adiós.

Andrés dejó su móvil sobre la mesa y se acercó a mí sin darme tiempo de alejarme, puso la mano sobre mi frente y frunció el ceño al comprobar lo caliente que estaba.

—Tiene que verte un doctor.

—No hace falta —dije alejándome—. Se me pasará.

Caminé hacia donde estaba mi bolso y tomé un franco blanco.

—¿No te han dicho que no es bueno automedicarse?

—No me automedico —respondí caminando hacia el bar en la esquina—. No es la primera vez.

—Pero no sabes lo que tienes —insistió Andrés aun cuando se acercó para tomar una botella de agua y abrirla para mí—. Tengo una amiga que es doctora.

Le regalé una mala mirada pensando que se trataba de la idiota aquella. Andrés sonrió provocando un remolino agradable en mi estómago.

—¿Crees que llamaría a Melissa después de que anoche casi te la comes viva?

Extendí mi mano para pedirle el agua y él aunque dudó, me la entregó.

—Mi amiga estaría aquí en menos de quince minutos —insistió.

—No es necesario —repetí mientras me dejaba caer en el sofá y sacaba una pastilla—. Es emotiva. —Andrés me miro sin entender—. La fiebre es emotiva.

—¿Emotiva? —preguntó sorprendido.

Metí la píldora en mi boca y bebí del agua para poder tragarla.

—Me da desde niña. Cada vez que me regañaban, cuando sacaba baja nota en el cole, cuando discutía con alguna amiga… Siempre me daba fiebre. Es emotiva, mañana estaré bien.

Andrés se limitó a sonreírme.

—¿Por qué sigues aquí? —pregunté.

Andrés volvió a ponerse serio.

—Porque tú estás aquí. —El tono suave de su voz agitó el remolino en mi estómago dejándome sin aliento—. No me iré sin ti.

Respiré profundo y traté de controlar mi corazón acelerado, pero no tuve ningún éxito.

—Me mareas, tío… En verdad, me mareas.

Me miró por unos segundos y luego se sentó a mi lado en el sofá.

—No se me da bien estar celoso —empezó a decir Andrés—. Muy pocas veces me he sentido celoso por alguna mujer… Quizá cuando era joven e inseguro, pero de adulto nunca y me molesta sentirme así contigo.

Lo miré sorprendida y aunque quise decirle que no era culpable, al ver su mala cara hice silencio.

—Siempre he dicho que follar mejora en segundos mi ánimo —confesó—. Pero por mucho

que haya disfrutado lo de ayer, hoy cuando desperté seguía enfadado.

Se levantó del sofá y se alejo de mí.

—Había preparado una estúpida cena romántica para ti, para celebrar los dos meses que llevamos conociéndonos. Le pedí a Mike que hiciera esa mazmorra en mi casa para ti, para experimentar juntos… Y no llegaste.

*E*stuve a punto de responder, pero él continuó hablando:

—Sé que no lo hiciste con intención, pero estabas con él. Y lo siento si fui un cretino hoy, pero aún estoy enfadado por ello, aún estoy celoso por haber visto a ese enano besando tu mano. Estoy molesto por haber tenido que comportarme como el hombre maduro que soy cuando lo que deseaba era romperle la cara.

Me recosté del espaldar del sofá y lo miré en silencio.

—Javier es de los pocos hombres que se han ganado mi respeto —admití, Andrés me regaló una mala mirada—. Es un tipo educado, honesto, respetuoso… Y aunque te parezca raro, nunca hubo atracción entre nosotros. —Respiré profundo y volví a mirarlo—. Soy quien representa a la editorial que publica sus libros desde hace unos cinco años, —Andrés se sentó frente a mí sobre la mesa de mármol—. Hemos viajado por toda España, hemos pasado días festivos juntos, he pasado días en su casa de playa… Somos amigos, solo eso —aseguré.

—Te besó —gruñó Andrés.

—¿Nunca has besado a alguien que no te gusta, estando ebrio? —pregunté, Andrés no pudo responder—. Javier no siente nada por mí, lo sé y espero creas lo que te estoy diciendo porque en verdad lo quiero y no me gustaría tener que alejarme de él por ti.

—¿Pero lo harías? —preguntó con seriedad, yo suspiré.

—Con tal de ahorrarme tu puto mal humor, sí.

La molestia que aún se veía en la mirada de Andrés desapareció apenas me escuchó. La tensión en sus hombros se relajó y sin tomarse un momento más se sentó a mi lado y me besó con pasión.

Yo sin tener ninguna voluntad, me derritíentre sus brazos, entre sus besos y aunque estaba ardiendo en fiebre, el deseo también me atrapó en segundos.

—Estás ardiendo —susurró él—. Llamaré a mi amiga.

—No —dije apretándome a su pecho—. Me pasará pronto. Solo necesito que sigas abrazándome.

La sonrisa de Andrés se amplió y besó mi frente.

—Vayamos a casa —susurró, solo lo miré—. Voy a prepararte una sopa caliente que te hará sentir mejor —prometió besándome la nariz—.Y luego, si quieres, nos tumbaremos a mirar películas y comer palomitas.

—¿Películas y palomitas? —pregunté sorprendida—. ¡Jo, qué aburrido, tío! Creí que me ofrecerías volver a tu mazmorra.

Andrés empezó a reírse y volvió a besarme.

—Te quiero —susurró, yo suspiré—. Vamos a casa.

—¿A la mazmorra? —pregunté mordiéndome los labios.

—Ya veremos… Por ahora quiero bajar tu puta calentura, no aumentarla.

—Me daré un baño de agua fría y bajará.

Él tomó mi mano para ayudarme a levantar y me acompañó hasta la ducha.

—Recogeré todo para irnos a casa —anunció.

Ni siquiera espero que respondiera.

Me tomé unos minutos en la ducha hasta que me sentí mejor. Volví a la habitación, tomé la

ropa con la que había llegado y me vestí.

Comprobé no haber dejado nada en la habitación y salí para encontrarme con Andrés.

Cuando llegué al pequeño salón, él tenía mi móvil en su oreja y no supe definir la expresión que vi en su rostro.

¿Preocupación?

—Le daré su mensaje —respondió Andrés a quien sea que estuviera del otro lado de la línea —. Hasta luego.

Me extendió el móvil y frunció el ceño.

—¿Quién era? —pregunté tomando mi teléfono.

—Tienes una cita el martes veintidós para hacerte una inseminación artificial —respondió Andrés.

Sentí que mi presión arteríal caía de forma repentina al escucharlo.

—¿Lo planeaste antes de que estuviéramos juntos o simplemente no te importa mi opinión?

De nuevo me sentí enferma y no porque él se haya enterado de la inseminación, sino por la cara que tenía al saberlo.

En ese momento supe que por más que la vida parecía mejor a su lado, con él tampoco existía la posibilidad de ser madre, porque Andrés bien claro me lo habia dicho, él no quería tener hijos y por la expresión de su rostro en ese momento, supe que ni siquiera por mí ambiaria de opinión. Y eso me entristeció por completo.

31 Andrés

El miedo a veces se apodera de tu mente de tal modo que dejas de pensar con claridad y actúas por impulso. A veces, los temores son los causantes de los peores momentos que tienes que vivir.

*****

Estaba frente a ella y solo cuando noté la tristeza reflejada en su rostro me di cuenta de lo mal que había actuado, pero incluso siendo consciente de que mi actitud le había lastimado, mi cabeza solo gritaba una palabra: hijos.

Esos que definitivamente no quería tener. Esos que sabía se convertirían en nuestro mayor problema, porque aunque intentara entender lo que ella estaba pensando, no lo lograría.

Me sentí un idiota por hacer planes con ella, mientras aparentemente, Anabelle estaba planeado algo totalmente distinto para ella.

—Fue antes —respondió finalmente—. Antes de venir, antes de que tú y yo…

—Pero tienes una cita con ellos

—Sí —dijo antes de ir al sofá para sentarse—. Antes de venir, tomé la decisión de inseminarme —explicó con una calma que me desesperó—. Me pusieron hormonas para ovular, tomaron esas muestras y luego me llamaron para decirme que tenían un óvulo apto.

Aún sintiendome molesto, caminé hacia ella y me senté a su lado para escucharla.

—Se supone que con esas hormonas lo normal es que ovule mucho —me explicó—, pero solo obtuvieron uno y lo han congelado hasta que vuelva.

Respiré profundo para tratar de calmar mi molestia y me atreví a preguntar algo que me aterraba saber.

—¿Vas a seguir con el tratamiento? —pregunté.

Anna resopló y se cubrió el rostro con ambas manos.

—Supongo que no —respondió casi saltando de sofá—. Quería hacerlo, pero ahora estamos juntos y sé que no quieres tener hijos…

—Anabelle, esa mujer dijo que cuando regresaras…

—¡Andrés! —exclamó aburrida—. ¡No es que me abren de piernas, meten los bichitos y ya! —gruñó incómoda—. Si fuera así de fácil me hubiera embarazado antes, pero no lo es. Primero tengo que comprar los espermatozoides, luego ellos analizan el ADN, fecundan el óvulo, me preparan para insertarlo en mi útero y aun así no es seguro que vaya a funcionar.

Me sentí mareado con la explicación, con lo complicado que parecía todo y con más razón estuve agradecido de no querer ser padre.

—El martes iré a la cita y pediré que mantengan congelado mi óvulo. —De nuevo me sorprendí—. Quizá más adelante…

—Yo no quiero hijos, Anabelle —solté sobre ella.

Anna respiró profundo y asintió.

—Ya lo sé —susurró con una tristeza que se hizo visible en sus hermosos ojos—. Pero no voy a desechar mi única opción en este momento.

Su voz se quebró al decirlo.

—Quizá más adelante cambie de opinión sobre tener hijos y deseche el óvulo, pero ahora no puedo arriesgarme a renunciar a, quizá, la única posibilidad de ser madre, no cuando nosotros

apenas nos conocemos, cuando estamos empezando… No sabemos lo que sucederá más adelante y no quiero arrepentirme de haber renunciado a un sueño por una relación que no duró… Hoy no estoy lista para ello.

Unas lágrimas escaparon de sus ojos y caminó hacia el balcón para que no pudiera verla.

Me sentí un cretino por hacerle daño con mis palabras, pero tenía que ser sincero con ella, tenía que dejarle clara las cosas para que pudiéramos ver el futuro del mismo modo.

Respiré profundo para alejar mi molestia y me acerqué a ella, le rodeé la cintura con mis brazos y besé su cuello.

—Lo siento, hermosa. —susurré, ella suspiró—. Entré en pánico al pensar que tú ibas a hacer eso. —Anna me miró con tristeza—. Entiendo que es algo que quieres, pero yo no, cariño. —Ella intentó alejarse, pero la detuve—. Voy a cumplir cuarenta y tres años y…

—Ya me lo dijiste —dijo alejándose de mí—. Y entiendo, no te preocupes… No voy a embarazarme estando contigo.

Que pensara en la posibilidad de que no estuviéramos juntos más adelante, me dolió, porque yo no era capaz de imaginar uno de mis dias sin ella, pero entendí que le dolía, así que solo volví a acercarme y la abracé con fuerza.

Ella intentó alejarse, pero no se lo permití porque quería que supiera que la quería, que incluso en ese momento en el que me asustaban sus planes sin mí, quería que sintiera mi amor por ella.

Mi camisa se humedeció a causa de sus lágrimas y me dolió mucho ser el culpable de ese mal momento.

—Lo siento —susurré besándole el cabello—. Lamento entristecerte.

—No me hagas caso —dijo limpiando su mejilla—. Solo es un tema difícil, no pasada nada.

Mentía, ella mentía para complacerme y eso me hizo sentir aún peor.

Tomé su rostro entre mis manos y limpié sus mejillas, besé sus labios y traté de sonreírle.

—Si hubieras llegado antes a mi vida, hubiera estado feliz de tener hijos contigo.

Anna volvió a alejarse cuando las lágrimas de nuevo invadieron sus ojos.

—Vale —susurró—. Dejemos el tema, por favor.

—Hermosa…

—Sé que quieres hacerme sentir mejor, pero nada de lo que digas lo logrará —me aclaró—. Solo olvidémoslo, ¿vale? —Me odié por hacerla sufrir de ese modo—. ¿Nos vamos?

Asentí y tomé sus cosas para ayudarle, abrí la puerta y dejamos la suite para volver a casa.

Me sentía culpable por la tristeza que veía en su rostro y estúpidamente solo me ocurrió una cosa para mejorar su mal día.

Cuando llegamos a casa, ella seguía en silencio, no había dicho nada en todo el camino y dejé que se tomara su momento para animarse.

Tomé mi móvil y envié un mensaje antes de ir hacia la cocina. Tomé una botella de vino, de nuestro vino favorito y serví dos copas.

Anabelle se sentó sobre uno de los bancos de la cocina y le puse la copa frente a ella. Me regaló una sonrisa débil y yo solo besé con suavidad sus labios sin poder decir nada para alegrarla.

Recibí una respuesta al mensaje que envié y sonreí.

Miré la hora y me di cuenta que aún era temprano, así que decidí preparar la cena para ambos. Busqué todo de la heladera, mientras cortaba las verduras, me di cuenta que la tristeza en el rostro de ella aminoró.

—¿Quién te enseño a cocinar? —me preguntó.

—Mi madre —admití—. Antes de mudarse a Salamanca pasó dos semanas conmigo y me enseñó, temía que siempre estuviera comiendo comida basura.

Anna sonrió al escucharme.

—¿Tu madre te ha enseñado algo? —pregunté.

De inmediato me arrepentí porque como ya lo había notado antes, ella parecía tener un conflicto con su familia.

—A no querer un matrimonio como el suyo, supongo —respondió con amargura—. Mi padre no quería que nos enseñara a cocinar, siempre quiso que yo fuera abogada como él.

—Bueno, eso habla bien de tu padre.

Ella resopló.

—Quizá no quería que nos casáramos con un cretino como él.

Me sorprendí de nuevo y ella suspiró.

—No me llevo bien con mi padre —confesó—. Lo vi con otra mujer cuando yo tenía dieciséis años; estaba en un restaurante elegante, la besaba de un modo que nunca lo vi besar a mi madre —admitió con el ceño fruncido—. Mientras que a mamá no la dejaba salir a menos que fuera con personas que a él le agradaban. —La molestia en Anna se hizo presente mientras hablaba —. Nunca le decía cosas bonitas. No la trataba mal, pero no la amaba y a ella parecía no importarle.

Dejé lo que estaba haciendo y me acerqué a ella. Le besé la frente al notar lo mucho que ese recuerdo le dolía.

No me fue difícil entender por qué era así, por qué siempre estaba a la defensiva y sobre todo, por qué se ofendió tanto cuando supo de mi pulsera en el club.

Anna no quería ser como su madre y odiaba a los machistas por culpa de su padre.

—¿Se lo contaste a tu madre?

Ella asintió.

—No le importó —soltó con molestía—. Le dije que había visto a mi padre con otra mujer y ella solo intentó justificarlo. Me dijo que los matrimonios tenían crisis, que no eran perfectos.

Anabelle se rio con amargura y yo entendí mejor su actitud.

—¿Sabes que solo se la follaba los sábados? —comentó molesta—. Ese día ella iba a salón de belleza y se preparaba como cual reina para su rey… —La indignación de Anna se hizo visible en su rostro—. ¡Es un machista de mierda!

—No seas tan dura… Son tus padres.

*E*lla me miró con molestia y solo tomó su copa y bebió de su vino.

—¿Cuándo te mudaste a Madrid?

—Ese mismo año —respondió con orgullo—. Elegí una universidad en la capital y me fui de casa. Estudié dos semetres de Derecho y luego me cambié de carrera, me busqué un empleo y me desligué totalmente de ellos.

Conforme ella me contaba su historia, yo podía entender mejor el carácter de mierda que ella tenía. Esas ganas de no sentirse débil, de no dejarse dominar por nadie.

Recordé aquella conversación que tuvimos cuando supo que mis padres vivian en Salamanca, ella comentó que casi nunca iba allí y en ese momento estuve sorprendido, pero después de esta conversación ya no tengo más dudas.

—¿Los visitas? —pregunté, ella me miró confundida—. A tus padres.

—A mi madre —admitió—. En su cumpleaños. Y desde hace cinco años también voy para el cumple de mi sobrina. —Una sonrisa dulce apareció en medio de su amargura—. Se nombre es

Ana.

—Hermoso nombre —dije—. ¿Cómo te llevas con tu hermana?

—No somos tan cercanas como me gustaría. Ella aún estaba pequeña cuando me fui de casa y se enfadó mucho porque la dejé. —Anna me miró con pesar—. Y bueno, creció teniendo a mi madre como modelo y adorando a su padre, así que tiene un modo de pensar parecido al de ellos y por eso siempre estamos discutiendo por uno u otro motivo.

Bebió de su copa y yo la abracé a mí para intentar hacerla sentir mejor. Me entristecía saber que había estado sola, que no tenía una familia con quien contar, no sabía si por decisión propia o porque así sucedió.

—No seas tan dura con ellos. —Anna mi miró confundida—. Entiendo que ver a tu padre con otra mujer, te afectó, y que la actitud de tu madre te decepcionó, pero creo que todas las parejas son distintas; cada una vive su matrimonio y su relación de distinta manera y no porque no piensen o actúen como tú crees que es correcto, significa que no sean felices.

—Sí, lo he pensado muchas veces, pero no me agrada, no me siento cómoda al saber que mi madre vive como una esclava en casa, mientras que él es un honorable juez al que todo el mundo admira.

Tomé su mano y la acaricié con cariño.

—Ya sabes que a mí lo de la sumisión me parece una mierda —le recordé—. Quizá se deba a que tengo una hermana y la idea de verla inclinada hacia alguien me altera, pero cuando te das el tiempo de conocer a las personas, de ver sus vidas desde sus puntos de vista… Puedes cambiar de opinión.

—Mi madre no es de esas sumisas —dijo Anna—. Una vez los oí discutir y él le decía que su deber era mantener la casa en orden, cuidar de nosotras y follar con él cada sábado… Y puede no parecer tan horrible, pero el tono con el que le habló, lo era. La frialdad, la falta de sentimientos, de amor hacia ella… Fue horrible.

—Has estado muchos años fuera de esa casa y muchas cosas pudieron cambiar entre ellos y quizá por estar alejada no lo has notado.

Anna suspiró sabiendo que podría tener razón.

—La próxima vez que los visites, no vayas a la defensiva —aconsejé—. Observa mejor a tu familia. Quizá te lleves una grata sorpresa.

Ella suspiró y me acerqué para besarla. La levanté en mis brazos y aunque hubiera tenido ganas de cenar antes, sentí que ella en ese momento necesitaba de mis atenciones más que de la comida que iba a prepararle.

Besándola con calma, caminé con ella hasta la mazmorra deseando que con un poco de diversión su mirada triste desapareciera.

Después de empujar la pesada reja, la llevé hasta la cama y le quité el vestido azul que llevaba. La observé con deseo al ver que no llevaba ropa interior y ella sonrió complacida.

—Acuéstate —ordené con voz firme, pero amable, ella obedeció—. Extiende tus manos.

Anna hizo lo que le pedí y subí a ahorcajadas sobre ella para atar sus muñecas con las esposas de peluche rojo que colgaban de unas cadenas a cada extremo de la cama.

Me deslicé sobre el colchón hasta sus piernas y las até para inmovilizarla. El pecho de Anna subía y bajaba dejando notar su excitación, del deseo que yo despertaba en su cuerpo.

Cuando terminé de inmovilizarla, me alejé y empecé a abrir mi camisa mientras la mirada de Anna aumentaba mi excitación y mis ganas de escucharla gemir de placer gracias a todo lo que iba a hacerle.

—¿Te sientes mejor? —pregunté, ella asintió—. Creo que la fiebre pasó.

—Te dije que era emotiva, estaba triste por no saber de ti.

—Lo siento —susurré, ella sonrió— *Nunca me imaginé jugando en una mazmorra* —confesé mientras me desvestía—. *Los gritos en la casa gótica nunca me gustaron, pero cuando entraste allí, cuando aceptaste continuar con Jack, supe que cambiaría de opinión sobre esto por ti.*

—Dominar se te da muy bien —me dijo.

—Supongo que ser un mandón ayuda —comenté mientras me abría el pantalón—. Pero si hago esto, si construí esto, es por ti. —Anna sonrió complacida—. Porque quiero y necesito cumplir cada una de tus fantasías.

Mi pantalón cayó y solo me quedé con un boxer negro que no lograba ocultar mi notable erección.

—Estoy más que complacida contigo, dragón —confesó Anna—. Creo que lo sabes.

—Y yo lo estoy contigo, princesa.

Me incliné sobre la cama y le acaricié los pies, subí por sus pantorrillas, sus muslos y me detuve cerca de su sexo.

—Ya estás mojada —susurré con voz ronca mientras acariciaba los labios vaginales con mi pulgar—. Deliciosamente mojada.

Anna gimió gustosa al sentir mis caricias y aunque trató de moverse, no logró hacerlo, algo que me hizo sonreír complacido al ver que de nuevo estaba a mi merced.

—¿Quieres jugar? —susurré, Anna se mordió los labios y asintió—. Esta noche vamos a ser tres… —La emoción se reflejó en sus ojos de inmediato—. Mi princesa valiente… Tú nunca me decepcionas.

Me incliné sobre ella y le recorrí con la lengua el coño, logrando que un gemido profundo escapara de su garganta.

La vi retorcerse de placer sobre la cama y sonreí sabiendo que había logrado alejar de ella la tristeza y en ese momento solo estaba siendo feliz.

Aunque hubiera querido seguir, me alejé y ella me miró con tristeza logrando hacerme sonreír otra vez.

—Dejemos tu primer orgasmo para nuestro invitado —susurré.

—¿Invitado? —preguntó ella sin aliento.

—Invitado —repetí mientras caminaba hacia un extremo y tomaba lo que buscaba en uno de los cajones—. Esta noche serás tú la que disfrute de nosotros.

Cuando volví a ella podía ver en sus ojos las miles de preguntas que deseaba hacer, pero se quedó en silencio y yo me incliné para besarla profunda e intensamente sintiéndome satisfecho de lo buena que era controlándose.

—¿Te imaginas quién es? —pregunté, ella negó.

—¿Lo conozco?

—Sí, princesa… Lo conoces.

Ella se mordió los labios preguntándose quién podría ser, pero cuando vio lo que había tomado del cajón frunció el ceño.

—¿No me dejarás verlo? —preguntó observando la venda en mi mano.

—No —respondí mientras me inclinaba para besarla de nuevo—. Pero vas a sentir —susurré mordiéndole el labio—. Vas a poder imaginarte a cualquiera, fantasear con cualquiera… Prometo que te encantará.

Anna empezó a respirar con dificultad.

—Quiero saber quién es —susurró.

—¿Quién crees que pueda ser? —pregunté mientras volvía a sentarme a ahorcajadas sobre

ella para atarle la cinta—. Dime nombres.

—Jack… —Fue lo primero que soltó.

—Sí, podría ser Jack. —Anna se mordió los labios—. ¿Quién más crees que podría ser?

—Que conozca y que se interese por hacer un trío…, pues pocos —. Asentí—. Podría pensar en el esposo de la idiota del club, pero después de lo que le dije ayer, lo dudo.

—Mike —dije con diversión mientras me movía sobre su humedad—. Te aseguro que no sabrá del problema que tuviste con su mujer, así que podría ser quien está esperando unirse a nuestra fiesta.

Anna sonrió, pero no parecía muy entusiasmada con Mike.

—Vale, cubre mis ojos —animó ella mientras intentaba moverse para sentir mi erección.

—¿Solo ellos dos? —pregunté sorprendido de que no tuviera más candidatos.

—Sí, dijiste que los conocía y creo que son los únicos que he conocido en el club.

—¿Y Sebastián?

La mirada de Anna cambió apenas mencioné a mi mejor amigo, estaba asombrada de que siquiera contemplara esa opción.

—¿Incluirías a Sebastián? —me preguntó.

—¿Por qué no lo haría? —Anna no supo qué responder—. ¿Lo dices por lo que pasó con Luciana? —Ella asintió—. No fue culpa de Sebastián. Además, me he follado a Amelia, sería descortés prohibirle que fantasee contigo.

Anna se mordió el labio después de escucharme, su mirada se encendió ante la idea de que el casi perfecto Sebastián Bécquer pudiera unirse a nosotros.

—A Amelia no le gustaría ver la mirada lujuriosa que ha aparecido en tus ojos por su novio —bromeé.

Ambos reímos.

—¿Es él? —me preguntó.

Sonreí y la besé.

—Será quien tú desees…

—¿Podré verlo al final? —Negué—. ¡Jo, tío! ¿Por qué no?

—Porque te gustará más tener esa curiosidad algunos días.

—¿Me lo dirás después?

—Lo haré —prometí y extendí la venda frente a ella—. ¿Lista?

Anna respiró profundo y asintió.

—Levanta la cabeza —ordené.

Ella obedeció de inmediato y llevé la suave tela sobre sus ojos, le di dos vueltas al rededor de su cabeza y lo anudé con suavidad, pero asegurándome de que no pudiera soltarse.

—¿Ves algo? —pregunté cuando me moví a un lado de la cama, Anna negó—. Si me mientes te castigaré.

—No veo nada.

Caminé hacia la puerta y él sonrió complacido al mirarla.

Se acercó a ella y le acarició las piernas, Anna se sacudió con fuerza contra el colchón.

—Muere por saber quién eres —dije, él sonrió—. Le prometí decírselo después… De todos modos ha mencionado tu nombre.

Me incliné hacia la boca de Anna y la besé mientras mi invitado besaba sus piernas.

—Si te portas bien —susurré lamiéndole los labios—. La próxima vez vamos a dejarte mirar.

Me acosté a su lado y llevé mi mano hacia una de sus tetas para pellizcarle el pezón, ella se estremeció justo cuando *él* llegó hasta el centro de sus piernas.

—Él te está mirando con deseo —susurré al oido de Anna—. Le encantan las chicas de pechos grandes.

Anna se retorció sobre el colchón.

La mano de mi invitado se movió sobre su sexo, entre sus pliegues y acarició con presión su clítoris causándole otro extremecimiento y robándose el primero de sus gemidos.

—Es Jack —gimió Anna sonriendo.

—¿Por qué crees que es Jack? —pregunté.

—Porque es rudo —respondió ella sin aliento.

Sonreí al escuchar su explicación y Anna tembló cuando los dedos de mi invitado se deslizaron dentro de su sexo.

—¡Joder! —gruñó Anna.

—Creo que estás lista para disfrutar de ambos.

Ella sonrió y yo me sentí feliz de saber que toda la tristeza habia desaparecido de su rostro, al ver que en esa ocasión me resultó facil mejorar su ánimo, sobre todo porque había sido yo el causante de gran parte de esa tristeza.

Dejando de lado los problemas que habiamos tenido, me preparé para ser parte de ese momento que deseaba que ella nunca olvidara. Para hacer realidad una fantasía que ella tenía y que yo estaba haciendo realidad.

—Te quiero —susurré contra su boca.

—Yo te quiero más —respondió sin aliento.

Su hermosa boca atrapó la mía y estuve listo para de nuevo dejarme atrapar por el placer que esa mujer me daba, para poseer ese cuerpo que deseaba hacer mío por el resto de mi vida.

32 Anabelle.

A veces, no deberíamos olvidar que la vida no es perfecta, ni las personas que nos rodean, lo son. A veces, deberíamos recordar que en medio de tanta felicidad siempre apareceran nubes grises que nos harán apreciar el sol cuando está iluminándonos.

*****

Durante los siguientes días me sentí en paz y tan feliz que el mundo estaba en perfecta sintonía para mí. Andrés me hacía sentir segura, protegida y extremadamente satisfecha, algo que me hizo saber que había tomado una buena decisón al dejarlo entrar en mi vida.

Cada mañana sus besos me despertaban y cada momento que pasaba con él sentía que era una bendición haberlo encontrado.

La seguridad que veía en Andrés me hacía admirarlo y cada vez que él me contaba sobre su vida o su trabajo, me sentía más encantada con ese hombre fuerte, valiente, trabajador y ardiente que había entrado en mi vida.

Me dejaba en la revista cada mañana, iba por mí al terminar la jornada y disfrutábamos de momentos insuperables como pareja, en el club o en la mazmorra que construyó para complacerme.

Andrés era el hombre que quería tener siempre a mi lado y conforme pasaba tiempo, sentía que podía tomar la loca decisión de dejar mi vida en España y mudarme para empezar una nueva historia a su lado.

Estaba lista y lo sabía, pero decidí no decírselo aún, quería toturarlo un poco hasta que organizara todo en Madrid.

—Bueno, creo que estamos listos —dijo Amelia entrando en la oficina, sonreí al ver lo emocionada que estaba—. Mañana será un gran evento y Sfera tendrá una excelente participación gracias a Javier.

—No muestres mucha emoción, tía —bromeé—. No abuses de la calma de tu novio, eh…

Amelia levantó el papel que llevaba en las manos y me golpeó el brazo con suavidad logrando que empezara a reírme de ella.

La puerta volvió a abrirse y el recién mencionado apreció logrando que Amelia se ruborizara de inmediato.

—Oh, lo siento, pensé que este lugar estaba vacío —dijo Javier mirando a Amelia—. No quería interrumpir.

—No lo haces —aseguré empujándole una silla—. Siéntate.

—Llevaré las cotizaciones —anunció Amelia tratando de huír—. La reunión empezará pronto y necesito hacerle copias.

Sonrió antes de salir de la oficina y Javier se quedó mirando la puerta, añorando a la mujer que se había marchado con tanta prisa.

—No babees… —bromeé lanzándole un trozo de papel que había arrugado. Javier sonrió y tomó asiento.

—Ella y Sebastián deben estar deseando que llegue el lunes para verme partir —comentó, yo negué—. Yo lo estoy deseando.

—Quizá tú, pero ella no y menos Sebastián.

—Ya, el tipo es perfecto —dijo Javier aburrido—. Él ni siquiera ha aparecido por aquí y pensé que tendría que verlos juntos todos estos días.

—Es un buen hombre. —Fue todo lo que dije.

Javier giró los ojos y respiró profundo.

—En fin, el lunes me iré y espero que cuando tenga que volver haya superado a Amelia. —Yo también deseé que así fuera—. O que no sea esta editorial la que obtenga los derechos de mis libros.

Ambos sonreímos sin emoción, él empujó su silla más cerca de mí y tomó mis manos sobre la mesa.

Contuve las ganas de alejarme a causa del drama que había hecho Andrés por su causa, pero él era mi amigo y no había nada malo en eso.

—Y cuéntame —susurró Javier—. ¿Cómo salió lo de tus óvulos?

Me moví sobre el asiento y me liberé de su agarre.

La puerta se abrió y mi corazón se detuvo pensando que Andrés había llegado, pero gracías al cielo era Pilar.

—La junta empezará en quince minutos —nos dijo—. Me quedaré aquí para descansar un poco.

—Vale —dije y Javier siguió esperando mi respuesta, así que aunque no quería hablar de ello, tuve que hacerlo—. Bueno, eso, me pusieron las hormonas, tomaron solo una muestra y luego vine aquí, así que solo obtuvieron un óvulo.

—¿Solo uno? —preguntó Pilar sorprendida—. Pero tía, se supone que cuando te dan hormonas, ovulas como adolescente.

—Sí, pero solo pudieron tomar una muestra —lamenté—. Si me hubiera quedado podrían haberlo hecho de nuevo, pero bueno, eso, consiguieron uno.

—Vale —respondió Javier—. ¿Y ahora qué sigue?

—¿Dijiste que ibas a comprar los bichos —me recordó Pilar—. *¿Cuánto cuestan unos bichitos?* —preguntó divertida.

—Setecientos euros.

—¡Joder! —exclamó Javier sorprendido—. *¿Setecientos euros por unos bichitos tan pequeñitos?* —Los tres reímos—. *No tía, qué robo* —bromeó de nuevo—. *Justo antes de venir nos acordamos de tu tratamiento y le decía a Pilar que yo podría ser tu donante.*

Yo me reí, pero Javier se puso serio de inmediato.

—Lo digo en serio —agregó, dejé de reírme—. Es decir, ahora no necesitas de mis bichitos, porque ya tienes al novio americano que te has echado, pero de no tenerlo, yo te hubiera donado los míos.

Miré a Pilar esperando que ella se riera de la broma, pero la mujer solo sonrió.

—Me lo dijo —confirmó ella—. Iba a ofrecértelo, pero como ya tienes novio…

Volví a mirar a Javier y me sentí tan emocionada a causa de su ofrecimiento.

—¿De verdad lo hubieras hecho? —pregunté conmovida.

—¡Jo tía, somos amigos! —respondió tomándome la mano—. Te he visto buscar ese bebé durante tanto tiempo que hasta me hacía ilusión ayudarte. —Respiré profundo para no dejar que la emoción me hiciera llorar y él sonrió encantado—. Eres una mujer fuerte, valiente… Mis bichitos estarían en buenas manos… O en buen útero.

Sonreí y sin poder evitarlo, me puse de pie y lo abracé.

Javier me rodeó en sus brazos y besó mi cabello.

—Gracias —susurré emocionada—. En serio, que solo lo pienses me hace sentir muy

emocionada.

—¿Qué dices? Somos amigos, mis bichos son tus bichos. —No pude evitar reírme y volví a abrazarlo—. Y que sepas que no me gusta tu novio —me susurró, quise decirle que era mutua la antipatía, pero solo sonreí—. Aunque te veo feliz y me hace feliz.

—Y bueno, qué guapos saldrán sus hijos —agregó Pilar desde donde estaba—. Andrés es guapísimo.

Intenté que ese comentario no arruinara mi alegría. Besé de nuevo las mejillas de Javier y volví a sentarme.

—¿Entonces qué? —dijo Javier—. ¿Cuándo empezarán el asunto? —Dejé de sonreír—. Porque supongo que por tu problema, aunque estés practicando mucho, no va a funcionar de forma natural… ¿O sí?

—No —respondí deseando no hacerlo—. Si quiero embarazarme debo seguir el tratamiento.

*—¿Y lo harán pronto o esperarán un poco? —*preguntó Pilar.

Me levanté del asiento y caminé hacia un lado de la oficina para abrir la ventana.

*—Lo postergaré un poco —*respondí intentando ocultar mi tristeza.

*—¿Un poco, cuánto? —*preguntó Javier*—. No quiero ser cabrón, pero tu novio ya está mayor, tía, le dirán abuelo y no papá.*

Pilar no pudo evitar reírse y yo forcé una mala sonrisa.

—Él no quiere tener hijos.

Pilar dejó de reírse apenas me escuchó y Javier se acercó a mí de inmediato.

—¿No quiere tener hijos? —preguntó confundido, solo asentí—. ¿Tiene hijos?

—No tiene hijos y no quiere tenerlos —respondí—. Así que postergaré la inseminación.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Javier con el ceño fruncido—. ¿No se supone que no querías esperar?

No supe qué responder.

—Hace menos de un mes estabas emocionada con la idea de ser mamá, estabas emocionada por la posibilidad que tenías, ¿Y ahora dices que vas a postergarlo porque a tu novio no le interesa ser padre?

*—Pero quizá más adelante él cambie de opinión —*susurró Pilar.

—¿Eso es lo que vas a esperar? —preguntó Javier—. Si crees que es pronto para ambos, lo entiendo… Se están conociendo y la decisión de ser padres debería tomarse cuando la relación es más sólida, ¿pero eso es lo que estás esperando? —No quise mentirle, así que no le respondí —. ¿Qué es lo que vas a esperar, Anna?

Me alejé de él y respiré profundo porque ni siquiera tenía una respuesta para esas preguntas.

—¿La espera será para que tú cambies de opinión? —preguntó Javier—. ¿Dejarás tu sueño más deseado de lado porque el hombre con el que sales no tiene planeado tener hijos?

—Este sueño es mío —respondí—. Si él no desea lo mismo, no puedo obligarlo.

—¿Y tú si puedes renunciar a esto por él? —me gruñó—. ¡Joder tía! —No pude ni hablar, no tenía cómo defenderme—. Te has enamorado de ese tío, Anna…

—No es eso.

Javier se acercó a mí y tomó mis manos.

—Anna, estás dejando de lado tu sueño por él, por alguien a quien acabas de conocer… Si eso no es amor, no imagino qué podría ser. —No pude decirle nada al respecto—. Pero voy a decirte algo, porque soy tu amigo y te quiero… —Lo miré en silencio—. No hagas sacrificios por personas que no lo harían por ti, cariño. El amor debe venir de ambos lados, sino, no funcionará.

La puerta se abrió de nuevo y Andrés apareció frente a nosotros, miró nuestras manos y trató de ocultar su molestia.

—Buenas tardes —saludó Andrés.

—Hola —respondió Pilar—. ¿Cómo te va?

Javier se inclinó hacia mí y besó mis mejillas tomándose mucho tiempo para alejarse y cuando lo hizo extendió su mano hacia Andrés.

Aun cuando sabía que ninguno deseaba saludarse, se apretaron las manos por un corto tiempo y Javier me miró.

—Si cambias de opinión, mi propuesta sigue en pie —susurró—. Sería un honor para mí ayudarte a cumplir tu sueño de ser madre.

Palidecí al escucharlo, al saber que Andrés lo odiaría más por eso, pero Javier solo movió la cabeza en despedida y junto a Pilar dejaron la oficina.

—¿De qué mierda está hablando ese imbécil? —gruñó Andrés, respiré profundo y me apoyé en la mesa—. ¿Dime que estoy equivocado al pensar que ese idiota acaba de ofrecerse para tener hijos contigo?

—¡Ay, por favor! —dije aburrida—. No fue lo que quiso decir.

Andrés me miró esperando una explicación.

—Él sabe de la inseminación. Sabe que iba a buscar un donador, por eso se ofreció.

—¿Bromeaba?

—No, no bromeaba. —La rabia llegó a los ojos de Andrés—. Él fue sincero al ofrecerme su ayuda, y lo aprecio.

—¿Lo aprecias? —gruñó Andrés contra mí.

—¡Sí, lo aprecio! —respondí molesta por la forma en la que Andrés me hablaba—. Quizá tú no lo notes, pero ese ha sido mi sueño durante años y que él haya considerado la idea de ayudarme, es algo que aprecio de verdad.

—¡Pues quizá deberías aceptar su ofrecimiento! —gritó Andrés.

Iba a mandarlo a la mierda, pero la puerta de la oficina se abrió y Sebastián apareció frente a nosotros.

Por primera vez, el novio de Amelia, no tenía su sonrisa de comercial, su ceño estaba fruncido y su mal humor se fue directo hacia Andrés.

—¿Qué sucede contigo? —Lo escuché preguntarle.

Sin tener ganas de escuchar sus excusas, tomé mis cosas y dejé la oficina. Las ganas de llorar me invadieron apenas me alejé de él y aunque no quería hacer un drama, no podía evitarlo, aquella situación me superaba.

—¿Estás bien? —preguntó Amelia.

Asentí y casi corrí hacia el baño para arreglar mi maquillaje.

Abrí el grifo de agua y humedecí mi rostro intentando recuperar la calma que él y sus gritos se habían llevado.

—¡Idiota! —gruñí dolida.

Quería volver a esa oficina y mandarlo a la mierda.

—Anna —susurró Amelia al entrar al baño—. ¿Qué sucede?

—No va a funcionar. —Fue lo primero que dije, ella me miró confundida—. Andrés y yo… No funcionamos.

—¿De qué estás hablando? —preguntó acercándose más a mí—. ¿Discutieron de nuevo? —Yo solo asentí—. Cálmate, respira profundo.

Y lo hice, me tomé el tiempo para intentar controlar toda esa tristeza y decepción que sentía,

pero no funcionó, me sentía tan mal que las lágrimas regresaron a mis ojos.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó—. No me digas que de nuevo se puso celoso por Javier…

Controlando el nudo en mi garganta, le conté lo que había sucedido. Amelia frunció el ceño apenas comprendió lo que había pasado.

—Anna, déjalo. —Fue lo primero que me dijo.

La sola idea me causó un dolor profundo en el corazón.

—Será amigo de Sebas, pero es un idiota. —Estaba de acuerdo con ella—. No merece que tú sacrifiques ese sueño por él… No lo merece.

—Lo amo —confesé por primera vez—. No sé cómo sucedió, pero estoy enamorada de ese idiota…

Las lágrimas cayeron por mis mejillas cuando esas palabras salieron de mi boca. Amelia se acercó a mí y me abrazó.

No quería llorar, no quería que me consolara, pero lo necesitaba.

Me sentí mejor despues de echar afuera todo ese dolor que me estaba consumiendo.

—No puedo ir a la reunión —susurré secando mis mejillas—. ¿Puedes hacerte cargo?

—Claro que sí —respondió ella tomando un pañuelo de papel—. Ve a descansar, lo necesitas.

—Gracias —susurré besando sus mejillas.

—Te llamaré cuando me desocupe. Quizá quieras que tomemos algo, un café, un vino.

—Vale, me gustaría mucho.

Respiré profundo una vez más y salí del baño. Tomé el lado izquierdo del pasillo con el fin de evitar a todos los que sabía estaban esperando la reunión y me marché de la editorial.

Estaba sentada en el balcón con una taza humeante de café, tenía frio y estaba tan triste que la fiebre regresó, pero intenté no prestarle atención.

La medianoche había llegado, pero él no había aparecido, no había llamado y yo tampoco tuve la intención de hacerlo.

Cuando mi móvil empezó a vibrar, deseé ignorarlo, pero la imagen que apareció en la pantalla me hizo sonreír de inmediato.

Dejé la taza sobre la mesa y caminé hacia el sofá, acomodé mi cabello y acepté la llamada.

—¡Hola, cariño! —exclamé cuando el rostro de mi sobrina apareció.

—¡Bell! —gritó la pequeña emocionada—. ¿Dónde estás?

—Cariño, mío… Estoy en América. ¿Cómo vas tú? ¿Ya estás lista para tu fiesta?

—¡Sí! Mami ha comprado todo, será en la casa de la yaya. —Me sorprendió saberlo, pero no dije nada—. *¿Vendrás, verdad?*

—Cariño, no creo que pueda. —La pequeña se puso triste de inmediato—. Estaré en América aún y no creo que llegue a tiempo.

—Bell, tú nunca vienes a casa, la yaya está triste sin ti. Te extrañamos.

—Yo los extraños a ustedes —dije con sinceridad—. Prometo que iré apenas regrese.

—¿Promesa? —preguntó levantando su mano derecha e imité su movimiento—. Vale, pero si vienes para mi cumple seré muy feliz.

—Oh, mi hermosa niña —susurré con amor—. ¿Y tu mamá dónde está?

—Aún no baja, llegaré tarde al cole de nuevo.

Sonreí al recordar lo tardona que siempre había sido mi hermana y mi ánimo mejoró cuando mi sobrina empezó a contarme cosas de su cole y sus amigos. Era increible como su inocencia podía hacerme sentir mejor, pero esa calma no duró mucho porque la puerta se abríó detrás de

mí.

Ana hizo silencio y miró con atención a Andrés a través de la pantalla.

Giré la cámara cuando fui consciente de ello.

—¿Quién es, Bell?

—Cariño, tengo que irme, ¿vale?

—¿Quién es? —insisitió.

—Es un amigo.

—¿De tu trabajo en América? —interrogó la pequeña, yo asentí—. ¿Yo no conozco a nadie de América, puedo saludarlo?

—Quizá en otro momento, cariño.

Pero Andrés me sorprendió al aproximarse a mí. Se inclinó hasta estar de nuevo en la imagen de mi móvil y le regaló la más bonita de sus sonrisas a la pequeña del otro lado de la pantalla.

*—Hola, yo soy Andrés —*dijo con voz suave.

*—Yo soy Ana —*respondió la granujas agitando su manito.

—¿Ana? —preguntó Andrés, ella asintió—. Hermoso nombre.

—Mi madre me lo puso por la tía Bell.

—Hermoso como tu tía —dijo Andrés mirándome—. Y tú eres tan bonita como ella.

La niña sonrió con más gusto y yo me alejé de él.

—Vale, cariño, me tengo que ir.

—Vale, Bell, pero no olvides que prometiste visitarnos.

—No lo olvido, cariño, pórtate bien, ¿vale? Te quiero.

Terminé la llamada y respiré profundo antes de girarme hacia él.

Andrés estaba apoyado de la puerta del balcón y me miró en silencio durante unos segundos.

—No pensé encontrarte aquí —dijo y fruncí el ceño de inmediato—. Pensé que como la última vez que discutimos, te habías marchado a un hotel.

—No, pero si quieres que me vaya a un hotel…

—Anabelle… —me interrumpió—. No estoy diciendo que te vayas.

—Vale, entonces me iré a dormir.

Me giré y caminé hacia la escalera deseando escapar de su mirada.

*—¿Por qué no estuviste en la junta? —*preguntó.

Me detuve sin poder creer que estuviera preguntando eso.

—No tenía ganas de seguir discutiendo contigo —respondí con molestia y él solo me observó en silencio—. Y sigo sin quererlo. Estoy cansada, ¿puedo ir a dormir?

Me dio una de sus malas miradas.

—No voy a cambiar de opinión —dijo, lo miré sin entender—. Sobre tener hijos, no cambiaré de opinión.

Sentí un profundo dolor en el pecho al escucharlo.

—Y no quiero que pienses que en unos meses o unos años lo haré, porque no sucederá.

Sentí que con sus palabras tenía la intención de lastimarme y definitivamente, lo había logrado.

—Quizá no te conozca como te conoce Javier —agregó con amargura—, pero si vamos a vivir juntos quiero que lo tengas claro, que lo pienses bien y que no te hagas ilusiones, porque no tendremos hijos. Por lo menos yo no los tendré.

—Vale —respondí tragándome mi dolor—. Entonces, me lo pensaré… Y luego te aviso.

Andrés me miró sorprendido, y su molestía se hizo aún más visible.

Sin poder soportar seguir de pie frente a él y no romper a llorar, me giré y subí las escaleras

aun cuando deseé con el alma poder marcharme de allí, por lo menos esa noche no deseaba estar frente a él.

Me detuve en su habitación y con las lágrimas cayendo por mis mejillas decidí irme a la habitación de invitados. Caminé hacia ella, entré y pasé el seguro a la puerta.

Solo en ese momento me permití dejar que todo el dolor que estaba sintiendo se liberara, porque, aunque sabía que Andrés no iba a cambiar de opinión, la frialdad con la que me habló de un tema que sí era importante para mí, me rompió el corazón.

33 Andrés

Basta un error, un mínimo error, para que todo se vaya a la mierda, para que ese mundo perfecto que estabas construyendo, se derrumbe frente a ti y no puedas, por más que lo intentes, hacer nada para evitarlo.

*****

Estaba sentado sobre el sofá y Sebastián me miraba en silencio mientras bebía de su café. Había llegado muy temprano porque necesitaba hablar con él, necesitaba intentar escuchar a la única persona que me daría una opinión objetiva.

—No entiendo qué sucede contigo —dijo Sebastían—. Ayer estuviste gritándole y ya eso era bastante malo.

—No todos gozamos de una paciencia como la tuya, Sebastián.

—Pero sabes lo que es el respeto y la educación.

Ni siquiera podía defenderme, mi mejor amigo de nuevo tenía razón, había perdido el control a causa de Javier y no era capaz de evitarlo.

—¿Quieres explicarme por qué actúas así?

—Anna iba a hacerse una inseminación. —Sebastián no parecía sorprendido—. Empezó el proceso antes de venir.

—Lo sé —respondió Sebas—. Me lo dijo Amelia.

—¿No pensabas decírmelo?

—Imaginé que Anna iba a hacerlo.

Intenté no ponerme de peor humor y continué:

—Me enteré porque la secretaria de su doctora, llamó. Anna dijo que dejaría el tratamiento… ¡Pero el imbécil de Sálamo le ha ofrecido ser su donante de espermas!

Sebastián frunció el ceño.

—Esa es la razón por la que estoy así… ¡Ese imbécil!

—¿Ella dejará el tratamiento? —preguntó Sebastián, lo miré confundido—. ¿Por qué lo dejará?

—¿Por qué? Estamos juntos y yo no quiero tener hijos.

Sebastián frunció más el ceño.

—Nos estamos conociendo, Sebastián. Tengo planes a futuro con ella, pero ya sabes que no me interesa la idea de ser padre.

—No te interesa desde que te sentiste aliviado de no haber tenido hijos con Luciana, porque de lo contrario estarías unido a ella siempre.

—¡Da igual! —dije molesto—. Anna está de acuerdo, pero este imbécil le dijo frente a mí que le encantaría ayudarla a ser madre, le ofreció ser su donante.

—¿Y eso lo hace una mala persona? —preguntó Sebastián—. Yo no lo creo.

Me puse de pie y lo miré furioso.

—¿Eres mi amigo o mi enemigo?

—Ser tu amigo no me hace estar de acuerdo siempre contigo —respondió con calma—. Sobre todo cuando eres quien está en un error.

—¡No me jodas, Sebastián!

—¿Qué es lo que te molesta, Andrés? ¿Que Sálamo le haya ofrecido su ayuda o que Anna

pueda darse cuenta de que a su amigo le importa más su felicidad que a ti?

Me congelé al escucharlo.

—¿De qué mierda estás hablando?

—De que lo único que he escuchado hasta ahora es lo que a ti te molesta —respondió Sebastián con una voz más calmada—. Lo que tú no quieres, pero no me has dicho cuán preocupado estás por Anabelle, por lo que ella quiere…

Sebastián masajeó su frente y sabía que estaba intentando buscar las palabras correctas para hablar conmigo y no mandarme a la mierda como imaginaba estaba deseando.

—¿Quieres que acepte tener hijos, aunque no los quiera, solo para que ella sea feliz? —cuestioné incrédulo—. ¿Importa lo que yo deseo?

—Debería importar el deseo de ambos —respondió Sebastián—. Deberían discutirlo, pensarlo, tanto ella como tú, buscar opciones… Pero mientras hablas conmigo, sigues diciendo solo lo que tú quieres.

—Sebastián, estoy planeando una vida con una mujer que conocí hace dos meses y de la que me he enamorado —me defendí—. No quería tener relación y por ella cambié de opinión, porque la quiero.

Sebastián me miró en silencio.

—La llevé a mi casa y planeo, de ser posible, compartir mi vida con Anna, pero no quiero tener hijos y eso no me convierte en un mal hombre.

—No he dicho que lo seas, solo estoy diciendo que si Anna puede intentar renunciar a su sueño de ser madre por ti, merecía que tú siquiera te lo pensaras un poco más.

Me negaba a darle la razon, aún estaba enfadado por lo sucedido y no era capaz de admitir que quizá mi mejor amigo, tenía razón.

—Siempre has sido así —acusó Sebastián—. Cuando estás enojado ni siquiera eres capaz de escuchar, te encierras en tu terquedad y no prestas atención a nada.

—No soy perfecto como tú… Lo siento.

—¡No me jodas! —gruñó Sebastián aburrido—. Deja de actuar como un adolescente celoso a causa de Sálamo, ni siquiera yo me comporto de ese modo y tendría motivos —me recordó—. Lo que menos importa aquí es él, pero parece que no te has dado cuenta.

No pude defenderme porque él tenía razón, era el idiota del escritor quien me tenía alterado y no podia controlarlo.

—Tengo la impresión de que todo lo que dijiste fue solo para lastimarla.

De nuevo no pude defenderme.

—Como te dije, entiendo que no quieras tener hijos, pero lo que no me queda claro es tu actitud arrogante y machista.

*—No soy machista —*me defendí.

—Pues de ese modo te comportas —me acusó él—. Hablas y dices las cosas que quieres, que necesitas, y esperas que Anna te complazca ciegamente sin importante lo que ella pueda estar sintiendo.

Me alejé de él al darme cuenta de que no iba a poder defenderme.

—Lo que le dijiste en la editorial no estuvo bien —me reprochó—. Te estás dejando llevar por tu mal humor, por tus ridículos celos y estás intentando hacerla sufrir con tus palabras. Estás pensando solo en ti y perdón, pero no esperes que te dé la razón porque no la tienes.

Los celos se relajaron un poco gracias a los regaños de Sebas, pero aún seguía molesto y dolido por la forma como ella había aceptado el hecho de pensarse mejor las cosas. Me dolía ver la facilidad con la que ella podía mandar a la mierda lo que tenemos.

—No te digo que cambies de opinión sobre los hijos —aclaró Sebastián—. Lo que intento decir es que si sabes que eso es importante para ella, por lo menos debes valorar el hecho de que esté dispuesta a renunciar a ello por ti. —Respiré profundo y solo lo miré.

Y ahí estaba la culpa, esa que me atrapaba cada vez que hacía estupideces y era Sebastían quien me hacía ver mi error. Un error que en ese momento sentí, iba a costarme muy caro.

—¡Mierda! —exclamé masajeando mis ojos.

Sebastián se puso de pie y apretó mi hombro.

—No dejes que tus miedos te dominen —aconsejó—*. No actúes como un cretino con alguien que te está eligiendo por sobre sus sueños.*

Y claro, de nuevo Sebastían 'perfección' Bécquer tenía razon.

Miré la hora sobre mi reloj, era mediodía y no había sabido nada de ella. Ni siquiera había podido dormir sin ella a mi lado, pero el orgullo no me dejó ir a la habitación donde estaba.

Sabía que la había jodido a lo grande y debía hacerme cargo de las consecuencias de mis errores.

—¿Sabes dónde es la feria? —pregunté.

Sebastián se sorprendió, asintió e iba a responder, pero el sonido de su móvil nos interrumpió.

Me pidió que esperara un momento y tomó la llamada.

—Hola, cielo —susurró al responder.

Tomé mi movil y estaba pensando en escribirle un mensaje a Anna, pero no se me ocurrió nada adecuado en ese momento.

—¿Pero ella está bien? —preguntó Sebastián con preocupación.

Lo miré preocupado también sin saber lo que sucedía.

—¿A dónde la llevarás? —Mi preocupación aumentó al pensar en Antonieta—. Está bien, saldré para allá de inmediato. Te amo.

—¿Qué sucede? —pregunté apenas terminó la llamada.

—Anna no se siente bien. —Mi cuerpo se enfrió en segundos—. Amelia la está llevando al hospital para que la revisen. Tiene calentura.

—¡Mierda! —gruñí tomando mis cosas—. ¿A qué hospital la llevará?

—Sutter —respondió Sebastián—. Vayamos en tu auto, yo volveré con Amelia cuando te lleves a Anna a casa.

Salimos casi corriendo de su casa y durante el trayecto al hospital la culpa me inviadió sabiendo que era responsable de su estado.

Cuando llegamos al lugar, no se nos hizo difícil ver a Amelia de pie en la sala de espera. Mi preocupacion aumentó al no ver a Anna a su lado.

—¿Dónde está? —pregunté cuando estuvimos frente a Amelia.

—No hacía falta que vinieras tú —respondió ella molesta—. Esto es culpa tuya.

—Amelia —susurró Sebastián tomándole la mano para calmarla.

—¡Amelia nada! —dijo ella molesta—. *¿Acaso estoy mintiendo?* Ninguno de los dos respondimos, pero una puerta se abrió detrás de Amelia y esta giró hacia la enfermera.

—¿Ya la han atendido?

—Aún no —respondió la mujer vestida de azul—. Vamos a hacerle una prueba de rutina antes de aplicarle cualquier medicamento.

—¿Puedo verla? —pregunté, la enfermera me miró—. Soy su novio… ¿Puedo verla?

—Sí —respondió—. En un momento vendrán a sacarle sangre y después la doctora vendrá a atenderla.

Asentí y cuando la enfermera se marchó yo caminé hacia la habitación.

—Espero que no hayas venido a hacerla sentir peor —gruñó Amelia—, porque parece que es tu intención últimamente.

—No te diré lo que deseo porque sé que estás preocupada por ella —gruñí—, pero no te pases, Amelia.

Aunque sé que mi voz amenazadora la asustó, Amelia lo disimuló bastante bien. Sin tener nada más que decir, caminé hacia la puerta de la habitación donde suponía estaba Anna.

Al entrar la encontré acostada sobre una cama blanca, tenía los ojos cerrados y llevaba una vía en su mano izquierda desde la cual le estaban administrando suero.

Me detuve donde estaba y traté de calmar la preocupación que me atrapó al verla así.

—¿Ame? —susurró Anna sin abrir los ojos—. Eres una exagerada, ya me siento mejor, pero por tu culpa van a sacarme sangre y eso sí me hará sentir mal.

—Soy yo —susurré.

Anna abrió los ojos de inmediato y frunció el ceño al verme.

—Amelia nunca me escucha —se quejó—. Le dije que no preocupara a nadie, menos a ti.

—No me avisó, estaba con Sebastián cuando llamó.

Me acerqué a ella y puse mi mano sobre su frente notando la evidente calentura que tenía.

—Estoy bien —susurró Anna alejándose de mí—. *No era necesario que vinieras.*

Estaba enfadada y aunque yo aún sentía que los celos quemaban dentro de mi pecho, entendí su razonable molestia.

—Lo siento —susurré, ella ni siquiera me miró—. Fui un idiota.

—¿Cuándo? —preguntó mirándome molesta—. ¿Cuando dijiste que aceptara a Javier como donante? —Quise decirle que no me recordara ese momento, pero no dije nada—. ¿Cuando me dijiste que no sueñe con tener hijos contigo o cuando me aconsejaste pensar mejor sobre nosotros?

Las lágrimas brillaron en sus ojos al recordar todo lo que yo le había dicho y me sentí aún peor. Quise disculparme, pero la puerta se abrió y otra enfermera apareció.

Me hice a un lado para dejarla hacer su trabajo y lamenté ver a Anna limpiando sus mejillas.

—Voy a tomar muestras de tu sangre —anunció la mujer sentándose a su lado, Anna asintió —. Descartaremos alguna bacteria, que posiblemente es lo que está causando la infección y además, haremos una prueba de embarazo ya que no recuerdas la fecha de tu último periodo.

—Le dije a la doctora que no soy regular —informó Anabelle.

—Sí, pero para medicarte debemos cerciorarnos de que no estás embarazada.

—Vale —respondió aburrida—. No es necesario, pero está bien.

Anna giró en mi dirección cuando la enfermera preparó su jeringa y aunque sabía que ella lo que menos deseaba era tenerme allí, me acerqué y tomé su mano libre.

Ella cerró los ojos, no sé si por mí o por lo que iban a hacerle, pero cuando sintió el pinchazo de la aguja, apretó mi mano con más fuerza.

—Listo —susurró enfermera pocos segundos después.

—¿Pueden darle algo para bajarle la fiebre? —pregunté.

—No se preocupe —respondió la mujer tomando su muestra—. La prueba de embarazo estará lista en cinco minutos, si sale negativa le administraremos un antipirético y en dos horas que estén los resultados de las demás pruebas la doctora podrá medicarla correctamente.

—Gracias —respondí.

La mujer sonrió y salió de la habitación dejándolos solos.

—No entiendo por qué no me escuchan —se quejó Anna—. Voy a tener que pedir un certificado de esterilidad para que dejen de hacerme la puta prueba cada vez que enfermo.

—No te preocupes, en unos minutos van a atenderte —me incliné y besé su frente, Anna suspiró—. Lo siento, princesa.

Ella con el ceño aún fruncido me miró y yo esperé un poco más de sus gritos, esos que sabía le ayudarían a relajar su molestia, pero un golpe en la puerta volvió a interrumpirnos y poco después Amelia entró.

—¿Te sientes bien?

—Me sentiré mejor cuando me vaya de aquí —respondió Anna.

—Espero mejores pronto, Anna —dijo Sebastián.

—Se me pasará pronto —aseguró ella—. ¿Podrían ir a la feria? Carol se quedó sola.

—No me iré —repitió Amelia—. No te dejaré sola.

Se ganó una de mis peores miradas por ese estúpido comentario, pero ella ni siquiera lo notó.

—Si quieres —susurró Amelia—, cuando te dejen ir, puedes quedarte con nosotros.

—Amelia —gruñí, ella me miró con mala cara—. Estás colmando mi paciencia.

—Esa es mi intención —respondió retándome.

Miré hacia Sebastián esperando que hiciera algo con su novia, pero él incluso estaba sonriendo ante la valentía que mostraba su chica.

—Cielo, esperemos afuera —susurró mi amigo—. *Somos demasiados en esta habitación.*

—Esperen ustedes afuera —respondió ella—. No quiero arriesgarme a que tu amigo diga alguna estupidez y la enferme más.

Ni siquiera podía creer lo atrevida que era Amelia, lo ligera de su lengua y esa valentía que parecía no disminuir nunca.

—Con esa carita tan dulce —susurró Anna mirando a la problemática mujer de Sebastián—, nadie creería el carácter de mierda que tienes, tía. —Ambas rieron—. Ve a la feria, por favor.

—No. Esperaré tus resultados y cuando te dejen ir, volveré.

Anna asintió sabiendo que no iba a convencerla y gracias al cielo Sebas la sacó de la habitación.

Miré la hora en mi reloj al ver que nadie aparecía para tenderla. Me aproximé a ella y toqué su frente con preocupación.

—Han pasado más de diez minutos —me quejé—. Iré a preguntar por qué tardan.

Caminé hacia la puerta, pero esta se abrió y una mujer vestida de blanco sonrió al vernos.

—Hola —saludó extendiendo su mano hacia mí y la tomé—. ¿Anabelle Mondedeu? —preguntó mirándola, Anna asintió—. Soy la doctora Isabel Marlin.

La mujer entró, tomó el termómetro y lo puso sobre el puño de Anna.

—Sigue con mucha fiebre —me quejé.

—¿Es su esposo? —preguntó la mujer.

—Soy su novio —respondí—. ¿Por qué tardan tanto en atenderla?

—No se preocupe, en un momento vendrá un especialista para poder darle el mejor tratamiento.

—¿Otro doctor? —pregunté molesto—. ¿Acaso usted no puede hacerlo?

—No. Su novia necesita de un especialista para tratarla, no se preocupe, llegará pronto.

—Está bien —respondió Anna creo que intentando tranquilizarme—. Solo necesito algo para bajar la fiebre.

—Se lo daremos, el ginecólogo sabrá qué medicamos puede tomar.

—¿El ginecólogo? —preguntó ella sorprendida.

La doctora sonrió y me miró con alegría.

—Sí, va necesitar de él por unos cuantos meses —respondió.

Anna, cerró los ojos y respiró profundo, yo no entendía nada.

—¡Felicidades, van a ser padres!

Mi cuerpo se enfrió en segundos al escucharla y miré a Anna esperando que dijera algo.

—No lo estoy —aseguró ella con tranquilidad—. Es imposible…

—No lo es —insistió la mujer extendiendo el sobre de las pruebas hacia mí—. Los exámenes que te realizamos han dado positivo, estás gestando.

Mi mano tembló cuando tomé el sobre.

—Es un error —susurró Anabelle mirándome y luego giró hacia la mujer—. *Sufro de fallo ovárico prematuro, no puedo concebir de forma natural. Esos exámenes deben haber arrojado un falso positivo a causa de mis desniveles hormonales.*

La doctora y yo la miramos confundidos.

—No es la primera vez —lamentó Anna—. Créame, no estoy embarazada.

La doctora respiró profundo y asintió.

—Bueno, tendremos que hacer una segunda prueba para confirmarlo.

—Vale, pero ¿puede ser una ecografía? —sugirió Anabelle—. No me gustas las jeringas… ¿Podría hacerme una ecografía?

—Claro —respondió la mujer—. Le pediré al ginecólogo que venga aquí para hacerla.

—Gracias.

La mujer salió de la habitación y aún con el sobre en la mano no me atreví a abrirlo. La sola idea de que ella estuviera embarazada me causaba un terror que no había experimentado nunca.

—No te preocupes —me dijo—. *Es solo un falso positivo.*

Quise decirle que no entendía muy bien ese témino, pero deseaba de corazón que no estuviera embarazada.

Pensé en la posibilidad de que le hubieran dado la prueba de alguien más, así que esperanzado la abrí, pero su nombre ocupaba la primera línea y la palabra *positivo* que estaba en el centro de la hoja, acabó conmigo.

—¿Y si no lo es? —pregunté horrorizado—. *¿Y si realmente estás embarazada?*

Ella respiró profundo y negó.

—No lo estoy.

—¿Y si lo estuvieras? —pregunté nervioso—. No nos hemos protegido porque dijiste que no era necesario. Creí en toda esa historia de tu infertilidad y ahora estamos aquí.

—No es una historia —se defendió Anna—. *¡Es mi puta realidad!*

La miré molesto, por sus gritos, por lo irresponsable que fuimos, por la idea de que esto no fuera un error. Estaba molesto por la discusión que tuvimos por culpa del escritor, por no haber dormido a su lado aun teniendola tan cerca y en ese momento sentí que iba a explotar.

—No estoy embarazada —repitió ofendida—. No te preocupes, no tendrás hijos conmigo.

—Anna no es el momento para un drama. ¡Esto es serio!

Caminé por toda la habitación como un gato enjaulado, pero era de ese modo como se estaba sintiendo: acorralado.

Y por más que pensaba en todas las posibilidades, no lograba encontrar la salida a todo ese caos.

La puerta se abrió y Amelia apareció de nuevo.

—¿Qué pasó? —preguntó al entrar—. ¿Qué dijo la doctora?

Anabelle no les respondió.

—¿Andrés? —susurró Sebastián.

Intenté calmarme para poder pensar con claridad y encontrar una solución a todo ese

problema.

—Le harán otra prueba de embarazo —respondí—. Esta dio positivo.

Sebastián me miró preocupado, pero Amelia no parecía sorprendida.

—Es un falso positivo —aclaró Anna con molestia.

Amelia se acercó a ella y le acarició su cabello.

—No te preocupes —la escuché decirle—, **debe ser tu problema hormonal.** *No es la primera vez que sucede.*

En ese momento deseé creerle, deseé pensar en esa posibilidad, pero imaginé lo que sería tener un hijo con Anabelle, la imaginé marchándose cada vez que discutieramos, imaginé la vida de ese niño con nosotros de padres y no me gustó nada lo que vi.

—Cálmate —susurró Sebastián—. No estás ayudándola.

Sabía que él tenía razón, pero no podía evitarlo.

Respiré profundo y asentí, me tomé un momento para tranquilizarme y volví junto a ella.

—No te preocupes —susurré, intenté tomar su mano, pero ella se alejó—. Sea cual sea el resultado, lo resolveremos.

Anna ni siquiera me miró.

—Siempre se puede recurrir a un aborto —medité.

Cuando la mirada de todos se fue sobre mí y me regalaron toda su molestia fui consciente de la tamaña estupidez que había dicho.

—Vete… —susurró sin mirarme—. ¡Sal de aquí!

—Anna… —Fue lo único que pude decir.

—¡Vete! —gritó ella contra mí—. Desaparece de mi vista.

Y las lárgimas cayeron en cascadas sobre sus mejillas.

—¡Desaparece de mi vida!

Me quedé inmóvil y solo en ese momento fui consciente de todas las estupideces que había dicho. Mientras Anabelle lloraba mirándome, supe que algo se estaba quebrando entre nosotros y que yo era el total responsable de lo que ocurriría a partir de ese momento.

34 Andrés.

La historia entre el dragón y la princesa nunca fue una historia de amor. No era ese el cuento de hadas que solían contarte, porque nadie nunca te dirá que debes enamorarte de quien tarde o temprano podría hacerte daño. Nadie nunca te contará una historia donde la princesa logra con su amor convertir al dragón en su príncipe. Ni el dragón puede intentar cambiar para merecer el amor de su princesa, porque aunque lo deseemos con el alma hay historias a las que no le podemos poner un final feliz.

*****

Caminé fuera del hospital sintiendo que iba a asfixiarme.

—¡Serás imbécil! —gritó Amelia detrás de mí.

La miré y en ese momento no pude enfadarme por sus gritos, los merecía, obviamente sabía que yo los merecía.

—¡No puedo creer que hayas dicho eso! —gritó ella—. ¿Cómo puedes ser tan cretino?

La miré en silencio soportando sus gritos.

—Amelia, entra —pidió Sebastián tomándola de la cintura, ella lo miró molesta—. Entra, yo me encargo de él.

—¡Mereces a la mujer que tenías! —gritó Amelia sobre mí—. No a Anabelle.

Se liberó de Sebastián y furiosa regresó a la sala de espera.

Yo me apoyé de un auto y esperé ser juzgado por mi mejor amigo.

—¿En qué demonios pensabas cuando dijiste eso? —gritó Sebastián.

Era tan difícil lograr que él siquiera levantara la voz y en ese momento lo hizo, con justa razón lo hizo. Pensé decir algo en mi defensa, pero me di cuenta de que nada de lo que dijera podía justificar mi comportamiento.

—¡Anabelle muere por ser madre! —gritó el hombre que casi nunca levantaba la voz—. ¿Como se te ocurre sugerirle un aborto? —me mantuve en silencio y solo lo miré—. ¿Qué demonios pasa contigo?

—Entré en pánico. —Fue lo mejor que pude decir.

—¡Pánico una mierda, Andrés! —gritó de nuevo mi mejor amigo—. *¡Pánico sentí yo a mis dieciocho años cuando Marcela me dijo que estaba embarazada! ¿Pero tú? ¿A tu edad? ¡No me jodas!*

Masajeé mi rostro sintiéndome miserable.

—No puedo creer que a un hombre de tu edad, con tu madurez y posición, solo se le haya ocurrido mencionar un aborto en un momento como este.

—Ya Sebastián. Sé que dije una estupidez.

—¿Una estupidez? —preguntó incrédulo—. Estupidez es que sientas celoso de Sálamo, estupidez es que te asuste tanto la paternidad, pero lo que has dicho dentro de esa habitación, eso no tiene nombre.

Sentí que la cabeza me iba a explotar del dolor, pero Sebastián no parecía estar dispuesto a callarse.

—Cuando Marcela salió embarazada, todos nos sugirieron abortar —recordó Sebastián—. ¿Y qué fue lo que dijiste tú?

Lo miré avergonzado.

—Me dijiste que los hombres asumen las consecuencias de sus actos, no escapan de ellas. Me dijiste que solo un cobarde tomaría la salida fácil, pues hoy, ¡tú eres un cobarde!

Y ese fue el golpe de gracia que acabó conmigo, esas fueron las palabras que nunca iba a olvidar, ni la mirada de decepción de mi mejor amigo, ni el dolor que vi en los ojos Anna.

—Y lo eres —insistió Sebastián con una voz más baja—. Porque la única razón por la que no quieres tener hijos es porque te aterra la idea de tener un hijo con ella y que un buen día los pierdas a ambos.

El dolor en mi pecho se hizo más fuerte, más real, más doloroso.

—Pero escucha bien lo que voy a decirte —susurró Sebastián con tristeza—: Lo único real, puro y mío, es mi hija.

*S*e me dificultó mirarlo por las lágrimas que habían invadido mis ojos.

—Pude soportar un divorcio, estuve diez años solo y nunca me derrumbé porque tenía a Anto. Soporté casi dos años sin Amelia, porque mi hija estaba conmigo. El mundo se puede ir a la mierda, pero si Antonieta está a mi lado, no voy a caer. Nunca voy a caer. Porque un hijo no te hace débil, Andrés. Te hace fuerte, te hace valiente.

Limpié mis mejillas y respiré profundo para dejar de llorar.

—Si realmente no quisieras un hijo, yo lo entendería, pero lo tuyo es pura cobardía. —Continué en silencio, aceptando sus palabras—. Y espero equivocarme, pero dudo que Anabelle vaya a perdonarte después de esto.

Sebastián se giró en sus zapatos y regresó dentro del hospital dejándome solo ahogarme con mi remordimiento.

Cerca de dos horas estuve fuera del hospital, sin atreverme a entrar, pero no me moví de la entrada a la espera de Anna.

Había visto al doctor salir de la habitación y una enfermera entró poco después, pero nada más había pasado.

Cuando mi reloj marcó las tres de la tarde, la puerta de la habitación de Anna se abrió y corriendo el riesgo de que volviera a echarme, caminé hacia allá.

Ella estaba de pie junto a la doctora.

—La fiebre ha bajado —dijo la mujer—. Debe ser viral, pronto se sentirá muy bien, pero si continúan las molestias, tendrá que venir para hacerle unos estudios más completos.

—Gracias —susurró Anabelle.

La mujer me sonrió y se marchó.

—Mi auto está en la entrada —dije.

—No iré contigo —respondió Anna.

Ni siquiera fui capaz de contradecirla, no cuando sus ojos delataban lo mucho que había llorado por mi culpa.

—Iremos a mi casa —intervino Sebastián.

—No es necesario —respondió Anna tajante—. Iré al hotel, mañana tengo que estar temprano en el aeropuerto y…

—Anabelle —interrumpió Sebastián, ella lo miró en silencio—. Entiendo cómo te sientes y quizá desees estar sola, pero no vamos a dejarte, estás enferma y podrías sentirte mal por la noche.

—Sebastián… —susurró ella.

—Irás con nosotros —insisitó Sebas—. Prometo que no te molestaremos. Y mañana, si te sientes bien, tomarás ese vuelo.

—Lo tomaré aunque no me sienta bien —aseguró Anna—. No quiero estar un día más aquí.

Sentí sus palabras como un golpe seco en mi pecho, pero lo merecía.

Amelia apareció con una bolsa de medicamentos y sostuvo del brazo a Anna.

—Necesito sacar mis cosas de su casa —susurró Anabelle.

—Sebastián irá por ellas —respondió Amelia—. Tú no te preocupes.

Caminé detrás de ellas con la intención de interrumpirlas, pero Sebastián me detuvo a la salida del hospital.

—Déjala en paz —me ordenó con mala cara.

—Necesito hablar con ella, necesito saber si está embarazada.

—No te preocupes —respondió Sebastián—. Si lo está, seguro que aún puede abortarlo. —Lo miré furioso—. Iré por sus cosas más tarde.

—Sebastián…

—No te acerques a mi casa —ordenó con firmeza—. Ha tenido suficiente por hoy, ¿no crees?

—Se irá mañana. Necesito hablar con ella.

—Ella no está interesada y esta vez no voy a apoyarte.

Anna subió a la parte trasera del auto y Sebastián tomó las llaves cuando Amelia se las dio. Ninguno volvió a mirarme y solo me quedé de pie mirándolos partir sin poder hacer nada para impedirlo, porque incluso Sebastián estaba furioso conmigo.

Al llegar a casa, lancé mis llaves y caminé hacia la cocina, tomé una botella de vino, una copa y me quité la camisa para dejarme caer sobre el sofá y beber hasta que el dolor despareciera.

Me sentía miserable y las palabras de Sebastián seguían golpeándome con fuerza, aumentando mi dolor y vergüenza. Había actuado como un idiota, desde el inicio, desde que la conocí y me dolía que hubiera necesitado de los gritos de mi mejor amigo para entenderlo, para darme cuenta de mi gran error.

Ni siquiera después de beber casi toda la botella, el dolor se calmó, era insoportable, casi como el dolor que me ocasionó Luciana cuando dijo que sentía algo por Sebastián, y aunque no hubiera creído que algo dolería más que eso, me había equivocado, porque en ese momento, el dolor era peor, mucho peor.

El sonido del timbre me hizo levantar la mirada, una parte de mí, deseó que fuera Anabelle, pero incluso estando ebrio, sabía que eso no sucedería.

—¡Andrés abre! —gritó Carol desde el pasillo.

Cerré los ojos al escuchar la voz de mi mejor amiga y después de unos segundos me puso de pie, caminé hacia la puerta y abrí.

—¡Oh, mierda! —susurró Carol con preocupación—. Dios, qué mal te ves.

—Gracias —respondí girándome en mis pies descalzos.

Regresé a la cocina y tomé otra botella de vino mientras ella se quitaba el abrigo y me miraba con pesar.

—Si no fuera porque me lo dijo Sebastián, no podía creerlo —empezó a decir—. ¿En verdad le sugeriste abortar?

—Lo hice —admití con vergüenza—. Lo hice.

—¿Qué pasa contigo? —preguntó ella con tristeza—. ¿Por qué hiciste eso?

Me encogí de hombros y luché con esas putas lágrimas que parecían no querer dejarme en paz.

—Algo dentro de mí se quebró cuando me separé de Luciana —admití—. Durante dos años

viví sintiendo el dolor de esa ruptura.

—Cariño… —susurró Carol tomando mis manos—. Ella no merece tu sufrimiento.

Bebí de mi vino y asentí.

*—No la amaba más —*susurré*—, pero el dolor seguía allí, el vacío, la soledad, la rabia… Todo seguía, menos el amor que le tenía.*

Los ojos de Carol también se llenaron de lágrimas.

—Pero soy hombre, y los hombres no lloramos —me burlé limpiando las lágrimas que humedecieron mis mejillas—. Los hombres follamos y no necesitamos nada más… Pero entonces la vi…

Ni siquiera estando tan triste pude evitar sonreír al pensar en Anna.

—Fue a través del teléfono de Amelia, pero te juro por mi vida, que me enamoré.

Carol me miró confundida, sorprendida.

—Ella fue odiosa conmigo —recordé—. Y su mala actitud hizo que mi estúpido corazón volviera a latir. Después de dos años, aún podía latir… Y yo no podía creerlo.

*—Cariño mío —*susurró Carol limpiándome las mejillas.

—Hasta ese día no creí que pudiera ser posible enamorarse de alguien a primera vista, pero yo me enamoré de ella.

Las lágrimas caían por mis mejillas, pero yo sonreía.

—Luego la vi en el club Medianoche y otra vez mi corazón enloqueció. —Carol sonrió escuchándome—. Ni siquiera cuando era adolescente me sentí tan estúpido.

Carol me acarició la mejilla y suspiró.

—Escuché que iba a divorciarse y me alejé porque imaginé el dolor que estaba sintiendo… Porque imaginé cuán difícil debía ser todo para ella, pero luego me habló, sin saber que era yo… Llevábamos antifaces… Ella me habló y no pude alejarme.

Bebí del vino directo de la botella y luché por calmarme.

—Luego la volví a ver en la fiesta de Amelia —susurré recordando ese momento—. También fue odiosa y eso me encantó. No pude dejar de mirarla durante toda la fiesta, de preguntarme cómo podía ella alterarme con su sola presencia… ¡A mí! A un hombre como yo que nada parecía impresionar, pero ella lo hizo.

Carol me escuchaba en silencio, sorprendida.

—La besé esa noche, no en un club, no en una fiesta swinger, la besé en el jardín de una casa y deseé con mi alma tener ese beso por mucho más tiempo.

—No me contaste nada de esto— susurró Carol.

—¿Cómo podía hacerlo? ¿Cómo podía contarles que yo, el Donjuan, estaba embobado por una española?

Recordar la noche que la vi en el restaurante con el escritor, de nuevo alteró mis celos.

—La encontré de nuevo por casualidad en el hotel donde me hospedaba. Pasé la noche con ella y no pude dormir, no pude dejar de mirarla, de admirarla, de desear que ella pudiera ser parte de mi vida, de maldecir al puto destino por haberla puesto en mi camino tan tarde.

—¿Tarde por qué?

—Porque ella y yo estábamos rotos —confesé con dolor—. Porque ella se estaba divorciando y yo sabía que lo que menos necesitaba era iniciar una relación, así que fingí que solo era sexo, pero mi corazón enloquecía por ella… ¡Me enamoré de Anna!

—¡Eso es maravilloso! —dijo Carol—. No entiendo por qué demonios estás jodiéndolo todo… ¿Qué pasa contigo?

—Ella me quiere —respondí con una voz dolorosa—, pero sé que no me ama y no sé si me

amará algún día.

—Cariño, ella se veía feliz contigo.

—Y yo quería tenerla el tiempo que le durara esa felicidad —admití con dolor—. Quería abrazarla hasta que sus alas se curaran y ella pudiera volar, pero la he lastimado… La he perdido, Carol, y me estoy muriendo.

Carol solo me abrazó, como aquella noche cuando Luciana confesó que sentía algo por mi mejor amigo. Carol de nuevo estaba consolándome, protegiéndome y yo me sentí tan agradecido de tenerla.

Cuando el despertador vibró, salté del sofá. Aún estaba abrió, todo giraba en mi cabeza, pero la pantalla del móvil me avisaba que el vuelo de Anna estaba por partir.

Sin perder un segundo, corrí hacia el baño para tomar una ducha antes de ir a verla, antes de intentar por última vez arreglar el caos que había ocasionado.

Cuando estuve en el auto, pensé si sería mejor ir al aeropuerto o intentar verla en la casa de Sebastián, pero al saber que en el aeropuerto estarían Javier y Pilar, me fue fácil tomar una decisión.

Conduje con prisa hasta la casa de Sebastián, pero al llegar, por primera vez, no fui capaz de entrar, no después de lo que había ocurrido, así que estacioné en la calle y bajé.

Me acomodé la ropa y toqué el timbre.

Impaciente esperé que alguien respondiera, poco después la pantalla se encendió y mi mejor amigo se sorprendió al verme. Pensé que me echaría, pero abrió la puerta para mí.

Caminé por el jardín hasta llegar a la entrada de la casa justo cuando la puerta se abrió. Sebastián me miró preocupado y aunque sabía que seguía enfado conmigo, él extendió su mano y yo la tomé.

—¿Sigue aquí? —pregunté.

Sebastián asintió.

—Pero ya está lista para irse.

—Necesito hablar con ella… —susurré.

—¡Ni lo sueñes! —exclamó Amelia desde algún lugar donde no la pude ver en ese momento.

Sebastián me invitó a pasar y me encontré con su pequeña y problemática mujer regalándome todo su odio.

—No ha dejado de llorar por tu culpa… —me gritó.

El dolor en el pecho me dificultó respirar y Sebastián me miró preocupado, intenté disimular.

—¡Amelia! —exclamó Sebastián—. Es suficiente.

Ella se sorprendió al escuchar el tono firme en su voz.

—Ella no quiere verlo.

—Pues será ella quien se lo diga —respondió Sebastián y giró a mirarme—. Entra Andrés, Anna está en la habitación de Anto.

Ni siquiera me tomé un segundo más y caminé hacia la escalera, pero Amelia se atravesó en mi camino.

—Amelia —gruñó Sebastián, ella lo ignoró.

—¡Espero de corazón que te mande a la mierda! —Fue todo lo que me dijo y luego se apartó de mi camino.

Respiré profundo y terminé de subir las escaleras con rapidez, llegué hasta la habitación de Anto y me detuve en la entrada cuando la vi abierta.

Anna estaba con su pasaporte en la mano y la tensión que apareció de pronto en sus hombros

me hizo saber que se había dado cuenta de que estaba allí, así que me atreví a entrar a la habitación.

—¿Podemos hablar?

Sin responderme, la vi caminar hacia el velador, tomó un sobre con el logo del hospital, tomó aire y se giró hacia mí.

Me sentí miserable al ver sus ojos inflamados, al ver cuánto la estaba haciendo sufrir.

—Son los resultados de la segunda prueba de sangre, me la repitieron —dijo extendiéndomelo, no me moví—. Les pedí esto para ti.

No lo tomé y ella lo dejó sobre la cama.

—No estoy embarazada. Como te dije, no puedo tener hijos —su voz se quebró—. He vivido este… error, varias veces y en cada una de ellas, me he sentido horrible.

—Anna…

—Es horrible querer algo y no poder tenerlo —susurró con dolor—. Es horrible que esos resultados fallen y te ilusionen. —Las lágrimas se acumularon en sus ojos—. Es horrible cuando te dicen que fue un error.

Di un paso hacia ella, pero retrocedió.

—Pero lo de ayer lo superó —su voz se quebró y yo me sentí el peor hombre del mundo—. Escuchar eso de 'estás embarazada', me dolió, como siempre… Pero tu actitud acabó conmigo.

—Hermosa, lo siento tanto...

—Pero entendí tu miedo, o traté de entenderlo. Intenté explicarte que solo era un error, un doloroso error para mí. Y tú, en lugar de ponerte un puto segundo en mi lugar, sugeriste un aborto.

—¡Anna, perdóname!

—¿Tienes una puta idea lo que es eso para mí?

No pude soportar el dolor que estaba sintiendo al verla sufrir de ese modo y al igual que ella, dejé caer las lágrimas que se acumularon en mis ojos.

—Iba a renunciar a mi sueño de ser madre por ti. Por aferrarme a ese sentimiento bonito y loco que despertabas en mí, a esa paz, esa felicidad inexplicable que sentía cuando estaba contigo, pero ayer… Ayer te vi. Te conocí realmente y no tienes una idea de lo horrible que eres.

¡Mierda!

No podía ni hablar, el dolor que ella sentía, lo estaba sintiendo yo, porque sus palabras, su sufrimiento, lo había causado yo.

Y no podía, aunque deseara, consolarla.

—Ni siquiera el idiota de David me lastimó tanto como tú. Ni siquiera el divorcio, ni la puta agresión me lastimaron del modo que tú me has lastimado.

Su móvil vibró y ella respiró profundo, se limpió las mejillas aunque sus lágrimas no cesaban y tomó sus cosas.

—Anna —susurré con dolor—. *Lo siento tanto...*

Ella caminó hacia la puerta, lista para marcharse, para alejarse de mí y yo sentía que no iba a poder sobrevivir a ese dolor que atravesaba mi pecho.

La vi detenerse y le supliqué a Dios que me ayudara a no perderla.

—Por favor, borra mi número de tu agenda —pidió sin mirarme—. Olvida mi dirección, Y de ser posible nunca más te cruces en mi camino.

—Anna, por favor… —supliqué

Anna salió de la habitación alejándose de mí.

—Hermosa…

Ella se detuvo y se volvió hacia mí.

—Llegué a creer que eras tú el hombre con el que iba a ser feliz, con el que mi vida tomaría el camino correcto, pero me equivoqué —su voz se quebró—. Eras el camino que no debía tomar.

Amelia apareció y detrás de ella, Sebastián.

—Si no te vas ahora, perderás el avión —susurró Amelia,

Anabelle asintió y limpió de nuevo sus mejillas, frotó sus ojos y me miró de nuevo. Ella estaba llorando, al igual que yo. Estábamos sufriendo, sabía que todo se había terminado… En ese momento, mientras ella me miraba y yo veía el dolor en su mirada, supe que la había perdido.

—Adiós, Andrés…

Anabelle se giró y quisé ir tras ella, pero Sebastián me detuvo.

—¡Anna! —grité.

—La lastimas —dijo Sebastián y me quedé inmovil—. Déjala ir.

—No puedo… Por favor, déjame suplicarle que me perdone.

—Déjala ir —repitió Sebastián—. En este momento solo la estás lastimando, Andrés.

Me alejé de él y aunque quería correr tras ella y suplicarle que no se marchara, no lo hice. Me apoyé en la pared y me dejé caer al piso.

Sebastián se arrodilló junto a mí y apretó mi mano.

—A veces, la mejor muestra de amor, es la libertad —dijo—. A veces, nos toca soltar y desear con el corazón que en algún momento la vida lo regrese a ti.

—No podré soportarlo… Duele mucho.

—Lo sé —admitió Sebastián con lágrimas en los ojos—. Sé que duele, pero vas a estar bien —me prometió—. Va doler mucho hoy, mañana, el próximo mes… Pero no tienes más opción… Ella hoy no te quiere a su lado y no puedes obligarla.

En ese momento lo entendí, entendí sus palabras, acepté su consejo y la dejé ir. Incluso muriéndome de dolor, incluso queriendo correr detrás de ella, la dejé ir porque como lo dijo mi amigo, la estaba lastimando y ese tipo de amor no lo merece nadie.

Me escondí entre mis rodillas y lloré. Allí en el piso, en medio del pasillo, junto a mi mejor amigo, lloré, porque me sentía morir, porque la había perdido y no podía hacer nada para recuperarla.

Había cometido un error, un error del que me arrepentiría la vida entera. Un error que no iba a poder corregir porque ella se había marchado.

La princesa había escapado del dragón y él no podía hacer nada para recuperarla. La había perdido, y sintiendo todo ese dolor y recordando el daño que le había hecho, supe que sería para siempre.

35 Anabelle

Los días, las noches, las semanas, todo sabe igual cuando has perdido a esa persona que sin darte cuenta, hacía girar tu mundo. Entonces todo parece haberse detenido: tu vida, el trabajo… El mundo entero deja de girar y estás allí, pensando que vives, que te mueves… Pero no lo haces, porque cuando pierdes al amor de tu vida, te pierdes tú también.

*****

Las semanas pasaron unas tras otras, y no dejaba de doler. No importaba cuánto intentara trabajar o distraerme, el dolor estaba allí, golpeando a cada segundo y solo necesitaba estar sola para derrumbarme otra vez.

Quería estar sola, quería llorar tanto que no me quedaran más lágrimas que derramar, pero cada día era peor, más difícil. Me sentía perdida sin él.

Salamanca era la última ciudad donde hubiera querido ir en un momento como ese, pero Ana había estado llamándome tantas veces y pidiéndome que fuera a verla como lo había prometido que no pude negarme. Además, como cada año en esas fechas, iba a la ciudad por el cumpleaños de mi madre y por mucho que me molestara estar cerca de mi padre, nunca me perdía el cumpleaños de la mujer que me dio la vida.

Cuando llegué a la terminal del tren, busqué mi móvil en el bolso con la intención de pedir un taxi e ir al hotel en el que solía quedarme, pero cuando levanté la mirada me sorprendió ver a mi hermana allí, esperando por mí.

—¡Joder, tía! —gritó Gianella cuando se acercó—. ¡Qué flaca estás!

Le regalé una mirada de advertencia ante su acostumbrada crítica, pero ella sonrió ampliamente y me abrazó cuando estuvo a mi lado, de nuevo sorprendiéndome.

Amaba a mi hermana, pero sentía que mamá la había criado a su semejanza logrando que fuéramos tan distintas la una de la otra que terminamos distanciándonos conforme fuimos creciendo.

—Me alegra que estés aquí —susurró Gianella y la sentí tan sincera que me alegró que lo dijera—. Me alegra que hayas tenido tiempo para tu familia.

—No empieces —advertí, Gianella sonrió—. ¿Y Ana?

—Saldrá del cole en un par de horas… ¡Vayamos a comer!

—Primero llévame al hotel para dejar mi equipaje.

—Lo haremos luego, tengo hambre.

Ni siquiera pude insistir y solo caminé con ella hasta su auto y subí en él. Miré a través de su ventana los lugares que recorrí desde niña, lugares que me robaron tantas sonrisas, incluso lo hacía en ese momento que por dentro seguía llorando.

—Te afectó el divorcio —dijo Gianella sacándome de mis pensamientos—. *Mamá ha estado preocupada.*

Me sentí triste de saberlo.

—No debiste contarle.

—Papá igual iba a averiguarlo, sabes que siempre está pendiente de ti. —Hice una mueca sin poder evitarlo, ella giró los ojos—. Le dijo a mamá que estabas bien, pero la verdad es que

luces fatal… Y no lo digo en mal leche —susurró tomándome la mano—. Pareces sufrir.

—Estoy bien. He tenido mucho trabajo, eso es todo.

Gianella me miró y supe que no me había creído, pero sorprendentemente no me presionó más.

Cuando llegamos al restaurante volví a sonreír ante los recuerdos de ese lugar al que mi padre solía llevarnos a menudo. Amaba los pasteles que vendían allí.

Durante años solo había recordado el mal momento en el que vi a papá con otra mujer y olvidé todo lo bueno que viví junto a mi familia.

Sin querer recordé las palabras de Andrés, esas que me recomendaron no estar a la defensiva la próxima vez que los visitara y aunque deseché el recuerdo por todo el dolor que acompañaba pensar en él, decidí que intentaría, en esa oportunidad, dejar de lado mis rencores y disfrutar de mi familia, por lo menos de mi hermana, mi madre y la pequeña niña que solía hacerme sonreír con solo llamar por teléfono.

Después de ordenar, Gianella me contó sobre su hija, sobre las travesuras y ocurrencias de la niña de cinco años y yo escuché con alegría todas las historias.

—Mamá dice que se parece a ti hasta en eso —comentó Gianella—. Siempre quejándose, siempre exigiendo… —No pude defenderme, siempre fui así—. ¿Pido pastel?

*—No, ha sido suficiente —*respondí.

—Pero si casi ni has comido, tía.

No me defendí porque era cierto, tenía el estómago revuelto desde hacía semanas, comía por obligación y no por placer, como lo hacía siempre, pero asumí que ese era otro síntoma del corazón roto, perder el apetito.

—Papá me contó sobre la orden de alejamiento. —Me incomodé al escucharla—. ¿Te lastimó?

La voz preocupada y sincera de Gianella, también me sorprendió, pero supe que no era culpa de ella, al final era yo quien me había alejado castigándola por no pensar como yo.

Asentí, sin querer contar los detalles y de nuevo Gianella me sorprendió al no incomodarme con sus preguntas o críticas.

—Lo siento —susurró con sincero pesar—. Y lamento lo que te dije por teléfono, en verdad.

—No te preocupes —dije—. ¿Mamá lo sabe? —Ella negó de inmediato—. Mejor.

—Papá me lo dijo porque quería que le preguntara a Sergio, sabía que a él no le diría nada, pero a mí tampoco me dijo mucho. Ya sabes como es de leal a ti. —Asentí y ella sonrió—. No sufras por ese gilipollas, no lo merece.

Hubiera deseado decirle que no sufría por él. Hubiera querido tener la confianza para contarle que sufría por alguien más, alguien de quien sin darme cuenta me había enamorado y que también me había lastimado, pero no me atreví.

—Quédate conmigo —ofreció de pronto, yo negué—. Vamos, a Anna le hace ilusión pasar tiempo contigo.

—No me gusta incomodar. Estaré mejor en el hotel. ¿Cómo está Manuel?

La expresión en la cara de mi hermana cambió cuando mencioné a su esposo y aunque intentó disimularlo, no lo logró.

—Te voy a contar un secreto —susurró Gianella mirándose las manos nerviosa—. No puedes contárselo a nadie aún.

Asentí y esperé con preocupación.

—Estamos separados… Bueno, en realidad lo eché de la casa.

No pude ocultar la sorpresa y a la vez la tristeza que me causó saberlo, porque aunque no

eran muy frecuentes las visitas entre nosotras, todas las veces que había llegado hasta Salamanca por el cumpleaños de mi madre, mi cuñado se había portado de forma amable conmigo y parecía estar muy enamorado de mi hermana.

—Tenías razón, Anna —admitió mi hermanita con lágrimas en los ojos—. Cuando nos pasa a nosotras, no es tan fácil de ignorar.

Apreté su mano conteniendo la tristeza que me causó verla así.

—Quédate en mi casa —dijo de nuevo—. Conmigo, con Ana… Venga, tía, no la he pasado bien tampoco. Y si no fuera por mi mejor amiga, me hubiera tirado del puente.

—¡No digas eso! —la regañé—. ¿Acaso no tienes una hija? Eso es razón suficiente para seguir, para no rendirte.

—En estos días le decía a mi amiga que de saber lo que me estaba pasando, me dirías exactamente esto.

—¿Qué más podría decirte? —pregunté—. Él se lo pierde, no solo se pierde tu amor, sino la familia que tenía contigo.

—¿Verdad que sí? Él se lo pierde. —Tomó su copa, bebió y volvió a sonreír—. Quédate con nosotras. Necesito de tu feminismo para ser firme y no flaquear otra vez.

—¿Otra vez? —pregunté.

Gianella me miró sobre sus pestañas y bebió de su copa para no responder.

—¿Follaron? —pregunté.

—Una sola vez… Y cuando me corrí, lo eché.

No pudo evitar reírme de la sinceridad en sus palabras. También tomé mi copa y brindé con ella por ese momento que, aunque parecía irreal, me hacía sentir mejor saber que aunque estuviéramos distanciadas, la sangre era más fuerte que nuestras diferencias.

—Vale —susurré—. Me quedaré contigo.

—Ana será la más feliz —aseguró mi hermana más animada y después de darle otro sorbo a su copa, me miró con seriedad—. *Dime que no lo perdone…*

—No lo perdones.

—¡Jo tía, sé más convincente!

Sonreí y suspiré pensando en lo que debía decirle.

—Yo, Anabelle, te diría que no lo perdones, no sé qué hizo, pero lo imagino… Y ya sabes, mi feminismo no me permite pensar en una segunda oportunidad —admití—, pero no puedo decirte que no lo perdones porque solo tú conoces a tu esposo. Solo tú sabes si debes o no, perdonarlo, pero si quieres un consejo: ¡mándalo a la mierda!

Gianella empezó a reírse y me sentí mejor al estar con ella, al apoyarla en ese momento difícil y al poder acompañar mi soledad con mi familia.

Ana era una niña de cinco años amorosa que desde que nació se ganó mi corazón. Quizá era porque no tenía hijos o solo se debía a la sangre que nos unía, pero esa niña era la razón por la que con más frecuencia llamaba a Gianella y viceversa.

En la T.V que colgaba de la pared, un dibujo animado me hacía sonreír y sobre mi brazo la pequeña niña empezaba a dormirse. Me tenía tomada de la mano, aferrándose a mí para evitar que me marchara.

Era tan feliz de sentir ese amor que de nuevo tuve ganas de llorar al pensar el hombre con el que la vida parecía ir mejor y con quien me hubiera gustado cumplir mi sueño de ser madre, pero al recordarlo también me invidió la decepción que seguía abrumándome.

—*Se durmió* —susurró Gianella.

Giré hacia otro lado para limpiar mis lágrimas, sabía que ella se había dado cuenta, pero no dijo nada y se lo agradecí en silencio.

—*No se cansa de ese dibujo* —susurré dejando a la niña sobre la almohada.

Besé su mejilla antes de salir de su habitación y juntas bajamos las escaleras. En el salón había una bandeja con bocadillos. Una botella de vino rosado esperaba por nosotras para lo que prometía ser una noche de copas entre hermanas.

Gianella encendió la música y se sentó sobre el sofá golpeando el espacio junto a ella.

—*Vamos a beber* —anunció.

Sonreí y acepté la oferta porque quizá embriagándome podía calmar la tristeza.

—*No sufras por ese cabrón —dijo mientras llenaba las copas, tomé una aceituna sin decir nada—. David, no merece que sufras por él.*

—*No sufro por él.*

—*¡Vamos, tía! Que te he visto llorando en la habitación.*

Tomó la copa y bebí para no hablar.

—*¿Te engañó con otra?* —preguntó.

—*No que yo sepa. —Ella frunció en ceño al no entender—. Se hizo la vasectomía.*

—*¿Me estás jodiendo? —exclamó, volví a negar—. Pero, ¿qué dices? El año pasado, él hablaba de las fiestas que le haría a sus hijos. —Recordé esas palabras con amargura—. ¿Ya se había operado?*

—*Ya…*

—*¡Será hijo de puta!*

Asentí sin tener nada más que decir al respecto, sin poder justificar a un hombre al que creí conocer.

—*¿Y aún así lloras por él?*

—*No lloro por él.*

—*¡Qué te he visto, tía!* —gruñó.

—*No era por él.*

Mi hermana me miró sin entender por unos segundos y luego una sonrisa apareció en sus labios.

—*¿Hay alguien más?*

La miré y aunque no sabía si debía o no contarle, decidí hacerlo.

—*Había…* —susurré con pesar.

Gianella bebió su vino mientras esperaba que siguiera contándole, pero de solo pensar en él, sentía como mi corazón adolorido sufría.

—*Lo conocí el mismo día que firmé el divorcio.*

El recuerdo me hizo sonreír aunque sentía ganas de llorar.

—*Es de esos tíos guapos a los que seguramente todas se les lanzarían encima; elegante, educado, seductor… —El nudo en la garganta me impidió hablar por unos segundos—. Con unos ojos verdes insuperables, una voz que te eriza la piel, sobre protector, mandón. —Sonreí al mencionarlo—. El hombre perfecto…*

—*¿Pero…?*

Respiré profundo y bebí de mi vino para calmar el dolor.

—*Pero no quiere tener hijos. No busca nada serio.*

—*Entonces no es perfecto.*

—*Supongo que no —admití con pesar conteniendo las ganas de llorar—. Nadie es perfecto,*

ni siquiera él, que parecía serlo.

Un golpe en la puerta me sorprendió y Gianella suspiró.

—Es mi amiga —susurró levantándose—. Ahora me cuentas más de ese tío.

Sonreí y volví a beber de mi copa mientras que mi hermana iba a la puerta. Respiré profundo y traté de alejar el desagradable dolor que me oprimía el pecho cada vez que recordaba a Andrés.

—¡Dime que no lo has perdonado! —gritó una voz amenazadora.

Sonreí al escucharla, al saber que una de sus amigas no pensaba como Gianella sobre el matrimonio y el perdón infinito.

Dejé mi copa y giré para mirar a la mujer que había llegado, pero cuando ambas aparecieron me quedé paralizada al verla.

—No lo he perdonado, tía —respondió Gianella y me miró—. Ella es mi hermana, Anabelle… Anna, ella es mi amiga, Fernanda.

No me moví, no podía creer que la mujer que había conocido a través de las fotos que Andrés tenía en su apartamento estuviera delante de mí, sonriéndome.

«*¿Qué puta broma es esta?*»

—¿Anna? —susurró mi hermana.

Me obligué a salir de mi impresión y fingí mi mejor sonrisa.

—Hola —respondí extendiéndole la mano—. Soy Anna.

—Fernanda Brasher —respondió tomándome la mano y logrando agitar mi corazón enamorado a mencionar su apellido—. Al fin te conozco, todos hablan tanto de ti. —No supe cómo sentirme al respecto—. Sobre todo. Ana… Debe estar feliz.

—Ni te haces una idea, tía —dice mi hermana—, la tuvo hasta ahora mirando dibujitos.

—No es tan malo —comentó Fernanda—. Mi hermano solía verlos conmigo.

Mi corazón se agitó ante la mención.

—Fer tiene un hermano quince años mayor que ella —contó Gianella.

Lo sé…

—En realidad fueron dos —comentó Fernanda—. Mi hermano y su mejor amigo que es como mi hermano también.

Respiré profundo y solo me limité a sonreírle a la hermana de Andrés, quien para mi desgracia tenía los mismos hermosos ojos de su hermano, lo cual me causó un aceleramiento ridículo del corazón.

—Siéntate —ofreció mi hermana—, te traeré una copa.

Fernanda frunció el ceño y miró hacia la dueña de casa con mala cara.

—¿Acaso estás bebiendo? —preguntó la recién llegada.

Miré confundida a mi hermana y ella me miró como cuando la atrapaba comiéndose sus chuches o poniéndose mi ropa.

—¿Por qué no puede beber? —pregunté.

Fernanda esperó en silencio que Gianella respondiera.

—Tengo un retraso —soltó mi hermanita.

Creo que palidecí al oírla.

—Un retraso de dos meses —acotó Fernanda, la miré asustada—. ¿A que eso ya no es un retraso?

Gianella regresó al sofá y se dejó caer sobre este sin decir nada más.

—¡Mierda! —susurré mirándola—. ¿No te lo podías follar con protección?

—Así no es tan rico.

No podía creer la respuesta de mi hermana, pero Fernanda irrumpió en la seriedad de la

conversación soltando una sonora carcajada que me hizo reír también.

Las tres reímos en medio del pequeño salón.

Las tres, sin saberlo, teníamos cosas en común, penas en común y yo lo sabía.

Todas habíamos perdido a los hombres que amábamos, por distintos motivos, pero en ese momento cada una de nosotras tenía el corazón roto.

—Giane, en serio, ahora que tu hermana está aquí tienes que hacerte la prueba.

Dejé de sonreír y miré a mi hermana.

—Tienes que hacerlo —le dije—. Si estás embarazada deberías cuidarte. No deberías beber.

—Fue solo una copa.

—Ya, pero necesitas saberlo.

—Mañana traeré la prueba —ofreció Fernanda poniéndose de pie—. Apenas me despierte compraré la prueba y vendré.

—Vale, gracias —susurró Gianella resignada—. ¿Cómo te fue en la entrevista?

—Una mierda, tía —se quejó Fernanda de mala gana—. Solo buscaban una traductora.

Gianella giró de pronto hacia mí y me miró como si hubiera recordado algo, no entendí qué pasaba por su mente.

—¡Tú trabajas en una editorial! —exclamó, seguí sin entender—. Fer es editora, trabajó en una editorial de América por casi dos años… ¿La puedes recomendar?

Quise decirle que no de inmediato, porque pensar en tener a la hermana de Andrés cerca no era una buena idea, pero cuando Fernanda me miró esperanzada, supe que aunque me arrepentiría, no iba a negarme.

—¡Te lo dije! —gritó Gianella mirando a su amiga—. Ella trabaja en una de las más importantes de Madrid, pero como esta bruja casi nunca me coge el teléfono, no pude decirle nada antes.

Ni siquiera me defendí porque tenía razón.

Fernanda me miró esperando que dijera algo y suspiré.

—Ahora estoy de vacaciones —respondí—, pero si quieres mándame tu hoja de vida y veré qué puedo hacer…

—¡Gracias! —exclamó la joven emocionada—. ¡Muchísimas gracias!

—Aun no me agradezcas, no sé si habrá vacantes.

—No importa, que lo intentes es suficiente. —Sonreí y Fernanda miró a Gianella—. Ya no le presentaré a mi hermano.

Dejé de sonreír cuando mencionó al dueño de mis últimas lágrimas y ambas empezaron a reír.

—Es que mi hermano tiene una mala leche que te mueres —bromeó Fernanda—. Giane me dijo que deberíamos presentarlos porque tú eras una malhumorada, pero creo que eres genial.

Ambas volvieron a reír y, aunque quise ponerles mala cara, no me salió, porque en ese momento me hizo gracia lo irreal que era todo.

Hasta hace nada, no quería ni responder las llamadas de mi hermana y en ese momento estaba allí, en su casa, en su salón. Y además, con la hermana de Andrés haciendo bromas sobre nosotros sin imaginar que ya nos conocíamos.

—Bueno, me voy. Es tarde —dijo Fernanda haciéndome salir de mis pensamientos—. Y en serio, gracias.

—Yo te paso su e-mail en un momento —aseguró Gianella levantándose del sofá para acompañarla.

—Buenas noches, Anabelle.

—Buenas noches, Fernanda.

—Mañana traeré la prueba de embarazo —prometió la joven mientras caminaba a la puerta.

Me recosté en el sofá y cubrí mi rostro sin poder creer toda esa locura, todas esas vueltas que daba el destino uniendo caminos de personas que parecían estar destinadas a conocerse.

Recordé que Fernanda era la persona que iría a la presentación del libro de Javier en Madrid y terminó apareciendo Sebastián.

Nunca supé la razón por la que la hermana de Andrés no fue.

Tampoco supe por qué había dejado el trabajo en *Sfera* para regresar a Salamanca, pero allí estaba, en esa pequeña ciudad en la que no era extraño que mi hermana la conociera, pero que, aun así, sentía que era otro de los caprichos del destino.

—Ella es genial —aseguró Gianella al volver.

—¿Cómo la conociste? —pregunté con curiosidad.

—Estudiamos juntas.

La miré tan sorprendida, Gianella giró los ojos y se sentó.

—Jo, Anna, te hablé de Fer… La gringa que llegó de América. —No recordaba—. Nos graduamos juntas del cole, tía. —Dejé de mirarla—. Ah, es cierto, no viniste a mi graduación.

—No pude —respondí, ella giró los ojos—. Pero te regalé el viaje a Ibiza, a ti y a tu amiga.

—Para mí y para Fer… —No podía creerlo—. Nuestros padres trabajan juntos. —Palidecí —. El señor Brasher tiene muchos años aquí, Fernanda entró en el penúltimo año de secundaria. ¿En serio no la conocías?

—No…

—Jo, tía, no te enteras de nada —se quejó Gianella—. Bueno, eso, papá y el señor Brasher son colegas desde hace años. Mamá y la señora Yolanda, son amigas. A decir verdad, creo que es de esas amigas que valen la pena.

No sabía si reír o llorar por las cosas que estaba escuchando.

—Fernanda se fue a América un par de años y volvió hace unos meses. Andrés la trajo de regreso.

—¿Andrés? —susurré con el corazón golpeándome el pecho.

—El hermano mayor de Fer…

—¿Lo conoces?

—Lo he visto varias veces, pero vive en América.

Me puse de pie con la copa en la mano sin poder creerme todo lo que estaba pasando. La familia de Andrés y la mía se conocían desde hacía muchos años y como dijo él alguna vez, quizá si no nos conocíamos por Amelia, lo hubiésemos hecho en Salamanca, si yo no hubiera evitado tanto estar en mi ciudad natal.

—¿Qué sucede, Anna?

—Nada —susurré intentando disimular el asombro—. Solo que me cuentas sobre personas que conoces hace años y que yo nunca he visto.

—Eso es porque nunca vienes y cuando lo haces, estás unas horas y te largas —reclamó—. Mira, no quiero ser mala leche, pero lo que pasó con papá no era problema nuestro y ahora que estoy casada lo tengo más claro.

—No quiero hablar de ellos.

—¡No me importa! —respondió—. Papá cambió, quizá no te ha dado la gana de verlo, pero lo hizo… Sí, engañó a mamá. Sí, se portó mal con ella… Pero se dio cuenta de su error y cambió.

Tuve ganas de decirle que ese tipo de hombres no cambiaban, pero no quería pelear con ella.

—No puedes estar enfadada con ellos para siempre… Y si lo estás, asegúrate de estar siendo justa. Intenta darte la oportunidad de comprobar si nuestro padre es la mierda que crees y si mamá es tan infeliz como recuerdas… Creo que te vas a llevar una gran sorpresa.

Gianella suspiró y se puso de pie para recoger todo lo que estaba en la mesa y la ayudé mientras pensaba en sus palabras.

Habían pasado más de quince años desde que me había marchado de casa y desde ese momento jamás volví a pasar más de una hora con ellos.

Cada cumpleaños de mamá, volvía a la ciudad y la invitaba a desayunar o a cenar, pero solo nosotras dos, nunca volví a ver a mis padres juntos y jamás dejé que mamá me contara nada sobre mi padre.

Las pocas veces que lo había visto había sido porque él había impuesto su presencia ante mí, no porque así lo quisiera, incluso me había casado sin avisarles, y les presenté a David cuando ya teníamos meses siendo esposos, algo que por supuesto molestó a mi padre y entristeció a mamá, pero en ese momento poco o nada me importó.

Sin embargo, estando allí, con mi hermana, viéndola, escuchándola, me di cuenta de que incluso mi odiosa hermana había cambiado. No sabía hasta qué punto, pero había cambiado y sentía que era un buen cambio.

Sin querer recordé de nuevo el consejo que me dio André. No deseaba pensar en é, pero sus palabras calaron en mí:

«*La próxima vez que los visites, no vayas a la defensiva. Observa mejor a tu familia… Quizá te lleves una grata sorpresa.*»

No entendí por qué Andrés me había dicho eso, la idea de que él supiera que nuestras familias se conocían, me invadió causándome un sentimiento extraño que no supe definir. Aun así, sentí que debía seguir su consejo y aunque me costaría mucho, era lo que pretendía hacer antes de volver a Madrid. De todos modos no perdía nada… Ta vez, como habían dicho Andrés y Gianella, me llevaría una gran sorpresa.

36 Anabelle.

El destino es esa ruleta que gira y gira uniendo caminos, personas, momentos… Es esa casualidad que crea circunstancias irreales e increíbles con el fin de unir dos caminos que quizá nunca debieron cruzarse o que por más que intenten separarse siempre tendrán el mismo fin: Volver a encontrarse.

*****

Gianella me envió la hoja de vida de Fernanda. Sin duda tenía mucha preparación. Además de una excelente carta de recomendación de *Sfera*.

La idea de tenerla trabajando en la misma editorial me causaba cierta angustia, porque podría representar una excusa para, en algún momento, cruzarme con Andrés.

Yo no quería albergar esa ilusión, porque aunque me seguían doliendo sus palabras, todo lo que se refería a él seguía siendo algo irreal a lo que mi corazón se aferraba aunque mi mente lo rechazara.

—Bueno, si no estás segura, no lo hagas —aconsejó Pamela a través de la videollamada—. Porque tenerla trabajando aquí dejará la puerta abierta para cruzarte con él en cualquier momento.

—Giane dice que lo ha visto pocas veces. Quizá solo venga aquí a Salamanca a ver a sus padres.

—Sí y si en algún momento no está su hermana podría venir a la editorial, pasar por ella para ir a comer y te cruzarías con él.

—¿Entonces crees que no debo ayudarla?

—No, lo que creo es que debes pensártelo bien —respondió Pamela—. Lo de ustedes es muy reciente. Joder, Anna te ibas a mudar con él… Es normal que te tome un tiempo superarlo.

—Jo, tía, si no he muerto con un divorcio…

—No te vi llorar por David como te he visto hacerlo por Andrés.

No pude defenderme.

—Solo piénsalo un poco y si crees que da igual que te lo puedas encontrar, pues recomiéndala.

—Vale, me lo pensaré…

—No entiendo por qué no le ha pedido ayuda a Sebastián, si tiene acciones aquí. —Me encogí de hombros—. No le sería difícil conseguirle el empleo, pero bueno, da igual… Piénsalo y luego ves si ayudas a tu excuñada.

Le saqué la lengua y cuando terminé de maquillarme para ir al almuerzo con mi madre finalicé la llamada con Pamela, justo cuando la puerta se abrió y la pequeña niña de cabello oscuro apareció frente a mí luciendo el hermoso vestido que le había regalado.

—¡Qué hermosa estás, cariño!

—Me encanta, Bell —dijo ella abrazándome.

La subí sobre mí y le besé las mejillas con amor.

—No se lo quitará nunca —dijo Gianella al entrar—. *El que le regalaste la vez pasada lo usó hasta que no le quedó. Lo quería usar en todas las fiestas.*

—¡Es que me gustaba mucho! —respondió Ana besando de nuevo mi mejilla—. ¿Cuándo

vuelvas a América puedes llevarme?

—Eh… No voy a volver.

—¿Por qué no? —interrogó la niña con pesar—. Yo quería conocer América, quería conocer a tu amigo.

—¿Qué amigo? —preguntó mi hermana sorprendida.

Sentí palidecer.

—El amigo americano de Bell —respondió la niña, la dejé en el piso y fui por sus cosas—. ¿Cómo se llama, Bell?

—¡Vale, vale! —exclamó Gianella—. Deja de hablar tanto y ve a lavarte los dientes para marcharnos.

La niña salió disparada obedeciendo a su madre y dejándonos solas.

—¿Es él? —preguntó mi hermana, la miré sin responder—. El tío con el que salías.

Suspiré y asentí.

—Sí, estaba hablando con Ana cuando apareció y ella como siempre haciendo mil preguntas… ¿Cómo no se le olvida?

—Quizá le gustaba como tío…

No pude evitar reírme y juntas caminamos fuera de la habitación listas para ir a buscar a mi madre.

El camino hasta la zona residencial donde había crecido también me hizo sonreír. Me llené de buenos momentos, de recuerdos dulces que animaban mi triste corazón.

—¿El abuelito irá? —preguntó Ana desde el asiento de atrás.

—No, solo la yaya —respondió mi hermana—. El abu está trabajando.

La niña entristeció y sonreí al darme cuenta de que mi sobrina quería a mi padre, quizá tanto como lo quería yo a esa edad.

—Solo iremos las cuatro —susurré, la niña asintió—. Tendremos un almuerzo de chicas.

—Vale, pero extrañaré al abu y la yaya también lo extrañará.

Solo le sonreí y cuando el auto de mi hermana se detuvo frente a la casa de mis padres, suspiré.

Bajé sin esperar a Gianella y empujé la pequeña reja de madera blanca que cubría el jardín de la entrada. Observé con cariño aquella área verde en la que había jugado desde que mi memoria podía recordar y seguí caminando hasta detenerme en la puerta de la cocina que siempre estaba abierta. Miré por la ventana donde siempre encontraba a mamá y me sorprendí al ver cuánto había cambiado el lugar.

Lo habían decorado con muebles nuevos, modernos y más elegantes. El mandil de mamá que colgaba de un lado de la puerta listo para ser usado durante todo el día, ya no estaba allí y de nuevo tuve que enfrentar la realidad, esa que durante muchos años había intentado esquivar.

«*La gente cambia, incluso sin ti.*»

Entré al lugar que en esa oportunidad no tenía el aroma de la comida que mi madre había preparado. Todo estaba tan limpio que hasta parecía que no lo habían usado en mucho tiempo.

Seguí hasta la entrada del salón y me detuve en la puerta al verlos. Quise retroceder, pero la escena que estaba presenciando no parecía real, por lo menos no para mí.

Mi padre abrazaba a mamá mientras una canción de *Julio Iglesias* se escuchaba por el salón. Él le acariciaba el cabello con amor y ella sonreía como una adolescente, como si se tratara de una pareja joven y enamorada.

—Todo cambió cuando te marchaste —susurró Gianella al detenerse junto a mí—. Mamá no dejaba de llorar cuando no respondías sus llamadas, papá no estaba mejor que ella. —Sentí

ganas de llorar—. Te odié durante algún tiempo por arruinarles la felicidad.

La miré, pero ella seguía contemplando a la pareja que bailaba frente a nosotras.

—Pero luego papá empezó a cambiar, creo que meses después de tu partida… Poco a poco hizo cosas por ella, con ella. —Miré a mi hermana y ella estaba sonriendo—. Empezaron a salir juntos. La llevaba a sus reuniones, o solo salían a caminar, a comer un helado. Creo que son felices… Tanto, que podría causar envidia.

Vi a mi sobrina esperando de pie al lado de su madre, pero cuando terminó la canción, soltó su mano y corrió hacia sus abuelos sorprendiéndolos.

Ambos se inclinaron hacia la niña y sus risas se escucharon fuertes, sinceras, unas risas que nunca escuché en ambos, no al mismo tiempo, no con esa complicidad.

—Quizá papá se equivocó —susurró Gianella mirando a nuestros padres comer a besos a su hija—. Pero se arrepintió y hoy es así… Hoy son así.

Lo veia, pero no podía dar crédito a lo que contemplaba.

—¡La tía Bell está aquí! —gritó Ana.

Las miradas de ambos abandonaron a la pequeña y cayeron sobre nosotras.

En cuestión de segundos, sus ojos se llenaron de lágrimas, de emoción. Mamá salió corriendo hacia mí y sonreí mientras abría mis brazos para ella.

Mamá me besó las mejillas y me abrazó con fuerza mientras yo disfrutaba del aroma de la mujer que me había dado la vida.

—¡Cariño, qué alegría que estés aquí! —exclamó mamá.

—¿Acaso me he perdido alguno de tus cumpleaños?

—Ya sé que no, pero como estabas en América…

Le sonreí y volví a abrazarla deseando encontrar en esos brazos la paz que me daba cuando era niña.

Gianella pasó junto a nosotras y siguió hasta llegar a mi padre, quien tenía a la pequeña en sus brazos.

Sentí ganas de llorar cuando me miré en sus ojos y vi la misma emoción y amor con la que me miraba cuando era niña, cuando yo era su muñeca y él era mi héroe.

Como cuando yo tenía un héroe y él no era el villano de la historia.

—Bienvenida a casa, cariño —susurró mi padre sin moverse de donde estaba—. Nos alegra verte.

Solo asentí y miré a mamá cuando se alejó un poco de mí.

—Estás muy delgada. —Fue lo primero que me dijo—. Lamento mucho lo de…

—Cariño —interrumpió mi padre—. Es tu cumpleaños, no te mortifiques por nada. Bell está bien, las chicas siempre están a dieta.

—¡Yo no! —exclamó la pequeña Ana aún en sus brazos.

Todos, incluyéndome, nos reímos. Incluso mi padre estaba riéndose, incluso él y mi madre parecían felices, de un modo que jamás los había visto.

—¿Abu, vendrás a comer con nosotras? —preguntó la Ana besándole las mejillas.

—No, cariño —respondió él acomodándole el cabello—. Tengo audiencia pronto, pero en la noche cenaremos juntos, ¿vale?

La pequeña asintió y lo abrazó.

—¿Estás lista? —pregunté mirando a mi madre, ella asintió—. Vale, ¿me dejas lavarme las manos y luego nos vamos?

Me liberó y caminé hacia el pequeño baño que había debajo de la escalera y me escondí dentro.

Apoyé la cabeza en la puerta y traté de controlar las ganas que tenía de llorar, no sabia si de emoción, de tristeza, de felicidad, de asombro, pero tenía tantas ganas de llorar que necesité más tiempo del necesario para calmarme.

Cuando logré controlar todos esos sentimientos, me lavé las manos y salí encontrando el salón de la casa de mis padres vacío.

Aquel lugar también había cambiado, los muebles, los estantes, el televisor… Todo era moderno. Nada era igual allí y sin poder evitarlo, las lágrimas cayeron con fuerza, golpeándome, ganándome la batalla.

Me di cuenta de que había pasado tanto tiempo enfadada con ellos, que me había perdido muchos cambios en sus vidas; cambios que si yo no hubiera sido tan rencorosa, hubiera podido ver y disfrutar.

—¿Estás bien? —Escuché la voz de mi padre detrás de mí.

Limpié mis mejillas y asentí mientras trataba de no mirarlo.

—Gracias por venir —susurró, tomé otro poco de aire y lo miré—. Tu madre pensó que seguías en América, pensó que este año no te vería y está tan preocupada por ti…

—Estoy bien —respondí—. No hay de que preocuparse.

—Estás pálida, delgada, tienes ojeras —dijo mi padre—. Te conocemos; somos tus padres y sabemos que no lo pasas bien.

—Estoy bien —aseguré con más firmeza—. Nadie muere porque se divorcia.

—Vale, supongo que es un proceso —respondió el hombre resignado—. Pero puedes contar con nosotros siempre.

Asentí y empecé a caminar hacia la salida, todas estaban ya en frente al auto y aunque no quería, me giré y miré a mi padre.

—¿Tienes una audiencia ahora? —pregunté.

—No —respondió—. Solo te evito la amargura de tenerme en el almuerzo con tu madre.

Me sentí agradecida, pero no lo dije, y aunque no quería, hablé:

—Si quieres puedes venir, Ana quiere que vengas.

—No te preocupes por Ana, no siempre puedo ir con ellas. Está acostumbrada como yo a la idea de que siempre vas a evitarme. —No pude responder—. Ve, pásenlo bien.

Aguanté el nudo en mi garganta y salí de la casa dejando a mi padre detrás, pero, aunque lo que había presenciado entre ellos parecía realmente haber mejorado, ese rechazo que alimenté por mi padre año tras año, no iba a borrarlo solo una bonita escena.

No era tan fácil.

El almuerzo con las mujeres de mi familia fue el mejor que recordaba haber tenido.

Mi madre ese día parecía más feliz, más contenta, y eso ayudó a que me sintiera mejor animicamente.

Cuando Gianella fue al lavabo con su hija, mi madre me tomó de la mano y me miró con dolor.

—Lamento mucho lo de tu separación, cariño. —Los ojos de mamá se llenaron de lágrimas —. Quería ir a verte, pero tu padre dijo que estabas en América.

—No te preocupes, mamá —respondí apretándole la mano—. Esa historia ya terminó, no quiero que te mortifiques por eso.

—¿Cómo no voy a mortificarme, Anabelle? —me regañó—. Eres mi hija y me preocupo por ti tanto o más que por Gianella porque tú no estás conmigo. No puedo verte cada vez que quiera. Nos enteramos del divorcio por casualidad, y no sé qué sucedió, no sé nada de ti.

—Estoy bien —dije limpiándole las mejillas—. En verdad.

No quería hablar del divorcio y menos con mi madre, pero tuve que hacerlo. Le hice un resumen escaso de detalles para no mortificarla más. Para cuando mi hermana regresó, mamá había entendido lo que había pasado y apoyaba la decisión que había tomado, algo que sin duda también me sorprendió.

—Ahora existen muchos medios para embarazarse —dijo ella mirándome con amor—. He escuchado que incluso compras los bichos de los hombres.

—Los de las mujeres también —agregué, ella me miró sorprendida—. Pero sí, hay muchas opciones ahora.

—¿Y tomarás alguna o vas a esperar que aparezca un buen hombre en tu vida?

—No, no esperaré a nadie, no necesito a nadie. Solo quiero emocionalmente estar tranquila para empezar.

—Si quieres, puedo irme unos días contigo y acompañarte. —Me sorprendió su ofrecimiento —. Me gustaría estar contigo en un momento tan importante para ti.

—¿Y papá? —pregunté dudosa—. ¿Va a dejarte ir?

—Sí, cariño —susurró acariciándome la mejilla—. Claro que sí. No te preocupes, solo dime cuándo y yo iré, ¿vale?

—Vale, pero no será ahora —respondí—. Tengo que volver a hacer pruebas y evaluaciones para empezar con ello de nuevo.

—Está bien, tú me dices cuándo.

Sonreí y le besé las mejillas con amor, con ese amor que incluso sintiéndome decepcionada de ella, siempre estuvo allí, firme y real.

De regreso a la casa de mis padres, sonreía al escuchar a mi sobrina y a mi madre cantando temas infantiles. Gianella hacia caras por ambas, pero para mí era un momento hermoso, uno de los que seguramente me había perdido por rencorosa.

Cuando el auto se detuvo frente a la casa, observé a mi padre junto a un hombre alto de cabello canoso y una mujer que sonreía ampliamente.

—¡Oh, Yolanda! —escuché exclamar a mamá—. Cariño —dijo tomándome del brazo—. Baja para presentarte a unos amigos. —Estaba lista para negarme—. Por favor, llevamos años hablándoles de ti y ni te conocen… ¡Vamos, hija!

Miré a mi hermana y ella rió sabiendo que no iba a poder negarme, y no lo hice, asentí y abrí la puerta para salir.

Las miradas de las tres personas en la entrada de la casa se fueron sobre mí y la mujer que sostenía un vaso parecía feliz de verme.

—¡Yolanda, querida! —exclamó mi madre a la que supongo era su amiga—. Mira qué regalo tan hermoso he recibido hoy.

Mamá me sostuvo del brazo y me llevó a través del jardín hasta donde estaban reunidos. Tuve ganas de girar los ojos ante la melosería de mi madre, pero recordé que era su cumpleaños y solo sonreí.

—Cariño, ella es Yolanda, una gran amiga… Yoli, ella es mi hija Anabelle.

—Qué gusto conocerte, Anabelle —respondió la mujer inclinándose para besarme las mejillas—. Hemos escuchado tanto de ti que me alegra conocerte al fin.

*—Es un placer —*respondí tomándole la mano.

Observé a mi madre recibiendo un abrazo del hombre junto a mi padre, pero cuando este me miró, se me dificultó respirar.

Los ojos verdes que me miraban eran inconfundibles, y aunque el hombre frente a mí debía

tener quizá más sesenta años, la mirada y la sonrisa que tenía eran idénticas a la del hombre que mi corazón parecía no querer olvidar.

—Antonio —dijo mi padre—. Ella es Anabelle, mi hija mayor. Bell, él es Antonio Brasher, un gran amigo.

Antonio Brasher…

¡Mierda, son los padres de Andrés!

Me obligué a no dejar notar mi impresión al comprender quienes eran esas personas y tomé la mano de la versión adulta de Andrés.

—Mucho gusto, señor Brasher —susurré.

—El gusto es mío, Anna —respondió el hombre agitando mi mano.

Sin poder evitarlo sonreí ante lo irreal que era todo, lo increíble que parecía ser el hecho de que mis padres y los de Andrés llevaran tantos años conociéndose.

—¡Ay, no lo puedo creer! —exclamó mi madre mirando detrás de mí—. ¿Andrés también está aquí?

Mi corazón se agitó con tanta fuerza que me costó respirar.

No quería, ni podía creer que él estuviera allí, en la ciudad donde nací, en la casa donde crecí.

Me costó trabajo comprender cómo el destino había podido mover tan bien sus piezas que incluso cuando habíamos decidido separarnos, nuestros caminos seguían uniéndose, seguían encontrándose incluso en el lugar que menos esperábamos.

37 Andrés

Y llega el amor, ese que creíste conocer, pero con más fuerza, con más intensidad. Ese capaz de hacerte cambiar, que te impulsa ser mejor, que te permite soñar, suspirar, pero también llorar. Llega el amor, el verdadero, el real, el que duele perder, el que sientes que no podrás superar. Llega el amor y tú solo quieres ser capaz de merecerlo, aunque para ello debas cruzar el mundo y luchar con dragones o princesas rebeldes…

Llega el amor y tú crees en los cuentos de hadas con finales felices.

*****

48 horas antes…

Era jueves, un jueves más, un día más y allí estaba yo, luciendo como siempre, comportándome como siempre, aunque nada se sentía igual; ni el trabajo, ni los amigos, ni esas sonrisas que me inventaba cada dia.

Estaba allí, pero una parte de mí, se había ido con Anna.

—Jefe…

Levanté la mirada y me sorprendí al ver a Jack de pie frente a mí.

—Estuve tocando, pero creo que no me escuchaste.

No, no lo había escuchado. Cerré los documentos que estaba revisando y le sonreí sin ser sincera mi alegría.

—¿Cómo estás? —preguntó Jack, yo me froté los ojos.

—Cansado, muy cansado y aún debo ir a ver a Sebastían.

—No era eso lo que quería saber —comentó al sentarse frente a mí—. Pero no es muy difícil intuirlo… Te ves como la mierda.

—Es de ese modo como me siento —me atreví a confesar.

El dolor en mi pecho golpeó con más fuerza y respiré profundo para ocultarlo.

—¿Qué haces aquí tan temprano? —pregunté cambiando el tema.

—¿Sabes que eso no pasará, verdad? —preguntó Jack, pero no sabía a qué exactamente se refería—. Lo que sientes, el dolor, el miedo… Ese amor, no pasará solo porque finjas que no está.

—Lo sé —admití—. Han pasado dos semanas y me siento del mismo modo que aquella mañana cuando ella se fue.

Ese dolor… El mismo dolor, pero con más intensidad, me presionó el pecho recordándome que todo estaba peor, que nada iba a mejorar.

—Tienes que hacer algo, Andrés, no puedes detener tu vida así.

—Intento ser fuerte, intento tener paciencia y me digo a mí mismo que debo esperar… Aunque no sé qué mierda espero. —Él me miró en silencio—. Sebastián dice que debo dejar todo atrás, que buscarla la lastimaría, pero cada día que pasa, siento que me aleja más de ella.

—¿Qué quieres hacer tú? —preguntó Jack mirándome con atención.

—Quiero retroceder el tiempo.

—Bueno, esa posibilidad no está disponible para nosotros los humanos —dijo intentando bromear—. *El pasado no se arregla, pero el presente y el futuro sí.*

—Tengo miedo —confesé—. Me aterra pensar en lo que sucederá mañana, porque ella no

está en ese mañana.

—Búscala.

—No quiere verme, no respondió mis llamadas ni los mensajes que le envié… Ni siquiera su amiga Pamela lo hace y he pensando en ir allá y buscarla, pero me aterra que vuelva a pedirme que me aleje de ella, que salga de su vida.

Jack respiró profundo y se puso de pie, caminó hacia las ventanas y se quedó pensativo por algunos segundos.

—Todas las personas somos diferentes —empezó a decirme—. Mientras Sebastián piensa en esperar, en dejar todo en manos del tiempo, yo no podría quedarme sin saber si ella va a volver; sin intentarlo una vez más, sin luchar una vez más.

—Ella me pidió que no la buscara.

—Y tú haces lo que te pidió porque te da miedo que vuelva a pedírtelo, ¿verdad?

Asentí en silencio.

—No puedes detener tu vida para siempre… Ahora estás herido y sé que te duele, pero en unos meses vas a acostumbrarte tanto a ese dolor que vas a seguir con tu vida. Sin embargo, siempre tendrás la duda de lo que hubiera pasado si la hubieras visto una vez más, si le hubieras pedido perdón una vez más.

Las palabras de Jack me recordaron a las que yo solía decirle a Sebastián cuando se negaba a buscar a Amelia.

—No tengo la paciencia de Sebastián —admitió él—. Ni su madurez, calma o esperanza. Yo siendo tú, estaría en el otro lado del mundo pensando en mil formas de que ella me perdone.

—Está de vacaciones… No sé dónde encontrarla.

—Pues, averígualo —sentenció Jack extendiendo su mano hacia mí—. Tienen amigos en común, seguro que alguien sabe dónde está.

Apreté su mano y pensé en quién podría darme esa información porque Pamela no respondía mis llamadas y Amelia me odiaba cada día más.

—No esperes más, jefe. No dejes que el tiempo enfríe la situación. Búscala y hazla volver.

Intenté sonreírle y él caminó hacia la puerta.

—Estoy revisando el sistema —respondió a la pregunta que le hice cuando apareció—. Preparamos todo para el fin de año.

Abrió la puerta y se marchó sin decir nada más, mientras que yo pensaba en lo poco que faltaba para que culminara el año. Un año que sin duda había traído muchos cambios en mi vida, cambios que deseaba conservar.

Me puse de pie despues de entregarle a Sebastián los informes y abroché mi saco.

—Eso es todo —le dije—, te avisaré sobre las cotizaciones que me envió Carol.

—Gracias —respondió mi mejor amigo—. *Hoy es el cumpleaños de Mike. ¿Nos vemos en el club?*

—No, tengo cosas que hacer.

—¿Cosas cómo cuáles? —preguntó, no le respondí—. No has ido al club desde que Anabelle se fue.

—Voy a club cada día, Sebastián. Estuve allí hoy.

—Sabes a lo que me refiero.

—Sí, pero no tengo ganas de ir. —Siguió mirándome con preocupación—. No te preocupes por mí, estoy bien.

—No lo estás y no solo porque no hayas ido al club en semanas, sino porque puedo verlo.

*—Cuando Amelia se fue tampoco ibas tanto —*le recordé.

—Pero iba, por lo menos intentaba.

—Sí, pero yo no soy como tú —respondí con amargura—. No quiero engañarme fingiendo que nada pasó, que nada cambió, porque, aunque no parezca, aunque no lo diga…, todo cambió, por lo menos para mí cambió.

Sebastián por primera vez, no supo que decirme.

—Continuaste tu vida sin Amelia porque tenías la esperanza de que ella iba a volver. Pero yo sé que Anna no volverá y no quiero fingir que no me importa.

Sebastián de nuevo me miró preocupado.

—No quiero follar con alguien solo para que todos crean que estoy bien, Sebastián. Lo hice una vez y es horrible, fingir que todo está bien cuando la puta vida se te está yendo la mierda, es horrible. No quiero hacerlo esta vez, no me importa que la gente vea que estoy hecho mierda porque he perdido a la mujer de la que me enamoré… No me importa.

El sonido de unos tacones detenerse nos advirtió de la presencia de esa pequeña mujer que me odiaba y con justa razón.

Así que extendí mi mano hacia él en despedida.

*—Buenos días —*saludó Amelia.

—Hola —respondí y volví a mirar a mi amigo—. Me voy… Te llamo si surge algo nuevo.

Incliné la cabeza en despedida y caminé hacia la salida de la casa.

*—¡Andrés! —*me llamó Amelia.

Me detuve y giré a mirarla sorprendido de que me hablara. Se cruzó de brazos y me miró con durezca por algunos segundos.

Con él ceño fruncido resopló.

*—¿Tienes un minuto? —*me preguntó malhumorada.

Quise decirle que no, porque no quería escuchar más reproches, pero mi amigo detrás de ella asintió mirándome y acepté.

Ella caminó hacia un lado de la casa y Sebas sonrió antes de alejarse.

La seguí en silencio hasta que ella se detuvo en el jardín.

—Si hubiera dependido de mí, no hubiera regresado nunca.

Fue lo primero que dijo. No entendí de qué hablaba y creo que se dio cuando al mirarme.

—Cuando terminé con Sebastián estaba segura de mi decisión, pero cuando la rabia, la decepción, el miedo y todo eso que me abrumaba pasó, lo único que quería era que él me detuviera.

La miré en silencio sin saber a dónde quería llegar.

—Lo único que quería era escucharle decir que me amaba —confesó—, que podíamos superarlo todo, pero no lo escuché. Sebastián jamás me detuvo y por eso no pensé en volver.

*—¿Por qué me estás diciendo esto? —*pregunté.

—Porque fue Anabelle quien me dijo lo que Sebastián había hecho por mí durante todos esos meses… Fue ella quien me animó a ser fuerte, a luchar por el amor de mi vida. Y aquí estoy...

—Te felicito — dije sin poder comentar nada más.

—Creo que cuando cometemos un error debemos corregirlo, debemos mejorar y saber pedir perdón. —La miré en silencio—. Creo que si realmente la quieres deberías estar allá, frente a ella pidiéndole perdón por lo idiota que fuiste.

Le regalé una mala mirada que ella ignoró.

—Me pidió que no la buscara nunca.

—¡Obviamente! —exclamó—. ¡Le habías sugerido que abortara cuando ni siquiera sabías si

estaba embarazada! ¿Qué esperabas escuchar de ella? —No le respondí— Ella no está bien.

Saberlo acabó conmigo, el dolor en mi pecho me golpeó con tanta fuerza que me costó mucho respirar con normalidad.

—Pamela no la vio tan mal ni cuando se divorció y tú eres el culpable de todo lo que está sufriendo ahora.

—No sé si quieres darme ánimos o golpearme.

—Lo segundo… —respondió Amelia con seriedad—. Se iba a mudar aquí, contigo —reprochó, la miré sorprendido—. Lo había decidió, iba a dejar toda su vida por ti y tú lo arruinaste.

Las lágrimas brillaron en mis ojos y ella respiró profundo.

—Creo que no la mereces, pero ella está sufriendo. No sé si por ti o sin ti, pero eres la razón. Y quiero pensar que Sebastián no se equivoca al decir que estás arrepentido.

No le respondí, no podía ni hablar.

Amelia suspiró.

—Ella no volverá. —Eso ya lo sabía—. Si la quieres como dices, búscala. Intenta ganarte su perdón, eres tú quien falló y eres tú quien tiene que ir a ella.

Quise decirle que no tenía una puta idea de donde estaba, pero continué en silencio, pensando en Anna, en la idea de que continuara sufriendo por mi culpa, y eso era insoportable para mí.

—Voy a preguntarle a Pam dónde está Anna, luego voy desbloquearte de mi móvil y te lo haré saber.

La miré sorprendido, más por su valentía al hablarme, pero en ese momento ni siquiera pude quejarme.

—Te ves fatal —susurró bajándole un poco a su odio—. Sebastián dice que sufres por ella… Te lo mereces.

—Lo sé…

Fue todo lo que pude decirle.

—Ojalá puedas corregir tus errores, pero de corazón espero que te haga sufrir un poco más antes de perdonarte.

Quise decirle que un dolor mayor me mataría, pero solo forcé una mala sonrisa.

—Gracias —susurré, ella suspiró.

—Gracias a ti, Sebastián fue a Madrid. Solo te devuelto el favor. —Asentí y ella suspiró—. No le hagas más daño, Anna no lo merece.

La puerta del jardín se abrió y Sebastián apareció frente a nosotros. Caraspeé intentando alejar el nudo en mi garganta y miré a mi amigo.

—Voy a tomarme unos días libres —anuncié, él sonrió y asintió—. Te llamaré después.

Sin decir nada más caminé de regreso a mi auto y conduje hasta mi casa mientras marcaba a la aerolínea para comprar un billete de avión.

El vuelo tardaba siempre igual, pero esa vez lo sentí interminable y aún tenía que conducir hasta Salamanca, el lugar donde vivían mis padres y donde sabía estaba Anna.

No tenía idea dónde exactamente encontrarla, pero tontamente pensé en dejar que el destino hiciera su trabajo.

Después de todo, él nos había unido en más de una oportunidad.

Cerca de las seis de la mañana estacioné el auto y bajé. Entré en la propiedad de mis padres y sonreí cuando vi a mi madre arreglando las flores que tenía a un lado de su jardín. La mujer

estaba tan entretenida que ni siquiera se dio cuenta de mi presencia y yo solo la miré con amor.

—Yoli… —llamó mi padre al aparecer, pero su mirada se fue directamente sobre mí—. ¡Andrés!

Mamá giró de inmediato en mi dirección y la sonrisa que me regaló hizo que el dolor que sentía desde hacía semanas se calmara un poco y todo mejoró cuando corrió hacia mí mientras se quitaba los guantes y me abrazó con fuerza.

—¿Qué haces aquí, hijo? —preguntó mi padre cuando se acercó para abrazarme—. No avisaste que vendrías.

—Fue de último momento, por eso no les avisé.

—¡Ay, pero que felices nos haces! —exclamó mi madre tomándome el rostro para mirarme, pero de inmediato dejó de sonreír—. ¿Estás bien?

—Sí, muy bien —mentí, y aunque mamá se tranquilizó, fue mi padre quién se dio cuenta de que mentía—. Cansado del viaje.

—Entremos —pidió él—. Hice café, pero ahora mismo prepararé un té para ti.

Sonreí y juntos entramos a la casa, me quité el abrigo y los acompañé hasta la cocina.

—¿Cómo está Sebastián? —preguntó papá.

—Muy bien, les envía saludos —respondí cuando dejó la taza de té frente a mí—. ¿Cómo está Fer?

—Bien —respondió mi padre—. Anoche cuando llegó me dijo que la hermana de Gianella iba a recomendarla en la editorial donde trabaja.

—¿Y crees que lo haga? —preguntó mi madre—. Esa chica ni habla con sus padres.

—Yolanda —se quejó mi padre de inmediato—. Anabelle tiene sus razones.

Dejé caer la cucharilla sobre el plato haciendo un escándaloso ruido, mis padres mi miraron y yo sonreí en disculpa.

—Perdón, se me resbaló. —Mamá sonrió—. ¿Quién es Anabelle? —pregunté incrédulo de que pudiera tratarse de ella.

—La hija mayor de Julio.

—¿El juez? —pregunté recordando al hombre, mi padre asintió—. *¿Cuál es el apellido del juez?*

—Mondedeu. —Intenté reprimir una risa nerviosa al escucharlo—. Julio Mondedeu.

—Julio y Ester son padres de Gianella y Anabelle —dijo mamá—. *Solo que la mayor desde que se fue a la universidad jamás viene a verlos.*

¿Qué tipo de broma es esta?

No podía creer en ese tipo de casualidades, no podía creerme que estuviera pasándome todo eso.

—¡Pues está aquí! —exclamó Fernanda al aparecer frente a nosotros—. *Y no deberías criticarla, ella es como tu hijo que nunca tiene tiempo para venir* —comentó mi hermanita.

Me puse de pie para abrazarla, pero ella frunció el ceño al verme.

—¿Estás bien? —preguntó algo preocupada.

—¿Me veo mal? —pregunté fingiendo mi mejor sonrisa.

—No, pero… —Fernanda se ahorró el comentario que iba a hacer, suspiró y se encogió de hombros—. Es bueno que hayas venido.

Volví a besar sus mejillas cuando ella se sentó a mi lado.

—¿Cuándo llegó Anabelle? —preguntó mi madre retomando la conversación—. Ester me dijo que estaba en América y quizá este año no vendría.

—Llegó ayer, está con Giane —respondió Fer—. *Por eso la conocí. Es agradable.*

No pude evitar sonreír ante todo lo que estaba pasando.

No podía creer que la mujer que había conocido pocos meses atrás, era la hija del juez con el que mi padre trabajaba desde hacía tantos años.

—Me alegro mucho —respondió mamá sacándome de mis pensamientos—. Ester estaba preocupada por ella. Se divorció hace poco.

Bebí de mi té mientras intentaba procesar todo aquello.

—Siempre hemos querido presentarlos —bromeó Fer mirándome.

Casi me ahogué con el té y mi hermana volvió a fruncir el ceño.

—¿De qué hablas?

—Eso, queríamos que se conocieran. Giane decía que Anabelle era una loca resentida y yo le dije que haría buena pareja contigo que eres malhumorado y mandón.

Una mala mirada hizo sonreír a mi hermana.

—Echaba de menos tu mala cara —susurró besando mi mejilla.

Sonreí y la besé antes de rodearla en mis brazos.

Durante todo el desayuno, mi familia no dejó de hablar de la familia de Anna, de esos amigos que habían tenido desde hacía muchos años.

Era el cumpleanos de la señora Yolanda y esa era la razón por la que Anabelle estaba en la ciudad.

Conocía a esa familia, pero jamás le presté atención al tema de la hija rebelde que nunca estaba en los momentos importantes. Sabia que tenía un tema con su padre, pero nunca pregunté más sobre ese asunto.

A pesar de querer ir a buscarla de inmediato, decidí esperar un poco para pensar bien en lo que haría para disculparme.

Mientras descansaba sobre la cama de mi habitación, intenté pensar en lo que debía decir o hacer para que ella me disculpara, pero aun cuando confiaba en mi poder de convencimiento, sabía que Anna no era como las otras mujeres, sabía que quizá no me disculparía nunca y de hacerlo no me lo pondría tan fácil.

Un golpe en la puerta me hizo sentarme y mi padre entró.

—Julio nos invitó a cenar a su casa —dijo papá—. ¿Quieres venir?

—Sí —respondí de inmediato—, pero me ducharé antes. ¿Siguen en la misma casa?

—Sí, a tres calles de aquí.

Asentí y aunque mi padre se giró para marcharse, se regresó y cerró la puerta.

—¿Qué sucede? —preguntó sentándose a mi lado en la cama—. Y no me mientas, luces peor que cuando te estabas divorciando.

Le sonreí al hombre que desde niño había detectado mis cambios de humor. Respiré profundo y decidí hablar con él.

—Estoy enamorado —confesé, papá sonrió—. Terriblemente enamorado.

—¿Y eres correspondido?

—Lo era, pero lo arruiné —admití con vergüenza.

Papá esperó con atención escuchar el relato completo. Le hice un resumen sin mencionar que se trataba de la hija de su gran amigo.

—Tu comportamiento fue terrible y te mereces que te haya dejado.

—Lo sé, lo sé...

—¿Estás aquí por ella? —me preguntó, yo asentí—. ¿Y qué ha cambiado en ti desde ese momento hasta hoy? —No lo entendí—. Cuando pides perdón, tiene que haber un cambio para

que el arrepentimiento tenga sustento, para que tus palabras tengan sustento.

No pude evitar sonreír porque incluso para darme un consejo, mi padre seguía sonando como un gran abogado.

—No puedes disculparte con la mujer que amas solo con palabras —me dijo—. *Para obtener un perdón, debe haber un cambio de actitud, de pensamiento y de acciones…*

Asentí ante las acertadas palabras de mi padre.

—Por ejemplo, Julio y su familia. Él se portó mal con su esposa por muchos años, era machista, mujeriego…

Escuché con atención porque además de suponer que esa historia me daría un mensaje, también se trataba de la familia de Anna.

—Hasta que su hija mayor lo vio con una de sus tantas amantes y se lo contó a su madre, pero Yolanda intentando que su hija no estuviera en contra de Julio, no le dio importancia y eso decepcionó a Anabelle.

—Es natural.

—Lo es —admitió papá—. Ella ya había entrado a la universidad en Madrid así que cuando se fue, se alejó de todos, de su padre a quien obviamente le dejó claro cuánto lo despreciaba, de su madre que la había decepcionado y por evitar a ambos, también se alejó de Gianella.

Conocer la historia desde el punto de vista de mi padre me hizo entender mucho más la razón por la que Anabelle era como era.

—Anabelle consiguió un empleo y se pagó la universidad sin aceptar la ayuda de Julio —me sorprendí al saberlo—. Él lo pasó mal, había perdido a su hija, y Yolanda le estaba pidiendo el divorcio.

La sorpresa se apoderó de mí al conocer esa parte de la historia que estaba seguro Anna no estaba al tanto.

—Si no hubiera decidido cambiar, jamás hubiera recuperado a su esposa —concluyó mi padre.

—Y ahora están bien.

—Sí, los has visto en nuestras reuniones en casa. —Era verdad, los conocía—. Son una pareja feliz, se aman, se apoyan… En verdad espero que algún día, Anabelle se de el tiempo de ver cuánto cambiaron ambos y todo gracias a ella.

Pensé en ella, en el dolor que vi en sus ojos cuando habló de ellos y deseé contarle lo que había pasado para hacerla sentir mejor.

—Si quieres que te perdone, debes demostrarle con hechos que la amas… Las acciones hablan más que las palabras —dijo mi padre antes de palmear mi pierna—. Búscala… Y si tienes que inclinarte por su perdón, hazlo. No dejes que tu orgullo sea mayor que tu amor por ella.

Asentí y mi padre me abrazó.

La puerta de la habitación se abrió y mamá sonrió al vernos.

—¿Vendrás con nosotros? —me preguntó.

—Sí, me daré una ducha y los alcanzó.

Ella me lanzó un beso y ambos dejaron mi habitación.

Con mis pensamientos desordenados y mis emociones agitadas, aún me costaba creer en toda esa locura.

Ella estaba allí, siempre estuvo allí, tan cerca… Y años después nos conocimos. Existieron siempre muchos caminos que podían unirnos. Incluso para la graduación de nuestras hermanas…

Imaginé lo que hubiera sucedido si nos hubiéramos conocido ese dia… Nuestras vidas serían

diferentes, pero el destino no fue puntual con nosotros.

Una hora después salí de la habitación, duchado y con ropa adecuada, preguntándome si Anna estaría en la casa de sus padres o tendría que perseguirla por toda la ciudad.

Cuando llegué al primer piso me sorprendió ver a mi hermana.

Le sonreí y ella se quitó los audífonos.

—Creí que te habías ido con ellos.

—Jo, tío, no —respondió Fer sentándose sobre el sofá—. El señor Julio está solo en casa y escuchar sobre casos y demandas me aburre. —Sonreí al escuchar su razón—. ¿Tú irás?

—Sí. No tengo nada mejor que hacer —respondí fingiendo indiferencia—. ¿Tú no irás?

—Sip, solo esperaba a que Giane me avisara cuando estuviera allí.

—¿Y ya lo hizo? —Fernanda asintió y caminó junto a mí hacia la salida—. ¿Su hermana sigue con ellos?

—Sí, pero creo que no se quedará en la reunión —dijo mientras subíamos al auto—. No puede a ver a su padre ni en foto.

Empecé a conducir mientras sentía mis nervios apoderarse de mi calma al pensar en que pronto volvería a verla. Habían pasado pocas semanas, pero parecía una eternidad y no estaba seguro con la idea de verla en la casa sus padres. No sabía cómo ella iba a reaccionar y no quería presionarla, no allí, no estando en una tierra minada para ella, pero no sería capaz de esperar hasta el lunes para hablarle, para pedirle perdón.

—¿Tú estás bien? —preguntó Fer alejándome de mis pensamientos—. Pareces triste y espero que no sea a causa de la idiota de Luciana.

—Fernanda… —regañé, mi hermana giró los ojos.

—No me puedes culpar, desde que Anto me contó que esa estúpida estaba enferma, temo que vayas a perdonarla por lástima.

No le respondí y detuve el auto frente a la casa de los padres de Anna.

—Allí están —señaló mi hermana—. Ese es el auto de Gianella.

Mi hermana ni siquiera terminó de hablar y la mujer que me tenía sufriendo en silencio bajó del vehículo junto a su madre.

Mi mundo dejó de girar, porque como la primera vez, ella se había apoderado de toda mi atención en segundos.

La mano de Fer me golpeó el brazo, haciéndome reaccionar.

—¡Joder, casi babeas tu camisa! —bromeó, ni me defendí—. ¿Te gustó Anabelle?

No le respondí, bajé del auto sin poder despegar mi atención de ella. Sin poder creer que hubiera sido capaz de pasar tantos días sin ella. Aunque estaba delante de mí, la sentí más lejana que nunca y esa sensación me hizo sufrir.

—¡Hola! —saludó alguien detrás a mí, me giré y sonreí a la mejor amiga de mi hermana cuando bajó de su auto—. *¿Cómo estás?*

Fingí mi mejor sonrisa y me acerqué a ella.

—Bien —susurré besándole las mejillas—. ¿Y tú?

—Muy bien.

—¿Has visto? —preguntó Fernanda acercándose a nosotros—. Parece que nuestros hermanos finalmente van a conocerse.

—¡Ya veo, tía! —respondió Gianella mientras ayudaba a su hija a bajar del auto—. Cien años después se conocerán.

Sonreí cuando la pequeña sobrina de Anabelle saltó del auto y amplió su hermosa sonrisa al

verme.

—*¡Es el amigo de Bell!* —exclamó la niña con alegría.

Gianella miró a su hija sin entender y la pequeña me señaló.

—*¿Conoces a Anabelle? —preguntó mi hermana sorprendida.*

Le sonreí ampliamente a la pequeña que me había delatado y ella me regaló la misma sonrisa feliz de la primera vez que nos vimos.

—*¡Ay, no lo puedo creer! —exclamó la madre de Anna cuando me vio—. ¿Andrés también está aquí?*

Mi mirada se fue sobra Anna y por la manera en que se quedó inmóvil supe que la mención de mi nombre le había afectado incluso antes de saber que era yo.

Seguía sintiendo que era un error presentarme frente a ella en la casa de sus padres, pero no había forma de evitarlo, así que caminé hacia ellos y me detuve a escasos centímetros de ella.

El perfume de Anna me embriagó en segundos, acelerándome tanto el corazón que estaba seguro cualquiera podría escucharlo.

—*Buenas tardes* —saludé.

Anabelle respiró profundo y giró a mirarme totalmente sorprendida.

El mundo se detuvo, el tiempo, mi alma. Ella estaba allí, frente a mí.

Sentí mi corazón enloquecer. No podía entender cómo era posible todo lo que estaba pasando. No podía entender qué juego absurdo había planeado el destino para nosotros, pero sin duda pronto ibamos a averiguarlo.

38 Anabelle

Y a veces las cosas parecen estar escritas… Como si no importara cuánto luches, cuánto intentes cambiar el curso de los acontecimientos, porque cuando el destino ha trazado un camino, por más que tomes otra ruta, siempre tendrás el mismo final.

*****

Mi padre extendió su mano hacia Andrés, sonriendo con amabilidad. No podía creer lo absurdo que me resultaba todo.

—¿Cómo estás? —preguntó mi padre, Andrés asintió—. Qué gusto verte.

—El gusto es mío, juez.

Sentí mi corazón golpearme con más fuerza al escuchar su voz, al sentir el aroma de su perfume y solo deseé poder huir de allí, de mis padres, de él.

—Qué gusto verte, cariño. —Escuché decir a mi madre con emoción—. ¿Cuándo llegaste?

—Hoy, llegué temprano —respondió Andrés—. Feliz cumpleaños.

—Gracias, cariño —respondió mamá visiblemente emocionada—. *¡Qué alegría que estemos todos juntos!*

Quise escapar del lugar, pero mi madre me tomó de la mano arruinando mis intenciones.

—Mira, Andrés, ella es mi hija mayor —dijo girándome por completo hacia él—. Anabelle.

Respiré profundo y extendí mi mano con la clara intención de fingir que no nos conocíamos. Andrés la tomó de inmediato y todo mi cuerpo sufrió un desagradable temblor que estaba seguro todos lo habían notado.

—Ya nos conocemos —dijo él sorprendiendo a todos, incluso a mí—. Qué alegría verte, Anna.

Luché por disimular mi molestia y le solté la mano.

—Mamá, me marcho ya —anuncié—, estoy cansada.

—¡Ay, no, cariño! Espera un poco, cortemos el pastel, por favor.

Me apretó la mano y me miró con ojos suplicantes, quería irme, pero no iba a poder marcharme.

—¡Pastel! —gritó Ana al entrar.

Gracias al cielo la atención de todos se fue sobre mi sobrina y yo aproveché el momento para alejarme y caminé hacia el jardín trasero en busca de un poco de soledad, de tranquilidad.

Mi corazón estaba descontrolado, mi cuerpo temblaba como una gelatina y el dolor en el pecho era aún más insoportable.

Me detuve cuando nadie estaba cerca y me di cuenta de que ese lugar era extraño para mí, no era mi hogar, no conocía ni a mi hermana, ni siquiera conocía a su mejor amiga. No sabía que mis padres y los de Andrés eran tan cercanos. Eso me entristeció porque una vez más me sentí sola.

Toda mi vida estaba de cabeza y mientras más intentaba entender cómo era posible que Andrés conociera a mi familia y yo no lo supiera, las respuestas saltaban solas…

Ya no era parte de ellos.

Me detuve en el columpio que había en el lugar y lo miré con nostalgia recordando los momentos hermosos que viví allí en mi niñez.

—*¿Estás bien?* —susurró mi hermana detrás de mí

Suspiré y traté de disimular el dolor que sentía, la tristeza que me había atrapado de nuevo

—*¿Es él?* —preguntó.

Hubiera preferido mentir, pero ella ya no era una niña y aunque era extraño, porque no había compartido muchos momentos, Gianella parecía conocerme mejor que yo a ella.

—*Es él…*

Sin poder creerlo, sin poder aceptar el hecho de que Andrés fuera el hermano de su mejor amiga, lo admití.

—*Estoy alucinando, tía —susurré sin poder creérmelo—. Lo conocí hace unos meses y ahora resulta que ustedes llevan años tratándolo.*

—*Muchos años —admitió mi hermana—. Más de una década —resoplé ante esa locura—. Viene varias veces al año a ver a su familia. Nosotros lo vemos por lo menos dos o tres veces.*

Cubrí mi rostro al sentirme abrumada.

—*Te miraba embobado —dijo mi hermana y la miré sin entender—. Cuando llegó, cuando entraste con mamá, te miraba embobado.*

—*¡Es un idiota!* —dije levantando un poco la voz.

Gianella miró sobre mi hombro y sonrió.

—*Iré a apresurar lo del pastel.*

—*Hazlo —supliqué—. Ya me quiero ir.*

Mi hermana asintió y se giró.

Mi corazón se agitó cuando la brisa trajo hasta a mí el aroma de su perfume, de ese que usó la primera vez que estuvimos en el *Medianoche,* la primera vez que fui suya.

Me giré y lo vi de pie a un lado del jardín y le sonrió a mi hermana al pasar a su lado.

—*Ten cuidado —le escuché decir a Gianella—. Cuando está enfadada es peligrosa.*

—*Lo sé… —respondió él sin dejar de mirarme.*

Mi hermana aceleró el paso y entró a la casa dejándonos solos.

Andrés respiró profundo y caminó hacia mí.

Mi corazón enloqueció y se me dificultó respirar.

Me sentí más enfadada por actuar de ese modo y tomé una bocada de aire para poder hablar.

—*¿Lo sabías? —pregunté molesta, Andrés pareció no entender—. Qué eran mis padres… Mi familia.*

—*¿Cómo iba a saberlo? —se defendió—. Nunca coincidimos en alguna reunión entre ellos, nunca pregunté el apellido de tu padre, si escuché tu nombre no lo relacioné contigo.*

Lo miré incrédula.

—*Lo supe hoy, por mi hermana, porque habló de ti, porque sabía que estabas aquí, porque pregunté el apellido de tu padre…*

—*¿Entonces esto es casualidad?* —pregunté con sarcasmo.

—*Quizá sea el destino… —le regalé una mala mirada—. No tenía ni idea de que eran tus padres, Anna.*

—*¡Vale!*

Caminé con la intención de marcharme, pero Andrés me tomó del brazo para detenerme causando un doloroso estremecimiento en mi cuerpo.

—*No te vayas —susurró—. Hablemos…*

Tiré de mi brazo luchando para que él no notara lo mucho que me afectaba tenerlo cerca. Levanté la mirada y lo enfrenté.

—*No tenemos nada de qué hablar. Fui clara contigo hace unas semanas.*

—Lo siento —susurró haciendo pausa en cada sílaba—. Estoy avergonzado y arrepentido de lo que dije, de lo que hice…

Me giré para no ver el dolor que reflejaban sus ojos porque sabía que terminaría creyéndole.

—No quise lastimarte, Anna. Nunca ha sido mi intención, yo…

Respiró profundo y suspiró.

—Estaba asustado, celoso… —admitió—. Eran muchas cosas Anna, demasiadas cosas dando vueltas en mi cabeza. Lo que sentía por ti, me asustaba.

Dejé escapar unas lágrimas que limpié enseguida y volví a mirarlo.

*—¿Y crees que yo no estaba asustada? —*gruñí*—. ¿Acaso crees que eres el único que no se sentía seguro del paso que daba?*

—Sé que no, hermosa —dijo acercándose, yo retrocedí—. Sé que te lastimé, pero…

—¡No importa! —lo interrumpí—. Ya es tarde, Andrés.

Él dio un paso largo y llegó a mí acortando la distancia entre nosotros y tomó mi rostro con ambas manos.

—Lo siento, hermosa —susurró Andrés rozando su nariz con la mía—. Lamento todo lo que hice, lo que dije… No quise lastimarte, nunca he querido eso… Te quiero, Anna y estoy hecho mierda sin ti.

Mi corazón se detuvo cuando vi las lágrimas brillando en su verde mirada y sin que me lo esperara, se inclinó sobre mí, presionó sus labios sobre los míos y me besó.

El mundo dejó de girar, por ese instante, el dolor que sentí durante semanas parecía desaparecer en esos segundos, en ese momento en el que nuestras bocas se tocaron y todo volvió a tener un sentido.

Mis labios ni siquiera se movieron, pero no lo necesitaba, porque esa cercanía, ese mínimo contacto, calmó todo el infierno que llevaba semanas consumiéndome.

Era su aliento, su calor, su amor… Lo único que necesitaba.

—¡Bell! —gritó Ana desde algún lado del jardín.

Me alejé de inmediato, preocupada de que alguien nos hubiera visto, pero solo segundos después apareció mi sobrina.

—¡Bell! —gritó de nuevo al verme.

Andrés acarició su boca y me miró con el dolor brillando en sus ojos.

Dejé de mirarlo y le abrí los brazos a mi sobrina cuando saltó sobr mí.

—¿Estás llorando? —preguntó cuando la levanté—. ¿Por qué estás otra vez triste?

—No lo estoy —mentí—. Solo recordaba este lugar… Aquí tu mamá y yo jugamos mucho.

—Mami me lo dijo, me contó que una vez te empujó del columpio y te lastimaste el brazo.

*—Lo hizo —*recordé.

—Dijo que no le contaste a los abuelos.

—No lo hice —admití—. Ella lloraba más que yo, pensando que papá iba a castigarla.

La niña sonrió encantada y me besó de nuevo las mejillas.

—Mami siempre dice que te extraña —susurró Ana—. Por eso siempre quiero que vengas.

La abracé con fuerza mientras besaba el rostro.

—Vendré más seguido —prometí—. Y ustedes me visitarán más a menudo, ¿vale?

—Vale —respondió—. ¿Podemos jugar en el columpio?

—Vale —respondí caminando hacia el lugar—. Yo te empujo.

—No, tu amigo puede empujarnos a ambas —sugirió la granujas cuando la puse sobre el asiento—. Papá lo hacía siempre.

—Él ya se va —dije asegurándole el cinturón a la niña.

—No, aún no —dijo Andrés acercándose—. Las empujaré.

Giré hacia él y le regalé una mala mirada que ignoró.

—No me iré —repitió Andrés—. *Siéntate…* —ordenó.

Aunque no quería hacerlo, me senté porque mi sobrina nos miraba con demasiado interés.

—A mi madre le gustas para novio de Bell —contó la pequeña.

—¡Ana! —grité sorprendida al escucharla.

—¿Qué? —susurró la pequeña mirándome asustada—. Mamá se lo dijo a la tía Fer en la cocina.

—No tienes que repetir todo lo que dice tu madre —gruñí.

—Vale… —susurró ella mirándome sobre sus pestañas.

Andrés se movió detrás de los columpios y sosteniendo las cadenas empujó a Ana con suavidad.

—¡Más fuerte! —pidió ella, Andrés obedeció—. ¡Más fuerte!

Cuando la niña se balanceó a una altura adecuada Andrés se movió hacia mí y yo me impulsé para evitar que él lo hiciera.

Elevé los pies para tomar impulso y le sonreí a mi sobrina, pero cuando estuve de nuevo cerca de él, tomó las cadenas y me hizo detener.

Lo miré furiosa.

—Lo siento —susurró, giré los ojos y él me empujó, pero cuando estuve de regreso volvió a susurrarme—. Te he extrañado tanto.

Mi corazón no fue indiferente a sus palabras y aunque intenté no sentirme afectada, lo estaba.

—Lo siento, nena —dijo de nuevo.

Salté del columpió antes que él volviera a empujarme y lo miré molesta.

—Basta —exigí.

—¿Ya no quieres balancearte? —preguntó Ana mirándome.

—No —dije modulando mi voz—. Vayamos a ver si está listo el pastel.

Me acerqué al columpió y le quité el cinturón para liberarla.

—¡El pastel! —gritó la pequeña corriendo lejos de nosotros.

La vi desaparecer y respiré profundo mientras contemplaba el camino hasta que logré calmar a mi corazón enamorado y giré hacia él.

—No sé que pretendes —le dije—, pero quiero que te detengas.

—Solo intento disculparme, arreglar las cosas entre nosotros. Te quiero, Anabelle.

—Sí, eso ya lo dijiste y entendí cuánto me querías en el momento en el que sugeriste un aborto. —Él ni siquiera intentó defenderse—. ¡No quería tener un hijo contigo! Incluso iba a dejar de lado esa ilusión por ti… ¡Por ti!

—Sé que fui un imbécil y lo siento mucho.

—No importa… Ya no importa.

—Anabelle. —Tomó mi mano, pero me liberé—. Dame una oportunidad.

—Se acabó —susurré con dolor—. Ya es tarde, Andrés.

—No lo es, Anna… Sé que aún me quieres.

Lo miré con tristeza, con dolor… Y aunque mi corazón le gritaba que lo perdonara, ya era tarde, para mí lo era.

—Acepté la ayuda de Javier —solté con voz firme, él frunció el ceño—. Será mi donante y mañana voy a inseminarme.

Andrés no dijo nada.

—Nunca lo preguntaste, pero eso es lo quiero, lo que necesito y no cometeré el error de sacrificar mis sueños por nadie… Ni siquiera por ti.

La decepción, el dolor y tantas cosas más se reflejaron en el rostro de él y supe que lo estaba entendiendo o eso esperé.

—Te di una oportunidad —continué—. Iba a dejar mi vida aquí por ti, pero tú con unas cuantas palabras me hiciste abrir los ojos. Fue un error creer que podíamos estar juntos… Fue un error.

Él siguió en silencio y eso estuvo bien para mí.

—Tengo planes en mi vida y ya no estás en ellos —sentencié.

Limpié mis mejillas cuando las lágrimas escaparon de mis ojos y tomé aire para controlar la tristeza que estaba sintiendo.

—Es tarde… Llegamos tarde a la vida del otro, pero no detendré la mía por ti… No lo mereces —concluí.

Esperé que dijera algo más, pero él se mantuvo inmóvil sin decir media palabra y yo terminé aceptando ese final.

Me giré en mis zapatos y con la seguridad que a veces podía mostrar me alejé de él convencida de que eso era lo mejor para todos. Convencida de que era tarde para ambos, de que no podía haber una historia para dos personas que querían vidas distintas.

Solo media hora más estuvé allí, lideando con todo ese dolor, con todo ese amor que me invadia en partes iguales gracias a él. Él se despidió de todos y dejó la casa de mis padres incluso antes que yo.

Había prometido quedarme un día más, pero saberme en la misma ciudad que él no iba a ayudarme, así que esa noche regresé a Madrid.

De nuevo volví a llorar, de nuevo me sentí como si lo hubiera perdido, pero lo cierto era que lo estaba dejando ir y eso también dolió.

Ni siquiera había dormido, había tomado una decisión final, había elegido la vida que quería para mí y aunque saber que él no estaría en ella dolió, estaba lista para hacerlo… Tenía que hacerlo.

Después de una ducha larga, maquillaje y unos altísimos zapatos de tacón, estuve lista para seguir, para empezar a vivir la vida que había decidido tener.

Salí de mi habitación y Pamela ya estaba sentada bebiendo su café de la mañana. Por la forma en la que me miró supe que había elegido bien la ropa.

—¡Jo, tía! —exclamó Pam—. ¿A quién quieres impresionar?

—Tonta —dije tomando una taza y colocándola debajo de la cafetera—. ¿Terminaste toda la publicidad?

—Sí, te las envié a tu correo ayer.

—Vale, las revisaré luego —dije tomando mi taza de café y me senté frente a ella—. Hoy será un día de mierda.

—Lo sé… Los lunes siempre son malos.

Asentí y bebí mi café agregando en mi agenda recordatorios para no olvidar nada.

Una hora después estaba en la editorial esperando el elevador y revisando los correos importantes.

—¿Irás con Javier a Mallorca? —preguntó Pam cuando subimos al elevador, la miré confundida—. A la feria, de Palma… Javier irá.

—¡Joder! —gruñí—. Con las ganas que tengo de viajar…

—Yo daría mi vida por irme a Mallorca así sea por trabajo.

—Entonces ve por mí —dije cuando el elevador se abrió.

—Graciosa. Como si yo supiera organizar todo el tema de las ferias.

Sonreí al ver su molestia y después de palmearle el culo caminé hacia mi oficina. Dejé mis cosas y tomé los documentos que necesitaría para la reunión con el señor Beltrán.

Caminé hacia la sala de juntas mientras tomaba mi móvil y le marcaba a Javier.

—No sé por qué nunca apago mi móvil —se quejó Javier con una voz dormitada—. Me acosté a las seis de la mañana, Anna. ¿Qué quieres, cariño?

—Buenos días para ti también, Javier —respondí al detenerme en la entrada de la sala—. Solo llamo para saber la hora en la que nos encontraremos.

—¿Por qué debemos encontrarnos?

—Para hablar de los términos y condiciones —respondí—. Viajaré mañana a Mallorca y quiero tener claras tus exigencias.

—Vale, déjame dormir y cuando despierte te llamaré.

—Vale, pero no lo olvides.

—No lo olvidaré… Te quiero. Adiós.

—Adiós guapo. También te quiero.

Terminé la llamada y guardé mi móvil en el bolsillo de mis pantalones. Agregué otro recordatorio para llamar a Javier por si él no lo hacía y puse toda mi atención en las personas que estaban ya en la sala de juntas.

Miré hacia el lugar que ocupaba siempre mi jefe y de nuevo todo se detuvo a mi alrededor al ver que en esa oportunidad él no estaba solo y la persona que estaba a su lado hizo que mi corazón dejara de latir.

Andrés estaba allí, vestido de traje oscuro, elegante y perfecto. Más serio que de costumbre y sentado de forma segura y firme a la mano derecha del hombre que durante varios años había sido mi jefe.

—Hola, Anabelle —saludó el señor Jordi—. Buenos días.

Tuve que reaccionar y aunque pensé que no iba a poder ni moverme, logré hacerlo y me aproximé a ellos.

—Buenos días, señor Beltran… —susurré.

—Recuerdas al señor Brasher, ¿verdad? —preguntó mi jefe.

—No creo que me haya olvidado tan pronto —comentó Andrés levantándose de su asiento y extendiendo su mano hacia mí—. Hola Anabelle…

Dejé mis cosas sobre la gran mesa y mi mano temblorosa delató mi nerviosismo al levantarla hacia él.

—Hola. —Fue todo lo que pude decir.

Andrés me liberó antes de que yo lo hiciera y me invitó a sentarme. Tomé mi lugar en la mesa y aunque quise preguntarle qué demonios hacía allí, la llegada de más colaboradores me lo impidió.

Durante algunos minutos lo miré sin poder entender la razón por la que Andrés estaba allí, pero él me ignoró por completo y solo le prestó atención a mi jefe y las cosas que le contaba sobre la ciudad.

—Creo que estamos todos —dijo el senor Beltrán al ver la mesa completa—. Buenos días… Otro lunes de aburrimiento —bromeó—. Como pueden ver, hoy tenemos un integrante más en la junta. —Andrés sonrió—. El señor es Andrés Brasher y será quien representará a señor

Bécquer en nuestra empresa.

Palidecí al escucharlo, pero Andrés sin mirarme, se puso de pie.

—Buenos días a todos —saludó con una voz varonil y segura—. Soy el representante legal del señor Bécquer y estaré con ustedes por un tiempo.

—¿Por cuánto tiempo? —pregunté sin poder evitarlo.

Todos giraron hacia mí sorprendidos, me avergoncé.

—Indefinidamente —respondió él mirándome—. Estoy contemplando la idea de mudarme a Madrid.

Lo miré sin poder creerlo. Andrés dejó de mirarme y continuó hablando. Dejé de escuchar apenas él dijo que estaba pensando mudarse y aunque no quisé, sentí la ilusión despertando en mi interior.

Aferrándome a mi profesionalismo, participé en la reunión como de costumbre y esperé las indicaciones para esa semana de trabajo.

—Anna se hará cargo de la feria en Palma de Mallorca —anunció Anahí, una de las coordinadoras de relaciones públicas—. Y la próxima semana acompañará a Sálamo a Valencia para la presentación de su libro.

—Bien —respondió mi jefe—. *¿Quién te acompañará?* —me preguntó.

—¿Anahí? —pregunté mirándola.

—No puedo, cariño… Yo iré a Menorca.

—Yo puedo acompañarla —se ofreció Andrés, yo respiré profundo—. Podría ayudarla y conocer Mallorca. Me han dicho que es una isla hermosa.

—No es un viaje de placer, señor Brasher —dije de mal humor—. Es trabajo.

—El trabajo también es un placer, Anabelle —respondió el muy idiota arrancando risas tontas de algunas mujeres presentes—, pero si tienes algún problema de que vaya contigo, está bien.

Miré a mi jefe y este esperó escuchar las razones por las que no estaría de acuerdo, las cuales no tenía, no de forma profesional.

—No tengo ningún problema —me obligué a admitir.

—Bien, entonces todo listo para esta semana —concluyó el señor Beltrán levantándose de su asiento—. Feliz semana. Yo los veré el próximo lunes.

Tomé mis cosas mientras intentaba controlar mi molestia.

—Anahí puede orientarte sobre la editorial, sobre cualquier duda que tengas —dijo el señor Beltrán mirando a Andrés—. *Anabelle también te ayudará… ¿Verdad, cariño?* —Levanté la mirada y asentí—. *Bueno, me tengo que ir… Tengan un lindo día.*

Andrés tomó su abrigo del asiento y caminó hacia la puerta con la intención de marcharse.

—¿Tienes un momento? —gruñí cuando él estaba por salir.

Anahí, la única que quedaba en la sala, nos miró sorprendida.

—Mi oficina está en el otro extremo —dijo ella mirando a Andrés—. Si necesita algo, estaré encantada de ayudarle.

—Gracias —respondió él regalándole una sonrisa seductora que alteró en segundos mis celos.

Anahí le devolvió la sonrisa coqueta y dejó la sala de juntas cerrando la puerta al salir.

—Te escucho —dijo Andrés cuando me miró.

—¿Qué diablos haces aquí?

—¿No prestaste atención a la reunión? —Su respuesta me puso de peor humor—. Estoy aquí representando a Sebastián.

—Sabes que eso no es lo que estoy preguntándote —gruñí, él dejó su abrigo sobre una de las sillas y se acercó—. ¿Qué haces aquí, Andrés?

—¿Qué crees que hago aquí, Anabelle?

—¡No tengo una puta idea!

Él acortó más la distancia entre nosotros logrando que su perfume llegara a mí y mi corazón se aceleró de forma preocupante.

—Estoy aquí por ti —confesó Andrés con su terriblemente peligrosa voz follable—. Y no me iré hasta recuperarte.

La seguridad en su voz me hizo temblar otra vez.

—¿Acaso escuchaste lo que te dije en la casa de mis padres? —Logré decir, él se acercó un poco más.

—Lo escuché —susurró cuando me hizo chocar con la pared y apoyó una de sus manos a un lado de mí—. Tienes planes y no estoy incluido en ellos. —Se inclinó para oler mi cabello y logró que mi estabilidad flaqueara—. No merezco que hagas nada por mí.

—No lo mereces —susurré sin aliento.

—Pero tú sí mereces que yo haga todo por ti.

Mi corazón se agitó con fuerza y todo empeoró cuando me miró a los ojos.

—Estoy enamorado de ti, Anna, y no estoy dispuesto a perderte.

Me quedé sin palabras al escucharlo decir algo que ni siquiera yo podía admitir.

—Tuve miedo —susurró con los ojos brillando—. Me aterraba la idea de enamorarme otra vez, luché para evitarlo, pero pasó y solo cuando te fuiste lo entendí. —Las lágrimas invadieron mis ojos delatando mis sentimientos—. Te amo, hermosa y estoy perdido sin ti.

Acarició mis mejillas cuando unas lágrimas resbalaron por ellas.

Me miró con tanto amor que aunque estaba segura de que lo mejor para ambos era estar separados, no fui capaz de ser firme ni de alejarme.

Él se inclinó más hacia mí y respiró de mi aliento como si fuera el aire que necesitaba para vivir, como si de ello dependiera su vida.

—Te necesito —susurró—. Y no estoy dispuesto a renunciar a ti… No puedo… No quiero, hermosa.

No pude hablar, eso era algo que no esperaba.

Ni siquiera siendo muy optimista pude imaginar que lo encontraría allí, ni en mis mejores sueños había esperado oírle decir que me amaba y por más que intentaba ser firme, no podía ocultar lo mucho que me habían afectado sus palabras.

—Mírame —ordenó Andrés con esa voz que me derretía, y obedecí—. Te amo y quiero quedarme a tu lado, pero si me pides que me marche, lo haré y no volveré a molestarte.

Solo tenía que decirle, una vez más, que se fuera, pero ya no tenía fuerzas para seguir luchando contra los sentimientos que él tambien decía tener por mí.

—No queremos las mismas cosas, Andrés.

—¡Demonios, Anna! —gruñó él—. Yo lo único que quiero es tenerte de regreso en mi vida.

Él respiro profundo y se alejó un poco de mí.

—**Tienes cinco segundos para irte** —susurró, las ganas de llorar aumentaron—. **Si no, vamos a besarnos como la primera vez y esta vez nadie nos interrumpirá.**

Mi corazón me traicionó y un gemido me delató dándole luz verde, sin tomarse ni un segundo me sostuvo de la cintura y se presionó contra mí para dejarme saber cuánto me deseaba.

Me quedé sin aliento cuando lo sentí y todo empeoró cuando la boca exigente y experta de Andrés se presionó sobre mis labios y me besó con pasión.

El dolor que había sentido desde que dejé San Francisco cesó. El mundo empezó a girar en el sentido correcto cuando nos besamos, cuando dejamos de fingir que no lo deseábamos y, como la primera vez, nos entregamos a un beso que ninguno de los dos podía evitar.

Nos besamos como esa primera vez, pero se sintió aún mejor, porque ese beso era de amor, de ese amor al que ambos le temíamos y del que por más que lo intentáramos, no podíamos escapar.

39 Andrés.

La felicidad que te da el amor se parece una mañana de primavera, a la belleza de las flores al nacer, a la luz que ilumina los días grises que dejó el invierno. La felicidad que te da el amor sabe a paz, a seguridad y valentía, sabe a esperanza, a una nueva vida.

*****

Cuando la puerta de la sala de juntas se abrió, dejé de besarla y me alejé de ella dando un paso hacia atrás. Anna miró asustada a quien nos interrumpió y de pronto sonrió.

—Lo siento… —se excusó Pamela—. No sabía que estabas a acompañada.

Me giré hacia ella, le di una mirada molesta y ella sonrió.

—Está bien —respondió Anna intentando recuperar la calma.

Trató de alejarse, pero sostuve su mano.

—Tengo que irme a trabajar —explicó aún con la respiración acelerada—. Debo dejar todo en orden antes de viajar.

—No me has dado una respuesta —le recordé.

—No es el lugar ni el momento. —Fruncí el ceño—. Supongo que en Mallorca tendremos la oportunidad de hacerlo.

Relajé notablemente mi tensión al escucharla y asentí.

—Sigo pensando que es un error, pero lo hablaremos luego.

—De acuerdo —respondí—. ¿A qué hora planeas viajar?

—No lo sé. Hablaré con Anahí, cuando compre los billetes y me envíe el itinerario te lo reenviaré, ya que no tienes un correo corporativo.

—Sí lo tengo —respondí, Anna me miró sorprendida.

—¿Tienes un correo corporativo? —preguntó sin dar crédito a mis palabras, asentí con seguridad—. *¿Desde cuándo planeaste esto?*

—Desde que decidí venir por ti —admití sin problemas—. Encontrarnos en la casa de tus padres fue lo único que no planeé.

Anabelle me miró en silencio por unos segundos y suspiró.

—Vale… Me iré a trabajar.

—Vale —repetí intentando usar su acento, ella no pudo evitar sonreír y me sentí mejor de verla así—. *Extrañé tus sonrisas.*

Se avergonzó y se alejó para tomar sus cosas de la mesa mientras yo dirigía mi atención a Pamela.

—Sentí un dejavú gracias a tu interrupción —le dije. Pamela sonrió—. Es la segunda vez que arruinas un gran momento.

—Lo siento tanto —dijo ella con emoción por lo que había presenciado—. Anahí quiere saber para qué hora quieres el vuelo a Mallorca, Anna.

—Vale, iré ahora mismo —respondió caminando hacia Pamela aún de pie en la puerta y cuando pensé que se marcharía, ella se detuvo y giró a mirarme—. Nos vemos más tarde.

—Estaré deseándolo.

Anna suspiró y salió de la sala sin volver a mirarme.

Me apoyé en la pared y dejé que la esperanza me atrapara por un momento. Esperé que el

deseo que ella había despertado se calmara, pues era muy evidente lo excitado que estaba.

Cuando logré calmarme, tomé mis cosas y caminé fuera de la sala de juntas. Tenía varios asuntos que atender antes de volver al hotel, así que me apresuré para ir al elevador.

Estaba agotado, no había podido descansar en absoluto porque el miedo de lo que pudiera pasar cuando apareciera de nuevo frente a Anna me aterraba, pero todo parecía haber salido bien… O no tan mal.

Cuando las puertas del elevador se abrieron, me hice a un lado para dejar bajar a varias personas, pero una de ellas se ganó mi atención.

Javier Sálamo apareció frente a mí y frunció el ceño apenas me vio.

—No sé por qué me sorprende —comentó el escritor antes de extenderme la mano, la tomé a pesar de no querer—. ¿Cómo estás?

—Bien —respondí con frialdad.

—Pues, no luces tan bien —me mantuve en silencio—, pero supongo que yo me veía de igual modo cuando Amelia me dejó. Perder a la mujer que amas es una mierda, pero eso debes saberlo, eres divorciado.

Lo miré aburrido y me moví con la intención de irme.

—No la lastimes —exigió el escritor mirándome con seriedad—. Está enamorada de ti.

La antipatía que sentía por él cayó un poco.

—No sé por qué pelearon, pero si has venido a arreglar las cosas con Anna, hazlo bien… Ya ha pasado por mucho.

—Sería más fácil si no estuvieras en medio —respondí.

—¿Yo estoy en medio? —preguntó confundido—. No entiendo cómo.

—Te ofreciste como donante —le recordé.

—Ah, eso… Venga, que si tú no eres capaz de hacerlo, yo puedo. —Volví a regalarle todo mi odio—. Entiendo que en el poco tiempo que llevan juntos no se conozcan lo suficiente, pero ella sueña con ser madre.

—Lo sé —respondí molesto—, pero como dices, llevábamos muy poco tiempo juntos como para hablar de hijos.

Javier notó a algunas personas cercanas mirándonos, volvió a entrar al elevador y dejó que este empezara a cerrarse.

—Vale, tienes un punto —admitió el escritor—, pero ella dijo que no querías hijos.

—No lo quería y no contemplaría la idea si no fuera por Anna.

—Pero lo estás contemplando. Eso es algo.

No dije nada y Javier metió las manos en sus bolsillos.

—Anna tiene mucho tiempo deseado ser madre. Ese sueño, ese anhelo ha estado en primer lugar. Que dijera que postergaría la inseminación porque estaba contigo, me dejó claro en qué lugar estás tú… ¿Eres consciente de ello?

—No lo fui —lamenté con sinceridad—. Y en este momento sé que ya no estoy en ese lugar.

—Y debe ser tu culpa, porque Anna tiene un carácter de mierda, pero loca no es y si dijo que se acabó, debe ser que algo le hiciste.

Las puertas se abrieron en el primer piso y ambos salimos.

—Si me odias porque me ofrecí como donante, vas a odiarme para siempre, porque si puedo ayudarla a cumplir un sueño, lo haré.

—Te vi besándola en el hotel —reclamé con voz dura, Javier se sorprendió—. *Por eso te odio* —admití sin problema.

—Estaba ebrio.

—Sí, eso dijo ella, pero soy hombre y he estado ebrio, así que inventa otra excusa.

Se quedó en silencio por unos segundos.

—La besé porque necesitaba sentir que otra mujer podía reemplazar a Amelia —admitió Javier—. Yo estaba hecho mierda y Anna apareció, se preocupó por mí y estúpidamente quise creer que ella podía ayudarme.

Continué mirándolo con desagrado.

*—Fue como besar a mi hermana… Así de malo. —*No quité mi mala cara*—. Vale, fue un error y ustedes ni siquiera estaban juntos… ¿O sí?*

*—Si vuelves a hacerlo te romperé la cara —*amenacé.

—Vale —dijo el escritor con diversión—. Lo tendré en cuenta.

De nuevo llamó al elevador y yo me mantuve cerca.

—Yo tampoco te agrado —comenté siendo consciente de ello.

Javier se giró a mirarme y sonrió.

—Tu mejor amigo se quedó con la mujer que amo —me recordó—. No es nada personal… Solo me recuerdas que existe. —El elevador se abrió y Javier subió en él—. No lastimes a Anna.

No le respondí, pero él tampoco espero a que lo hiciera.

Las puertas se cerraron y yo caminé hacia el estacionamiento donde había dejado el auto que había rentado. Tomé su móvil y llamé a la única persona que pensé podría ayudarme en ese momento.

—¿Hola?

—Pamela, soy Andrés… Necesito que me hagas un favor.

El dia había pasado con rapidez, hice todo lo que había planeado y llegué al aeropuerto con dos horas de anterioridad, como era de costumbre.

Estaba en una cafetería con mi computador frente a mí. Llevaba casi una hora concentrado en los presupuestos que tenía pendiente. Intentando hacerme cargo de todo el trabajo que tenía en San Francisco.

Quedarme en Madrid había sido una decisión apresurada que me volvería loco con todo el trabajo del que tendría que ocuparme, pero no importaba, incluso si mis horas de sueño disminuían, iba a hacerme cargo de todo mientras intentaba recuperar a Anna.

Le di una última leída a los costos del nuevo equipo que obtendría en la fábrica y lo envié de regreso a Carol aprobando la compra.

Me estiré sobre el sofá donde estaba sentado y miré la hora en mi reloj. Eran casi las seis de la tarde y estaba sorprendido de que Anna aún no llegara.

Solo había tenido noticias suyas cuando me envió el itinerario de vuelo, le ofrecí ir a buscarla, pero ella se negó alegando que aún tendría trabajo que hacer.

Acordamos encontrarnos en el aeropuerto, pero al ver que la hora de partida estaba cerca y ella no aparecía el miedo de que se hubiera arrepentido me atrapó.

El vibrar de mi móvil sobre la pequeña mesa agitó mi corazón deseando que fuera ella, pero el nombre de mi mejor amigo estaba en la pantalla.

*—Sebastián —*saludé al responder.

—Hola, buenos días, ¿cómo estás?

*—¿Buenos días? —*pregunté, segundos después entendí.

—Son las once de la mañana —aclaró Sebastián con voz divertida—. ¿Allá está oscureciendo?

—Sí, perdí la noción del tiempo mientras revisaba el presupuesto del equipo que van a

comprar.

—¿A qué hora es tu viaje?

—En media hora debemos abordar, pero Anabelle no ha llegado, quizá se arrepintió.

—No lo creo. Debe estar ocupada —dijo Sebastián tranquilizándome—. Pero cuéntame, ¿hiciste lo que habías pensado?

—Sí…

Me distraje un poco mientras le contaba a Sebastián todo lo que había hecho en el día, todo lo que había planeado estaba listo y me sentía nervioso por lo que pudiera suceder, pero Sebastián con la calma y seguridad que lo caracterizaba me ayudó a controlarme.

—Si no quisiera intentarlo, te hubiera rechazado de nuevo y no lo hizo, tampoco te ha escrito para decirte que se arrepintió… Debe estar por llegar —aseguró mi mejor amigo.

La puerta de embarque de vuelo se habilitó y tomé mis cosas para caminar hacia ella y esperar a Anna allí.

—Están abordando —susurré.

—Está bien, cuelga… Anna debe estar por llegar.

—Más le vale o tendremos un problema antes de arreglar el que cargamos. —Sebastián rió —. Te llamo después.

—Cálmate —aconsejó mi mejor amigo por última vez—. Buen viaje.

La llamada terminó y caminé hasta la puerta de embarque mientras miraba en la dirección que debía llegar Anna, pero no había rastros de ella.

Quince minutos después y faltando dos pasajeros para abordar, tomé mi móvil y marqué al número de Anna. La llamada entró directo al buzón acabando con la poca esperanza que tenía de que llegara.

—Señor —llamó la asistente de vuelo—. ¿Va a abordar?

—Estoy esperando a alguien, está retrasada.

—Lo siento, no podemos esperar —dijo la mujer—. Si va a abordar debe hacerlo ahora.

Negué sintiéndome estúpido por haber creído que las cosas serían tan fáciles, por haber pensado que podríamos llegar a un acuerdo.

—No abordaré —dije a la joven frente a mí.

Ella asintió y tomó su tableta lista para marcharse.

—¡Espere! —gritó con voz agita Anabelle.

Giré con el ceño fruncido y la vi corriendo hacia mí.

—Perdón —susurró ella al detenerse a mi lado—. ¡Jo tío, hay un tráfico de mierda!

Le di una mala mirada que ella ignoró, escanearon nuestros boletos y caminamos hacia el avión.

—¿Por qué no habías abordado? —preguntó cuando llegamos a la puerta del avión.

No le respondí y miré en mi móvil el número de nuestros asientos.

—¿Por qué no abordaste? —repitió.

—¿Por qué lo haría? —dije al detenerme frente a la segunda fila—. *¿Qué haría allá sin ti?* —Ella bajó la mirada cuando la miré molesto—. *Son estos* —anuncié quitándole su equipaje para acomodarlo junto al mió.

Ella tomó su lugar junto a la ventana y me observó en silencio.

Terminé lo que estaba haciendo y aún tenía su atención puesta en mí, pero giró hacia otro lugar cuando la atrapé.

Me senté junto a Anna y abroché su cinturón sin mirarla.

—¿Por qué estás enfadado? —me preguntó.

—No me gusta la impuntualidad —respondí sin mirarla—. Casi perdemos el vuelo por tu culpa.

—Podías abordar tú. —La miré más enfadado—. Yo hubiera tomado el próximo vuelo si perdía este.

—Pensé que no vendrías —admití—. Pensé que te habías arrepentido.

—No puedo arrepentirme —susurró—, es mi trabajo.

Le regalé otra mala mirada y ella se mordió los labios.

—No me mires así —me pidió—. Me encanta tu mala cara y quiero seguir enfadada contigo.

Escucharla decirle eso sin duda ayudó mucho a mejorar mi humor y sin que pudiera evitarlo, la tomé del cuello y le di un beso apasionado.

Anna gimió en mi boca, contra mi exigencia y esa necesidad que ambos sentíamos. Nos besamos como dos adolescentes que no podían controlar sus hormonas ansiosas, como si pudiéramos llenar con besos el vacío que dejaon esas semanas el uno sin otro.

—Perdonen —susurró una voz femenina.

Ella intentó alejarse, pero yo no quise liberarla de inmediato y me tomé un segundo más para disfrutar de su boca y luego la dejé ir.

—Debe abrocharse el cinturón. —Nos recordó la asistente de vuelo.

Ese beso se había llevado todo mi mal humor, todos mis temores. Y después de unas semanas horribles, por fin sentí un poco de calma dentro de mí, una calma que sabía solo la conseguía gracias a ella.

La contemplé cuando ella miró a través de su ventana intentando no darme la cara, pero incluso mirándola era feliz.

—¿Iniciaste tu tratamiento? —pregunté.

Anna respiró profundo y se tomó un momento antes de responder.

—No, aún no… —respondió mirándome—. Necesito estar cerca para inyectarme las hormonas. —Solo asentí—. Lo haré la próxima semana.

No dije nada, solo asentí, ella parecía sorprendida.

—¿Qué pasó con tu trabajo en San Francisco?

—Me estoy ocupando desde aquí —respondí—. Es una ventaja la diferencia horaria —comenté con cierta diversión—. Terminé de revisar unos presupuestos hace poco y allá aún es de mañana.

—Sabes que es una locura, ¿verdad?

Me incliné hacia ella y aunque esperé que se alejara, no lo hizo.

—Locura fue estar tantos días lejos de ti.

El movimiento brusco del avión al despegar hizo que Anabelle sostuviera su asiento con fuerza y yo sonreí. La tomé de la mano y aunque ella intentó liberarse, no se lo permití. Entrelacé nuestros dedos y me aferré a ella.

—Te amo —susurré, ella cerró los ojos—. Te amo, Anabelle.

Me miró y creí que ella sentía lo mismo aunque no lo dijera.

—¿Y es suficiente?

—Haré que sea suficiente —prometí.

—Andrés…

Puse mis dedos sobre los labios y le sonreí.

—Hablaremos cuando lleguemos. Cenaremos y luego tendremos esa conversación. ¿Está bien?

Anna suspiró y asintió. Besé su frente y me quedé allí, muy cerca de ella, mirándola y

deseando que realmente el amor que le tenía fuera suficiente, deseando encontrar el camino por el que ambos podíamos seguir juntos y felices.

Lo necesitaba y estaba convencido de que encontraría ese camino neutral que nos hiciera felices a ambos.

40 Anabelle.

Te amo son dos palabras capaces de arreglarlo todo. Los días grises, las noches solitarias, pueden llenar un corazón vacío, pueden hacerte fuerte, valiente, pueden darte esperanza, llenarte de fe.

Dos palabras que lo son todo para el que sentía que ya no tenía nada.

*****

Palma de Mallorca era una isla hermosa y bajó la luz de la Luna que nos iluminaba al llegar, todo parecía mejor.

Andrés tomó mi mano al bajar y aunque quise aclararle que aún no debía tomar la situación como una reconciliación, también necesitaba de esa cercanía.

Me sorprendí cuando me informó que había rentado un auto y más aún cuando la dirección que puso en su *GPS* no era la del hotel al que la editorial acostumbraba a usar para esos eventos.

—¿Elegiste el hotel? —pregunté, él asintió con la vista fija en el camino—. ¿Como se llama?

—Can Bondoy

—¿Can Bondoy? —repití incrédula, él volvió a asentir—. Lo de ser economista no lo aplicas en tu vida, ¿cierto?

Andrés no pudo evitar reírse y yo tuve que mirar por mi ventana para no babear al ver lo guapo que lucía cuando sonreía de ese modo.

Había elegido uno de los hoteles más costosos de la ciudad, uno con una vista maravillosa hacia el paseo marítimo y muy cerca de la catedral.

—Mi profesión no tiene nada que ver con mi vida —me aclaró divertido—. Gano bien, vivo bien.

—Lo he notado… —dije mirando por la ventana—. ¿Y quién te recomendó ese hotel?

—Investigar también es parte de mi trabajo —respondió—. ¿Lo conoces?

—Sí, Javier se hospeda siempre allí.

La sonrisa de Andrés desapareció y no pude evitar burlarme de esos celos que aparentemente aún Javier despertaba en él.

—Tiene buen gusto tu amigo —admitió.

—Y pasta para disfrutar de su buen gusto —agregué—. ¿Por qué te gustó ese hotel?

—Tiene mucha vegetación… Y está cerca de la catedral.

—¿Eres católico o solo quieres conocerla por turismo?

—Soy católico, hermosa.

Los remolinos en mi estómago revolotearon como siempre que me llamaba de ese modo.

—Creía que los estadounidenses no eran católicos. —Él me miró un segundo sorprendido—. No me preguntes por qué, pero eso pensé.

—Pues, mis padres son católicos y yo también lo soy.

—¿Te casaste por la iglesia? —pregunté, me sentí feliz cuando negó.

—Luciana no cree en Dios.

Es que ella es el diablo…

Casi me rio ante mi pensamiento.

—¿Tú eres católica o no crees en nada? —preguntó él.

—Supongo que soy católica, pero desde que me mudé a Madrid nunca he ido a una iglesia.

Incluso soy una mala hija para Dios.

—No digas eso —susurró Andrés tomándome la mano—. Un padre ama a todos sus hijos.

Me besó la mano y temblé.

Cuando el auto se detuvo frente a la gran casa que era el hotel donde nos hospedaríamos, mi corazón se aceleró al pensar que la hora de hablar estaba a punto de llegar.

Andrés bajó del auto cuando dos hombres nos abrieron la puerta. Tomaron nuestros equipajes y caminamos dentro de las instalaciones.

Las plantas rodeaban la casa por paredes y techos, dentro la decoración era antigua, pero muy elegante.

—Hola, bienvenidos —saludó una mujer en la recepción.

—Gracias. Soy Andrés Brasher, tengo dos reservaciones.

Lo miré sorprendida al oír que había tenido la delicadeza de reservar dos habitaciones y él intentó no sonreír al notar mi sorpresa.

La joven hizo todo el papeleo y después de unos minutos dos hombres nos acompañaron hasta nuestras habitaciones.

Cuando la puerta se abrió y el hombre me invitó a entrar, sonreí y di un paso dentro de ese hermoso lugar.

Una cama gigante con sábanas blancas estaba rodeada de unas cortinas de terciopelo aguamarina que colgaban del techo y a un lado estaba una bañera blanca a vista de todos.

Un juego de muebles antiguos en el mismo tono de las cortinas estaba junto a unos impresionantes ventanales con vistas a los jardines.

Estaba boquiabierta observando el lugar, lo hermoso que era todo, ese toque antiguo y romántico que me dejó sin palabras.

—En el vestíbulo tienen disponible una gran colección de delicados tés —anunció el hombre al entregarme la tarjeta magnética—. Podrá llamar al mayordomo a cualquier hora para lo que necesite.

—¿Mayordomo? —pregunté confundida.

—Sí —respondió el hombre—. Solo levante el auricular y estará listo para atenderla.

—Vale, gracias.

Andrés apareció por la puerta y le dio un billete al hombre para que terminara de irse. Se apoyó del marco y me miró con interés mientras yo pensaba en todo lo que había gastado.

—Es un despilfarro de dinero —solté, Andrés solo me observó—. No sé cuánto has pagado por esto, pero en serio, es excesivo… ¡Hasta mayordomo tiene, joder!

Andrés se mantuvo en silencio, aumentando mis nervios por sus miradas.

—¡Mi piso debe tener el tamaño de esta suite! —continué, él sonrió sin poder evitarlo—. En serio, quizá es más pequeño…

—¿No te gustó?

—Sí, obvio que sí —admití mirando a mi alrededor—, pero estoy alucinando, tío… Un mayordomo, ¿en serio es necesario?

—No lo sé —admitió divertido.

—No me quedaré aquí cinco días, Andrés —le aclaré, él solo me miró—. Si tú quieres, quédate, pero no dejaré que gastes tanto dinero en una habitación que no necesito… ¡Son cinco días!

—Ya he pagado esta habitación por cinco días —me informó—, pero la mía solo por hoy. —Bajó su mirada lentamente por mi cuerpo y me sentí acalorada—. Aunque espero no tener que usarla…

Regresó su atencion sobre mis ojos y me costó respirar.

—¿Crees que te dejaré dormir aquí? —pregunté, él continuó mirándome con deseo—. *No sucederá…*

Me miró con más intensidad, con más deseo, empeorando la calma que intentaba conservar.

—Me encanta cuando me retas… —susurró usando un tono más seductor, con una voz más ronca—. Incluso sabiendo que si entro en esta habitación, no saldremos de ella en muchas horas.

—Las cosas han cambiado —logré decir aunque ni yo me lo creía—. No creas que tus armas de seducción funcionaran hoy.

Él se alejó de la puerta y la cerró de un golpe. Entró en la habitación y fue hasta mí tan rápido como le fue posible.

Di varios pasos hacia atrás y él se detuvo aún distante de mí.

—¿Sabes por qué huyes de mí? —preguntó mirándome los labios—. Porque sabes que si te toco, no vas a negarte.

—¡Creído! —gruñí, él sonrió.

—**No me ataques porque solo aumentarás mis ganas de educar tu atrevida boca.** —Lo miré embobada recordando las palabras que él había dicho la noche en la que nos conocimos—. **Y ya sabes todo lo que puedo hacer con ella.**

Lo miré con nostalgia recordando esa primera noche.

—**Quiero besarte** —susurró Andrés sin moverse, temblé deseándolo también—. **Me muero por tocarte.**

Retrocedí hasta chocar con la pared y él me comió con los ojos.

—**Quiero quitarte ese vestido, arrodillarme entre tus piernas y saborear con mi lengua lo que mis palabras te provocan.**

—**Basta** —susurré sin aliento.

—**¿Estás mojada?** —me preguntó, cerré las piernas como si él pudiera ver a través de ellas. Se dio cuenta y sonrió—. **Lo estás… No sabes cómo deseo comerte hasta que te corras en mi boca.**

—**Basta, eres cruel.** —Él sonrió—. **No he follado desde que volví.**

—**Ni yo…** —dijo sorprendiéndome.

No podía creer que en todos esos días no hubiera estado con nadie, pero él no mentía y aunque parecía increíble, sabía que era verdad.

—**No me había hecho falta** —confesó dejando notar la tristeza en su voz—, **pero bastó verte.** —Respiró profundo y se mordió los labios—. **De nuevo me siento como un adolescente desesperado por follar.**

Bajé la mirada sin querer y me mordí los labios cuando comprobé que no solo a mí le estaba afectado esa conversación.

La erección de Andrés me dejó sin aliento y él terminó de acercarse.

—**Hoy cuando entraste a la sala de juntas…** —susurró él inclinándose para oler mi cabello —, **con esos enormes tacones y ese vestido que resaltaba tu precioso culo, fantaseé con la idea de ponerte sobre la mesa y follarte.**

—**Para** —supliqué temblando.

—**Si no hubiera llegado Pamela…**

Odié a Pam en silencio.

—**Me dejaste tan duro que tuve que masturbarme.** —Me quedé sin aliento al escucharlo

—. **Elegí una película de un trío para recordar la última noche contigo.**

—**Andrés…** —supliqué sin fuerzas.

—**Ni siquiera la vi, solo cerré los ojos y pensé en ti.** —Me rozó la nariz me derritía—. **Me corrí pensando en ti, *princesa*… Imaginándome dentro de ti.**

El deseo se expandió por todo mi cuerpo y sin pensármelo dos veces tomé su boca y lo besé con desesperación. Andrés me sostuvo del culo y me subió sobre sus caderas para sentirlo y acabar conmigo en segundos.

Se movió contra mi cuerpo mientras nuestras lenguas danzaban frenéticamente deseándose con desesperación.

Estábamos perdidos, jadeando de placer, de ese que parecía solo obtener cuando estabamos juntos, cuando compartíamos el deseo, esa necesidad.

Solté los botones de su camisa y él me levantó el vestido para desnudarme, para tenerme como lo había deseado. Me llevó hasta la enorme cama y me dejó caer sobre el colchón mientras comprobaba con sus dedos lo que su boca seductora había provocado.

—**Oh, *princesa*, estás tan mojada.** —Me estremecí cuando acarició mi resbaladizo sexo—. **Creo que te correrás pronto.**

—**Sí** —admití perdida en mi necesidad—. **Te quiero a ti…, dentro de mí.**

Sonrió y alejó su mano, saboreó la humedad en sus dedos y abrió su pantalón.

Mi mano bajó hasta mi sexo y me toqué mientras él se deshacía de su ropa y me miraba con lujuria.

Cuando estuvo desnudo me senté sobre la cama y sin que él lo esperara, tomé su enorme erección y la metí en mi boca.

—**¡Mierda!** —gruñó Andrés al sentirme.

Me sostuvo todo el cabello entre sus manos para poder mirarme mientras su miembro necesitado desaparecía dentro de mis labios rojos.

Con descaro disfruté de ese placer que veía en su rostro, de ese fuego en su mirada y la fuerza con la que me sostenía el cabello.

Si como él lo habia dicho, no había follado con nadie, no iba a soportar tanto como me gustaría, pero quería que fuera mi boca la que le diera ese placer, quería mirarlo rendido ante mí, así como lo estaba mientras probaba el deseo acumulado en su maravillosa polla.

—**Détente** —ordenó con voz ronca, no obedecí—. **¡Detente, Anna!**

—**No** —susurré mientras hacía círculos con mi lengua en la punta de su erección—. **Córrete en mi boca.**

La mirada de Andrés oscureció al oírme y se echó hacia atrás cuando sintió que iba a suceder.

Sonreí orgullosa, pero él me empujó contra el colchón. Me separó las piernas y sin que yo pudiera defenderme, empezó a torturarla del mismo modo que lo hice yo.

—**¡Joder!** —lloriqué al tener su boca sobre mi coño—. **Te quiero a ti.** —Y no mentía, lo quería a él dentro de mí, con desesperación—**¡Andrés!**

Él me sostuvo las piernas con ambas manos y continuó moviendo su lengua sobre mi humedad con una mirada de dragón orgulloso.

—**¡Joder, Andrés!** —grité cuando sentí que no iba a aguantar más.

Él sonrió, mientras arrastraba su lengua sobre la piel ya sensible de mi sexo y sin poder evitarlo, aunque lo intenté, me corrí ruidosamente sobre su boca.

Grité de placer, pero él no me liberó, ni siquiera cuando lo supliqué, él siguió lamiéndome, siguió torturándome sin dejar que el deseo disminuyera.

Dejé de temblar y sin tomarse un segundo me hizo girar sobre la cama dejándome de rodillas sobre él.

—**¡Joder!** —grité cuando me dejó caer sobre su polla invadiéndome con fuerza.

Mi mundo se quedó en blanco a causa del placer que sentía mi cuerpo y del amor que experimentaba mi corazón. Mientras él me daba el tiempo para amoldarme a su grandeza, me sentí tan feliz.

—**¡Santa mierda!** —gruñó cuando se movió dentro de mí—. **Dios bendito, quiero morir dentro de ti.**

Sonreí y moví mis caderas para darle de ese placer que delataban sus palabras, para devolverle el momento perfecto que había tenido gracias a él, pero Andrés tomó mi boca y me besó con pasión mientras me ayudaba a moverme sobre él.

Nos besamos con la misma necesidad de siempre, con esas ganas de comernos la boca hasta que doliera, hasta que fuéramos uno. Mientras él se hundía con fuerza dentro de mí, mi cuerpo y mi alma estaban experimentando un placer que parecía irreal, tan irreal que de nuevo iba a correrme y él sonrió orgulloso al sentirme.

—**¡Joder!** —gruñí entre besos.

—**Te amo** —susurró Andrés, mi corazón se detuvo—. **No tienes una puta idea de cuánto te amo, Anna.**

Pero sí lo sabía, lo sabía y lo sentía y dejándome llevar por todo lo que estabamos experimentando, tomé su rostro entre mis manos y me atreví a confesarlo.

—**No creo que más de lo que te amo yo a ti** —admití sin aliento.

Andrés dejó de moverse al escucharme y yo sonreí incluso mientras las lágrimas invadieron mis ojos.

—**Estoy enamorada de ti** —confesé—. **Y estoy aterrada…**

Sonrió aunque sus ojos también estaban nublados y volvió a besarme, y a moverse dentro de mí con fuerza, dándome un placer que esperaba poder experimentar el resto de mi vida.

Lo amaba, como él me amaba a mí y sabía que aunque aún estaba dolida iba a perdonarlo, no sabía cómo lograríamos que funcionara, pero quería pensar que encontraríamos el modo.

Quería creer que si había amor, todo lo demás importaba poco.

Quería creer que aún había esperanza y que encontraríamos ese punto medio donde ambos pudieramos ser felices juntos.

41 Anabelle.

Después de una ruptura, el corazón se niega a volver a latir, a volver a confiar y solo quieres paz, calma, quieres fingir que estando solo estás mejor y cuando llegas a creerlo, cuando todo en ti está en orden, aparece alguien que te revuelve todo: los días, las noches, las emociones, la vida.

*****

Después de hacer el amor, ninguno fue capaz de decir nada, nos quedamos abrazados, perdidos en nuestros pensamientos y en esos sentimientos que no queríamos seguir ocultando.

La mano de Andrés me acariciaba el brazo y yo solo estaba aferrada a él, a su calor, al aroma de su perfume.

—**¿Tienes hambre?** —me preguntó, yo suspiré.

—**Creo que mi hambre no era de comida** —admití.

Andrés me tomó de la barbilla para hacerme mirarlo.

—**Vamos a cenar** —susurró besándome la nariz.

Negué y volví a esconder mi rostro en su pecho.

—**No quiero salir de aquí** —susurré—. **No quiero que se me pase el efecto del placer y el amor que siente mi cuerpo.**

Me rodeó con sus brazos y besó mi cabello una y otra vez.

—**Planeo que tengamos de ese efecto para siempre…** —susurró.

Lo miré.

—**Eso es imposible.**

—**Nada es imposible, hermosa.** —Besó mi nariz—. **Vayamos a cenar, necesitamos hablar.**

—**¿No podemos fingir que todo está bien, que la vida es perfecta porque tú me amas y yo te amo?**

Andrés me regaló una de sus más hermosas sonrisas.

—**No tenemos que fingir, todo estará bien porque te amo y me amas… Lo prometo.**

Me dio un beso más y salió de la cama, tomó su pantalón del piso y se vistió.

—**Iré a vestirme a mi habitación.**

Lo miré sorprendida.

—**Debiste confiar más en tu poder de seducción y te hubieras ahorrado el gasto de esa otra habitación.**

—**Contigo no doy nada por sentado, hermosa** —admitió, sonreí aún más orgullosa—. **La verdad no pretendía seducirte antes de la cena, pero tu rebeldía y mis ganas de controlarte no ayudaron.**

Me reí y él se apoyó de la cama para darme un beso de despedida.

—**Vendré por ti en treinta minutos.**

—**Estaré lista en veinte** —respondí.

Me dio un beso profundo y se alejó. Tomó la ropa que había dejado en el suelo y caminó hacia la puerta mientras yo admiraba el movimiento de su cuerpo, la seguridad con la que se movía.

—**Mueve el culo, hermosa** —ordenó antes de marcharse.

Me dejé caer sobre la almohada y me permití sonreír de felicidad, de una que hacía mucho tiempo no sentía y de la cual él era el causante.

Un vestido verde esmeralda, corto y elegante fue lo que decidí usar esa noche. Había atado mi cabello en una cola alta y maquillé mi rostro de modo discreto.

Como lo había prometido, solo veinte minutos me llevó estar lista.

Tomé mi móvil, la tarjeta de la habitación y salí. Me detuve frente a la habitación de Andrés y golpeé con suavidad la puerta. Miré los altísimos zapatos de tacón que no había pensado usar, pero que al saber cuánto le habían gustado, los eligí.

Cuando la puerta se abrió, mi corazón se detuvo y la sonrisa seductora de Andrés aceleró aún más mi corazón.

Estaba vestido de negro de pies a cabeza. Un traje elegante, un suéter de cuello alto, zapatos impecables y ese perfume que me recordaba a nuestra primera vez en el *Medianoche.*

Él bajó su mirada lentamente por todo mi cuerpo y cuando volvió a mirarme sonreí al ver que había causado el mismo efecto en él.

Di un paso con la intención de entrar, pero él me bloqueó la entrada.

—**No** —ordenó con voz firme, me quedé inmóvil—. **Si entras vestida así, se irá a la mierda la cena y necesito que hablemos de una buena vez.** —Sonreí complacida y retrocedí—. **¿Te has puesto esos zapatos por mí?**

—**Creí que te habían gustado.**

—**Tus piernas se ven maravillosas sobre ellos.**

—**¿Tienes un fetiche con los tacones?** —pregunté.

Él se encogió de hombros y se giró dentro de la habitación, lo vi tomar su billetera, el móvil y la tarjeta de la habitación.

—**Sí lo tengo, nació hoy por ti** —respondió a la pregunta cuando cerró la puerta detrás de él —. **Nunca me habían llamado la atención.**

Sonreí y él de detuvo frente mi sin tocarme. Bajó la mirada por mi vestido y yo me giré en mis tacones para que pudiera apreciarme completa.

—**Venga, vamos, que ha sido tu idea la cena.**

Andrés caminó hasta estar junto a mí.

—**¿De qué color es tu ropa interior?**

—**No llevo** —respondí con naturalidad.

Se detuvo y me mordí los labios para no reírme.

—**¿No llevas ropa interior?** —preguntó.

Lo miré en silencio y Andrés intentó mirar a través de la suave tela.

—**¿No llevas nada debajo del vestido?** —preguntó, negué—. **Mientes…**

—**Averígualo** —ofrecí acercándome un poco hacia él.

—**Sabes que si te toco te llevaré de regreso a la habitación.** —Sonreí complacida—. **¿No llevas nada debajo del vestido?** —preguntó otra vez.

Me acerqué un poco más, tanto que nuestras narices se tocaron y susurré dejando que mi aliento le acariciara la piel.

—**Averígualo…**

Él respiró profundo y me miró con deseo.

—**Lo averiguaré cuando regresemos, pero si me has mentido voy a castigarte.** —Mi

respiración se aceleró ante su amenaza.

—**¿Y si he dicho la verdad?**

—**Voy a premiarte** —respondió casi tocándome los labios—. **Te daré lo que quieras.**

Estaba segura de que ambos nos sentíamos excitados, necesitados, como si el momento sexual que tuvimos no hubiera sido suficiente.

—**Vale…** —susurré mirándole a los ojos.

Andrés sonrió, tomó mi mano para alejarme de las habitaciones y salimos hacia el jardín. La brisa nocturna calmó ese deseo que estaba sintiendo y pude admirar las hermosas instalaciones del hotel que Andrés había elegido.

Un área verde privada rodeada de árboles estaba reservada para nosotros. Luces cálidas, el sonido suave de un piano y una mesa de metal cromada, elegante y perfecta nos esperaba.

Andrés retiró la silla para mí y sonreí sintiéndome como una princesa.

Él se abrió el saco y tomó un lugar frente mí.

Un mesero se acercó y levantó la botella de vino ante nosotros.

—***Porrera vi de Vila del 2014*** —anunció el hombre.

Lo miré sorprendida y él me guiñó el ojo.

Llenó nuestras copas y luego el mesero se alejó.

—**Realmente lo has planeado todo** —susurré haciendo girar levemente mi copa.

—**No todo** —admitió Andrés haciendo lo mismo que yo—. **Follar en tu habitación antes de la cena no estaba en mis planes.**

Elevó su copa para acercarla a la mía.

—**Cheers** —susurré.

Andrés sonrió ampliamente.

—**Salud, hermosa.**

Bebí y disfruté del sabor de ese vino que se había convertido en parte de nuestra historia sin querer.

Andrés tomó mi mano mientras disfrutaba del sabor de nuestra bebida.

Dos hombres aparecieron, uno empujando un carrito con las entradas que él había ordenado.

—**Butarra artesanal** —presentó el plato el hombre vestido de chef—. **Está elaborada con leche mallorquina, tomates frescos y pesto de algas.**

—**Gracias** —respondió Andrés.

—**Cuando estén listos para los segundos, nos avisan.**

—**Gracias** —susurré.

El hombre y su acompañante se alejaron dejándonos de nuevo solos.

Durante casi cinco minutos disfrutamos de la deliciosa ensalada. Casi habíamos terminado cuando el móvil de Andrés se encendió y lo tomó con seriedad. Lo observé mientras leía lo que había recibido y bebió de su vino mientras me sentía preocupada por él.

—**¿Trabajo?** —pregunté.

Andrés levantó la mirada y negó.

—**Algo más importante…** —respondió.

Se tomó un minuto más y luego dejó su móvil sobre la mesa, justo cuando el mío se encendió.

—**No lo leas aún** —me ordenó, lo miré confundida—. **Te lo he enviado yo, pero aún no quiero que lo leas.**

—**¿Qué es?** —pregunté con curiosidad.

Dejó la servilleta sobre la mesa y se puso de pie tomando un lugar más cercano.

Respiré profundo sabiendo que el momento serio había llegado.

—**Hablemos** —propuso, me sentí nerviosa—. **¿Puedo empezar yo?**

Asentí y él me tomó las manos.

—**Sé que ya lo hice, pero de nuevo me disculpo por mi horrible actitud en el hospital.**

El recuerdo me hizo entristecer de inmediato.

—**No tengo una justificación** —admitió—, **pero si tuviera que explicarte por qué actué así, solo podría decirte que la idea de enamorarme, de formar una familia, la había desechado cuando me divorcié.** —Asentí entendiéndolo—. **La idea de enamorarme y que esa persona me fallara como lo hizo Luciana me aterraba.**

—**Sé lo que se siente…**

—**Sí, pero además de eso, durante el proceso de separación, pensé en lo que hubiera pasado si existiera un bebé.** —Andrés frunció el ceño—. **Imaginé la magnitud de ese dolor, de ese vacío y me sentí aterrado, de un modo que no puedo explicar, así que solo deseché por completo la idea de tener hijos.**

—**Entiendo** —admití acariciándole las manos.

Él suspiró.

—**Me enamoré de ti aquella última noche que compartimos en Madrid** —confesó sorprendiéndome—. **Había pasado mucho tiempo sin relacionarme con alguien fuera de un club y contigo fue todo tan natural…**

El recuerdo lo hizo sonreír otra vez.

—**Aquella noche, en mi hotel, mientras dormías, me preguntaba por qué no habías llegado antes a mi vida. Deseé haber llegado antes a la tuya…** —Mis ojos se llenaron de lágrimas—. **Me empecé a enamorar de ti desde esa noche y cada cosa que viví contigo solo hizo que ese sentimiento se fortaleciera, pero me negaba a admitirlo porque sabía que no era el momento para ti.**

Andrés llevó mis manos hasta su boca y las besó.

—**La idea de que quisieras tener hijos me asustó** —confesó de nuevo—. **Pensé que eso nos separaría. Luego Javier apareció, se ofreció como donante y me sentí tan celoso…**

Le acaricié el rostro cuando empecé a entenderlo.

—**Tenía miedo de perderte y la idea de que pudieras estar embarazada acabó conmigo.** —Los ojos Andrés brillaron a causa de las lágrimas que lo invadieron—. **Te imaginé marchándote, embarazada de mí, imaginé lo terrible que sería perderte y además, perder al bebé… No estaba pensando, actué como un cretino… Y lo siento tanto, Anna.**

Me levanté y me senté sobre sus piernas.

—**Te entiendo y te disculpo** —susurré—. **En ese momento me dolió mucho, pero ahora puedo entenderlo.**

—**No entendí lo importante que era para ti** —admitió con dolor—. **No quise entenderlo y me disculpo también por eso.**

—**No llevábamos mucho tiempo conociéndonos, Andrés. Era normal que no entendieras cuán importante es para mí.**

—**Pero ahora lo hago** —aseguró—. **Sé que esto es importante para ti, pero yo…**

—**Lo sé** —interrumpí—. **Y también lo entiendo. Es decir, nos conocemos hace pocos meses, tener un hijo es una locura. Tú no quieres tenerlos y lo entiendo, pero tampoco quiero renunciar a mi deseo de ser madre por ti… No sé sería feliz si lo hago, Andrés.**

Él asintió y respiró profundo. Extendió su mano y tomó mi móvil para entregármelo.

—**Lee el correo que te envié** —me pidió, lo miré confundida—. **Léelo, por favor.**

Sin entender lo que iba a mostrarme, abrí la notificación del correo e hice lo que él pidió. Mi ceño se frunció apenas vi de qué se trataba.

—**Pamela me dijo en cual clínica te estás tratando. Pedí una cita con tu doctora y le dije que era tu novio.** —Lo miré aún más confundida—. **Le pedí que tomara mis muestras y las estudiara.**

—**No entiendo…**

Me levanté de sus piernas y lo miré confundida.

—**Según esos resultados** —susurró él señalando mi móvil—. **Estoy apto para tener hijos… Si tu sueño es ser madre, me gustaría ser parte de eso.**

Volví a fijar mi atención en el correo que Andrés me había enviado y lo leí atentamente por unos segundos. Cuando terminé, no supe cómo sentirme y no me atreví a imaginar la forma en la que eso cambiaría el futuro para ambos.

—**Tú…** —susurré.

Sin tener clara mi pregunta, me tomé unos segundos para ordenar mis pensamientos.

—**¿Quieres ser mi donador?** —pregunté finalmente.

Andrés se acercó a mí y acarició mi rostro.

—**No hermosa** —respondió—. **Lo que estoy diciendo es que, si vas a tener hijos, quiero ser el padre.**

Mi corazón se detuvo.

—**Te amo y quiero ser parte de tus planes, Anabelle.**

Retrocedí y negué de inmediato.

—**No…** —susurré, él me miró sorprendido—. **No puedo aceptarlo.**

—**¿Por qué no?**

—**Porque este es mi sueño** —dije con tristeza—. **No es lo que tú quieres y no quiero que te sacrifiques por mí, no quiero que…**

—**¡Anna!** —exclamó Andrés para interrumpirme, lo miré en silencio—. **Mi único sueño es despertar a tu lado, lo único que quiero y necesito es tenerte en mi vida.**

—**No hagas esto** —le supliqué con lágrimas mojando mis mejillas—. **No cambies por mí, no te sacrifiques.**

—**Anabelle, quiero una vida contigo… ¡Te amo!**

—**Vale, yo también, pero estamos hablando de un hijo… ¿Sí lo entiendes?**

Me limpié las mejillas y volví a sentarme para tratar de ordenar sus ideas. Andrés se arrodillo frente a mí y me miró con amor.

—**No sabes lo que significa esto para mí** —susurré acariciándole el rostro—. **Que hagas esto por mí me deja claro que me quieres y…**

—**Te amo, Anabelle.**

—**Y yo te amo a ti**. **No sé cuándo empezó, no sé en qué momento… Lo entendí cuando estuve dispuesta a renunciar a la maternidad por ti**, **pero creo que esta separación me ha servido para entender que no es justo renunciar a mis sueños… Y tampoco es justo que tú cambies tu forma de pensar por mí.**

—**Anna, solo quiero tenerte de regreso en mi vida.**

—**Y yo quisiera lo mismo** —admití con lágrimas en los ojos—. **Me muero por ti, por tus sonrisas, por esas miradas que me desarman… Pero tenemos que ser realistas, no**

queremos las mismas cosas. Lo sabes, y yo lo sé.

Andrés levantó su mano y la llevó hasta mis mejillas para secar las lágrimas que había dejado caer.

—**No, no quiero tener hijos… No hoy, no ahora. Creo que no es el momento para nosotros.** —Lo miré confundida—. **Creo que debemos tener un tiempo para los dos, para disfrutar de nuestra relación, pero en unos meses o un año, cuando este amor deje de asustarnos, cuando hayamos tomado todas las decisiones necesarias para tener una estabilidad como pareja… Entonces podemos hacerlo.**

Lo miré sin poder creérmelo. Aun cuando las palabras de Andrés parecían claras, mi escudo protector contra desilusiones boicoteó la esperanza que quería atraparme.

—**¿Exactamente qué estás sugiriendo?** —me atreví a preguntar.

Andrés haló la silla y se sentó frente a mí, sin soltarme las manos.

—**Sé que planeaste hacerte la inseminación la próxima semana, pero me gustaría que esperemos.** —Que él hablara en plural calmó mis temores en segundos—. **No sé, seis meses…, un año.**

—**¿Crees que en ese tiempo cambiarás de opinión o que cambiaré yo?** —pregunté—. **Porque, aunque me gustaría por nosotros, no creo que deje de querer ser madre.**

—**Anabelle, no quiero ese tiempo para que tú o yo cambiemos de opinión.** —La seguridad en su voz me hizo saber que estaba siendo sincero—. **No intento persuadirte, sé que es lo que más deseas y quiero ser parte de ello.**

Mi corazón se agitó con fuerza porque creí en sus palabras.

—**Si decides que lo harás la próxima semana seguiré contigo, estaré a tu lado y seré el padre de ese bebé.**

Las lágrimas volvieron a invadir mis ojos y cayeron con fuerza por mis mejillas.

—***Princesa,* no voy a liberarte. No me iré aunque me digas que quieres tener diez hijos.** —Me reí entre lágrimas—. **Quiero ser el padre de tus hijos, pero me gustaría que tuviéramos un tiempo para disfrutar de nuestra relación, de nosotros…**

—**¿De verdad quieres ser parte de esto?** —pregunté conmovida.

—***Hermosa*…** —susurró Andrés tomándome el rostro con ambas manos—. **No voy a mentirte; me asusta la idea de tener un hijo, pero sé que pasará, sé que cuando vivamos juntos, cuando esto sea real, cuando despierte contigo y me convenza de que no vas a salir corriendo, todo será más fácil, voy a contagiarme de tu entusiasmo y todo estará bien para los dos.**

Andrés me limpió las mejillas y besó mis labios, pero no fui capaz de dejar de llorar por más que lo intentara.

—**Dime que esas lágrimas son de felicidad** —susurró él besándome.

—**Dime que en verdad quieres esto** —susurré mirándolo con emoción—. **Dime que lo has pensado bien antes de tomar esta decisión.**

—**Anabelle, tengo la madurez suficiente para sustentar mis palabras… Quiero todo contigo y lo quiero desde hoy.**

Me puse de pie y limpié mis lágrimas mientras intentaba creerme que todo eso estaba sucediendo. Intenté aceptar que esa realidad era mejor de la que había soñado tener en algún momento y después de tanto miedo, de tanta tristeza y de extrañarlo con locura, me atreví a responder.

—**Vale** —solté totalmente emocionada mirándolo—. **Entonces, solo para dejar claro**

esto… Lo que me estás proponiendo es tener un bebé en unos meses… —Asintió—. **¿Cuántos meses?**

—**Será tú decisión.**

Me sequé las lágrimas, tomé aire y lo miré con cierta desconfianza.

—**¿Yo decidiré cuándo?**

—**Sí** —susurró Andrés acercándose más a mí—. **Tu doctora tiene mis espermatozoides y una autorización que he firmado para que tú puedas usarlo cuando quieras.** —Si él no me hubiera sujetado de la cintura, me caía de culo—. **Creo que no has leído todo el correo.**

—**¿Has firmado una autorización en la que yo puedo hacer uso de tus bichos?** —Andrés rió.

—**¿Le dices bichos?** —preguntó confundido, solté una risa sincera y asintió—. **Amo cuando ríes.**

Le rodeé el cuello con los brazos y lo miré con todo el amor que había en mí.

—**¿Cuándo tomaste esta decisión?**

—**Cuando dijiste que ibas a aceptar la ayuda de Javier** —confesó Andrés—. **Cuando me di cuenta de que con o sin bebé yo quería estar contigo, entonces lo decidí.**

Lo abracé con fuerza y me permití ser totalmente feliz.

—**No sabes lo que esto significa para mí** —susurré.

—**Sí lo sé, tiene el mismo significado para mí…** —Me miró a los ojos y sonrió—. **Estoy enamorado de ti, Anabelle. Quiero una vida contigo, una familia contigo, quiero tener gatos contigo… Lo quiero todo contigo, *hermosa*.**

Sonreí complacida, emocionada y me incliné para besarlo. Andrés recibió mi boca y se apoderó de ella con dulzura, me besó del modo que un hombre besa a la mujer que ama, a la mujer con la que ha planeado pasar el resto de su vida, la mujer que desea con el alma hacerlo feliz.

Pero esta mujer amaba sus besos pornográficos, así que hundí mi lengua en su boca y él gimió con placer.

Me presionó con fuerza contra su cuerpo y bajó sus manos por mi culo comprobando sí le habia mentido o no.

Su mano izquierda se coló entre mis piernas y comprobó que no le había mentido cuando sus dedos tocaron la piel humeda de mi coño.

Nos miramos un segundo y sin decir media palabra sabíamos lo que queríamos en ese momento.

Andrés tomó su móvil de la mesa, me sostuvo de la mano y me llevó de regreso a la habitación. Cuando llegamos al pasillo, él me detuvo para empujarme contra la pared, me subió el vestido y acarició mi humedad.

—**Dios mío** —gemí contra su boca.

Andrés me levantó sobre sus caderas y sin dejar de besarme caminó hacia su habitación, abrió la puerta y la cerró con su pie mientras me llevaba hasta la mesa y me sentaba sobre ella.

Él se arrodilló, levantó mi vestido y me mordió los labios.

—**Creo que me debes un premio** —le recordé.

Sonrió y movió sus dedos entre la humedad que él había provocado.

—**Te lo daré en unos segundos** —prometió mientras continuaba tocándome.

—**Se supone que yo debo elegirlo** —le recordé casi sin aliento.

—**¿Qué es lo que quieres?** —preguntó Andrés cuando se inclinó sobre mi sexo, listo para

saborearme.

—**Dime quién estaba con nosotros aquella noche…**

Sonrió y con el pulgar rozándome el clítoris me hizo temblar.

—**Dime quién crees que fue y te diré si estás o no equivocada.**

—**Jack** —respondí mordiéndome los labios.

Él sonrió.

—**Acertaste** —susurró sorprendiéndome—. **Fue Jack y está deseando tenerte de regreso en la casa del dolor.**

El placer en mi cuerpo aumentó al recordar esa noche, ese momento, al ponerle un rostro al hombre que junto a Andrés tomaron mi cuerpo y me hicieron experimentar un placer que nunca había sentido.

Andrés sonrió complacido cuando sintió el efecto que había causado en mi saber quién había participado en ese trío y sin dejar de mirarme, su lengua acompañó a las caricias que me daba con su pulgar.

Me arqueé de placer al sentir su boca sobre esa parte de mi cuerpo que necesitaba tanto su atención y sonreí complacida al imaginar que eso y más tendría en mi vida desde ese momento.

Bendito dragón.

Teníamos un acuerdo, teníamos planes y sueños que compartiríamos, aún había muchas decisiones importantes que tomar, pero sentí que el obstáculo principal ya estaba arreglado, sentí que en verdad estábamos en el mismo camino, tomados de la mano y mirando hacia el mismo futuro y eso era todo lo que podía pedirle a la vida…

Ser feliz, sin miedos, con planes, con sueños que desde ese día sabía que empezaríamos a vivir.

42 Anabelle.

Estaba de pie frente a ese grupo de personas con las que llevaba años trabajando, a las que había visto día tras día y a las que esa mañana les estaba diciendo adiós.

—**Quiero aclarar que hice todo lo que estaba a mi alcance para evitar que ella nos dejara** —comentó el señor Beltrán frente a todos, le sonreí con cariño—. **Te echaremos mucho de menos…** —me dijo y sentí ganas de llorar, de nuevo—. **Y quiero que recuerdes que, si en algún momento decides volver a Madrid, las puertas de esta editorial estarán abiertas siempre para ti.**

Respiré profundo cuando empezaron a aplaudir y me acerqué a mi jefe para darle un brazo de agradecimiento por todos esos años de confianza que depositó en mí.

—**Si hubiera sabido que tu intención era llevarte a Anabelle, no hubiera sido tan amable contigo** —dijo mi jefe mirando a Andrés.

Sonreí y lo miré, allí junto a la puerta, cerca de mí, esperandome, como había estado haciéndolo los últimos seis meses.

—**Lo siento** —dijo mi dragón—. **Pero necesito a mi chica cerca.** —El señor Beltrán sonrió —. **Además, le dejaré a mi hermana en su lugar y confío que hará un buen trabajo aquí.**

—**Espero que así sea o iré a San Francisco por Anabelle.**

Todos rieron y brindaron por la nueva vida que estaba a punto de empezar fuera de mi país, del otro lado del mundo donde solo lo tendría a él… Exáctamente lo único que necesitaba tener.

Después de casi dos horas de estar despidiéndome de cada una de las personas con las que había trabajado, me tomé un momento en la entrada de la oficina, esa que había ocupado durante más de cinco años, donde aprendí tanto.

—**Joder** —susurré cuando sentí las lágrimas mojando mis mejillas—. **¡Qué llorona soy!**

—**Una hermosa llorona** —respondió Andrés besando mi mejilla.

Cerré los ojos y me tomé un momento para calmarme.

—**No pensé que sería tan difícil** —admití.

—**Siempre es difícil cerrar una etapa, más cuando ha sido importante para ti.**

Suspiré y besé sus labios. Él sostenía la caja de mis pertenencias y tomó mi mano para sacarme de allí.

—**Creo que eso es todo** —susurré—, **pero si olvido algo Pamela puede llevarlo la próxima semana.**

—**No voy a negarlo** —comentó él cuando llegamos hasta los elevadores—. **Estoy sorprendido de que hayas convencido a Pamela de volver a San Francisco.**

Sonreí orgullosa.

—**Que no tenga a ningún hombre aquí fue de gran ayuda.**

—**Parece feliz de volver** —comentó Andrés cuando subimos al elevador—. **Ustedes dos harán un gran equipo en la editorial.**

Él se giró y dejó su mano libre a mi lado.

El recuerdo de aquella vez en ese mismo elevador me hizo sonreír.

—**Deberíamos repetirlo…** —susurró el descarado pasando su lengua por mis labios—.

Como despedida, solo para confirmarte lo placentera que será tu vida a mi lado.

La idea me encantó, pero sabía que en esa oportunidad no tendríamos tiempo.

—**¿Ahora entiendes por qué no te llamé?** —le pregunté, él sonrió—. **Sabía que perdería la cabeza por ti.**

—**Estaba en tu destino, *princesa.*** —Me besó y yo suspiré—. **De una u otra manera iba a entrar en tu vida.**

Y después de tantas coincidencias, tantas casualidades, también acepté que así sería, aunque siempre me quejaré por lo mucho que tardamos en entrar en la vida del otro.

Él me rodeó en su brazo y yo me sentí completa.

—**Si se nos hace tarde en Salamanca pasaremos la noche allí.** —Hice una mueca y él besó mi nariz—. **Ya hablamos de eso.**

—**Ya, pero me parece innecesario** —me quejé—. **Todos saben que somos novios, hemos vivido juntos durante seis meses. ¿Por qué tengo que ver a mis padres antes de irme?**

Él me regaló una mala mirada y desistí de pelear porque sabía que no iba a lograr nada. Andrés estaba empeñado en que debería dejar atrás mi pelea con mi padre, pero me costaba tanto...

Cuando el elevador se abrió, Andrés hizo una mueca y solo cuando miré hacia adelante entendí la razón.

—**¿Pensabas marcharte sin despedirte de mí?** —preguntó Javier quitándose las gafas de sol—. **¿En serio?**

Sonreí y me acerqué a él para abrazarlo con fuerza.

—**¡Pero Pilar me dijo que estabas desconectado!** —exclamé.

—**Venga, que me desconecto, pero en algún momento echo un vistazo** —respondió besándome las mejillas otra vez y luego levantó su mano hacia Andrés—. **¿Cómo vas?**

—**Bien** —respondió mi hombre con frialdad.

Javier nos acompañó hasta la entrada del estacionamiento y tomó mis manos. Me miró con tristeza y yo me sentí igual.

—**Te echaré de menos, lo juro** —susurró mi querido amigo—. **No sé cómo sobreviviré sin ti.** —Sonreí ante su drama—. **Nadie me conoce como tú.**

Le besé las mejillas otra vez y lo miré con cariño.

—**Dime que estarás bien** —le pedí con preocupación—. **Mira que, si me entero de que vas por ahí dando lástima…**

Javier sonrió divertido, pero de pronto dejó de mirarme y su atención se fue hacia la entrada del edificio.

Por un segundo pensé que se trataba de Amelia, pero sabía bien que ella no estaba en Madrid, así que presa de la curiosidad giré y la sorpresa que me llevé al descubrir quién se había ganado la atención de Javier, fue grande.

Fernanda estaba allí luciendo un hermoso vestido rojo y sonreía mirándonos. Miré de nuevo a Javier y él seguía admirando a la hermana pequeña de mi hombre.

Fer se quitó las gafas de sol cuando se detuvo frente a nosotros.

—**Pensé que se habían ido** —comentó antes de besar a su hermano.

—**En eso estamos** —respondió Andrés con mala cara.

Ella lo miró sorprendida por su mala leche y luego se acercó a mí.

—**¿Cómo estuvo la despedida?** —me preguntó.

—**Emotiva** —admití y giré hacia Javier—. **Fernanda, te presentó a Javier Sálamo.**

Ella notó su presencia y se puso nerviosa.

—**Oh, lo siento** —se disculpó avergonzada—, **no te reconocí** —admitió extendiendo su mano hacia él—. **Soy Fernanda Brasher.**

—**Javier Sálamo** —respondió él con una sonrisa auténtica.

—**Fernanda, es quien tomará mi lugar en la editorial** —le informé.

Javier me miró sorprendido y su sonrisa, aunque parecía imposible, se ensanchó.

—**¿Serás quien lleve mis publicaciones?** —preguntó él más que complacido, Fernanda asintió—. **¿Vendrás a Ibiza?**

—**Sí, claro que iré. Estuve hablando ayer con tu representante.**

Fer miró de nuevo a su hermano y este le regaló una peor cara.

Quise reírme al ver a mi hombre actuando como un hermano celoso, pero sabía que esa tecla no la debía presionar.

—**¿No tenían prisa?** —preguntó mi cuñada.

—**Mucha** —respondí y me giré hacia Javier—. **Bueno guapo, espero que nos veamos pronto.**

—**Te echaré de menos** —dijo él abrazándome otra vez.

—**No me lo parece** —le susurré al oido, Javier sonrió cuando se alejó—. **Fer, te lo encargo mucho.**

—**¡Venga, tía, que no soy un críо!** —se quejó Javier.

Fernanda sonrió divertida al oírlo.

—**No te preocupes, lo cuidaré muy bien.** —La mirada de Andrés oscureció y Fernanda se rió—. **Venga, adiós.**

—**Pórtate bien** —ordenó Andrés.

Ella le giró los ojos.

Tiré de su mano para hacer que se moviera y le quité la llave del auto para abrir la maletera y poder guardar mis cosas.

—**No me gustaron las miradas de tu amigo a mi hermana.**

Me mordí los labios para no reírme de su comentario.

—**Lo digo en serio** —gruñó—. **Espero que Fernanda sepa comportarse con ese hombre.**

—**Pareces un viejo** —me quejé—. **Fernanda no es una niña y Javier es un gran tipo.**

—**Es el ex de Amelia.**

—**¿Y?** —pregunté mirándolo—. **Ni siquiera son amigas, viven en distintos países y a Ame no le importa con quién esté follando Javier.**

Me arrepentí de hacer ese comentario cuando su ceño se frunció un poco más.

—**Venga, no hagas drama, apenas se conocen.**

—**Sí, pero vi cómo miraba a mi hermana.**

—**No lo puedes culpar, Fer es hermosa.**

Él abrió la puerta para mí y lo sostuve de la cintura para acercarlo.

—**Venga, no seas gruñón** —susurré besando sus labios.

—**Es mi hermana y no quiero que se involucre con alguien que aún no supera a su ex.**

Su comentario me hizo sonreír y él, supongo pensando en lo mismo que yo, no pudo continuar con su mala leche.

—**Ni siquiera me dejas enfadarme** —se quejó besándome.

—**No te preocupes por Fer, Javier lleva mucho tiempo solo y no se involucraría con ella si sigue enamorado de Amelia.**

—**Espero que tengas razón** —gruñó por última vez.

Me dio un último beso y cerró mi puerta, lo vi caminar hacia su lado en el auto y cuando entró se veía de mejor humor.

—**Espero que no haya mucho tráfico hasta Salamanca.**

Me abroché el cinturón y resoplé.

—**No sé por qué quieres que nos despidamos de ellos** —susurré.

Andrés tomó mi mano y la llevó hasta su boca para besarla.

—**Solo quiero que seas más cercana a ellos.** —Giré los ojos—. **Tus padres serán los abuelos de nuestro hijo.**

Mi humor mejoró con su comentario.

—**Manipulador.** —Fue lo único que dije.

—**¿Por qué soy manipulador?** —preguntó haciéndose el tonto—. **¿Porque hablo del bebé que tendremos?**

—**Calla que me emociono** —le regañé.

—**Creo que ya es el momento.**

Lo miré sin entender o sin querer emocionarme con lo que estaba entendiendo, él sonrió.

—**¿El momento para qué?** —pregunté.

Andrés sonrió de lado y cuando se detuvo en un semaforo me miró.

—**Para iniciar el tratamiendo.** —Mis ojos se llenaron de lágrimas apenas lo dijo—. **Quizá podríamos esperar un par de meses para que te organices bien en la editorial, pero cuando estés lista estará bien para mí.**

Lo miré sin poder creerlo, levantó su mano para acariciarme la mejilla mientras me miraba con amor.

—**¿Qué piensas?** —preguntó.

—**Pienso que eres lo mejor que me ha pasado en la vida.**

Me solté el cinturón y lo abracé con fuerza mientras sentía mi corazón latír a mil por hora, mientras me sentía tan afortunada de tenerlo.

—**¿En verdad quieres hacerlo?** —pregunté besando sus labios—. **Apenas han pasado seis meses y…**

—**Ya me hice a la idea de que todos pensarán que soy su abuelo** —se quejó—. **Si esperamos más, seré su bisabuelo.**

Empecé a reírme aunque mis ojos estaban llenos de lágrimas.

—**¡Exagerado!** —Él rió y lo miré embobada—. **¿Ya no tienes miedo?**

—**Aún lo tengo** —admitió—. **Me aterra que tengamos una niña y se parezca a ti.** —Le golpeé el brazo y él me miró muy serio—. **No quiero que se parezca a ti.** —Fruncí el ceño—. **¿Sabes el trabajo que tendré alejando a todos los imbéciles de ella?**

No pude evitar reírme, pero no podía decir nada para tranquilizarlo porque estaba segura que si teníamos una niña, mi dragón iba a tener mucho trabajo con ella.

—**Te amo, *princesa*** —susurró él llevando mi mano hasta su boca.

—***Dragón* romántico** —respondí suspirando.

—**Bueno, entonces ya quedá en ti decidir cuándo empezamos.**

Sin poder evitarlo volví a abrazarlo y le besé la mejilla.

—**Te amo, *hermosa.***

—**Yo te amo más, cada día más.**

Con la emoción golpeando mi pecho lo dejé conducir mientras observaba las calles

madrileñas con cariño.

La idea de ir a Salamanca de nuevo nubló un poco mi felicidad, pero intenté no tocar esas viejas heridas que sabía nunca se iban a curar.

Andrés tomó mi mano y condujo sin liberarme. Yo suspiré pensando de nuevo en la conversación que habíamos tenido.

Habían pasado seis meses desde aquella noche en la que llegamos a un acuerdo y todo marchaba bien entre nosotros, excepto por lo complicado que le resultaba a Andrés manejar su trabajo desde Madrid.

Había presentado mi renuncia meses atrás, pero el señor Beltrán me pidió que esperara hasta fin de año para hacerme cargo del trabajo que ya teníamos en curso y no pude negarme.

Fernanda había empezado a trabajar en la empresa, pero conociendo su experiencia en Sfera la convencí de postularse para mi puesto y sin pensárselo demasiado, mi jefé la aceptó.

En las últimas semanas estuvimos trabajando juntas para que ella pudiera familiarizarse con mi trabajo y sabía que estaba preparada para tomar mi lugar y yo para empezar una nueva vida en San Francisco.

Ese era mi aporte en nuestra relación, a nuestro acuerdo.

No había sido fácil para Andrés trabajar a distancia y viajar seguido a San Francisco para las reuniones importantes de la corporación Bécquer, pero Sebastián estuvo apoyándolo en todo, desde estar más presente en el club, como las negociaciónes de los viñedos. Él y Carol habían estado cubriéndolo desde que nos reconciliamos y sé que eran los más felices de saber que pronto estaría de regreso.

Mi felicidad llegó a su fin cuando detuvo el auto fuera de la casa de mis padres y apagó el motor.

—**No sé por qué has insistido tanto en venir…** —me quejé otra vez.

—**Ya te dije, quiero que empecemos nuestra nueva vida sin nubes oscuras del pasado.** —Lo miré sobre mis pestañas y se inclinó para tomar algo del asiento de atrás—. **Hay algo que quiero enseñarte** —susurró extendiéndome un sobre—. **Es algo que quería contarte apenas lo supe, pero sentí la necesidad de tener pruebas.**

Imaginando que tenía algo que ver con mis padres, fruncí el ceño.

—**¿Mi padre de nuevo está engañando a mamá?** —pregunté molesta—. **Si es eso, no necesitabas pruebas, te creería de igual modo.** —Él me miró un poco enfadado—. **Aunque aparenta ser el esposo ideal, sé que no lo es… Podrá engañar a mi madre, a mi hermana, pero no a mí.**

—**Anabelle** —susurró interrumpiendo mi monólogo—. **Abre el sobre** —ordenó, lo miré con desagrado—. **No me hagas enojar** —advirtió—. **O en la fiesta de fin de año voy a llevarte a una mazmorra y te castigaré.**

Me mordí los labios, pero él señaló el sobre para evitar distraerme.

Resoplé, pero hice lo que pidió y saqué el documento que habia dentro.

—**Es la demanda de divorcio que presentó tu madre poco después de que te marcharas.** —Lo miré incrédula y él volvió a señalar el documento en mi mano—. **Le pedí a mi padre que me consiguiera una copia.**

Leí con rapidez y efectivamente, el nombre de mi madre estaba como demandante y el de mi padre como demandado.

Volví mi mirada a Andrés sin poder creerlo.

—**¿Mamá le pidió el divorcio?** —pregunté asombrada.

—**No solo le pidió el divorcio, lo echó de su casa.** —Negué sin dar crédito a sus palabras—. **Mi padre conoció al tuyo cuando estaban lidiando con este problema. Él asegura que tu padre estaba destrozado, tu madre no parecía estar dispuesta a perdonarlo.**

—**No era la primera vez** —dije con amargura—. **Ella sabía que él la engañaba… Me lo dijo, y me pidió…**

—**Que no lo juzgaras** —completó Andrés—. **Ella no quería que odiaras a tu padre, pero cuando te alejaste entendió que había cometido un error, sintió que estaba perdiéndote… Y por eso decidió echarlo de su vida, por ti, porque no quería que te sintieras decepcionada de ella.**

Sentí como si me faltara el aire porque esa historia que me contaba no la conocía y me costaba mucho crecerle, aun cuando sabía que no mentía.

Me solté el cinturón y bajé del auto. Necesitaba un poco de aire, necesitaba ordenar todo ese caos que tenía en mi cabeza.

Desde que salí de casa conservé esos últimos días como recuerdo y me lastimaron durante muchos años. La idea de que la historia haya sido diferente desde que me marché, me asustó, porque de ser cierta, había pasado más de una década odiando a mi padre por un error que corrigió.

—**Mi padre dice que Julio estaba arrepentido, pero por más que le suplicó, tu madre no estaba dispuesta a cambiar de opinión.**

—**Pero lo hizo…**

—**Ocho meses después…**

De nuevo estaba sorprendida y asustada. Mamá estuvo sin mi padre ocho meses, separada de él, lidiando con ese mal momento, sola.

—**Fueron ocho meses en los que tu padre tuvo que hacer cambios serios en su comportamiento… Incluso fue a terapia.**

Mi orgullo, ese que se negaba a perdonar a mi padre, cayó como un velo que no me dejaba ver la realidad y quise llorar.

—***Hermosa*** —susurró Andrés tomando mi rostro entre sus manos—. **El hombre que has visto y que yo conozco, no es el mismo que te decepcionó hace tantos años.**

Me apoyé en el auto y miré con tristeza hacia la casa de mis padres. Hacia ese lugar por el cuál también sentía rencor, ese lugar donde crecí feliz, pero que pensé era solo una fachada, porque dentro de esas paredes nadie era feliz, ese lugar donde sentí que había vivido engañada.

Me dolía, pero estando allí, de pie frente a esa casa, me di cuenta de que viví engañada por mi rencor.

—**Las personas cambian, *hermosa*…** —Cerré los ojos y las lágrimas cayeron por mis mejillas—. **Todos cambiamos.** —Miré a Andrés con vergüenza y él me sonrió—. **A veces, necesitamos caer hondo, perderlo todo para entender la importancia que tienen las personas en nuestras vidas.**

Pensé en lo cerca que estuvimos de separanos, de vivir el uno sin el otro y al ponerme en el lugar de mis padres comprendí a qué se refería.

—**Tu madre le dio una buena lección a tu padre, así como me la diste tú cuando me dejaste.** —Me acarició el rostro y sonrió con amor—. **Pero así como tú me diste una oportunidad y ahora somos felices, ellos también lo son.**

Recordé todas las veces que le reproché a mi madre por seguir con él. Recordé las muchas veces que le dije que no iba a ser como ella y solo me sentí avergonzada de mi comportamiento.

Mamá había sido fuerte, mamá puso en su lugar a mi padre y no tenía idea de lo orgullosa que me hacía sentir saberlo.

—**¿Ocho meses?** —pregunté de nuevo, él asintió—. **¿En serio lo echó de la casa?** —pregunté intentando imaginarme ese momento.

—**Y no lo dejó entrar en ocho meses** —aseguró Andrés—. **Solo lo dejaba llegar hasta el jardín, donde Gianella lo esperaba y luego se iban a pasear.**

Gianella, ella vivió eso… ¿Por qué no me lo dijo?

—**¿Por qué no me lo dijeron?** —pregunté.

—**Porque han querido demostrarte con hechos que han cambiado** —respondió secándome las mejillas—, **pero te has negado a verlo, a aceptarlo.**

Respiré profundo para controlar todos esos sentimientos que me invadían.

—**¡Joder!** —exclamé molesta—. **He juzgado tanto a mi madre…**

—**A ambos** —me corrigió—. **Anabelle, él ha cambiado…** —Me costaba aceptarlo—. **Las personas cometemos errores, pero si creíste en mí, ¿por qué no eres capaz de creer en tu padre?**

Porque sabía que aceptar que él había cambiado significaría admitir que había vivido equivocada más de quince años, y eso iba a dolerme mucho.

—**Deja ir ese rencor, Anna** —susurró Andrés mirándome a los ojos—. **Los padres no son perfectos, no lo seremos nosotros cuando tengamos un bebé… No seas tan dura con ellos.**

Una puerta al cerrarse nos hizo girar y frente a nosotros aprecieron ellos, mis padres y despues de tantos años, me permití dejar de recordar ese pasado triste y los miré con atención.

Mamá tenía una hermosa sonrisa, lucía muy guapa y él… él la miraba con tanto amor que mi corazón saltó con fuerza.

—**No sé tú, pero yo veo a una pareja feliz…** —susurró Andrés—. **Y muy enamorada.**

Papá le besó la mejilla y tomó su mano con suavidad antes de empezar a caminar hacia la salida, justo en ese momento él me vio y se detuvo.

Mi madre que aún no había notado mi presencia, lo miró confundida y luego giró hacia mí. Su sonrisa se ensanchó al vernos.

—**¡Bell!** —exclamó mi madre con alegría—. **¡Qué gusto verlos!**

Andrés soltó mi mano y lo miré asustada, me sonrió y animó a acercarme, me lo pensé un segundos, pero sabía que debía hacerlo.

Mis padres llegaron a la pequeña reja, él la abrió y ella salió primero para abrirme los brazos y recibirme en ellos.

No pude evitar llorar mientras la abrazaba, mientras pensaba en lo difícil que había sido para mamá echar al hombre que amaba de su vida.

Imaginé el dolor que debió sentir cada noche al no tenerlo a su lado, imaginé lo difícil que fue para ella levantarse por las mañanas y tener que fingir frente a Gianella que todo estaba bien, o quizá no lo hizo, quizá en algún momento se derrumbó frente a mi hermana y por esa razón ella me odió como me lo había confesado aquella tarde.

—**¿Cariño, qué sucede?** —preguntó mamá cuando humedecí su blusa de seda con mis lágrimas—. **¿Estás bien?**

Me alejé un poco y limpié mis mejillas porque la había preocupado.

—**Lo siento tanto.** —Ella miró a mi padre confundida—. **Perdóname, mamá.**

Estaba segura de que ella no había entendido por qué me disculpaba, pero volvió a abrazarme y me aferré a ella con todas mis fuerzas.

—**No tengo nada que perdonarte, mi vida** —susurró mi madre besándome el cabello—. **No hay nada que perdonar.**

Mi padre estaba inmóvil y solo nos miraba. No dijo nada, no preguntó nada y como siempre se mantuvo lejos de mí, como se lo habia exigido aquel día cuando me fui de la casa.

Había pasado más de quince años sin abrazarlo, esa fue mi forma de castigarlo, de hacerle pagar por el daño que le había hecho a nuestra familia, sin darme cuenta que el daño se los hice yo al salir huyendo, al no aceptar, ni siendo adulta, que las personas cometemos errores y tenemos derecho a una segunda oportunidad, esa que yo jamás le di.

Besé las mejillas de mi madre y me preparé para enfrentar con madurez mi error. Me giré hacia mi padre, ese hombre que durante toda mi infacia fue mi héroe, mi príncipe, y luego pasó a ser el villano de la historia.

Me limpié las lágrimas y me detuve frente a él.

Mi padre, como siempre que nos veíamos me miraba con calma, con esa paciencia con la que siempre me trató, incluso cuando yo solo quería lastimarlo con mi indiferencia.

—**Mamá te echó de la casa.** —Fue lo primero que se me ocurrió decir.

El rostro de mi padre dejó de ser calmado y mostró un dolor profundo por unos segundos, escasos segundos en los que pude ver cuánto había sufrido también en ese momento.

—**Lo hizo** —respondió con una voz débil.

Mi madre se acercó a él y le tomó la mano como si quisiera consolarlo.

Él respiró profundo, la miró y le regaló de nuevo una hermosa sonrisa.

—**Lo merecía** —concluyó mi padre cuando se volvió hacia mí—. **Lo merecía…** —Respiró profundo—. **Fueron las consecuencias de mis errores y las acepté.**

—**¿Por qué no me lo dijeron?** —pregunté con dolor.

—**No queríamos que sufrieras más** —susurró mamá—, **ya te habíamos lastimado suficiente.**

Los ojos de mi padre se llenaron de lágrimas, pero se mantuvo firme tomando la mano de mamá y mirándome de ese modo que me miraba cuando yo era su niña.

—**Lo siento mucho.** —Fue lo único que me atreví a decirle.

Mamá lo liberó y él con temor me extendió su mano.

Tuve el impulso de irme corriendo, el rencor intentó dominarme una vez más, pero no lo permití y sin pensármelo demasiado, tomé la mano de mi padre y lo abracé con todas mis fuerzas.

Solo en ese momento me di cuenta de la falta que me había hecho. Solo en ese momento entendí que ese vacío dentro de mi pecho era por él, era su lugar en mi corazón, ese lugar que esa mañana le estaba devolviendo.

Solo cuando crecemos, cuando cometemos errores, cuando nos equivocamos y lastimamos a las personas que nos aman, podemos entender lo que siendo jóvenes no logramos aceptar.

Mis padres no fueron perfectos, cometieron errores, pero yo cometí uno peor, los juzgué durante años. Me convertí en su enemiga, en el recordatorio de los errores que cometieron y nos lo dejé ser felices. Fui la responsable, pero estaba arrepentida y ese día, en el fondo de mi corazón, esperé que ambos me dieran también una segunda oportunidad.

Epílogo.

Despertar estaba decorado de forma más elegante, habían dispuesto de pequeñas mesas en cada rincón en las cuales descansaban cubetas con botellas de Champagne y copas acompañándolas. La decoración en dorado era perfecta para despedir el año, un año bueno para mí.

La mayoría de las personas llevaban antifaces dorados, los cuales estaban a disposición de todos sobre las barras, pero yo preferí no usarlo.

Caminé hacia el extremo izquierdo y crucé la puerta del salón y no me detuve hasta que llegué al rojo, ese donde se respiraba sexo.

Sonreí al ver a Steve, el guapo hombre que solía estar en otra barra cuando yo visitaba el club. Estaba más musculoso o quizá era la camisa negra y brillante que usaba esa noche, pero se veía guapísimo.

Más entusiasmada de ver un rostro familiar, caminé hacia la barra principal y tomé un lugar cerca del escenario. Me senté sobre uno de los bancos y observé a mi alrededor mientras esperaba ser atendida.

—**¿No te gustan los antifaces?** —me preguntó una voz masculina.

Sonreí y giré hacia mi derecha para responder, pero en el momento que lo vi me quedé sin aliento.

Allí, frente a mí, mirándome con intensidad estaba la razón por la que tenía un fetiche con los *bartender*. Allí, frente a mí, después de tres años estaba él, el hombre por el que suspiraba cada vez que visitaba el club.

No me fue difícil reconocerlo, aun cuando había cortado su cabello y no llevaba la frondosa barba de siempre, sus ojos eran inconfundibles.

Era él, lucía más joven con ese look, muchísimo más guapo.

Sonrió ligeramente y mi adormitado corazón empezó a reaccionar.

¡Ni de coña! Es un hombre casado.

—**Creo que te he visto antes** —comentó con voz ronca—, **pero no recuerdo tu nombre.** —Extendió su mano hacia mí y me tomé unos segundos antes de tomarla—. **Soy Jack** —se presentó.

Quise decirle que lo sabía, pero era la primera vez que me hablaba y estando tan cerca su voz se escuchaba aún mejor.

—**¿Tequila?** —gritaron detrás de mí.

Jack frunció el ceño sorprendido.

Giré hacia Steve y le sonreí ampliamente.

—**¡Tequila!** —gritó el rubio—. **¡Qué gusto verte de nuevo aquí!**

—**¿Tu nombre es Tequila?** —preguntó Jack.

Yo me reí.

—**Soy Pamela** —me presenté apretando su mano—. **Tequila es el trago que siempre elijo.**

Me liberé de él tan pronto como me fue posible, pero mi estómago se agitó cuando su interés en mí pareció aumentar.

—**Te gustan los tragos fuertes** —comentó Jack con esa voz de hombre dominante que

erizaría la piel de cualquiera—. **¿Hay algo más que te guste fuerte?**

Si no hubiera estado sentada me caía de culo porque ese momento era irreal.

Jack, el guapo de la barra principal, el esposo fiel de la dulce Sil estaba coqueteándome y no me lo podía creer.

¡Es casado!

—**Claro** —respondí intentando no seguirle el juego—. **El café**…

Su sonrisa se amplió dejando notar los hermosos hoyitos que tenía en las mejillas y pensé que debía ser el hombre más guapo del mundo.

¡Es casado, joder!

—**¿Cómo está tu esposa?** —Su sonrisa cayó, imaginé que porque había recordado que estaba casado y no debería coquetarme—. **No la he visto hoy.**

—**Ya no trabaja aquí** —respondió un segundo antes de saltar dentro de la barra—. **Y ya no es mi esposa.**

No pude disimular la sorpresa que me causó saberlo.

—**¿Tequila?** —preguntó sonriéndome.

¿Ya no está con Sil? ¿Ya no es su esposa?

¡Joder, compórtate!

—**Por favor** —respondí finalmente.

Él no se movió y durante unos segundos que se sintieron más deliciosamente eternos me miró de nuevo con mucho interés.

Y ahí estaba, mi corazón agitándose, emocionándose, latiendo de nuevo con fuerza, a un ritmo irregular. Ahí estaba yo, frente al que muy bien podría decir es mi amor platónico sintiéndome de nuevo cautivada.

—**¡Pam!** —gritó Anabelle.

El ceño de Jack se frunció ligeramente, parecía sorprendido.

La española que me había convencido de volver a mi país, apareció junto a mí y tuve, aunque no quería, que dejar de mirar a Jack.

Ella, que no era nada tonta, me miró con interés, pero no dijo nada, solo se inclinó y me besó las mejillas.

—**¿Llevas mucho aquí?** —preguntó Anna.

Negué y ella volvió a mirarme interesada, pero giró hacia el hombre que había despertado a mi cursi corazón.

—¡**Hola, guapo!** —gritó.

—**Bienvenida, guapa** —respondió él tomando una botella y levantándola para mostrarla—. **¿Tequila?** —le preguntó, ella negó.

—**No gracias, quiero llegar con vida a medianoche.**

Él sonrió y llenó un shot con la bebida, la empujó hacia mí y lo vi servir otro shot que tomó luego en sus dedos y lo extendió hacia mí.

—**Por tu regreso a *Despertar*** —susurró clavando su intensa mirada hacia mí—. **Salud, *Tequila*.**

¡Joder!Qué guapo es…

Bebí de mi shot y disfruté del calor que recorrió mi cuerpo, aunque en ese momento no podría asegurar si se debía a la bebida o a esa mirada que parecía apoderarse de mí sin problema.

Él resopló cuando terminó y yo sonreí imaginando lo que había sentido.

—**¡Carajo, qué fuerte está!** —exclamó Jack.

—**He probado más fuertes** —admití orgullosa.

Él me miró sorprendido, se apoyó de la barra y se inclinó hacia mí quedando tan cerquita que se me dificultó respirar con tranquilidad.

—**¿Qué tanto más fuerte has probrado?** —me preguntó.

Y ahí estaba de nuevo, el hombre con el que en más de una ocasión había fantaseado, coqueteándome, dominándome con esa mirada intensa, con esa voz que hacía vibrar cada fibra de mi cuerpo.

Escuché a alguien llamarlo del otro lado de la barra y solo en ese momento él pestañeó y pude reacionar.

Jack sonrió, complacido, orgulloso de ese poder que había notado tenía sobre mí y se incorporó para prestarle atención a quien lo estuviera llamando.

Intenté respirar con normalidad mientras abría mi cartera y tomaba mi tarjeta. La extendí hacia él para que cobrara el trago, pero él negó.

—**Cortesía de la casa** —me dijo con una voz sensual.

Me guiñó el ojo antes de irse.

—**¡Joder tía!** —gritó Anna.

Había olvidado que ella seguía a mí lado.

—**¡Apenas llegas y ya estás ligando con Jack!**

—**No estoy ligando con él** —me defendí—. **No es mi tipo.**

—**¿Pero qué dices, tía?** —gritó Anna sentándose a mi lado—. **Jack es el tipo de cualquier mujer.**

—**A algunas no nos pone la idea de ser azotadas por tonterías.**

—**Deberías conocerlo antes de juzgarlo** —agregó Anna.

—**¡Qué va! Hay cosas que prefiero no conocer…** —Ella parecía sorprendida—. **Puede estar muy bueno, pero eso de correr el riesgo de que me saquen a pasear con una cadena, no me pone.**

Anabelle se carcajeó y yo sin poder evitarlo miré hacia el lugar donde se había ido. Estaba de espalda y parecía buscar algo entre las botellas ordenadas en la pared.

—**Para no ser tu tipo lo miras demasiado** —susurró Anna.

—**Tengo un fetiche con los cantineros** —admití—, **es solo eso.**

Jack giró y miró directo hacia mí.

Debo admitir que él tenía una sonrisa hermosa, pero cuando estaba serio, con el ceño ligeramente fruncido y parecía enfadado, me encantaba. Su postura de hombre macho dominante me erizaba la piel y fue de ese modo como me estaba mirando en ese momento.

—**Haré una apuesta con Amelia** —susurró Anabelle.

Me sentí agradecida de su interrupción y la miré.

—**¿Una apuesta?** —pregunté sin entender.

—**Sí** —respondió ella sonriendo—. **Le apostaré a Amelia que en menos de un mes Jack va a tenerte en una mazmorra, atada y follándote duro.**

Me faltó el aire cuando imaginé esa escena y ella se carcajeó.

—**¡Jack!** —exclamó Anna y aunque sabía estaba frente a mí no lo miré—. **¿Me sirves un trago?**

Pero no fui tan firme, no podía, no cuando me gustaba tanto.

Lo vi sonreírle a Anna y levantó la botella que tenía en su mano.

—***Porrera vi de Vila del 2014***—susurró con su voz seductora.

Anabelle parecía sorpendida, pero terminó sonriendo mientras miraba a su alrededor con emoción.

—**¿Dónde está?** —preguntó mirando a Jack.

—**En la piscina…** —respondió él mientras llenaba su copa.

Anna tomó la bebida y caminó con prisa hacia el jardín.

Segundos despues Jack saltó de la barra quedándose justo frente a mí y me extendió su mano, ni siquiera me moví.

—**¿No eres amiga de Anna?** —me preguntó, yo asentí—. **Entonces no querrás perderte lo que Andrés le tiene preparado.**

Su mano no esperó que yo decidiera, tomó mi muñeca con firmeza y me hizo caminar a su lado hacia el lugar que había tomado Anabelle.

—**¿Pámela?** —gritó la ya conocida voz de mi mejor amiga.

Jack y yo nos detuvimos y giramos hacia ella.

—**¿También eres amiga de Amelia?** —preguntó él.

—**Su mejor amiga** —le corregí con orgullo.

Ella me abrazó y él liberó mi mano cuando Sebastián se le acercó.

Amelia besó mis mejillas y me miró con demasiado interés. Imaginando lo que debía estar pensando, negué y ella se rió de mí.

—**Bienvenida** —susurró Sebastián con voz amable.

—**Muchas gracias, jefe** —respondí.

Él sonrió mientras tomaba la mano de mi mejor amiga y la llevó hacia la salida trasera del salón rojo.

Jack me invitó a caminar y me sentí agradecida de que no me tocara porque mi piel aún hormigueba por su contacto.

Cuando llegamos a la piscina, sonreí al ver a Anabelle abrazada a Andrés. Parecían bailar aunque no había ninguna música en ese momento.

—**¿Lo hubieras imaginado?** —me preguntó Ame cuando me detuve a su lado—. **Se ven tan enamorados.**

—**De ese modo te ves tú y Sebastián** —respondí.

Andrés dejó de girar a Anabelle y le acomodó el cabello. La miraba con tanto amor, con una devoción que no mostró por nadie antes, ni siquiera por su exmujer a pesar de que ellos parecían felices.

—**Mi *hermosa*** —susurró Andrés sobre su boca.

—**Mi *dragón*** —respondió ella mirándolo a los ojos.

Había una Luna maravillosa, todo el jadín estaba iluminado y se empozaron a escuchar las suaves notas de un piano, uno que no sabía que había en el club, pero que acompañaba el momento.

—**Me hubiera gustado recibir el año en el *Medianoche,* en ese club donde el destino nos llevó para unirnos, pero quería que nuestros amigos estuvieran presentes.**

Ella colgada a su cuello lo besó y Andrés le comió la boca como si el mundo fuera a acabarse.

—**¿Cómo terminamos aquí?** —preguntó Anna.

—**Los errores y aciertos nos trajeron hasta aquí** —respondió Andrés besándole la nariz—. **Y no cambiaría mi pasado con tal de tener este final a tu lado.**

—**¿Final?** —preguntó ella—. **Esto apenas está empezado, *mi amor*.**

Andrés rió y yo recordé aquella primera conversación de ambos.

—**Te dije que podías llamarme así…** —comentó Andrés divertido.

Anabelle empezó a reír y volvió a besarlo.

—**Y aquí estamos** —dijo mirándola con amor—, **listos para vivir la vida que hemos planeado juntos.** —Anna le acarició la barba mientras estaba segura intentaba no llorar—, **pero quiero que hagamos algo antes…**

—**¿Qué?** —preguntó ella.

Andrés la liberó no sin antes darle un beso en los labios.

—**Quiero que sea oficial.** —Anabelle frunció el ceño—. **Quiero mi apellido en tu nombre.**

El sonido de asombro no solo lo hizo Anabelle, también Amelia y otros más que estaban mirando la escena.

Jack se inclinó hacia mí y esa cercanía aceleró mi tonto mi corazón.

—**¿Crees que acepte?** —preguntó en mi oído, lo miré sorprendida—. **Él tiene miedo de que ella lo rechace.**

—**¿En serio?** —pregunté incrédula y volví a mirarlos.

Andrés, la tomó de la mano y sin tomar más tiempo se hincó frente a ella. Lo vi meter la mano derecha a su bolsillo para poco después sacar una caja de joyería.

Las luces de muchos fuegos artificiales iluminaron el cielo sobre nuestras cabezas. Anna sonrió emocionada y cuando volvió a mirar a su loco hombre, él estaba extendiendo un anillo frente a ella.

—**Estamos escribiendo una historia nueva** —lo escuché decirle—, **y quiero que en ella no le tengamos miedo a nada. Ni al compromiso, ni a los hijos, y mucho menos al matrimonio.**

Las lágrimas que Anabelle dejó caer delataron su emoción.

—**Créeme cuando te digo que nunca me había enamorado del modo que estoy de ti** —admitió él—. **Y nunca he estado tan seguro de querer esto como lo estoy ahora.**

Andrés le tomó la mano y ella limpió sus mejillas.

—**Sé que esto asusta, pero prometo que será divertido…** —Anna rió entre lágrimas de emoción—. **¿Te quieres casar conmigo, *princesa*?**

Ni siquiera me habia dado cuenta de qué yo también estaba llorando de emoción, pero es que no siempre se tiene el privilegio de ver algo tan bonito como eso.

—**Es malvada** —susurró Jack—. **Aún no responde…**

Amelia se sujetó de mi brazo mientras todos esperábamos oír la respuesta de Anabelle.

Ella le tocó el rostro y sí, él empezó a preocuparse.

—**Es una locura** —dijo Anna finalmente, la preocupación de Andrés aumentó—. **Pero acepto, *dragón.***

Los gritos de alivio se escucharon seguidos de aplausos.

Andrés sonrió de nuevo, más aliviado y tomó su mano para ponerle el anillo que había comprado, se puso de pie y la levantó en sus brazos.

El cielo entero se llenó de esas luces que anunciaban el nuevo año, un año que esperábamos trajera solo alegrías y amor para ambos.

—¡Feliz año! —grito Amelia girándose hacia mí—. Espero que este nuevo año venga con lo mejor de este mundo para ti.

La abracé con fuerza y deseé para ella más de esa felicidad que sabía ya tenía con Sebastián.

—*Y si te trae un novio como Jack, mejor* —susurró en mi oído.

Le golpeé el brazo justo cuando Sebas se acercaba a mí para darme sus buenos deseos de año nuevo y luego arrastraba a mi mejor amiga hacia un lado para hacerla bailar.

Jack me extendió su mano, pero no la tomé.

—Feliz año nuevo, Tequila.

Me sentí avergonzada y tomé su mano de inmediato.

—Feliz año nuevo para ti también… —respondí.

Mi corazón dejó de latir cuando él tiró de mi mano y me hizo chocar contra su pecho. Toqué sin querer sus pectorales duros y me faltó el aire cuando tuve su boca a escasos centímetros de la mía.

—Llevas una pulsera roja —comentó con esa voz de hombre dominante que me hizo temblar —*. Pero tu timidez no va a juego… A menos que estés en la lado equivocado del club.*

Levanté la mirada sin entender a qué se refería, pero apenas su intensa y dominante mirada me atrapó, recordé que ellos ahora tenían un lugar más privado.

—No —respondí de inmediato—. Estoy en el lado correcto,

Dejé de mirarlo porque me sentí tan intimidada por él.

—¿Segura? —susurró acercándose un poco más y dejando que su aliento acariciara mi piel, yo me estremecí—. *Mírame* —ordenó.

Por más increíble que pareciera, obedecí de inmediato.

Jack sonrió con suficiencia y me costó mucho respirar con calma mientras me miraba en sus intensos ojos.

—¿Hace cuánto tiempo que no estabas aquí?

Su forma de hablar era seductora como todos los de tu *tipo*, pero en él era tan natural que no me pareció ridículo, ni forzado como casi siempre vi a los *Dominantes.*

¡Te hizo una pregunta!

¿Cuál era la pregunta?¡Ah sí!

—Tres años…

¡Santo Dios! ¿Por qué mi voz ha temblado?

—Entonces no conoces nuestro nuevo lado del club…

—Creo que no —admití intentando recuperar la cordura.

Él miró mi boca y de nuevo me costó respirar.

—Me complacería mucho mostrarte las nuevas instalaciones.

¿Por qué Dios le da esa voz a un hombre que ya con la mirada te domina?

—No soy tu tipo de mujer… —Me atreví a decir.

Él levantó una ceja y miró de nuevo mi boca.

—¿Y cómo sabes cuál es mi tipo de mujer?.

—Porque he estado aquí antes y te he visto… —Él parecía complacido—. Por eso sé que no soy del tipo de mujer que te gusta.

Jack levantó su mano y me acarició la mejilla.

Todo dentro de mi tembló y él de nuevo sonrió.

—Tú eres el tipo de mujer que le gustaría a cualquier hombre. —Mi alma abandonó mi cuerpo cuando lo dijo—. Eres tan mi tipo que estoy fantaseando con la idea de llevarte al otro lado del club y mostrate todo lo que alguien como yo podría darte.

La humedad entre mis piernas aumentó y las ganas de ser valiente me invadieron de forma peligrosa.

—Pero voy a darte, por esta vez, la oportunidad de decidir —me dijo—. Iré a mi lado del club y confiaré en tu valentía, esa que eligió una pulsera roja para estrenar el año, te haga

llegar hasta donde yo estaré esperándote.

Rozó su nariz con la mía y regalándome una de sus últimas e intensas miradas, se giró en sus zapatos y caminó detrás de la piscina.

Y ahí estaba yo, mirando cómo se alejaba, cómo su cuerpo seguro se movía hasta donde suponía estaba su lugar.

Ahí estaba yo segura de que no era el tipo de mujer que él necesitaba, pero con esas ganas enormes de serlo. Ahí estaba yo, con el corazón golpeando con fuerza mi pecho, con esos remolinos que hacía muchisimo tiempo no torturaban mi estómago.

Ahí estaba yo, de regreso en *Despertar*, soltera y con unas ganas enormes de empezar el año siendo valiente.

Contactos del autor.

 **Daniela_alessandramc**

 ***Mc_Say***

 ***Daniela Alessandra Books***

Otras obras del autor.

- **El Secuestrador**
- **Shades and Lights**
- **Despertar**

Playlist



[1] Y si te quedas, ¿Qué?